




NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY







Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation



EPISODIOS NACIONALES



CARLOS VI EN LA RAPITA

Es propiedad Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejempla-
res que no lleven el sello del
autor.



B. PEREZ GALDÓS
EPISODIOS NACIONALES
CUARTA SERIE

CARLOS VI
EN
LA RÁPITA

7.000



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1905

Q 1535 .H1 1742 V.1 7-8

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Carrera de San Francisco, 4.

CARLOS VI EN LA RAPITA

I

Tetuán, mes de Adar, año 5620.

¡Vive Dios, que no sé ya cómo me llamo! *Yahia* dicen los del *Mellah* al verme; Alarcón me saluda con apodos burlescos, *Profetángano*, *don Bíblico*; para algunos moros maleantes soy *Djinn*, que quiere decir *diablillo*, *geniecillo*; y mi venerable amigo el castrense don *Toro Godo* me ha puesto el remoquete de *Confusio* (con *ese*). Cuando me recojo en mí, y examino y desdoble mi personalidad, ahora tan envuelta sobre sí propia, vengo á reconocer que soy aquel Juan que vino de España con el Ejército de O'Donnell, trayendo consigo poco más de lo puesto, un humilde y no manchado apellido, que creo era Santiuste, y una condición que tengo por sencilla y mansa, la cual, dividida en cuartos, me da tres partes de galán enamorado y un cuartillo de poeta. Tal soy, tal fuí. Quiero reconstruir mi sér sintético, y fundar en él la nueva conciencia

que necesito al cabo de tantos trastornos, en ésta mi africana vida tan atropellada y exuberante.

Si apenas sé cómo me llamo, tampoco me doy clara cuenta de la religión que profeso, pues las tres que aquí tenemos, confunden en los espacios de mi espíritu sus viejos dogmas y sus ritos pintorescos. Y ved aquí que yo, el hombre de las grandes confusiones, el panteólogo desmemoriado que, al descuidar la fijeza de su nombre, borra con igual descuido los nombres de las cosas, me meto á refundir en una sola creencia las tres que aquí los humanos practican, divididos en castas, familias ó rebaños, con sus marcas correspondientes. Adviértase que la síntesis religiosa es para mi uso particular y exclusivo goce, sin ningún prurito de apostolado ni cosa que lo valga. Las tres me mandan que ame á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo, y que perdone las ofensas; las tres me señalan la vida perdurable como fin sin fin de nuestro sér, y me ofrecen recompensa ó castigo conforme al valor moral de mis acciones, mientras me tiene Dios estacado en la sociedad humana, paciendo en las no siempre fértiles praderas de la vida fisiológica.

Ninguna creencia monoteísta me manda matar ni robar; pero veo que todas violan el precepto en las guerras y trapisondas, mayormente si éstas son traídas por el furor pietista de los pastores que nos guían en este mundo, y en los caminos para lle-

gar felizmente al otro. Yo ni mato ni robo, y considero la guerra como el pecado mortal de las naciones. En el tratado del amor de mujer manifiestan las tres hermanas... (que así las llamo por no encontrar nombre adecuado con que designar su indudable parentesco)... manifiestan; digo, divergencias mayores que en otros delicados puntos. Cuál dice que nos casemos con una sola; cuál, que con cuatro; y alguna se nos muestra tan adusta y regañona en lo concerniente al trato mujeril, que, si obedeciéramos con rigor inflexible sus crueles prohibiciones, dentro de un par de siglos no habría ya mundo para contarlos. Pastores y rebaño infringen con tácito acuerdo la inhumana ley que proscribía toda alegría, y así, con el prohibir y el infringir bien alternados, con este ten con ten, como dijo el otro, rebaño y pastores van tirando hasta el fin de los siglos.

En verdad os digo que no me ha costado grandes quebraderos de cabeza encontrar la idea fundente de los distintos criterios con que éste y el otro Decálogo tratan de regular la máquina de nuestras pasiones. Yo cumplo, yo infrinjo conforme á supremos dictados de humanidad viviente y creadora, y al punto me sale la ley de indulto que acalla mi conciencia, reconciliándome con las soberanas leyes... Espero que este relato de mi vida en tierras africanas me dará nuevas ocasiones de explanar con detenimiento materias tan sutiles, y ahora, pues-

to á infringir, quebranto el método natural de toda narración, y divago á mi antojo, volando de idea en idea y de impresión en impresión.

Sabed que algunos días me levanto y me acuesto con la firme creencia de que vivo en el más bárbaro país del mundo; sabed que no pocas noches me acuesto y me levanto con la idea de que he venido á caer en un país donde debemos aprender la civilización antes que enseñarla. El caviloso examen de estas contradictorias opiniones mías á veces me ocupa mañanas y tardes, sin que de mi tenaz raciocinio salga el término discreto en que pueda fundar la verdad. Me interrogo y no sé qué contestarme. “¿Por qué ha de ser signo de incultura el anónimo de estas calles, plazoletas, encrucijadas y pasadizos? ¿Qué va ganando Tetuán con el furor bautismal de los españoles, que no pararán estos días de clavar rótulos en todas las vías urbanas, trayéndonos acá la enfadosa titulación de las calles europeas? ¿Son los tetuaníes mejores de lo que eran porque se llame *calle del Rey* lo que antes llamábamos, sin letrado alguno, *Kaisería*; *calle de Cantabria* la extensa vía de *Trankats*, y de *Chiclana* la famosa *El Haddadin*?”. Los vencedores estampan en el cuerpo de la ciudad conquistada la marca de su prepotencia; en él practican una especie de *tatuaje* con los nombres de todas las unidades de su ejército y los de famosos territorios y pueblos de España. *Ojos de manan-*

tiales ha venido á ser un diccionario de la guerra y de la paz. Los tetuaníes hojean el indigesto infolio sin entender una sola letra; saben que están vencidos; sienten la mano del dominador; pero miran con desprecio las muestras de su escritura y lenguaje que el español va pintando en las paredes. Yo digo: "Bautizando calles, nada conseguiréis. En las poblaciones marroquíes no habría calles si no fuera indispensable un poco de suelo común para ir de un edificio á otro. Dejaos de callejear, y buscad la vía por donde penetréis en los corazones.,,"

Ayer comí con Alarcón y Rinaldi en la Judería, donde reside el primero. Ambos se burlaron de mi ropa moruna, invitándome á reponer en mi persona las decorosas prendas del vestir europeo. No me mordí la lengua para defender mi vestido y prestancia, y despotiqué furiosamente contra el odioso pantalón, incómodo y deshonesto, contra las chaquetas y levitas de lúgubres colores, contra los acartonados cuellos de las camisas y las ridículas corbatas que nos oprimen el pescuezo. "Cuando me acuerdo—les dije,—del sombrero de copa, y de que yo he llevado ese absurdo chapitel sobre mi cráneo, viendo en derredor mío, día y noche, innumerables seres humanos afeados de igual manera, creo haber despertado de angustiosa pesadilla, en la cual soñaba yo, y medio Madrid conmigo, que éramos tubos de latón, y que por la cabeza despedíamos todo el

humo de las vanidades humanas., Ya empiezo á dudar de que tales sombreros hayan existido y de que yo me los haya puesto; ya veo representada en ellos toda la impertinencia meticulosa y refistolera de lo que llamamos *Administración Pública*, la oquedad del *Organismo Burocrático*, nuevo poder erizado de fórmulas, de ataduras, de pinchos, y que al exterior trata de hacerse imponente con su empaque en cierto modo sacerdotal. Casullas me parecen las negras levitas, y mitras los sombreros de copa. Vistos desde aquí los señores de mi tierra y los primates de la política, me inspiran miedo supersticioso. Su saludo, quitándose el tubo y volviendo á ponérselo sobre la cabeza, en casi todos calva, me hace el efecto de un signo hierático, como el gesto de aquellos figurones que decoran los monumentos egipcios ó babilónicos.

De estas extravagancias mías se ríen Alarcón y Rinaldi, y el *moro de Guadix* me contesta con otras más graciosas y peregrinas, acabando por darme la razón y renegar conmigo de algunos usos europeos. Alegrábamnos nuestra comida con burlas y chascarillos, poniendo en caricatura el habla dengosa de las hebreas que nos servían, hijas de Abraham Mendes, en cuya casa, que no es de las peores del *Mellah*, tiene Alarcón su alojamiento. Este Abraham es hermano de *Jakub Mendes*, y como él, tratante en piedras y metales preciosos. A dos pasos de allí, en la calle que ahora lleva el rótulo de

Numancia, tengo yo modestísimo albergue que me proporcionó *Simi*, pared por medio con su casa, y que amueblamos con prestados trebejos, tapicería y cerámica. Luce nuestro ajuar más de lo que debiera por el buen gusto con que todo lo apaña y adereza *Yohar*, cuidando de que en cada objeto se vean de cara las partes libres de manchas, deterioros ó desgarrones, y de que queden en la obscuridad las estragadas por el uso y el tiempo. Tal es el arte de mi compañera, que nuestra casa, en la cual estamos como en un estuche por su extremada pequeñez, parece bonita sin serlo realmente, y hasta nos da la ilusión de holgura en su exigüidad molestísima. Influye no poco en esto nuestra imaginación, que desde los días del raptó no cesa de construir en derredor de nuestra pobreza un mundo risueño y grato: gracias á ella, lo duro se nos vuelve blando, ancho lo angosto, y cuando yo, poniéndome en pie con descuido, sin acordarme de la corta altura de la estancia, doy con la cabeza en el techo, las estrellas que veo son los luminosos ojos de *Yohar*... La imaginación nos calienta el comistraje que frío recibimos de las manos de *Mazaltob*, y nos disminuye considerablemente el número de pulgas y de otras perversas alimañas que de la casa de *Simi* vienen á la nuestra, en busca del pasto abundante que les ofrecen los cuerpos jóvenes...

Otra vez divago, lector mío: no puedo sujetar mi versátil pensamiento, que se me

tuerece y ladea cuando más en derechura quiero llevarlo... Recojamos y anudemos la hebra interrumpida. Digo, pues, que Alarcón y Rinaldi, después que almorzamos, me llevaron á dar un paseo por la ciudad, y al cabo de unas vueltas perezosas por las calles próximas al *Zoco* fuimos á parar al *Fondac*, que es como decir parador, lugar de reposo y transacciones comerciales, que los españoles han transformado llevando á él la cháchara morosa de los casinos de allende. Oficiales de distintas armas tomaban café bajo el emparrado sin hoja que entre las dos crujiás del local forma un techo completamente ilusorio. Con unos y otros charlamos, hasta que, secos nuestros gaznates, hubimos de humedecerlos con las infernales bebidas europeas que allí vendía un travieso argelino, de cuyo nombre no me acuerdo. Se hablaba del delirio patriótico con que acogían todas las ciudades de España los recientes triunfos; de los planes de O'Donnell; de los rumores de próxima paz; se traslucía en todos el deseo de que ésta llegara pronto, pues ya era hora de consolidar las glorias en el descanso; algunos dedicaban palabras medrosas á los estragos del cólera morbo, dentro y fuera de la ciudad, llevando cuenta de los casos que por la celeridad de la muerte infundían mayor lástima y terror.

En estas conversaciones nos entreteníamos, cuando me sobrecogió la presencia de dos sujetos que aparecieron por el *foro* del

Fondac, y así lo expreso, porque siempre ví en aquel patinillo disposición semejante á la de un escenario: paredes á izquierda y derecha con puertas practicables; foro de tenduchas arrimadas á una pared con angostos ajimeces; bambalinas de emparrado... De una de las tiendas del fondo, ó de la portezuela mal escondida en la rinconada, no estoy bien seguro, salieron los dos hombres en quienes mis ojos y mi atención se clavaron: el uno moro de buen porte, viejo barbudo el otro y de traza judáica. Pasaron cerca de mí, y ya en los bordes de lo que podríamos llamar proscenio, detuviéronse para mirarme. En el moro noté lástima cariñosa; en el hebreo, desdén, odio, rabia: su boca me habría mordido si pudiera, y sus ojos, fulgurantes bajo las cejas blancas de cerdosos pelos, me lanzaban miradas que me habrían deshecho si fuesen rayos... Eran mi fanático suegro *Simuel Riomesta* y mi gallardo amigo *El Nasiry*.

II

Segunda semana de Adar.—Se alejaron hablando de mí, bien lo conocía yo, y á mayor distancia volvieron á detenerse y á mirarme. *Riomesta* unió al rencoroso mirar un gesto de amenaza, extendiendo el rígido brazo hacia mi humilde persona. Desaparecieron, dejando en mí una sensación de an-

siedad expectante. Toda la tarde, antes y después de abandonar á mis amigos, estuve muy metido en cavilaciones. Asaltaban sucesivamente mi espíritu presagios de distintas calamidades, y mi excitada memoria reproducía con maligna insistencia hechos observados en mi propia casa dos y tres días antes. No he dicho aún, por no tener ocasión de ello, que mis vecinas me habían informado de las visitas que á *Yohar* hizo *Riomesta* algunas tardes, hallándome yo ausente. Ignoraban lo que hija y padre habían hablado, por ser el camaranchón inaccesible á la curiosidad de ojos y oídos; pero veían salir al viejo bufando, con temblor de la mandíbula inferior y de su barba hirsuta. Luego encontraban á la blanca mujer deshecha en lloriqueos, y algún día viéronla rasgar con fiero impulso un pañuelo de fina seda con que su seno cubría. Interrogada por mí sobre el particular, *Yohar* me contó que su padre la reprendía y amenazaba, negándole todo auxilio de dinero mientras viviese conmigo... Verdad parecía esto; mas no era, según mi entender, la verdad completa. Algo más había, sin duda, que en el pensamiento de mi amada quedaba como en expectación medrosa, no sin que lo dejaran transparentar sus ojos dormilones y aun la tersa blancura de su frente.

Debo decir que no ha desmentido *Yohar* ni un solo día la inclinación amorosa que la trajo á mi lado, ni ha dejado de ser tierna, dulce, firme y encendida en su afecto. Sólo

para mí vive, como yo para ella, y en sus cálculos de futura existencia habla como si nuestros destinos fuesen inseparables, y nuestras almas no supieran romper su armonía venturosa. En los azarosos días, antes y después de la ocupación de Tetuán por los españoles, el ánimo de *Yohar* era de una igualdad encantadora; ninguna privación ni molestia lo abatían; ningún contratiempo apagaba en sus labios la franca sonrisa con que iluminaba mi existencia y la suya... Instalados en la casuca del *Mellah*, porque nuestro menguado peculio no nos consentía mejor vivienda, nos avenimos á la estrechez, y extremando la conformidad, llegamos á encontrar delicioso aquel escondrijo y hasta muy favorable á la salud. Burlándonos de las molestias, concluíamos por soportarlas y aun por creerlas buenas: la sal de las bromas y la dulzura del amor, alternadas en el tiempo sin espacio de hastío entre una y otra, nos sazonzaban la vida en tal manera, que no ambicionábamos vida mejor.

Cuando nos faltaba qué comer, porque *Simi* no había logrado vender el puñadito de aljófár que á nuestro sustento destinábamos cada semana, *Yohar* distraía y engañaba nuestra inanición con humoradas donosas. Algunas mañanas, en los ratos que mediaban entre un despertar alegre y un desayuno de inaudita frugalidad, hacía volatines sobre las enjalmas y tapices del camastro, y elevando sus extremidades infe-

riores de inmaculada blancura, daba pataditas en el techo; ó bien se deslizaba por un hueco alto del tabique medianero entre la alcoba-sala y el comedor-cocina, no más grandes que un confesonario de mi tierra, realizando el prodigio de adelgazar su cuerpo hasta lo increíble, y de imitar las ondulaciones de la enlebra. Y alguna vez, cuando se me pegan las sábanas, suele despertarme armando en la próxima cocina un pavoroso ruido de platos vacíos, imitando el que hacen los duendes ó diablillos que invaden las viviendas abandonadas. Me maravilla la destreza de manos de *Yohar*, que mezcla con estos ruidos el de una pandereita y furibundos toques de almirez.

Un sábado, bien lo recuerdo, cuando comíamos la excelente *adaftna* con que nos obsequió *Mazaltob*, tuvo mi *Yohar* el mal acuerdo de reiterar tardíamente sus primeras instancias para que yo abrazase su ley. Con negativa tan terminante había yo rechazado sus proposiciones en los días que bien puedo llamar nupciales, que no creí volviere á mentar semejante asunto. Y no sólo habíamos convenido en que yo no cambiara de religión, sino que ella se mostró cautivada del Cristianismo y deseosa de abrazarlo, para que nuestra común fe bendijera el himeneo de nuestras almas. Había yo empezado á instruirla en los misterios dogmáticos de mi fe, así como en la dulce moral de Cristo, y veía con gozo su adaptación fácil á los nuevos ritos, y el calor y

entusiasmo con que recibía mis lecciones. ¿Por qué de la noche á la mañana dejaba entrever repugnancias de su abjuración, y me proponía que fuese yo el que diera el atrevido paso para llegar á la igualdad ó armonía de nuestras creencias?

Pasados unos días, en plena festividad de *Purim*, creí haber convencido á *Yohar*. Derramó tiernas lágrimas; su viva imaginación me signió por los espacios del idealismo cristiano, y cuando estaba conmigo en la zona más alta, cayó de improviso, expresando así la sincera verdad de sus deseos: "Oye tú, mi *Yahia*: ¿no percatas que ha de enfureciarse el Dio cuando vea que troco mi ley y me jago cristianica? Dejarme has como so, y tú lo mesmo con tu Jesuseristo. Onde por ello diremos á casarnos á Gilbartal, y allí moraremos, tú mercador, yo señora polida y esponjada de ropa... A casarnos por lo inglés, *Yahia*, y á ser ricos con cuenta grande de *doblas*, *doros* y *fluses*.."

Ya me había manifestado *Yohar*, con vaga ensoñación de grandezas, sus deseos de vida europea, conservando la fe judáica. No se borraba de su memoria el recuerdo de unas señoras hebreas de Gibraltar que poco antes de la guerra recalaron en Tetuán, deslumbrando con su riqueza y lujo. Vestían trajes europeos de formas extravagantes y de colores vivos; cargaditas iban de alhajas; derrochaban la plata menuda, y aun el oro, en el auxilio de los judíos indigentes. Fueron por muchos días admiración y comidilla de todo

el vecindario del *Mellah*... Un barquito muy cuco, propiedad de un inglés millonario, las había traído de Tánger al Río Martín, y en este punto se reembarcaron para recorrer toda la costa septentrional del continente hasta Damietta ó Alejandría. Dejaron tras sí una estela luminosa en el pensamiento de las hebreas pobres, y en las ricas un dejo de admiración que fácilmente en envidia se trocaba. Mi *Yohar*, según pude entender, no era la menos dañada en su espíritu por aquellas fugaces visiones de opulencia, y de lo que ella creía la suma elegancia. Desviada de tales pensamientos por el arrebató amoroso, á ellos volvía, con la remisión de aquella dulce fiebre, y trataba de conciliar el querer y el presumir, forjándose una ilusión de vida en que la comodidad y riquezas se fundiesen con el amor del pobre *Yahia*.

No hay que decir que yo, con mis sutilezas retóricas, traté de apartar á la blanquísimá hembra de aquellas manías. Discutíamos, y al parecer mis pensamientos vencían y dispersaban los suyos, sin que por esto pudiera declararme vencedor. Creía yo haber tomado la plaza, y ésta me mostraba al siguiente día sus muros inexpugnables; que las mujeres dejan tomar al hombre la fortaleza de su espíritu, y al instante de nuevo la levantan con los mismos caprichos y tenaces deseos. Yo le argüía con lógica incontestable; demostrábalè que, abandonados de su padre *Simuel*, no teníamos

esperanza de riqueza ni aun de bienestar mediocre; que nuestra única salida del atolladero era un pasar modestísimo, trabajando los dos en cualquier oficio, ó en un menudo comercio. Conciliáramos ante todo nuestras conciencias, dando solución práctica al intríngulis religioso, y después podíamos allegar en Europa el pan de cada día, seguros de que la protección de Dios no había de faltarnos. Sobre estas ideas pasaba ella volando con las irisadas alas de su vana superstición. Confiaba loca y ciegamente en la suerte, que los judíos llaman *mazzal*; creía en el súbito hallazgo de tesoros, en la emergencia de un cúmulo de circunstancias ú ocasiones providenciales para enriquecernos de la mañana á la noche, en la teatral aparición de genios ó diablillos que caían del cielo ó brotaban de la tierra para ofrecernos con su protección todos los bienes del mundo. Ferviente devota de la suerte, terminaba nuestras disputas con el expresivo refrán hebreo: *Daca un cuajito de mazzal y tírame á las fondinas de la mar.*

Fácil es comprender, por lo dicho, que el problema vital me inquietaba cada día más, y que pensaba seriamente en plantar los jalones de nuestra existencia definitiva. Los recursos para subsistir, representados por puñados de aljófara que cada día iban mermando, pronto se extinguirían. La vida en Tetuán se hacía imposible: era forzoso pasar el Estrecho y establecernos en tierra europea, donde hallaríamos fácilmente cual-

quier arbitrio para ganar el sustento. Lo más próximo, lo más hospitalario, era sin duda el Peñón, aquel pedazo de tierra híbrida y cosmopolita que aún tiene algo de España, algo más de Inglaterra, y mucho de los vecinos países africanos. En aquel solar anclado en el Océano, viven en santa paz la libertad, el comercio, el contrabando, y en busca del bienestar andan allí de la mano todas las religiones.

A Gibraltar, pues, dirigí mis propósitos, discurriendo la granjería en que más fácilmente podíamos *Yohar* y yo ejercitarnos. Pensé que el comercio de fruta no tiene hoy la extensión debida, por la indolencia de estos pobres berberiscos, y me sentí con ánimos para darle mayor vuelo. La campiña de Tetuán es pródiga en riquísimas frutas, aun en aquellas partes de la tierra más descuidadas de la mano del hombre. Las naranjas de *Quitán*, dulces y finas, han aprendido ya el camino del mercado de Gibraltar; no así los exquisitos y olorosos melocotones de *Hal lila*, que por criarse á mayor distancia de Río Martín, no aciertan á salir en busca del dinero. ¿Por qué no he de ser yo quien abra una vía fácil á tan rico producto, agregando á él las peras *mes-ki* ó moscateles, que por su extrema delicadeza no se avienen con la lentitud del transporte, y las uvas de *Dar Murcia*, que, según dicen, en ninguna región de Europa tienen semejante?

Pensando en esto, mi fantasía me lleva

más allá de los límites de ambición de un humilde mercader; y con los ensueños comerciales empalmo los agrícolas, imaginando que el cultivo del algodón en parte del valle de Tetuán y en los términos de *Beni Said* y *Beni Madán* crearía incalculable riqueza... ¿Verdad que me parezco á los políticos proyectómanos de mi patria, que amenizan los ocios de la oficina engrosando ilusiones, fabricando porvenires, ó construyendo emporios con materiales de cifras mentirosas, y amañadas premisas de aptitudes falsas ó de fertilidades de fantasía...? No: déjeme yo de algodones y monsergas, y aténgame al modesto trajín de comprar fruta por poco precio para venderla como pueda, engañando al infeliz consumidor que me caiga por delante.

Combatía yo la testarudez y las limitadas nociones de *Yohar* con medios persuasivos de indudable eficacia: eran éstos la rica idea-ción europea, el lenguaje castellano usado por mí con gallardía retórica, y variedad abundante de vocablos y locuciones. El hablar mío la subyugaba, y sus ideas rutinarias, expuestas con dicción tosca, mísera, como un instrumento roto y destemplado, eran reducidas á polvo por mis ideas. Fáciles triunfos alcanzaba yo diariamente en nuestras disputas; mas llegó un punto en el cual mi argumentación para ella rica y fascinadora, mi lenguaje armonioso, mi dicción pura, que en sus oídos sonaba como arte lírico de cadencias musicales, no cau-

saban efecto sensible, y eran como los ruidos de la lluvia ó del viento. Convencido yo de que nuestra situación no tenía salida venturosa, y de que habíamos de sucumbir si no luchábamos bravamente por la existencia, traté de inculcarle la idea cristiana de la conformidad con las adversidades, de la tribulación como fundamento de la verdadera alegría y de la paz del alma. Si la pobreza y el trabajo eran nuestra única solución, debíamos afrontar el infortunio con ánimo sereno, y hacer de él el amigo y el tutor de nuestras almas. Evocando todo lo que yo había leído en libros místicos y ascéticos, hice la apología de la pobreza; demostré á *Yohar* que admitida y agasajada en nuestros corazones la certidumbre del no poseer, hallamos en ella un bien positivo que fácilmente se trueca en la mayor riqueza; acabé por asegurarle que la suma carencia es al fin la suma posesión de todos los bienes, y que de la tristeza y del abandono surge, como el día de la noche, el mayor regocijo de las almas bien templadas. Todo esto dije y argumenté, desplegando las facultades que me ha dado Dios; pero mi opulenta retórica, mi verbo armonioso con líricos arrebatos, no hicieron en ella más impresión que si le hablara en lengua chinesca.

¡Aceptar la pobreza, más aún, amarla, y alegrarse de ser pobre! Esto no entraba en el cerebro de *Yohar* ni con escoplo y martillo... Ví que la penetración de mis ideas era

estorbada por una capa de egoísmos atávicos, obra lenta y formidable de la especie, reproduciéndose en moldes iguales al través de cien generaciones. Por primera vez, *Yohar* se reía de mis bellos discursos, holgándose de no sacar de mi poética prosa ninguna substancia. Suspendí al cabo mis sermones, dándome á pensar con qué ligaduras podría sujetar á la *Perla* si nuestros destinos nos llevaban efectivamente á vida rigurosa y austera... Mas no tuve tiempo de coordinar nuevos planes, porque Dios precipitó sobre mí sucesos sorprendentes y desgraciados, que pusieron en dispersión mis ideas, y aplastaron, literalmente, mi voluntad.

De esto escribiré otro día... Lo que es hoy, fatiga y tristeza paralizan mi mano cuando intento coger la pluma. .

III

Tetuán, mes de Adar.—Pienso que esto que escribo no tendrá lectores... Mi amigo ilustrísimo, el Marqués de Beramendi, me ha dicho *mutatis mutandis*: “Desengañado Juan, si no quieres referir cosas de guerra, refiere cosas de paz; si te repugnan los asuntos públicos, ya sean militares, ya políticos, cuéntame los tuyos, que en muchos casos las historias de hombres aislados y sueltos cautivan más que las de tribus ó naciones.

Con sinceridad lo digo: las aventuras de cualquier español voluntarioso, enamorado y poco sufrido, me saben á historia general más que las acartonadas narraciones de batallas, ó de tumultos populares que alteran la tranquilidad de la Puerta del Sol y calles adyacentes... Esto me dijo en la última carta que de él recibí... ¿Cuándo? Parece que ha pasado un siglo... En derredor de mi memoria revolotean como palomitas mis recuerdos, queriendo volver al palomar abandonado... Pienso que llegó á mis manos la última carta del Marqués cuando acampábamos junto á la Aduana del Río Martín... Pasaron días y días sin que me entrasen ganas de seguir la senda literaria que mi amigo me marcaba, hasta que una mañana, sin saber de dónde venía tal impulso de mi movediza voluntad, me sentí historiador de mí mismo, y agarré el primer cálamo que en las judías estancias del *Mellah* encontré.

Escribo sin saber á dónde irán á parar estas crónicas. Ignoro si serán leídas por muchos, ó tan sólo por el desocupado Beramendi, que como hombre rico se permite curiosidades superfluas y entretenimientos sin ningún fin práctico. Sé que guarda papeles mil, escritos por hombres ó mujeres extravagantes; que reúne cartas amorosas, sin excluir las más ridículas, y que á todo amigo que sale de viaje le pide una relación sincera de cuanto ve y padece en galeras y paradores. Hace colección de confidencias de locos ó criminales, ya sean escritas para

la familia, ya con el fin de solicitar una publicidad que difícilmente encuentran. Pues allá te van también mis confidencias, ¡oh, Pepito ilustre! sin que sea mi ánimo darte en ellas un modelo de discreción, ni tampoco enseñanza para los que gusten de aprender en las vidas ajenas el régimen de la propia. Serán mis escritos, como yo, desordenados, ahora discretos, ahora desvanecidos en estrafalarios ensueños ó en caprichosas divagaciones. A falta de método, hallarás en ellos sinceridad, y el prurito constante de no recatar de la publicidad, si por acaso la hubiere, los pensamientos más recónditos.

Sigo contando. Invitáronme aquel día Rinaldi, Alarcón y el pintor francés Iriarte á visitar al General en Jefe en su campamento. O'Donnell había cambiado la blanda ociosidad del palacio de Ersini, en el centro más laberíntico de Tetuán, por la estrechez de una tienda, rodeado de sus tropas, que aún sueñan con mayores triunfos. Acampa el caudillo fuera del pueblo, en la primera vega que se encuentra conforme salimos por *Bab-el-aokla*, ahora *Puerta de la Reina*. Otro campamento hay por la parte del Oeste, camino de *Bu-Sfiha* y en él están Prim y Zabala, el cual, restablecido de su dolencia, ha vuelto á campaña. Aunque extremaron sus halagos para llevarme consigo, no quise bajar á los campamentos. Díjome Alarcón que aquel día se celebraba la primera conferencia para tratar de la paz, y que habían venido unos morazos muy elegantes con po-

deres del Emperador. Ni con el incentivo de ver moros bonitos lograron seducirme. Les acompañé hasta la salida de la ciudad, y me volví á la *Kaisería*, donde también yo tenía mis paces que ajustar, ó sea un tratado de alianza comercial con dos argelinos que traficaban en Gibraltar y Marsella, hombres de gran diligencia y despejo, á quienes conocí antes de la ocupación, y me habían mostrado simpatía y confianza.

Ofrecieron incorporarme á sus negocios, tomando de mí, no capital que no poseo, sino el trabajo asiduo, la fidelidad y mi conocimiento de la lengua española, dándome una participación por de pronto exigua, pero que luego iría creciendo, creciendo... ¡Dios me valga!... el *mazzal* soñado por mi *Perla* no era un espejismo nebuloso, sino una realidad que á la mano se nos venía, cosa tangible, sonante y sabrosa. “¡Oh, *Yohar*—pensé,—no verás el rostro descarnado de la pobreza!,,... Pues ello era que mis amigos *Djar* y *Ben Sulim* se proponían extender sus negocios á Málaga y Cádiz, y desde aquí penetrar hasta el corazón de Andalucía, que es Sevilla la grande, la graciosa, *orgullo y regocijo del Padre Eterno*.

Imaginad mi júbilo cuando los argelinos me propusieron tomarme, no diré por socio, sino por auxiliar de las granjerías que iban á emprender en España. Introducirían directamente los magníficos tafiletes, dátiles, miel, madera de alerce y otros artículos. Necesitaban una cabeza española que les

guiara en los senderos de la vida peninsular, y como tenían de mi entendimiento una opinión harto favorable, por lo que habían oído á *El Nasiry*, creyeron haber encontrado el hombre de aptitudes para el caso. A las ideas que iban ellos expresando, me anticipaba yo saltando por encima de sus razones y sugiriéndoles nuevas ideas de ignorados negocios pingües que en España podrían realizar, y encareciéndoles la sutileza y probidad con que yo les ayudaría en la multiplicación de sus ganancias. Por de pronto, yo multiplicaba mis ilusiones y las hinchaba desmedidamente, dejando correr mi fantasía con ímpetu semejante al de la famosa lechera. Ya era yo comerciante. Me estrenaba como dependiente; pronto sería socio; establecido después por mi cuenta con capital propio, en pocos años me vería bien acomodado, pudiente, rico... ¡Como hay Dios, que así había de ser!

Loco salí de la tienda de los argelinos, y todos los caminos parecíanme largos para volver á mi tugurio, ansioso de contarle á *Yohar* tales bienandanzas. Ya veíamos venir el suspirado *mazzal* .. yase disipaban los temores de pobreza vil... ya teníamos abierto un camino de bienestar, si estrechito en su primer trozo, luego ancho y florido... ¡Y qué asustada y cuidadosa estaría la pobre-cita *Perla* esperándome, pues aquel día, por mis dilatadas conversaciones con los de Argel, regresaba yo al nido dos horas más tarde de lo regular!... Pero su inquietud ten-

dría remedio instantáneo en el alegrón que yo le llevaba. Ya me imaginaba yo su júbilo y los extremos que haría para manifestarlo, pues es mujer que nunca pone discretos límites á la expresión de sus sentimientos. De seguro se lanzaría con ardor al juego de volatines y atletismo, haciendo alarde de su extraordinaria fuerza y agilidad; daría vueltas de carnero en nuestro camastro; remontaría sus remos inferiores pisoteando el techo, quizás abriendo en él un boquetè; andaría con las palmas de las manos; imitaría á la serpiente y al cocodrilo, sin olvidar el furioso estruendo de platos y almirez para sorprender y aterrorizar á la vecindad... Todo esto pensaba yo corriendo hacia mi vivienda, y en mitad del *Zoco* me encontré á *Esdras* el borriquero, que del *Mellah* salía. Lo mismo fué verme, que tirarse del asno y acudir á mí con solícita premura.

—*Goi* — me dijo: — sé que á tu tierra te tornas... Yo te ruego dejarme dir contigo... por si allá topo más mejor fortuna. Español bueno aquí... allá buen gentío español. Aflojame tu voluntad, *goi*, y llévame...

—¿Sabes ya que me dedicaré al comercio, que iré á Gibraltar, á España? — dije, sorprendido de que aquel desdichado conociera el nuevo camino que la suerte me abría.

—Lenguas todas del *Mellah* cuentan que te vas y no güelves, ca en el Marroco no tienes vivires apañados.

—Cierto es, *Esdras*, que aquí no hallamos buen vivir, y debemos ausentarnos.,,

Díjome entonces que él se sentía merca-chille, y que la mala suerte le condenaba á ganarse la vida con su borrico en tan mísero estado... En España, trabajando conmigo en la compra y venta de ropa vieja, que él sabía remendar y poner como nueva, ganaríamos *mucha cuenta de plata*. Mi alegría me hizo benévolo, inclinándome á la protección de los desvalidos: le prometí hacer en su provecho cuanto pudiera, y no le entretuve más tiempo, porque la impaciencia me abrasaba.

Pocos pasos me separaban ya de mi nido. A él corrí desalado... Al entrar en la sucia calle que se decora con el épico nombre de *Numancia*, ví frente á la puerta de *Simi*, que era mi puerta, un grupo de judías, las cuales, en cuanto me vieron llegar, se encararon conmigo saludándome con una exclamación lúgubre, que me dejó helado. “¡Guay de tí, *Yahia!* El Dío se apiade del coitadico *Yahia!*,” Así gritaban, manoteando en forma semejante á los aspavientos de duelo que hacen aquí las mujeres ante los difuntos. Pensé que un gran infortunio había ocurrido durante mi ausencia, y en mi interrogación ansiosa no acerté á pronunciar más que el nombre de *Yohar*. Antes de responderme concretamente, repitieron su clamor doloroso: “¡Ay, mi corazón, mi corazón!... ¡Ay, mi cordojo grande! ¡Ay, qué extremación de desdicha!,” Angustiado y loco, no sabía yo qué decir. Sin duda, mi *Yohar* había muerto. ¿Dónde estaba?... Co-

rrí á besar su cadáver... “No te endolores más de cuenta, *Yahia*—me dijo *Mazaltob* poniéndome en el pecho las palmas de sus manos.—Sábetete que *Yohar* no es muerta, sino ida... “Ida es de tu casa esa perra,—gritó *Simi* ronca de ira....”

¡Ay de mí! Entre todas me cogieron y me llevaron al patinillo de *Mazaltob*. Más muerto que vivo estaba yo, y no podía valerme. Comprendí el funesto caso; la verdad penetró en mí con lívida claridad. “¿Pero es cierto que *Yohar* se ha ido de mí?... ¿que mi *Perla* me abandona?

—Cierto es como la luz de Adonai—replicó la hechicera.—Asosíégate, *goi*, y aflójate de rabia, que agora es ocasión de que te apersones con virtud que ella no tiene. Tú sodes bueno y barragán; ella una puerca *fidionda*..”

La hermana mayor de *Simi*, llamada *Hanna*, vendedora de ropa vieja, me trajo un pañuelo grande, de frágil tela llena de zurcidos, y con gravedad sacerdotal me dijo: “Coge este lienzo que para nada vale ya, y rásgalo con fuerza para desafogar tu ira. Con los pedazos te lavarás el rostril de las glárimas que derrames, y así quedarte has sosegadico de tus entrañas..” Obedecí á la hebrea en lo de rasgar la tela, lo que hice de un tirón con verdadera furia. Luego les pedí explicaciones. “Contadme, referidme todo. ¿Se ha ido por su propia voluntad, ó vino su padre á llevársela por fuerza?..”

En vez de referirme sucintamente lo su-

cedido, *Simi* rompió en maldiciones contra *Yohar*. “Le venga el mal de la cabra, cuerno, sarna y barbas.” Y la feroz *Hanna*, rasgando por su cuenta otro lienzo grande, que no era más que un pingajo corcusido, gritó: “¡Hija de la *baranid-dah* enconada!,” Esta maldición es de tan feo sentido que no puedo traducirla. Comprendiendo *Mazaltob* antes que las otras mi situación de ansiosa incertidumbre, inició la referencia clara de los hechos: “Vinieron por ella su padre *Riomesta* y *El Nasiry*. Tirándola del brazo se la llevaron. Ella hizo semblanza de desgana y salió lloricosa,”... “Mas era compostura de mentira—dijo *Simi*,— que yo le caté los ojos bien secos cuando jacía que ploraba, y sus ahijidos eran someros de la boca, y no le salían del jondo.” Y *Hanna* prosiguió: “Ya lo tenían amasado el padre y la hija en el forno de sus codicias... Ya estaba tratado, de días luengos atrás, casarla con un *sephardim* de Constantinopla, que tiene casa en Gilbratal, *Natham Papò Acevedo*, de mucha fazenda y compra-venta de fierro.”

Y he aquí que *Mazaltob* me trajo té caliente aromatizado con *nana*, y que los primeros buches de la tónica bebida calmaron un tanto mis irritados nervios... Siguió la hechicera ilustrando con interesantes pormenores la historia que había empezado *Hanna*: “Hoy tiene *Riomesta* en su casa *en-vita*; él mismo fué esta mañana al matadero á degollar un pato graso; aluego compró en la tienda de *Saddi* un cazolito de pimiento

y otro de aceitunas curadas; aina, entre *Simuel* y la criada *Mesooda* pusieron á asar el pato... Há días que *Mesooda* jace jaleas muchas, y dulces, pastas riales, y almibres ricos de todo dulzor... Oyí que ponen otrosi un grande pez que trujo de Río Martín el borriquero Esdras, y lo asarán en cazolón con manteca, citrón y especias de olor... Pondrán aguardente y licor fino de rosa... en canecos de vidro... Todo esto será para envitar al novio *Papo Acevedo*, que llegó anoche... Da *Riomesta* á su hija dote valeroso, sacos muchos de doblones y plata en un cofre holgón....,

Y *Hanna*, con voz de sibila, prosiguió: "Farán la boda en el mes de *Siwan*, pasada la vegilia de *Schabuot*. Haberán gallinas muchas, licores finos de la Francia, olivas gordas del *Andalus*, seis carneros fritos para sesenta envitados, tortas blancas y pretas, y una corambre de vino. Será boda roidosa con vigolines y vigüelas, música de dulzor y alborotos... pues ainda tocarán tambora y almireces....,

Y otra de aquellas bíblicas tarascas, llamada *Reina*, gorda y crasa, ceñido el rostro con dos lienzos blancos, el uno haciendo barbuquejo, el otro turbante, clamó con voz semejante á la de las plañideras que se alquilan para los funerales: "*Guan, guan...* ¿Qué es de tí, mancebo adolorado? ¿Perdiste tu coima? Tómate agora buen caldo, y quédate riyendo de ella; no la endereces llanto ni te asofoques de lamentación, que ya ella

no es blanca, sino preta, preta de su maldad. Quítate del corazón el celo, y no te membres del melindre con ella, que es una perra *niscalíá*. *Guau, guau*. Fuese con otro; déjala, y no te deploras. Blancura de leche no tiene ya, sino sombra de noche oscura... Agora la ves desmayada con *Papo Acevedo*. Ríyete, y gózate de verte liberado y desenvuelto de esa puerca.,,

Y dijo *Hanna* la ropavejera: “No invidies á *Nathan Papo*, que él no tendrá ventura con *Yohar*, sino potra y quebradura, y tú serás gozón y bonito barragán de otras más garridas.,,

Y dijo *Simi*: “Beberás leche de camella, que es de virtù, y te zajumarás con olores y jumos de *nana*, y con esto y con el *semah*, que yo te colgaré del pecho, se te ha de quitar la secura de tu meollo, y el celo de *Yohar*, que es tu mal, mal de hombre mujerado, y la fiel se le golverá miel.,,

No puedo negar que las vociferaciones de aquellas estantiguas calmaban mi pena y me abrían horizontes de consuelo; extraño fenómeno, que no he podido explicarme. Por último, la hechicera *Mazaltob*, que en cierto modo solía poner en su conducta y en su lenguaje unas briznas de filosofía práctica, me acarició y popó con maternal dulzura diciéndome: “No te apenes, hijo, y repárate de ese cordojo. Ya me has uyido mil veces que si *Moseh* murió, *Adonai* quedó.,,

Con esto quería significar que debemos mi-

rar serenos el paso de las desdichas temporales, fijando los ojos del alma en lo inmutable y eterno.

IV

Viéndome más sereno, me obsequió *Simi* con pipas de calabaza y sandía tostadas, golosina que entretiene la voluntad y disipa los pensamientos rencorosos. No obstante mi aparente conformidad con el Destino, la procesión de mis agravios iba por dentro, y no podía resignarme á la traición de *Yohar* sin decir á ésta cuatro verdades más ó menos frescas, y sin coger por mi cuenta al *sephardim* que me robaba la mujer, y obsequiarle con una pateadura en el *Mellah* ó donde quiera que le encontrase. Como español y como cristiano, no podía evadir el precepto de honor que á una venganza donosa y pública me obligaba, y habría dejado en mal lugar á mi nacionalidad y á mi fe (aunque esto parezca mentira), si al cumplimiento de tan sagrado compromiso no me aprestase sin perder horas ni minutos. Cuando este propósito manifesté á las judías que me rodeaban, advertí en ellas más sorpresa que terror. No comprendían mi acción vengadora ni los sentimientos en que tenía su origen. Alguna me incitó á la paciencia, y en otras noté una vaga admiración de mi audacia *barragana*, en el sentido de arran-

que temerario y caballeresco. Cuando les dije que *Nathan Papo* y yo nos pelearíamos hasta que uno de los dos quedase tendido en medio de la calle, se asustaron. *Hanna* se apresuró á rasgar otro indecente trapo inservible, y *Mazaltob*, con acento de prudencia, me agarró del brazo diciéndome: "Tente, *goi*, tente con justedad, y cata que *Papo Acevedo* está abrigado debajo de la bandera cónsula de la Ingalaterra. Serás cogido y aina llevarás condenación de azotes., De la escandalosa chillería de aquellas pécoras no hice ya maldito caso, y me zafé de sus garras, echando á correr fuera de la casa y por la calle adelante, sin cuidarme de las mujeres sucias y chiquillos tiñosos que á mi paso repetían el fúnebre *guan, guan*.

Tomé la vuelta de calles excéntricas para dirigirme á la parte del *Mellah* llamada *Meca*, donde está la casa de mis enemigos, decidido á meterme en ella y coger por los cabezones al *sephardim Papo* si, por desgracia suya, allí le encontraba. Ya distaba veinte pasos de la morada de *Riomesta*, cuando ví que de ella salía mi sabio amigo el rabino *Baruc Nehama*, llenando la calle con su procerosa estatura y la opulencia de sus barbas patriarcales. Lo mismo fué verme, que venir hacia mí con los brazos abiertos, y no esperó á tenerme cogido para echar así la voz tonante: "¿A do vas, mancebo voluntarioso? Por el aire que trais y el brillar de tus ojos, me parece que vienes con ira...

De aquí no pases, ni te pongas injurioso, que no has razón para ello., Contestéle que razón me sobraba, y que quería demostrar que no se juega con un caballero castellano. Pero á mis atropelladas voces contestó con estas otras de grandísima sensatez: “Bien sé que eres caballero, y que entre tus antepasados cuentas al señor Cid, y á otros Cides, como verbigracia el mío señor don Gonzalvo de Córdoba; pero eso no es al caso, pues nadie ha puesto borrón en tu caballería... A *Yohar* te llevaste contra la ley nuestra y la tuya, y es de justedad que pierdas lo que allegaste con latronicio... No pienses en traer acá duelos con *Papo*, que es hombre de cuenta; y si en la calle te topas con él, él te deseará la paz, como si topa para un buen amigo. Generancio tras generancio, *Papo* viene de tu tierra y es judeo español, de los Acevedos de Plasencia, con quienes tuvo parentesco el que llamáis don Cristóforo Colón, primer catador de vuestras Américas de eacia Poniente... Ten cordura, ten agudeza, hijo... Yo digo que bien puede agradecer *Yohar* al *sephardim* que la haiga cogido encariciada de manos de otro. En ello muestra *Papo* ser varón coronado de virtudes.,

Como yo soltase, al oir esto, una risa burlesca, se incomodó el hombre, y creyéndose en la tribuna de la Sinagoga, clamó con voces predicantes: “Con *Yohar* culpaste, desvergonzaste y ficiste fealdad... ¡Guai, gente pecadora, pueblo pesado de delitos, se-

men de malinidades!..., Estos sacrosantos desatinos agotaron mi paciencia y me encendieron la sangre. Faltaba, según hoy lo entiendo, menos de un segundo para que yo le tirase de las barbas al espantajo rabínico. Ello había de ser entre vituperio y caricia, por consideración á su edad avanzada; mas no fué de ningún modo, porque en el primer momento de mi intención, ví que de la casa de *Riomesta* salía un moro elegante: era *El Nasiry*, hijo de Ansúrez. Quedó el rabino suspenso en sus declamaciones, yo contenido en mi cólera, y me alegré de no haberle sacudido la enmarañada zalea de sus barbas. Con respeto, dando cabezadas, miró *Baruc* al moro, mientras éste decía: “Juan, se acabaron las bromas. No estamos aquí en España.

—En España estamos, *El Nasiry*,—repliqué yo; y *Baruc* se dejó decir: “Donnell y Prim han venido á conquistar el suelo del Maroco, no sus mujeres.”

Al hablar así, miraba risueño al moro, solicitando su aquiescencia; pero mi paisano, con señoril gravedad, no dejó traslucir ningún sentimiento en su rostro hispanoárabe. Atenazándome el brazo con su fuerte garra, me ordenó que le siguiese, y el rabino tomó la dirección de su casa, en la calle próxima, despidiéndose con esta exhortación: “Hazle entrar en juicio, *El Nasiry*, y que no quite la paz á fijos buenos de Israel.” Desapareció por una callejuela. Y he aquí que el hijo de Ansú-

rez, llevándome por otra, me hablaba con su habitual donosura. "En tu casa te vestirás con *yoka*, ceñidor y bonete judío, y vendrás conmigo á donde yo quiera llevarte... Y esto sin replicar ni oponer la menor resistencia, pues si no me obedeces, no serás mi amigo español, sino un perro vagabundo., Yo callaba. Por fin, oídas dos, tres veces, sus recriminaciones, me sentí dominado, sin ninguna fuerza para oponerme á la despótica voluntad del caballero español y agareno. No diré que fuí, sino que mi tirano me llevó á la que había sido mi casa: allí *Mazaltob* y *Simi* me proveyeron de la *yoka*, ceñidor y bonete. Vestido de hebreo, dejéme conducir por *El Nasiry*, que sin decirme nada me metió en su casa, donde ví aprestos de viaje, mulas bien enjaezadas, fardos, tienda de campaña... No necesité más explicaciones para comprender que mi amigo partía de Tetuán, y que consigo quería llevarme de grado ó por fuerza. No sé qué sentimientos embargaban mi alma... Mi aflicción por la forzada ausencia, quería buscar consuelo y descanso en la ausencia misma. No sé lo que aquello era.

Pedí permiso á mi tirano para escribir mis tristes sensaciones de aquel día; dióme-lo; tracé con mano rápida y temblorosa esta parte del diario de mis aventuras; tomé algún alimento, y cual manso cordero me entregué al que se había hecho mi pastor. Poco antes de partir me habló éste con severidad, diciéndome que había dado fianza de

que yo partía de Tetuán con propósito firme de jamás volver, y que esperaba de mi honradez que así lo jurase y cumpliese. Agregó que para responder de mi ausencia había exigido que me fuesen sufragados los gastos de mi regreso á España; y al efecto, á mi disposición tenía un remedi6n de plata y oro, facilitado por mitad, con gallarda esplendidez, por *Riomesta* y *Papo Acevedo*. Al oir esto estallé en indignaci6n. ¡Recibir dinero de judíos por compra-venta del amor de *Yohar*! ¿Eran ellos la Sinagoga y yo el Iscariote? ¿Olvidaba *El Nasiry* la secular condici6n de su raza hasta el punto de creer que un espa6ol puede pisotear la ley de honor, vendiendo por treinta 6 tres mil dineros á la mujer que ama? ¡Vileza inconcebible en todo cristiano, y singularmente en el que ha nacido en la tierra clásica de la dignidad y el decoro! Antes me cortaría la mano que recibir en ella los ochavos viles del avaro *Riomesta*, del *Papo* cínico, que quiere tapujar con un pu6adito de oro lo que fué mi felicidad y es ahora su oprobio!... Todo esto y algo más dije, derrochando sin tasa las exclamaciones de enfático orgullo que dan riqueza y sonoridad tonante á nuestra lengua. Oyóme *El Nasiry* con serenidad más musulmana que ibérica, y comentó mi furia tan sólo con la irónica sonrisa que mantuvo en sus labios mientras duraron mis roncás protestas en nombre del honor.

“Muy bien, Juanito—me dijo, cuando so-

focado yo del esfuerzo verbal aguardaba su respuesta.—Ya me tenía yo tragado que saldrían á relucir los Cides y Quijotes... Muy señores míos. ¿Cómo va de salud? ¿Y en casa, todos buenos?... Pues en esta tierra, para que te vayas enterando, poco tienen que hacer los Quijotes y Cides. Y ya que los has traído contigo, vuélvanse contigo á España... Sabrás, hijo mío, que el honor y la caballería consisten aquí en vivir como se pueda, guardando la religión y cumpliendo todos los deberes... En la España de la parte acá del mar, no da de comer el honor, ni al dinero se le mira con mal ojo, venga de donde viniere... Te veo muy tonto con los ascos que haces á la plata de *Riomesta* y de *Natham Papo*, y nada más hablaremos de ello por ahora. En el camino se hablará. Hoy te dejo en tu vana jactancia... No nos detengamos, hijo mío, y aprovechemos lo que resta de día para salir de Tetuán. El camino es largo y dará tiempo á tus reflexiones... En marcha.

Montamos en sendas mulas bien aparejadas, formando con los servidores y arrieros de *El Nasiry* una lucida caravana, y antes de que arrancáramos, ví que *Mazaltob*, *Simi* y otras judías faranduleras que me tienen ley, se agrupaban en la esquina del palacio del Gobernador, y desde allí, temerosas de aproximarse, me despedían con expresivas garatúsas. La presencia de aquellas mujeres, ni santas ni limpias, me afectó y entristeció sobremanera por las remembran-

zas que traían á mi corazón y á mi mente. Mirada cariñosa dejé volar hacia ellas, y la emoción me obligó á volver el rostro, hasta que me fué preciso atender á los primeros pasos de mi mula... En la extensa calle que hoy llaman de *Cantabria*, hubo de pararse nuestra caravana por un entorpecimiento de cargas de leña que zafios montañeses no acertaban á retirar á uno y otro lado de la vía pública. Mientras ésta se despejaba, ví pasar un grupo de oficiales, del cual se destacó mi bondadoso amigo el castrense *don Toro* para venir á saludarme. Hablamos un ratito; díjele que abandonaba con tristeza la dulce Tetuán para internarme en el Imperio, y él me compadeció, despidiéndome con estas palabras: “El Señor vaya contigo, buen *Confusio* (con *ese*), y te limpie de las confusiones que *Allah* y *Adonai* han embutido en tu cabeza... ¿Qué dices? ¿que acaso vuelvas á España? Allí te quiero ver, *Confusio* amigo... La Virgen te acompañe..”

Salimos por la *Puerta de Fez*... Adiós, Tetuán, blanca paloma, virginal doncella que fuiste, antes que el español te cogiera y manoseara; adiós, *Ojos de Manantiales*, manantial de vida para mí, pues las amarguras y alegrías, las dulces emociones y acerbos penas que en tí he sentido, fueron acrecimiento extraordinario de mi sensibilidad, copiosa reproducción de mis ideas, con lo que parecen multiplicados mis días y soberanamente hinchada de sucesos mi existencia, como río en que entran aguas mu-

chas. Adiós, tierra de maldición y de bendición, más, al fin, de lo segundo que de lo primero, pues bendición es el exceso de vida en tiempo corto, el ver largo, aprender hondo, y llenar nuestras trojes con abundantes cosechas de experiencia. Bendito es todo lugar que por mucho que se viva no puede ser olvidado. Hermosa eres, Tetuán, por el misterio de tus calles, la poesía de tus contornos, por la serena confianza de las tres religiones que en tu regazo duermen, más hermosa aún como nido de amores, como alivio y orgullo del hombre enamorado. Adiós, en fin, dulce *Yohar*, estatua de la blancura, monumento de ternura, vaso de miel que en su hondura esconde la traición. Yo pido á mi Jesucristo que te dé la paz, si tu Adonai no quiere dártela.

V

Samsa, mes de Nissan.—Feliz ha sido la primera etapa de nuestro viaje. De Tetuán á esta risueña y patriarcal aldea hemos venido *El Nasiry* y yo silenciosos, cada cual entretenido en arrullar sus pensamientos, para que se duerman al compás del andar cuidadoso de las mulas. En verdad, no he visto mulitas más discretas en el paso que las de esta tierra; su mansedumbre y la suavidad de sus movimientos superan á los encomios que todo europeo les tributa. Di-

ríase que sienten interés fraternal por el sér humano que oprime sus lomos, y que es para ellas punto de honor llevarlo sano y salvo al término de su viaje. No quitan los ojos del terreno, como si éste fuera un libro en que van leyendo el orden y señalamiento de los puntos en que han de asentar sus cascos duros, dotados de cierta delicadeza pulsátil.

Pues, Señor, aún no me ha dicho *El Nasiry* á dónde me lleva. Sólo sé que la razón de hacer escala en este pueblo es recoger al hijo de un grande amigo suyo, llamado *Mohammed Requena*, para llevarle con nosotros. Es este *Requena* un moro de casta granadina, anciano, rico, bondadoso y de sutil ingenio. El exquisito trato de tan noble señor serena mi turbado espíritu... Aún no sé cuándo saldremos: el adolescente por quien hemos venido está enfermo de tenaces calenturas. Titubea *El Nasiry*, solicitado, por una parte, de su impaciencia, por otra del amor al *Requena*. Quiere partir pronto á donde le llaman apremiantes intereses, y le aflige marcharse sin el chico. Han pasado tres días de incertidumbre, de aplazamientos, de esperanzas no realizadas. Por fin, entiendo que nos vamos... Aún intenta el viejo *Requena* detener algunos días á su amigo, encareciéndole lo peligroso del tránsito por el valle que ocupan las tropas de O'Donnell. Una batalla no muy sonada se dió estos días en *Samsa*... Frustradas las primeras negociaciones de paz, el cañón atronará

pronto estos amenos valles. No debemos partir, según el viejo, mientras no pase la chamusquina. Pero *El Nasiry* tiene prisa, y confía en llegar al desfiladero del *Fondac* antes que estalle la tormenta humana, más terrible y asoladora que la de los cielos.

Partimos al fin. No diré que me alegro, porque la hospitalidad espléndida que aquí me dan y el trato bondadoso de *Requena* han sido para mí como un ambiente tibio y sedante, en el cual se marchitan los sentimientos exaltados, dejando florecer tan sólo la plácida amistad y la gratitud... En esta casa no hay mujeres... quiero decir, no hay más que tres esclavas, largas de edad y cortas de hermosura... ¡Descanso del espíritu; descanso de la idealidad, de aquel irritable genio, que, como el de la poesía, no enciende las llamas de su inspiración sino ante la belleza y la juventud!... Adiós, paz nemorosa de *Samsa*; adiós, aldea linda y quieta, de rumorosas aguas, de frescos naranjales... Bendiga Dios las apiñadas flores de tus almendros, perales y manzanos, para que críen abundante y dulce fruto... Adiós, viejas apacibles, medicina de los delirios de amor... abur, abur...

Stchaidi, últimos días de Nissan.—Gracias á Dios que encuentro lugar para escribir con relativo sosiego, y un cierto acomodo que tiene lejano parentesco con la comodidad. Fatigas y sustos enormes he pasado; impulsos de huracán me han traído

hasta aquí; quebrantado está mi cuerpo de los golpes y vaivenes; quebrantado mi espíritu de las terribles emociones... Reanudo mi verídico relato diciendo que salimos de *Samsa* al anochecer, y que serían las diez de la noche cuando los delanteros de nuestra caravana se pararon, y dieron á nuestro amo esta voz de alarma: "Señor, no podemos seguir. Están aquí., Los que allí estaban eran los españoles: se les conocía por el rugido seco de las interjecciones castellanas.

Celebraron consejo los guías y *El Nasiry*. Como voy entendiendo el árabe, pude fácilmente hacerme cargo de lo que decían. No podíamos encaminarnos al puente sin meternos entre las tropas españolas; habíamos de ir en busca del vado de *Bu Sfiha*, donde el paso es difícil, por venir los ríos muy crecidos á causa del deshielo... Oídas las diferentes opiniones, decidió el amo que pudiéramos *pecho al agua*, pues no había otro remedio, si no preferíamos volvernos á Tetuán y esperar á que pasase el nublado de guerra. Apechugamos, pues, con el vado, y ello fué á media noche, con ceguera de nuestros ojos, que á eso equivalía la obscuridad y temerosa hinchazón de las aguas; paso tan comprometido como el que intentó Faraón en el Mar Rojo persiguiendo á los israelitas, con la diferencia de que no nos ahogamos por milagro de Dios. A mi mula y á mí nos faltó poco para ser arrastrados por la onda; pero al fin salimos de aquel apuro tomando suelo en la otra orilla. El pobre animal

mostraba con pataditas el contento de verse salvo de su naufragio.

Pero la desgracia no se cansaba de perseguirnos: en la orilla de salvación nos salieron al encuentro soldados de Isabel II que nos dieron el *quién vive*, y nos obligaron á tomar mayor vuelta para continuar hacia Poniente. *El Nasiry* bufaba de cólera tanto como yo tiritaba del frío y la mojadura. Pero había llegado la hora de la paciencia y de la conformidad con el Destino. Siguiendo por el camino curvo que al pie del monte *Beniber* nos conducía, por donde pensábamos hallar paso franco hacia el *Fondac*, anduvimos despacio todo el resto de la noche. Un mendigo desarrapado y viejo que se nos agregó, nos dijo que el *sbañul* tenía toda su tropa al otro lado del agua. En Lausie estaba *El Chaue* (entendí *Echagüe*); *Z'baalah* (*Zabala*) y Turón en el puente de *Bu-Sfíha*; *Chej El Dónel* y Prim en el monte de *Uadrás*, y en *Benider* se había plantado *Muley El Abbás* con su ejército moro, el cual era tan fuerte y aguerrido que allí los infieles fenecerían de una vez, sin que viviera uno solo para contarlos. ¿Y qué musulmán creyente podía dudar que ahora la venganza del Mogreb quedaría consumada, Tetuán redimida de su cautiverio, y los españoles lanzados al mar para que á nado ó como pudiesen se fueran á su terruño?

Sorprendiéonos el día junto á las avanzadas del ejército marroquí. Alegróse mi amo de verse próximo á su amigo *Muley El*

Abbás, que sin duda no nos pondría obstáculos para seguir nuestro camino. Descansamos; fraternizó *El Nasiry* con aquella gente de variadas castas, y como yo, por mi traza judáica, era mirado con antipatía y recelo, mi protector y compatriota el hijo de Ansúrez hubo de decir que era yo su esclavo. No de otra manera podía designar la especial servidumbre á que están sometidos los hebreos de las comarcas interiores del Imperio. Para que estos desgraciados puedan burlar la muerte que á cada instante les amenaza, cada familia ó individuo se pone al amparo de un señor musulmán, el cual, á cambio de la *guería* ó capitación y de bajos servicios, es protegido con la eficacia suficiente para que nadie se meta con él. A los que en tal servidumbre viven se les llama *demmi*, que significa *individuo de un pueblo sometido*, y no se les da nombre alguno. A cada cual se le conoce por *el judío de Pulano*. Conforme á las instrucciones de *El Nasiry*, yo fui *su judío* desde que llegamos al campamento, y para desempeñar muy al vivo mi papel, me ocupaba en los menesteres más humildes: limpiar las mulas y darles pienso, fregar los platos, encender la lumbre para hacer nuestra comida... *Ibrahim* y los demás servidores del señor, alocucionados por éste, me trataban como á un perro; farsa que si por un lado me molestaba, por otro á gratitud me movía, pues con ella tenía bien garantizada mi pobre existencia.

Dejándonos en la tienda que un *Kaid de Anyera* nos proporcionó, *El Nasiry* fué á visitar á *Muley El Abbás*; mas hubo de volverse sin llegar á la tienda del Príncipe, porque á mitad del camino le cerraron el paso los movimientos del tropel marroquí. El espantoso ruido de fusilería nos dijo que había comenzado una fiera batalla. Desde donde estaba yo, no se veía más que el cortinón de polvo extendido en los aires, tras un primer término de hombres á caballo que aguardaban como en reserva. Los gritos de los moros, que comunmente no saben combatir sin lanzar á las aires chillería discordes, daban á mis oídos una descripción vaga de los accidentes de la pelea. El alejarse y el volver de la onda sonora parecía como el alternado sube y baja de los favores de la fortuna entre moros y cristianos. Sonaba de un modo el rumor de los graznidos cuando el Islam avanzaba, y de otro cuando retrocedía. Hostigado de la curiosidad, avancé entre la muchedumbre de caballos para echar un lejano vistazo á la refriega, pero á los pocos pasos retrocedí asustado de mí mismo. Caí en la cuenta de que la mayor falsedad del papel que yo representaba era mostrar interés por cosas tan opuestas á la esclavitud como son la guerra, el heroísmo, y cuanto se relaciona con los aspectos nobles de la vida. Un *demmi* ó judío esclavo debía ser ó parecer completamente idiota, cerrado de inteligencia, grosero y bajuno de sentimientos, so pena de que descargaran

sobre él todas las iras del árabe orgulloso. Volvíme á donde estaba, y en mi rostro puse la estúpida indiferencia de un animal á quien nada interesan ni nada dicen las grandezas humanas.

Pero transcurrido algún tiempo (no puedo precisar su medida), en aquella expectación del que escucha y no ve una próxima tragedia, no me valió mi fingida humildad, y á punto estuve de que me saliera muy cara la imperfecta comedia de mi esclavitud. Llegaron los primeros heridos retirados de la acción, unos por su pie, otros traídos en volandas, y al ver yo que arrojaban en tierra un mísero cuerpo agujereado de balazos por donde se le iba la sangre; al ver que aún tenía vida y que clamaba por conservarla pidiendo con desgarradores ayes auxilio y caridad, sentí que mi corazón cristiano hacia él se iba como las mariposas á la luz. Nunca lo hubiera hecho. Aún no había yo puesto mis manos sobre aquel muerto vivo, cuando el empujón de un brazo vigoroso me tiró hacia atrás; caí de manera poco noble, de espaldas, las cuatro extremidades en alto, y no bien toqué el duro suelo, vinieron sobre mí sin fin de patas moras, con babuchas ó sin ellas, que me pisotearon y magullaron sin que yo pudiera valerme. Armas no tenía yo, que si las tuviera ¡vive Dios!, no me habrían pisado aquellos brutos sin que alguno me lo pagara con su vida. La mía estuvo en un trís, y mi dignidad fué más que ultrajada con tantas coces. Ya ví

algún yatagán que venía contra mis entrañas y que el buen Ibrahim apartó con mano diligente... ¡Horrible condición la del judío esclavo en estas tierras, donde ni aun la dulce compasión se le consiente! Un perro puede aquí amar al hombre, y un esclavo no.

Arrimado á las mulas, como á seres benignos, me hallaba yo, reponiéndome del quebranto de mis pobres huesos, cuando volvió *El Nasiry*. En un aparte breve quise contarle mi desgraciado suceso; pero antes que yo entrase en materia, llevó la conversación á más grave asunto. Díjome que, en su paseo de vuelta, pudo apreciar que sobre los españoles llevaban ventaja los moros. Habían éstos entrado en la pelea con brío extraordinario, alentados por los árabes de *Hiaina*, que aquel día llegaron con guerrero entusiasmo, y dando el ejemplo de bravura, en todo el ejército encendieron el furor de la guerra santa. Añadió que desde el principio de la campaña no habían combatido los marroquíes con tanta fiereza militar y religiosa. Creyérase que el Profeta mismo había descendido á las filas desde la región celestial en que mora. Esto me dijo en lugar donde nadie podía escucharnos, y en él noté una extraña inquietud y desconcierto del ánimo por la inaudita novedad del vencimiento de los españoles. Poco después le ví en un grupo de berberiscos, congratulándose de lo bien que iba la batalla, y dando las gracias á Mahoma y Allah por la ya

segura victoria. Admiré la soberana perfección de su fingimiento, y de él tomé modelo para instruirme y doctorarme en el estudio de mi figurada ignominia.

Mediodía era ya cuando el repecho donde estábamos se aclaró de gente, señal de que los moros ganaban terreno, metiéndose en las posiciones españolas del llano de *Bu-Sfiha*, llamado por nosotros *Buceja*. Cierto era que los perros del Islam iban ganando. He aquí que yo, apóstol humanitario y nada belicoso, sentía ganas de correr hacia los míos y ayudarles á dar á estos brutos una paliza tal que fueran todos á contarlo al paraíso de Mahoma. ¡Qué inmensa dicha poder cobrarles con furibundos pinchazos en el vientre la tremenda pateadura con que me habían ablandado los huesos!... En esto llegó una turba de los de *Hiaina*, graznando con feroz alegría. Algo pude comprender de la jerga que hablaban: "Los españoles eran arrollados... Casi no quedaba ya ninguno de aquellos gigantes que llaman *catalonios*... El campo estaba *alfombrado* de cuerpos cristianos... A Prim, que había salido echando bravatas, le habían abierto en canal dos veces. De otros generales se supo que eran ya cadáveres, y *Chej El Dónel* tenía rota la cabeza....",

Venían aquellos bárbaros en busca de agua, locos, abrasados por la sed... A una señal de *Ibrahim*, acudimos él y yo con cántaros llenos que en nuestra tienda teníamos. Yo dí de beber al que con más furia ladra-

ba; después á otro y á otro, todos feísimos, negros y de espantable catadura. ¿Creéis que me agradecieron el socorro que les dí? No por Dios: uno de ellos, portador de una vara que parecía de acero por lo dura y flexible, me apaleó con ella fieramente, y antes de que acabara, los demás no hallaban mejor modo de expresar su alegría que abofeteándome con saña y burla. Me obligaba mi esclavitud á poner en práctica la horrenda humildad ordenada por Jesucristo, que es ofrecer la mejilla izquierda después de bien aderezada de sopapos la derecha. Yo, con perdón de nuestro Redentor, no pude hacerlo, y ya tenía cogido por el pescuezo al verdugo de mi rostro para vengarme de él como pudiese, cuando un grito de *El Nasiry* me contuvo, y me aseguró con su afectada cólera la vida que yo ciegamente comprometía. Separándome con fuerte brazo del lugar de mi perdición, me dijo: "Quítate allá, *demmi*... Tú das de beber á las mulas, no á los hombres de Dios.,

VI

Y he aquí que, pasado aquel sofoco, nos cogió el amo á *Ibrahim* y á mí en la soledad interior de la tienda, para darnos esta orden apremiante: "Se confirma que los moros van ganando las posiciones de los cristianos, pues á cada instante se apartan

más de aquí y se corren hacia *Bu-Spitha*. Aprovechemos la clara y el despejo del terreno por esta parte para seguir nuestra marcha. Recoged todo, enjaezad las mulas, y echemos á correr sin decir nada por las veredas más altas, á ver si Allah, ó el Zancarrón, ó el mismo *Eblis* nos permiten llegar al paso del *Fondac* antes que cierre la noche.,

Tal como lo dijo lo hicimos, y á espaldas de las envalentonadas hordas de *Muley El Abbás* nos deslizamos por atajos próximos, sin que en nuestra salida pararan mientes los guerreros que allí quedaban. Tomamos desde la partida un vivo trote, huyendo de la cruel matanza; mas por alejarnos rápidamente no perdían nuestros oídos la sensación del inmenso ruido de la batalla, acrecido al avanzar de la tarde con el pavoroso estruendo de la Artillería española. Mostrábase el cielo poco benigno con los combatientes, porque al frío seco que desde el amanecer soplabá, sucedió por la tarde lluvia pertinaz, á intervalos arreciada con tremendos chaparrones. Cuando nuestras valientes cabalgaduras atacaban la cuesta que sube á la divisoria de *Djibel Hiamar*, corrían por aquellos vericuetos las aguas con torrencial sonido, arrastrando piedras. El camino no merece tal nombre: no es más que un sendero del cual han sido artífices los cascos de las caballerías. Son aquí más ingenieros los animales que los hombres.

Momentos hubo en que la ascensión por

la pendiente *Aaba-El-Fondak* era penosa, con su tantico de peligro. En cualquier país que no fuera Marruecos los caminantes habrían retrocedido, aplazando su viaje para mejor ocasión. Aquí no se asustan de nada que sea incomodidad, y aborrecen las carreteras de piso igual y sólido. ¡Y pensar que en nuestra España ha ocurrido lo mismo casi hasta nuestros días! Por vericuetos inaccesibles como los que yo he pasado al subir de Tetuán al *Fondak*, hacían sus grandes viajatas los españoles de generaciones no lejanas; así caminaban los mercaderes con sus acopios; así las hermandades y cofradías que transportaban reliquias ó cuerpos de santos incorruptos; así los grandes reyes Isabel y Fernando, en solemne visita de sus estados, y así las comitivas de princesas que venían á casarse con algún Felipe ó con algún Carlos de los que nos depararon las casas de Austria y de Borbón. Con estos recuerdos, yo me hacía la cuenta de que atravesaba las cordilleras de mi enriscada España, en alguna expedición política ó comercial, entre Castillas...

Tan ceñudo se puso el cielo á media tarde, y tales cantarazos de lluvia descargó, que la impedimenta que llevábamos, cuatro acémilas con cofres de ropa, sacas de víveres y material de tienda de campaña, quedaron rezagadas por no poder vencer la pendiente con la pesadumbre de sus cargas. En lugar áspero donde la montaña nos deparó una oquedad rocosa, buen amparo con-

tra el furioso aguacero, dispuso *El Nasiry* que hiciéramos alto, lo que las mulas y yo agradecemos sobremanera. Allí nos paramos y acogimos, no sólo por resguardar nuestros rostros de los furibundos latigazos de la lluvia, sino por dar tiempo á que pudieran las retrasadas acémilas rebasar la pendiente y agregarse al cuerpo de la caravana. Tan inquieto estaba nuestro amo, que daba miedo ver su cara, el fruncimiento de sus cejas, y aquel mover y apretar de mandíbulas, cual si mascando estuviera una cosa muy amarga. En verdad, maldita gracia tenía que se nos perdieran una ó más cargas del convoy con lo que llevábamos para nuestro sustento, amén del dinero y materia comercial de algún valor.

Por fin, á la media hora de angustiosa espera vimos llegar á uno de los jayanes con la mula que conducía, chorreando agua los dos. Lo primero que dijo fué que otra carga venía detrás, á corta distancia, y que las dos restantes quedaban en los repechos más bajos aguardando á que cediera el temporal. Echó de su boca *El Nasiry* sin fin de maldiciones en lengua arábica, y alguna en español neto de las más trepidantes; y cuando yo me permitía consolarle del contratiempo con vulgares razones, como la confluencia en la Providencia y otras del orden anodino, el arriero soltó esta grave noticia que á todos nos dejó suspensos: "Señor, sabrás que la ventaja de los moros se ha trocado en derrota y palos. El cañoneo de los españoles

ha traído á éstos la ganancia de la lid, y ahora, con permiso y ayuda de los malditos diablos, están barriendo como con escobas el campo que habían conquistado los creyentes., Puso *El Nasiry* al oír esto la cara de compunción hipócrita que tiene para estos casos, y exclamó mirando al cielo tempestuoso: "Cúmplase la voluntad de Allah... Suframos, ¡ay!, el castigo que merecemos por nuestros pecados y la flojedad de nuestra fe. ¡Loor siempre al Clemente y Misericordioso!, Yo me puse también la máscara de una grande aflicción y dije *amén*, reconociendo así que por nuestros pecadillos consentía el Sumo Dios la tremenda paliza que los cristianos administraban á estos zopencos.

Trajo el segundo arriero la noticia de que se había iniciado la retirada de las tropas moras, corriendo hacia la montaña. El cañón español no cesaba de aventar las tribus del Mogreb. Era un espectáculo de horrible desolación... así como la fin del mundo... Había resucitado Prim, saliendo de un montón de muertos, y con una quijada de caballo mataba cuantos moros cogía por delante. Los demonios hacían visajes horribles combatiendo en las filas cristianas, y Mahoma chillaba en los aires, con *tronío* y *llorío* que era como la ira de Dios en medio de las nubes... Nuevas exhortaciones de *El Nasiry* á la conformidad y paciencia. Ya podíamos ver bien claras las resultas de tanto pecar y de habernos descuidado en la oración y

enfriado en la creencia. *Amén, amén...* En el sitio donde estábamos, que era como caverna de poca hondura, llegaba á nuestras orejas con intervalos el fragor de la artillería cristiana, según las idas y venidas del viento. Después de traer el espanto á nuestros oídos, lo alargaba para otra región, llevando á oídos distantes la misma sensación pavorosa. Dijo el segundo arriero que los moros en retirada avanzaban subiendo. Era una ola de mil colores mojados, un rebaño de miles de patas que huía del llano al monte, entre fango, bajo cortinas de agua, y acosado por el fuego.

Sabido esto por mi amo, fué más viva la expresión de su inquietud: le vimos atormentado por cruel duda; tan pronto tomaba una resolución, como de ella se arrepentía. Por fin, se arrancó á decirnos: "Aunque perdamos las dos acémilas que se han quedado atrás, debemos seguir hacia el *Fondac*... con toda la prisa que se pueda... y allí, si la ola que viene tras de nosotros, y que hasta el *Fondac* no ha de parar, nos permite algún descanso, lo tomaremos. Si no, adelante siempre, y Allah nos gué y nos socorra. En marcha todo el mundo.,

¡En marcha, huyendo de la ola y tomándole la delantera cuanto fuese posible! La parte del camino que nos faltaba para coger la divisoria del ríscoso *Djibel Habib*, era la más fatigosa y endiablada. Entramos por un desfiladero angosto y torcido en innumerables vueltas y dobleces, siempre su-

biendo; á nuestra derecha, montes altísimos de donde se desgajaban torrentes de agua arrastrando piedras; á nuestra izquierda, vertiente de barrancadas que acaban en invisibles abismos... Iban las cabalgaduras una tras otra, pisando con singular cautela el suelo pedregoso y húmedo. Admiré en la mía el pasmoso instinto con que sorteaba las pendientes resbaladizas. A veces posaba su casco tan delicadamente como si bailara un minueto con las más remilgadas etiquetas que ilustran el arte de mover los pies. ¡Apreciable persona cuadrúpeda, ó animal apersonado, manso, discreto, cumplidor exácto del más penoso deber, sin otra recompensa que un poco de cebada! Ya era noche obscura cuando franqueábamos la divisoria; llegamos á un punto én que los abismos que antes veíamos por la izquierda abrían sus negras bocas por la derecha. Cesó la lluvia, y el viento helado campaba por sus respetos en los caballetes del monte. Ibamos ya cuesta abajo. Las mulas, inducidas á mayor cuidado por la obscuridad, andaban con más lentitud, tanteando el suelo... Por fin, al cuarto de hora de descenso, vimos á la izquierda un cuadrado regular, construcción chata que blanqueaba en las tinieblas. Era el *Fondac*...

Era el indecente y destartalado parador, en que el *Majzen*, ó gobierno central, atiende al descanso y refacción de viajeros y caballerías. La estructura y disposición del edificio me recordó los corrales que dan

abrigo á los rebaños de toros ó de ovejas en las sierras y descampados de nuestra Península. Cuatro paredes en rectángulo, no muy altas; en la del frente una puerta; en el centro un patio claustrado de tejavanas; á los lados de la puerta dos estancias donde vive el administrador, funcionario del Estado; basura, montones de paja, obscuridad de noche, frío y polvo siempre, componen el desmantelado edificio. Concluyen de arreglarlo y le dan la última mano de pintoresca barbarie las turbas que por horas ó por días lo habitan. Cuando nos apeamos frente á la puerta, ví que en el fondo del corral pestañeaba la luz de un candilejo; la luz se fué acercando, trayendo detrás de sí á un árabe caduco y medio cegato que saludó á *El Nasiry* como á un antiguo conocimiento. Al entrar, vimos sombrajos de caballerías, y algunos bultos de moros tumbados en el suelo.

Ordenó mi amo que se diese un pienso á nuestros animales sin quitarles las monturas, pues habíamos de partir al instante; pidió al guardián café caliente, entramos en uno de los cuartuchos laterales, amueblados exclusivamente con paja, para que cada cual, según los modos ó costumbres de su indolencia, se tumbase y estirase. Tan inquieto y abrasado en zozobras estaba mi amo, que cuando el vejete nos trajo el café, servido en vasos humeantes, no se cuidó de catarlo. Yo sí lo hice porque me sentía transido y desmayado. *El Nasiry*, según me di-

jo, apartar no podía de su mente la idea y la imagen de aquella ola del Mogreb derrotado y huído. Hacia donde estábamos vendría la ola, pues no había más camino de fuga que el que seguíamos, ni en dicho camino más reposo que el maldito *Fondac*.

De improviso, estando él y yo en estos pensamientos y melancolías, oímos ruido al exterior, que no era del viento, sino de caballerías galopantes, y de voces al parecer humanas ó de diablos que hablaran á estilo de los hombres. No pudo contenerse *El Nasiry* y salió, salimos á la puerta. Lo que llegaba era la ola, sus primeras espumas salpican-tes. Dos moros se apearon: venían manchados de sangre y lodo, pintadas en el rostro la ira, la ansiedad, la desesperación; sus caballos negros blanqueaban del sudor, y apenas podían valerse ya, mal sostenidos por sus remos temblorosos. Apenas se apearon los dos primeros jinetes de la ola, vimos llegar á otros dos, y como al medio minuto, seis más en caballos derrengados ya del furioso correr, los vientres heridos y rasgados por las espuelas... Quisimos volver á nuestro albergue y asegurarnos contra la invasión; mas la curiosidad de ver la ola engrandeciéndose á medida que avanzaba, nos detuvo en la puerta. Los primeros que á pie llegaron fueron tres, con resoplido de peatones que ganan el premio en la carrera; tras ellos aparecieron cuatro; luego, de golpe, como unos veinte, seguidos de tres á caballo: uno de estos jinetes venía mal herido y medio

muerto. Antes de que lo bajaran del caballo, se cayó él como un fardo, y al rebotar en el suelo, dió señal de agónica vida en voces roncadas... Aterrados entramos mi amo y yo en el corral, y al punto nos obligó á salir de nuevo un gran vocerío, clamor inmenso, como si todos los gemidos del dolor humano se tradujeran al lenguaje de la mar brava revolcándose en la playa pedregosa. Era la plenitud del ejército en dispersión, que á lo alto del monte llegaba ya con el imponente hervir de su cólera despechada, y la espuma de las maldiciones que escupía contra la tierra y el cielo.

VII

Ya no había salvación; nos ahogamos en la onda de salvaje humanidad, empujada del pánico, del hambre y de toda suerte de locura... Ya no podíamos andar por dentro ni por fuera del inmundo corralón, sino con esfuerzo y braceo de nadadores, abriendo hueco entre la carne sudorosa. El aliento de la masa humana nos asfixiaba; el rumor de cólera y rabia nos enloquecía. Ya mi amo y yo, forcejeando en el interior, no encontrábamos á los criados moros, ni las caballerías, ni el café que habíamos dejado á medio tomar; ya íbamos y veníamos llevados de la onda; ya, por los gritos que proferían tantas bocas feroces de blancos dientes, y por la

expresión terrorífica de tantos rostros negros y blancos, bruñidos del sudor, llegábamos á creer que también nosotros veníamos huídos del combate, y que traíamos en nuestras almas la furiosa rabia de la derrota.

Quiso *El Nasiry* congraciarse con los que más cerca teníamos en aquel penoso braceo en medio de la onda, y algo les dijo de la batalla y de lo mal que se había portado Allah con sus fieles creyentes. Los que le oían respondieron con voces famélicas más que patrióticas: tenían hambre, y querían repararse con algún alimento hasta que pudieran llegar á sus casas en remotos aduares. Otros vociferaron contra O'Donnell y Prim, renovando la ridícula leyenda del pacto entre españoles y demonios. Ya tenían los moros sometidos á los cristianos; ya el campo de éstos era *una alfombra de cadáveres*, cuando se desgajó el cielo vomitando diablos; resucitaron los cristianos muertos, y el Mogreb vencedor fué vencido por máquina sobrenatural... En la fuga, los heridos que traían fueron abandonados en el monte, donde los cuervos se encargarían de comérselos tranquilamente. ¡Felices los muertos porque subirían al paraíso de frescas aguas cristalinas!

Logramos al fin topar con *Ibrahim*. Este nos dijo que antes que él pudiera evitarlo le habían quitado y abierto el fardo de una de las acémilas, el cual, como era cosa de condumio, pasó en un santiamén á las bocas voraces y á los estómagos hambrientos.

No se incomodó *El Nasiry* al oírlo; antes bien mostróse conforme con el despojo, asegurando que á su intención caritativa se habían anticipado los ladrones... En tan apretada situación estábamos, sin poder entrar ni salir, ni recoger lo nuestro, ni escaparnos de tanta confusión y laberinto, cuando llegaron á nuestros oídos voces muy distintas de las desesperadas voces de la onda. Al mismo tiempo se arremolinaron los que llenaban el ancho corral, abrieron paso, y pude ver á un negro *bokari* que látigo en mano apartaba á un lado y otro la bárbara plebe, sacudiendo sin compasión sobre los estrujados cuerpos. Tuve la desgracia de que el látigo de aquel sayón me cogiera de lado á lado la cara, haciendo saltar de mi cabeza el bonetillo que la cubría. Lastimado de tal injuria, oí decir claramente al zurrador que diéramos paso y fácil entrada en el corralón al poderoso señor *tal* y *tal*, que venía de parte del Sultán para tratar de guerra y paces.

Abrióse al fin en la masa cavidad suficiente para que entrase un morazo montado en mula de tan alto aparejo, que el hombre parecía cabalgante en una torre. Tras él entraron cuatro más, caballeros en airosos corceles, y le seguía una escolta que en su mayor parte hubo de quedarse fuera. Con tal cuña, ya estábamos los de dentro en punto de ahogarnos de verdad. La suerte fué que el del zurriago, antes que su altísimo señor se apease, trató de despejar el local gritan-

do: “fuera, fuera, canalla: dejad hueco al señor...”, También á mí me tocó buena parte de esta nueva zurribanda. En fin, salió la chusma del corral, á borbotones ó chorros, como el agua de sucio estanque al cual se abren las compuertas, y desde este punto ya respiramos y nos esponjamos, y yo pude hacerme cargo, por el escozor de mi piel, de los desastrosos efectos del látigo.

Pero como es invariable ley humana que vengan siempre enlazadas y cogidas del brazo las bienandanzas y las desdichas, sucedió en aquel caso que tras el peligro de ahogarnos en la ola de los vencidos, vino la suerte y buena coyuntura de que mi amo *El Nasiry* y aquel pomposo sujeto, emisario del Sultán, fuesen amigos. No hay que decir cuánto me alegré de verles saludarse y hacerse graciosas zalemas, celebrando su encuentro. Entraron luego los dos en el primer aposento donde estuvimos, y recostáronse en la paja muelle, único diván y revolcadero de personas que allí existía. Quedéme yo en el corral, entre caballos y mulas, y hasta la madrugada, cuando ya salíamos de aquel infierno del *Fondac*, no pude saber quién era el caballero del blanco alquicel tan bien escoltado de moros elegantes.

Dos ó tres veces me recitó *El Nasiry* el rosario de los nombres de aquel señor, los que apunto cuidadosamente para que ninguno se me escape de la hebra en que van en- garzados. Llámase el *Kaid Abu Abdal-lah, Mohammed Sen Dris Ben Hammam El Fe-*

rrari. Según cuenta, Su Majestad el *Sultán Sidi Mohammed Ben Adderrahman*, viendo el mal cariz que tomaba la guerra, le llamó, y dándole sesenta mil ducados con que remediar al ejército, ordenóle que al campamento se trasladase, y examinara el estado de ánimo y disciplina de las tropas, para ver si convenía proseguir la campaña ó rematarla de plano con las más ventajosas paces que se pudieran obtener. Iba, pues, *El Ferrari* á tomar el pulso al enfermo, y por cierto que le encontraba dando las boqueadas, menos necesitado de medicinas que de los últimos Sacramentos. Sin duda el buen señor se haría cargo, por la desolación que allí veía y por lo que debió de contarle mi amo, de la soberbia tunda que aquella misma tarde había sufrido *El Mogreb*, y de la necesidad de acudir pronto al descanso de la paz, que el marroquí desea, y al español no le vendrá mal.

La oportuna llegada de aquel fantasmón fué venturosa para nuestra caravana, porque, despejado el patio, pudo mi amo recoger lo que quedaba de lo suyo y disponer que partiéramos inmediatamente. Esperanzas no teníamos ya de que pareciesen las dos acémilas que nos arrebató la ola en medio de la cuesta. La que desvalijada fué en el *Fondac* quedó en menos de un tercio de las vituallas que transportaba. Sólo permanecía completa la que llevaba el material de la tienda, ropa y algo de plata. Con pérdidas tantas, ya podía dar gracias á Dios nuestro

amo *El Nasiry* por haber salvado las vidas de todos en aquel terrestre naufragio. Reunidos los sirvientes para la marcha, aún tuvimos que aguantar casi á obscuras dos chubascos más sobre los ya sufridos. El uno fué la plática larguísima del señor moro *El Ferrari*, uno de los hombres más habladores que he visto en mi vida. Por su caudal oratorio, le creímos enviado de Mahoma para implantar en el *Mogreb* el sistema parlamentario. El otro chaparrón nos lo proporcionó un *Kaid* de Fez, que vino en las últimas aguas de la ola y que resultó, como el otro, amigo de mi amo. Traía toda la rabia y resquemores de la derrota; pero también una honrada sinceridad digna de las mayores alabanzas. Hartándose del café rico con que obsequió á todos *El Ferrari*, dijo que los españoles habían hecho un esfuerzo grande para vencer, y que estaban cansados; pero que no había medio de luchar con ellos mientras *El Mogreb* no tuviese una mediana organización militar, y trenes de Artillería con personal entendido que la manejara y sirviera, así en el llano como en los pasos de montaña.

Urgía, pues, según *Ben Hair*, que así llamaban al de Fez, negociar una paz decente, para que volvieran los cristianos á su casa, y recogidos los moros en su solar, pensaran luego en adestrarse y prevenirse por si aquéllos volvían con nuevas pretensiones de conquista. Tal como hoy están las cosas, no puede el moro resistir las embestidas del

cristiano, pues si perversa es la religión de éste como inspirada del Infierno, tiene en cambio artillería magnífica con la cual se remedia de la desventaja de su religión. La musulmana, que es única religión verdadera, no excluye los cañones, ni se opone al uso y buen gobierno de estas terribles máquinas; que bien claro nos dice el Profeta en su santo libro: "Sé ferviente en la oración, y Allah pondrá en tus manos el rayo con que podrás aniquilar al incrédulo." Con la vez *rayo* significó Mahoma piezas de grueso y mediano calibre de los mejores sistemas que los mismos incrédulos inventan y perfeccionan para guerrear unos con otros... Dichas estas cosas atinadas, tan del gusto de todo buen musulmán, nos dió cuenta minuciosa de la batalla, refiriendo los designios, los movimientos, las astucias y ardidés de ambos combatientes, historia que no reproduzco porque no me tachen de prolijo y fastidioso. Nada olvidó *Ben Hair* de la pericia de Ros, Echagüe y Zabala, de la bravura temeraria de Prim, del tino y dirección admirable de O'Donnell. Reconocía las grandes dotes de sus enemigos, y los encomiaba sin quitar á los suyos su parte de heroísmo y de conocimiento, con lo que nos hicimos cargo los oyentes de la belicosa acción á que los moros dan el nombre de *Bu-Sfiha*, y los españoles el de *Uad Ras*, ó más propiamente *Uadrás*.

Contaré ahora las obscuras tragedias mías y mis personales batallas, que no serían conocidas de ningún cristiano si yo no las es-

cribiese aquí para desahogo mío y recreo del bonísimo Beramendi. Sabed, oh lectores fingidos y sin razón inventados por mi pluma, sabed que, dispuesta la partida, me ordenó mi amo, en la puerta misma del *Fondac*, que diese de beber á las mulas. Obedecí; llevé mis bestias al costado exterior del edificio, por el Este, donde están el pozo y abrevadero, y cuando quise sacar agua, ví dos espingardas arrimadas al brocal, y sobre él un espadón unido al tahalí. Con todo respeto cogí las armas para colocarlas en otro lado... ¡Cristo Padre! Nunca tal hubiera hecho. Aún no había puesto mi mano pecadora en aquellos instrumentos que sin duda eran sagrados, cuando una fiera con trazas de hombre saltó de en medio de la obscuridad, como tigre que acecha en el matorral, y dándome un fuerte manotazo, al que acompañaron las voces de *ladrón*, *perro* y no sé qué más, me derribó al suelo. Apenas caído, salieron no sé si tres ó cuatro bestias humanas, y me levantaron en vilo sin que yo pudiera defenderme ni desasirme de tantas brutales manos que me cogían... Reuniéronse al instante muchos más, en número que á mí me pareció legión de demonios, y con griterío infernal, en habla rifeña, me pasearon en alto, éste me coge, éste me suelta, de todos golpeado, zarandeado y escarnecido... A mis voces acudieron *Ibrahim* y otro de los servidores de *El Nasiry*; mas nada podían dos hombres piadosos contra quince ó veinte desalmados, que sólo tenían de hu-

manidad el habla y la figura, y aun sobre éstas habría mucho que decir...

Pues nada menos querían aquellos monstruos que tirarme á una cisterna que á poca distancia del pozo abre su siniestra cavidad entre rocas. Yo no sabía que existiera aquel abismo hasta el momento en que, suspendido sobre él por las manos de mis verdugos, ví su temerosa hondura, y en el fondo un espejo de agua inmóvil, que reproducía el cielo, y en él la media cara de la luna que aquella noche entre celaje y celaje nos alumbraba. Fué un instante no más, dos segundos ó tres de terror y angustia indefinibles. No caí al hondo, donde habría perecido, porque mi desesperación se agarraba con ferocidad á los cuellos, á los brazos de los mismos que querían arrojarme, porque hice presa con los dientes en alguna oreja, en algún trapo de turbante, y porque, al fin, mi noble amo acudió á mi vocerío angustioso y al veloz llamamiento de *ibrahim*. Salvado fuí de milagro, y esto lo debí á los astros del cielo más que á *El Nasiry* y á *El Ferrari*, que resultaron, por lo que voy á decir, instrumento providencial del prodigio de mi salvación.

Pues sucedió que mi amo y el noble mensajero del Sultán habían salido á la puerta á percatarse del firmamento, del cariz de la luna, de la dirección del rabo de la *Osa*, que los árabes llaman *Aldebb al Akbar*, de las alturas á que estaban sobre el horizonte otros grupos de estrellas, de la situación de

Júpiter ó Marte (no sé cuál) con respecto á las figuras zodiacales. Era *El Ferrari*, según supe después, muy experto en la astronomía empírica, y no pasaba noche sin que examinara los espacios siderales, no sólo por gusto de la contemplación de lo infinito, sino por atisbar los signos que relacionan el cielo y sus aspectos con los destinos humanos. Estaba, pues, *El Ferrari* dando á mi amo lección astronómica ó astrológica, ayudado de un palo con que iba señalando cada familia estelar, y su sagaz conocimiento marcaba las señales anunciadoras de la paz entre España y el Mogreb, cuando llegaron á los dos señores mis gritos angustiosos y las voces de *Ibrahim*. Corrió primero *El Nasiry* á donde yo clamaba, pendiente sobre el abismo, mi vida separada de mi muerte por el espacio de un segundo, y quitándole á su amigo el palo con que á las estrellas apuntaba, con él dió en las espaldas de mis verdugos, echándoles por delante furibundas imprecaciones. A esto debí la vida... Y yo pregunto ahora: "¿qué hubiera sido del pobre Juan, si en el momento de salir yo con las mulas para darles de beber, no hubieran salido también los señores al campo raso, para escudriñar con miras mágicas los espléndidos signos del firmamento?„ Por eso he dicho que las estrellas me salvaron... Algo tiene la magia cuando me ví obligado á bendecirla. ¿Cómo no, si de ella estuvieron pendientes mi vida y la paz del Mogreb?

VIII

Y que no tardé poco, ¡Dios me valga!, en reponerme de aquel espanto. No se vuelve de los bordes de la muerte sin que quede nuestra ánima suspensa y aterrada por algún tiempo. Miraba la media cara de la luna en el cielo, jugando al escondite entre celajes, y su claridad me daba horror, como cuando la ví en el fondo de la cisterna, llamándome á terrible agonía en las dormidas aguas. Diéronme á beber café, que me reparó con su calor el estómago y todo el organismo. Ví con gratitud el rostro amigable de *El Nasiry*, á la luz del candil que nos alumbraba en la estancia guarnecida de pajas hediondas; ví también el de *El Ferrari*, advirtiéndome entonces que el buen señor es tuerto, y maravillándome de que con un ojo solo pueda escudriñar los espacios celestiales, y leer en ellos los oscuros enigmas de la Humanidad.

Pero nada me dió tanto gusto como ver y oír que ambos señores se despedían uno del otro, señal de que partíamos de aquel *Fondac* que, si no era ya mi Infierno, había sido mi Purgatorio, del cual salía mi alma bien purgada y limpia de cuantos pecados en la blanca Tetuán cometí. Siglos se me hacían los minutos que aún tardamos en apartarnos del horrible parador. Mentira me pareció

que perdía de vista la casa inmunda, el pozo, la horrible cisterna y sus aguas dormidas, que fueron espejo en que me asomé y ví la eternidad. Adiós, *Fondac* lúgubre... ¡Que no me muera yo sin recibir la noticia de que te ha reducido á escombros un terremoto, ó á cenizas un rayo del cielo!... Tan batanado, tan dolorido estaba mi cuerpo del diluvio de golpes y porrazos, tan agobiado de ansiedad y terror mi espíritu, que difícilmente podía tenerme en la silla. Desde *Samsa* no había dormido, ni en mi cuerpo había entrado más alimento que algunos sorbos de café... A cada instante encontrábamos grupos de moros que regresaban á sus aldeas después de la batalla, unos con la espingarda al hombro, otros inermes, todos andrajosos y escuálidos, con la tristeza pintada en el rostro. Al pasar junto á ellos, creía yo que me miraban con ira, como queriendo repetir en mí los pasados ultrajes. Yo dije á *El Nasiry*: "Menos temo en esta montuosa soledad á los chacales y hienas que á los hombres. Lleguemos pronto á donde yo encuentre descanso y paz.", Mi buen amo me tranquilizó con dulces palabras.

El alba sonrosada nos aclaró el camino á la hora y media de salir del *Fondac*. Bajamos por despeñada cuesta; dejamos á la izquierda los caminos de *Arsila* y *Alkazar-Kebir*. El paso descendente de la mula, como tanteo de peldaños de desigual altura, me molestaba lo indecible, desguzándome todo el esqueleto... Vadeamos multitud de

arroyos que bajaban turbulentos, batiendo en la carrera sus aguas achocolatadas. Y aquel paso entre pedregales no tenía fin. Ansiaba yo llegar al llano, que veía bajo las pisadas de mi mula; pero el llano no quería dejarse pisar, y burlaba la ansiedad de mis ojos hundiéndose más á cada paso que dábamos hacia él... Por fin, dormitando yo sobre la mula, llegamos á un lugar donde se hizo alto. Allí descansé un poco; me revolqué en el suelo, como los burros cuando se les libra de la albarda; comimos algo, y otra vez al tormento de la montura y del andar cadencioso. Llano adelante, vimos los montes que arriba se quedaban arrogantísimos con turbante de nubarrones. Contemplándolos tan hermosos, les eché mi despedida con la firme intención de no volver á pasar por ellos. Nada digno de contarse me aconteció en el resto del día, hasta que llegamos á esta aldea situada en medio de un extenso prado, donde se resolvió pasar la noche, y reposar las molidas osamentas.

En *Stchaidi*, donde escribo, hallamos un amigo y cliente de *El Nasiry*, que no nos permitió armar la tienda, ganoso de aposentarnos en sus admirables chozas con techo de paja, las cuales eran mejores que algunas casas de Tetuán. Debíó de decirle mi amo quién era yo y la razón del tapujo hebreo que llevaba, porque *Bu S'liman*, que tal es el nombre de aquel simpático y amable moro, me aposentó en un cuarto muy bueno, á flor de tierra sí, pero desahogado

y limpio. La puerta era tan chica, que tenía yo que entrar á gatas. En un costado de la estancia me armaron cama blanda en horizontal nicho guarnecido de azulejos, y para mayor sorpresa mía pusiéronme una mesilla de ocho patas con utensilios de escribir, lo cual significaba que me tomaron por poeta ó literato. No fué superior, pero sí abundante, la comida que nos sirvieron en otra choza más grande que la mía, rodeada de higueras, tártagos y mimosas. Reparé yo mi estómago, y luego me metí en el nicho, de donde por mi gusto no hubiera salido en tres días. Dormí menos de lo que me pedía el cuerpo; pero como *El Nasiry* resolvió prolongar la estadía para tratar con *Bu S'li-man* y otros moros de un negocio de ganado, tuve tiempo de escribir dos ó tres horas, y de coger después el sueño, empalmando sabrosamente la segunda tarde con la segunda mañana. ¡Ay, qué contentas quedaron mis carnes, y con qué devoción dieron gracias á Dios mis huesos atormentados!

Tánger, fines de Marzo.—Aquel *Bu S'li-man* que nos hospedó en *Stchaidi*, es alto, rubio, entrado en los sesenta años, saludable y fuerte, con sólo un achaque de la vista que le obliga al uso de antiparras de vidrios oscuros y gordos montados en cuerno. Dos chicos que nos servían de comer mostraban también en sus ojos la pitaña, mal endémico sin duda en aquel terreno pantanoso. Mujeres ví á lo lejos en chozas.

distantes, gordas, con tapujo de tela grosera y blanca, dejando ver las piernas coloradas de ancho tobillo. Unas lavaban ropa, y otras la tendían en retamas... No sé por qué me pareció renegado el tal *Bu S'liman*. No hablaba ó hablar no quería lengua española; pero bien pude apreciar que la entiende. Al despedirnos, me hizo no pocas reverencias, singular contraste con las vejaciones que en las etapas anteriores del viaje sufrí... Tal vez el muy guasón de *El Nasiry* le ha dicho que soy algún rico personaje español disfrazado, ó cercano pariente de Isabel II, que vengo á tomar nota de las grandes riquezas naturales del Imperio y de la suave condición de sus habitantes.

Con el descanso del cuerpo volvieron á mi sér la perdida inteligencia y la perdida fluidez del discurso. Así, cuando caminábamos hacia Tánger, por las lomas de suelo arenoso, entablamos mi amo y yo conversación amena, que de uno en otro tema nos hacía olvidar sabrosamente la tediosa longitud de la marcha. Tuve yo especial gusto en hacer recuerdo y enumeración detallada de los ultrajes que recibí en el campamento y en el *Fondac*, pintando con vivos colores el gran peligro en que ví mi existencia.

“En rigor, no debí yo acudir á salvarte — dijo *El Nasiry*, socarrón,— porque hallándote tan desesperado por la infidelidad de la blanca *Yohar*, más me hubieras agradecido el dejarte morir que el defenderte la vida.

Los despechados de amor suelen en España curarse de su pena con un tiro en la sien ó puñalada en el corazón, y otros hay que á la guerra van á que los maten. No debes, pues, alegrarte de tu salvación, sino sentirla. Mejor estarías ahora en el fondo de la cisterna del *Fondac*.

—No, no, amigo *Nasiry*, que aunque la traición de *Yohar* me destrozó el alma, y quedé muy afligido y dado á los demonios, no era tanto que apreciase mi vida en menos que el amor de la judía blanca. Necedad habría sido dejarme ir al Infierno ó al Purgatorio, mientras *Papo Acevedo* se quedaba riéndose de mí... En el *Fondac*, entretuve mi mente algunos ratos con la blancura y suavidad de la piel de *Yohar*; pero si mil cosas dulces y amargas pensé de ella, no me pasó por las mientes ni por el corazón el deseo de volver á tomarla si el maldito *Papo* quisiera devolvérmela.

—Naturalmente —replicó mi amo y amigo; —que la caballerosidad y el honor, en los cuales veo yo como alambres ó palitroques que componen la armadura de tu persona para mantenerla tiesa; el honor, digo, y la fanfarrona caballerosidad, no harían pocos remilgos si tú volvieras á tomar á la blanca paloma después de papujada por su segundo dueño el *sephardim*. ¡Buenos se pondrían tus antepasados si faltaras así al decoro y te pasaras por debajo de la pata los timbres gloriosos!...

—Abre los oídos, *El Nasiry*—dije yo,—

para que me oigas bien lo que quiero contarte. Déjame que sea franco y que me vuelva atrás de lo que aquella tarde desembuché tocante al honor y la caballería. No tengo inconveniente en asegurarte que los vejámenes y atropellos que he sufrido me han hecho bajar la cresta de mi orgullo. Bien claramente veo que no somos nada, y que no existen otros males verdaderos más que el perder la vida, ser matado en plena juventud. Y si quieres que llegue á los extremos de la sinceridad, abre más los oídos y entérate de que cuanto te dije para rechazar los dineros de *Riomesta* y de *Papo*, debes tenerlo por no salido de mis labios... Pues siendo yo pobre como las ratas, y viéndome sin mujer y sin ningún medio de ganar la vida, ¿qué menos puedo hacer que tomar lo que me den, agradeciéndolo, si no á ellos, á tí, que has sido el promovedor de este donativo? Dame, pues, el socorro que para mi huída previnieron aquellos hermanos de Judas Iscariote.

—Eso sí que no haré—replicó *El Nasiry*, extremando su guasa hasta los mayores disimulos, — porque me lastimaste echando sobre mí, con palabras amañadas, la nota de entrometido y tercero; lo que me llegó tanto al alma, que ni te perdono tu lenguaje insolente, ni te doy los dineros, que ahora quedan para mí. Ya me advirtieron *Papo* y *Riomesta*, al entregarme la bolsita, que si en tí notaba repugnancia de coger dinero de judíos, me quedase yo con la bolsa y te

abandonara con desprecio á tu pobreza enfatuada.

—Pues yo te juro, *El Nasiry*, por la salvación de mi alma, que no siento ya la menor repugnancia de tomar esos ochavos de plata y oro, ni creo que se ha de manchar mi mano al cogerlos.

—No, no, que ahora me salen á mí el honor y la caballería de un rincón donde los tiene guardados mi alma española, y aunque salen con algo de polilla y olor de cosa descompuesta, traen bastante poder para decirte que te fastidies por haberme ofendido... Tan caballero soy como tú, y poco va de Marruecos á España.

—Tú harás lo que quieras, *El Nasiry* —le dije poniéndome al tono de su marrullería. La gratitud me hace tu esclavo. Si es tu gusto guardarte la bolsita que *Riomesta* y *Papo* te dieron para mí, hazlo en buen hora. Pero si acaso mudaras de voluntad y se te metiera entre ceja y ceja que yo tome la bolsa, venciendo para ello mi repugnancia, aquí me tienes dispuesto á satisfacer tus deseos, encerrando bajo siete llaves los escrúpulos que te lastimaron. Así lo juro, y te lo firmaré con mi sangre si fuere menester. En nuestra tierra dicen: *cuan-do pasan rábanos, comprarlos...* ¿Has olvidado este refrán?

—De sabiduría tomada de los rábanos, sólo recuerdo aquélla que dice que no debemos tomarlos por las hojas.,,

Interrumpió nuestro coloquio la vista de

Tánger que de improviso á nuestros ojos hubo de presentarse en una vuelta del camino. Quedé yo suspenso ante la ciudad mora, toda blanca, recostada en una colina verde; pero mucho más me sorprendió y recreó la imponente faja de mar azul que ví súbitamente surgir entre el cielo y la tierra. Era el *Estrecho*, que en aquel momento me pareció el *Ancho*, por creer yo que había más agua de lo regular entre los dos continentes, y que debían estar menos separados *Mogreb El Andalus* y *Mogreb-El-Aksá*. El aire diáfano aproximaba los contornos distantes. Señalando la costa frontera, *El Nasiry* me dijo: "Allí tienes la tierra de la caballería y del honor. ¿Ves aquel caserío que blanquea en la orilla del mar? Es Tarifa, donde Guzmán llamado el Bueno... ya sabes... Córre la vista hacia la izquierda, y verás blanquear otro pueblo. Es Conil... más acá verás un cabo... Es Trafalgar, donde los ingleses... ya sabes...,

¡Hermoso espectáculo!... ¡Confusión grande de los ojos y de la mente!... ¡En tan corto espacio, cuánta Historia!

IX

Tánger, Abril (*rija de nuevo el almanaque cristiano*). — Ya estoy en la ciudad marroquí del Estrecho, la más arrimada á la civilización europea, aunque sólo reciba

de ella sensaciones de vista y olor que no llegan al alma... Pero dejo esto para mejor ocasión, que en la presente debo contar mi llegada, mi instalación en la morada de *El Nasiry*. Quedaron las caballerías en una casa próxima á la puerta por donde entramos, y el hijo de Ansúrez, seguido tan sólo de *Ibrahim* y un servidor, se dirigió á su vivienda por empinadas calles que conducen al alto en que está la Alcazaba. Nos apeamos junto á una puerta humilde; hízose cargo de las mulas *Ibrahim*, y el amo y yo entramos á un patio ni grande ni bonito, sin adorno de tracería ni frescura de plantas. Salió á recibirnos la esclava *Maimuna* y con ella se internó *El Nasiry*, ordenándome que en aquel patio le esperase. Un ratito estuve allí solo y aburrido, hasta que ví venir al amo, que, llevándome al portal y metiéndose conmigo en un desmantelado aposento donde no había cama, ni sillas, ni mueble alguno, ni más descanso que el de un poyo con el revoco desconchado, me habló de este modo: "Esta casa, alquilada para poco tiempo, no tiene comodidad para mi familia ni para mis huéspedes. La dejaremos en cuanto la paz nos permita volver á mi casa de Tetuán. Mi hospitalidad, como ves, es bastante mezquina; pero confórmate hijo, pues no hay otra cosa. Adecentaremos este cuartucho con alfombras y tapices, y el poyo, guarnecido de buenas mantas, te servirá de lecho. Se te pondrá una mesilla ó cualquier trebejo donde puedas escribir; se

te proveerá de tintero y papelorio... Comerás conmigo alguna vez en aquella estancia que ves al otro lado del patio, con puerta labrada de alfargía, ó comerás aquí solito, servido por *Maimuna*. Baño tendrás también cuando lo pidas... Dispensa, hijo, que no sea más espléndido; pero ya ves... soy aquí ave de paso, y no he podido encontrar mejor nido..”

Haciendo gala de la humildad y gratitud que me correspondían, le dije que su hospitalidad, con sólo ofrecirme un techo y un pedazo de pan, era mucho más de lo que yo merezco. Y él entonces, sentándose en el poyo junto á mí, me soltó lo más interesante y pertinente del sermón que preparado traía. Aquí lo copio: “No porque mi hospitalidad sea mísera, impropia de mi posición, dejaré de suplicarte que correspondas tú al amparo que te ofrezco. No estará bien que, dándote yo asilo, saques tú ahora las mañas españolas y cristianas, burlando la confianza que pongo en tí. Olvida que eres *de la otra banda*, de que yo también lo fuí, y dame palabra de respetar los hábitos morunos, que yo guardo y reverencio desde que los adopté con libre voluntad. Te lo diré más claro, Juan: aquí hay mujeres; yo tengo mis mujeres, y los moros las guardamos del apetito y de la vista de los extraños. Ya sabes que esto es así, y no me pondrás en el caso de enseñártelo de otro modo. Recogidas están las hembras en la parte de la casa que se las destina, y allá vi-

ven solas, sin más salida y desahogo que la azotea, en donde por las tardes se solazan. Estando tú aquí, las obligaré á mayor escondite, prohibiéndolas que asomen la narices á este patio, y aun que curioseen en las celosías altas que desde aquí ves, y por cuyos huequecillos puedes ser visto. Si á ellas las guardo, á tí con mayor rigor te amonesto para que en ninguna manera traspases la puerta por donde entrar me viste; tampoco esta otra del ángulo derecho, donde hay una escalerilla que sube al piso alto. Mucho cuidado, Juan. Cada país tiene sus dogmas, y yo, al acomodarme á la vida mora, he abrazado esta religión de las costumbres, y antes me dejaré morir que faltar á ella ó consentir las faltas de los demás en mi propia casa. Tenlo entendido... y no te digo más.

—¡Oh! *El Nasiry*—exclamé con dignidad.—¿Cabe en tí la sospecha de que yo cometa acción tan vil? ¡Burlar yo tu hospitalidad! ¡Abusar de tu confianza! ¿Por quién me tomas, *El Nasiry*, ó Gonzalo Ansúrez, para hablar en cristiano?

—¡Ah!... No dudo, no dudo de tu honradez... Pero... por si acaso, Juan, por si acaso, te hago las advertencias que has oído, pues nadie hay en el mundo que esté libre de una mala tentación... Desconfiados somos los que profesamos la fe de Allah, ley de pura desconfianza... y cartuchera en el cañón.

—Como toda ley que gobierna el alma: prohibiciones y más prohibiciones, lo que

pone á los fieles en el trance de infringir alguna vez que otra... Pero éste es un caso de honor, de amistad y de compañerismo. Ten de mí la seguridad que tendrías de un hermano.

—Sí que la tengo; pero me pongo en guardia, y así es mayor mi seguridad. No olvido, Juan, que tus amigos españoles te llaman *Confusio*, con lo que indican que está en tu naturaleza el confundir las cosas, sin que sepas remediarlo... Puede suceder que un día te levantes con los sentidos trastornados, y sin darte cuenta confundas lo cristiano con lo moro... y recaigas en la gran confusión española, que es respetar lo ajeno si se trata de dinero ó alhajas, y no respetarlo si se llama mujer. Para el español no hay ley de tuyo y mío cuando se encapricha por una hembra suelta ó atada, con dueño ó sin él... Podías tú, con muchísima honradez, irte del seguro, y por eso te aviso que estoy á la mira... Y punto final, que para los dos basta con lo dicho.,

Reiteradas mis protestas de fidelidad, volvió mi amo á sus quehaceres en el interior de la casa, y yo, tendiéndome en el poyo sobre la blandura de tapiz y mantas que me trajo la diligente *Máimuna*, me entregué al descanso con la quietud y descuido de quien tiene asegurada la pitanza y un techo. Al siguiente día, dióme la esclava el café y pan que necesitaba para mi desayuno, y luego vino *Ibrahim* con un traje español que para mí había comprado á un ro-

pavejero judío. Grima sentí al ver el odioso pantalón, un levitín de paño y un chaleco rameado, que me parecieron prendas de malísimo corte, en mediano uso todavía, normal apañadas de zurcidos y arreglos. Trabajo me costó meter mi cuerpo en aquellos andrajos de la civilización, tan diferentes de los airosos trajes árabe y hebreo á que se habían hecho mi rostro y mis carnes; pero al fin me vestí á la europea, que tal era el deseo de mi protector. En la cabeza, no disponiendo aún de sombrero adecuado, me puse un fez, y dí con mi cuerpo en la calle, ansioso ya de ver la ciudad á que me habían traído mis africanas aventuras.

Si gana Tetuán á Tánger por el misterioso laberinto de sus calles y por la grandeza y frescura de los montes y vegas que la circundan, ventaja lleva este pueblo al otro por la majestad del mar, en cuya orilla está edificado, y por la diligencia de tanto comercio y del entrar y salir de mercancías. Incansable y curioso recorrí toda la población, dominándola de un extremo á otro. Ví el *Zoco grande*, concurrido de tantos mercaderes y de la pobretería pintoresca de *derviches*, juglares, mendigos y fascinadores de serpientes; admiré el *Marchan* con lindas casas europeas; descendí por la calle principal al *Zoco chico*, hervidero de judíos, de españoles y de otros europeos que han traído las modas haraganas de cafés y cantinas; seguí hasta el puerto, donde ví los cárabos y faluchos que hacen la navegación

del Estrecho, y algún vapor de Marsella ó Gibraltar; ví la Aduana opulenta con tantísimos ganapanes afanados en el mete y saca de fardos y cajones; salíme luego por la puerta que da paso á la playa; corrí por las arenas de ésta, viendo la cáfila interminable de moros campesinos que llegan diariamente al mercado seguidos del burro y la familia, con cargas míseras de carbón ó de leña, y por allí anduve largo rato considerando cuán intensa y lacerante es la pobreza de este pueblo marroquí, y qué poco alivio recibe de la civilización europea, por la castiza inflexibilidad y resistencia del carácter berberisco. La valla de su religión le separará siempre del resto del mundo, aun cuando todo el mundo viniese á ocupar su suelo. Así vemos que, con raras excepciones, pobreza y barbarie se mantienen aquí tan dueñas de la vida como en los pueblos y aduares de tierra adentro, al pie del hu-raño Atlas.

De vuelta á mi morada humilde, invitado fuí á la mesa de mi protector, que en realidad no era mesa, sino una baja tarima, junto á la cual él y yo en el santo suelo nos sentamos, á usanza mora entre cojines blandos. Nos servían *Ibrahim* y *Maimuna*, tomando los platos de unas manos blancas ó morenas, que detrás de una cortina se parecían, con el espacio y tiempo precisos para dar y coger loza, y sin que más allá de las manos pudiéramos distinguir ningún pedacito de brazo ni menos de rostro. Comi-

mos estofado de carnero con tanto aroma de especias, que más regalaba el olfato que el gusto; unas como albóndigas ensartadas en palitos, todo ello con el indispensable *kusk-sú* ó *alcuzcuz*, que amañábamos en pelotillas. Siguieron los pasteles dulces llamados *el macrod*, y otras especies de almíbares ó mermeladas empalagosas. Hacían los dedos de tenedores y cucharas, suciedad que pronto se remediaba con el lavar de manos en perfumosas aguas. Luego nos dieron té más moro que chinesco, con hojitas de yerbabuena flotantes en la infusión abrasadora. Trajo *Ibrahim* las pipas ó fumaderas, que yo acepté porque no eran del maldito *Kif*, sino de buen tabaco de Gibraltar; y en esto se reclinó *El Nasiry* sobre el cojín que tenía por el lado derecho, y fumando y sonriendo, con un tonillo agridulce y socarronas pausas, me dijo:

“Mientras comíamos, observaba yo que tu curiosidad no tenía descanso. Te traían sin sosiego las manos que veías en aquella puerta soltando y cogiendo platos... Por ser esta casa tan menguada, que en ella falta espacio para todo, has visto esas manos; que si la casa fuera como la de Tetuán, ni sombra de tales manos verías... Y vete curando de esas mañas fisgoneras; buen *Confusio*, pues nada absolutamente has de ver, y cuanto menos mires, más tranquilo estarás.

—Mi curiosidad por las manos que se aparecían y ocultaban —le respondí,— no tiene nada de maliciosa. Tú me has contado

que posees tres mujeres, y que la preferida, la verdadera esposa, se llama *Puerta de Dios*.

—Así es: en árabe su nombre es *Bab-el-lah*.

—Sin la pretensión de ver á tu esposa, pues sólo el pretenderlo sería impertinencia grave, yo te digo que deseo tu felicidad y la de esa señora, como la de tus esclavas, que son también tus mujeres...

—La una es *Quentza*, la otra *Erhimo*. Ni á estas dos, ni á *Bab-el-lah*, has de verlas por mucho que aguces el filo de tu curiosidad. Yo te hablé de ellas porque con alguien había de desahogar mi alma en los días de ausencia. Yo amo á mi familia, y mis mujeres y mis hijos me absorben todos los pensamientos cuando estoy lejos de casa..”

Después de una pausa en que los dos mirábamos silenciosos los giros del humo de nuestras pipas, mi protector y amigo me dijo que si nunca podría yo ver á sus mujeres, no tenía inconveniente en mostrarme sus hijos. Poco después aparecieron, traídos por *Maimuna*, un niño como de cinco años y una niña como de siete, tan lucidos y graciosos que quedé absorto contemplándolos. A uno y otro acaricié, extremando mis afectos en la niña, llamada *Luz-il-lah*, y recreándome en el gran parecido que le encontré con su hermosa tía. La pureza de facciones, el divino conjunto del rostro, la proporción y medida de todas las partes del cuerpo, igualmente se mostraban en la hija

y en la nieta de Ansúrez. El niño era también muy lindo, de color moreno aceitunado, esbelto de talla, los ojos ávidos de penetración, con un brillo que me recordaba los de Vicentito Halconero. A la chiquilla le caía tan bien el trajecito de mora, que no podía yo imaginarla vestida de otra manera. Llevaba un caftan finísimo listado de amarillo, faja colorada, aros de oro en las orejitas, y en la cabeza un bonete de terciopelo rojo; los pies desnudos en babuchas con la punta encorvada. *Alí Ben Sur* llevaba la menor cantidad de ropa, luciendo así su varonil gallardía. No me hartaba de besarlos, y hablé con ellos todo lo que pude, valiéndome del poquito árabe que yo sé y del corto número de voces españolas que ellos conocen. Su padre, alelado de orgullo, y cayéndosele la baba, repetía la cariñosa queja de todos los padres, así moros como cristianos: "Ah, son muy malos... No se les puede sujetar... Todo el día están alborotando... Me vuelven loco...,"

Contemplando con mayor arrobamiento el rostro de la encantadora niña, dije á *El Nasiry*: "En tu *Luz-il-lah* veo todos los rasgos de la noble raza de Ansúrez. Veo algo más: otra raza escogida, superior. O mucho me engaño, ó la madre de esta niña es una mujer espléndida, hermosísima., Y *El Nasiry*, poniendo los ojos en blanco para dar toda la expresión posible al encomio, me respondió: "Tan hermosa es, Juan, que no parece criatura mortal, sino ángel del Cie-

lo. No hay en ninguna lengua palabras con qué describir y cantar tanta belleza. Como poeta que eres, podrás imaginarla; verla nunca podrás.” Y dicho esto, con musulmán gesto ordenó á los niños que se retirasen.

X

Bien sea porque las prohibiciones reiteradas de *El Nasiry* me movieran á mayor deseo de lo prohibido, bien porque la holganza diera más espacio á mi curiosidad, ello es que yo quería violar el secreto de aquel oculto mujerío, no por quitarle nada á mi protector y amigo, ni por meterme á seductor de moras, sino por verlas, nada más que por verlas, y dar á mis ojos el sabroso espectáculo de tan interesante aspecto del vivir musulmán. Singularmente aguijaba mi curiosidad aquella *Puerta de Dios*, belleza única y soberana, al decir de su dueño, la cual no tenía semejante más que entre los ángeles y serafines. Animas benditas, ¿cómo sería aquella *Bab-el-lah*? ¿No me depararía Dios la ventura de ver y apreciar una de sus creaciones más admirables? Bastaríame con una rápida visión de tan sobrehumana belleza, la cual por su perfecta y divina forma no habría de despertar en mí ni el más leve destello de lo que llamaba don Quijote *incitativo melindre*.

En estas ideas y deseos estuve todo el día

siguiente al del comistraje con *El Nasiry*. Hallándome fastidiado en mi ratonera y habiendo escrito ya todo lo que tenía que escribir, salí á pasearme al patio con más gusto del que me daban los paseos y vueltas por la ciudad, donde poco había que me cautivase, pues todo lo tenía bien visto y examinado. Ocasión es ésta de decir que de mi fastidio era responsable mi protector, pues en Tánger me retenía sin otra razón que no haber llegado el vapor que debía llevarme á Cádiz. Otros vapores anclaban en el puerto; pero iban á Gibraltar ó á Marsella, y *El Nasiry* no quería embarcarme sino para puerto español. Y entre tanto que así me tenía prisionero sin ofrecirme ningún solaz en su casa ni fuera de ella, no me daba los dineros de *Papo* y *Riomesta*, que sin duda me habrían servido para que yo buscase algún regocijo en la ciudad. “No te doy la bolsa—me decía,—porque la vaciarás estúpidamente aquí, y no hemos de pedir al marido y al padre de *Yohar* que te la llenen otra vez.” Sin blanca me aburría en mis paseos por Tánger. Nunca me llevaba *El Nasiry* á la carrera de sus negocios, ni tenía yo ningún amigo judío ni cristiano de quien acompañarme.

Pues como decía, salí á pasearme al patio silencioso, sin que ninguna distracción encontrase en mi ir y venir de animal enjaulado. Mas no sucedió lo mismo á la tarde siguiente, porque me dió por mirar á las altas celosías, y la realidad ó mi deseo me

hicieron ver sombras ó bultos que tras los huequecillos se movían. Mi fantasía loca fingió en algún instante que asomaban por el enrejado los fulgurantes ojos de *Bab-el-lah*; mas en realidad nada que á humanos ojos se pareciese distinguieron los míos. Lo que sí puedo asegurar es que, más avanzada la tarde, oí cuchicheos, voces arábigas que desmenuzadas é incomprensibles salían por aquel tamiz. No quise yo ser menos que las escondidas moras, y á sus risas correspondí con lo que me pareció más propio: exclamaciones de sorpresa, posturas airoas, miradas interrogativas que partirían los corazones más duros... Pero aquel inocente juego tuvo pronto su fin: oí la voz bronca de *Maimuna*, y poco después, tras de las celosías no había cuchicheos ni sombrajos; las mujeres con su guardiana y los chiquillos se habían subido á la azotea. Quedé yo consolado de mi fastidio y con esperanzas de nuevos sucesos que abrieran camino para una sabrosa aventura.

Por la noche, después de cenar con *El Nasiry*, que nada me dijo de mis telégrafos con las moritas, señal de que nada supo, me acosté mecido por mi imaginación en vagorosas ilusiones, y soñé que en mí se reproducía la historia del Cautivo contada por Cervantes en el *Quijote*. En el patio de mi hospedaje ví el baño de Argel, donde me tenía prisionero el bárbaro renegado *Azan bajá*, y por las celosías ví asomar la caña con que la misteriosa *Lela Mariem* me manifestaba

ser yo el preferido entre los demás cautivos; vi los movimientos y signos de la caña, y ésta, por fin, me entregaba un papel con amorosos requerimientos escritos en lengua arábiga... El día me despabiló y encendió más en mis románticos deseos, y cuando me lancé á mi vagar vertiginoso por las calles, pensaba en la posibilidad de una aventura gallarda, y me decía: "De fijo, lo primero que ha de preguntarme Beramendi será si he logrado penetrar en un harem y ser dueño de sus poéticos arcanos. Lo menos que pensará el buen señor es que he logrado quebrantar la misteriosa clausura, sobornando eunucos ó cortándoles la cabeza, y que en un dos por tres he arrebatado lindamente á la odalisca más hermosa para traerla á mi amor, primero, después á la fe de Cristo nuestro Redentor... Muy desairado será para mí desengañar al Marqués, y declararle que ni he visto harenes más que por el forro, ni he violentado sus puertas, ni menos he sacado ninguna odalisca como no sea en sueños.."

Llegó por fin la tarde, que era la más propicia ocasión de mis travesuras, porque siempre, de tres á siete, estaba ausente *El Nasiry*. Antes de salir al patio, me puse en acecho de los más insignificantes rumores que vinieran de las celosías; algunos oí, que me parecieron de animada conversación; salí de mi camarín, anduve con cautela por el patio, miré á lo alto, no sin esperanza de ver asomar la caña de *Lela Mariem*, y de pron-

to hirió mis oídos un grande estrépito de pasos, golpes, carreras, chillidos de mujeres y llanto de chiquillos. ¡Terrible trapa-tiesta se armaba en el harem! Sin duda las moritas se tiraban de los pelos, ó se azotaban con furia las sonrosadas carnes. ¡Qué ocasión más bonita para subir á ponerlas en paz! Tanto arreció el tumulto que me alarmé de veras, llegando á creer que había fuego en las habitaciones altas... Sí: fuego debía de ser... ¡fuego chillaban las espantadas voces! Movido de un sentimiento humanitario, sin pensar más que en la salvación de mis semejantes, y libre mi espíritu de aquel melindre del serrallo y sus odaliscas, corrí á la escalerilla del rincón, cuyo ingreso está defendido por una puerta; empujé ésta sin acordarme de la prohibición de *El Nasiry*; entré, subí, salté los primeros peldaños, y aún no había llegado á la mitad de la empinada escalera, de un tramo solo, fatigoso y largo, cuando bajó con veloz descenso, á trompicones, la esclava *Maimuna*, viniendo á chocar contra mí. Si no la sujetaran mis brazos cuidando de guardar mi equilibrio, habríamos bajado los dos de cabezas.

En el brevísimo instante de mi violento abrazo con *Maimuna*, ví en lo más alto de la escalera una mujer de gigantesca estatura, negra como el ébano, de hocico largo y labios bozales. Apenas pude apreciar en su poca ropa una tela listada de rojo y blanco; en su cabeza la pincelada chillona de un pañuelo encarnado; en otra parte brillo de

aretes, de ajorcas, de no sé qué áureos metales; ví sus largas piernas desnudas; ví el bulto enorme de sus pechos... y viendo esto y algo más con brevedad de relámpago, oí la voz de la negra gigante increpando á *Maimuna*, y oí también la réplica de ésta. Me bastó el poco árabe que sé para entender el diálogo airado entre la mujer de hocico de mona y la vieja esclava. Recriminaba la de arriba con el dedo de quien ha pegado antes de recriminar. Parecía decir: "Puedo más que tú, bribona, ya lo has visto, y te deshago de un puñetazo. Atrévete conmigo... ¿Crees que me dejo pegar como estas pobres tontas?," Y dijo la esclava: "Guárdate, *Bab-el-lah*, que ya sabrá *El Nasiry* tus maldades... Guárdate, *Bab-el-lah*."

No me dió tiempo la vieja para pensar ni decir cosa alguna, porque, como digo, bajamos los dos hechos una pelota. Aún pude ver, en un segundo relámpago más breve que el primero, otro bulto de mora que rápidamente pasó tras de la negra. Distinguí sólo un caftan listado de verde y blanco... No ví si era blanca ó morena la que lo llevaba; oí sollozos, una retahila de denuestos contra *Maimuna*... Esta me empujó, apenas llegamos al fin de la escalera, y desfogando en mí su cólera, lanzóme al patio diciendo: "¿Tú, *Yahia*, qué tienes que ver en esto? Guárdate si *El Nasiry* sabe que has visto... ¡Si sabe... pobre ratón *Yahia*! Escóndete, vete á la calle.," Antes que yo pudiera responderle, corrió al comedor bajo, de donde

salió al punto con un manojo de llaves. Cerró la puerta de la escalerilla y se fué hacia el segundo patio, gruñendo y echando maldiciones. Su cara era un muestrario de arañazos.

Por muchas razones estaba yo turbado y lelo; pero mi mayor confusión provenía del descubrimiento y hallazgo de la divina *Bab-el-lah*, la cual no podía ser otra que la ferocísima negra que yo había visto, verdadera mula en dos pies. Dos veces habíala llamado por su nombre la esclava. No podía dudar que era ella, la predilecta de *El Nasiry*, ni que en éste debía yo ver el primero y más salado guasón del mundo. Imposible que aquella gigante jímiosa fuera madre de la linda criatura *Luz-il-lah*, quien sin duda nació de otra predilecta anterior, ó de una esclava blanca... Pensado esto, me puse á reconstruir lógicamente el gran alboroto mujeril en cuyo final intervine á tontas y á locas, y de mi mental trabajo resultó esta hipótesis razonable. *Maimuna* es *jarifa*: llaman así á las esclavas viejas de probada lealtad, á quienes el moro confía el gobierno y disciplina de sus mujeres, ya sean esposas, ya esclavas. Tiene la *jarifa* autoridad para dirigir las en sus ocupaciones, que más bien son pasatiempos, en sus lavatorios y afeites; tiene poder para obligarlas á guardar la debida concordia, para castigarlas si riñen. Sin duda, *Maimuna* desempeñaba estas funciones asistida de un vergajo con que vapuleaba las carnes blandas de las

odaliscas sin hacerles gran daño; seguramente las tres mujeres de *El Nasiry* no vivían en completa paz... Imaginaba yo que la horrenda *Puerta de Dios* formaba sola un bando poderoso contra las otras, para mí de estampa desconocida, y que comúnmente se ponía de parte de *Maimuna* cuando ésta tiraba de vergajo. Pero también discurrí que como negra y favorita, podía proceder en sentido contrario, favoreciendo á las débiles contra la bárbara tiranía de la *jarifa*, no menos cruel que un cómitre de galera.

No necesito decir que desde que tal pensé, me interesaron vivamente las otras dos mancebas que imaginaba tiernas, blancas y graciosas, verdaderas flores de serrallo. Por mi desgracia, yo no podría ofrecerles mi protección, ni aun siquiera verlas, pues el lance de aquella tarde apretaría más el encierro y sujeción de las pobres muchachas. Temblando estaba yo de que *El Nasiry* se diese por enterado de mi intento de subir al harem. Ya tenía yo preparada mi disculpa razonable: "Pensé que ardía la casa... ¿Cómo no acudir á sofocar el incendio?...". Pero mis temores se disiparon aquella noche frente al amo, que nada me dijo, señal de que no le habían contado el lance. Esto me alentó en mis románticos ensueños. Por la noche me escarbaban el corazón no sé qué punzaditas que traduje en esperanzas, y éstas se aproximaron enormemente á la realidad en la tarde siguiente, cuando, hallándome en mis soledades del patio, ví que por los huecos de

la celosía asomaban tres blancos dedos, á punto que rasgaba los aires un siseo dulcísimo, como caricias que en mi oído hiciera la voz de los ángeles... La sorpresa y emoción me dejaron inmóvil y mudo.

No eran blancos, como he dicho, sino amarillos, los dedos que en la celosía me hablaban un lenguaje enloquecedor; la natural blancura desaparece bajo el tinte que se dan las moras en manos y pies con una hierba llamada *el henna*... Púseme bajo la celosía, esperando alguna voz que me aclarase el obscuro lenguaje de los amarillos dedos, y ví que éstos se doblaban en la dirección de la puerta de la escalerilla. Corrí hacia la puerta... tuve buen cuidado de no dar golpes en ella ni hacer el menor ruido, pues lo que hubiera de pasar, forzosamente requería silencio absoluto. Apliqué mi oído á la cerradura y á las maderas; esperé largo rato. Ligera sacudida estremeció la puerta... luego sentí... no diré una voz, sino aliento que por el agujero de la llave salía gozoso en busca de mis oídos. No entendí lo que aquel aliento decía. Con audacia donjuanesca me lancé á iniciar el coloquio de intrigante amor: “¿Eres tú, hermosa *Quentza*?”, pregunté con susurro. Y de dentro vino como un suspiro la respuesta: “No: soy *Erhimo*..”

XI

No sé qué habría dado yo en aquel instante por poseer el árabe, para expresar de corrido y sin ningún tropiezo todo lo que se me ocurría. Pero por mis pecados, ni yo era capaz de sostener conversación tan importante con secreteo al través de una puerta, ni de lo que decía *Erhimo* llegaba á mi entendimiento más que alguna que otra frase suelta: "*Bab-el-lah* mala, *Maimuna* mala... yo mucho padecer..", No era esto poco. Como pude, evocando todo mi saber arábigo, logré decirle que abriese la puerta, y desde dentro vino una retahila de la cual pude entresacar estas palabras: *llave... dormida Maimuna... miedo... Bab-el-lah despierta...* Yo traduje que aunque la esclava dormía, no osaba quitarle la llave, porque la negra, que es muy mala, estaba despierta... Propuse yo entonces que abriera por la noche. "De noche no... Miedo... *El Nasiry*...—fué su respuesta...—En efecto: buena la armábamos si el amo nos sorprendía... "Mañana—dijo ella claramente, y yo repetí: *mañana..*" Quería yo hablar á todo trance, y no pudiendo decir lo que debía, conforme á las circunstancias y al desarrollo lógico del diálogo, me lancé á la descarada emisión de lo que sabía, viniera ó no á cuento.

Con esta idea, traje á mi feliz memoria

un *Prontuario de la conversación hispano-árabe*, donde adquirí mis primeros conocimientos de esta hermosa lengua, y escogiendo ante todo una sarta de adjetivos y nombres usuales que en Tetuán me aprendí de memoria, y aplicándolos á mi interlocutora invisible, los fuí metiendo con voz melosa por el agujero de la llave. Véanse estos ejemplos: “Eres *dulce*, *Erhimo*, como la *miel*, *gallarda* como la palmera, *azul* como el *cielo*; eres *rosa* y *clavellina*; eres *jardín de delicias*, y no hay *estrella* como tus *ojos*.” Luego, sin darme reposo, enjareté las cláusulas lisonjeras y amables que sabía: “A tu lado vuelan los instantes....” “Me alegro mucho de que estés buena con toda tu familia,...” “¡Qué hermoso día hace!,...” “Vámonos de paseo,...” ¡Y era de noche!

No me salió mal la prueba de mi *Prontuario*, porque *Erhimo*, tomando por espontánea la frase última, me dijo con sollozo: “Yo pasear no... soy esclava...”, y luego siguió con una larga relación en que pude pescar palabras sueltas como: “*El Nasiry*... Allah... veneno... zapatero... dinero... dolor de muelas... libertad... jumento... ojo...”, Nada en limpio saqué de tal galimatías; mas por no estar callado ni parecer que no entendía, solté esta frase, que era de las más fijas en mi memoria: “¿Estás segura de lo que dices?,” Ella entonces habló de nuevo con más calor y viveza, como repitiendo y ampliando sus anteriores razones. Yo le sol-

té otros conceptos de mi *Prontuario*: “Me sorprende el saberlo... ¡Cuánto me afligen tus desgracias!,,

En resolución, el jugo que yo sacaba de nuestro coloquio era que *Erhimo* me pedía que la libertase, y naturalmente yo le daba á entender que no deseaba otra cosa. Firme en mi idea, le dije: “No ambiciono más que tu felicidad... Sólo vivo para tí., Bien clara llegó á mi intelecto la expresión de su gratitud: “¿Cómo pagarte tan gran beneficio?,, ¡Al fin nos entendíamos! Ya me fueron fáciles las preguntas: “¿Cuándo, gacela...? ¿Estarás dispuesta, ensueño de los ángeles? ¿Dónde te espero?,, Y ella me soltó nueva tarabilla con más presteza que antes. Por mucha atención y cuidado que puse, no cogí más que estos vocablos desengarzados del rosario de su charla: “Ojo... zapatero... adiós... libertad... buen *Confusio*... agradecimiento... veneno... *Maimuna*... carta... puerta... salida... noche...,, y otra vez repitió hasta tres veces: “Carta, noche, puerta., No podía ser más claro: me escribiría una carta, la cual asomaría por debajo de la puerta, cuando la sosegada noche derramara su obscuridad en el patio. Dió suaves golpecitos en la madera, los cuales sentí como blanda caricia en mi corazón enamorado, y dijo hasta cinco veces *adiós*... Oí el dulce pisar de sus chancletas, retirándose escalones arriba.

Quedé yo embelesado y atónito del júbilo que me causaron la ilusión de amor y mi

singular charla equívoca con *Erhimo*, dulcísimo coloquio, aun sin saber yo fijamente lo que habíamos dicho y tratado. Pero de la confusión del lenguaje sobresalía un hecho; y era que la mora, prendada de mi donosura, que contemplado había desde las altas rejas, quería que yo la sacase de su esclavitud, y conmigo la llevase á la civilización y á la Cristiandad. Esto me vanagloriaba, me volvía loco, y mis escrúpulos por traicionar la hospitalidad de *El Nasiry* se disiparon con la idea de que sacaba un alma de las tinieblas á la luz... Tan encendida estaba mi mente con mi cercano triunfo de enamorado y de catequista, que salí de la casa y me lancé al enredo de las calles morunas, para derramar en ellas mi alegría, mi ilusión, mi éxtasis... Molinillo era mi pensamiento imaginando con giro febril la hermosura de *Erhimo*. ¡Qué ojos oscuros, entornados, flechantes al resguardo de las grandes pestañas, decidores de mil secretos del amor de los ángeles y del de los humanos!... ¡qué risueña y regalada boquita!... ¡qué cabellos sedosos, negros, destinados á mayor encanto cuando los humedeciera el agua del bautismo!... ¡qué talle flexible y pegadizo, imitador de la serpiente en sus ondulaciones, y qué cuerpo, en fin, imitador de la gacela en su agilidad voladora! ¡Vaya unos andares y un revuelo de hurí, como las que cantan y retozan en el paraíso musulmán!... Pero no: ¡atrás Mahoma y sus ritos mentirosos! Reunía yo en mi pen-

samiento las dos esencias de amor y religión, y quería ser en una pieza el galán dichoso amado por *Erhimo*, y el sacerdote que vertiera en su cabeza el agua salvadora. ¡Doble triunfo y alegría dos veces inefable!

Llegada la noche, me metí en casa, donde tuve la suerte de cenar solo. Francamente, en tal noche me habrían sido penosas la presencia y mirada de *El Nasiry*. Entre la moral mahometana y la mía española no había concordia ni avenencia. Con sólo pasar de una raza á otra, el mal se trocaba en bien y el pecado en virtud. Mejor era que no habláramos. Los hechos hablarían... Pues señor: en cuanto quedó anegada en sombras la casa, cerrada la puerta, *Ibrahim* recogido á lo hondo del segundo patio, y todo en silencio, ya no pensé más que en vigilar la puerta por cuyo hueco inferior, Oriente rastrero de mi dicha, había de aparecer el sol de la anunciada carta... Pasaron horas de febril expectación. Mi ansiedad era juguete del tiempo, y éste un envidioso de las delicias de mi aventura. Como no tengo reloj, ni hay en aquel maldito pueblo torres de iglesia que con campanadas marquen las horas, no podía yo precisar el tiempo transcurrido: sólo sabía que los minutos remedaban la longitud de los años. Acabadita mi auscultación de la puerta, esperando en ella rumor de pasos ó siseo, volvía yo á lo mismo... Poco tiempo estaba lejos de las maderas que eran la síntesis de todo el Universo. Creía que si me alejaba

por dos ó tres segundos, haría esperar á *Erhimo*... Por fin, á una hora que sin duda era de las correspondientes á la madrugada, saltaron á mi oído los anhelados rumores. Fué susurro no más del aliento de la odalisca, que me dijo: "*Confusio*, toma la carta., Sentí el roce del papel pasando de dentro afuera. Al mismo tiempo, la mora, adelgazando más su voz, me echó por el agujero de la llave un *adiós* seguido de expresiones medrosas, que traduje libremente de este modo: "No puedo estar aquí, buen *Confusio*: el menor ruido sería mi perdición. Lee la carta y haz lo que te digo...". Se retiró escalera arriba. Oí un paso blando de pie desnudo.

La desesperación que me acometió al volver á mi cuarto, no la comprenderás, joh, lector mío! si no te digo que me encontré sin luz y sin fósforos, por habérseme olvidado decir á *Ibrahim* que me dejase bujía y con que encenderla. Forzosamente había de esperar á que la luz solar me alumbrase la lectura del divino mensaje, el cual era un papel escrito por todo un lado y la mitad de otro, doblado y sin cierre ni sobre. Me llené de paciencia, me tumbé vestido y dormí algunos ratos, sin soltar de mi mano el papel, que aún emboscaba en la obscuridad sus misteriosos caracteres. Despierto con la claridad matinal, advertí que la carta se componía de confusos garabatos escritos con tinta roja. ¡Nueva desesperación! Arábigos eran los caracteres, pero trazados por mano

tan inexperta, que su interpretación habría sido un problema para cualquier práctico, para mí no digamos... No acertaré á expresar cuánto me estorbaba lo negro, diré mejor, lo rojo de aquellos trazos. Repasados tres ó cuatro veces los torcidos renglones, creí descifrar estas voces: "burro, ojo, zapatero, libertad, etc...", En lo escrito, lo mismo que en el habla de la bella *Erhimo*, no pescaba yo más que algunos vocablos de los muchos que en aquel confuso mar nadaban, cual minúsculos, inquietos pececillos.

Pero yo buscaría un buen entendedor que lo tradujese y desentrañase, aunque los garfios, rabillos y puntos trazados por la mora fuesen obra del mismo diablo. Entretuve dos horas largas de la mañana en escribir todo lo pasado de mi aventura, mientras llegaba la parte de ella escondida aún en los senos del tiempo, y que sin duda habría de ser la más interesante. Terminando estaba ya mi trabajo del día, cuando me quitó la luz de la ventana una sombra que en ella se interpuso. Era *El Nasiry*, que me saludó en esta forma: "Allah sea contigo, amable *Confusio*. ¿Estás escribiendo? Pues acaba pronto, hijo, que hoy tenemos mucho que hablar... y que hacer.", Concluyo, pues así me lo manda el amo, diciendo que en este instante entra *El Nasiry* en mi aposento, y que en su rostro y ademán creo notar una cierta gravedad en él desusada, y ante la cual se pone en guardia mi espíritu, armándose de todas sus fa-

cultades agresoras y defensivas. Aunque al pronto su vista me causó algún temblor, luego me fortalecí. Ya no tiemblo; espero...

Adiós, amigos. Hasta otra, que será donde Dios quiera, ó en el amenísimo Valle de Josafat.

Cádiz, Marzo. —¿Pensáis que he venido acá con la ideal *Erhimo*? ¿Pensáis que me ha lanzado *El Nasiry*, tirándome como pelota de un lado á otro del Estrecho?... Esperad un poco; dejadme tomar el hilo de mi relato en el punto mismo en que el renegado Ansúrez me obligó á romperlo. Entró, como dije, y viéndome limpiar mis plumas, que por algún tiempo habrían de estar ociosas, me soltó este jicarazo: “Recoge tu equipaje y dispón tu persona, que ha llegado la hora de embarcarte. Llamo equipaje á tu ropa interior, lavada ó por lavar, que puedes envolver en un pañuelo grande; á lo que traes sobre tu cuerpo, y á los papeles que has escrito, todo lo cual en corto tiempo puede ser prevenido. ¡Feliz el hombre que viaja con tanto alivio de bagaje como los pájaros!

—¿Pero ha llegado el vapor?—exclamé no hallando mejor disimulo de mi perplejidad.—El vapor no ha llegado, *El Nasiry*.

—Ha llegado anoche, y partirá hoy á las doce, á menos que tú lo echés á pique llenándolo de malos pensamientos,—afirmó el renegado con firmeza, que me desconcertó más de lo que yo estaba.

—¡A las doce! Pues aún falta mucho tiempo.,,

Y él, con autoridad incisiva que no dejaba lugar á protestas, me ordenó que hiciera mi menguado envoltorio, y le siguiese sin vacilación ni excusas. Y como para suavizar la aspereza de su despotismo, sacó la bolsa judáica, y la sopesó haciendo sonar las monedillas. No puedo negar que el metálico ruido desarmó un tanto mi resistencia. Perezoso, fuí recogiendo y empaquetando mis cosas, mientras el renegado añadía razones que me movieron más á obedecerle. “Sabrás — me dijo — que tengo prisa por embarcarte, porque esta tarde he de partir para Tetuán, ya de arrancada con toda mi familia.

—¿Ya?... ¿A Tetuán? ¿Pues qué... hay ya paces entre España y Marruecos?

—Paz venturosa firmaron ayer O'Donnell y *Muley El Abbás*. Todo Tánger lo sabe, menos tú, que no vives en la realidad, sino en el mundo de los ensueños tontos y falaces... Es raro que el hombre que se llamó Predicante de la Paz, no se alegre ahora de verla declarada y ajustada por dos pueblos hermanos... hermanos digo, y no es para que te asustes y pongas esa cara de idiota... ¿Qué piensas? ¿Ahora sales con que quieres guerra, y que sigan rompiéndose el bautismo y la circuncisión Marruecos y España?

—No, no: guerra no quiero, sino paz. La paz es mi elemento... En la paz desarrolla mi espíritu sus... no sé cómo decirlo... sus

ideales doctrinas... Estoy contento de que no haya más guerra. Cuéntame... Pero no... Antes dime... dime por qué te vas á Tetuán tan de improviso, con toda tu reata de chiquillos y mujeres.

—Hijo mío, estoy en el aprieto de llegar pronto á Tetuán, y un día más que tarde podría traerme desdicha grande. No cabe más dilación, ahora que la paz me abre el camino de mi casa... Pues sabrás, pobre *Confusio*, que tengo enferma gravemente á una de mis esclavas, la más cariñosa, buena y apacible. Meses há fué aquejada de un humorcillo que primero se le manifestó en el oído, luego en el cuello. Este achaque menoscabó grandemente su hermosura, por causa del sarpullido y del olor nada grato. Terribles dolores en dientes y muelas le quitaban el sueño, y de resultas de ello, la magnífica dentadura, que era como ringlera de perlas, quedó deslucida por caérsele algunas piezas de las más visibles. Lo que ha sufrido la pobre no puedes imaginártelo... Apareció luego el humorcillo en las piernas, con lo que se deslució aquel cuerpo de estatua, aquella piel que superaba en tersura y suavidad, puedes creérmelo, al más fino raso y al terciopelo más pulido. Con ungüentos preparados de las curanderas que aquí tenemos, se logró atajar el humorcillo en partes del cuerpo bajo y alto, donde más se estragaba y descomponía la belleza. Pero de pronto, cátese que aparece el maleficio en el ojo izquierdo, cebándose

en uno de aquellos dos soles de su cara, que sólo con el del cielo podrían ser comparados, ¡ay!... En parte tan delicada, nada han podido los remedios de acá, y ya la tengo, si no irremediablemente tuerta, á punto de serlo para toda su vida, que es la mayor desolación que podrías imaginar en el verjel de aquel rostro de hurí.,,

Oí esta relación entre espantado y recelo, dudando si admitirla como verdadera, ó si debía diputar á *El Nasiry* por el más redomado guasón de todo el orbe cristiano y mahometano.

XII

“Ya comprendo —le dije— tu impaciencia por llegar á Tetuán. Allí tienes á los médicos del Ejército español, entre los cuales los hay de muchísima ciencia, y de mano segura contra las peores enfermedades.

—Has adivinado mi intención. A eso voy. Me han dicho que entre tales Físicos hay uno que de este mal del humor, y de otros más hondos é invisibles, entiende como nadie... Porque aún no sabes que el mayor mal de mi esclava no es el achaque del ojo, ni la piel afeada, ni el que haya huído de su boca aquel aliento de rosas y clavellinas; no es eso lo peor, *Confusio* amigo, sino que con el mucho padecer, y el no dormir y el condolerse de su hermosura perdida, se le ha escapado de la cabeza el juicio que antes

tuvo y que por ningún medio podemos devolverle. Desde que llegamos aquí, ha dado en la más extraña manía que cabe en cerebro de mujer, y es pensar y decir que no la queremos, que la atormentamos, que el parche que le ponemos en el ojo está envenenado para que se quede tuerta más pronto, y, por fin, ha caído en la disparatada locura de pedir que la devuelva yo á su primer dueño, un amigo mío de Fez, llamado *El Jarráz (el zapatero)*, porque lo fué su padre. Este buen amigo me la vendió por poco dinero... mejor será decir que me la cambió por un burro, ó que fué un excelente burro garañón el precio de la bella morita... No se contenta *Erhimo* con clamar por el *zapatero*, sino que se pasa el día gritando, y se quiere matar; á toda persona que ve en este patio, aunque sea desconocida, la llama, y como puede le cuenta su desgracia, le manifiesta sus ganas de ser restituída al que me la vendió, y le pide auxilio para tan grande locura ó desatino, pues el *zapatero* se ha muerto, y aunque viviese no la cuidaría con el esmero y paternal cariño que yo pongo en ella... Créeme, *Confusio*; estoy afligidísimo: yo miro á mis mujeres, no como esclavas á estilo moro, sino como á hijas de Dios, mis iguales en la dignidad y el amor, y esto, yo te lo juro, es lo que más fijo se me ha quedado en el alma de todo el cristianismo que abandoné cuando de aquella tierra me vine, y cambié de ropa, de habla y de conciencia.,,

Dijo esto con sinceridad patética, ó con un arte superior que fingía soberanamente la verdad; y en la duda de si debía creerle ó no, me decidí por lo primero, rindiéndome á sus designios. Esto era, en mi humildísima posición, más cuerdo y más fácil que no plantarme contra él en terreno tan inseguro como el de un loco ensueño de aventura novelesca. Admití resueltamente lo que me dijo mi protector, y con gallardo arranque le mostré la carta de *Erhimo*, diciéndole: "Hazme el favor de descifrarle estos garabatos infernales que en el patio me encontré anoche." Y él, echándose á reir, una vez cogido el papel, me contestó: "No necesito descifrarlos, porque ya sé lo que aquí se ha escrito. La pobre enferma no sabe escribir; pero *Quentza* sí sabe, que estuvo en la esclavitud de un maestro que fué el primer gramático y el más nombrado pendolista de Fez. *Erhimo* pidió á su compañera que le escribiese la carta; la otra no quería, por ser cosa vedada entre mujeres el toma y daca de cartitas con los de fuera. Pero yo le dije á *Quentza*: hazle el gusto y escríbele lo que te dicte, para que con la negativa no se le encienda más el odio que por su grave demencia nos ha tomado. Anoche se escondieron en la estancia para escribir: *Quentza* me lo ha contado. *Bab-el-láh*, que es toda prudencia y bondad, opinó también que no contrariáramos á la infeliz *Erhimo*, y de ella ha partido la idea de irnos pronto á Tetuán en busca del médico

sabio que me ha de curar, si Allah lo permite, á esta prenda del alma.,,

Antes de acabar de decirlo, *El Nasiry* rompió el papel en pedacitos, lo que yo ví como si desgarrara las hojas de un poema, no tan bello por lo ya escrito, como por lo que aún estaba por escribir. Arrojados al patio los fragmentos del papel, un viente-cillo que entró por el portal dispersó con el mismo soplo juguetón las estrofas que yo compuse y las que aún estaban en la mente divina de la Musa.

Cogióme del brazo el hijo de Ansúrez, y me dejó llevar á la calle tranquilamente. *Ibrahim* fué delante con el encargo de comprar una maleta de mano en que llevar con más decoro mi ropita. Digo que iba yo tranquilo, pero no alegre, sino con tristeza mezclada de resignación; que no pudo quedar mi espíritu en mejor estado después de arrancarle de un tirón las alas con que quería largarse á dar una vuelta por los espacios de la poesía, lindantes con lo infinito... Pero bien sabía yo que nada nos alivia de los propios cuidados como el poner interés y conversación en los cuidados públicos; y con esta idea, calles abajo, pregunté á *El Nasiry* cómo y cuándo y en qué condiciones se había hecho la paz.

—Pues la primera condición de la paz es que los españoles se volverán á su casa, donde, si quieren guerra, pueden ejercitarse en la civil todo lo que gusten.

—Pero no se irá España de Marruecos sin

llevarse algo, que alforjas ha traído, ¡vive Dios! y gran mengua sería llevarlas vacías.

—No se lleva nada... Digo, sí: le dan un poquito de terreno pegado á Ceuta. Esta plaza es hoy para España una chuleta que no tiene más que el hueso. Necesario será pegar al hueso un poco de carne... También se lleva... digo, se llevará, una linda playa del mar Océano, excelente para recoger conchitas y para la pesca de truchas de agua salada...

—Poco ganaría con esto, si no se llevara también á *Ojitos de Manantiales*.

—¡Ay! no: *Ojitos* aquí se queda, rescata-da por Marruecos, que compra su libertad con veinte millones de duros.

—¡Jesús, cuánto dinero!... ¿Pero cómo se va el español, si ya tiene á Tetuán por suya, y ha rotulado en lengua castellana todas las calles?

—Borraremos los rótulos después de entregar los veinte millones... También daremos á España un tratado de comercio.

—Poco es lo que sacamos de esta guerra, costosa en dinero y más costosa de sangre.

—Poco no, porque España ha conseguido lo que se proponía, que no era conquistar territorios, sino hacer una demostración de su poder militar. Todo el mundo ha podido ver que tenéis un gran Ejército pequeño.

—Gran desatino has dicho, *El Nasiry*, aplicando á un objeto calificaciones de sentido contrario. Si nuestro Ejército es pequeño, ¿cómo puede ser grande?

—Grandeza y pequeñez no aplico juntas, sino cada cualidad por distinto lado. Es grande vuestro Ejército, porque tiene generales entendidos que lo manden; tiene oficiales que conocen y practican con devoción religiosa los dogmas de valor, deber y disciplina; soldados tiene que son heroicos con inocencia y naturalidad, borregos para el amor de la patria, leones para su defensa; tiene, en fin, armas y pertrechos de superior calidad, todo bien discurrido y dispuesto por manos sabias y militares. Pero si por esto es grande, pequeño es por la cifra de sus hombres, la cual no le bastará contra cualquiera otro de los Reinos ambiciosos que hay en esos mundos, del Estrecho para allá.,

Esto dijo *El Nasiry*, y sus ideas reproduzco vistiéndolas con un poco de ornato retórico. Luego siguió: “No digamos que se llevará España las alforjas sin más carga que el dinero. Se lleva también buen surtido de honor y caballería, cosas que entiendo yo van escaseando allá por el desmedido uso que de ellas se ha hecho. Lleva también el mayor acopio posible de militar autoridad, con que el buen O'Donnell pueda espantar y hacer el coco á los políticos que le estorban, ó no le dejan hacer su gusto en el gobierno de una nación revuelta, engañada y desengañada de tantas coplas de libertad, constitución, y viva la Pepa... No, no deben irse descontentos los españoles con este botín, y de añadidura veinte millones, admi-

tido que se los paguemos, aunque sea en chapas de cobre, más parecidas á cabezas de clavos viejos que á monedas de cristianos....,,

En esta conversación amena recorrimos las torcidas calles hasta llegar al puerto. Nos metimos en la Aduana, de cuyo administrador y ministriles era amigo mi protector, y al cabo de otro rato invertido en saludos cortos y coloquios luengos acerca de la paz, llegó *Ibrahim* con mi maletita y el billete de mi pasaje en el vapor. Aún no había prisa para embarcarme. Llevóme *El Nasiry* á un rincón solitario, donde nos brindaban cómodo asiento unos sacos de trigo, y sentados ambos, mi amigo sacó la encarnada bolsa de *Riomesta* y *Papo*, le dió unos toquecitos para que sonara el metal, y poniéndola al fin en mi mano ¡alleluia!, me dijo: "Aquí tienes los cien duros que los *sinagogos* te dieron por el desempeño de la blanca *Yohar*. No es eso sólo lo que llevas; pues tu amigo *El Nasiry* te da otros cien *borques*, que encontrarás también en la bolsa, descontado tan sólo el precio del billete del vapor. No irás descontento con tus ciento noventa y cinco duros. Otros han hecho más que tú en Africa, y se llevan menos. Créeme que embarcando contigo un par de moras ó una docena de judías, irías más pobre que vas..,,

Cogiendo en mis manos la bolsita (mentira me pareció), eché de mi boca cuantas palabras y conceptos me parecieron perti-

nentes para expresar la gratitud, sin cuidarme de adornarlas, pues no era menester, con ningún artificio. Claramente ví ya en Gonzalo Ansúrez un buen amigo, cuyos sentimientos cristianos y generosos en aquel caso se mostraban. No me pidió cuenta de mis diabluras en el patio, que sin duda conocía, ni me riñó por haber intentado sonsacarle á la doliente *Erhimo*. Fué liberal, fué magnánimo, y para que veáis cuánto me estimaba y en qué opinión tan alta me tenía, copio lo que momentos antes de mi partida me dijo, y lo que me aconsejó y recomendó con paternal solicitud. Fué de este modo: “Bien claro ves, *Confusio* amigo, que te has hecho lugar en mi corazón, á pesar de tus ligerezas y del poco brío con que atiendes á refrenar tus liviandades. Careces de voluntad firme para poner tus acciones en la regla debida, y dejándote llevar de la imaginación loca, faltas á la amistad y al honor. A pesar de esto, yo te estimo por tu ingenio, y por tu buen corazón te perdono tus travesuras. Vuelves ahora á España, donde has de vivir, ó de un empleo, que ha venido á ser el arbitrio de los más, ó de tu trabajo, que será el mejor arbitrio. Dime, pues, á qué piensas dedicarte, porque si es tu ánimo agostar tu inteligencia en una oficina, valdría más que aquí te quedaras para toda la vida. En caso de que pienses consagrarte á una carrera noble, profesión ú oficio liberal, dime cuál es, para que yo te aconseje según el entender mío, que, aunque te

parezca corto, es largo de agudeza y de esa gramática que llamáis parda.

—Pues sabrás—le respondí—que mis gustos y todo mi sér me llaman á las ocupaciones espirituales, y me alejan de lo material y positivo. No sé si me entenderás.... Soy enemigo de la violencia: no hay que hablarme, pues, de que sea yo militar. Detesto los enredos curiales y la prestidigitación leguleya; nunca seré abogado ni escribano, ni juez. La Medicina y Farmacia no entran en mí, creyente en la Naturaleza, que así trae los males como los quita. Artes de ingeniero no me seducen, porque ellas tienen su fundamento en las Matemáticas, que no he podido entender nunca. Marina me repugna, porque nada me causa tanto pavor como el oleaje de las aguas y el vaivén de los barcos. Comercio no entra en mí, porque se basa en los números, y en un calcular frío de ganancias y pérdidas que no se aviene á mi entendimiento. A mercader quise meterme cuando discurría los medios de mantener el lujo de *Yohar*; pero ello fué un comercio de pura fantasía y de navegación aérea, que me habría lanzado al abismo. *Papo Acevedo* entiende de comercio más que yo: por eso se llevó á *Yohar*... Pues no me queda más que una carrera, oficio y profesión noble que colme mis anhelos entre todas las que conozco: ¿no adivinas cuál es? ¿No entiendes que, ó no seré nunca nada, ó seré hombre de religión que lleve las almas al bien, los corazones á la virtud; no ves,

en fin, que he de ser sacerdote si quiero ser algo?

—Por un lado —me contestó *El Nasiry* poniéndose la máscara guasona, —veo tu aptitud para esa carrera; por otro, veo todo lo contrario. Si los curas no estuvieran en el mundo más que para predicar, serías tú el primero de todos. Pero si están para dar ejemplo, que es el sermón mudo de mayor eficacia, me parece, querido *Confusio*, que no sirves, no sirves...

—Ya te haré comprender que sirvo. Por de pronto, sábette que á mí me han dicho lo que á Castelar: "Hazte cura y arrastrarás á las muchedumbres para llevarlas á donde quieras....", Me siento predicador, *El Nasiry*; reconozco en mí la virtud convincente y avasalladora que ha sido la fuerza de todo apostolado... Me siento también confesor, templador de almas, con el arte psicológico para dar á las conciencias su tranquilidad, y restablecer la moral perturbada... Conozco los dogmas; sé explicar los misterios; entiendo los ritos y sé apreciar su belleza; soy teólogo, soy litúrgico, soy también algo canonista. ¿Qué me falta?

—Pues te falta...

—A eso voy. Déjame hablar. Al decir que algo me falta, debiste decir que algo me sobra.

—Eso, eso.

—No estás en lo razonable con la sobra ni con la falta, pues lo que tú crees sobrante, no es tal, sino que está muy en su lu-

gar. Te diré que no sólo creo compatible el sacerdocio con el cariño de mujer, sino que lo creo necesario, indispensable. Ahí está el *quid*, amigo *Nasiry*... Ni el celibato ni el uso constante de la negra sotana, manteo y teja, dan al sacerdote mayor dignidad y veneración más alta. Al contrario, toda esa negrura de fuera y de dentro, le aleja de los corazones... de lo que resulta que lo sobrante, según tú, no sobra, sino que está en su punto, como te dije, y que es locura enmendar la plana á la santa Naturaleza.

—Bien, hijo mío, bien... No dudo que seas religioso y gran predicador; pero dudo que puedas reformar lo que por designio de la Iglesia ó del mismo Dios, según decís, es como es; y así lo has encontrado, *Confusio*, y así lo tendrás que dejar.

—Yo no reformo á nadie; á mí me reformaré si puedo, ó me dejaré como estoy..”

Algo más iba á decir; pero un tremendo silbido que venía del vapor puso fin á mi conversación con *El Nasiry* y á mi vida africana. Los dos nos levantamos, y con igual emoción nos dimos los brazos. Sacó después de su pecho mi amigo un voluminoso pliego, que me confió, encargándome que á su padre lo entregara. Contenía carta para éste y para otras personas de su nunca olvidada familia. Le prometí ponerlo en manos del propio Jerónimo Ansúrez... Repetimos nuestros afectos, en él y en mí salidos del corazón, y prometiéndole yo escribirle mis andanzas en tierra española, ase-

gurándome él que siempre me recordaría con gozo, nos separamos, y fuí llevado á la lancha por el procedimiento de embarque más peregrino y chusco que han visto humanos ojos. Un fornido moro me cogió en vilo, y metiéndose en el agua hasta llegar á donde flotaba el bote, allí me dejó sin la más leve mojadura... Otros pasajeros, antes y después de mí, entraron del mismo modo en el reino de Neptuno... Ví al *Nasiry* y á *Ibrahim* que desde tierra me saludaban. Adiós, simpático amigo, compañero fiel; adiós Tánger; adiós Mogreb, desvanecimiento de ilusiones... Aquí va la pobre hoja desprendida del árbol de la poesía... Africa me suelta... Europa me toma.

XIII

Madrid, Marzo.—Dejadme que omita las desabridas incidencias de los dos días que pasé en Cádiz, donde ya no encontré ni familia ni amigos, que á tal soledad me ha traído el rigor de ausencias y muertes; ni el cansado viaje que emprendí en ferrocarril para seguirlo luego en perezosa diligencia hasta más acá de la Argamasilla y tierras quijotiles, donde vuelve á remolcarnos la negra máquina, y nos trae á la comarca polvorosa en que se asientan los dos grandes pueblos de Jetafe y Madrid. Omito también el contaros cuán melancólico fué mi dilata-

do viaje, con equipo corto y carga excesiva de añoranzas. En el traqueteo de coches arrastrados de caballos ó de veloz locomotora, los recuerdos agobiaban mi mente, ó en ella se sucedían por turno, cuando no entraban en tropel, fatigándome con la intensa reproducción de la realidad. ¡Oh dulce *Yohar* blanquísima, oh soñada y nunca vista *Erhimo*, oh misterios del Africa musulmana y judía, oh tormentos, injurias y riesgos de morir! Todo se renovó en mi mente, así como la gallarda amistad de *El Nasiry*, espejo de caballeros renegados.

La despoetización, el desplome ruinoso de mis ilusorias aventuras, entristeció soberanamente mi ánimo; pero éste no quería rendirse, y como caballo de raza trataba de enderezarse después de su resbalón y caída. Digo esto porque á mitad del camino, sobre las desvanecidas imágenes de *Erhimo* no vista y de *Yohar* inconstante, empezó á destacarse y tomar cuerpo mental la imagen de Lucila, ilusión que, disipada en Africa, en Europa iba recobrando su brillo. A medida que yo avanzaba por estas tierras pardas, se me presentaba más clara y hermosa, dentro del magín, la figura y persona de la ideal mujer, viuda de Halconero y madre del interesante niño Vicente. Era esto como si lo cierto recobrara el puesto que le había quitado lo dudoso y fugaz.

Y recuerdo que al pasar por la nobilísima villa de Tembleque, y por el no menos ilustre lugar de Quero, que rodean saladas la-

gunas, mi mente y mis sentidos apreciaron toda la majestad de la hija de Ansúrez, su exquisita belleza, el hechizo de su voz, las soberanas virtudes que subliman su persona... Y ya en el paso entre Valdemoro y Pinto, lugares famosos por sus alborozantes vinos, iba mi pensamiento tan recalentado en la mental contemplación de la sin par señora, que ya se me hacían siglos los minutos que tardara en rendirle toda mi voluntad... Llegué por fin á Madrid, vencido el cansancio por la ilusión risueña de reanudar mis amistades, y de reparar el olvido de tantas cosas y personas agradables ó bellas. Desde la estación á mi casa, que era mi hospedaje antiguo en la calle de Milaneses, hirió mi vista el repugnante espectáculo de los sombreros de copa, lo que me acibaró el gusto de la llegada. Ví tantos y tan feos, que jamás cosa alguna del mundo me hirió la retina con mayor desagrado. Los hombres que aquel ridículo armatoste cargaban, parecieronme agoviados de tristeza; las mujeres, enjauladas de medio cuerpo abajo en los miriñaques, se me figuraron muñecas fúnebres... Anochecía; los faroleros encendían el gas, y á la claridad amarilla, personas y tiendas, las altas casas y el empedrado suelo, los coches y su desapacible ruido sobre las piedras ó adoquines, llenaban mi alma de antipatía... Completaron mi enojo los carteles pegados en las esquinas, los aguadores y los corchetes, los vendedores de romances y los ciegos si-

niestros que piden con la terrible amenaza de un violín ó guitarra.

En mi casa entré con mi pobre y flaca maleta. Creyó la patrona que yo le traía unas babuchas bordadas de oro. No fué mal chasco el que se llevó, viendo que sólo la obsequié con un saquito de hierbas olorosas (recuerdo amigable introducido en mi maleta por el buen *Ibrahim*); mas no quiso tomarlas hasta que se las metí por los ojos, encareciéndolas como prodigiosa droga medicinal y cosmética, de grandísima virtud para el disimulo de la vejez y prolongación de la vida. Pedí cena y cama; dormí, que buena falta me hacía, y mis primeros propósitos al siguiente día fueron presentarme al Marqués de Beramendi, y procurarme ropa más airosa y flamante con que visitar á los Ansúrez. Ya eran las diez cuando llamaba yo á la puerta de mi Meceñas. Tales burlas de mi facha hizo mi noble amigo, que me avergonzó. Más me habría valido regresar á Madrid con el trajecito moro que me arregló *Mazaltob* y que dejé en mi tugurio del *Mellah* (calle de Numan-
cia).

Pero, en fin, ello es que, aparte del cómico efecto de mi traje, adquirido en el Rastro tangerino, Beramendi me recibió con grande agasajo y afabilidad, y en las dos horas que permanecí en su casa, no se hartaba de oír las explicaciones que á sus preguntas sobre la vida africana le daba yo, tan incansable en el discurso como él en su

curiosidad. Díjome que la historia personal que en Tetuán empecé á escribirle, le encantaba; elogió benévolo la relación de mis desventuras al ser abandonado de la blanca judía, y se regocijó de mi salida con *El Nasiry*, y del incidente de la bolsa, que primero rechacé puntilloso y luego admití agradecido. Interesantes halló los lances apurados del *Fondac*, que á punto estuvieron de ser tragedia; y al recibir de mi mano lo escrito en Tánger, por no haber correo que antes de mi propia repatriación lo trajese, prometió leerlo aquella misma noche. Más que la Historia seca de los públicos acontecimientos, le cautivan las referencias de andanzas particulares, y en ellas ve el colorido de la Historia general, la cual, sin este matiz de sangre, de fuego anímico, no es más que un trazo negro que así fatiga la vista como la memoria.

Pero lo que de su charlar festivo y cariñoso me cautivó más fué que me anunciase el propósito de enviarme á una segunda expedición informativa y descriptiva, por su cuenta y riesgo, obligándome yo á escribirle cuanto me ocurriese y darle noticia de cosas ó personas determinadas, para lo cual llevaría un guión de las materias que serían objeto de mis pesquisas. No comprendí yo la índole de la misión que mi amigo quería confiarme; y como le preguntase con cierta inquietud y repugnancia si era cosa de guerra, díjome que era más bien cosa de paz, ó más claro, de diplomacia. No satisfizo por

el pronto mi curiosidad, limitándose á decirme que sólo me concedía dos días de descanso, y que me preparase para partir por los caminos y lugares que se me designaran. Estas órdenes de ausencia pronta me contrariaron un poco, pues yo deseaba quedarme en Madrid algún tiempo, y así lo manifesté á mi amigo. Tenía que ver á los An-súrez, para quienes traigo un pliego de *El Nasiry*; érame preciso, por imperiosa necesidad de mi espíritu, visitar á Lucila, reanudar con ella un melindre de amor interrumpido por mi viaje á Marruecos, ó mejor dicho, consolidar una inteligencia de corazonces, que sólo se había manifestado con vagos efluvios traídos y llevados de rostro en rostro por el mirar, y de alma en alma por palabritas eutrapélicas. Al oír esto, soltó la risa el Marqués con no menos burla de mí que al mofarse de mi ropa, y añadió que de la cabeza me arrancase aquella ilusión, pues ya Lucila había perdido todo su encanto y despojándose de toda poesía.

“Pues qué—pregunté yo con ansiedad no disimulada,—¿se le ha caído el pelo, le lloran los ojos, ha perdido los dientes, ó padece algún achaque por donde le haya venido mal olor de boca?

—No es nada de eso—me respondió mi Mecenaz,—que de su hermosura no hay nada que decir: se conserva tan guapota y sugestiva como cuando Dios le hizo el favor de enviudarla; pero si no le ha salido grano maligno en el rostro, le ha salido un

novio respetable y antipático, con el cual ha hecho trato honesto de casarse en cuanto pase el plazo que marca la sociedad al dolor de las vindas.„ Y yo al oír esto, exclamé “¡Jesús!„ no pudiendo decir más, porque mi estupor y disgusto no me daban voces para expresar de momento lo que sentí. Era ya sistemática perrería de mi Destino que ninguna ilusión se me lograra, y que todos mis castillos de amor cayesen por el suelo. ¡Y en aquel castillo lucillesco confiaba yo para guarecerme de las inclemencias de mi juventud, como definitivo y sólido refugio para lo restante de mis días!

“Consuélate, buen *Confusio*—me dijo mi patrono,—que aún eres joven y hallarás el refugio que deseas y mereces. Ya no es Lucila la gallarda representación del sentimiento heroico y popular; ya la maléfica influencia de un pretendiente empalagoso ha trastornado aquel espíritu, ha demolido lo más bello que en él había para levantar un vulgarísimo edificio... ¿de qué dirás?

—¿De qué? Dígamelo pronto, por Cristo.

—Pues ahora no le da por las glorias militares... Todo eso pasó sin dejar rastro... Ahora, pásmate... le da por lo administrativo. Vencedor nuestro Ejército en Africa y dueño de Tetuán, el fuego de la leyenda es ya ceniza de la Historia. ¿No sabes que ha venido de fuera una moda horrible, una tromba, un huracán, una cosa pedestre y asoladora que se llama *Economía Política*? ¿No sabes que ahora el buen tono está en

ser uno *economista*, y en predicar el fárrago de las ideas *económicas*? Pues este virus, como diría mi señor suegro, ha dañado el alma candorosa y esencialmente hispana de aquella ideal mujer. Una frasecilla que ahora está de moda, y que tiene su lugar en todo cerebro baldío, ha sido el hielo que ha esterilizado aquella soberana inteligencia. ¿No adivinas cuál es la mortífera frase? Pues es ésta: *Menos política y más administración...* ¡Ya ves qué desastre! Sin duda el entendimiento de Lucila habría permanecido refractario á tales tonterías, si no hubiera caído en la flaqueza de ese noviazgo. El corruptor de la celtíbera es un hombre de más de cuarenta años, llamado don Angel Cordero, viudo también, dueño y cultivador de tierras en Aldea del Fresno y Cadalso de los Vidrios, y tan ferviente devoto de la *Economía Política*, que á comprar volúmenes de esta ciencia del Limbo dedica buena parte de sus rentas. Ha leído cuanto españoles y franceses escribieron de la monserga económica, y trastornado con tal pestilencia, como don Quijote con la de los libros caballerescos, no ha parado hasta inficionar á Lucila.

—No obstante, señor Marqués —dije yo, viendo en las razones de mi amigo, más que un discreto pensar, una sutil aberración humorística,—yo veré á Lucila, yo me informaré del estado de su ánimo...

—¡Si no podrás verla! Hace un mes que reside en la Villa del Prado. ¿Y allí qué

hace? Pues quemar sus lindas pestañas llevando con minuciosa exactitud las cuentas de trigo, cebada y paja, de jornales, de cuanto constituye el toma y daca de una gran propiedad rústica. El bruto del novio, el desaborido economista, está también por allá, en un predio y caserío lindantes con los de Halconero, y es quien la instruye en todas esas cábalas; y para acabar de volverla loca, le ha enseñado la diabólica máquina de contar que llaman *Partida doble*.

—¿Y Vicentito?...—dije yo asiéndome á un afecto que sin duda no me será robado por la intrusa Administración.

—Te recomiendo que dejes á un lado niños que no sean tuyos, y que no fundes tus cálculos en nada concerniente á la infancia, pues ya sabes lo que resulta de acostarse con ella. Reconoce, amigo *Confusio*... y bien sabe Dios con cuánto gusto te doy este apodo que te colgó el castrense; reconoce que la dama celtíbera y su niño han perdido aquel encanto y seducción de otros días. No pienses más en ellos... y lánzate solo á los campos de la vida, que aún te reservan sus tesoros.

—Francamente, señor Marqués—indiqué con cierta cortedad,—de lo que usted me cuenta, lo que peor y más lamentable me parece es el novio que le ha salido á esa linda mujer. Pero las aficiones de ella al orden de cuentas y á mirar por los intereses suyos y de sus hijos, no me desagradan... Al contrario... ¿Querrá usted creer que cuando ve-

nía yo dando tumbos por esa Mancha, sin apartar de Lucila mi pensamiento; cuando yo acariciaba en mi alma el amor de ella como reposo y cristalización de mi vida, me sentía también un poquito administrativo? Como que la administración es el descanso, es la paz, es el reparo que pone la prosáica Aritmética á las demasías del Heroísmo.

—¡Tú administrativo! No, *Confusio*, no me harás creer tal disparate. Comprendo al enamorado, que en un raptó de demencia, apechuga con la *Partida doble*, si ve que la mujer de sus sueños anda entre números. Pero tú no harás eso; tú eres *Confusio*, y tu misión es vivir, ver tierras, pueblos, y humanidad próxima y lejana; probar todas las pasiones, sufrir todos los infortunios y gustar alegrías inefables. Tu misión es ésta, *Confusio* amigo, y por ser tuya esta misión y no mía, te envidio, quisiera ser como tú, pobre, aventurero, hijo de tus obras, soberanamente libre.,,

XIV

No necesitó el buen Fajardo extremar los recursos de su mágico talento para que yo me sometiese á cuanto de mí deseaba, sin meterme á discutir sus designios ni á indagar las causas que movían su conducta. Ofrecíle desempeñar cuantas misiones diplomáticas ó de cualquier género quisiera

confiarme, y sólo puse la objeción del corto tiempo que para mi descanso en Madrid me concedía; alegué, en apoyo de este deseo, la necesidad de ver á Jerónimo Ansúrez, para quien el renegado me dió un pliego que debía yo entregar en propia mano.

“No está en Madrid Jerónimo—me dijo Beramendi,—ni le verás aquí mientras su hija permanezca en la Villa del Prado engolfada en sus cuentas. Yo sé de qué tratan las cartas de Gonzalo, que traes para su padre y su hermana, y á decírtelo voy, para que veas que no me oculta el celtíbero ningún secreto de su familia. Uno de los hijos de Jerónimo, llamado Gil, *Egidius*, según el sagaz investigador *Maese Ventura Miedes*, ha salido aficionado á la vida bandolera. En tierras de la baja Cataluña y del Maestrazgo ha dado no poco que hacer á la Guardia civil, asaltando masías ó acechando caminantes desprevenidos, ya solo, ya en cuadrilla con otros vagabundos y ladrones. Afortunado en algunas de estas malandanzas, fué desgraciado en otras, viéndose tan perdido, que de la libertad de sus atrevimientos vino á parar á la cárcel, y de aquí al presidio de Tarragona, de donde le habría sacado el verdugo si él con artificios increíbles no se escapara para volver á su vida criminal en los montes de Gandesa. Después se ha sabido que, valido Gil de disfraces ingeniosos, anda por los pueblos de las bocas del Ebro, engañando á las gentes sencillas con un comercio que al menor tropiezo puede

llevarle otra vez al presidio. En estas barbasadas de Gil ó *Egidius*, ve Jerónimo la deshonra de su familia, al fin rescatada de la miseria y del oprobio por la unión de Lucila con Halconero; y no pudiendo persuadir á ese pillastre á cambiar de vida, ha escrito del particular á su hijo Gonzalo para que vea si con halagos podrá éste inclinarle á que se vaya con él á tierras de moros, donde ha de ser más fácil que aquí someterle y llevarle á una buena conducta. Más que ver á Gil en un patíbulo, quiere Jerónimo verle moro y circunciso. De esto han tratado en largas epístolas el celtíbero y el renegado, y en el pliego que tú traes vendrá seguramente el plan de Gonzalo para llevarle con astucias ó promesas al delicioso país berberisco, donde por los duros medios mahometanos será domado ese tunante... Puedes dejarme el pliego, que será puesto en manos de Ansúrez en cuanto aporte por acá, y vete sin cuidado, que yo quedo en Madrid encargado de este negocio.

—Bueno, señor—le dije accediendo á cuanto me proponía.—En sus manos pongo el pliego de Gonzalo Ansúrez... Haga usted lo que quiera con los papeles, que yo me desentiendo absolutamente de estos particulares.

—Vengan los papeles... y ahora... fíjate bien en lo que te digo. Es muy variada y compleja la familia de los Ansúrez. Por los lugares que has de visitar cuando salgas á la comisión que te encargo, anda ese tuno

de Gil ó *Egidius*. Si con él te encuentras, ten mucho cuidado, Juan, que podrá engañarte y meterte en un gran enredo que dé contigo y con él en la cárcel. Ya sabes que todos los individuos de esa familia, de ese índice histórico, de ese resumen étnico, son de una agudeza formidable. El ingenio y la simpatía personal los asisten, así para el mal como para el bien. Guárdate de ese Ansúrez andariego, que es, entre ellos, el verdaderamente peligroso. Y por hoy, nada más te digo sino que descansas, y vuelvas mañana bien preparado del entendimiento y de los oídos.,,

Puntual acudí á la mañana siguiente, ya mejoradito de ropa, que adquirí á bajo precio en un bazar de elegancias económicas, y las primeras palabras del Marqués fueron para felicitarme graciosamente por mis aventuras en la casa de *El Nasiry*, que acababa de leer en las cartas que yo mismo he traído. Mucho le ha regocijado mi tentativa de asaltar el harem y de llevarme á *Erhimo*, así como la solución discreta que el agudísimo renegado supo dar á mi travesura. En cuanto á la apreciación del hecho, los puntos de vista del Marqués parecióronme harto ligeros. Sostiene que lo de los malos humores de *Erhimo*, y lo de su ojo tuerto, su mal olor de boca y sus accesos de locura, no fueron más que un sutil artificio de *El Nasiry* para desilusionarme y resolver pacífica y donosamente una cuestión tan grave. En ello se reveló el hombre de extraor-

dinaria marrullería y de artes de gobierno, pues si hubiera yo conseguido mi objeto, sabe Dios cuáles habrían sido las consecuencias. Probablemente habrían acabado en Tánger mis pobres días.

Según Beramendi, la mora, de quien no pude ver más que los dedos amarillos, era realmente el prodigio de hermosura sólo comparable á los ángeles del paraíso mahometano. Cansada la odalisca de su esclavitud, me había elegido á mí por su caballero libertador... Al decir *ojo*, no quiso expresar que estuviese tuerta, sino recomendarme que anduviera yo muy listo y con *mucho ojo* y donaire para libertarla. Los árabes emplean figuras en sus más usuales formas de lenguaje... Y con la voz *jumento* quiso decir que tuviera yo preparado este humilde animal para que la salida de la prófuga no fuera notada... Y me ordenaba que tomase yo las trazas de *zapatero* remendón con el mismo objeto de fingir insignificancia y modestia. Sin duda, *El Nasiry* supo el contenido de la carta por delación de *Quentza*, y tramó el engaño con que me había desarmado del caballeresco empaque de mi aventura.

Aunque no acabaron de convencerme las razones y crítica del Marqués, sentí renacer en mí la penita de mi desengaño amoroso. Pero mi ilustre amigo acudió á consolarme, sosteniendo que debo estar muy agradecido á *El Nasiry* por su conducta discreta y humana. Habíase mostrado magnánimo y paternal, evitándome un conflicto de solución

violenta, y quizás trágica... Naturalmente, admití el consuelo reparador, y lo pasado, pasado. El presente continuaba ofreciéndose á mis ojos rodeado de tinieblas y misterio. Digo esto, porque antes que termináramos el Marqués y yo la conversación que copio, entró un tal *Sebo*, ex polizone y servidor clandestino de mi noble amigo en sus recónditas excursiones por el subsuelo político. Traía el tal una maleta casi nueva ó á medio uso, harto más capaz y decente que la mía de Tánger. Díjome el Marqués que aquel valijón sería mi compañero en la caminata que iba yo á emprender. Si me agradaba llevar tan buen acomodo para mi ropa, luego, cuando levantó *Sebo* la tapa de la maleta y ví lo que contenía, el estupor me hizo prorrumpir en exclamaciones disonantes. Ví ropas de cura, bonete, breviario, viejos librotos, la *Summa* y los *Lugares Teológicos*. Riéndose de mi asombro, me rogó el Marqués que me probase la sotana, para ver si caía bien á mi estatura y talla. Así lo hice, riéndonos todos, que era lo procedente en la extraña y por mí no entendida metamorfosis que se me preparaba. A mi casa llevarían la maleta para meter en ella mi ropa de paisano, en la cual no debía faltar un traje de color enteramente igual al de los ataúdes.

Pues, señor, ya veríamos en qué paraba aquella farsa, y cuáles eran el propósito y fines de mi noble protector, en cuyo humorismo claramente se advertían vislumbres

de extravagancia. Marchóse el feísimo y ordinario *Sebo*, y á poco entró un joven muy simpático y bien vestido, á quien todo Madrid llama familiarmente *Manolo Tarfe*. Yo le había conocido en aquella misma casa poco antes de mi partida para Cádiz y Ceuta, y no tuvo necesidad Beramendi de presentarme á él. Comprendí que entre los dos estaba el juego y se escondía la clave de aquella conspiración ó mundana intriga. Lo primero que me dijo Tarfe fué que me afeitase toda la cara, limpiándomela del bigote y de las barbillas ralas con que adornada la tengo en la presente edad histórica... Ya no hay duda de que me disfrazan de clérigo para esa misión que me va pareciendo una humorada carnavalesca. ¿Qué será? Por Dios que rabio de curiosidad, y que doy gustoso mis barbas por salir de esta incertidumbre.

Ante mí hablaron de política Tarfe y Beramendi. Ambos son partidarios frenéticos de O'Donnell; quieren que éste, al volver de Africa victorioso, se revista de la mayor autoridad, y tome aliento para una dominación estable, implantándonos aquí una imitacioncita del Imperio francés, segundo de este nombre. No hay ahora en España más fuerza que la Unión Liberal, *sincretismo*, como algunos dicen, que es la última palabra de la ciencia política, fuerza que ha de ser liberal para las ideas y despótica para las acciones, conciliadora del progreso y la tradición, con projectismo largo de obras

públicas y de fomento material, enseñando siempre la estaca para que el país obedezca, y olvide las bullangas. La Unión Liberal quiere ilustración y silencio; quiere mejorar á España de comida y ropa, manteniéndola en el encantamiento de las glorias militares. De lo que dijeron colegí que confían en el porvenir, y que su ídolo, don Leopoldo, tiene cuerda política para mucho tiempo; pero algún recelo dejaron entrever, algún misterio se esconde en las altas esferas, que á mis dos amigos trae inquietos y cavilosos.

No pude enterarme bien de los motivos de esta inquietud, porque Tarfe ponía frenos á su palabra, como no queriendo expresarse con claridad delante de mí. No obstante su discreción, bien dejaba comprender que *estamos sobre un volcán* (así solemos designar el próximo estallido de una conflagración); que este volcán no es revolucionario al modo democrático y popular, sino que alimentan su fuego poderes muy altos... ¿Pero á qué devanarme los sesos por descifrar el enigma, si poco había de tardar la satisfacción de mi curiosidad? Beramendi, cuando me despedí, me ordenó volver á la noche, para ponerme en autos de lo que debo hacer, y darme sus instrucciones con la prolijidad que exige asunto tan delicado.

Acudí puntualmente, y el criado me notificó que el señor Marqués había salido á un asunto urgente, y me suplicaba que le esperase. Por dicha mía, fuí recibido por la señora Marquesa, que me acortó el plazo de

espera con una graciosa y amena plática. Es mujer tan amable y discreta, que, oyéndola, no repara uno en la poca gracia de su tallo y rostro. “Pues verá usted, Santiuste —me dijo haciéndome sentar á su lado.— Yo me alegro de que Pepe haya tenido que salir, porque así puedo darle á usted mi parte de instrucciones. Yo también conspiro; yo también me entretengo en mis trabajitos de zapa. ¿A usted no le han dicho aún Pepe y Manolo que anda por debajo del suelo que pisamos una tremenda conjuración? Pues yo se lo digo para que tiemble un poquito. Yo, si he de hablar á usted con franqueza, no he temblado ni pizca cuando lo he sabido. ¿Quién conspira? Los absolutistas. ¿Quién los mueve? Pepe y Manolo, que son los descubridores de tal enredo, me aseguran que los hilos de la conjura los mueven dos grandes familias hermanas, la una fuera de la Península, la otra en nuestra propia casa, y llamo así á *Palacio*, porque *Palacio* es la Nación... por el lado solariego y heráldico. ¿No tiembla usted?

—No, señora: ni el más ligero temblor me sacude los nervios... Me asombro, sí, de que ahora no se azoten las dos ramas, sino que se injerten y se unan. ¿Contra quién? Contra España y la Libertad, ¿no es eso?

—No sé qué contestarle, amigo Santiuste; porque como no creo en ese fragmento de historia inédita que han descubierto Pepe y Manolo, tampoco sé contra quién vienen las dos ramas unidas... Me figuro

que es contra la Unión Liberal, contra el justo medio, *etcétera, etcétera...* Usted lo entenderá mejor que yo. Lo que veo con claridad... y con mucho disgusto, créame usted, es que Pepe, con estas cosas, está medio loco. Es hombre que á poquito que se exalte, recae en una dolencia que llama *efusión popular, efusión estética...* Nada, tonterías... pasión de ánimo, entusiasmo ardiente por cosas que maldito lo que le interesan... Su cerebro es muy delicado, propenso á la congestión de ideas. Gracias que me tiene á mí para el alivio de sus manías, y aligerarle la carga excesiva de sus cavilaciones. Soy el sangrador de su pensamiento.

—Sangradora, médica, inteligencia de primer orden. Yo me permito una pregunta: ¿está usted plenamente convencida de que es absurdo y fantástico lo que han descubierto el Marqués y Manolo Tarfe?

—Le diré á usted con toda franqueza que me he reído con los cuentos de la tal conspiración, como con una comedia de esas que son obras maestras en el arte de los disparates... Me he reído, me he reído... pero al fin, tanto me dicen, y tales razones me dan, que he concluído por ponerme seria. Si no afirmo que las dos ramas estén de acuerdo para darle un papirotazo á la Constitución, tampoco me atrevo á negarlo... En la duda, espero con un poquito de temor y con otro poquito de tentación de risa.

—Pues si usted teme, aunque sea rien-

do, pensemos que es verdad, y confiemos en el hombre del día, don Leopoldo O'Donnell...

—Ayer le ha escrito Pepe contándole estos líos, y dándole prisa para que arregle pronto los asuntos moros, y acá se venga con su Ejército... Pero me temo que O'Donnell lo tome también á risa, y que al venir se encuentre en el trono de España á un Rey con quien no contaba: Su Majestad Carlos VI.,

No pude contenerme; solté una risa franca, infantil, y contagiada de mi buen humor la ilustre señora, los dos concluimos en sonoras carcajadas sin poder articular palabra alguna. La primera que pudo pronunciar algo inteligible fué María Ignacia, que dijo: “Temblemos, señor de Santiuste, que el caso no es para menos, y temblando podremos recobrar la seriedad.

—Creo como usted—dije yo,—que esta comedia es el supremo arte de los disparates graciosos... Y en comedia tan chusca voy yo á desempeñar un papel de clérigo: ya me han traído la ropa.

—Las cosas que inventa mi buen marido, no se le ocurren á nadie. Menos mal si con estas tonterías se distrae... Y á propósito: oiga usted mis instrucciones, y sígalas al pie de la letra... Pero entienda que las instrucciones mías son reservadas, y que de esto no debe usted darse por entendido con Pepe... Irá usted, según creo, á un país que está preparado para levantarse en armas al

grito de *Carlos VI Rey*. No se meta usted donde haya jaleo de tiros y bayonetazos, ni nos describa batallas sangrientas, sobre todo si en ellas ganan los facciosos. Mucho cuidado con esto, Santiuste, porque Pepe, cuando le hablan de triunfos del absolutismo, se me pone tan perdido de la cabeza y tan arrebatado del temperamento, que me veo y me deseo para traerle á la tranquilidad. Siempre que haya encuentros y agarradas feroces, con heridos y muertos, tenga usted cuidado de decirle que ganan los liberales... Fíjese bien, Santiuste: que ganen los liberales... Si á mal no lo toma usted, le recomendaré que hable poquito de las salvajadas de la guerra civil. Cuéntenos las guerras y batallas de usted mismo, sus aventuras, cuitas ó calamidades; descríbanos costumbres no conocidas, sucesos que se aparten de lo vulgar, escenas pintorescas, como lo que le pasó á usted en el *Fondac*; píntenos personas ridículas ó hermosas, la blancura de *Yohar*, la fealdad negra de *Bab-el-lah*, las hechicerías de *Mazaltob*... Esto le encanta extraordinariamente á mi marido. Anoche pasamos un rato delicioso leyendo el pasaje de la invisible odalisca *Erhimo*, -y luego, hasta muy tarde, estuvimos discutiendo si *El Nasir* le engañó á usted ó no con aquella salida de que la esclava es tuerta y le huele mal la boca... Pepe sostiene que hubo engaño y que *Erhimo* es una preciosidad; yo estoy por la contraria: creo que no hubo trampa,

que *Erhimo* es tuerta y sucia, y que fué una gran suerte para usted la imposibilidad de libertarla.,,

XV

No seguimos, porque entró Beramendi. Su discreta esposa nos dejó solos, después de decirle que ya me había informado de la terrible conspiración, y que habíamos temblado y reído de aquel arcano tremebundo y jocoso. De mal temple venía el Marqués, sin duda porque acababan de darle informes nuevos, alarmantes. Ampliando lo que yo por su esposa sabía, díjome que el actual plan del absolutismo no es un risible sainete, sino un drama con gran arte compuesto. No se trata de quitarle la corona á Isabel II, sino de *cuajar el pacto de familia*, aprobado ya, según dicen, por una parte y otra. La rama femenina accede á bajar del trono, con tal de ver restaurado el poder absoluto, puesta en la cumbre la fe católica, y la Libertad en la situación que tiene el diablo á los pies de San Miguel. Desde que la Revolución de Julio del 54 aterrorizó á la familia reinante, andan los de acá y los de allá en tratos y contubernios. Dicen, y no les falta razón, que conviene sacrificar algo para no perderlo todo. El Rey Francisco y don Carlos Luis, heredero de los derechos de Carlos V, han tirado de pluma grande-

mente en estos años, y de su continuada correspondencia furtiva ha salido al fin el amasijo. Don Carlos Luis, Conde de Montemolín, subirá al trono con la denominación de Carlos VI... La actual Reina Doña Isabel y su esposo se avendrán á una jubilación decorosa, conservando título y honores de Reyes... El hijo de Montemolín se casará con la Infanta Isabel, y subirá al trono cuando cumpla veinticinco años... Isabel y Carlos reinarán juntos con igual derecho majestático, y se titularán Segundos Reyes Católicos...

“Esto es lo fundamental—añadió Bera-mendi.—De los principios políticos què han de ser alma de este cuerpo, no tenemos noticia exacta. Presumimos que caerá hecha cisco la Constitución, y que se hará un llamamiento á todos los beatos furibundos para que vayan preparando la traída de la Inquisición y demás zarandajas... ¡Y que no han tenido poco arte para organizar el movimiento! Existe, aunque esto te parezca mentira, una *Comisión regia suprema*, organismo hipócrita que se ajusta dentro de las piezas del organismo visible del Estado. Esta Comisión, compuesta de personas afectas al *Pacto de familia*, se ha dado buena maña para meter en todas las Capitanías Generales individuos que trabajan en la sombra, y que han extendido por España una red de voluntades absolutistas. Tiene ya la red tal extensión, que no sé lo que aquí pasará si O'Donnell y su Ejército no

vuelven acá de un brinco. Confían los montemolinistas en que don Leopoldo tiene que hacer en Africa para un rato, y activan su organización... Bien se ve que quieren aprovechar esta soledad de tropa, las Capitanías Generales en cuadro, las plazas desgarnecidas... Lo peor, querido *Confusio*, es que si no miente el público secreteo, también en el Ejército de Africa hay militares de todas graduaciones á quienes ha comprometido para el alzamiento la maldita *Comisión regia suprema*. No quiero pronunciar ningún nombre ni dañar á ninguna reputación, mientras no sepa la verdad. Dudo ya de todo, y no aseguro ni niego la incorruptibilidad de nadie... Vendrán los hechos, y todo se aclarará... La Historia que cuchichea me fatiga, me enloquece. Venga de una vez la Historia que grita, aunque nos traiga desengaños y catástrofes.

—No pongamos tanta atención en la Historia inédita—le dije yo,—en el caudal corriente de las conversaciones de hombres ociosos, porque gastando nuestro corazón y nuestra mente en idear y sentir con intensidad y en falso, derrochamos un tesoro anímico, sin sacar de ello más que los pies fríos y la cabeza caliente... Y pues tengo yo que ir á donde están encendiendo la hoguera facciosa, dígame ya qué tengo que hacer. Si efectivamente he de hacerme pasar por clérigo, sepa yo qué clase de órdenes debo figurar en mí, pues como sean más de las menores, en gran compromiso he de verme.

—Vas á un país revoltoso, nidal de fanatismo y *partidaje*, donde encontrarás infinidad de clérigos que habrán limpiado ya las armas para lanzarse á pelear por Carlos VI. Conviene que con los curas pacíficos, así como con los valentones, hagas buenas migas. Llevarás cartas de recomendación muy eficaces. Con esto y con hacerte tú el apocado y el santito, dando á conocer tus sabidurías de cosas dogmáticas y litúrgicas, andarás por todo el país sublevado sin que nadie te moleste, y observarás, y recogerás gran conocimiento, que me irás contando por escrito, cuándo y dónde puedas. Hablemos ahora del nombre que te he puesto, y que va ya expresado en las cartas de recomendación. Yo creo que el *Confusio* te va bien para segundo apellido. Quédate con el nombre de pila, añadiéndole un patronímico cualquiera, y llámate *Juan Pérez de Confusio*. ¿Qué te parece?

—Como el *Confusio* no les suene á mentira ó artificio, paréceme que no está mal mi nuevo nombre, y que da cierto eco de personalidad erudita y casi filosófica.

—Verás cómo no te faltan lances peregrinos, quizás conquistas más afortunadas que las de Marruecos. Aplica toda tu atención y el sortilegio de tus gracias á las amas de cura, que por allá entiendo que las hay muy guapas. Si pescas alguna, puede serte de mucha utilidad para el estudio esotérico de nuestras guerras civiles... Las cartas que llevas han de abrirte holgados caminos. A

más de las que yo te daré, Manolo Tarfe te está preparando algunas que te causarán asombro cuando las veas. Hoy está en Aranjuez. ¿Sabes á qué ha ido? A conseguir que te recomiende una monjita de San Pascual, parienta suya. Manolo es de la piel del diablo para estas cosas. En ellas está como el pez en el agua, y cuando le toma el gusto á la intriga, se embriaga con las dificultades, y acaba por realizar verdaderos prodigios. Con decirte que pretende sacarle á Sor Patrocinio una carta para no sé qué Provincial ó Prepósito de allá, está dicho todo. Nada, hijo, que irás bien favorecido y hasta popeado de monjitas y con olor de santidad... No te quejes. Quisiera yo ser tú, y andar en esos trotes... Mañana, ya dispuesto, limpio de barbas, te vienes á recibir las cartas y nuestras últimas advertencias, que por la tarde sin falta has de salir. ¡Dichoso tú mil veces! Tú vives en España, tú la tratas íntimamente, tú gozas de ella y en ella engendras los hijos de tu fantasía...,,

Afeitadito, con todo el aire de un motilón ordenado de menores, me presenté al día siguiente en la casa de mi protector, donde ya me aguardaba el saladísimo Tarfe con las cartas que había conseguido en San Pascual, de Aranjuez. Una le fué dada por su prima doña Margarita de Barcones, monja profesa; otra llevaba la respetable firma de don Mateo Valera, administrador del Real Sitio, y la tercera ¡ay! la tercera traía todo el olorcillo de un sagrado mensaje. Habíala es-

crito la mano divina y llagada de la Madre reverenda. Iba dirigida al venerable Vicario de Ulledecona, varón docto y bien calificado de virtudes, carlista por los cuatro costados, con brillante hoja de servicios en la anterior guerra civil, que ilustró con ruidosas hazañas. De mí decía la carta lindezas que debo agradecer, aun considerándolas dictadas de la travesura de Tarfe. Yo soy, según la carta, un joven de buena familia, aplicadito desde mi tierna infancia, á la piedad primero, á los estudios religiosos después. Descuellan en mí las virtudes de humildad y castidad, las cuales, con el adorno de mi sabiduría, me hacen amable, y dueño de la simpatía de cuantos me tratan. ¡No me pusieron poco hueco los elogios que hacía de mí la santa Madre!... Mis nobles amigos me recomiendan con la seriedad más socarrona que procure hacerme digno del concepto que merezco, y me exhortan á seguir la senda de aplicación y honestidad por donde llegaré á coger la breva eclesiástica que Dios reserva á sus elegidos. En la carta de la Madre, así como en las otras que Tarfe me ha traído, se dice que voy á completar mis estudios en el Seminario Tarraconense, al paso que tomo posesión de una capellanía heredada de mis ilustres antecesores... Bueno, señor. Adelante con la farsa, y Dios me saque vivo y sano del laberinto en que quieren meterme estos exaltados caballeros.

Pasé un rato delicioso oyendo á Tarfe la descripción del interesante convento de San

Pascual, de Aranjuez, cuya importancia histórica quedará bien patente con decir que á él tienen que acudir Narváez y O'Donnell cuando desean el Poder ó temen perderlo. Las manos guerreras que han blandido la espada heróica, agarran un cirio y acompañan, con devota flojera de miembros y ojos caídos, las procesiones que alrededor del claustro limpio y oloroso se organizan un día sí y otro no para solaz del Rey don Francisco de Asís. Según Tarfe, la enseñanza de señoritas tiene en aquella casa una organización perfecta, según el moderno estilo francés, sin que falte el adorno de piano y bailecito conforme á etiqueta. La beatísima Patrocinio será lo que se quiera; pero de tonta no tiene un pelo. La placidez y blancura de su rostro mueven á confianza y piedad. En un aposento dispuesto con cierto artificio teatral y amorosas obscuridades que inducen al misterio y á la ilusión, tiene la Madre su divino *Cristo de la Palabra*, el cual, en instantes de pío recogimiento, dice todo lo que debe oír y entender el candoroso espíritu de la Reina. Ya está cansado el buen Señor de recomendar á todos los individuos de las dos ramas borbónicas que hagan las paces y vivan como hermanos; no se ha mordido la lengua para decir que por ningún caso sea reconocido el Reino de Italia, y que se pongan todos los obstáculos á la desamortización y venta de bienes de la Iglesia. O'Donnell y Narváez, á cuyos oídos llegan más ó menos pronto los buenos con-

sejos del Santísimo Cristo, no saben á qué santo encomendarse para dejar contentos á todos, Trono y Pueblo, Altar y Tribuna.

Recorrió y examinó Tarfe todo el convento (que allí la clausura no rige con los poderosos), y lo que más maravillado le dejó, despertando en él envidia del ameno vivir de aquellas santas señoras, fué la magnífica pajarera que allí tienen éstas para su recreo. No hay en todas las Españas colección de pájaros tan variada y nutrida. Su Majestad el Rey no repara en gastos para reunir allí las avecillas más bonitas, las más exóticas, las de plumaje vistoso y las de canoro pico. ¡Vaya con el museíto ornitológico! ¡Y que no se embelesa poco la Madre con los tiernos hijuelos que á falta de otros le depara su valimiento! Monjas y educandas se esmeran en instruir á las especies habladoras, familiarizándolas con las formas corrientes del lenguaje. Cuenta Tarfe, y porque él nos lo ha dicho lo creemos, que en la sección de loros hay uno tan bien enseñado, que dice *Jesús* cuando Sor Patrocinio estornuda.

Escribo en mi casa el final de esta larga epístola, para dejarla con su debido remate antes de lanzarme por el camino de mis desconocidas andanzas. Concluyo diciendo que como el tiempo apremia y tengo que prepararme para la partida, déjé la morada de Beramendi. Este me dió sus últimas instrucciones en cuatro plieguecillos de papel bien aprovechados de letra, y me encargó

muy encarecidamente que por el camino me aprenda de memoria el texto de los pliegos, y luego los rompa. A los libros de Teología que llevo, agregó un tomo del *Concilio de Trento*, *El Genio del Cristianismo* y la *Vida de Jesús del Padre Rivadeneyra*. Ha insistido en que no debo escribir con la idea de que sea él mi único lector: conviene que mis relatos vayan mentalmente dirigidos á mayor público y á la misma Posteridad, que nunca podría decir: “de aquella agua no beberé..” Sin pensarlo, vengo yo aderezando mis cartas como si hubieran de ser gustadas por innumerables lectores. Ahora lo haré con más determinado propósito, alentado por mi Mecenaz, el cual me recomienda una y otra vez que, por miedo á una publicidad remota, no recorte ni disfigure la narración de mis sucesos y trapisondas personales. Está muy bien: como me llamo *Confusio*, que así lo haré.

Me ha marcado el Marqués este itinerario: saldré en la diligencia de Guadalajara y Zaragoza, siguiendo en ella de un tirón hasta Alcolea del Pinar. En este pueblo, un amigo y colono de mi protector cuidará de encaminarme á Molina de Aragón; traspasaré después la Sierra Menera para entrar en la provincia de Teruel. Las observaciones que haga por el camino me indicarán si debo dirigirme á la noble Alcañiz ó á la vetusta Morella. En una ó en otra comarca ha de estar la mayor rescoldera del volcán por donde voy á pasearme. Quedo en libertad de esco-

ger la ruta conveniente, según lo que oiga y vea por esos endiablados pueblos. Dineros llevo cuantos pueda necesitar, pasaporte en regla, y cartas para señores sacerdotes ó caballeros pudientes, que mirarán por mí si me veo en algún peligro. Yo nada temo; confío en mi buena estrella, y en salir con donaire de cualquier mal paso en que mi curiosidad ó mi arrebatado temperamento me metiesen.

Arreglo mis asuntos con la patrona; doy la última mano á la ordenada estiva de mi ropa y libros en la maleta; me da el corazón una ó más punzaditas al acordarme de Lucila y Vicente, á quienes no veré más... me acuerdo también del *Nasiry*, y hago voto de decirle algún día cuatro frescas si descubro que me engañó poniendo lacras y pestilencia sobre el invisible rostro de la hermosa *Erhimo*... Entra Beramendi en mi modesto cuarto; me da prisa. Escribo rápidamente el final de ésta, y se la entrego para que la lea y archive... Adiós, Madrid mío. Ahí te queda un suspiro del pobre *Confusio*.

XVI

Foz Calanda, Abril.—¡Ay qué pueblos, qué posadas, qué caballerías, qué arrieros de Dios y qué caminos del diablo! He recorrido con mala sombra una de las comarcas más

características de la guerra de facciones. La humanidad, lo mismo que la geografía, se me han representado como expresión viva de la bárbara epopeya cabrerista... Dudo si el país por donde voy hizo la campaña, ó es obra y hechura de ella. Ruínas y desolación veo por todas partes, veredas de guerrilleros, emboscadas de asesinos, burladeros naturales para la sorpresa y la traición... Más acá de un pueblo que llaman *Cosa*, estuve á punto de perecer ahogado, vadeando un río nombrado *Pancrudo*; y al venir de Montalbán á Gargallo, faltó poco para que me despeñara en una sima, por cuyo borde serpentea el camino pedregoso. Las lomas y cerros, de un conglomerado rojizo, eran como sangrienta visión que me seguía tomándome las vueltas. Entre Alcorisa y este lugar donde escribo, se me cambió en próspera la adversa suerte, porque acompañado vine por un cura viejo y bondadoso que, emparejando su jamelgo con el mío, me entretuvo por todo el camino con su conversación amena. Mi buena facha, mi lenguaje modoso debieron de cautivarle, porque no esperó á que yo le mostrara las cartas que llevo, para ofrecirme, como párroco de este pueblo, campechana hospitalidad en su casa.

Y aquí me tenéis bien alojado y bien comido en esta vivienda modesta, mas no desprovista de sabrosas vituallas; vedme tratado hidalgamente por el cura, que es un bendito, y asistido hasta con mimo por dos amas viejas, corcovaditas... El sitio y las

personas me recordaron los tranquilos días de Samsa, en las inmediaciones de Tetuán... Aquí recibo los primeros rumores del anunciado alzamiento que motiva mi viaje, noticias que al cura y á mí nos han parecido fantásticas. Mi buen párroco no es menos pacífico que yo ni menos aborrecedor de la guerra... Como digo, las noticias traían todo el cariz de un tremendo embuste. Ved la muestra: El Rey Carlos VI había desembarcado en los Alfaques con un poderoso ejército. ¿De dónde venía? De la isla de Ibiza ó de islas de Italia: á punto fijo no se sabe. Al desembarcar en tierra española se pronunció Tortosa... Ya iba el Rey camino de Zaragoza, engrosando á cada paso su ejército, pues todas las tropas de Isabel se agregaban á las de su primo...

Con recelo de que tal noticia fuera verdad, un ejemplo más de la verosimilitud de lo absurdo en nuestra patria, me dormí aquella noche, arrullado de mi cansancio, y á la mañana siguiente, cuando una de las viejas me trajo el chocolate, entró don Miguel Castralbo, que tal es el nombre de mi huésped, y me dijo: "Ya van llegando vientos de verdad, que desvanecen las mentiras que oímos anoche, señor de *Confusio*. Parece cierto que ha llegado el Montemolín con tropas sublevadas de no sé qué islas; pero no ha tenido, al parecer, recibimiento feliz, porque los mozos que de estos pueblos salieron armados para guerrear en la facción, vuelven á toda prisa. He visto á algunos; les

he preguntado, y no dicen más sino que vuelven y corren para acá, porque han visto que á la carrera volvían los de Calanda y Alcañiz. Por allá deben de soplar aires de miedo... Mientras fijamente no se sepa lo que ocurre, yo que usted, señor de *Confusio*, no me movería de ésta su casa, donde puede estarse todo el tiempo que le pida su cansancio., Las amas, que ya empezaban á tomarme ley, apoyaron con chillones encarecimientos esta exhortación á la holganza; dí las gracias, y echándomelas de muy valiente, les aseguré que, aunque hubiera de pasar por el cráter de un volcán en erupción, seguiría mi camino sin vacilar... Discutimos; no me convencieron... Partí.

Alcañiz, *Abril*. —En Calanda y aquí he visto confirmadas la dispersión y retroceso de los que iban al juego de la guerra civil. Alojado estoy en un decente parador, y por la ventana de mi cuarto, que da á la plaza, veo el lindo frontispicio del Ayuntamiento. Me encanta este rincón monumental casi tanto como las dos mozas que me sirven, la una tirando á lo gótico, la otra á lo ático... Nada, que me gusta este pueblo, en el cual he admirado bellas iglesias románicas y del Renacimiento, amén del mujerío, que es de orden compuesto, quiero decir, de la hermosa mesticidad celtíbera y moruna... Los compañeros de mesa me han informado del levantamiento carlino, calificándolo de fracaso tan escandaloso y grotesco, como ha

sido insensata y absurda la intentona. Dijo uno que Montemolín había venido de Mallorca con la guarnición sublevada de aquella isla; otro aseguró que vino de Marsella; un tercero puso las cosas en su lugar, refiriendo que de Baleares llegó el General Ortega, cabeza visible del alzamiento, con las tropas de su mando, las cuales al punto de tocar tierra se llamaron andana y dejáronle solo... Pronunciamiento más desatinado no se había visto, ni operación militar que más se pareciese á una correría de traviesos muchachos.

Como liberal habló uno de los huéspedes, desatándose en injurias contra los montemolinistas y sus auxiliares por haber hecho tal barrabasada cuando tenemos en Africa casi todo el Ejército. Alzáronse al oír esto voces que apoyaban al preopinante, otras que lo contradecían, y del extremo de la mesa soltó un bárbaro la bomba de que algunos de los Generales de Africa estaban comprometidos, entre ellos Prim. ¡Jesús, la que se armó cuando el nombre del héroe sonó en medio del tumulto! El que parecía liberal dijo al otro que mentía: mediaron tonantes vocablos de cólera; levantáronse uno y otro, y venciendo á saltos el espacio que los separaba, agarráronse de manos y tiráronse de pelos... A separarlos corrimos los demás; yo fuí de los más presurosos en poner paz, lo que me costó un rasguño, varios pisotones, y en el brazo izquierdo un golpe que me hizo ver las estrellas.

Ulldecona, *Abril*.—El hilo que solté en el comedor de Alcañiz, lo recojo ahora para proseguir desde aquel punto la relación de mi viaje y aventuras, que hasta los últimos días, en lo que ahora voy á contar, no ofrecen sino sucesos comunes indignos de ser escritos. Salí de Alcañiz con marcada variante de mi rumbo presupuesto, porque las muchachas bonitas, gótica la una, ática la otra, que servían en la posada, me aconsejaron que no tomara el camino de Valdetormo y Calaceite, directo á Gandesa y Tarragona, porque allí corría el riesgo de que me salieran, si no facciosos, bandidos que en aquellos caminos y puertos hacen de las suyas. Demostrándome más interés que el que yo merecía por el simple hecho de alabarles la hermosura, me señalaron como más práctico y seguro, aunque más largo, el camino que, cortando tierras del Maestrazgo, va á salir por la Cenia á las tierras bajas del Ebro. Así lo hice, y llegado sin tropiezo de ladrones á donde ahora me encuentro, ño puedo decir si el consejo de las lindas mozas á mi ventura ó á mi perdición me ha conducido.

Toda la noche anduve en una tartana que iba nada menos que á Vinaroz, y llevaba, á más de mi persona, dos monjas de una Orden para mí desconocida, viejas y adustas, y un señor de edad provecta, con trazas y rudeza de hombre de mar. Ni ellas ni él hablaban más que catalán cerrado, que yo no entendía, y todos mis esfuerzos para enta-

blar conversación me resultaron inútiles, viéndome condenado á un hosco silencio que me hacía más molestos los tumbos y sacudidas espantosas de aquel vehículo del diablo. Aun entre sí, no eran comunicativos mis compañeros de suplicio, pues las monjas no hacían más que rezar, y el marino, si es que lo era, compartía el tiempo entre la modorra con ásperos ronquidos y las maldiciones seguidas de toses y carraspeos. Nunca tuve ni padecí travesía tan mala y tediosa.

En vano traté de congraciarme con las monjas, haciéndoles comprender mi carácter sacerdotal, ya con algún latinajo, seguido de exhortación á la paciencia, todo sin venir á cuento, ya procurando que el gesto y el mirar expresaran mi estado y mansedumbre; pero ni por esas. No he visto seres más huraños y recelosos. Sin duda son religiosas de clausura que, al ir de trasiego de un convento á otro, van espantadas por el mundo, como el ganado lanar cuando lo hacen pasar por las calles de una población... Mi terrible encierro con semejantes fieras tuvo su fin en un caserío de cuyo nombre me alegro de no acordarme, pues en él mis desventuras no hicieron más que cambiar de forma. ¡Qué tal sería el pueblecito, que me ví y me deseé para encontrar algo parecido á un colchón donde tender mis huesos por unas cuantas horas, y algún alimento con que engañar el hambre! Habíanme dicho que allí abundaban las tartanas de alquiler;

pero ninguna pude hallar, ni aun ofreciendo pago doble y triple de lo acostumbrado. ¿Dónde diablos estaban las tartanas? Una vieja cejijunta, displicente y con ojos de sibila, me dijo que los coches se habían ido á los juncales del Ebro, y allí se los había tragado el fango.

Al cabo de mil diligencias y pasos fatigosos, me sacó de mis apuros un trajinante con quien ajusté dos caballerías, una para mí, y otra para él como escudero y portador de mi mialeta. Y heme otra vez en camino, á media tarde ya, sufriendo la bofetada continua de un viento que de cara nos azotaba cruelmente. Ambas caballerías venían cansadísimas de anteriores trabajos, sin pienso, y para curarlas de su pereza no había otra medicina que los palos. Mi jaco era de tan aviesa condición, que en algunos repechos del camino no andaba ni adelante ni atrás... Fué mi viajecito más triste y desesperante al entrar la noche; el viento no amainaba; los caballos vengaban en mí la ruindad de su amo; á éste hubiera dado yo los palos que las pobres bestias recibían; eché de menos la tartana de la noche anterior, y acordándome de las monjas, me las figuré graciosas y amables: tal era mi furor en aquella desgraciada travesía. Para mayor enojo mío, el maldito jayan escudero se había vuelto mudo. Hacíale yo preguntas, que bien respondidas habrían dado algún alivio á mi dolorosa impaciencia. ¿Tardaremos mucho? ¿Cuánto hay de aquí á la Cenia? ¿Qué case-

río es éste?... Pues el muy bestia, resguardándose con la blandura de su manta el pecho; pescuezo y boca, ó no decía nada, ó me soltaba un ronco mugido, como un mastín con más ganas de morder que de ladrar.

Deploraba yo además la soledad, el no encontrar arrieros ni caminantes; y tanto silencio y monotonía, sin oír otra voz que la del viento ni ver caras de personas, me desesperaba... “¿Pero dónde estamos? ¡Qué país tan desolado y triste!”, A esto, mi escudero no decía más que *muú*, y en mí se acentuaban las ganas de pegarle un tiro... Grande alegría me causó de improviso ver una luz lejana. ¿Estaría en aquella luz el paso de la barca? *Muú*... ¿Era luz de un farol, luz de un hacho? *Muú*... Los caballos, contagiados de mi impaciente gozo, avivaron un tanto su perezoso andar... Nos acercábamos á la luz, y la luz hacia nosotros venía presurosa... Por fin, me ví frente á unos cuantos hombres que gritaron ¡alto! La luz era una antorcha resinosa, los hombres un hato de bárbaros insolentes. Vestían el traje catalán con faja colorada, y en vez de barretina llevaban pañuelo liado á la cabeza, á estilo valenciano más que aragonés. Todos iban armados con escopetas, trabucos ó pistolas. Mi primera impresión fué que había caído en poder de bandidos. Luego, oyendo sus preguntas atropelladas, me creí frente á una de esas terribles organizaciones político-militares que llamamos *partidas*.

Mi escaso conocimiento del catalán me

bastó para entender las preguntas que me hicieron aquellos brutos: “¿De dónde vienen ustedes? Sepamos quiénes son... ¿A dónde van? ¿Han dejado atrás fuerzas del Ejército? ¿Viene Guardia civil?„ Contestaba *muú* mi escudero, y yo, con mejor tono y cortesía, expresé la verdad. No debí de convencerles... desconfiaban de mí. Con malos modos me mandaron que me apease. Uno me tocó todo el cuerpo, preguntándome si llevaba pistolas. Díjeles que como sacerdote que soy, no llevo armas ni para nada las necesito. Hablaron de registrar mi maleta, y no me opuse: al contrario, abriéranla cuando quisieren, y verían en ella tan sólo mi ropa, mis libros de religión, y las cartas que llevo para diferentes personas del clero y la nobleza, todas muy calificadas... El que parecía sargento de tan desaliñada tropa me mandó con grosero despotismo *arrear* á pie, y obedecí silencioso, emprendiendo la marcha rodeado de aquellos gandules. Delante iba el que alumbraba. La antorcha, con la furia del viento que desgrenaba la llama y consumía las hebras de fuego deshaciéndolas en chispas, perdió su fuerza y su luz; el viento devoró las últimas ráfagas, dejándonos á obscuras. Seguí yo andando á trompicones, sin saber dónde ponía los pies. A mi lado iba el sargento ó lo que fuese; detrás mi escudero; uno de la partida llevaba de la brida los dos rocines, que agradecieron mucho que se les aliviara de nuestro peso... Nadie pronunciaba palabra, como no fuera

para decirme brutalmente que arreara cuando el temor de caerme en un hoyo ó de tropezar en una piedra obligábame á moderar el paso.

Y en aquella procesión lúgubre, me acordé de las instrucciones consignadas en los pliegos de Beramendi, leídos cien veces por mí entre Madrid y Guadalajara, y después de bien aprendidos, rotos y dados al viento. Descollaba en mi memoria un substancioso parrafillo, que así decía: "Si llevas muchas probabilidades de ser obsequiado de curas, favorecido por sus amas, y de que todos se rindan á tu talento y simpatía, también las llevas de caer en manos de guerrilleros feroces, que te fusilen por primera providencia. En este caso, mi querido *Confusio*, sabrás morir como cristiano caballero y como sacerdote, apartando con desprecio tus ojos de las vanidades humanas, y volviéndolos á la vida perdurable, donde hallarás el premio de tus virtudes.,,

XVII

"¡Ay de mí! Pues tendría gracia—pensé yo en el obscuro camino—que estos animales me pegasen cuatro tiros!..., Pensándolo, ví luces rastreras, como de farolitos llevados á mano... Se movían delante de nosotros, con lenta derivación hacia la izquierda... Este mismo rumbo tomamos siguiendo

un recodo del camino... Cuando estuvimos cerca distinguí un grande y negro caserón, y varios hombres que con sus propias sombras se confundían. Del grupo se destacó un corpacho. Le ví llegarse á mí. Era un sujeto de muy aventajada estatura, cincuentón, y vestía con más decencia que los otros. “Este tío—pensé yo—será el capitán de la partida. Su facha es de persona de calidad, aunque el gorro de pieles que trae calado hasta las orejas le da cierto aspecto de ferocidad montuna.” De sus hombros pendía suelto de mangas un capote. Toda su ropa era negra, y el pantalón gris colán; llevaba botas de alta caña. Apenas llegó frente á mí, repitió las preguntas de los otros con voz tan bronca y adusta, que temblé al oírla, y me dije: “Este tío me va á dar un disgusto.” Reiteré mi respuesta: que yo no sabía si venían ó no detrás de nosotros tropas del Gobierno. “Pues un batallón salió esta mañana de San Mateo—dijo el talludo y truculento señor.—¿Dónde están esas tropas? ¿Han ido á Vinaroz?... Si saben ustedes el camino que han tomado y no quieren decirlo, á uno y otro les participo que lo pasarán mal....” Y otra cosa: “La Guardia civil de los puestos de Chert y Ballestá, ¿dónde se ha ido? ¿Por ventura supo que estamos aquí y nos cogió miedo?,” Yo declaré no saber nada, y poniendo en mi acento toda mi sinceridad, esperaba que mi inocencia quedaría bien clara. El que yo creía sargento habló en voz queda con el cabecilla. Y éste ordenó que

se nos registrase detenidamente. Entramos todos en el caserón, y el hombracho iba tras de mí rezongando con ira y mofa: "Ha dicho que es sacerdote... Ya lo veremos. Y trae cartitas de recomendación... Las veremos, sí, señor, las veremos, y ojalá sean para quien yo me figuro.,"

Metidos en un cuarto estrecho, donde ví una mesa manchada de vino, porrones medio vacíos, cortezas de pan, una silla de paja con el asiento casi deshecho, y un banco desvencijado como los que hay en ínfimas tabernas de aldea, se procedió al registro de mi maleta, el cual fué por extremo detenido y escrupuloso. El cabecilla presidía la operación en pie, junto á mí, y no quitaba ojo de lo que iban sacando los registradores. Estos eran dos, y dos brutos más habían entrado para mi custodia. Desdoblaban la ropa, y en las prendas que tenían bolsillos no había hueco ni pliegue que no escudriñaran. Los libros eran cogidos por el jefe, que al leer las portadas con cierto énfasis, revelaba más sorpresa que pedantería. Cuando salió de entre otros papeles mi pasaporte, le echó con avidez la garrá, y leído por dos veces, dijo entre burlón y receloso: "¡Qué apellido tan raro éste de *Confusio*!... Es la primera vez que veo un cristiano que así se llame., Yo le advertí humildemente que la familia de los Pérez de *Confusio* es muy conocida en Medinasi-donia y otros pueblos de la provincia de Cádiz. Antes de que pudiera oirme, vió las

cartas de recomendación, y cogido el no pequeño rimeró de ellas, las fué examinando, y á cada nombre que leía, soltaba de su boca una breve expresión de asombro, acompañada de un mohín de labios ó chasquido de lengua. Las expresiones eran: “¡Anda!... ¿Pues y ésta?... ¡Vaya, vaya!... Bien, bien...”, Al llegar á una que despertó su interés más que las otras, rápidamente la desdobló y con ansiosa lectura enteróse de su contenido, pasándola de la cruz á la fecha. Después, sin mirarme, volvióse á los bárbaros, que, una vez vaciada la maleta, golpeaban el fondo y costados por si el sonido les denunciaba trampa ó secreto, y con imperiosa voz les dijo en catalán: “Ea, basta ya: ¿no veis que no hay nada? ¡Pues no sois poco sobones!... Digo que basta... Idos afuera..”, Salieron los hombres atropellándose, que ya sabían cómo las gastaba su jefe; cerró éste la puerta, y llegándose á mí, me indicó con ademán cortés que me sentase... Obedecí al momento. No me dió tiempo á pensar nada de aquel extraño cambio de voz y maneras, y antes de sentarse frente á mí, me habló en castellano neto de este modo: “Al ver esa carta para el Vicario de Ulldecona, me picó tanto la curiosidad, que...”

—Puede usted leerlas todas si gusta, —le contesté, correspondiendo á sus buenos modos con los míos.

—No... gracias, señor de *Confusio*... Pues ha de saber usted que el Vicario de Ulldecona soy yo..”

Prorrumpí en exclamaciones de sorpresa, y atropelladamente me congratulé de la felicísima casualidad que me deparaba el Acaso, ó por hablar mejor, la Providencia. ¡Quién había de decirme...! “Vea usted, señor Vicario, cómo las situaciones más desfavorables, ó si se quiere más obscuras y pavorosas, se iluminan de improviso por el divino rayo de la verdad.

—Exacto: usted me temía, y ahora un rayo de verdad nos hace amigos... Pero no me llame usted señor Vicario, que en esta diócesis no está en uso tal denominación. Soy el Arcipreste de Ulldecona. Más de una vez he dicho á la *Madre*, cuando he tenido que escribirle, que no me llame Vicario, sino Arcipreste; pero no se acuerda, no se acuerda... Y ante todo, ¿cómo está la *Madre*?

—Tan buena... Fresca como una rosa, y sin perder nada de aquel despejo, que es, digo yo, uno de los dones más maravillosos que debe al Señor.,

No me pareció muy vivo el interés del Arcipreste por la bendita y llagada monja. Su pregunta no había sido más que fórmula fácil de rudimentaria cortesía. Al instante varió de conversación. Refregándose la frente con una mano, después con otra, como quien quiere aligerar su pensamiento de preocupaciones y cuidados opresores, me dijo: “Se habrá usted enterado de lo que aquí pasa...

—Sí, algo sé. En Alcañiz oí noticias con-

fusas, incompletas... Desembarco de tropas en los Alfaques.

—En San Carlos de la Rápita desembarcó la locura. Venía guiada por la necedad, y á recibirla salió la ceguera. ¡Ja, ja!... ¡Y nos habían hecho creer que todo lo tenían muy bien dispuesto... que Francia estaba en el ajo... que Madrid se pronunciaba, que *Palacio* se pronunciaba, y que Prim en África se pronunciaba!... ¡Majaderos, canallas, mentecatos!... Lo que aquí se pronuncia es el sentido común, que no quiere ser español, y se va; la vergüenza, que se va; el arranque y las ternillas de hombre, que tampoco quieren estar en esta tierra gobernada por mujeres. Bien merecido les está el fracaso, por fiarse de Ortega, por fiarse de los de Madrid, por fiarse de...,,

Hizo breve pausa, comiéndose el final de la frase... Clavó sus ojos en mis ojos, y posando su mano en la mía, me dijo: “Pues hemos de ser amigos, contésteme pronto á lo que le pregunto: ¿á más de la carta que he leído, no tiene para mí un mensaje verbal de la *Madre* ó de otras personas?

—No, señor Arcipreste.

—Y para otros señores eclesiásticos ó seculares, ¿no trae recadito de palabra, debajo del disimulo de las cartas de recomendación?

—Aseguro á usted—respondí con desahogada sinceridad—que no traigo más que lo que ha visto.

—Por las Animas del Purgatorio, ó hay

confianza ó no hay confianza... Usted teme... Aún no se le ha pasado el susto de esta sorpresa.. Serénese y dígame la verdad.

—La verdad he dicho. Soy un seminarista obscuro, alejado de toda intriga, y aquí vengo no más que al negocio particular de mi capellanía y á mis estudios.

—Así será... Perdóneme. Me pasó por el magín la idea de que nos traía usted instrucciones... que ya no serían instrucciones, sino cataplasmas tardías de los que en Madrid calentaron este movimiento y luego se han quedado fríos, zurrándose de miedo... Pensé que usted venía para decirnos: "Perdonen por hoy, que otra vez será.." Veo que se asombra de oírme... Voy creyendo que está completamente en ayunas de todo lo que pasa aquí y en Madrid, y en Francia y más allá de Francia. Si es usted un ángel, nada más tengo que decirle sino que le aproveche su inocencia.

—Un ángel soy, no vacilo en decirlo, en todo eso que á usted tanto le afana.

—¿Y no sabe que contábamos con el apoyo de ese zascandil, de ese peine...?

—¿Quién, señor?

—Es usted, en efecto, el más puro de los serafines si no sabe que nos ofreció protección, y no ha cumplido, ese buscarruidos, ese... no quiero llamarle por su nombre... *el marido de la Eugenia...*

—¡Napoleón III!

—Así lo llaman los que creen en el imperio francés... ¡Farsa, mujerío indecen-

te!... Pues en Madrid, digamos en *Palacio*, se habrán echado atrás, por influencia de la Inglaterra. ¿No cree usted lo mismo?

—Yo, señor Arcipreste, nada entiendo de esas cosas.

—¿Pero no saben que Inglaterra protege al Progreso y á la Masonería, porque así se lo manda el Protestantismo? Los progresistas cuentan con el apoyo de Inglaterra, protectora de la Unión liberal, de O'Donnell, de Prim, y de este maldito Dulce, que manda en Cataluña... La Inglaterra se ha metido donde no la llamaban, y *Palacio* se ha zurrado de miedo. La familia reinante usurpadora había entrado ya por el aro, aviniéndose al arreglo y transacción de los derechos de unos y otros Borbones; acordada estaba ya la forma y modo de establecer la gran Monarquía Católica, perpetua y definitiva... y ved aquí que los reinantes de Madrid dicen *yo no juego*, y se vuelven atrás, dejando á los leales en la estacada... Ello habrá sido por metimiento de la Inglaterra... Pues espérense un poco, que ya recibirán su merecido. Con el apoyo y el dinero inglés, los progresistas y O'Donnell y toda esa taifa darán cuenta del Trono... Créalo usted, señor *Confusio*: hemos de ver á *la Isabel* emigrada y sin un real, teniendo que lavar la ropa de *la Eugenia* para ganarse un triste cocido... No se ría, ángel, que eso lo verá usted, que es un joven, y yo también, que ya voy para viejo... porque irá de prisa, muy de prisa, la descomposición y ruína de las cosas.,,

Se puso en pie con viveza juvenil, y abrió la puerta para llamar á su gente. “¡Eh, canalla, venid aquí!”, Apenas entró la turba de gaznápiros, el Arcipreste dijo al que me había registrado la maleta: “Pon todo conforme estaba. ¡Eh! colocar cada cosa en su sitio... ¡Cuidado, bruto!...”, Y á otros: “Tú, Gasparó, llevarás á casa la maleta. Tú, Rufulet, coge un farol y alúmbranos.”, Y á mí: “Señor *Confusio*, despache á su espolique y véngase conmigo.”, Salimos... Andando entre bardales, por un caminejo de cuyos peligrosos altibajos me defendía la ondulante claridad del farol delantero, dije al que ya consideraba como amigo: “Señor Arcipreste, ignoro dónde estoy. ¿Es esto Ulldecona?”

—No, señor: esto es Rosell de la Cenia. Tengo aquí una masada, donde suelo venir á pasarme algunos días de campo con mi familia ó parte de ella. El lunes me vine acá... quería descansar de los berrinches de estos días, por el desembarco de necios y locos... y de paso, dar gusto á las aficiones, al deber que uno tiene de no perder riopio... ¿Usted me entiende? Me traje unos cuantos escopeteros con idea de acechar el paso de la Guardia civil... Parece que olieron mi presencia, y se fueron por otro lado. Fácil nos hubiera sido merendarnos á los guardias, y lo mismo digo de la tropa, no siendo mucha.”

Yo callé. Volví á sentir miedo del hombre en cuyo poder estaba... Pero me dejé llevar

de él confiadamente, pensando que la mejor regla de conducta en toda vida de aventuras es entregarnos á la desconocida voluntad del Destino, ó de su hermana la Providencia. Sin hablar cosa de interés, pues no lo tuvieron las breves observaciones acerca de la molestia del viento y de la obscuridad de la noche, recorrimos en unos veinte minutos el camino que nos llevó á la masada, y en ésta, saludados de perros y recibidos por un viejo y dos mujeres, entramos en el caserón campesino, que al primer vistazo me pareció alegre, holgón, cómodo y bien abastecido para un vivir regalado. Del portal ancho, lleno de aperos, pasé á una gran estancia, donde ví una escalera de fábrica, que á los pisos superiores en dos tramos conducía; al fondo, otra pieza que era la cocina, con resplandor de fogata y excitantes olores de comida, y á derecha mano, un aposento blanco y espacioso con mesa ya puesta para tres personas. Allí nos metimos, y el señor Arcipreste, desembarazado de la gorra de piel y del capotón, se me presentó en toda su gallardía simpática. Era un hombre alto, sanguíneo, vigoroso, de perfecta escultura esquelética y muscular, arrogante de actitud, ardiente la mirada, garboso el gesto. Iluminado de lleno el rostro por la luz de una buena lámpara, su edad me pareció de más de cincuenta años, ó de sesenta desmentidos por una salud venturosa. Era su color encendido, su nariz enérgica, su boca desconfiada, el cabello

espeso, cortado al rape, y blanquecino por las sienes, la dentadura recia y blanca.

A la mujer de mediana edad que recogió el capote y montera, le ordenó que nos diese pronto de cenar, añadiendo: "Para este caballero y para mí solos., Su voz y su acento sonaban á dominante autoridad sin altanería. Otra mujer, de apacible madurez, puso la mesa, en que advertí blancura de manteles y fineza de loza que me causaron sumo agrado. ¡Y con el ama presente, ya eran dos las que yo veía! La tercera apareció después trayéndonos una sopa calduda, hirviente, con huevos, capaz de matar el hambre con sólo la rica fragancia que despedía. Mi apetito era monstruoso, como de náufrago perdido en una isla desierta. Pedí permiso al Arcipreste para caer sobre la sopa con devorantes ansias, y me lo concedió risueño, asegurándome que él haría lo mismo... Y comiendo, no perdía yo la cuenta de las amas que veía, ni dejaba de observar el rostro de la tercera, que era bonita, aunque demasiado pálida, con cierto aire y mohín lacrimoso de Virgen de los Dolores, de buena talla, pero ya deslucidita de pintura y barniz.

De mis disimuladas observaciones me distrajo el señor Arcipreste, dándome noticias de su persona, antecedentes y circunstancias. "Por mi habla—me dijo—habrá usted conocido que no soy catalán. Hablo castellano, sí señor; he mamado esta lengua de los mismos pechos que Cervantes, el por-

tento de la literatura, porque nací como él, en Alcalá de Henares, y allí me crié y viví hasta que, ya mocetón hecho, me llevaron mis padres á Híjar, tierra de Teruel. Esta es mi patria efectiva, pues en ella fuí hombre y recibí las órdenes sagradas, desempeñando varios curatos buenos, hasta que me trajo á este Arciprestazgo, diez años há, mi amigo don Isidro Losa, de quien me viene mi conocimiento con la Madre Patrocinio. Mi nombre es Juan Ruiz; añadido á este primer apellido el de mi madre, que es *Hondón*, por lo cual unos me dicen Mosén Hondón, y aquí, entre mis feligreses, se ha hecho moda, por aquello de abreviar y dar gusto á la lengua, llamarme *Don Juanondón*.,,

En esto ví que con el ama que empezó á servirnos entraba otra. ¡Ya eran cuatro, Señor! Y no era lo peor que fuesen cuatro, sino que la última, ó sea la cuarta, era más joven, por lo menos más lozana que la parecida á la Virgen de los Dolores, y seguramente más bonita: una rubia ideal, de azules ojos, cara como las rosas, no muy alta de cuerpo, pero éste muy bien modelado en sus partes todas, y con admirable distribución de carnes en sus contornos y bultos, resultando de tales armonías una combinación feliz de la agilidad y el buen desarrollo. Allí se juntaban las dos bellezas fundamentales: la gracia y la salud.

XVIII

Habían acudido al comedor las dos amas, sobrinas ó lo que fuesen, porque eran necesarias á nuestro servicio. La joven de dorados cabellos mudaba los platos; la jamona, que era de buen ver, como un ocaso de dorada tibieza, descuartizaba unos pollos que pronto habíamos de comer. Los movimientos de una y otra no se me escapaban, aun poniendo las apariencias de mi atención en don Juan Ruiz, que así proseguía contando su novelesca historia: “En mi curato de Híjar, y antes en los de Albalate y Samper de Calanda, me hice querer de mis feligreses. Siempre fuí bueno para ellos: á los pudientes respeté, y á los pobres favorecí cuanto pude. Estalla en esto la guerra, y... Nada, que mi voluntad, lo mismo que mi convencimiento, me llevaron á la causa de don Carlos... Fué un arrebató del corazón, ¡rediez! Me tiraba el campo de batalla. Yo era gran cazador... Me sacaba de quicio la guerra, que es cazar hombres con hombres... Combatí en la partida de Quílez: yo era el ojo y el caletre de la partida, yo su pie derecho, por mi conocimiento del país y de las vueltas de montes, las distancias, alturas, atascos y torrenteras... Pues hice bravamente toda la campaña. Pregúntenle á Ramón Cabrera si cumplí ó no cumplí...

Supe mandar, supe obedecer, supe dar recompensa y castigo... Maté cristinos y urbanos, copé columnas, desbaraté batallones, y aunque usted se asuste, ángel, fusilé prisioneros, no uno ni dos... No hay que asustarse... Fusilé y aterroricé porque así me lo dictaba la ley de guerra... Tiene el soldado su conciencia muy distinta de la conciencia del cura... Nada tiene que ver una conciencia con otra... Las vidas no suponen nada... Por delante de las vidas ha de ir la Causa... y Dios, que es la Causa de las Causas, mira por lo suyo...,

Esto decía acabando de comerse un polli-to, pues era hombre de buen diente y mejor estómago. Yo tampoco lo hacía mal. Pidió el Arcipreste vino blanco; acudió la rubia con la botella, y cuando lo escanciaba en los vasos (que allí no ví funcionar el castizo porrón) oí su voz, que me sonó á gorjeo delicioso. El catalán hablado por mujer es una de las más bellas músicas de la boca humana. Así me ha parecido siempre, y más aún en aquella placentera noche... La jamona sirvió después un plato de pescado, y al recomendármelo el Arcipreste como exquisito manjar, me dijo que dispensara la cortedad de la cena. ¡Cortedad, y tras el pescado trajo la rubia un plato de carnaza, y después *ali-oli!* ¿Señor, qué casa era aquella?... Como yo alabase la substanciosa y abundante mesa, don Juan Ruiz añadió á su relación histórica este dato interesante:

“¡Bendito sea Dios que me ha concedido

un buen vivir! Sabrá el señor *Confusio*, que allá por el 41, un pariente mío por parte de madre, solterón y gran propietario en Belchite, murió... Natural fué que cascara el buen señor, pues ya pasaba de los ochenta... Me quería tanto, y era tan ferviente admirador de mis hazañas en la guerra, que me dejó por heredero de toda su hacienda, que no era grano de anís. Vea por qué vivo bien y doy buen trato á los amigos... También debe saber que no soy tacaño ni guardador; no me excedo ni tampoco escatimo, y cerca de mí no hay pobre que no sea remediado... Y en mi casa son tantas bocas á comer, que á menudo me equivoco en la cuenta de ellas. Las amas y sobrinas que me sirven, aquí se están hasta que quieren, ó hasta que hallan novio con buen fin que pida casamiento. Yo á ninguna despido, y la misma regla observo con mis mozos de labranza, criados y medianeros. Verdad que también les exijo lealtad y buena conducta, eso sí, y el que no cumpla, ¡rediez! se ha divertido..

Me encantaba aquel tío rudo y noblote, gran señor á su modo en la paz, como había sido esforzado paladín en la guerra. Durante su relación, ni un momento ví en él al sacerdote. En la punta de la lengua tuve este concepto: "Dígame, señor Arcipreste, ¿cuántas amas y sobrinas tiene?," Pero antes de pronunciar la primera palabra, ví la indiscreción de tal pregunta. Acabamos la cena no sin catar á la postre azucarados

bollos, rosquillas de miel, con buen vino dorado, trasañejo. Salimos al central aposento, donde está la puerta de la cocina, la escalera que á las alcobas conduce, la comunicación con despensa, cuadras, patios y corrales, y allí nos repantigamos en un banco de madera, junto á ventrudas tinajas. De la cocina no podía yo ver más que el resplandor vivo de la lumbre, ni oír más que el rumor alegre de los que allí comían. Muchos eran, á juzgar por la variedad de voces. Parecíame que había más mujeres que hombres, y más juventud que vejez. En el desconcertado ruido distinguí voces castellanas entre el silabeo blando del catalán. Reconociendo en tales voces la innumerabilidad de las sobrinas del Arcipreste, creí que ellas me contestaban la pregunta que no osó salir de mis labios.

Encendimos buenos puros. Por las órdenes que dió don Juan á sus criados, entendí que saldríamos de madrugada, para estar en Ulldecona á las primeras horas del día. De pronto, el Arcipreste, volviéndose á la cocina, gritó: “¡Donata!,” Y apenas sonado este nombre en la cavidad anchurosa, apareció una mujer en el hueco iluminado por la roja claridad del fogón. Salía sin presteza de la cocina, mascando el último bocado. Acudía con diligencia grave al llamamiento de su señor, como servidora que sabe no ha de ser reñida por tardanza ó pereza. Fué para mí una visión sorprendente y deslumbradora. Creí ver la expresión sintética de

la hermosura de mujer, tal como yo la soñé, sin verla nunca realizada. “Donata — le dijo don Juan Ruiz, — ya sabes que nos vamos antes de que amanezca. ¿llas guardado en las maletas todo lo mío que se ha de llevar? Anda, hija, ve y dispón todo: no olvides mis pistoleras; no olvides tampoco tu trajecito de payesa, ni mi sable, ni la caja de puros...”

Tragado lo que mascaba, la hermosa Donata (el nombre ya se había grabado en mi mente) habló en buen castellano endurecido por acento aragonés. Dijo que nada quedaba por guardar más que las pistolas, espuelas y otras cosillas; pero que al momento subiría para recogerlo. “Oye — le dijo el señor, cuando ya iba la beldad hacia la escalera, — se me olvidaba mandarte que arregles la cama para este señor en el cuarto de la esquina... Podrá dormir cómodamente cuatro ó cinco horas... Oye, no corras tanto: ven acá. El cuarto de este señor lo arreglará Carmeta... Vete tú á los demás quehaceres, y no te descuides.” Subió Donata, y embobado estuve mirándola hasta que desapareció en lo alto de la escalera. Don Juan llamó entonces á Carmeta, una de las jamoncitas que nos recibieron al entrar, y repitió la orden de preparar mi descanso. Era esta ama bien parecida, conservada en una blanda madurez otoñal; pero después de ver á Donata, no había mujer tierna ni madura que hiriese mi atención ni cautivara mi espíritu.

Aturdido por la deslumbradora visión, no pude hacerme cargo de las diversas órdenes que para la partida dió el cura á las muchas personas que salieron confusamente de la cocina. Sólo entendí bien esta disposición: "Con vosotras, en la tartana de Quirico, que saldrá primero, irán Donata y Carmeta... Conmigo y el señor *Confusio*, vendrán Toneta y Olegaria..". Esta era la rubia, Toneta la *Dolorosa*... Mucho me incomodó la orden de que Donata no hiciera el viaje en la tartana donde yo iba. Parecióme ofensa, desconsideración, un desaire manifiesto, como lo fué asimismo el mandar que Carmeta y no Donata arreglase mi cuarto. ¡Vaya con el tío aquél, déspota celoso y bárbaro! Al entrar en el aposento que me destinaron, ví á Donata que de uno próximo salía con brazados de ropa. Se aproximaba con los ojos bajos; pero al pasar junto á mí los alzó para mirarme. ¿Estaba yo loco, ó tenía razón al pensar que algo muy intenso quiso decirme con su fugaz mirada? Pasó veloz. El ruidillo de sus pisadas algo también me decía.

Encerrado en mi alcoba, excitadísimo y sin ganas de acostarme, á pesar de mi cansancio, ví á la guapa moza en mi mente con más lucidez que en la realidad habíala visto, y mejor podría describirla por el retrato mental que en mí llevaba, que por su presencia efectiva. Era más delgada que gruesa y más alta que baja, estatura y talle contenidos dentro del arquetipo de la humana belleza. Negros ojos, boca ideal, cabe-

llo abundante, recogido con helénica gracia, melancolía, desconsuelo, añoranzas, ambición de amor... todo esto ví en su rostro, y con tan ricos elementos lo compuse... El cuerpo de aquella divina mujer me revelaba la suma donosura, la soberana previsión de Naturaleza, la sabiduría del Criador... Belleza tan acabada no habían visto nunca mis ojos.

Con más fatiga corporal que sueño me tendí vestido, y en el estupor letárgico que embriagó mis sentidos, algo como borrachera ó vaporización de pensamientos, incurrí en el más extraño desbarajuste de las cosas reales. No diré que soñé, sino que creí sueño todo lo que me había pasado desde mis travesuras en la casa de *El Nasiry* hasta la hora presente; sueño, mi conversación con el renegado, mi salida de Africa, mi regreso á Madrid, mis careos y tratos con Beramendi; sueño, la conspiración absolutista y mi viaje para observarla; sueño, que yo estuviera donde estaba. Lo verdadero y real era que aún permanecía en Tánger, y que reposaba en el poyo de mi camarín sobre tapices morunos. Y allí recreaba mi mente con la imagen de Donata, que no era Donata sino *Erhimo*, la esclava de ideal hermosura, sólo comparable á los ángeles de los cielos católicos y mahometanos. En esclavitud vivía Donata, digo, *Erhimo*, y á mí me enviaba Dios para libertarla de la garrra de *El Nasiry*, digo, del fiero sultán *Mosén Hondón*. Sonábame este nombre como

el más bárbaro que pudiera inventar la rudeza oriental ó marroquí. Era el tirano celoso y feroz que guardaba dentro de cerrados muros á la odalisca, y ésta quería libertad, y por Dios que yo había de dársela.

Salté del lecho, llamado por suaves golpecitos que dieron en la puerta. Era hora de partir. Yo no ví la mano cuyos nudillos hicieron la tocata en la madera. Pero mi adivinación prodigiosa me permitió afirmar que había sido Donata la que con el lenguaje de los golpecitos me decía: "Levántate, salvador mío, que ya nos vamos á donde podrás, con tu agudeza y mis advertimientos, sacarme de este serrallo y hacerme tuya." Cuando bajé, ya estaba la Donata ideal agazapadita en la tartana que había de conducirla con otras mujeres. Entre ellas ví á la que parecía Dolorosa, despintada y amarillenta pidiendo barniz. Fué una visión fugaz, á la débil luz de faroles, pues aún era noche oscura... Partió la tartana, y en ella no pude ver bien más que los ojos de Donata, que ya se entendían maravillosamente con los míos... Don Juan Ruiz me ofreció café: lo tomamos juntos, acompañados de Olegaria, la rubia. En la mesa ví las tazas con poso de café, donde lo habían tomado las amas y sobrinas que iban delante. Reconocí, ¡oh inspiración! la pieza de loza en que había puesto sus rojos labios mi odalisca... ¡Oh! la taza y sus sedimentos negros también me decían algo, que traduje del lenguaje porcelanESCO al lenguaje humano.

“Yo voy delante de tí... Desde tu tartana mira el polvo que levanta la mía, y me verás en él... Yo miraré el polvo que levanta la tuya, y te veré... Cuando llegue á Ulldecona me ocuparé un rato en las cosas de la casa; luego iré á la iglesia... Oigo misa todos los días... Ve tú también á oirla, y en la iglesia nos veremos... Ningún sitio mejor que la iglesia para que las esclavas y sus libertadores se pongan de acuerdo..”

Salimos. Yo miraba el camino delantero; pero no veía el polvo de la primera tartana, sino el de otras que marchaban en contraria dirección. Las luces del alba me permitieron observar que el país no era nada bonito... Me parece que vadeamos un río; no estoy de ello bien seguro. Mi espíritu atendía más á sus interiores paisajes y horizontes que á los de fuera. Don Juan Ruiz me habló de guerra más que de política. El día anterior se había entretenido con unos cuantos escopeteros de confianza en dar gusto á su afición favorita, que era la *caza de hombres con hombres*. No pudiendo hacer nada de fundamento, porque la Causa en aquella ocasión estaba perdida (tan disparatado había sido el movimiento), intentaron gastar sus cartuchos en la Guardia civil y tropas que habían de pasar de San Mateo á Ulldecona. Pero les salió mal la cuenta: la fuerza del Gobierno se fué por otro lado, y los cazadores facciosos no cobraron más que *un ratón*. Yo solo, el pobre *Confusio*, inofensivo, había caído en la celada. Añadió don Juan

Ruiz que se iba desconsolado: hubiérale sabido á gloria copar á la Guardia civil en el paso angosto de Rosell de la Cenia, próximo á su masada. Pero la Providencia dispuso las cosas de otro modo. A su casa y parroquia se volvía el hombre tan tranquilo: los escopeteros, cernícalos de vuelo rápido, habían volado ya, cada cual á su nido en los montes de Godall y Muntciá.

Destartalada y fea me pareció la villa de Uldecona, donde, según iba entendiendo, reinaba como sátrapa ó cacicón mi amigo el Arcipreste. Ya era día cuando llegamos á la soberbia vivienda parroquial: junto á la puerta ví la primera tartana, que había llegado con veinte minutos de ventaja. Miré sus ruedas y atalajes blanqueados del polvo, y en todo ello leí el pensamiento de Donata, que me decía: "He llegado bien... búscame luego en la iglesia.," Antes que mis ojos, que todo lo miraban, dieran con el templo, don Juan Ruiz me señaló un armatoste arquitectónico de diferentes estilos y pegotes que alzaba su insignificancia ostentosa no lejos de la casa.

Entramos: la casa es grandona, laberíntica, resultante de varios edificios comunicados interiormente, con distintas alturas de techo, diferencias de nivel en los pisos. No se va de una parte á otra en aquella jaula de cal y canto sin dar vueltas y quiebros de sala en sala, y bajar ó subir escalones. Plano y brújula necesita el huésped de esta mansión misteriosa y dramática. Pasada la

primera impresión de aturdimiento al verme llevado por aquel interior tortuoso, la casa fué muy de mi gusto. En ella ví escenario romántico; supuse escondrijos de citas amorosas, dorados camarines invisibles, recogimientos de harén... Por aquellos desiguales recintos ví que iban y venían mujeres muchas, las de la masada y otras. Ví ancianas, niños de ambos sexos. Era un mundo, un microcosmos la casa de *Don Juanondón*, Arcipreste, Patriarca y Califa.

Invitóme mi huésped á tomar chocolate; él no lo tomó, porque tenía que decir misa. No quise recordarle que había bebido café en la masada; en lugar de esto, le pregunté con mucho interés que á qué hora diría la misa, pues yo deseaba oirla. Respondióme que antes de una hora saldría al altar... Nos hallábamos en una pieza como de tránsito, que daba acceso á diferentes salas y á dos corredores, y desde allí ví á las chicas que pasaban y repasaban, como solícitas hormigas, ocupadas en el trajín casero. Ví á la *Dolorosa*, á la rubia, á otras menos bonitas; pero á Donata no ví. Estaba yo elogian-do la diligencia y laboriosidad de las incontables sobrinas del señor Hondón, cuando pasó por allí la jamoncita Carmeta con un cubo de agua y estropajos para lavar el suelo de baldosines rojos. Don Juan Ruiz le dijo con dureza: “¡Buena tenéis la casa! Hoy... bien puedes decirlo á todas... no me ponéis los pies en la calle, haraganas. Y como no es día de precepto, no tenéis por qué

ir á misa. La Toneta y la Donata irán si quieren; las demás á la obligación, que es primero que nada... Sin chistar oyó Carmeta el réspice: se fué á una pieza próxima, donde había suelos que lavar. Don Juan Ruiz me dijo: "Tengo que estar siempre encima de estas mozas para combatir la ociosidad... Son buenas, sencillotas; pero no puedo descuidarme. En cuanto se las deja hacer su gusto, se pasan el día de charloteo... Algunas tengo que se inclinan á la beatería; pero á éstas hay que dejarlas en su gusto de lo espiritual, y no quitarles de la cabeza las devociones extremadas, porque con el pio pio del rezar continuo llegan á ser unos pobres ángeles... y de los ángeles hace uno lo que quiere."

XIX

No eché en saco roto la lección del Arcipreste, pensada y dicha en conformidad con su sistema de vida, y aplicada por mí á ideas y planes de orden muy distinto. El quería decir que las chicas embebecidas en vanas devociones son fáciles al dominio de quien posee la clave de lo espiritual, y que por tal camino sabía él traerlas al rigor de los deberes domésticos y á la corrección externa y visible... Atento á mis propósitos, en cuanto mi huésped me dejó solo (por haberse ido con Olegaria á la inspección y re-

vista de su bien poblado gallinero), me metí en la iglesia, que era, conforme á los gustos de la moderna piedad, sombría, casi lóbrega, invitando á somnolencias dulces y á borracheritas de la mente. Ví trozos del esqueleto de una robusta arquitectura, mutilada, recompuesta, vestida de mil requilorios ornamentales y de bárbaros colorines; ví santos en paños menores y profetas barbados, de cara fosca; ví un altar mayor, cuya sencillez elegante se perdía tras un matalotaje de cortinas, arañas, candelabros y pabellones; ví en la cabecera de la nave lateral un altar de la Virgen, que era la más descabellada y furiosa expresión del churri-guerismo, obra, al parecer, de pastelería, compuesta de delgados y retorcidos bizcochos, de hojaldres quebradizos, de dorados y relucientes caramelos. La santa imagen apenas se distinguía entre la chillona profusión de metales, tisúes y flores de trapo, rodeada de ángeles de pastaflora y ex-votos de mazapán que la comprimían y ahogaban.

Bajé después hacia el pie de la misma nave, donde ví, en soledad tétrica, olvidado de la devoción, un Cristo de espantosa anatomía, de espeluznante horror traumático, piernas y brazos en carne viva, con cárdenos bultos y cuajarones de sangre, que resultaban de una realidad viva por la reciente mano de barniz. Su cabellera natural, despeinada y polvorienta, le caía sobre el pecho. No tenía velas encendidas ni apagadas en su altar desnudo, baldío... Cuando

pasé hacia la capilla bautismal, entró Donata, ¡ay, qué hermosa! con su velito negro, en las albas manos el Ordinario de la misa. Acudí á darle agua bendita, y cuando sus dedos de los míos la recibieron, me miró sin sorpresa. Sin duda me esperaba. No me equivoqué al pensar que su mirada placentera me decía esto: “yo rezaré á la Virgen; haz tú lo mismo, y con el rezo mudo y sin mirarnos, nos entenderemos hasta que llegue el momento en que podamos hablar.” Avanzó ella hasta la capilla de la Virgen. Yo me quedé en la nave central, debajo del púlpito, sitio reservadito desde el cual, protegido de la penumbra, podía ver á Donata y cebarme en la contemplación de su interesante figura. La ví de rodillas; al levantarse para tomar asiento en un banco, observé en su movimiento perezoso la intención de buscar un propicio instante para mirarme. Y una vez sentada, aprovechaba ella todo ruido de gente que entraba ó salía, para mover su cabeza y producir el divino cruzamiento de su mirar con el mío. Mientras permaneció sentada, no cesaba el flecheo; jugamos á la pelota con nuestras almas mandándolas de un lado para otro.

Salió el coadjutor á decir misa. Donata la oyó de rodillas, y en todo el oficio nuestra comunicación fué puramente espiritual y magnética. Sus ojos mantuvieron en el carcaj del disimulo todas sus flechas. Pasada la misa, ya sacamos alguna, y tiramos con gran tensión de arco. Poco duró este grato

ejercicio, porque salió don Juan Ruiz á decir su misa en el propio altar de la Virgen. Me pareció prudente retirarme de mi gapera bajo el púlpito... Desde mayor distancia, resguardado por un grupo de hombres, ví y admiré al Arcipreste revestido con espléndida ropa. Era rito encarnado, y estaba el hombre guapísimo, interesante, casi majestuoso. Celebraba de prisa, mas sin quitar al oficio su poesía y solemnidad. Al volverse al pueblo, su mirada intensa parecía recoger en conjunto la voluntad de todo el rebaño que delante tenía. Y véase un caso que no vacilo en llamar aberración de mi pensamiento. Por la mirada, en el momento de decir *Dominus vobiscum*, por las líneas de su rostro más caballeresco que místico, don Juan Hondón se me pareció á *El Nasiry*. Sin fijarme en la diferencia de ropaje, calidad y estado, ni en que el uno tiene barbas y el otro no, encontraba yo gran semejanza entre los dos caballeros renegados. ¿Por ventura la semejanza moral no era aún más efectiva y patente?

Terminada la misa, y cuando salía la gente, ví que Donata se metió en la sacristía de la capilla. Con ella entró también Toneta, de mustia cara, parecida á una Dolorosa retirada del culto. Comprendí que las dos eran camareras de la Virgen, y que la vestían y desnudaban de sus bordadas ropas, y le adornaban el pastelero altar. Tentaciones tuve de colarme tras ellas; pero las refrené pensando que de nada me valdría mi

entrometimiento, pues no había de encontrar á Donata sola. Sospechando que el camarín de Nuestra Señora tendría comunicación con la rectoral por patios profundos interiores, y que era inútil esperar más, salí despacio de la iglesia, y me entretuve hablando con unas viejas que en la puerta pedían limosna. Les dí cuartos, y sin entender su lengua más que á medias, departí con ellas de la capacidad de la parroquia, y de la virtud y llaneza de las sobrinitas del señor Arcipreste. A este propósito, dijeron algo que no llegó á mi conocimiento por no poseer bien la lengua catalana. Yo les hice repetir sus dichos para traducirlos; ellas los repetían y ampliaban con el feo sonreír de sus desdentadas bocas, que para expresar la malicia tenían que imitar al buzón del correo; y estando en esto, oí la voz del Arcipreste y las dos muchachas, que salían de la iglesia. Corté mi conversación bilingüe con las viejas, y estreché la poderosa mano de don Juan Ruiz, felicitándole por el arte exquisito con que en su misa hermanaba la brevedad con la edificación.

Llamado al pueblo el Cura por negocios graves, no podía entretenerse. En la misma puerta de la iglesia se despidió de mí, y mientras él se perdía en una calle estrecha, las muchachas y yo seguimos hacia la casa. La suerte me favorecía, porque habiendo ya charloteado con la *Dolorosa* cuando nos sirvió el chocolate, fácil me fué entrar en conversación, y lo hice con el tópico de rú-

brica, que era la hermosura de la Virgen y el lindísimo adorno de su altar. Toneta me habló con desahogo; Donata, cohibida y medrosa, no echaba de su linda boca más que los mugiditos de la timidez: "Sí... naturalmente... eso es... ¡Oh! no... ¡Oh! sí...", En-
tramos. Yo me sentí con ánimos para obtener de la ocasión las mayores ventajas, siempre que no sobreviniesen entorpecimientos invencibles... Cuando avanzamos por las primeras salas de la mansión laberíntica sin encontrar á nadie, Toneta se adelantó rápidamente; escabullóse por un pasillo con recodo, y solos nos quedamos Donata y yo en una pieza, que era el obligado paso para mi habitación... ¿Fué la escapada de la *Dolorosa* un quiebro convenido entre las dos para dejarme solo con Donata? Si no fué ardíd preparado, lo pareció, y me apresuré á sacar de la instantánea soledad todo el partido que me ofrecía... En mí sentí la inspiración, la sublime audacia de un caudillo que en la violencia de la primera embestida ve la más segura probabilidad de victoria.

Creo que no pasaron más de dos segundos entre el verme solo ante Donata y el arrancarme á los increíbles atrevimientos de palabra que voy á referir. En un monólogo brevísimo, mental relámpago, me dije: "Esta es la mía... Inspíreme Dios... y deme el logro feliz de esta grande aventura.", Donata se dirigió con paso lento á una puerta de cuarterones que no sé á dónde conducía...

Yo corrí hacia ella diciéndole: “No tenga prisa, Donata, y espérese un poquito, que tengo que hablar con usted..”, Como estatua quedó ella, la mano en la puerta... y yo seguí: “En la calle dije que es bonita la Virgen... Más bonita es usted, Donata. Ni en la tierra ni en el cielo hay mujer que se iguale á usted en hermosura...”, La exageración de mi arrebató le facilitó la respuesta, que había de ser de incredulidad y burla. Su condición de señorita inocente, ú obligada á simular inocencia, no podía inspirarle más que esta salida: “¡Ay qué pillísimo!... ¡Ay qué desvergonzado... y también blasfemo!

—Perdóneme usted... No sé lo que digo... El amor que prendió en mí desde el instante en que mis ojos vieron á Donata es hoguera inextinguible... Mi razón se turba, mi conciencia se oscurece... Ni me acuerdo de la religión, ni respeto las cosas santas. Todo se borra en mi mente... no veo más que á Donata, que es el cielo, la gloria, la salvación de mi alma.

—¡Por Dios... Jesús!... ¿Está loco?—dijo ella, sin salir de las muletillas que el decoro impone á una muchacha honesta.

—La salvación de mi alma he dicho, y no me vuelvo atrás... Sin usted no quiero salvarme, ni vivir siquiera... Al infierno entrego mi corazón, abrasado por los ojos de una mujer. Donata, sea usted piadosa... impida mi condenación eterna...

— ¡Virgen Santísima! ¡Ay qué locura de

hombre!... Modérese... ¡Cómo había yo de creer...! Entre en razón...

—De usted depende que yo vuelva á la razón. Dígame que sí, dígame que puedo esperar... que algún día podrá usted quererme... que sí, Donata, que sí... Pronuncie usted el *sí*, dos letras, que de la boca se salen solas á poquito que su voluntad las empuje.

—¿Pero cómo he de decirle que *sí*? ¡Oh, eso no puede ser!... ¡Que *sí*!... Usted no se hace cargo...,

Dijo esto poniéndose muy seria. Su palidez y gravedad la embellecían más. Yo eché el resto con estas ardientes expresiones: “Donata, no me diga usted que *no*... dígame si quiera que lo pensará, que verá... Pero un *no* redondo no me diga, porque ese *no* sería mi muerte.

—Bueno, bueno: no se apure... Para que se le vaya quitando la furia, no diré el *no*... Vamos, debo decirlo; pero lo callo por ahora... Pero el *sí* tampoco se lo digo... ¡No faltaría más! Usted mismo, si yo dijera el *sí*, no pensaría de mí nada bueno...,

Del corredor tortuoso vino un ruidillo no sé de qué, de toses, de pasos, quizás rumor de las puertas de casa vieja, que suenan como enigmáticas palabras de duendes. Donata desapareció como si se filtrara por la pared, y yo me quedé solo en la destartalada estancia... Mis ojos se fijaron, sin darse cuenta de lo que veían, en un cuadrángano vetusto, colgado en la pared. Mirado des-

pués con gran atención, he visto en él informes bultos, que lo mismo pueden ser frailes que sacas de carbón. Todo es allí negro y fúnebre... ¡Atrás, expresiones de muerte! Dad paso á la vida.

A mi cuarto me recogí, y en verdad que no estaba yo descontento del ímpetu temerario con que inicié mi aventura. Herida vivamente en su voluntad y en su corazón había quedado la bella Donata, y yo con más ardor prendado de ella. Ya me parecía que la conquista de tan linda mujer era cosa segura, y no pensaba más que en las paralelas que había de empezar á poner aquel mismo día para llegar á la posesión de ella y hacerla mía y llevármela, que éste había de ser el airoso remate de tal empresa. Lo que no pude hacer en la casa de *El Nasiry*, quizás por las marrulleras artes del guasón renegado, lo haría en la de don Juan Ruiz, cuya semejanza con el español africanizado cada día se representaba en mi mente con más vigor. Los harenes europeos no están tan cerrados al soborno y á la captación como los africanos, y sus odaliscas ó barraganas no se hallan tan cohibidas para pedir al mundo externo su salvación, siempre que haya valientes caballeros que en esta honrada empresa pongan toda la energía de sus bien templadas almas.

La primera paralela puse aquel mismo día, escribiéndole una carta con todo el fuego de amor que mi ambicioso anhelo me dictaba. Cada concepto era una flecha capaz

de atravesar corazones de piedra. Y firme en mi idea de que la presteza y resolución rectilínea me conducirían á un rápido triunfo, desde aquella primera carta le propuse la evasión, el rapto, el cambiar su vida prisionera por la libertad y el amor, huir juntos en busca de la paz y la felicidad á regiones distantes. Bien sabía yo que á la primera carta contestaría negativamente ó con alambicados melindres; pero á la segunda y tercera seguramente se desplomaría su voluntad, y allí estaban mis brazos abiertos para recogerla y escapar con ella. Doblé y cerré la epístola en la forma más breve, y ya no me faltaba más que una coyuntura propicia para entregársela, la cual al cuidado de Dios estaba, y no tardó en presentarse.

Comimos aquel día solos don Juan y yo, servidos por una jamona pasadita, nombrada Monsa, y por la que yo llamo la *Dolorosa*. La comida fué opípara. Como yo expresase á mi huésped mi sorpresa de encontrar trato tan exquisito y mesa tan señorial en un pueblo casi rústico, y en región como aquella, donde parece muy lenta y premiosa la evolución de las costumbres, me dijo que él había recibido la enseñanza del buen vivir, y de las comodidades y limpieza de casa, mesa y demás, de un prócer que fué muy su amigo en la guerra pasada, á quien llamaban don Beltrán de Urdaneta, dechado y tipo de caballeros aragoneses, el cual á mí quizás no me sería desconocido, porque su

nombre y hechos andan en papeles, y aun en un libro donde se refieren las gestas de Cabrera en el Maestrazgo. Aquel noble señor, tan entendido en cosas del mundo y de la civilización extranjera, dió á don Juan lecciones del arte de comer y de cuanto atañe á tenimiento de casa y al buen porte y modales de persona fina. No fueron perdidas por *mosén Hondón* las enseñanzas del caballero, y cuando fué rico puso en ejecución toda la ciencia, que, una vez probada, le pareció admirable para ir pasando los días en este valle de lágrimas. “Antes de que me cogiera de su cuenta el gran maestro—añadió don Juan Ruiz,—yo no sabía salir de la rústica ignorancia y sencillez grosera de los pueblos en que me crié. Para mí no había más mundo que la cocina con su enorme campana, el ollón sobre el fuego, alimentado con *fajuelos*, el candil de aceite, las *cadieras*, la bazofia que comíamos, y luego el dormir en camas altísimas con apretados colchones... En fin, tras aquello vino esto, gracias á don Beltrán, á mi herencia y al natural mío, que desde niño con secretas voces me tiraba á lo rumboso y elegante. No me pesa de ser como soy, que así puedo obsequiar dignamente á los amigos, y sorprendo á los forasteros, como usted, dándoles en este villorrio las comodidades y el trato y trote de las poblaciones ricas.”

Parecióme excelente lo que el cura me decía, y queriendo yo también darme alguna importancia, ya que alardear no puedo

de buen vivir, díjele que mi lujo era el saber y mi elegancia el estudio. Desde mi tierna infancia no había para mí mayor goce que el manejo y lectura de libros. Alabó don Juan Ruiz mis gustos, que nada encaja tan bien en la conducta señorial como dar aliento y protección á la gente estudiosa. La benevolencia del clérigo, excitando mi amor propio, fué causa de que se me desbordara la fácil erudición que poseo. Sin que viniera muy á cuento, le solté á mi amigo un chaparrón de Teología, de Tomismo, y al fin todo lo que sé del Concilio de Trento, por haberlo leído en el camino... Pronto eché de ver que el Arcipreste se aburría con mi ciencia; fuí recogiendo mi verbosidad, y acabé rogándole que me permitiera entretener mis ocios en su biblioteca. Soltó la risa Hondón, y con graciosa sinceridad me dijo: "Criatura, yo no tengo biblioteca, ni me hace falta para nada. Jamás abro un libro, porque sé que en él he de encontrar lo que ya sé, ó sabidurías enrevesadas que, por razón de mi edad, ya no puedo aprender. Mi biblioteca, señor *Confusio*, es la Humanidad, y mis libros las flaquezas, las pasiones, las envidias, las luchas humanas por el pan ó por el palo... ¿Le parece á usted que esto no es estudiar, y afilar uno las ideas, y quemarse las pestañas?,,

XX

Mi respuesta, puramente mental, á los métodos científicos del Cura, fué así: “Conformes, amigo Ruiz. Yo también revuelvo esa biblioteca y compulso esos libros. Pues ahora vas á ver cómo de tus estantes te quito el libro más substancioso, más inspirado y profundo, el estampado con más lindos caracteres, porque ese libro me gusta á mí, y quiero leérmelo y desentrañar su ciencia honda y su intensísima belleza.” En efecto: don Juan Ruiz se fué á sus quehaceres en la ciudad, y yo, solo en la casa, hice de ella un estudio topográfico, bajando luego á las huertas amenísimas y al gallinero populoso. Hallándome en la admiración de éste, tuve la dicha de que Donata me diera la contestación á mi primera carta. Entró ella á recoger huevos, y al salir, de la misma falda en que los llevaba sacó el papel, y ruborosa me lo dió, suplicándome que no le escribiera más. Yo le dije que esto no podía ser, y que al día siguiente se dispusiera á recibir la segunda en la iglesia. En sus ojos y labios puso los más graciosos remilgos para decirme que no volviese á escribirle. Pero hartó comprendía yo que los remilgos significaban: “Escríbeme más, y mañana recogeré tu carta en el momento de tomar el agua bendita.”

Deliciosa era la epístola, que con su sintaxis pueril y su anarquía ortográfica me representaba la mujer tal como mi amante ambición la requería. Ciertamente que no se omitían en ella los inevitables aspavientos pudorosos, ni la monadita de espantarse de mi atrevimiento; pero luego venía la confesión de que era muy desgraciada, y el temor de que sus desdichas no pudieran tener remedio. Entre col y col, decíame que yo no le era *hindiferente*, y que me agradecía mucho la *idalguía* de querer libertarla; pero que no podía ser, y vuelta con que no podía ser... En fin, leída la carta en la soledad de mi cuarto, me apresuré á redactar la segunda, esmerándome en hacerla más incendiaria que la primera, y más arrebatada en la elocuencia de amor. La semejanza de Donata con la imagen que me forjé de la bella *Erhimo* era cada día más patente. Yo vestía mentalmente con el traje oriental á la sobrina, ó lo que fuera, del señor Arcipreste, y veía realizado en su rostro y talle la suprema hermosura de mujer, sintetizando los ejemplares más perfectos... Sus ojos son todo el cielo, su boca toda la vida existente entre cielo y tierra, y de su seno para abajo los profundos abismos de creación, donde nacen los ángeles. Yo estaba loco; yo amaba tiernamente á Donata, con ilusión de poesía, y con el santo anhelo de fundir ésta en la prosa de la vida común.

Al siguiente día, realizado el plan presupuesto, entregada la carta en la obscuri-

dad junto á la pila, oída la misa, salimos todos con don Juan; pero éste, en vez de dejarme ir á la casa con Donata y la otra, que no era Toneta, sino Olegaria, me llevó consigo por el pueblo. Entendí que iba, como el día anterior, á quehaceres importantes, enfadosos... Sorteando baches y montones de basura, recorrimos angostas calles sin empedrar, que me recordaban las de Tánger y Tetuán. Por donde quiera que iba don Juan Ruiz, era saludado con respeto: hombres y mujeres le abrían paso, y le besaban la mano los chiquillos, homenaje de que yo participaba alguna vez, por mis trazas de curita vestido de seglar. Con diversas personas que encontramos cambió el Arcipreste animadas observaciones acerca de la cosa pública. A dos payeses arrogantes y de buena ropa les dijo: "Parece que á Ortega le condenan á muerte,, y los otros no mostraron asombro ni lástima. Luego, llegados mi amigo y yo á una plazoleta solitaria, nos detuvimos un instante, porque así lo requería el interés que tomó de súbito nuestra conversación.

"Bien merecido le está— declaró mi amigo. — ¿Qué menos pueden hacerle á ese tarambana de Ortega que pegarle cuatro tiros? Figúrese usted que se plantó aquí con los batallones de la guarnición que tenía en Palma de Mallorca; los embarcó como quien embarca sacos de almendras, sin decirles: "vamos á esto, vamos á lo otro.,, ¿Qué había de suceder? Llegan á San Carlos á me-

dia noche. ¿El qué se creía? Que le esperaban aquí tropas sublevadas; que toda Cataluña estaba en armas, y que Madrid había dado el grito... Ni Madrid dió ningún grito, ni aquí estábamos en pie de guerra, porque no se preparan esas cosas como preparamos una merienda, ¡rediez!... El que dió el grito fué Ortega al saber que O'Donnell ha firmado la paz. Gritó *sálvese el que pueda*, mientras las tropas que trajo gritaban ¡*Viva Isabel II!* En fin, ello fué, señor *Confusio*, el mayor desastre y la chiquillada más necia que se ha visto desde que hay facciones en el mundo... Huyó don Jaime Ortega... ¡qué había de hacer el hombre!... Hubiera sido Cabrera el desembarcante en la Rápita, y yo le juro á usted que, aun viniendo solo, no habría tenido que escapar como un colegial travieso. Pero ese botarate, ese Orteguita, que se deja engañar por los de la Romana, tal vez por algún comisionado de Francia, quién sabe si por algún catacaldos venido de Madrid, y luego engaña él á su vez tóntamente á Montemolín y lo hace venir de Marsella, ¿cómo pudo creer que los leales de acá le íbamos á recibir armados y organizados?... ¿Para qué, rediez? ¿Para que nos pudriéramos la sangre en esa Cataluña y en ese Aragón, y echáramos el bofe sin resultado alguno?... No puede ser... con estos locos no puede ser... La Causa seguirá dormida... y dormiremos hasta que suene la hora. La trompeta que ha de tocar la hora está enfundada.

—Bien—le dije:—muy santo y muy bueno que estén enfundadas la trompeta y las armas; pero la humanidad, señor Arcipreste, no debe estarlo. No me negará usted que por la Causa condenan á muerte al desdichado Ortega. ¿Por qué, cuando el hombre salió azorado y huído, no le dieron ustedes escondite para que pudiera salvar la pelleja?„

Bien porque se cansara de la paradita, bien porque había de pensarlo un poco antes de darme la respuesta, el Arcipreste me cogió del brazo, y silencioso me llevó por una calle torcida, de vulgares y pobres casas, hasta llegar á una de aspecto vetusto, con una puerta que había sido monumental y conservaba ornamentos heráldicos ya carcomidos del tiempo. Allí se detuvo, y bajando la voz, aunque nadie había en la calle que oírnos pudiera, me dijo: “No tienen todos los locos y majaderos derecho á que se les ampare y se les libre de la muerte. ¿De dónde ha salido ese Ortega? ¿Dónde está su abolengo carlista? Nosotros no podíamos atender á su escondite, porque teníamos que mirar por otros majaderos de más cuenta, el Rey y su hermano, que tan sin tino se metieron en esta malandanza. Bastante hemos hecho, ¡rediez! con salvarlos del bochorno de ser cogidos y avergonzados en público por esta canalla del Gobierno. Y salvos quedaron gracias á mí y á otras buenas almas que miran por la Causa. ¿Para qué estábamos en Rosell de la Cenía más que para cortarle

el paso á la Guardia Cívica que venía, según supimos, al olor de las cabezas reales? Mientras allí estaba yo con mis aguiluchos de confianza, otros condujeron al Rey y Príncipe á Vinaroz, desde el arrabal de Ventalles, donde los teníamos escondidos. Y en Vinaroz se había preparado un falucho; del falucho pasaron á un vapor, y allá se fueron mares adelante. Ya ve el amigo *Confusio* que hemos apurado nuestra humanidad para sacar del atascadero al Soberano. A ese Ortega que lo salve su madre, si la tiene, ó Napoleón de Francia, ó sálvelo la *Isabel*, que es de corazón blando, según dicen... Con que, amigo y tocayo, yo en esta casa me quedo, que tengo que visitar á la vieja más cócora de esta villa, una *Trotaconventos* y *Tragahostias*, que me tiene frita la sangre con un pleito... un enredo de intereses... Ya le contaré. Es tía de aquella Donata, de aquella pobre huérfana que tengo en casa... Abur. Váyase usted á dar la vuelta grande del pueblo. ¿Ve usted ese callejón y al fondo unos árboles? Sale usted por aquí, y se encuentra en el convento de Santo Domingo... Ya no hay frailes, ni falta que nos hacen. Ahí verá usted una olmeda. Es sitio ameno. Después, tirando á la izquierda, por una calle con porches, vuelve á entrar en el pueblo, y derecho, derecho, sale á la parroquia, y á casa... Ea... no se vaya á perder..

Metióse por el portal, y yo seguí el camino que me había indicado. Ví el convento, la olmeda: todo me pareció tristísimo y de

vulgaridad villanesca, bien porque así fuese, bien porque, llena mi alma de la hermosura de Donata y del ansia de su conquista, no había forma ninguna de la Naturaleza que pudiera serme grata. No sé por dónde anduve... Mis pies me llevaban á donde querían, y al fin, por egidos polvorosos, por calles costaneras, lleváronme á la parroquia sin que mi voluntad les ordenase aquel camino. A la vuelta de un recodo, vino sobre mi vista la torre de la iglesia, como si diera algunos pasos á mi encuentro... ví la casa, cuyo negro frontis pareció sonreirme... ¡ay! y en efecto, me sonrió, porque ví á Donata en una de las ventanas altas sacudiendo una colcha... Miré á la colcha y á Donata sin decir nada; después seguí hacia la puerta, afectando la mayor indiferencia, porque había gente en la plaza: el coadjutor, una mujer y un burro... mejor será decir un aguador que lo llevaba.

En mi cuarto aceché el paso de Donata por las estancias próximas; mas no la ví. Todas las hembras jóvenes y maduras de la populosa familia del Arcipreste pasaron, menos la que era luz de mi vida. Sin duda se ocupaba en contestar á mi carta, faena para ella lenta y difícil por la torpeza de su escritura. Llegada la hora de comer, salí antes que me llamasen. El señor Arcipreste no había vuelto aún, desusado y rarísimo caso que sólo en ocasiones extraordinarias ocurría. Advertí en las amas y sobrinas un ceño de inquietud; iban de un lado para

otro interrogándose con fugaces monosílabos; enfilaban desde una ventana la calle frontera y larga por donde el reverendo había de venir. Pasaba tiempo, y cada minuto aumentaba la incertidumbre y ansiedad del rebaño mujeril... Oí cuchicheos en los corredores, como si celebraran consejo para adoptar alguna resolución... Por fin, Olegaria, que estaba de centinela en la ventana, volvió gozosa con el feliz anuncio de que ya venía... ¡Oh! ya venía, ya entraba en la casa; ya se sentía el resoplido del león en el portal, en la escalera.

¡Por las once mil Vírgenes, cómo venía el buen señor! Daba miedo verle... Desparvoridas huyeron hacia la cocina las chicas, las grandes y medianas, y yo temblé viendo la cara que traía mi don Juan, y observando los gritos y patadas que fueron su entrada y saludo en la patriarcal vivienda. Algo debió de pasarle aquella mañana, que le sacudió los nervios, le encendió la sangre, y desató la mal enfrenada bestia de su genio mandón y arbitrario. Pidió la comida con fuertes voces, tiró el gorro, se quitó el balandrán como un estorbo para sus manotazos, y cogiéndome cual si quisiera pegarme, me llevó al comedor y á la mesa, diciendo: "¿Qué es esto, rediez? ¿No comemos hoy?...", El hombre se salía, por decirlo así, de su pellejo. Creyérase que en su alma llevaba una gran tempestad, más terrible por ser de esas agitaciones del corazón y de la mente que á nadie pueden co-

municarse. Sus ojos despedían lumbre, limpiábase el sudor del cogote, rechinaba los dientes apretando las mandíbulas, dejaba caer sobre la mesa la palma de su mano con tanta fuerza y pesadez, que temblaban de susto los pobres platos, vasos y copas. “Serénese, don Juan—le dije yo, no menos trémulo que la loza.—Coma tranquilo y no se altere por tan poco. ¿Qué es ello?... El pleito, la vieja cócora...”

Y él, después de quemarse con la primera cucharada de sopa, gritaba: “¡Por vida de los cojilondrios, esta sopa es puro fuego!... ¡Pero, chicas!... ¿qué puñales de sopa es ésta?... Os voy á matar, os voy á arrancar el moño, haraganas, hijas putativas del infierno...”, Y volviéndose á mí: “Loco me tienen ya: A todas de buena gana las fusilaría... y á usted también, señor *Confusio*... ¡á usted, cuatro tiros!... Hoy estoy tremendo, estoy como en los días peores de la guerra; hoy me han sacado de quicio, han desencadenado á la fiera que Dios me puso dentro...”

Traté de sosegarle, y deseando hurgar su enojo para saber la causa, le dije: “¡Que una vieja *Trotaconventos* y *Tragahostias* le sulfure á usted de ese modo... por un pleito de reales mezquinos!... Calma, mi amigo; no turbe su digestión por esas bicocas...”

—Sí, sí... Son como viejas... dos viejas, que mejor estarían hilando que saliendo á pescar coronas... La culpa tiene quien da su vida por tales y tales... ¡Qué cojilondrios! ya no más, ya no más... váyanse á la porra,

á la santísima porra... con cien puñales de peines... y con la maldita leche que mamaron de su madre putativa!... ¡Quieren que me ponga las botas! Para darles un puntapié me basta con las zapatillas, ó con los zapatrancos que gasto para andar sobre terrones..”

No conseguí aplacar su furia. Para acabar de arreglarlo, las pobres mujeres, aturdidas quizás por la tardanza del señor, descuidaron la comida. La *escudella*, que solían servirle al cura dos veces por semana, estaba sin sal; la *pelota* de carne, parte principal de aquel popular condimento, había quedado medio cruda; la *saboga*, sabroso pescado ribereño, quedó hecha papilla del exceso de cochura, y, por fin, el asado del pato de los juncuales, *coll-vert*, se había quemado y amargaba. Resistió el fiero *don Juanondón*, sin protesta ruidosa, la ruindad de los primeros platos; pero al llegar al *coll-vert*, que era manjar muy de su gusto, estalló su ira en la forma más descompuesta. “Esto ya es zurrarsè—gritó, poniéndose en pie con gallarda impavidez de guerrillero frente al peligro.—Canallas, cuerpo de liberales, ¿qué porquería es ésta que traéis á vuestro amo? ¿Qué cojilondrios hacéis todo el día, bigardonas, zarrapastros?... ¿en qué pindonguerías pasáis el tiempo? Así os vea yo comidas de tiña. ¡Fuera de aquí, perras, ladronas, hijas de malas madres!...”, Escupiendo estos despropósitos, cogió platos, vasos y lo que más cerca de su mano encon-

traba, y empezó á descargarlos como proyectiles de mano contra las infelices que le serían. Como en gran número habían acudido al vocerío y escándalo, todas fueron blanco de la rociada. Las piezas de loza volaban por el aire y se estrellaban contra la pared, ó en el cuerpo de las consternadas mujeres, que defendían su rostro con las manos, chillando furiosamente; los cascos de porcelana, los pedazos del pato, el salero, los tenedores, la ensalada, iban cayendo aquí y allá, y las amas y sobrinas huyeron despavoridas hacia el interior con lamentos de resignación más que de ira. Ví á Donata, que fué de las últimas en huir, y oí bien claramente su voz que gritaba: “¡Santa Virgen! ¿qué culpa tenemos nosotras?...,”

XXI

Ciertamente: ¿qué culpa tenían las pobres? Así lo reconoció *don Juanondón*, cuando su furia, una vez traspasado el punto culminante, fué perdiendo su ardor insostenible, y dando lugar á la serenidad. Limpiándose el sudor de la frente, con resoplidos más que con voces, me dijo: “Estas tonterías lo pagan... ¿Qué culpa tienen ellas de que yo esté lastimado en mi honor militar? Dispénseme, señor *Confusio*: hoy no ve usted en mí al Arcipreste, sino al Cabecilla... No sabe uno cuándo es cura ni cuándo es

soldado... El soldado, el hombre que sacrifica su vida por la Causa, salta cuando menos se piensa... Y yo me digo á veces: "¡Qué cojilondrios! ¿es cuerdo que uno se haga matador de hombres por los derechos ó los torcidos de Príncipes ingratos? ¿Valen esas coronas tan disputadas el sacrificio de hombres dignos y valientes?... ¡Con que he de ponerme las botas!... ¡Con que soy un cobarde si no me las pongo!..., ¡Que oiga uno estas cosas!... Dígolo por las viejas, que debieran ponerse á hilar antes que meterse en estos trotes. No vaya usted á creer que es otra cosa... Juan Ruíz se ha sublevado, créalo usted, y se sublevará cuantas veces sea menester, porque ha visto y ve en los españoles un pobre pueblo sacrificado á los fanfarriosos de Madrid... Yo he tirado contra el Gobierno que agobia á España con las contribuciones, y no da ningún bienestar á los pueblos... El pueblo no come, y allá los ricos holgazanes viven de estrujar á la pobreza. Por esto me he sublevado... Y yo le dije á Cabrera cuando escoltábamos á don Carlos: "Ni tú ni yo combatimos porque sea Rey este alcornoque. Cuando lo sea, no valdrá más que la Isabel, ni remediará la miseria del pueblo., Y Ramón me echó los cinco, y nos apretamos las manos, diciendo: "Cierto es, y algún día nos pedirá Dios cuenta de la sangre que hemos derramado por estos acebuches., Yo debí haber hecho lo que Ramón: irme á Londres, y hacerme inglés, y no pensar más en este país ingrato. Pero

la tierra nos llama, y el pedazo de pan que uno tiene aquí...

—Yo que usted, hombre independiente y adinerado—le dije,—no andaría más en la compostura y lañado de Causas, y me dedicaría en paz y gracia de Dios á cuidar mis tierras y dejarme cuidar de mis sobrinas...

—No puede uno... Se impone lo hecho ya, se impone la gente que á uno le rodea... Cuando uno es fuerza, dominio, autoridad en un pedacico de tierra, no puede abandonarlo. Los que aquí quedaran serían devorados por ese Gobierno maldito. Aquí soy fuerza y poder. ¿Por qué, amigo *Confusio*? Porque protejo á todos, porque reparto entre los infelices lo que á mí me sobra. La mitad de los vecinos de esta villa viven de mi amparo. Si no lo cree, salga por ahí, pregunte y entérese, ¡qué cojilondrios! No me gusta alabarme; pero me alabo, ¡rediez! cuando llega el caso... Y por hacer tanto bien, y amparar á tanta familia, no hay aquí quien me tosa, y el Gobierno, haga yo lo que hiciere y conspire todo lo que se me antoje, no se mete conmigo... Me tiene miedo; sabe que está en mi mano la paz ó la guerra en todo el territorio de la Cenia y del alto Maestrazgo... Si yo abandono esto, otro lo cogerá, y por todo paso menos porque me quiten mi mandamiento... Ya me pusieron los puntos para echarme de aquí... ¿Quién dirá usted? Pues los mismos de la Causa, cabecillas de cuartel, como decimos, y hasta convenidos de Vergara. ¡Y que no trabajaron poco hace tres

años con el Obispo para birlarme el Arciprestazgo!... En poco estuvo que se salieran con la suya. Pero yo me lié el manteo y me planté en Madrid. Por don Isidro Losa me puse en relación con la *Madre* Patrocinio, y ésta me lo arregló á mi gusto. Total: que aquí vine triunfante, y me zurré en mis enemigos, los de Gandesa, y en el Obispo y su pistolera madre.

—Ya ve cuán buena es Sor Patrocinio, y cómo mira por los defensores del Trono y el Altar,—dije yo, sin miedo ya de que mis ironías le ofendieran.

—¿La *Madre*? Aquí, que nadie nos oye, déjeme decir que no ha nacido bribona semejante. Si usted cree en sus llagas, con su pan se lo coma...„

Dijo esto, y soltando luego toda la voz, gritó: “Chicas, venga café, vengan copas.” Tomando el café que Olegaria nos trajo, y que por cierto estaba muy bueno (con la chillería y el disparo de platos, las pobres sobriñas habían puesto sus cinco sentidos en el servicio), continuamos nuestra conversación, él más sosegado de su ira, yo pinchándole más para que me descubriese todo su interior. “¿Quiere usted saber cómo estoy de ortodoxia? Pues sepa que creo todo lo que me manda creer la Iglesia Santa, y no pongo el menor pero, ¡qué cojilondrios! á ningún dogma de los que me enseñaron y enseñó... Pero fanatismo no verá en mí por ninguna cosa de fe, como no sea por la adoración y culto de la Virgen María. Eso des-

de chiquito lo llevaba en mi alma, y á Dios gracias no lo he perdido ni pienso perderlo. A la Virgen acudo yo en mis lances desgraciados, y la verdad, nunca me faltó, ni tengo queja de mi abogada celestial. Ella me sacó en mi niñez de toda enfermedad; ella me libró de mil peligros de muerte en los combates y aprietos de la campaña; ella fué mi sanidad en las heridas que recibí, mi escudo contra el fuego que cien y cien veces á boca de jarro dispararon contra mí; ella es indulgente con mis pecados, y ella me inspira las buenas obras... Todas cuantas caridades hago, á ella se las aplico, y firmísimo en este amor de Nuestra Señora, espero que la tendré á mi lado á la hora de mi muerte....,

Así habló con solemnidad semejante á la que había yo notado en su varonil rostro cuando decía la misa. Terminada la interesante declaración de su ortodoxia, en la cual resplandecía la luz de un apasionado culto Mariano, paladeó su café, acompañado de la copita de aguardiente. Con esto, y mis dulces exhortaciones á la paz del ánimo, fué recobrando la que había perdido en el ya descrito berrinche, y, por último, en actitud extática, la cabeza echada atrás contra el respaldo del sillón, los ojos fijos en el techo, recitó esta oración arcaica: "Santa Virgen escogida,—de Dios Madre muy amada,—en los cielos ensalzada,—del mundo salud é vía...., Esta oración—dijo luego llevándose á los labios la copa,—me la enseñó

mi madre cuando era niño, y siempre la digo al acostarme y levantarme. No es ésta la única que mi madre sabía; otras que recitaba de continuo también me enseñó. Oiga usted la que digo siempre que me veo en un gran aprieto: “¡Oh Santa María,—luz del día,—Tú me guía,—dame gracia y bendición—é de Jesú consolación...”, Para los lances apurados de guerra, cuando atacábamos á la bayoneta, ó dábamos carga de caballería, tenía yo otra plegaria, que por el sonsonete redoblado y vivo me parecía muy propia para el paso de ataque. Oiga usted: “Tú, Señora,—dame ahora—la tu gracia—toda hora,—que te sirva—toda vía...”, Nunca dejó de ampararme la Madre de Dios. Por eso podrán decirme que si creo tanto más cuánto, en lo tocante á otros puntos de religión; pero en este punto, ¡rediez! nadie puede decirme nada.

—Las oraciones que acaba usted de recitar—le dije,—son del Arcipreste de Hita, varón docto, muy devoto de Nuestra Señora, poeta y sabio, aficionadísimo al buen vivir y al trato de mujeres, según él mismo nos cuenta en su magno *Libro del buen amor*. Menos en lo de acaudillar tropas y andar en guerra contra cristianos, usted y él en todo entiendo yo que se parecen; y para completar la semejanza, el de Hita era, como usted, hijo de Alcalá de Henares; como usted Arcipreste, y también se llamaba Juan Ruiz...”

Ya tenía entre los dientes mi amigo algún discreto comentario sobre su semejan-

za con el de Hita, glorioso poeta, cura, gastrónomo y mujeriego del siglo XIII, cuando su atención fué repentinamente sustraída por Olegaria y Toneta, que de puntillas á la puerta llegaron, queriendo ver si había pasado la nube. “Entrad, entrad sin miedo —les dijo don Juan.—Bigardas, mostrencas, ya estáis recogiendo los cascós de la loza que os tiré á la cabeza. Limpiad suelo y paredes de la grasa y piltrafas del pato, que no se podía comer. ¿Verdad, *Confusio*, que no se podía comer?,” Animadas por el tono tranquilo del clérigo entraron otras, entre ellas Donata, y se pusieron á recoger los despojos de la refriega. Apenas comenzaron, sonó el aldabón de la puerta de la casa. Estremecimiento general, zozobra y susto repentino del Arcipreste. Donata, que había corrido á una ventana para ver quién llamaba, volvió azorada diciendo: “Señor, es mi tía...,” Y don Juan Ruiz exclamó con todo el estruendo de su voz: “¡Cojilondrios, me llaman otra vez!... Tengo que ir allá...,” Acudiendo á recoger su gorro y balandrán, recobró el aspecto terrorífico que había traído de la calle cuando vino á comer. Sus ojos echaban lumbre, se le encendió el rostro, en su maxilar veíamos la vibración del músculo... Dando un empujón á Donata, le dijo: “A tu tía que voy en seguida... ¡Por los cojilondrios de San Pedro, que no me hurguen, que no está este león para tafetanes!... “Tú, Señora,—dame agora—la tu gracia—toda hora...,”

Viéndole tan enfurruñado, le pregunté si quería que le acompañase; me respondió que iría solo. Al bajar la escalera se volvió para decirme: "Si pasea usted esta tarde, lléguese al bodegón de Llopis... ya sabe... al fin de esa calle de enfrente, torciendo á la derecha... Por allí me pasaré cuando de esta pejiuguera me desocupe..."

¡Qué bien me venía quedarme solo en la casa con el rebaño mujeril! Mientras ayudaba solícito á recoger los pedazos de loza y vidrio, supe que ya tenía respuesta mi segunda epístola. En un momento en que solas conmigo quedaron en el comedor la *Dolorosa* y Donata, ésta, con sólo medias palabras, el mirar revelador y el gesto expresivo, me hizo saber que me daría su carta en cuanto Toneta saliera. Dicho y hecho: diez minutos después de esta telegrafía rápida, el papelito estaba en mi poder. Mientras la familia comía, me bajé á leer á la huerta, como el día anterior. Entre las hojas del primer tomo del *Concilio de Trento*, libro que me interesa tanto como la *Vida de Bertoldo*, metí el mensaje de mi odalisca, y bajo los frondosos árboles que rodean la noria, lo leí muy á mi gusto. De la primera á la segunda carta había madurado la dulcísima fruta del amor de Donata, hasta el punto de que ya manifestaba resueltamente, con amoroso abandono, sus deseos de libertad. No podía ya vivir en tan horrible suplicio... Dios le había enviado consuelos con mi presencia, y la Virgen, ha-

blándole al corazón, le decía que soy un hombre bueno y honrado, incapaz de engañar á la pobre prisionera que en mí confía... Decía también que ella es religiosa, y que la entusiasma verme tan aplicadito á la lectura de libros sagrados... que la Virgen la absolverá del pecado de su fuga, si en efecto puede lograrla, porque su fin no es otro que buscar la paz y la virtud fuera de aquel triste caserón.

Todo esto decía, y aún más, pues no faltaban expresiones de intenso cariño. ¡Qué triunfo, Dios mío; qué admirable victoria ganada por mi audaz estrategia de amor, con las armas de mi mérito personal y de la fogosa elocuencia que pongo en mis cartas! Sólo faltaba determinar el plan completo de la fuga, con toda la tramitación prolija de tan peliagudo negocio... No bajó aquella tarde Donata al gallinero, prudencia y disimulo dignos de alabanza. Pero en otra ocasión y lugar próximos me mostró la hermosa joven su agudeza y sus instintivas artes amorosas, porque sabedora de que yo había de salir para juntarme con don Juan en el figón de Llopis, hizo tan exacta distribución de sus quehaceres y tan feliz medida del tiempo, que cuando yo salí estaba ella barriendo el portal.

Bendije la casualidad, que era de las previstas, y me regalé con un diálogo delicioso en su apurada rapidez. Pocas palabras bastaron para repetir y afirmar el pacto de amor... Otra vez escribiría yo... Ella me señalaría

en su respuesta sitio y hora para celebrar una entrevista en la cual dejaríamos acordada la hora de evasión, etc... Preguntéle yo si podíamos contar con su tía... Pedíle noticia breve de los negocios, pleitos ó diabluras que tenía el Arcipreste con aquella señora anciana, y quise saber el motivo de la furia del buen señor... A esto no contestó Donata más que con un vacilante *no sé*, frunciendo el entrecejo y mirándome como en demanda de perdón por no ser más explícita. Comprendí que no debíamos hablar de semejante cosa: á su sazón y tiempo se hablaría... y con esto terminamos. Donata me indicó que saliese, y la obedecí, condenándome al suplicio de no mirar atrás cuando atravesaba la plazuela... No puedo expresar el alborozo que llevaba yo en mi alma: era como un sol vivísimo que me alumbraba el entendimiento, y como celestial música que me lanzaba el corazón á un danzar frenético. ¡Oh portento de la hermosura, oh *Erhimo*, ya tu apasionado caballero abre los brazos para traerte á la libertad, á la paz y al amor! Hierros del harem, rompeos en mil pedazos. Astucias y malas artes de *El Nasiry*, ya nada podréis contra las invencibles armas de *Confusio*.

XXII

Era el bodegón de Llopis un local telarañoso y mugriento, donde bebían los que tenían sed y jugaban á los naipes algunos holgazanes viciosos: en él ví el boceto, el trazo rudimentario del moderno casino, sitio de reunión, de vago charlar, mentidero y bebedero público, con el aspecto y colorido que tenían estos lugares en tiempos del Arcipreste de Hita; pero algo más era, pues allí, no el de Hita, sino el de Ulldecona, celebraba juntas, recibía embajadas y mensajes, dictaba órdenes, ejerciendo las funciones de su califato político, social y militar... Entré en el humano pesebre con el propósito de esperar á mi señor don Juan; mas resultó que ya él á mí me esperaba. Los parroquianos que en sucias mesas comían ó jugaban, me miraron con curiosidad y respeto, mientras un vejete adiposo, que parecía dueño del establecimiento, me señalaba una escalera de palo, diciendo: "Arriba está *Don Juanondón* aguardándole..", La escalera, de añoso castaño ennegrecido, chillaba con todas las tablas de sus desvencijados peldaños, cuando uno subía por ella: era un son de coplas con cadencia de romance gangoso, recitado por bocas sin dientes... El ritmo de la escalonada madera me llevó á un cuartucho ahumado, que recibía la luz de dos

agujeros, más que ventanas, con barrotes en diagonal. Mesa larga del mismo castaño musicante ocupaba el centro, y junto á ella ví á mi señor Arcipreste sentado en un banco, hablando con dos tíos de zaragüelles, grandones, macizos, terribles cuerpos para el trabajo y para la guerra. En lo que don Juan les decía, creí entender órdenes de permanecer pacíficos, y advertencias concernientes á la labranza, todo mezclado; extraño amancebamiento de Marte y Ceres. En el atezado rostro de aquellos interesantes bárbaros, ví la ingenuidad del hombre medioeval, laborioso en la paz, matón en la guerra, defensor de su terruño y de sus rudas creencias con fanático heroísmo... Despidióles don Juan á punto que entraba el hostelero con un jarro de vino blanco y pastelitos tortosinos, que llaman *panolis*.

—Siéntese, amigo y tocayo—me dijo el clérigo, á quien noté totalmente aplacado del berrinche,—y charlemos; que una charla sabrosa es el mejor alivio de los ánimos destemplados... He mandado traer este blanco de Sitges y estos pasteles para reparar nuestros estómagos; que hoy apenas comimos... con el jaleo que armé en casa... y las torpezas de aquellas chicas.

—Me place mucho su compañía, señor Arcipreste—le dije,—y no rechazo el vino y las pastelitos. A lo que entiendo, este tugurio es para usted salón de embajadores, cuartel general, sala de audiencia... Aquí dicta la guerra ó la paz...

— Cierto, cierto, y acabo de dictar paces. No hay quien me saque de mi ten con ten, ni por ningún interés de fantasmones me meto yo en aventuras sin elementos para llevarlas á su término debido.

— Aquí ejerce usted su cacicato; aquí convoca el sínodo de los curas que de usted dependen, y les dicta órdenes guerreras...

— Y órdenes espirituales, amigo mío: de todo hay... Aquí me las tengo tiesas con los de Tortosa y con los de Tarragona, cuando hay alguno que me quiere fastidiar, llámese Obispo, Gobernador militar ó Jefe político... Esta es la oficina de mis auxilios á los campesinos que andan estrechos; aquí dispongo darles tanto más cuánto de trigo para simiente, dinericos para la contribución, y aquí me traen ellos sus bendiciones... No digo esto por alabarme, sino para que usted lo sepa, y salga á mi defensa cuando vaya por ahí, y algún ignorante ó malicioso le hable pestes del *Cabezudo* de Ulldecona, como suelen llamarme en Tortosa y Gandesa...

— Yo diré de usted todo lo bueno que he aprendido en su hospitalidad y compañía... Y espero decirlo pronto, señor Arcipreste, porque ya está pesando sobre mi conciencia la ociosidad.

— No le diré que se detenga más, porque si mucho me honro con tenerle en mi casa, también me inquieta el pensar que lleve retraso en sus diligencias.,,

No podía yo discernir si esto me lo decía

con sinceridad, ó si era delicada fórmula para indicarme que ya estoy de más aquí.

“¿Y ya no me pregunta nada el amigo *Confusio*—me dijo riendo—de las viejas impertinentes, que me han dado ayer y hoy la más grande matraca que puede sufrir un cristiano?”

—Nada de eso pregunto—respondí,—porque entiendo, señor Arcipreste, que usted no me respondería la verdad.

—Así es, amigo y tocayo, pues nadie está obligado á referir todas las cosas; que algunas hay que por su intrínquilis no deben salir nunca del encierro de la discreción... Cuando vuelva usted por acá de paso á Madrid, si es que va por Valencia... y ya sabrá que de Valencia á Madrid tenemos ferrocarril, y hecho está un buen pedazo del que de Valencia viene hacia acá... cuando vuelva, digo, le contaré estos lances para que se divierta un poco y tome apunte de ellos, por si le da la gana de escribir algún día unas miajicas de Historia.

—No le aseguro á usted que no las escriba. El arte de referir los hechos públicos ó que deben serlo, me seduce, y algunos ensayos tengo escritos de este arte difícil.

—Es usted un sabio, señor *Confusio*, y pocos habrá que en edad tan corta hayan reunido en su caletre tanta ciencia y tal catterva de conocimientos, de los que se sacan del alma fría de los libros. Lo que yo dudo, y con franqueza se lo digo, es que todo ese caldo soso de bibliotecas le sirva de algo...

¿De veras está decidido á cantar misa? ¿No teme que de aquí al momento de las órdenes mayores puedan venirle arrepentimientos, ó siquiera tibieza de la vocación?

—Me parece que no, señor Arcipreste. Cada día siento mayor seguridad de que no han de faltarme los alientos y el entusiasmo que me llevan por ese camino.

—Muy bien: yo le felicito por su constancia. Sin duda tiene usted un temple tan apagadico, que no temerá las zaragatas entre lo divino y lo humano, ni se verá en riesgo de pecado, ó de faltar gravemente á lo divino... Yo, como hombre tan largo de experiencia que se pierde de vista, puedo aconsejarle... No se asuste porque le diga que si siente quemazones de lo humano, tan fuertes que amenacen con abrasar lo divino, no les eche agua fría de penitencias, que esto á la postre es malo, así para el cuerpo como para el alma... No sé si me explico bien... Yo he notado que es usted encogidico; pero como he visto tantos zorronglones de ojos caídos y semblante mustio, que luego han salido unos grandes peines, no sé qué opinión formar de usted. Podrá ser usted lo que parece, y podrá no serlo... esa es mi duda. Quizáz la misma duda tenga usted; que el hombre no se conoce tal como es hasta que llegan ocasiones singulares de la vida que sacan lo escondido y hacen ver á cada cual lo que tiene dentro... Pero, en fin, por lo que valga, yo le doy á usted mis consejos, y usted los toma para hoy ó los guar-

da para mañana, como esas cosas de apariencia inútil que guardamos creyendo que para nada han de servirnos, y el mejor día, ¡pum! resulta que nos hacen mucha falta.

—Dígame, dígame lo que quiera — respon-
dí gozoso y atento, — que sus opiniones son oro puro para mí. Yo quizás no sea todo lo cuitado que parezco; quizás me encuentre en el punto ese sutil en que no puedo decir con certeza si me siento bien seguro en las virtudes de humildad, castidad y limpieza de pensamientos, ó si, por el contrario, me asaltan temores y barruntos de caer en esos infiernos de lo humano que me cerrarían la puerta de lo divino...

— Poco á poco — dijo el cura, echándose atrás el gorro después de atizarse una copa del blanco vino. — No estoy porque á lo humano se le llame infierno... ¿Cómo pudo hacer nuestro Criador la Humanidad para el sufrimiento y la privación de sí misma? No, no: lo humano es obra de Dios como lo es lo divino... En fin, amigo *Confusio*, hablemos claro, y cada cual de lo suyo. No quiero meterme en filosofainas, sino presentar á usted hechos particulares míos, tan míos como mi cuerpo y rostro. La verdad y la ciencia están en *lo que á uno le pasa*, y lo demás es viento de sabidurías vanas... Pues á mí me ha pasado que no he podido echar de mí el amorcico de mujer... Entiendo que sin mujer no vive el hombre; y cuanto me digan en contrario téngolo por una pesada

broma que nos quiso dar el judío Moisés, ó errata de imprenta de los sagrados Cánones. Nunca dijo Nuestro Señor Jesucristo de que los sacerdotes habíamos de vivir del aire de mujer, y nada más que del aire... ya usted me entiende... y en todo caso, paso porque ello sea mérito, obligación nunca... ¿No está usted conforme conmigo?,,

Asentí sin quitarme la máscara de mi timidez, pues esto en ningún modo me convenía, y con hábiles réplicas le incité á clarearse más y descubrirme todo su interior. Al desbordamiento de su sinceridad contribuía la frecuencia con que se atizaba vasitos y más vasitos de lo añejo. “¿No cree usted como yo que la mujer es una de las más apañadas creaciones de Dios?... ¿Me negará usted que ha nacido para recibir los obsequios del hombre, y que estos obsequios son la sembradura de las generaciones?... Cierto que en la gran caterva de mujeres las hay impertinentes, desabridas y fastidiosas, y de éstas debe huir el hombre de gusto; pero las hay también adornadas de mil encantos, ¿no es verdad? ¿Y no observa usted que hay mil y mil pobrecicas que quedan sueltas y horras, porque no se casan todos los hombres que debieran casarse? ¡Ay! el Arca del matrimonio es cada día más estrecha, y en ella no caben todas las parejas de animales, ó sea de hombre y mujer. Debemos mirar con caridad á las hijas de Dios que no han encontrado colocación en el Arca... Yo he sido bueno para ellas; las he amparado, y á

muchas proporcioné buen casamiento después de tenerlas algún tiempo á mi servicio... A otras, que eran holgazanas, las he arregostado al trabajo; á las sucias, enseñé limpieza y curiosidad. Dí de comer á las hambrientas, y á las ignorantes, como fieras cogidas con lazo, les dí el pan de la enseñanza: lectura y escritura. He sido, aunque me esté mal el decirlo, un gran civilizador, y si me apuran, el buen pastor de esa parte del rebaño femenino condenada por el mundo á la pena capital de vestir imágenes..”

No pude contener la risa. Con el vino y la natural malicia del asunto tratado, se iba poniendo el Cura en un punto de alegría y gracejo que daba mayor encanto á su sinceridad. Digno era de envidia, por haber arreglado su vida tan á gusto, agenciándose riqueza, autoridad sobre los hombres, dominio sobre las mujeres... “Muchas me han querido cuanto se puede querer—dijo poniendo un poquito de amargura en sus remembranzas;—otras han sido ingratas. No me han faltado sofocos y peloterías. Naturalmente, dejando entrar en el alma las pasiones que halagan, no podemos librarnos de las que nos atosigan: la cólera, los celos malditos. No puedo decir que he sido violento y malo más que una vez. La Virgen me lo perdone, si no me lo ha perdonado ya... Verá usted: fué en lo más duro de la guerra, siendo yo cura de Albalate y jefe de la caballería de Quílez. *Hablaba yo en-*

tonces, para decirlo decorosamente, con una muchacha de Alcaine, que era un sol de bonita, morena como el trigo, con un sonreír de ángeles y unos ojos de fuego que disparaban bala rasa... Para decirlo de una vez, me enamoré de ella como un bestia... La puse en casa de una tía suya en Valdeconejos, á donde iba yo á verla siempre que el trajín de la facción me lo permitía... Lleváronme el soplo de que la Fabiana me estaba faltando... No lo creí. Lleváronme otro cuento: que me faltaba con un teniente de la partida del Royo... Ya dudé... Lleváronme el chisme de que Fabiana y el teniente hacían escapadas de noche por las huertas del pueblo... Allá me fuí... aceché, no ví nada... Aceché más, ví... Vamós, que los cogí haciéndose fiestas. ¡Usted figúrese... con mi genio! Salté del zarzal en que estaba escondido... Agarré al teniente por un tupé muy empinadico que gastaba, y asegurándole de modo que no podía moverse, le disparé mi pistola en la sien derecha... El tiro salió por la sien izquierda... La Fabiana voló chillando, y no he vuelto á verla... ni me ocupé más de esa trotera putativa, que quedó bien castigada, con cien mil pares de cojilondrios....”

Una ráfaga de frío corrió por todo mi cuerpo al oír el trágico suceso del Cura, y al figurarme la escena bárbara y breve que con terrible concisión me contaba. Díjele que difícilmente podía Nuestra Señora perdonarle tan brutal homicidio; pero él, que de copa

en copa iba cayendo en un estado, no diré de embriaguez, pero sí de alegría voluble, dispersión juguetona de sus pensamientos, no hizo caso de mis severas palabras, y me invitó á secundarle en la empinación del codo. Resistíme yo á ello, y él entonces con hipérboles de cariño, entremezclando los acentos de alegría con acentos llorones, me dijo: "*Confusio* mío, sigue mi consejo y toma las órdenes, sin cuidarte de lo que ahora ó después te digan en contra del estado religioso tus nervios y tu sangre... No seas cuerpo sin alma... También ser alma sin cuerpo es mala cosa... Veo la vida como un jardín. Todo lo bueno que Dios hizo en este jardinico es para nosotros... para el hombre todo lo bueno, no para los burros... El burro es el que se priva de lo bueno... Lo mejor entre lo bueno es amor... y lo más santo, lo divinamente divino. Ríete de los que dicen *no* á todo lo bueno y sabroso... Yo digo: la serpiente tenía razón... mi señora la serpiente supo lo que se hacía... Adiós, *Confusico*, vete á Tarragona... dale memorias al Deán, al Obispo y al Archipámpano... y que te echen pronto la sagrada crisma... Adiós, hijo mío, que seas bueno, que metas el dedo en la olla de la miel prohibida... Adiós..” Después, su creciente alegría se extremó en un canticio, golpeando la mesa con el vaso, con ritmo de paso doble: “Oh, María,—luz del día,—tú me guías—toda vía...”

XXIII

Al día siguiente del suceso, más bien de la sabrosa espontaneidad del buen Arcipreste en el tabernáculo, se precipitó el curso de mi aventura con Donata, hasta llegar al punto que ella y yo deseábamos... En nuestras últimas cartas, y en una breve entrevista que tuvimos, ya después de anochecer, quedó concertado el plan de su evasión y fuga conmigo. No ocultaré que si la proximidad de mi dicha inundaba mi alma de gozo, no me veía libre de algún punzante recelo cuando pasaba por mi mente la imagen de don Juan Ruiz, á quien veía en las formas de su enojo antes que en las de su bondad. Recordaba el caso de fiereza que me había contado en el bodegón, y su poder en toda esta tierra, donde la muchedumbre de sus amigos y adeptos favorecerá sus venganzas. Y aumentaba mi intranquilidad la confusión en que me tiene la persona moral del Arcipreste, cuyo carácter verdadero no he podido penetrar en trato tan corto. En él veo cualidades excelentes, virtudes afeadas por el vicio, barbarie y talento en increíble mezcolanza, y otro revoltijo no menos extraño de orgullo feudal y supersticiones, de crueldad sectaria y democracia piadosa. Sin conocerle á fondo, ¿cómo discernir el sistema de defensa que

debo emplear contra él?... Confiaba yo en que aportase mi amada nuevos datos para el estudio del personaje, que bien pronto había de ser nuestro mayor enemigo.

Para terminar la parte de mis aventuras fechadas en esta villa de Uldecona, consig-no aquí las resoluciones que adoptamos Donata y yo para la evasión y huída. Yo me despediré de don Juan á las diez de la mañana, saliendo con mi equipaje, en dirección á Tortosa y Tarragona, con toda la tranquilidad que simular pueda, y á la mitad del caminito, poco más, en una villa nombrada Santa Bárbara, me detendré, despachando para Tortosa la tartana con mi maleta. Acto seguido me personaré en la casa de un alquilador de coches llamado Manalet, y ajustaré otra tartana, en la cual me volveré á Uldecona, á punto del anochecer, entreteniendo el tiempo de modo que no llegue aquí hasta las doce de la noche. Al pueblo me aproximaré, rodeando, hasta un sitio que llaman *Los Olmos*, por la parte del camino de la Cenia, á espaldas de la parroquia y casa rectoral. Allí, junto á unos molinos aceiteros, debo esperar con mi tartana; allí se juntará conmigo *Erhimo*, digo, Donata.

Tal es la parte mía en el plan; ved ahora la de mi cómplice. Donata, encargada de cerrar el portalón de la huerta, hará todo lo contrario, que es fingir que lo cierra y dejarlo abierto. Se acostará como siempre en el cuartito alto, donde también duerme To-

neta. Ya cuenta con que ésta la favorecerá con su ayuda y su silencio. Recogerá en un lío toda la ropa que pueda llevar, y á media noche bajará descalza ó con alpargatas, llevando para el perro queso y pan con que acallará los ladridos del honrado animal. Ya *Sultán* la conoce: es su amigo y no ha de hacerle ninguna mala partida en el crítico momento... Arriesgadillo es el complot; pero confío en mi buena estrella y aguardo lo que el destino quiera depararme... Adiós, Uldecona; adiós, orgulloso Arcipreste, y que en la próxima noche sea pesado tu sueño y ligeras las sandalias de mi amante odalisca... Punto final. A tí me encomiendo, Beramendi amigo, para quien son estos desaliñados renglones.

Tortosa, Abril.—Entiendo que los divinos ángeles y San Antonio bendito, protector de los enamorados, se pusieron de nuestra parte en aquella memorable noche, porque todo el plan presupuesto quedó cumplido sin la más leve contrariedad. ¡Jesús mío, qué suerte! A la media hora de estar yo en la espera de Los Olmos con la ansiedad que puede suponerse, ví que de la obscuridad se destacaba un bulto, cargado con otro bulto menor, ó lío de ropa. El corazón, antes que la vista, me dijo que era Donata. No hallo términos con que pintar mi alegría, y la priesa con que introduje á mi fugitiva en la tartana, y dí al tartanero las órdenes de salir á escape. Comprenderéis, oh insignes

Marqueses, Mecenas míos, que los primeros instantes de nuestra viajata fueron consagrados á la celebración del santo suceso, la divina libertad lograda con manifiesto auxilio del Cielo, y que el himno de júbilo y las felicitaciones consiguientes se confundían con amorosas ternezas, y con las caricias que á mi audacia consintieron la timidez y encogimiento de Donata. Luego se recogió ella en su piedad, rogándome que la permitiese rezar el rosario, á lo que no pude oponerme, por más que ni el rosario ni ninguna otra forma de devoción estaban en mi programa. Hícele mil preguntas, á las que contestó que, no creyéndose segura hasta pasar de Santa Bárbara, convenía que nos encomendáramos á Dios, dejando para las horas de tranquilidad las explicaciones y comentarios de lo que atrás quedaba y de lo que teníamos camino adelante. Hube de acompañarla en la enfadosa recitación del rosario, y en verdad, poco me importaba esta corta interrupción de nuestra dicha, teniendo ya en mi poder á la bella *Erhimo*, sacada por mi astucia del harem de don Juan Ruiz.

Antes de amanecer, pasado ya el lugar de Santa Bárbara, ví á mi *Erhimo* repuesta de su ansiedad y susto. Quise que satisficiera mi curiosidad en algunos hechos observados y nunca comprendidos durante mi residencia en Ulldecona, y empezó por aclararme el enigma de aquel misterioso casón de puerta heráldica, y del berrinche que allí

había cogido el Arcipreste, el día de la voladura de los platos.

“Te habló de una vieja cócora y pleitista—me dijo Donata,—para desorientarte. En aquella casa están escondidos el Rey y su hermano. Nadie lo sabé. Yo y algunas de nosotras lo sabemos. En la casa vive una señora anciana, rica, noble, y no partidaria de la Causa. Mi tía es criada de la señora, que se llama doña Tiburcia... El ha querido que don Juan se lance al campo con su gente; don Juan no estaba por eso. Insistió el Rey con malos modos, y de ahí vino el sofoco del Cura y la furia que desahogó en casa con nosotras... Una cosa te pido, Juan, y es que al llegar á Tortosa, á nadie hables del pueblo y casa en que están escondidos el Rey y Príncipe; que no debemos meternos á delatores.”

Parecióme muy atinado y prudente este propósito de discreción, y allá se entendiera el Gobierno con aquel Rey de pega, que no sabía por dónde salir del pantano. Luego me informó Donata de algo muy interesante, que hasta entonces era otro enigma para mí. En Tortosa nos aposentaríamos en la casa de una prima suya, llamada Polonia, con quien sostiene relaciones de amistad cariñosa. Se criaron juntas, se quieren como hermanas. Viuda de un zapador, Polonia vive del corto rendimiento de una modesta casa de pupilos, puesta bajo los auspicios de la guarnición de la plaza: son sus huéspedes un capitán, el Músico mayor y uno ó

dos (en esto no estaba muy segura Donata) capellanes castrenses. Ya había escrito á Polonia notificándole su resolución de abandonar, por el procedimiento de la fuga, pues no había otro, la casa y el nada honroso patronato del Arcipreste. Segura estaba de ser bien acogida, y de que en casa de su prima podríamos trazar sosegadamente nuestros planes del porvenir. A mi recelo dé que en aquel refugio nos alcanzase la persecución del celoso don Juan, opuso Donata esta afirmación tranquilizadora: “No temas, *Confusio*. No va el Arcipreste á Tortosa ni alado. Allí son pocos sus amigos, muchos sus enemigos, y hay unos cuantos que se la tienen jurada..” Esto me dió un buen pie para pedir á Donata su opinión del carácter de don Juan. ¿Qué pensar de tal hombre? ¿Es bueno, es malo, ó un plexo intrincado de cualidades recomendables y perversas?

“Es bueno—dijo la guapa moza; —todo lo bueno que puede ser el que no vive como es debido. La mala es Olegaria... envidiosa, egoísta, y además tan torcida y dañada de religión, que si se va á mirar, en nada cree: si no es atea, le falta poco... Piensa y dice cosas que hacen estremecer al Santísimo en su altar... Y no has visto otra más ambiciosa: todo lo quiere para sí... Te roba las estampicas, los pañuelos, las agujas y dedales, y hasta un bollo que tengas guardado para tu merienda... ¿Y golosa?... más que una gata. ¿Y acusona?... un horror. Ella es la que con sus chismes y cuentilorios trae re-

vuelta á toda la familia., Bien claro me decía Donata que sus antipatías se concentraban en la rubia. Los motivos Dios los sabrá... Quedábame yo en el Limbo de mis dudas respecto al tipo moral del Arcipreste; y por más que reiteré mis preguntas, no pude obtener de Donata más que confusiones semejantes á las mías. "En conciencia —me dijo,—no puedo responderte como tú deseas. ¿Es bueno, es malo? Yo, pobre mujer sin mundo, no puedo darte sentencia fija sobre un hombre como ese, tan raro en sus sentires, en sus pensares y en sus entenderes. Como bueno, bueno, no es, digo yo, pues siempre está faltando, Juanico, faltando á lo que manda Dios, y haciendo faltar á los demás... Como malo, malo, no es tampoco, porque á lo mejor te saca unos arranques de hombre bueno que te dejan pasmado. Así es que no sé, no sé... Tú, que eres sabio, sabrás esto de que un hombre pueda ser malo y ser bueno... y de que haya bondades malas y maldades buenas..."

Camino adelante, repetíamos de vez en cuando las tiernísimas expresiones de nuestro afecto, al rodar trompico de la tartana; nuestra conversación se iniciaba con cualquier asunto, y siempre, sin saber cómo, derivaba hacia la familia, casa y asuntos del Arcipreste. Por esta razón me enteré de interesantes particularidades, que quiero consignar sin demora para satisfacción de mi amigo Beramendi, y de los ociosos que en edad próxima ó lejana leyeren estas

deshilvanadas aventuras. Pues, según las referencias de Donata, son muy variadas la procedencia, categoría y funciones de cada cabeza de ganado en la femenina grey del buen Hondón. Mujeres hubo allí que debieron al amor su ingreso en el hogar; mas esto no era lo común; mujeres hubo que entraron simplemente á servir; otras que eran hijas de antiguas servidoras; otras que llegaron inopinadamente sin más razón que la caridad del Arcipreste, gran amparador de huérfanas, y aliviador de viudas ahogadas, y de familias venidas á menos. No todas las muchachas que entraron con este carácter, dando á la casa vislumbres de hospicio, incurrieron en debilidad de amor con el Cura. Hubo casos rarísimos: feas que pecaron, y hermosas que salieron tan puras como habían entrado.

Comprendía Donata en la síntesis de *familia* á las que yo designaba, por su edad, en las dos clases de *amas* y *sobrinas*. Y resultaba que eran sobrinas algunas que yo tuve por amas, y al contrario; y otras, las más, no tenían nada de sobrinas por razón de parentesco. Por ejemplo, Carmeta, ya madura, era sobrina efectiva, hija de una hermana de don Juan; Toneta, la *Dolorosa*, era hija de *Monsa*, una de las más viejas anias, prima hermana de don Juan. Clasificadas por el lenguaje, resultaban los dos grandes grupos, aragonés y catalán, dominando el primero, porque de tierra de Teruel solían mandarle al poderoso Arcipres-

te remesas de lucidas zagalonas para que las amparase y pusiera en la carrera de matrimonio. Olegaria, la pérfida y venenosa rubia, es catalana, y no tiene vínculo de sangre con el patrono, ni con ninguna de sus amas ó amadas de diferente edad y abolengo: vino al cotarro como de aluvión. Si la costumbre de no despedir á nadie acreditaba el buen corazón del Cura, por otra parte era grave mal, porque la familia crecía desmedidamente, con riesgo de choques y zaragatas. Por último, de sí misma habló Donata muy poco, y aún ignoraba yo totalmente su origen, el cómo y cuándo entró en la familia, y otros mil pormenores y circunstancias que eran sin duda de grande interés. A mis insinuaciones pidiéndole éstas para mí preciosas noticias, se anticipó así: "No te impacientes, Juanico, que tiempo tenemos de hablar de todo, y de que yo te cuente lo que es fácil de decir y lo que no se dice sin trabajo y pena."

Nuestro viaje se acertaba por momentos, y á las primeras luces del día vimos un paisaje en que Donata reconoció las inmediaciones de Tortosa. Ya estaba cerca la caudalosa corriente del Ebro; ya se veían los cerros que circundan la histórica ciudad; ya llegábamos á nuestro refugio, y empalmábamos el fin de una vida con los comienzos de otra, que habrá de ser felicísima... Estimulados ambos por la frescura de la mañana y por el gozo que trae siempre un nuevo día, renovamos nuestro juramento de amor,

y sellamos el pacto con arrebatadas ternezas. Libertad dijimos al salir de Ulldecona; voluntaria esclavitud proclamamos al enfilarse el puente de barcas para entrar en la venturosa ciudad, que á Donata y á mí nos pareció la más bella y alegre del mundo... como que fué espejo en que nuestra felicidad se reproducía.

Y á medida que nos internábamos en la población, dejado el suplicio de la tartana, mayor alegría sentimos. Hízome admirar Donata la diligencia con que acudían los hombres á sus varias industrias y trabajos, la belleza y lozanía de las mujeres, la no menos opulenta hermosura de los frutos del suelo, que en el mercado acreditan la feracidad del verjel circundante... Estas impresiones, y el cielo azul, la luz vivísima que hacía sonreír á todas las cosas, y el caudal majestuoso del Ebro, penetraban en mí con las formas de amor, de esperanza.

Pensó Donata que antes de entrar en la que había de ser nuestra casa; situada en lo que llaman *el Rastro*, debíamos ir á la Catedral á dar gracias á Dios y á pedir á la Virgen de la Cinta que nos amparase en la vida nueva que emprendíamos. Me pareció muy bien. A la santa iglesia nos fuimos, la cual por fuera es de un greco-romano maza-cote y pedantesco, interiormente bella, mística, ornada de primores artísticos y de ingenuas fruslerías costosas, que mueven á la devoción. La Virgen de la Cinta, ante cuya majestad estuvimos arrodillados largo rato,

es linda, consoladora, de expresión divinamente afable. Ninguna imagen he visto que me haya cautivado tanto como ésta, ninguna que tan bien sintetice en su rostro la dulzura y la gracia... Nunca ví manos tan puras como las que muestran la milagrosa Cinta, ni cabeza en cuyo contorno brille con tan celestial resplandor la corona de estrellas.

Trabajillo me costó sacar á mi amada de la espléndida capilla. Por su gusto se hubiera estado allí todo el día reza que reza, sin acordarse de que hemos de alimentar nuestros cuerpos desmayados del insomnio. Salimos, y por calles para mí desconocidas, risueñas, animadas del hormigueo alegre de la vida tortosina, nos fuimos á la casa de Polonia, quien nos recibió poco menos que con palio; tan satisfecha estaba de tenernos en su compañía. Mi primera diligencia, después de tomar chocolate con lucido acompañamiento de tiernos bollos, fué salir á recoger mi maleta, y á despachar al tartanero de Ulldecona, breve ocupación en que me guió el asistente de uno de los pupilos de Polonia... Esta nos instaló en lo más alto de su vivienda, donde estaríamos, según dijo, algo estrechitos, pero con preciosa independencia, aislados del bullicio de la casa. A mi odalisca y á mí nos agradó el aislamiento, y no nos molestó la estrechez, porque así estábamos más juntos el uno del otro. Mi querencia de las comparaciones me hizo ver en el palomar alto y recogido una re-

producción fiel de aquel otro en que anidé con la blanca *Yohar*, por arte y gracia de *Mazaltob* y *Simi*...

Permitidme, oh nobles Marqueses, que guarde en mi mente y en mi corazón, apartadas del descaro de las cosas escritas, la tarde de amor... la noche de intenso canso, de un dormir hondo y dulce...

XXIV

Acordaron Donata y Polonia que comeríamos en la cocina, pues aunque somos huéspedes, nos consideramos de la familia. Este apartamiento fué muy de mi gusto, y no porque nos molestaran los pupilos; al contrario, en ellos encontramos afabilidad y cortesía. El Músico es un ángel; el Capitán un aragonés de lo más corriente y francote que he visto en mi vida; el Castrense (no son ya dos, sino uno) un señor picoteado de viruelas, de mediana edad, un poco duro de semblante, pero sencillo y cariñoso en su trato, persona excelente, si no me engañaba el primer vistazo. Observo con gusto que mi Donata se afana desde hoy por ayudar á su prima en los trajines domésticos. En la cocina están las dos tan entretenidas, que da gusto verlas. Otra observación fugaz: Polonia es guapa, frescachona; pero no llega ni con mucho á la clásica belleza hispano-árabe de Donata-*Erhimo*.

Un día más, y sigo observando. El Capellán consagra diariamente un mediano rato al arreglo de las cuentas de Polonia. En un librito le va poniendo el gasto, sin omitir lo más insignificante y menudo, y por otro lado van los ingresos. Gracias á don Jesús Portela (que así se llama) la simpática patrona lleva sus negocios con admirable claridad y limpieza. No podrán decir lo propio las innumerables pupileras esparcidas por el ancho mundo. Mi dominante espíritu de comparación háceme pensar en Lucila y en el novio administrativo que le ha salido para enderezar su existencia hacia las ordenadas esferas de la Economía Política y Privada... Otra cosa: no sé de dónde habrá sacado mi buen Capellán que yo soy un gran teólogo, y que cuando llegue á Tarragona saldrá el Arzobispo á recibirme como á un enviado del Papa, ó poco menos. Esta idea del buen Portela, me le pinta como un administrativo forrado de inocencia paradisiaca.

Sigo observando y enterándome de todo: el Capitán se empeña en llevarme á ver el Castillo, que desarrolla su imponente grandeza en los altos de la ciudad. Me dejo llevar y querer, y en los baluartes, oficiales de distintas armas se nos unen... Me cuentan el suceso de la Rápita, que aún no ha dejado de ser aquí la diaria comidilla de todas las bocas ¿De qué se ha de hablar más que de la calaverada orteguista, del estúpido desenlace de aquel drama político, el peor

aderezado y compuesto que nos ofrece nuestra Historia, primer teatro del mundo en sediciones y pronunciamientos?

Reproduzco una noticia breve, fugaz nota recogida de un testigo presencial, Teniente del Provincial de Tarragona: "Salimos de San Carlos. Ignorábamos á dónde se nos llevaba. Esto fué el día 2. Hasta entonces nada sospechábamos, ó por mejor decir, ninguno de nosotros sacaba del corazón su vaga sospecha... Habíamos visto dos tartanas que iban delante de las tropas á regular distancia. Cuando el General á ellas se acercaba, se descubría con todo respeto y reverencia... Ya empezaba á correr un cierto run-run de boca en boca. Llegamos á un sitio llamado Coll de Creu, donde se hizo alto para comer... Formamos pabellones, y los soldados se quitaron las mochilas. En la vanguardia se sirvió la comida al General y á cinco ó seis personas más, debajo de unos árboles... Yo no puedo referir lo que pasó... sólo diré que en nuestro batallón corrió de punta á punta una ráfaga de luz, de inspiración; nos pusimos todos en pie, abandonando las raciones; sonó toque de llamada; los soldados echaron mano á las mochilas. Nuestro Teniente Coronel nos habló á gritos: ²¡Hijos, vamos vendidos!... ¡Viva Isabel II!„ Yo no sé lo que pasó, vuelvo á decir. Sé que algunos soldados señalaban una nube de polvo en que iba Ortega con cuatro más, á galope tendido. Desaparecieron... Los del Provincial de Lérida nos contaron luego que á

los desconocidos caballeros de la tartana les cogió el pánico cuando estaban comiéndose un pavo que llevaban entre papeles. Cada uno de ellos se arregló como pudo con un alón ó pata, y comiendo iban cuando arreó disparada la tartana, y se perdió también en nube de polvo.,,

No se abren aquí las bocas más què para decir algo del desgraciado Ortega. Los que no hablan de su insensato alzamiento, hablan de su captura. A Ortega encontramos en la sopa y en la *escudella*; Ortega sale á relucir en toda charla de paseantes; Ortega, en la sala y en la cocina. En la de Polonia estábamos cuando entró á encender un cigarrillo en las brasas del fogón el Castrense don Jesús Portela, y nos contó cómo había sido capturado el General en su fuga... Tan ciegos estaban él y sus compañeros de locura, que en vez de correrse á la costa en busca de un falucho que les llevara mares adentro, se metieron en el corazón de España. No podían desechar la ilusión de que el país se sublevaba por la Causa. Soñaban con el levantamiento general, con Madrid convertido á la fe montemolinista. Siguiendo este fantasma, se internaban de pueblo en pueblo, camino de su perdición. El hijo del Conde de Sobradiel, ayudante de Ortega, era un valiente soñador que creía encontrar en cada pueblo lo que no encontraron en Tortosa... Todo su afán era llegar á Alcoriza, donde contaban con fantásticos auxilios del Barón de la Linde... Pero en

Calanda se acabaron las ilusiones: los fugitivos chocaron con un alcalde que los reconoció y los puso debajo del recaudo de la Guardia civil... Todo esto nos refirió el Capellán, que acabó abominando del carlismo como ciudadano consecuente que milita en la Unión liberal, y debe su posición á Posada Herrera.

Pasa otro día, y se ensancha la esfera de mis amistades. Conozco y trato á sinnúmero de oficiales de la guarnición y de los batallones que en mal hora trajo de Baleares Ortega. Este no tiene la cabeza buena, en concepto de muchos, y sólo así se explican sus inauditas rarezas y actos extravagantes. En Palma, cuando preparaba la desatinada expedición, iba de taller en taller, vestido de paisano, con botas, vigilando la composición del armamento... Pues al traerle prisionero desde Calanda á Tortosa, los que le custodiaban sufrieron acerbos quejas y reproches del desgraciado General, irritado de las incomodidades inherentes á su triste situación. Pedía lo que no podían darle, y reclamaba lo que en aquellos míseros pueblos no existía. Es hombre de hábitos elegantes, hecho á los refinamientos del tocador. Le desesperaba el no poder mudarse de ropa. En Alcañiz pidió un traje negro de pana, y no hubo más remedio que hacérselo en breve tiempo. Vestir de negro, con botas altas de charol, guantes color lila, era un atavío muy del gusto de aquel hombre, á quien la conciencia de su buena figura y porte, y

los éxitos sociales, inclinaban á la presunción.

Temiendo un arrebató de locura ó despecho, los guardianes del General no le permitían afeitarse, con lo que movían mayores arrebatos de la presunción. La idea de estar feo y poco galán sacaba de quicio al hombre tanto como le irritaba su fracaso militar y político. Pero aún hubo de ser más vivo el enojo del pobre Ortega cuando se le sirvió la comida sin cuchillos ni tenedores, que esto es de rigor tratándose de presos en quienes se supone con fundamento la demencia suicida. La porquería de comer con los dedos le sublevaba; ponía el grito en el cielo; clamaba contra sus verdugos; protestaba de su buena intención patriótica en la empresa frustrada, y decía: "Yo haré saber á la Europa este bárbaro tratamiento que se da á un General español, por el hecho de querer traer á su patria la paz definitiva. Yo no soy carlista, no soy absolutista... quiero la fusión de las dos ramas, deseo ardiente de todo español honrado... Yo defiende la causa *fusionista*, y por ella moriré, si así lo quieren mis enemigos.,"

¡Infeliz hombre! Mimado de la sociedad y favorecido de las damas, su buena figura y sus relaciones no habían tenido poca parte en los fáciles adelantos de su carrera militar. Era un caso del *señoritismo* endiosado, que desvanecido con los triunfos sociales, acaba por creerse un derecho y una fuerza. Fuerza ilusoria es, bomba de vidrio, fundi-

da en salones y tertulias, y que al salir disparada de estas esferas, se estrella en mil cascós contra el primer muro que encuentra. ¿Verdad, amigo Beramendi, que Ortega no es más que una víctima del *señoritis*mo, y que éste debe ser atado con cintas de seda para que nunca intente salir de los dorados espacios de la frivolidad al campo de la acción?

El risueño vecindario de Tortosa se entristece con la visión del próximo suplicio de Ortega. Empezó creyéndole criminal, y al fin le tiene por más merecedor del manicomio que del patíbulo. La execración y burlas injuriosas de los primeros días derivan rápidamente hacia la compasión. Dulce, Capitán General de Cataluña, ha llegado á Tortosa reventando de inflexibilidad. O'Donnell, desde Africa, ha dicho que no hay perdón, y en Madrid, el blando corazón de Isabel se pone frenos para no dar lugar á la clemencia... Cuando nos aseguró el Capitán que el fallo cruel es inevitable, Donata y yo caímos en gran tristeza. Ortega no nos había hecho ningún daño. Dicen que el daño grande lo ha hecho al país; pero este perjuicio, si es cierto, se reparte por igual entre todos los españoles, y la porción que á nosotros nos toca es inapreciable por su pequeñez. Donata me dijo: "Vámonos á rezar á Nuestra Señora de la Cinta para pedirle que haga lo que no quieren hacer Dulce en Tortosa, O'Donnell en Africa y la Isabel en Madrid." Y yo, que cada día me siento más su-

miso á la bella *Erhimo*, digo, Donata, le respondí: "Recemos á la Virgen para que entre la sentencia y el pecho de Ortega interponga su Cinta milagrosa."

En la capilla de la Virgen pasamos la tarde. Luego fuimos de paseo hacia la puerta del Temple y el Astillero, y en nuestra conversación, divagando lentamente, sentados al fin en un recuesto donde contemplábamos la majestuosa corriente del río, surgió un pequeñísimo punto de discordia que me ha hecho cavilar más de lo que yo quisiera. Ello fué que en el ardimiento de mi pasión, me arranqué á declarar que es broma todo lo que he dicho de cantar misa, y que mi verdadera vocación es el vivir láico en la turbulenta lucha del mundo. En mi amada noté algo como desvanecimiento súbito de una ilusión. Largo rato permaneció callada y seria, mirando las aguas del Ebro. Comprendí que mi sinceridad no fué de su gusto. Lo que á mí me parecía muy natural, perturbaba sus ideas. Ví ante mí, ó entre mi persona y Donata, un mundo extraño y anormal, que nunca pensé pudiera existir. La idea láica, con su natural secuencia de matrimonio y vida regular, no era de su gusto. ¡Monstruoso fenómeno de psicología artificial, obra de las direcciones equivocadas de la existencia!...

Emprendimos el regreso con cierta esquivéz el uno del otro, y sólo hablamos de cosas insignificantes. La tristeza que el incidente descrito me produjo, se desvaneció por

la noche viendo á mi Donata como siempre amorosa, quizás más que de ordinario, cual si quisiera desagraviarme. Por último, se franqueó del modo más lisonjero para mí, diciéndome: "*Confusio* mío, dejo aparte mis gustos en lo tocante á tu carrera. Seas tú lo que fueres, y cantes misa ó dejes de cantarla, yo á tí pertenezco para toda la vida, porque tú has querido tomarme, y yo darme á tí con entera voluntad. Más te quiero cada día, y tan enamorada estoy de tí y tan cautivada de tus prendas, que si me faltara tu cariño, me faltaría también la vida., Con ardientes caricias pagué el regocijo intenso que me dió esta declaración, y ella la corroboró con nuevas ternezas, terminando nuestro nuevo pacto de amor en el alto aposento recogidito.

Repitió Donata al siguiente día sus oraciones á la Virgen de la Cinta para que se apiadase de Ortega, trayéndole el indulto, ya que ablandar no podía la dureza del Consejo. Este fué de los que llaman ordinarios, y de él formaba parte mi compañero de vivienda, el capitán Albuerne, quien me contó que el pobre reo había protestado airadamente de no ser juzgado por un Consejo de Generales, como por su calidad le correspondía. Habló Ortega cuanto quiso, y leyó un escrito largo ante el adusto Tribunal; mas no pudo obtener clemencia, y fué condenado á morir, tremendo fallo que espeluzna. Dicen que esto es necesario para que subsista en su inmaculada doncellez la Disciplina

Militar, y en ello convendríamos todos si no supiéramos que ya está bien violada de innumerables seductores, aunque se guarda como un dogma el convencionalismo de que substancialmente convivan la violación y la virginidad.

Despojado de la dignidad militar, Ortega no dejó de ser elegante en el mayor aprieto de su vida y en los preparativos para su muerte, y encargó un traje negro de paisano, según su particular gusto, bien ajustado, con botas altas, y capa corta, que airoosamente llevaba. Preso en el Castillo, era el galán peripuesto, que se desvivía porque su presencia y figura fueran admiradas de cuantos pudiesen verlas. Ante el Tribunal como ante el público, su tribulación se aliviaba revistiéndola de cierta elegancia melancólica. Su romanticismo no le abandonó un instante. Después de sentenciado, soñaba con la evasión, con el indulto, emanado del tierno corazón de Isabel; confiaba en las vehementes gestiones de la Montijo y de su hija la Emperatriz Eugenia. Hacia estas empingorotadas damas volvía mentalmente sus ojos, paseándose en la prisión con su capita terciada, en gallardas actitudes.

Una noche más... El castrense, vestido de hábitos, lo que fué para mí una transfiguración de su persona, me propuso llevarme á ver á Ortega en la capilla. No quise acompañarle. Las barbaries de la ley me llenan de frío el corazón, incapacitándolo para execrar las de los malhechores.

XXV

Acompañé á Donata á la Santa Catedral. Quería mi pobre odalisca apurar su piedad y sus oraciones para mover á la Virgen á un acto generoso por las vías comunes, ó por la vía del milagro si necesario fuese... Disparatada fué, según Donata, la conducta de Ortega; pero ¿cómo dudar que en sus propósitos estaba el defender la religión? La Causa últimamente abrazada por el infeliz General, no sólo predica las buenas leyes, sino el reinado de la fe. Pues bien merecía Ortega que se le mirara como soldado de Dios, salvándole de una muerte ignominiosa.

En estas reflexiones y en el afán de sus rezos la dejé, porque me esperaba don Higinio, el Músico Mayor, con quien quedé citado en el café para irnos á ver la ejecución. Es el prototipo de la franqueza angelical, un hombre de esos que llamamos *todo corazón*, mejor será decir *todo nervios*, porque no he visto otro más vivo, más cambiante y movedizo en sus sensaciones, ni que mejor traduzca su temperamento en un lenguaje que musicalmente puedo expresar con la notación de *presto agitato*. Por la mañana me contó que había visitado á Ortega en la capilla, hablando con él un ratito. ¡Qué mal rato pasó! Aunque se tiene por hombre de

fibra, capaz de resistir las más patéticas impresiones, no pudo eximirse de la pena del caso, ni disimularla frente al reo. Este, presumido y bien compuesto de rostro hasta en los trances últimos de su vida, se mostraba ante los curiosos sereno y grave, con una melancolía de buen tono. Había escrito á su mujer una carta afectuosa; se había despedido de sus amigos y cómplices, Elío y Caverro, y hablando del suplicio próximo, trazaba un programa de él, comparándose con el bravo don Diego León, de cuyo heroísmo ante la muerte quería ser imitador fiel. Como expresara su propósito de mandar el fuego, el cura que le asistía le arguyó que es más cristiano el valor callado que el jactancioso. Así pudo quitarle de la cabeza lo de dar las voces de *japuntén, fuego!*, que revela el apego á las vanidades terrestres en el momento de cambiarlas por la eternidad gloriosa.

Todo esto lo contó el Director de la banda á un su amigo que le acompañaba y á mí. Era el amigo un hombrachón espigado, fuerte, como de treinta años largos, con trazas de marino, por su traje azul y lo curtido del rostro. ¿De qué habíamos de hablar sino de Ortega y de su trágico fin? Como algo dijera yo de la descabellada expedición, el desconocido me informó de que él había venido de Palma con el General rebelde. “¿Es usted marino de guerra?”, le pregunté. Y él: “No, señor: lo fuí. Cinco años estuve en el servicio. Después me metí en lo mercante; pero

no me amañó al mucho trabajo con poco provecho, y ahora me vuelvo á los barcos del Rey.», Nada más me dijo, ni yo á él, porque nos apremiaba lo que era motivo principal de nuestra reunión, y salimos los tres camino de la explanada de Remolins, donde nos dijeron que dejaría de vivir el General Ortega. La verdad, no iba yo muy á gusto: desconfiaba de mantenerme entero ante tal espectáculo, y la compasión ocupaba en mi alma más espacio que la curiosidad. Pero don Higinio, en quien la energía y animoso temple contrastaban con la pequeñez del cuerpo, se burló de lo que llamaba mi pusilanimidad. Otro tanto hizo el hombre de mar, declarando que conviene presenciar las desdichas ajenas para que no nos cojan de nuevo las propias, y que cuando sepamos que arden las barbas del vecino debemos ir á verlo, para aprender cómo hemos de poner en remojo las nuestras.

Ya estaba la explanada de Remolins llena de gente cuando llegamos; pero gracias á los codazos y empujones con que se abrió camino en la masa humana el hombre de mar, nos colocamos en sitio donde podíamos ver cómodamente la función. Hubo un momento en que ésta se representó en mi mente como función trágica de teatro, que nos da la emoción patética y compasiva. Al influjo del arte, llora uno y se aflige; mas todo ello es como si nos pusiéramos máscara de espanto. Debajo están el rostro sereno y la conciencia de que es mentira lo que ve-

mos entre telones. Nos retiramos alabando el arte del dramaturgo y el bello fingir de los cómicos... En esta ilusión de tragedia teatral permanecí mientras estuvimos en espera del acto, y la causa de mi error no fué otra que el aspecto del apretado público, y su bullicio de impaciente curiosidad. Bullía y bufaba como una muchedumbre de parada militar, de teatro, de toros...

A la derecha, y á bastante distancia de lo que puedo llamar nuestro palco, había una puerta de fortificación. Por allí salieron tropas á caballo, después tropas á pie: traían al reo, y en el momento de verle, mi teatral ilusión desapareció, sustituida por un sentimiento congojoso de la realidad. La figura vestida de negro, con botas; el hombre elegante y melancólico que yo me representaba en mi mente por lo que de él me contarán, estaba vivo ante mí; y vivo, conducido entre dos clérigos, fué llevado á un sitio frontero á mi palco. La distancia que de él me separaba no era tal que pudieran escapar á mi vista la figura aristocrática, la cabeza hermosa y descubierta, el rostro pálido, el bigote rubio, la blanca frente, que al sol relucía como espejo...

Sentí aflicción hondísima, terror, vértigo, cual si me viera al borde de un abismo negro y sin fondo. Quise huir, mas ya no era posible: la multitud me enclavijaba en su cuerpo macizo. En mi retina se estampó la imagen del reo, calificado de traidor. Lo sería; mas á mí se apareció revestido de todo

el esplendor de la dignidad... Cuando ví que se apartaban de él los curas; que le dejaban solo, cruzado de brazos, sin vendar los ojos, y que él miraba impávido los fusiles que pronto apuntarían á su pecho, cerré los ojos... No quería yo ver tal ultraje á la Naturaleza. Mi temblor y el temblor de todos anunciaban un cataclismo del mundo moral... Repentino acceso de curiosidad me hizo abrir los ojos. Fué en el mismo instante del tremendo disparar de los fusiles. El cuerpo de Ortega saltó en rápida voltereta. Ví las suelas de sus botas, como si patearan el espacio...

El murmullo de la multitud acarició el cadáver como una onda con gemidos de responso. ¡Oh iniquidad, baldón de la Naturaleza, bofetada y palos en la propia persona de la Divinidad! ¡A las tres de la tarde, en un espléndido día de Abril, cuando el sol alegra los campos, y la tierra fecunda echa de sí para regalo del hombre toda la magnificencia de flores y frutos, la ley nos ofrece su auto siniestro de la Fe jurídica y militar, remedo de los sacrificios idolátricos! ¡Y se llama ley lo que es contrario al sentimiento y á la razón; ley, la violación salvaje del principio cristiano! ¿En qué te diferencias, ley matadora, de los criminales que matan? En que revistes tu crimen de etiquetas y trámites, y en que has sabido cohonestarlo con fórmulas hipócritas de moral falsa y de religión contrahecha. Tan execrable eres tú, perversa ley, como tus auxi-

liares, los hombres trajeados de negro, cuya misión en el patíbulo es comprometer á Dios á que sancione la barbarie llamada pena de muerte... A mi delirio de furiosa protesta puso fin un triste accidente que á mi lado ocurrió. Fué tan viva la congoja del pobre músico don Higinio ante el terrible espectáculo, que todo el artificio de su presumida entereza se vino al suelo, y lanzando un ¡ay! lastimero cayó al suelo con un síncope. Con no poco trabajo lo sacó de entre los pies de la multitud nuestro acompañante el gigantesco marino, y viéndolo sin sentido se lo echó á la pela. Mujeres hubo á quienes pasó lo mismo; mas no encontraron á un atleta que del oleaje tan gallardamente las sacara.

Poco pesaba el Músico *mayor*... Véase por dónde vinieron á interrumpir la convulsión trágica risas de sainete. Chiquillos ví, y aun mujeres animosas, que hicieron gran fiesta de ver al don Higinio llevado en brazos por el hombracho. Este reía también, oyéndose llamar San Cristóbal. Avanzando á paso de procesión, pudimos llegar á donde no nos abrasaban los rayos del sol y se aclaraba la espesa multitud. Recobró su sentido el músico, y tan sorprendido como avergonzado, se limpiaba el sudor de su frente calva. "Es muy raro esto que me ha pasado—nos decía.—No vayan ustedes á creer que fué susto: soy hombre de terrible entereza... ¡Pero tengo el estómago más canalla y más perro que ustedes han visto!... Esta mañana

comí unos *muscles* que me trajeron de Ampolla, y sobre ellos bebí aguardiente... Ya lo ven: me han hecho daño... Lo peor es que se me va la vista, y me tiemblan las piernas... Horrible ha sido el fusilamiento, ¿verdad, amigos?... Entiendo yo que la pena de muerte es una brutalidad... es un asesinato... También lo es comer *muscles* y encima aguardiente... verdadero asesinato..”

Con menos trastorno exterior, quizás la impresión mía fué más honda y lacerante que la del buen músico. Dejando á éste en casa, me fuí á la Catedral en busca de Donata, á quien ví consternada, en un corrillo de clérigos y devotas, condoliéndose de que no hubiese venido el indulto. Bien claramente echó de ver mi amada que el trágico suplicio me había descompuesto. Más que condolido del triste fin de Ortega, me mostré indignado de la hipocresía de las leyes, que sacrifican á un hombre en el ara de la Disciplina Militar, mil veces violada y escarnecida. La traición resultó más ridícula que tremebunda, sin ocasionar muertes. ¿A qué tanto rigor contra un soldado iluso á quien debíamos acusar principalmente de necedad inofensiva? “Ya ves, ya has visto —dije á Donata— de qué te han valido tus rezos, y cuán indiferente es la Divinidad á nuestras miserias y dolores. El General muerto tenía mujer, tenía hijos, que habrán rezado tanto como tú, y con más afligido corazón... ¡Valiente caso les han hecho! Y es que la proyección de la Divinidad sobre

nosotros en forma de culto, es tan falsa como la otra proyección de la Divinidad en forma de justicia. Todo es mentiroso, todo compuesto para el servicio exclusivo de un grupo de poderosos, que se han alzado con el mundo moral y con el mundo físico... ¡Ay, Donata, repugnancia y miedo me da esta oligarquía, formada con la triple casta de soldados, legistas y curas!... ¡Y dicen que así ha de ser; que no existe mejor sistema; que en la majestad de Dios se apoya este armadijo!... ¡Paciencia! Cantemos las glorias de los que nos esclavizan y atormentan.,,

Presumo que Donata no entendió mis ideas, expresadas con vaguedad febril... Agarrándose á lo que afirmé de la ineficacia de sus rezos, me dijo: "La Virgen no ha querido salvarle... bien claro está... no ha querido, porque Dios y la Virgen habrán determinado que la Causa tenga mártires.,,

¡Ay, con qué pena oí este brutal concepto en boca de la mujer tan tiernamente amada! Quizás debí callarme, respetando un error nacido de la propia sencillez y rusticidad de la guapa moza; pero no lo hice, y movido de un ímpetu sectario y de mi locuacidad discursista, solté un sin fin de acusaciones y diatribas contra la Causa y sus príncipes, contra sus caudillos y tropas. Donata me oía consternada, poniéndose ya lívida, ya roja, y haciendo con su linda boca graciosas muequecitas de ira, de burla, de desdén. Sin duda dije mil simplezas, y arrebatado de

mi propensión á la vana oratoria, endilgué pedanterías hinchadas, de esas que comunemente no entran en el cerebro de una mujer. No la convencí, no: en la rudeza de sus ideas macizas, recibidas de la tradición, se estrellaban mis razonamientos como la ola en la peña. Díjele al fin que el vivo ejemplo y símbolo de la Causa lo tenía en el que fué su amo y sultán, de cuyo brutal poder habíala yo librado con ayuda de Dios. La monstruosa Causa se personificaba en el monstruo llamado *don Juanondón*.

Balbuciente salió Donata á la defensa del Arcipreste, del cual dijo que si estaba cargado de faltas, también poseía virtud y mérito grandes. “No, no, *Confusio*; no seas injusto. Don Juan es valiente, es piadoso... Piedad y valor tiene, según lo requiere la necesidad... Tú no le conoces bien, y hablas como un papagayo que no sabe lo que dice. Que don Juan peque, no significa que deje de servir á Dios cuando es caso de servirle... Y como talento macho, con luces para entender de cuanto hay, ¿quién se iguala con él? Yo digo que donde está don Juan, que se quiten todos... Hombres así debieran ponerse á gobernar la Nación... ¡Qué derechos andarían los españoles con un tío como el Arcipreste!... ¡Bien les sentaría la mano, bien!... y ellos, los muy cuitadicos, agradeciéndolo, Juan, agradeciéndolo..”

Me acometió un reir convulsivo... Hablar quise, y de mi boca no salía más que la risa desbordada y frenética. Donata se asustó al

verme, y cuanto más carantoñas y mimos me hacía para calmarme, más locamente me disparaba yo en aquella infernal risa. Acudió primero Polonia; después el bondadoso Castrense, que además de administrativo tenía sus puntos de médico: en mí vió un fuerte ataque nervioso, y me ordenó cenar todo lo fuerte que pudiese para combatir la debilidad. Neguéme á tomar alimento; me hicieron acostar; trajéronme aguas cocidas, infusiones en las cuales echó don Jesús no sé qué polvillo... Lentamente se me sosegó el mal de risa que me sacudía los hipocondrios y me quebrantaba la cintura.

Solo con mi moza, ésta procuraba con blando arrullo y expresiones suaves incitarme al sueño. Yo quería dormir; mas algo había en la estancia que me despabilaba, tentándome al furor y á la risa. Veréis lo que era. Algunos días sacaba Donata de mi maleta las prendas de clérigo, sotana y bonete, que en mi equipaje con socarrona intención pusísteis, ¡oh insignes Beramendi y Tarfe! Estimaba mi odalísca en mucho aquellos negros atavíos; cuidaba de ventilarlos de tiempo en tiempo para que no se picase la tela, y después de cepillarlos con esmero y quitarles el polvo, y arreglar con la aguja algún deterioro que en ellos notase, los guardaba de nuevo respetuosamente. Pues aquella noche estaban colgadas frente á mí las feas vestiduras que debían servirme de disfraz en la farsa de mi viaje. En ellas clavé mis ojos espantados, y cuando Donata

me incitaba á dormir, yo le dije: "No me deja, no me deja dormir..."

—¿Qué tienes, Juan, qué miras?

—Eso, Doñata; eso no me deja dormir. Quítalo y dormiré. Si no te decides á quemar ese horror, esa funda negra, y el nefando gorro de cuatro picos, guárdalos, vida mía, para que yo pueda coger el sueño. Sacerdote quiero ser; pero nunca pondré sobre mi cuerpo ese traje de ajusticiado ó de ajusticiante."

Solícita, me libró Donata de la vista de aquellos lúgubres objetos; y hablando de religión, de la misericordia divina, de la redención de nuestros pecados por el arrepentimiento, del amor á todas las criaturas sin distinción de castas, clase ni estado, de lo bueno que es Dios y de la maternal indulgencia de la Santísima Virgen, me quedé dormido como un ángel.

XXVI

Desperté sosegado y sin ningunas ganas de reir. Sentada junto al lecho, había Donata recostado en éste su cabeza y parecía dormir profundamente. Las ideas que me asaltaron en aquel rato de sedación suave, fueron desconsoladoras. Pensé que me había dejado llevar de la imaginación al encarecer desmedidamente la hermosura de Donata. Aunque es muy propio de poetas sublimar

el semblante, el color y las líneas corpóreas de la mujer amada, entiendo que hice un derroche abusivo de comparaciones poniendo el cielo en los ojos de la mía, en su boca todas las gracias y en su cuerpo no sé qué ideales paganos de perfectísima gentileza. La miré bien, dormida, y si en efecto, no puedo menos de reconocer que es una linda hembra, también reconozco que hay no poca distancia desde sus atractivos á la perfección de nuestra madre Eva, ó á la de las diosas gentílicas, con quienes en mis arrebatos de amor propio la he comparado. Me propuse rectificar en la primera ocasión oportuna aquel juicio mío inflado de hipérboles optimistas, y así lo hago, manifestando á los señores de Beramendi que rebajen un poquito mi poética descripción de la *Erhimo* aragonesa.

Pues de las observaciones que aquella noche hice ante Donata dormida, pasé á revolver en mi mente recuerdos de lo que ella me había contado días antes referente á su niñez y crianza. En Alcoriza, tierra de Tuerl, nació la que por especiales motivos románticos llamo mi odalisca, y fué su padre el sacristán de la iglesia principal del pueblo. Con sutil discreción, me dijo que al sujeto que ante el mundo se llamaba su padre le tenía ella por tal en concepto putativo, y que el verdadero progenitor era persona de más categoría. A la muerte del sacristán (acaecida cuando Donata no pasaba de los cinco años), quedó su mujer de sacris-

tana, porque así lo dispuso el generoso párroco, hombre de opinión y de buena presencia, y en todo lo que no fuera servicio litúrgico de altar desempeñaba la viuda las mismas faenas del difunto. Ved aquí cómo creció la chiquilla en aquella vida sacristanesca. A su madre ayudaba en el barrido de la iglesia y capillas, en alimentar las lámparas de aceite, en lavar las imágenes, y desnudarlas ó vestirlas cuando era menester, en disponer los altares para el diario y las funciones mayores. De aquí que estuviera la odalisca tan versada en las cosas del culto y fábrica, y en los ritos de cada festividad.

Así llegó á ser mocita. Me contó que miraba mucho por ella el buen cura, y que la guiaba paternalmente por los caminos de la virtud y de la honestidad, dándole además la instrucción rudimentaria de leer, escribir, y contar un poquito. Por desgracia, al cumplir Donata los diez y ocho abriles, falleció el bendito señor, dejándola sin más amparo que el de la madre; y menos mal que ambas continuaron en el albergue y oficio sacristanil, por tolerancia del nuevo cura. Era éste un bravo mocetón, furibundo carlista, gran cazador, rumboso, jovial. Sin duda no tuvo á la moza por saco de paja, porque quiso estrecharla más en su servicio y compañía, llevándola á la propia vivienda. Luchó la madre contra este propósito del superior jerárquico, y de la lucha vinieron disgustos, y la intervención de otro curita

joven, de un próximo pueblo. En resolución, la sacristana hubo de poner en salvo de aquellas disputas á su querida hija, y no halló medio mejor que remesarla al señor Arcipreste don Juan, varón de grandísimo crédito y autoridad en aquel territorio. ¿Fué remitida Donata como alumna ó pupila de un colegio, ó como criatura torcida que necesita de un maestro y corrector que la enderece? Esto no supo decírmelo mi amada. Ya me lo explicaría mejor al proseguir la historia de su vida... ¡triste vida desarrollada en un medio sombrío, sotanESCO!

Las reflexiones que me sugirió el *ensayo biográfico* de Donata, reproducido en mi memoria, las contaré cuando Dios quiera. Hoy tengo que reanudar el cuento de aquella noche, diciendo que Donata despertó cuando yo me hallaba en lo más intrincado de mis reflexiones. La pobrecilla mostró un interés muy vivo por mi descanso. Quería que durmiese más, ó que en su compañía, charlando de íntimas y dulces cosas, repusiese mi espíritu del susto de la tragedia. Con buen acuerdo, nada me habló de la monstruosa ficción legal política y religiosa que levantaba en mi alma oleaje de terror y de ira. Lo que me dijo fué para mí de gran alivio; en sus palabras ví la expresión fiel del pensamiento. La esclava *Erhimo*, redimida por mí, puede tener, y tiene sin duda en su mente, todo el mazorral tenebroso que daba de sí la singular crianza que me contó ella misma; pero es buena, hay en su

alma un fondo de rectitud y ternura, sobre el cual puede fundarse una regeneración espiritual con auxilio del tiempo.

Reproduzco sus expresiones, que creo interesantes: "Mira, *Confusio*, mientras tú dormías, yo he llorado. . he llorado como San Pedro cuando, al oír cantar el gallo, cayó en la cuenta de que había negado á su Maestro. A tí, que eres mi maestro, te he negado yo diciéndote lo que no debía decirte. ¡Ay! yo no debí defender al Arcipreste, ni meterme en músicas de si la Causa es mejor ó peor que otras Causas... Verás por qué estuve yo tan impertinente y tan fuera de lo que soy. En la Catedral me arrimé á un gran corrillo que formaron en la capilla de San Rufo unos señores sacerdotes y media docena de mujeres, ó señoras, que todo podían ser, de las que están allí mañana y tarde engolfadas en la santidad. Sea esto santidad verdadera, ó *turris burris*, como dice *don Juanondón*, ello es que en mi pobre cabeza metieron todo lo que iban diciéndolo, y cuando me recogiste venía yo trastornadica...

—Tu principal defecto—le dije—es que el último que llega te hace suya, Donata.

—Pues tenme siempre en tu influencia—respondió besándome las manos,—y si me quieres como yo á tí, *Confusio* mío, no me dejes ni un momento de tu poder... Yo te pido perdón de lo que pensé y dije, y no quiero ser sino al modo que á tí te plazca... Esclava soy desde que nací, y

de unos á otros dueños he pasado; ahora soy esclava tuya. No me has comprado con dinero, sino con tu amor, y en el amor tuyo quiero vivir siempre.,,

Bastaron estas tiernas declaraciones, que del corazón le salían en hermoso torrente, para que yo me calmase de aquel estado de malquerencia y enojo de todas las cosas. A tal estado llegué por el terror de la ejecución de Ortega, que en mi espíritu se desató el fiero pesimismo. Ver morir á un hombre en aquella forma de glacial justicia sin entrañas, era bastante motivo para que seajaran ante mis ojos todas las formas del mundo que me rodea, entre ellas la misma Donata, cuya belleza rebajé despiadado con cierto furor iconoclasta. Mas lo que á la madrugada me dijo, y el hechizo de su ternura y arrepentimiento, la repusieron en mi adoración, y si no recobró la ideal hermosura de los días románticos, quedó restaurada lo suficiente para ser una hembra muy distante de la vulgaridad.

Por la mañana subió á mi camaranchón el Castrense don Jesús. Mis primeras palabras, contestando á su saludo, fueron para suplicarle que no me hablase de la *intentiona*, ni de ningún tema que con la ccsa pública tuviera relación. “¡Pues, hijo, no está usted poco comunicado con el mundo!—me dijo risueño.—¿De modo que no quiere saber que se ha encontrado la pista del falso Monarca y del falso Príncipe?... Sí... ya saben hasta los perros que Montemolín y

su hermano están en Ulldecona, muy agazapaditos en un convento de monjas,... No pude sustraerme al interés de estas noticias. Sintiéndome gradualmente animado, me vestí y arreglé para sacudir la tristeza y volver á la vida normal... Poco después estaba yo en la cocina, donde supe por Polonia que don Higinio había convidado á comer á su amigo, el marino atlético, que en brazos lo sacó de las apreturas del gentío momentos después de la ejecución. Ambos estaban en el comedor con el Capitán, éste leyendo periódicos de Madrid, don Higinio haciendo cigarrós de papel en una maquinilla.

Allá me fuí tratando de dar á mi espíritu algún esparcimiento, y saludé con afecto al marino, deseando mostrarle mi simpatía. Al verle en pie, para corresponder á mi saludo, admiré su arrogante figura y la ruda belleza del rostro en que habían escrito sus rigores el viento y el sol. "Paréceme usted un gladiador de mar —le dije, —y tan lucida y airosa es su facha, señor mío, que le dan á uno ganas de llamarle *Neptuno*..", A mis galanterías dió esta contestación, que me dejó atónito: "No me llamo *Neptuno*, sino Diego Ansúrez, para servir á ustedes.."

Con ardientes expresiones mías estalló la *anagnórisis*, que así llaman los retóricos al reconocimiento de personajes. Era de los míos. No pude decirle: "¡oh padre, oh hermano!..", como es de cajón en las *anagnóri-*

sis; pero le dije: "Soy muy amigo de su padre de usted, Jerónimo Ansúrez... de su hermana Lucila, que es, mejorando lo presente (por allí andaba Polonia trasteando en el aparador), la mujer más guapa del mundo; de su hermano Leoncio, armero habilísimo; de su hermano *Ruy*, pensionado en Bélgica por el Marqués de Beramendi para perfeccionarse en la música, y por fin, conozco y estimo grandemente á su glorioso hermano Gonzalo, que de España se pasó á Marruecos y de Cristo á Mahoma, y hoy es un caballero poderoso llamado *El Nasiry*."

No menos asombrado que yo, el Ansúrez de mar me pidió con interés febril noticias de todo el familiaje que nombré. De Lucila sabe que ha enviudado y que posee hacienda pingüe; de su padre recibió carta hallándose en Vinaroz en el mes de Diciembre último; con Gonzalo no se cartea; pero sabe por Jerónimo que está bueno y vive en grande, con sin fin de mujeres, y valimiento en la corte del Sultán. Dile yo cuenta de mi amistad con *El Nasiry*, y de lo que es y supone en aquel Imperio, quedando él y los que nos escuchaban maravillados de tan portentosa metamorfosis. Don Higinio, el Capitán y el Castrense mismo, no ocultaban sus ganas de vestirse á lo moro, de hablar el árabe, de tener provisión de hermosos caballos y un rebaño de lindas mujeres sumisas. Buena cosa es la poligamia, matrimonio múltiple sin suegras... Después de responder á las preguntas del celtíbero de

mar, tocóme preguntar á mí, y lo hice pidiéndole informes de su hermano Gil ó *Egidius*, que vaga por estas tierras. Contestóme que, gracias á Dios, no anda ya Gil en trotes de bandolero: de otras granjerías vive, no muy honradas que digamos, pero menos expuestas á dar contra la justicia y á tropezar con el presidio.

“Por estos pueblos de la costa andaba con el compañero valenciano que le ha enseñado esa industria - nos dijo.—En Hospitalet nos encontramos un día, y le eché los tiempos... “¡Ah, tunante, si no te marchas de esta tierra donde te conocen y puedes ser descubierto, yo te haré salir á puñetazos!”, Pasaron á Falset; de allí al Priorato, donde ganaron mucho dinero, según oí, y ahora están hacia Mequinenza sacando todo el jugo á su negocio... Veo que están ustedes llenos de curiosidad por saber en qué negocio trabajan esos pillos, y van á quedar satisfechos sin demora. Mi hermano Gil es agudo como el hambre, vivo como la pólvora, de rostro muy moreno, el labio un poco grueso, los ojos como endrinas. Con un gorro encarnado, unas bragas azules, chaquetón ó balandrán con botones de moneditas y adorno dorado, se hace un empaque como el de esos griegos ó turcos que vemos en los muelles de Marsella y de Génova. En los puertos levantinos aprendió el valenciano la industria que luego enseñó á Gil, enseñándole también á mascullar la lengua turquesca ó tunecina que habla toda la pillería

marinera del Mediterráneo. ¡Y qué industria se traen los caballeros! Ello es vender cositas piadosas de Tierra Santa, que llevan en un carro grande como una casa, donde viven y hacen su comida, con lo que, á más de darse mucho tono, ahorran el gasto de posada... En cuanto llegan á un lugar, paran el coche en medio de la plaza, y con grandes voces, en catalán ó castellano chapurrado, según los pueblos, llaman á la gente, y mi hermano, que tiene gran despejo para sermonear, larga una plática pregonando la santidad y la virtud de la mercancía. Acuden las mujeres como moscas, oyen aquellos disparates, y ya las tienen ustedes trastornadas. La ignorancia, el poco seso y la beatería caen en el garlito; empieza el compra y vende, y antes se cansarán ellos de coger dinero que ellas de dárselo por las baratijas milagrosas... ¡Y que no es floja la tarifa de precios! Las piedrecitas del Monte Sinaí, donde Dios le dió á Moisés las Tablas, se venden al peso, por adarmes, y valen dos, dos y medio, y tres reales: en relicario con cristal, valen seis y ocho reales. Las botellas de agua del Jordán, para lavar los ojos enfermos, ú otra parte del cuerpo en algún caso, varían, según el tamaño, de siete á doce reales, y lo mismo los rosarios de huesos de aceitunas del Getsemaní. Las hierbas del mismo huerto son á precios convencionales, y quien las quiera del propio sitio en que posó sus pies y rodillas Nuestro Señor, ya tendrá que pagar un pico. Las que están

cogidas en el ruedo de aquel sitio sagrado, van valiendo menos, conforme se alarga la distancia; y las llamadas rosas de Jericó, que son al modo de unas escobitas para rociar agua bendita, se pagan caras, pues es cosa que estiman mucho las embarazadas, y mujeres hay tan ciegas de fanatismo, que no paren á gusto si no les dan la rosa... Para el completo engaño de la gente, llevan esos pillos testimoniales de cada cosa: son papeles escritos en arábigo, y traducidos al español por un monje que acredita la procedencia del género, y luego firman y dan fe priores, abades, y hasta cónsules mismamente. Todo es falso; pero tan bien apañado, que la filfa parece verdad: las mujeres enloquecen, los hombres aflojan los cuartos, los curas bendicen, los alcaldes toleran, y los malditísimos charlatanes se van á otro pueblo cargados de dinero, sin más trabajo que ir recogiendo por el camino las piedrecitas del Monte Sinaí.

XXVII

“¡Si serán listos esos sin vergüenzas, que me han engañado á mí—exclamó el Capellán, dando un golpe en la mesa;—á mí mismo, señores, que siendo, como soy, católico ferviente, no creo en milagrerías. Ello fué en Gandesa, cuando servía yo en el Provincial de Teruel. Una patrona que allí

tuve, y cuyo nombre no hace al caso, se em-
perró en que le llevara la rosa de Jericó:
estaba la pobre en meses mayores. Llegaron
por allí esos tunantes. Me acuerdo de ver-
les en el pórtico de la iglesia, donde el cura
les hacía el artículo, y á todos recomendaba
que se proveyesen de aquellas porquerías.
Llegué yo á comprar la rosa, porque la pa-
trona no me dejaba vivir. ¡Maldita casuali-
dad! Las rosas se habían concluído; pero me
ofrecieron las *hojitas del propio lugar en
que estuvo el Señor orando...* Yo no que-
ría... O rosas, ó nada. Pero los mercachifles
y el cura mismo me querían hacer tragar las
hojitas, diciéndome que la eficacia era tal,
que no había parto desgraciado con seme-
jante droga. Total, que caí en la trampa:
¡veinticuatro reales me sacaron por unas
hojuelas arrugadas, con las que no se podría
hacer un cigarrillo de papel!... Lástima de
dinero. La patrona se murió de sobreparto:
Dios la tenga en gloria... Meses después,
me encontré al cura que había tenido su
parte en aquel timo, y le dije: "Oiga usted,
so farsante: tiene usted que darme un duro
y una peseta que con su garantía me saca-
ron los ladrones aquéllos de Tierra Santa."
Y él se echó á reir, y convidándome á re-
frescar, me dijo que á él le habían sacado
mucho más, pues por unas botellas de agua
del Jordán para curarle los ojos á su sobri-
na, las cuales valían tres duros, les arreó
media onza, y ellos, al darle la vuelta, le
encajaron un doblón de á cuatro... más fal-

so que Judas... “Y la sobrina, ¿curó de los ojos?...”, “Sí, señor, curó... El agua no era falsa: la tengo por legítima del Jordán. Aún me queda un poco: se la ofrezco á usted para curarse ese grano que tiene en la nariz...”, Le mandé á la porra, y no le he visto más..”

La graciosa historia de los vendedores de santas bagatelas, y el incidente que contó el capellán, nos divirtieron hasta la hora de comer. Tanta simpatía me inspiró el Ansúrez acuático, que por disfrutar de su grata conversación me fuí por la tarde al café con don Higinio y el Capitán. Reunidos en amena tertulia, nos contó Diego lances peregrinos de su vida de navegante; luego nos dijo que posee un buen falucho, en el cual saldrá dentro de unos días con carga para distintos puertos de la costa, rindiendo viaje en Cartagena, donde dejará el barco á un compadre suyo, y pedirá reenganche en la Marina de guerra. De lo mucho que habló el hombre de mar, no he podido colegir que sea casado, aunque sin duda lleva mujer consigo. Como yo le manifestara deseos de hacer un viajecito por la costa para ver mundo y esparcir los pensamientos, me invitó á navegar en su compañía de aquí á Cartagena. Si por el momento decliné muy agradecido la invitación, en el curso de la tarde, por inesperados sucesos, me sentí muy inclinado á no rechazar cualquier proporción de viaje que se nos presentara.

Ved lo que ocurría: llegué á mi casa con

objeto de recoger á Donata para dar un paseo, y á quien primero ví fué á Polonia con una taza en la mano. “Voy á darle á esa un poco de tila—me dijo.—Se nos ha puesto malucha. Suba usted conmigo y sabrá el motivo...” Encontré á mi pobre odalisca demudada, llorosa. Con trémula voz me dijo: “¡Ay, mi *Confusio*, qué ganas tenía de que vinieras! ¿No sabes lo que pasa? Olegaria está en Tortosa: Polonia la ha visto. Ya sabes lo mala que es... Que te cuente Polonia lo que le han dicho... Corre por la plaza el rumor de que el Arcipreste está aquí también, disfrazado de payés... y ha venido... ya puedes suponerlo... A Polonia le han dicho... que te lo cuente... le han dicho que ni tú ni yo nos reiremos de *don Juanondón*... Yo tengo un miedo horrible... Cuando ésta me dijo que vió á Olegaria en los porches de la plaza, creí morirme... Juanico mío, no me dejes un momento sola... A tí y á mí nos matarán. Lo que te dije: no nos perdonan lo que hemos hecho... ¡Fugarme de su casa!... ¡sacarme tú de su casa!... Polonia, *Confusio*, escóndanme bien... discurren como hemos de escaparnos á lugar más seguro... lejos, lejos...”

Dejando para después el discutir si debíamos ó no marcharnos á un lugar más distante de la esfera de acción del Arcipreste, Polonia y yo procuramos expulsar del cerebro de mi aragonesa los pensamientos terroríficos que en él se habían metido. Cuando nos quedamos solos, Donata se es-

trechó más contra mí, oprimiendo mi cuerpo con un abrazo forzado, y me dijo: "Tuya soy, tuya me hiciste por amor, y á tí me pego, y no habrá quien de tí me separe... ¿Te acuerdas de lo que hablamos en la tartana viniendo de Ulldecona? Tú me preguntabas si el Arcipreste es bueno ó es malo, y yo no sabía qué contestarte... Ahora te digo que es malo, ó que está en la vena de volverse demonio. ¿No te contó él lo que hizo con el teniente que le quitó á Fabiana? Pues lo mismo querrá hacer contigo... ¡Qué horror! Vámonos, vámonos pronto de aquí... ¿Permitirá la Virgen de la Cinta que ese hombre se vengue de tí por haberme robado y de mí por dejarme robar? No: la Señora no lo permitirá. Yo le diré á la Señora que don Juan no merecía mi constancia... Yo he pecado... él más... él es, como quien dice, monstruo, y su casa... como eso que me contaste de los harenes... ¿no se llaman así?... Te diré una cosa, y también he de decírsela á la Virgen de la Cinta. Don Juan me compró á mí por mil quinientos reales... No te asombres. Es como te lo cuento: mil quinientos reales dió por mí... Mi pobre madre necesitaba la cantidad, porque le habían embargado el huerto de la Diezma; única hacienda que teníamos... y ello fué porque mi padre dejó una deuda que al principio era de poca cuenta, pero crecía, crecía, año tras año, como una mala hierba que se corta, mas no se arranca. Para librarse de esa trampa empeñó mi madre la Diez-

ma... Mi prima Polonia, que vivió con nosotros muchos años en la sacristía de Alcoriza, podrá contarte las fatigas que pasó mi madre. Pidió al rico don Juan que le prestase dinero para el desempeño de la Diezma, y no quiso dárselo. Lo que él decía: "Estoy harto de hacer beneficios. Saco á estos pobres de la miseria, y en la miseria se vuelven á meter..," Y yo digo: "No tienen la culpa los pobres, sino la miseria de los pueblos, que es mayor que toda caridad...." Pues nada: don Juan iba todos los años á Alcoriza, donde tiene tierras muchas... mi madre le daba matraca, y él que no, que no. Me parece que le oigo... Al fin... el año pasado no, el otro... á poco de salir de allí el Arcipreste para Ulldecona, mi madre, desesperada, discurrió ofrecirme á mí por el dinero. Un arriero, apodado *Mañas*, fué quien trajo y llevó los recaditos para el arreglo del negocio, y ese *Mañas*, en el mes de Octubre, no en el último Octubre, sino en el de más atrás, me trajo á mí, y llevó á mi madre los mil quinientos reales....

La pena y bochorno de estas revelaciones me hicieron enmudecer. Antes que Donata me refriese su *caso*, había yo visto que en España tenemos esclavitud mal encubierta de formas legales ó de sociales artificios. "¡Y este hombre—prosигuió ella—se atreve á disputar su esclava al que me ha comprado por amor, no por dinero!... También te digo que don Juan no tomaría venganza de tí y de mí, si esa perra de Olegaria no le

pusiera en el disparadero con sus arrumacos... porque él... vuelvo á decírtelo... enteramente malo no es... Tú lo comprendes, Juanico... Dentro de él andan á la greña los ángeles y los demonios.,,

De esta conversación surgió la idea de aprovechar la oferta de Ansúrez para buscar refugio en pueblo más distante. A la siguiente mañana, anduve en persecución del hombre de mar sin poder dar con él. Supe al fin, por un posadero de la calle de Tablas Viejas, que había bajado á la villa de Amposta, donde tenía su embarcación. Acompañóme el Músico Mayor en las últimas vueltas que dí por la ciudad, no cuidando de recatarme, sino de afrontar la presencia del Arcipreste, si acaso con él me topaba. Por cierto que don Higinio, una vez pasada la gran congója del fusilamiento, se volvió á revestir de falsa entereza, y no hablaba de otra cosa que del suceso trágico. Todo su empeño era presumir de haberlo visto mejor que yo, y poner reparos á la descripción que yo hacía. Según mi amigo, no eran de color lila, sino de color de paja, los guantes que Ortega llevó al cuadro. Me porfiaba que la levita no era negra, sino azul, y la capa, un capote de caballería... Sobre tales por menores disputamos en la mesa del café, y la intervención y juicios de otros amigos, en vez de aclarar los hechos, más los oscurecían y embrollaban... Y es que estos espectáculos siniestros, iluminados por el relámpago de nuestra curiosidad terrorífica, no

impresionan con igual forma y colorido la retina de cada espectador. Un soldado del piquete que hizo fuego sobre el General, nos dijo que éste llevaba una casaca roja... ¿Sabéis lo que motivó este error del soldado, haciéndole ver tanto rojo? La cruz de Calatrava que Ortega llevaba en su pecho.

Antes de anoecer, Polonia nos llevó noticias que rectificaban las que habían consternado á la pobre Donata. Muy revuelta estaba Uldecona con las diligencias que hacía la tropa para encontrar á los Príncipes escondidos. El Brigadier Ballesteros, hombre templado, muy atento á su obligación, destituyó al Ayuntamiento, que ha sido el primer amparador de carlistas, y metió mano á todos los cabecillas de aquellos contornos. En el casco de la villa fué registrada la casa del Arcipreste, que escapó antes que entrara la Guardia civil. De las innumerables amas y sobrinas, algunas huyeron con su señor; otras volaron por su cuenta, y alguna se quedó al amparo de los propios guardias, que era lo más seguro. El Arcipreste había ido á parar á La Cenia, según unos; otros creían haberle visto camino de Los Alfaques... Tranquilizaron á Donata estas nuevas, pues si eran verídicas, ya no debíamos temer la presencia de don Juan en Tortosa. Mas como ni aun así podíamos estar libres de inquietud, uno y otro, al cabo de mucho charlar de las probables contingencias, resolvimos marcharnos... ¿A dónde? Nuevas dudas. ¿Iríamos á Cartagena en el falucho

de Ansúrez, ó á Tarragona en tartana?... ¿Y por qué no á Madrid? ¿No sería esto lo más seguro? Tan indecisos estábamos, que entre veras y bromas propuse á Donata que lo echáramos á la suerte, y el modo y forma de consultar el Destino fué diferido para la mañana siguiente. Ved ahora, amigos míos y amables lectores, Marqués y Marquesa de Beramendi, la solución que nos dió el Oráculo, bajo la sagrada representación de Virgen de la Cinta.

Levantóse Donata muy tempranito, casi al amanecer, y con Polonia se fué á la Catedral. De regreso estaba cuando yo me vestía. Risueña entró en el palomar, y con tier-
nas caricias me notificó la divina solución de nuestras dudas. Bastaron medias palabras para que yo comprendiera que la Virgen hablado había dentro del corazón de Donata con misterioso lenguaje sólo entendido de la sincera piedad. En resumen: decía la voz del cielo que sin miedo ni vacilación alguna nos embarcáramos en la nave del señor Ansúrez. “Y para que veas, *Confusito* de mi alma—agregó Donata,—cómo ha correspondido la verdad natural á las voces que hablaron en mi corazón, sabrás que al bajar las gradas de la Catedral, vimos pasar á tres hombres, uno muy alto, vestido de azul. Polonia saltó y dijo: “Mírale... ese es el amo del falucho. Parece que Dios te le envía.” No me atreví á correr tras él. En cuatro brincos fué Polonia; le paró, hablaron... Le encontrarás toda la mañana en el Asti-

llero... Búscales en el tinglado de un calafate nombrado *Lleó*..”

No puedo ocultar que Donata me comunicó su anhelo de huir por mar. También sentía yo en mí la corazonada, las tenues voces íntimas que me aconsejaban lo mismo que la Virgen sugirió á Donata, y esto prueba cuán extenso y variado es el reino de la superstición. Salí en busca del marino; pero no quiso Dios que mis pasos fuesen tan derechos como yo quería, porque al atravesar la Plaza de la Ciudad, sentí tras de mí la voz del Castrense, y antes que me volviera, su mano me cogió del brazo. “Vamos, querido *Confusio* —me dijo,—vamos á ver con nuestros propios ojos á Carlos VI y á su hermano. ¿Pero qué?... ¿ignora el gran acontecimiento? Anoche les han cogido. Se sabe por un correo que llegó muy temprano. Ya no tardarán en entrar en Tortosa, pues á las dos de la madrugada salieron de Ulldecona. Vamos, amigo, á prisita... no haga el demonio que entren antes de la hora prevista y perdamos esta fiesta. ¡Cuándo veremos otro Rey, aun siendo de papelón y sin ningún derecho á la Corona, digan lo que quieran!...” Me llevó; déjeme llevar hacia la calle del Arsenal, donde está la Comandancia General. A mí, como á don Jesús, se me había despertado la curiosidad vivamente. ¡Carlos VI... un perfil histórico... la encarnación de una idea, tras de la cual corre el caudaloso torrente de la guerra civil! Hay que ver, hay que ver esa cara, dibujada por

Clío .. con un hueso mojado en sangre española.

Ya había gente en la calle del Arsenal, gente en la Barana y en la calle del Pont... Aquí nos encontramos á don Higinio con otros amigos de la tertulia del café. "Higinio—le dijo el Castrense,—¿cómo no te has traído la banda para darle á tu monarca un golpe de Marcha Real?," Y el Músico chiquitín replicó: "Lo que le daría yo es un golpe de *Himno de Riego*, y mejor del *Trágala*... Por de contado, que le fusilarán. Y á ese fusilamiento sí que no faltó, aunque mi estómago se me ponga de uñas... ¿Que no le fusilan?. ¿Pues qué justicia es ésta, ajo? Al otro pobre cuatro tiros, y á éste, chocolate con moicón.," Por acuerdo razonable de todos, fuimos á situarnos en la puerta de la Comandancia, donde forzosamente había de parar lo que don Higinio llamó el *cortejo*, y en efecto, á los diez minutos de espera vimos que entraban en la calle cuatro guardias civiles á caballo, detrás una tartana... más guardias civiles, otra tartana... y una escolta pequeña de húsares...

¡Ya estaban aquí! ¡Qué interesante es ver á la Historia apearse de un carricoche, con aire mohíno, y codearse con los simples mortales que no salen de los espacios grises de la vida privada!... De la primera tartana ví bajar á Montemolín, un joven alto, de buena presencia, pálido, con una nube en un ojo, barba que renacía tenuemente después de afeitada, como cerquillo obscuro

en los bordes del ovalado rostro; ví detrás al hermano, más pálido y ojeroso, menos interesante que el primogénito. Ambos, al entrar en la Comandancia, pasaron rozando conmigo: observé sus gabanes largos llenos de polvo; las hilachas de sus pantalones; la chafadura de los hongos negros de seda, blanqueados del polvo; los cuellos de camisa no mudada en luengos días; el deterioro general de sus ropas; los guantes por cuyos descosidos asomaban los dedos; noté las caras soñolientas, mustias, avergonzadas... ¡Oh, qué historia tan triste! Sentí lástima de la Causa y de sus hombres, que parecían conducidos á un patíbulo sin muerte, ó á una muerte histórica sin dignidad.

XXVIII

Apeóse el Teniente de la Guardia civil, hermano del Castrense don Jesús, y éste, después del abrazo; le asestó las preguntas que resumían la curiosidad ardiente de los que en el portal estábamos. “¿Le cogísteis en la casa que llaman de Gandalla, á la salida del pueblo? ¿Es cierto que tuvísteis que entrar por el tejado?...”, Según nos dijo el Teniente, no habían subido los guardias más arriba de una ventana ó balcón, pues el dueño de la casa, Cristóbal Raga, que también venía preso, no quiso abrir la puerta,

pretextando que se le había perdido la llave. En un aposento alto, muy pobre, y con cortinaje de telarañas, encontraron á Montemolín, á su hermano y á un criado. Se vestían á toda prisa cuando entraron los guardias. Montemolín dijo gravemente su nombre, y la frase: "Estamos á disposición de ustedes...", Les llevamos á nuestro cuartel, donde se les ofreció chocolate: lo tomaron con panecillos, y... ¡hala! en marcha.

El Mayor de plaza, que había venido en la primera tartana, nos contó que don Carlos Luis es hombre de fino trato. El tonillo de persona Real, benévola y cortés con los inferiores, no se le cae de los labios. Elogió mucho á la Guardia civil, calificándola de *admirable cuerpo*. En el extranjero se le citaba como el mejor de su índole organizado en Europa... y él no cesaba de poner en las nubes su buen porte, policía, y puntualidad en el cumplimiento del deber. Don Fernando hablaba poco, y sólo se permitía repetir como un eco las opiniones de su hermano... El Cristóbal Raga, que les había dado asilo, era un honrado labrador que procedió con noble y franca generosidad, movido de sentimientos humanitarios. El Arcipreste Ruiz le había dicho: "Guarda á estos señores, que corren peligro,, y no necesitó más para darles albergue piadoso. Les guardó cuanto pudo; pero, según cuenta, no cesaba de decirles: "Caballeros, váyanse, que me están comprometiendo., Dulce había ofrecido diez mil duros por los Prínci-

pes. Cristóbal Raga no los habría entregado ni por un millón.

La página histórica se desvanecía en la insignificancia. Ya no trataban las autoridades tortosinas más que de proporcionar á los primos de Su Majestad alojamiento decoroso. A toda prisa se arregló la casa del Comandante de Ingenieros para que Sus Altezas se aposentaran como personas de sangre Real. Recobrado el equipaje, que les fué cogido en la fuga, pudieron vestirse de limpio. Lo primero que pidió Montemolín fué que se le permitiera poner un telegrama á su esposa, y al punto le fué concedido. La página histórica terminaba con un recadito á la familia: "Estamos buenos. Se nos trata con la debida consideración.."

A medida que se enfriaba en mi espíritu el interés de aquel negocio público, recobraba su calor el asunto propio. Dejé á mis amigos para seguir el camino que me había propuesto al salir de casa, y al llegar á la puerta del Temple tuve la suerte de encontrarme de manos á boca con Diego Ansúrez, que del Astillero venía con una caterva de *menadors, filadors y calafats*, la plebe más bulliciosa y maleante de esta ciudad, carpinteros de ribera los unos, los otros fabricantes de cuerdas de cáñamo para la marina. ¿Quién no ha visto en los puertos de mar la interesante obra de torcer el cáñamo, al aire libre, obteniendo los cabos de diferentes gruesos, desde las guindalezas y calabrotes hasta las sutiles drizas para izar ban-

deras? *Menadors* son aquí los que dan vueltas á la rueda, *filadors* los que con el cáñamo liado á la cintura hilan y tuercen andando hacia atrás. Estos, y los calafates y careneros, y los manipuladores de filástica, constituyen un gremio característico en todo pueblo de costa; gremio que vive en salvaje independencia, con tanto desahogo de costumbres como de lenguaje. Antes de que yo pudiera decir á Diego Ansúrez lo que me proponía, él y los que le acompañaban me preguntaron con viva impaciencia: “¿Llegaremos á tiempo?”

—¿De qué, señores? ¿A dónde van ustedes?

—A ver el fusilamiento... Nos han dicho que han cogido á los Príncipes.

—Es verdad. Acaban de llegar Sus Altezas.

—¿Pero no fusilan? ¿Qué es esto?—me dijo en catalán, echando fuego por los ojos, uno de los *menadors* más decididos.

Me reí de la bárbara inocencia de aquellos hombres, tan apartados del sentir general y del flujo de la opinión. Y uno de ellos, que era sin duda el más inocente y el más bárbaro, gritó con desaforadas voces: “¿Pues no son esos los causantes? ¡Vaya una justicia de porra! ¿Y qué significa el ofrecer diez mil duros por esas cabezas? ¿Para qué quieren esas cabezas si no es para pegarles cuatro tiros, ó cien tiros, una vez cogidas?”

—Creímos—gritó otro, ávido de extermi-

nio—que con sólo identificar las personas... cuatro tiros... y á paseo.

—¿Pero es verdad que no hay fusilamiento? ¡Nosotros, que veníamos tan alegres á verlos caer patas arriba!„

Traduzco lo que querían decir, no la viveza y gracia de la dicción catalana expresando tales atrocidades. Que el que esto lea lo adivine... Al fin, desengañados, viendo por tierra sus justicieras y trágicas ilusiones, siguieron con Ansúrez y conmigo hacia el centro de la ciudad, por si faltaba algún acontecimiento que diera efusión á sus almas inquietas, ardorosas. Lo que vimos no fué, en verdad, muy interesante para ellos; para mí sí, pues me siento encariñado con las decadencias históricas, considerándolas como el completo derribo de una época, que nos permite cimentar en el mismo solar otra más fuerte y vividera. Quizás me equivocaré; quizás la vulgaridad é insignificancia del fin de la famosa intentona no remata la brutal epopeya carlista, sino que es un falso desenlace, como los que en las obras de imaginación sirven para preparar mayores enredos y trapatuestas.

Contaré que después de refrescar con Ansúrez y su gente en un figón próximo al Arsenal, vimos un espectáculo que al pueblo sirvió de diversión, y á mí de grave enseñanza por las razones expuestas... De la Comandancia salieron los serenísimos Príncipes, ó si se quiere, el augusto Monarca y su hermano, con los mismos trajes que al

entrar llevaban, revelando ya reciente cepilladura: los pantalones habían sido remediados de cascarrias, no de los flecos que colgaban por abajo; los hongos de seda ya no tenían polvo, pero los agujeros de los guantes seguían ventilando los dedos. Era lástima muy distinta de las otras lástimas la que inspiraban aquellos señores tan mal trajeados, y que ni con su humildad y cortesía, ni con la distinción de sus maneras, lograban inspirar respeto. A su lado iba el Comandante General hablándoles no sé de qué: debía de ser de algo referente al buen tiempo que disfrutamos. ¿De qué se habla á los Reyes? Y á Reyes y á Príncipes como éstos, que sólo parecen tales por el hecho de que hay ilusos que se dejan matar por ellos, ¿qué se les dice? Comprendí lo comprometido que debía verse el Comandante General para dar conversación á tales prisioneros. Al otro lado iba el Conde de la Torre del Español, Alcalde de Tortosa; detrás más militares y dos canónigos de la Catedral... Estos hablaban entre sí... ¿Qué dirían?

Batidores de este cortejo eran los chiquillos que iban delante, haciendo cabriolas. A un lado y otro, mujeres y hombres del pueblo contemplaban el paso de los hijos de don Carlos María Isidro. ¿Qué pensarían? Tal vez en la mente de todos revivía el trágico fin de Ortega, la figura del caballero que sabe morir por una idea ó por un error. ¡Cuánto más hermoso y más grande el aventurero castigado que el falso Rey sin majes-

tad y sin corona, pues ni aun la del martirio ha sabido conquistar! El pueblo no pensaba sino que aquel pobre señor y su hermano estaban mal de ropa. Peor estaban de entendimiento... Al fin, gracias á Dios, había concluído el aprobio del escondite. ¡Lo que habrían sufrido, teniendo que dormir en pajares, comiendo porquerías, y sin las satisfacciones que da la etiqueta á los que de ella disfrutaban por el lado ancho! Pero ya estaban alojados dignamente; ya iban á ocupar la vivienda que se les había preparado conforme á su rango elevadísimo. Poco tuvieron que andar por las calles: la Comandancia de Ingenieros, donde se les instaló, no estaba lejos.

Nos contaron que nada falta allí de lo que puede hacer grata la existencia de Príncipes trashumantes. Verdad que se tapiaron puertas y se reforzaron ventanas, y se pusieron centinelas en todos los costados del edificio, á fin de garantizar la seguridad de los presos. ¡Escaparse ellos! ¿Para qué? ¿Y á dónde habrían de ir que estuvieran mejor? Ya sabían que no se les haría ningún daño, y que la prisión, los cerrojos y guardias, no eran más que aparato regio de comedia para sostenerles en su ilusión de testas coronadas. Cuando vieron la buena casa que tenían, ¡ay! se llenaron de gozo, y preguntaron si había capilla. ¡Ya lo creo que había capilla! Y si no, ¡ay! pronto se la habrían improvisado. Pidieron los serenísimos caballeros con gran fervor que se les dijese misa

todos los días, pues llevaban mucho tiempo privados del consuelo religioso... ¡Pobrecitos! Y como Dios les quiere tanto, por ser Dios primer lema de su bandera, ¿qué menos hacer podía que visitarles á menudo?... El que en pensamiento no les visitaba era Ortega. Oí que ni una sola vez preguntaron por él.

Vista la marcha nada triunfal de los asendereados pretendientes, me bastaron pocas palabras para entenderme con Diego Ansúrez, el cual fué tan expresivo en su alegría por llevarnos, como yo en mi gratitud por favor tan grande. Pero no estaba próximo como yo pensaba el día de la partida, porque la carena del falucho en un playazo de Los Alfaques no había terminado: con esta faena y la de la carga había para una semana. Propúsome luego que nos trasladásemos á Amposta, donde él nos proporcionaría un holgado y no costoso alojamiento... Aún fué más allá su bondad ofreciéndonos una barca bien acondicionada, en la cual podríamos bajar al son de la corriente, paseo delicioso en las noches de luna... Cuando fuí á mi casa con estas nuevas y el plan de salida, Donata me conoció en el rostro la alegría que yo llevaba. Poco tardó el contento en pasar de mi corazón al suyo; y en ella se movió y enardeció tanto la voluntad, que toda espera le parecía larga, y se puso á recoger la ropa con idea de partir esta misma noche... En clase de varón prudente, eché frenos á su impaciencia. “¿A qué tanta pre-

cipitación?... No vamos á apagar ningún fuego... Partiremos mañana.,,

XXIX

Amposta, Abril.—Contentos partimos, no sin dejar alguna fibra de nuestros corazones prendida en la bella y hospitalaria Tortosa, en su buena gente, en los leales amigos que allí dejábamos. ¡Qué hermosura de viaje; qué navegación maravillosa por la corriente del ensueño, por un río de plata, bajo un cielo de intenso azul! La luna llena, lámpara rostral, iluminaba y miraba el agua por donde íbamos, y la tierra de una y otra ribera. Su claridad penetraba en nuestras almas, y nuestros ojos requerían los ojos cóncavos del planeta y su boca sin sonrisa. La redonda cara corría ladeada por el cielo, y nosotros, después de mirarla en lo alto, la veíamos abajo, en el cristal sereno y profundo. ¡Oh Ebro, español río, cuán soberano y bello al dejarte caer perezoso con toda la hinchada pompa de tus aguas en los brazos de la mar!

En la primera parte de la expedición íbamos mudos, subyugados de la hermosura que nos rodeaba; luego cada cual empezó á lanzar del alma sus observaciones; cerca ya de Amposta, Donata, más comunicativa que yo, me dijo: “Voy confiada en la protección de la Virgen. Verás cómo no nos pasa nada,

y salimos tranquilamente de este río para el mar grande, que nos llevará lejos. No me engaño, no, en esta confianza. Aunque mucho he pecado, y pecando estoy siempre, la Virgen me saca de mis tribulaciones. La Virgen no castiga, la Virgen á todos ama, intercede por los pecadores, y perdonándonos nos enseña á ser buenos... La Virgen es la verdadera cristiandad. ¿No lo crees así?„

Respondí afirmativamente, pues no era cosa de ponernos á discutir en medio de las aguas, ni tampoco estoy seguro de que sea un error el giro absolutamente feminista que algunos dan á la idea religiosa. Donata, con más calor de frase, prosiguió así: “He prometido á la Virgen que tú y yo haremos alguna penitencia para ganar méritos que nos alivien del pecado... Yo digo: el que no haya casamiento, porque no puede haberlo, ¿quiere decir que nuestro amor no tenga la indulgencia divina? Estas son mis dudas.„

Y las mías también. Ví que la testarudez de Donata no abandona la idea de que yo me vista las negras ropas. ¡Arcano inmenso de un alma enamorada! Preferí sortear con frases ambiguas este endiablado problema. Y ella: “La Virgen nos dirá lo que debemos hacer... La advocación de la Cinta será siempre para mí, donde quiera que esté, la más venerada, la que más adentro se mete en mi corazón... También adoro la de la Providencia, y aquí en mi pecho llevo en un saquito, como escapulario, las estrellitas milagrosas, que son el juguete de los

angelicos en el Santuario de *Mitan Camí*.

Ya conocía yo estas estrellitas de cinco picos, que no son más que fósiles, denominados por la ciencia *encrinites*. Las tortosinas las veneran como objeto milagroso, y algunas hacen y toman caldo de ellas creyéndolo el más excelente específico tocológico. Millones de estos fósiles diminutos se encuentran en un cerro próximo al santuario de *Mitan Camí*, llamado también *de Cabrera*, porque en él tuvo su beneficio, cuando estudiaba para cura, el famosísimo guerrillero. No quise cuestionar con Donata, ni destruir la leyenda del carácter sagrado y milagroso de los *encrinites*. La dejé seguir en su enumeración de los piadosos objetos que lleva, como preservativos contra el mal, en las aventuras que vamos á correr. "Sabrás también, *Confusio* mío, que traigo conmigo una *rosa de Jericó*. Creí que no podría conseguirla; pero Polonia se desvivió por darme gusto, y entre ella y don Jesús convencieron á una señora de las principales de la ciudad para que me cediera la flor... No creas: es legítima, del propio Jericó, que bien probado con escrituras lo traen los vendedores de estas cosas...

—Sí, sí: no hay duda; legítima será — dije yo lleno de indulgencia ante tales errores, convencido de que es más fácil convencer al Ebro de que se vuelva atrás y se suba hasta Reinosa, que arrancar del cerebro de mi odalisca las nefandas supersticiones que en él se han hecho fósiles. No sé quién dijo que

nadie entrega sus ideas para que le pongan otras. Lo que llamamos conversión no existe en la realidad; es siempre un engaño del catequizador ó del catequizado.

Medianamente instalados en Amposta, aguardábamos tranquilos el día del embarque. Me encantaban, en aquella antesala del delta del Ebro, la amplitud de horizontes, el aire salino, la frescura que enviaba el mar con vigoroso resuello. El terreno bajo, palustre, nos ofrecía por el lado del Naciente la extensa marisma, hibridación pintoresca de la tierra y las aguas... Al ser de día, el paisaje anfíbio que en la noche de nuestra llegada apreciamos vagamente á la luz ensombradora de la luna, se nos reveló en toda su grandeza, no ya iluminado de plata, sino de oro. Al sol, la marisma era más risueña, más rica de color, más hirviente de vidas zoológicas, más reveladora de lo infinito.

Desde el primer día, nos hicimos á una vida placentera, descuidada. Donata encontró amigas sin salir del posadón, y yo, por la amistad de Ansúrez, trabé conocimiento con innumerables personas que vivían del esquileo de tierra y mar: pescadores, cazadores, explotadores del carrizo y la enea. Se me pasaban los días cazando *collverts* en los tortuosos canalizos, embarcado en mi chalana con dos ó tres amigos, ó bien recorriendo á pie descalzo los barrizales, con descanso y merienda en ésta ó en otra barraca. Alguna vez nos acompañó Donata en la navegación de chalana por los caños salo-

bres, ó nos íbamos en lancha por el canal grande á comer la sabrosa *sopa de raps* con los calafates que carenaban el falucho en San Carlos de la Rápita... ¡Qué agradables almuerzos y meriendas, sentados en la arena entre gentes sencillas, oyendo el suave rumor de los besitos que daba el mar á la playa!... Frente por frente veíamos la Punta de la Baña, que resguarda la bahía de Los Alfaques, y detrás la faja azul del Mediterráneo, que nos decía: "Venid á mí, y os llevaré á las partes más bonitas del mundo."

Sorprendiéronos una mañana la grata visita de don Jesús, el Castrense, que ha venido á pasar un par de días con nosotros. Al punto se agregó á mis expediciones de caza y pesca, pues no hay otro más aficionado á esta clase de ejercicios... Como aquí me siento tan alejado del mundo, no me afectan los cuentos que don Jesús me trae del fin y desenlace de la *ortegada*. En su cómoda residencia de la Comandancia de Ingenieros, el titulado Rey Carlos VI hizo formal declaración de renuncia de sus pretendidos é ilusorios derechos á la Corona. ¿Quién pudo pensar que á la trágica epopeya del Carlismo se le pusiera una escena final de comedia pedestre? Al bajar el telón sobre tal escena, ¿no se oirá la silba en el Polo Norte y en el Polo Sur? ¡Y para esto vinieron al mundo Cabrera y Zumalacarregui, y anduvo en loca peregrinación don Carlos Isidro, llevando á rastras la *Generalísima* su Patrona! Dijeron el Rey y su hermano en su de-

claración que hacían la renuncia por libre y espontánea voluntad. ¡Pobrecitos, qué buenos son, y cuánto debemos á sus corazones magnánimos!

Más interés tenía para mí lo que de nuestra patrona Polonia nos contó don Jesús. Ya la tiene tan adestrada en las prácticas de la buena administración, que bien podrá poner una fonda de las grandes y desenvolver en ella su negocio. Polonia es mujer de mucha disposición natural, y don Jesús un hombre muy práctico... Cuando la conoció, el gravísimo defecto de ella era su querencia de las supersticiones más ridículas. Si un huésped era reacio en el pago, encendía velas á San Antonio. Ponía los chorizos en cruz para que no se los robase la cocinera, y tenía repuesto de agua bendita para rociar los garbanzos duros... Y entre tanto, un desbarajuste horrible en la administración, y el más lamentable desarreglo de cuentas. Pues el don Jesús la curó de estos despropósitos con su cariñosa enseñanza. ¿Cómo? ¿Qué medios empleó? “El palo, querido *Confusio*—me dijo mi amigo,—el palo, y crea usted que no hay otro medio... Materialmente no empleé bastón ni garrote... ha sido con la mano, á bofetada limpia... Convénzase usted de que á estas hembras criadas á lo moro no hay otra manera de enderezarlas y de enseñarles el Catecismo de la vida práctica, para que ellas vivan y hagan llevadera la vida de los demás.”

Estas y otras cosas muy entretenidas me

contaba don Jesús, divagando por los carrizales, juncales y espadañales, donde viven las innumerables repúblicas de ánsares, cercetas, guardarríos y fúlicas. También se ven por allá parejas de los flamencos de zancas rojizas. Imaginad las aún más populosas repúblicas de moluscos, lombrices y gusarapos, que sirven de alimento á tantísimas aves, así nadadoras como andariegas... El último día que aquí estuvo don Jesús, salimos con varios amigos *caberos*, que así llaman á los habitantes de aquellos partidos pantanosos, y nos fuimos al de la Enveja, río abajo, por la derecha orilla. Toda la tarde estuvimos en la persecución de los pobres patos: fuí yo más afortunado en mis tiros que el Castrense; y éste, picado del amor propio, se corrió con dos *caberos* muy prácticos hacia la parte más intrincada de la marisma, donde los carrizos y cañas forman un espeso matorral, en muchos sitios inaccesible.

Oímos tiros de nuestros compañeros; pero tan de tarde en tarde, que seguramente no hacían cosa de provecho. De pronto, el lejano tiroteo arreció, y tan repetidos fueron los disparos que nos alarmamos. Ya la curiosidad y el temor nos llevaban hacia allá, cuando vimos venir á don Jesús despavorido, y á los dos *caberos* detrás gritando como energúmenos... ¿Qué pasaba? Pues que por aquella espesura andaba un grupo de cazadores intrusos que más bien parecían bandidos. Después de insultar á nuestros amigos, les

habían hecho fuego. Gracias que de milagro no les tocó ninguna bala... Fuí de parecer que debíamos escarmentar á los intrusos; mas un *cabero* me atajó el paso, diciéndome: “No vaya, don Juan, que son gente mala, tiradores de primera...”, Ví que á una distancia como de cien pasos se agitaban las cañas... y entre ellas aparecieron hombres, hollando con pisadas de paquidermo la lozana vegetación. Uno, más insolente que sus compañeros, saltó de los cañaverales como furioso jabalí, y en dirección de acá lanzó amenazas ó burlas que no entendimos. Cuando yo le apuntaba, el *cabero* me gritó: “Quieto, quieto, que es el Arcipreste...”

—Aunque sea el Obispo,—repliqué con la obstinación que me daba la conciencia del peligroso lance. Los *caberos* se abalanzaron á mí, parándome los movimientos, y don Jesús me dijo: “Si no le hostigamos, no nos embestirá. Así es el león, así el jabalí: como no le hagan fuego, pasa tan tranquilo...”, Miré al hombre, que á distancia se mantenía en un claro del ondulante bosque de cañas: sus facciones no pude distinguir; mas por el aire y la estatura me pareció, en efecto, *don Juanondón*. Le ví alzar y agitar los brazos, que se me figuraban aspas de molino, y claramente llegaron á mi oído estas voces: “¡Eh!... *Confusio*... aquí estoy. ¿No me conoces?... Yo á tí te conozco... Hasta luego, hijo... Ya nos veremos...”, Los penachos de las cañas oscilaron de nuevo, y desapareció la figura...

XXX

Las grandes superficies de agua conducen muy bien el sonido. Prestando atención é imponiéndonos silencio, oíamos salpicar en el espacio sílabas de palabra humana, que se confundían con el lenguaje de las aves de la marisma. Era la conversación del Arcipreste y los suyos alejándose por los fangales de la Enveja, al través de carrizos, charcos, salinas y espesuras de eneas y barrillas. Un *cabero*, que era como cabo de nuestra partida, apodado *El Topo*, me dijo: "Van á los altos de Muntciá, donde duermen. Todo el día andan por aquí de caza y pesca... No se puede con ellos: donde quiera que van, se hacen los amos..," Como yo le indicara que la Guardia civil podía bajarles los humos, *El Topo*, con grave acento semejante al que usan los políticos, me contestó: "Nosotros los *caberos* no nos pondremos nunca de parte de los que dañen á don Juan, porque don Juan es bueno, aunque cábecilla, y socorre á los pobres de la Enveja y de la Caba, de Camarles y Campredó, sin distinguir *carlinos de isabelos, ni asolutos de liberales*..,"

Volví á mi casa, ya cayendo la tarde, sin poder disimular mi inquietud. El Castrense, bien enterado por Polonia de mi situación ante el Arcipreste, me aconsejó que,

para evitar alguna escena desagradable, nos fuésemos á San Carlos tempranito, y nos metiésemos á bordo del barco en que hemos de partir. Parecióme atinado el consejo, y en cuanto despedimos á nuestro amigo, que tornó á Tortosa en burro, comuniqué á Donata mis inquietudes y el plan de ponernos en salvo por la vía de agua más corta. Menos temerosa que yo, Donata confiaba con cerrada convicción en el amparo de la Virgen... Yo pensé que, sin dejar de fiarnos de la Virgen, debíamos correr todo lo que pudiésemos. Y nuestras prisas coincidieron con las órdenes de Ansúrez, que al partir nos dejó recado de que no nos descuidáramos, pues el barco estaba listo para darse á la vela... Si el enemigo desde tierra nos expulsaba, el amigo nos llamaba con cariñosa voz desde el mar. Dios hablaba por él, y á Dios nos confiábamos en tan críticas horas.

No me fué muy fácil encontrar embarcación que nos llevara cómodamente: la lancha de pescadores que á duras penas conseguí no era nueva ni grande; mas la tuve por suficiente, y en ella nos embarcamos con dos chicos marineros que manejarían los remos ó la pértiga, según lo indicara el practica je por aguas de tan variado fondo. Retrasados por la tardanza en encontrar embarcación, dadas las siete metimos á bordo nuestros equipajes, mi escopeta y cartuchos, luego nuestras personas, y en marcha, aguas abajo.

Navegamos sin contratiempos unas dos horas; después se nos varó la embarcación por impericia de nuestros pilotos. Fué menester cargar á popa los baúles y el peso de Donata, mientras yo y los marinerillos, metidos en el agua, empujábamos hacia atrás. Cuando logramos coger de nuevo la parte del canal donde hay más fondo, seguimos bogando adelante... De improviso sonaron voces por babor: venían de los canalizos que comunican con el estanque de Algady... Donata palideció y me dijo: "Es la voz de Rufulet, es la voz de Gasparó... No podemos escapar. Sería preciso volar, y aun volando nos cogerían...", Apenas dicho esto, ví que tras de nosotros, por un canalizo que desembocaba entre juncos, apareció una chalana. Ya no había duda. En ella venía el Arcipreste, y él movía con vigoroso brazo la pértiga que impulsaba la frágil embarcación. Cuando apareció la nave enemiga, estaría como á sesenta brazas de la nuestra; pero la distancia por momentos se acortaba, y el Arcipreste parecía reducirla más con estos feroces gritos: "¡Cabra loca, detente!... Ya no te me escapas... Y tú, más loco que la cabra, pára el remo, si no quieres que yo te le rompa en la cabeza.."

Furioso cogí mi escopeta. No soy buen tirador; pero en aquel momento de ceguera y coraje, confiaba en que mi intento pudiera más que mi puntería. Con más presteza que yo, Donata acudió á impedir mi movimiento. "No no, Juanico mío... será peor si le

das... Estamos cogidos. Sávenos la Virgen nuestra Madre.,,

No tardé en comprender que toda defensa era inútil. Tras de la primera chalana aparecieron otras... Conté tres, cuatro. El cabezudo Ruiz tenía también su escuadrilla, y suyos eran en la marisma el fango y el agua. ¿Contra una potencia terrestre y marítima, qué podíamos nosotros?... Acortamos remo, y él llegó ávido. Soltando la pértiga, echó la manaza á la borda de nuestra lancha para abarloar las dos embarcaciones. Hecho esto, saltó á la mía, diciendo con horrible sarcasmo: "¿Creyeron mis amigos que les dejaría marchar sin darles mi despedida? ¿Eso creíais, sinvergüenzas, canallas?... Por los cojilondrios de San Rufo, que hubiera sentido no poder echaros mi bendición antes que saliérais á la mar. Ya os tengo cogidos... Reíos ahora de mí, cojilondrios; llamad á la Guardia civil marítima para que os defienda... llamad al general Dulce y á la putativa de su madre; llamad á la Isabel con toda su corte, ó á O'Donnell con su ejército... ¡Ja, ja!.,

Ni Donata ni yo dijimos nada. Aterrados, mudos, sin otra idea que la de nuestra pequeñez ante la grandeza del enemigo que con su poder nos abrumaba; absolutamente convencidos de que nadie había de venir en nuestro socorro en aquella soledad, éramos como condenados á muerte que ya no pueden pensar más que en un morir digno. Conté los tripulantes de la escuadrilla: eran nueve. Apenas entró don Juan en nuestra

lancha, dió un cosque á cada uno de mis marinerillos, y les mandó que se fueran á la chalana. De ésta pasó á mi embarcación *Rufulet*, cuya imponente corpulencia vale por media docena de hombres. Estábamos, pues, no sólo vencidos, sino maniatados, y con el filo del cuchillo en la garganta. Rápidamente pensé yo: “¿Qué hará este bruto? ¿Nos degollará? ¿Nos tirará al agua? Puede que me mate á mí solo, y se lleve á Donata,... En momento tan angustioso, miré en derredor y no ví más que algunos patos que al ruido de las embarcaciones tomaban tierra, y graznando se alejaban por entre cañas... Envidié á los patos; envidié á las anguilas que bajo las aguas deslizan sus resbaladizos cuerpos entre el fango; envidié á los pulpos, á las almejas y á los más diminutos bicharracos de la Creación... En este paréntesis de mis envidias estaba yo cuando don Juan, cogiendo mi escopeta como si quisiera desembarazarme de un estorbo, la dió á un mocetón de la chalana más próxima, y á mí me dijo: “¿Para qué quieres tú este chisme, *Confusio*?... ¿Escopeta un teólogo? ¡Ja, ja!...,”

Donata permanecía como estatua. En su palidez marmórea, en la tensión de los músculos de su cara, ví una conformidad de tanta fuerza como el heroísmo. El Arcipreste hablaba por los tres. “Veo que estáis resignados—nos dijo sentándose en el borde de la lancha, mientras *Rufulet* remaba solo.—Comprendéis que tengo razón, y que el que me la hace, me la paga.” Miré á Do-

nata. Creí leer en su mirada fija esta terminante admonición: "Callemos... dejémosle que desfogue la barbarie...", En esto llegamos á un ensanche del canal, formando como una bahía casera para naves de juguete. Con fuerte voz, don Juan mandó echar anclas. La escuadrilla, con admirable maniobra, formó un círculo en derredor de la que llamo mi lancha, que ya no era mía, sino del enemigo, y dió fondo, arrojando al mar, no las anclas, que esto allí no se usa, sino las *potalas*, una piedra suspendida con una cuerda. Mientras daba fondo la armada vencedora, el Arcipreste mandó que se sirviese la comida, pues eran las doce, según indicó la altura del sol, que allí no había cronómetros, sextantes ni astrolabios.

En una de las chalanas ví una parrilla sobre plancha de hierro, donde ardían palitroques, enneas y cañas secas: era la cocina. El almuerzo consistía en ruedas de saboga asadas, vino y pan. Hiciéronnos los honores que se deben á los reos en capilla; Donata y yo fuimos los primeros á quienes se sirvió el frugal almuerzo, naturalmente sin platos ni servilletas, ni más cuchillos ni tenedores que los santos dedos... Pero Donata y yo, con el pie en el patíbulo, estábamos absolutamente desganados. Quedóse mi amada con la saboga y el pan en la mano, sin rechazarlo ni comerlo; yo rechacé mi parte cortesmente... "No tenéis gana—dijo el Cura;—yo sí, que esta vida de mar da mucho apetito.", No pude contenerme más tiempo

dentro del horrible cerco de mi angustia, y con más dignidad que arrogancia dije á mi enemigo: "Señor don Juan, sepamos pronto, pronto, en qué ha de parar esto. Nada puedo contra usted... Usted puede matarnos, arrojarlos al agua, sin que nadie más que Dios le pida cuenta de su crueldad.

—Puedo mataros, echaros al agua con una piedra al pescuezo; puedo hacer lo que me dé la real gana,—dijo el Cura flemático, comiendo y saboreando el pan y la saboga.

—Dígalo claramente. Somos cristianos y queremos prepararnos para morir.

—¡Pues no tienes poca prisa! Calma; dejadme comer. Después hablaremos... ¡Estaría bueno que os matara sin atormentaros antes un poquito!... Ea, chicos, traed ese porrón, que tengo sed.,,

En esto se levantó Donata de la tabla de popa en que había permanecido desde el abordaje, y se llegó á la cuaderna mayor de la nave, donde estábamos el Arcipreste y yo. Noté en ella una lividez extremada, y vibración rápida de los músculos de su boca. Con actitudes y contorsiones que me parecieron epilépticas, se inclinó hasta tocar con sus dedos el agua. Mojados los dedos, se santiguó... Después sacó del pecho un haz de ramas secas, semejante á una escobita, y lo mojó en el agua, diciendo con tartamudez: "¿Es salada ya... ya salada?

—Salada es,—murmuró el Arcipreste, que contemplaba con estupor á mi odalisca.

—Salada—repitió Donata,—y como sala-

da bendita. Todo el mar es agua bendita... ¡Salve, Madre de Dios, estrella del Mar!...,

Con la prodigiosa escobita, que hacía veces de hisopo, roció al Cura tres veces, diciendo con voz grave, cavernosa, que yo no había oído nunca en ella: "En nombre de la Reina de los Cielos, de la Tierra y del Mar, te mando que huyas, enemigo de las almas, y dejes en paz á estas infelices criaturas pecadoras, que á Dios darán cuenta; á Dios y á la Virgen, no á tí, que eres malo. Si has tomado forma de diablo para atormentarnos, suelta esa forma vana y mentirosa, ó vete con ella á los Infernos...," Así concluyó el exorcismo; y una vez dicha la última palabra, cayó Donata al fondo de la barca, como si con el esfuerzo de su voz mística quedase rendida y exhausta. Era una epiléptica, una iluminada, que en momento crítico recibía fuerza y voz de los espíritus celestes para combatir á los malignos... Contagiado yo de aquel delirio, también quedé mudo y paralizado de todos mis miembros, y en el Arcipreste advertí, cuando acudió á levantar á Donata, temblor de manos, fruncimiento de cejas y alteración total del fiero rostro.

Rociamos con agua bendita, esto es, agua salada, el rostro de la iluminada mujer, y cuando la tuvimos medio repuesta de su arrebató místico, sentadita en la tabla, con el apoyo y sostén de mis brazos, don Juan, en tono muy distinto del que había usado hasta entonces, habló así: "Ni tú, gran mo-

cosa, ni ningún nacido me gana en devoción á Nuestra Señora... Pero esos arrumacos estaban de más. Suprímelos para otra vez. Yo, sin perder la chaveta con supersticiones y tonterías milagreras, digo con toda mi alma, cuando el caso llega: *T'ú, Señora, —dame agora—la tu gracia—toda hora—que te sirva—toda vía...* Si me hubiéseis dicho esto cuando entré en vuestra barca, yo os hubiera respondido:—No os haré ningún daño. Vengo no más que á despediros y á daros consejos., Dicho esto, dió la orden de levantar anclas, ó sea *potalas*, y navegando la escuadrilla con rumbo hacia La Rápita, don Juanondón escondió las uñas de su fiereza, aunque no las de su ironía.

“Sois felices, y os queréis mucho, ¿no es verdad? Pues á tí, *Confusio*, te felicito. No te llevas una mujer, sino una santa. ¿Has visto alguna vez beatería más recargada de supersticiones que la de tu odalisca? Así la llamas: lo sé todo... Pues á tí, Donatilla, también te felicito. Te llevas, no diré un hombre, sino un profeta, un sabio, un padre de la Iglesia. Entre los dos vais á reformar el mundo. ¡Ja, ja!,”

Luego moduló suavemente su tono hasta llevarlo á esta humana y más verdadera expresión de lo que sentía: “Eres un gran majadero, *Confusio*; eres un chiquillo sin conocimiento, esclavo de tu imaginación y de las mil vaciedades románticas que has sacado de los malditos libros... ¿Te acuerdas de lo que hablamos aquella tarde en el bodegón

de Llopis? ¿Has olvidado lo que te dije? Pues te dije que en la vida, y no en las bibliotecas, debes atracarte de lectura y estudio. En fin, ya estás aprendiendo, y mucho más aprenderás en la compañía de esta visionaria... Ya verás, hijo. No te arriendo la ganancia... Recordarás que te encajé mi teoría de que todo cuanto bueno hay en el mundo es para nuestro goce, y que Dios no hizo á la mujer para que la despreciemos, sino para todo lo contrario... No la hizo de piedra, sino de carne. ¿Por qué no me dijiste entonces que querías á Donata?... Yo te la hubiera cedido... gustoso, sí, gustosísimo. Ya estaba yo pensando en el cómo y cuándo de colocarla....

Esta declaración del maldito Arcipreste me llenó el alma de turbación, de vergüenza... No había yo conquistado una mujer, sino robado una esclava, como pude haber cogido furtivamente la cabra ó el gallo del vecino. Socialmente considerada mi aventura desde el punto de vista del Arcipreste, era el más lamentable desengaño. Callé para evitar discusiones que habrían embrollado las cosas. Se me hacían siglos los minutos que tardábamos en perder de vista al diablo de Ulldecona. Para fastidiarme por completo, me dijo: "Pues tus aficiones te llaman á la Teología y á la vida eclesiástica, persevera en ellas, que por tu talento has de llegar á donde llegan pocos. Con esto, y la guapa sobrina que te llevas, serás dichoso...." Nada contesté... temía encenderme

en cólera... Miré á Donata, y en su rostro sorprendí la ola de satisfacción que levantaban en su alma las ideas del que fué su señor. Para ella, el cambio de dueño había sido un triunfo, la realización del vago adulterio de amor libre y delirio religioso. Para mí, ¿qué era? No lo sabía entonces, no daría con el *quid* de mi problema psicológico, mientras no pudiese reflexionar y sondearme á gusto en la soledad del mar.

¡El mar! ¡Oh! ya estábamos en él... La Rápita desplegó ante mis ojos su espléndido panorama. Remando fuerte, llegamos al falucho, en franquía ya, dispuesto para salir. Antes de que transbordáramos, don Juan nos dió los últimos consejos. "Sed buenos y no escandalicéis, ó escandalizad lo menos posible... Al acecharos y perseguiros hoy, no ha sido mi objeto haceros daño, sino daros un gran susto, y luego despediros con afectos y con mi bendición. Donata, mira lo que haces: persiste en tu amor á la Virgen, pero sin arrumacos ni requilorios. Tú, *Confusio*, métete en lo eclesiástico, que ese es tu camino y para eso has nacido. Yo me quedo aquí amparando á los pobres, y mirando por la guerra, que la guerra es la sacudida que damos al pueblo español para que se despabile y aprenda á tomar lo suyo... Porque todo es suyo... y nada es del maldito Gobierno... Con que adiós, hijos míos. Se me olvidaba deciros que si para el viaje necesitáis dinero, á prevención he traído mil reales....,"

Le dimos las gracias, sin aceptar su generosa oferta. Subimos al barco, y el buen An-súrez mandó levar anclas, pues no esperaba más que por nosotros. Desde la borda miramos á *don Juanondón*, que con vaga tristeza nos saludaba moviendo cabeza y manos. No sé qué casta de diabólica filosofía se aposentaba en el ánimo de aquel hombre malo y bueno, según Donata. ¿Sabréis vosotros, nobles Marqueses de Beramendi, descifrar este complicadísimo enigma? ¿Y de mi aventura qué decís? ¿Pensáis que voy contento, que voy triste? ¡Ay!... se puede apostar á que tampoco me descifraréis esto. ¿Hallaré junto á Donata el apacible y durable encanto de amor, ó tendré que salir un día gritando: ¿Quién me compra una odalisca?

No sé, no sé más sino que ya estoy en la mar, y que la mar me da todos sus alientos. ¡Oh, qué grandeza de horizontes, qué frescura de aires, y en las ideas que aquí surgen de mí, qué amplitud, qué extensión de esperanzas! Algo me ha de traer la vida más allá de estos términos del agua movible... Adiós, hechos pasados que entrego al papel... Hechos futuros, ¿dónde iré á buscaros?...

Nota para concluir. Al comienzo de mi relato de la salida de Amposta, poned fecha de Vinaroz. Aquí lo escribo, y aquí lo firmo con el clarísimo nombre de *Confusio*.

{FIN DE CARLOS VI EN LA RÁPITA

Madrid, Abril-Mayo de 1905.

EPISODIOS NACIONALES



LA VUELTA AL MUNDO EN LA NUMANCIA



Es propiedad Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejempla-
res que no lleven el sello del
autor.



B. PÉREZ GALDÓS
EPISODIOS NACIONALES
CUARTA SERIE

LA VUELTA AL MUNDO
EN
LA NUMANCIA

1.000



MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

LA VUELTA AL MUNDO

EN

LA NUMANCIA

I

Divagando por el *Marè Internum* en el falucho de Ansúrez, con pacotillas comerciales de Vinaroz á Denia, de Torrevieja á Ibiza, ó de Mahón á Cartagena, pasaron Donata y *Confusio* luengos días apacibles, sin inclemencias azarosas del viento y las aguas. En la dulce soledad marítima, aprovechando el ocio de las bonanzas, contó Diego Ansúrez á sus amigos diferentes sucesos festivos y graves de su inquieta vida, desde que abandonó á la familia y al padre para lanzarse á correr ásperas aventuras de mar y tierra; y lo que mayormente sorprendió y cautivó á los amantes, fué la forma ó modo peregrino con que hubo de encontrar y conocer á la hembra que tenía por esposa, ó cosa tal... El singularísimo hallazgo de mujer fué dispuesto por Dios con un golpetazo furibundo que á continuación se refiere.

En Febrero del 49 fué á Játiba Diego Ansúrez á negociar cambalache de aguardiente anisado por pieles y arroz (que así el menudo comercio cambiaba las especies, empleando el dinero tan sólo para las diferencias). Dos días no más estuvo allí; y cuando, ultimados los tratos y arreglos, á su vivienda se retiraba en noche tenebrosa por calles solitarias y torcidas, sufrió un grave accidente pasando al ras de los muros de un convento que llaman *Consolación*. Iba el hombre con el cuidado de la obscuridad echando las manos por delante, los ojos al suelo fangoso y á los traicioneros dobleces de las tapias, cuando de improviso le cayó encima un grande y pesado bulto... El golpe fué tremendo, más por la pesadumbre que por la dureza del objeto caído. ¿Qué era, vive Dios?

Si al recibir el topetazo pensó Ansúrez en el desprendimiento de un balcón ó de un trozo de alero, no tardó en reconocer que el bulto podía ser un disforme lío de esteras que tuviera por ánima huesos, lingotes de hierro, quizás un par de macetas con plantas arbóreas. El grito sacrílego que dió al sentir el trastazo en su cabeza y hombro derecho, fué contestado por un lamento que del propio bulto salía, el cual no era rollo de esteras, ni colchón relleno de objetos duros, sino un sér humano, grande como lo que llamamos persona... Al quejido siguieron voces que indudablemente delataban espanto de mujer... Dolorido del cuello y de

los lomos, inclinóse Ansúrez vomitando blasfemias, y vió ropas negras y blancas... El bulto calló, como si de la conmoción de su caída perdiera el conocimiento, y el hombre, para verlo mejor, se puso de rodillas diciendo: "*¡Ajos, cebollas, berengenas y cohombros!*... Yo pensé que era un pedazo de torre, ó un cacho de cornisa, y ahora veo que es usted una monja... Por poco me mata en su caída... diré mejor en su fuga... ¿Se descolgaba usted con esa sogá que tiene en las manos?... *¡Ajos y cebolletas!* ¿Por qué no cogió un chicote de más poder?... ¿Se le rompió antes de llegar al suelo?... Ya pudo avisar, señora, y yo me habría puesto en facha para recogerla... Por las verijas de San Pedro, que me ha derrengado un hombro, y me ha roto una oreja... y en el quiebro que hice creyendo que se me venía encima una torre, pienso que me he roto por la cintura, del dolor que siento, ¡ay!... A ver, comadre, si puede levantarse... ¡jupa! No puede... ¡Upa otra vez, valiente!...,

La señora monja parecía cuerpo muerto: sus manos ensangrentadas agarraban la cuerda tosca con presión formidable de los dedos, como si aún estuviera pendiente de ella; su rostro encendido, su boca entreabierta y muda, expresaban terror; sus ojos abiertos parecían privados de la visión... No tardó Ansúrez en acometer el más airoso lance de aquella singular aventura, y movido de su caridad ó de su gallardía caballeresca, probó á levantar en peso á la caída

y derrengada monja. Al primer esfuerzo, su energía titánica flaqueó por efecto del quebranto que en su propio cuerpo sentía; pero estimulados los músculos potentes por la más briosa voluntad que puede imaginarse, el atleta tomó en brazos á la señora y la llevó por el dédalo de calles, diciéndole: "Comprendo que su reverencia se ha escapado como ha podido... ¿Qué ha sido? ¿Malos tratos?... ¿ganitas de volver al siglo?... Serénese, y como no tenga su reverencia hueso roto, haga cuenta de que el salto ha sido feliz, y que no ha pasado nada..,"

No era saco de paja la mujer caída; antes bien, notó Ansúrez la carnosa opulencia de las partes próximas al apretón de los brazos de él. Por dos veces tuvo que aliviarse del peso para tomar resuello, y al fin dió con su preciosa carga en la posada donde tenía su alojamiento. Grande fué el asombro del huésped y de los dos amigos que esperaban al patrón del falucho para emprender el viaje á Denia. El primer cuidado de todos fué tender el desmayado cuerpo en un fermentido catre y proceder á su reconocimiento, por si las partes lastimadas en la caída reclamaban el auxilio del médico. No fué cosa fácil el examen, porque la esposa del Señor opuso toda la resistencia que su remilgado pudor monjil le imponía. Declaró que bien podían reconocerle cabeza y brazos; pero que á la jurisdicción de las piernas no permitiría que llegase mirada de hombres, aunque en aquella zona tuviese todos los

huesos partidos y deshechos. . Respetaron los discretos varones estos refinados escrúpulos, y serenándose más á cada instante la buena mujer, les dijo que sentía magulladuras dolorosas y quebranto en diferentes partes de su cuerpo venerable; pero que no creía tener fractura en ninguna pieza de su esqueleto, agregando que sufriría con paciencia, y hasta con gozo, todas las averías de la máquina corpórea, con tal de ver para siempre conquistada su libertad. Mientras así hablaba la monja, pudo hacerse cargo el buen Ansúrez de que su rostro no carecía de belleza y gracias, y apreciar la excelente proporción de partes y formas ocultas por el hábito dominico.

La mujer y criada del posadero encargáronse de curar y bizmar las erosiones y rozaduras de la religiosa, y de aplicarle compresas de vinagre allí donde era menester. Luego, por indicación del marino, quitáronle hábito y toca, vistiéndola con las prendas usuales del traje popular valenciano. Esta rápida metamorfosis dió mayor tranquilidad á la fugitiva del claustro. Ansúrez, que gradualmente se hacía dueño de la situación, recomendó á la familia posaderil que guardara impenetrable secreto sobre aquel extraño caso, y á la señora propuso que se dejase llevar fuera de la ciudad, pues no estaría segura mientras no pusiese entre su persona y el convento grandes espacios de tierra y de mar. Aceptó la señora sin vacilación, que su espanto le daba prisa, y

alas le ponía su atrevimiento. “Vamos, buen hombre; lléveme á donde quiera – dijo echándose del lecho y recorriendo la estancia con la cojera que le imponían sus doloridas coyunturas.—Lléveme lejos, lejos, á donde no puedan alcanzarme..”

Con el apremio que requerían las circunstancias dispuso Diego la partida. Pronto estaba la tartana. En ella metieron á la monja, acomodándola con almohadas y ropa de abrigo, y añadiendo mediano cargamento de provisiones de boca. Con Ansúrez y su venturoso hallazgo entraron en el coche dos amigos del primero: un marinero tortosino y un traficante balear. Partieron á escape... A las ocho de la mañana entraban en Denia, y sin detenerse en las calles corrían hacia el puerto. Antes de las nueve estaban á bordo del falucho, el cual, acelerando su despacho y listo de papeles y víveres, dió sus velas al viento, que era nordeste fresco y traía el lento son de las campanadas con que el reloj consistorial cantaba las once... Recostada en la borda, la prófuga lloraba de alegría, viendo alejarse el caserío dianense, las alturas del Mongó... después las rocas y el faro del cabo San Antonio... Creía soñar...

II

La continuación de estas noticias biográficas dejó en la memoria de *Confusio* y *Donata* los puntos más salientes, á saber: la edad de la monja fugada no pasaba, según su cuenta, de los veintiséis años. En el siglo llamábase Angustias, y había nacido en un pueblo próximo á Granada, de familia buena y humilde. Mal sonaba en los oídos de Ansúrez el tristísimo nombre de la que, arrojada de los aires y cayendo sobre él como un bólido, fué coscorrón y donativo de la Providencia; y así, cuando llegaron á completa concordia y se avinieron á recorrer juntos la cuesta de la vida, resolvió él con franca autoridad rebautizarla y ponerle nombre de *Esperanza*, que al ser pronunciado ensancha el corazón en vez de oprimirlo... Al mes no entero de la evasión efectuaron sus bodas, sin más trámite que su firme voluntad de correr igual suerte en lo futuro; y el día de Navidad de aquel mismo año 49 dió á luz doña Esperanza, en Palma de Mallorca, una niña, que puesta debajo de la advocación y patrocinio de la Virgen del Mar, se llamó Marina, y por elipsis del habla familiar quedó para siempre con el breve nombre de *Mara*. Este hecho del nacimiento de la criatura demuestra que los desconciertos morales y canónicos podrán

traer efectos revolucionarios en el terreno legal; pero no traen el acabamiento de la especie humana, la cual, contra viento y marea, continúa cantando bajito el himno de su fecundidad.

Supieron asimismo Donata y *Confusio* que el buen Ansúrez, hacia el 50, viéndose perdido en sus negocios de cabotaje, entró por segunda vez en el servicio de la Armada. Tres veces fué á las Antillas, corrió toda la mar Caribe, y por fin, en la Expedición científica al Pacífico, pasó de ida y de vuelta el temeroso Estrecho de Magallanes. En estos viajes, con descansos periódicos en Cartagena, transcurrieron diez años. El 60, cumplido el plazo de enganche, restituyóse Diego á su hogar y familia, trayendo sus ahorros y algún dinero ganado en América con el toma y daca de pacotillas. Era su propósito emprender de nuevo el tráfico costero, y á este fin compró dos naves, abanderadas la una en Cartagena, la otra en Palamós. En el primer viaje de ésta, entró de arribada en Amposta para el reparo de averías; y mientras permaneció en Tortosa, ocurrieron sucesos para él memorables: el suplicio de Ortega, la captura de los Príncipes y el conocimiento con Donata y *Confusio*. Ya se ha dicho que éstos navegaron con su generoso amigo, visitando puertos del archipiélago balear y de la Península; queda por decir que en un pueblecito del Mar Menor, cerca de Cabo Palos, conocieron á doña Esperanza, esposa putativa de

Ansúrez, y á su preciosa hija Mara. En la primera vieron una señora muy reservada y seria, de belleza fría y sin encanto, la expresión del rostro más de escultura que de persona viva, la mirada brillante y quieta, como de imagen barnizada. En cambio, la chiquilla era una morenita salada y picaresca, pimpollo de gracias infantiles, que anunciaba la mujer pertrechada de seducciones.

En este punto se desvanece la Historia, y los sucesos se diluyen por la dispersión de los seres que los informan. Donata y su caballero se establecen en Cartagena, luego en Murcia. Leves divergencias de carácter y de gustos se manifiestan en ellos; á las discordias menudas suceden reconciliaciones tibias; la inarmonía crece; menguan los halagos; rómpese de súbito un vivo fuego de guerrillas; al desamor sucede la antipatía... y por fin, Donata corre á satisfacer sus ambiciones del alma en la servidumbre y compañía de un opulento canónigo, aristocrático y elegante. Deslumbraban á la discípula del Arcipreste de Ulldecona los ricos atavíos eclesiásticos, las áureas dalmáticas y casullas, las albas vaporosas, las sotanas de sarga, olientes á raíz de lirio, ó á exquisito rapé del de *la Orza del Papa*. Fastuosamente vivía el capitular en un palaciotte viejo, ornado de muebles arcáicos y de objetos primorosos. Toda la casa hallábase impregnada de una sutil fragancia de cedro, sándalo y otras maderas exóticas. La profusión

de fino damasco en cortinas, colchas y almohadones, así como la riqueza de plata labrada, hacían creer á la simplona Donata que tenía por amo á un cardenal. Dolorido al principio, pronto consolado, contento al fin de su divorcio, *Confusio* partió á Madrid ansioso de contar sus buenas y malas andanzas al Marqués de Beramendi y á Manolo Tarfe.

Si el 60 fué en gran parte venturoso para Diego Ansúrez, el 61 empezó desgraciado: florecieron y fructificaron sus negocios, y doña Esperanza, descubierta y reconocida por su familia, entró con ésta en relaciones muy cordiales. Se le perdonaba su escapatoria del convento; se admitía como ley circunstancial la fuerza de los hechos consumados, y se declaraba triunfante el nuevo estado de derecho, olvidando su origen revolucionario y sacrílego. Tanto los hermanos de ella, Matías y Segunda Castril, como los demás Castriles, parientes próximos y lejanos, que residían en Loja, en Granada y en Iznalloz, proclamaron á una el indulto de Angustias y al cariño de toda la familia querían traerla, legitimando la situación creada por el tiempo y las pasiones humanas. Don Prisco Armijana y Castril, cura del Salar, tomó á su cargo las gestiones para obtener dispensa, y santificar la diabólica unión de la monja y el navegante. Pero las alegrías de Ansúrez por estas disposiciones y propósitos de la familia de su mujer, se nublaron viendo á ésta rápidamente desme-

jorada en su salud, sin que los médicos supieran atajar la dolencia traidora.

En la creencia de que los aires del país natal serían eficaces para la enferma, Diego la llevó á Lanjarón, de allí á Granada, y por fin á Loja, donde Esperanza se repuso un poco. Vivían con Segunda Castril, esposa de un don Cristino López, propietario de un buen olivar y tierras de sembradura en término del Tocón. Contenta estaba doña Esperanza en la compañía de su hermana, y no cesaba de recordar con ella los tiempos infantiles, los rigores del padre, que, por la sola razón de tener abundancia de hijas y escasez de peculio, metió á una en las Franciscanas y á otra en las Dominicas de Granada. Con artificiosa vocación entró Angustias en la comunidad; por ser algo díscola y más que rebelde á la observancia reglar, fué trasladada al convento de Játiba, donde, como es sabido, meditó y llevó á feliz término su evasión por el tejado, sin más socorro que el de una sogá. Esta hizo la gracia de rompersele con una oportunidad que indudablemente fué obra del cielo. Cortaron los ángeles la cuerda, y á los diez meses nació Mara.

Entretenida fué para doña Esperanza y su hija la existencia en Loja, pues no faltaban los quehaceres domésticos ni las relaciones fáciles y amenas, y además gozaban de las delicias del campo en épocas de recolección, matanza ó trasquila. Si distraídas y alegres vivían las hembras, don Diego

(que así llamaban al navegante sus amigos de Loja, rodeándole de afectuoso respeto) se sentía confuso y atontado, pues ajeno hasta entonces á las querellas de la política, veíase transportado á un vertiginoso torbellino de pasiones y antagonismos locales. El vecindario de Loja habíase dividido en dos bandos, que se aborrecían, se acosaban y se fusilaban sin piedad: liberal era el uno, *moderado* llamaban al otro. No salía el buen Ansúrez de la perplejidad en que el sentido y la aplicación de esta palabra le puso, pues siempre creyó que la moderación era una virtud, y en Loja resultaba la mayor de las abominaciones y el mote infamante de la tiranía. Sin darse cuenta de ello ni poner de su parte ninguna iniciativa, desde los primeros días se sintió afiliado al bando liberal, por ser de esta cuerda todos los Castriles y Armijanas, y los amigos de éstos.

No causaron al hombre de mar poca maravilla las noticias que le dió su concuñado don Cristino de la organización y disciplina masónica que se impusieron los liberales, para formar un haz de combatientes con que tener á raya el poder ominoso de la *Modificación*. Esta no era más que un retoño de la insolencia señorial en el suelo y ambiente contemporáneos; el feudalismo del siglo xiv, redivivo con el afeite de artificios legales, constitucionales y dogmáticos, que muchos hombres del día emplean para pintarrapear sus viejas caras medioevales, y ocultar la crueldad y fieros apetitos de sus bárbaros

caracteres. Representaba el feudalismo la Casa y Condado de La Cañada, en quien se reunían el ilustre abolengo, la riqueza, el poderío militar de Narváez y su inmensa pujanza política. Hermanos eran el famoso *Espadón* y el caballero que imperar quería sobre las vidas, haciendas, almas y cuerpos de los habitantes de Loja. Sin duda, aquel noble señor y su familia obedecían á un impulso atávico, inconsciente, y creían cumplir una misión social reduciendo á los inferiores á servil obediencia; procedían según la conducta y hábitos de sus tatarabuelos, en tiempos en que no había Constituciones encuadradas en pasta para decorar las bibliotecas de los *centros políticos*; no eran peores ni mejores que otros mandones que con nobleza ó sin ella, con buenas ó malas formas, caciqueaban en todas las provincias, partidos y ciudades de este vetusto reino emperifollado á la moderna. Los perifollos eran códigos, leyes, reglamentos, programas y discursos que no alteraban la condición arbitraria, inquisitorial y frailuna del hispano temperamento.

Contra la soberanía bastarda que la nobleza y parte del estado llano establecieron en Loja, la otra parte del estado llano y la plebe armaron un tremendo organismo defensivo. Por primera vez en su vida oyó entonces Ansúrez la palabra *Democracia*, que interpretó en el sentido estrecho de protesta de los oprimidos contra los poderosos. Democrática se llamó la Sociedad secreta que

instituyeron los liberales para poder vivir dentro del mecanismo caciquil; y en su fundamento apareció con fines puramente benéficos, socorro de enfermos, heridos y valetudinarios. Debajo de la inscripción de los vecinos para remediar las miserias visibles, se escondía otro alistamiento, cuyo fin era comprar armas y no precisamente para jugar con ellas. Dividíase la Sociedad en Secciones de veinticinco hombres que entre sí nombraban su jefe, secretario y tesorero. Los jefes de Sección recibían las órdenes del Presidente de la Junta Suprema, compuesta de diez y seis miembros. Esta Junta era soberana, y sus resoluciones se acataban y obedecían por toda la comunidad sin discusión ni examen. Engranadas unas con otras las Secciones, desde la ciudad se extendieron á las aldeas y á los remotos campos y cortijos, formando espesa red y un rosario secreto de combatientes engarzados en la autoridad omnímota de la Junta Suprema.

A todos los afiliados se imponía la obligación de poseer un arma de fuego. A los menesterosos que no pudiesen adquirir escopeta ó trabuco, se les proporcionaba el arma por donación á escote entre los veinticinco. Cada Sección estaba, de añadidura, obligada á suscribirse á un diario democrático, que era regularmente *La Discusión* ó *El Pueblo*. Cuando alguna Sección trabajaba en faenas campesinas á larga distancia de la ciudad, enviaban á uno de los de la

cuadrilla á recoger el periódico (ó folleto de actualidad, cuando lo había); y en la ausencia del mensajero, los trabajadores que quedaban en el tajo hacían la parte de labor de aquél. Un tal Francisco Nавero, apodado *Tintín*, repartía los papeles democráticos á los enviados de cada Sección. En éstas había un individuo encargado de leer diariamente el periódico á sus compañeros en las horas de descanso.

La Junta Suprema limitaba á los asociados el uso del vino, y prohibía en absoluto el aguárdiente. Gran sorpresa causó á don Diego saber que por esta *moderación* de los liberales se arruinaron muchos taberneros, y llegaron á ser escasísimos los puestos de bebidas. El número de afiliados creció prodigiosamente desde que comenzaron, en la ciudad y luego en cortijos y villorrios, los solapados trabajos de propaganda. La iniciación se hacía en lugar secreto que Ansúrez no pudo ver: allí se les leía la cartilla de sus obligaciones, y se les tomaba juramento delante de un Cristo que para el caso sacaban de un armario. Afiliados estaban no pocos servidores del Conde de la Cañada. En el propio caserón ó castillo roquero del cacique feudal se sentía la continua labor de zapa del monstruoso cien-pies que minaba la tierra.

La Sociedad, en cuanto se creyó fuerte, no quiso limitarse á la defensa ideológica de los derechos políticos. Los principales fines de la oligarquía dominante eran ganar las elecciones, repartir á su gusto los impuestos

cargando la mano en los enemigos, aplicar la justicia conforme al interés de los encumbrados, subastar la Renta (que así llamaban entonces á los Consumos) en la forma más conveniente á los ricos, y establecer el reglamento del embudo para que fuese castigado el matute pobre, y aliviado de toda pena el de los pudientes. Con tales maniobras, no sólo era reducido el pueblo á la triste condición de monigote político, sin ninguna influencia en las cosas del procomún, sino que se le perseguía y atacaba en el terreno de la vida material, en el santo comer y alimentarse, dicho sea con toda crudeza.

Frente á esto, la poderosa Sociedad buscaba inspiración en la Justicia ideal y en el sacro derecho al pan, y decretó la norma de jornales del campo, estableciendo la proporción entre éstos y el precio del trigo. Véase la muestra. ¿Trigo á cuarenta reales la fanega? Jornal: cinco reales. Al precio de cincuenta correspondía jornal de seis reales, y de ahí para arriba un real de aumento por cada subida de diez que obtuviera la cotización del trigo. Accedieron algunos propietarios; otros no. Los jornaleros segadores se negaron á trabajar fuera de las condiciones establecidas, y en las esquinas de Loja aparecieron carteles impresos que decían poco más ó menos: "*Todos á una* fijamos el precio del jornal. Si no están conformes, quien lo sembró que lo siegue.,"

Clamaron no pocos propietarios, y al caci-

cato acudieron pidiendo que fuese amparado el derecho á la ganancia. La cárcel se llenó de trabajadores presos, y tal llegó á ser su número, que no cabiendo en las prisiones, se habilitaron para tales el Pósito y el convento de la Victoria. Pero no se arredró por esto la Sociedad, que en su tenebrosa red de voluntades tenía cogidos á todos los gremios. El buen éxito de la escala de jornales para el trabajo rural movió á la Junta á continuar el plan defensivo, justiciero á su modo. Peritos agrícolas afiliados á la Comunidad revisaron los arrendamientos, y en los que aparecieron muy subidos, se despedía el colono. El propietario quedaba en la más comprometida situación, pues no encontraba nuevo colono que llevara su tierra, ni jornaleros que quisieran labrarla. Igual campaña que ésta del campo hicieron los peritos urbanos ó maestros de obras en el casco de la ciudad. Casa que tuviera demasiado alto el alquiler, según el dictamen pericial, quedaba desalojada, y ya no había inquilinos que quisiesen habitarla, como no fueran los ratones. Llegó, por último, á tal extremo la unión, confabulación ó tacto de codos, que ningún asociado compraba cosa alguna en tienda de quien no perteneciese á la secreta Orden de reivindicación y libertad.

Sorprendido y confuso el buen Ansúrez, oyó hablar de Socialismo y Comunismo, voces para él de un sentido enigmático que á brujería ó arte diabólica le sonaban. Poseía

el vocabulario de mar en toda su variedad y riqueza; pero su léxico de tierra adentro era muy pobre, y singularmente en política no encontraba la fácil expresión de sus pensamientos. Sabía que teníamos Constitución, Reina, Cortes, partidos Progresista y Moderado; pero ni de aquí pasaba su erudición, ni entendía bien lo que estas palabras significaban... En tanto, ocurrían en Loja y su término sangrientos choques: una noche apaleaban á un asociado, y á la noche siguiente aparecía muerto en la calle un testaferro de los Narváez ó un machacante del Corregidor. Las agresiones, las pedreas y navajazos menudeaban; la Guardia civil acudía, siempre presurosa, de la ciudad al campo, ó del campo á la ciudad; las voces de ira y venganza sonaban más á menudo que las expresiones de galantería dulce y quejumbrosa que caracterizan al pueblo andaluz en aquel risueño y templado territorio. La Naturaleza callaba cuando los corazones ardían en recelos, y las bocas agotaban el repertorio de las maldiciones.

Todo esto lo vió Ansúrez en la ciudad y en el cortijo del Tocón, donde pasó algunas semanas, huésped de su cuñado Matías Castril. Y para que nada le quedase por ver, llegó tiempo de elecciones, y los dos enconados bandos, furia narvaísta y furia popular, dieron la trágica función de disputas, celadas, recíprocos engaños, escandaleras y trapisondas horribles. Cruelmente y sin piedad se trataban unos á otros.

Represalias morales había no menos duras que las de la guerra. Al grito de ojo por ojo que éstos proferían, contestaban aquéllos con el grito feroz de cabeza por cabeza. El inocente y honrado Ansúrez, testigo por primera vez de la bárbara porfía, que era por una parte y otra un burlar continuo de todas las leyes, exceptuando la de la fuerza bruta, no podía compararla con nada de cuanto él había visto en sus vueltas por el mundo. Más conocedor de la Naturaleza que de los hombres, veía en aquellas agitacione, designadas con mote político, electoral, socialista ó comunista, una vaga semejanza con las turbulencias del mar. Cerrando los ojos ante la terrible lucha del pueblo con el feudalismo, su cerebro le reproducía el silbar furioso de los vientos desencadenados, y la hinchazón de las olas que corren acosándose y mordiéndose hasta perderse en el horizonte sin fin.

III

Hallábase el navegante fuera de su centro, y la nostalgia del mar y del trajín costero entristecía sus horas. Por su gusto allá se volvería; pero su mujer le sujetaba con el descanso que la tierra natal y la familia daban á sus achaques, y su hija Mara con la intensa afición que iba tomando al suelo y á la gente de Andalucía. De tal modo rei-

naban en su corazón los dos seres queridos, hija y esposa, que al gusto de ellas subordinaba siempre su conveniencia y toda su voluntad. Las labores del campo, que al principio le interesaban y distraían, ya le causaban tedio. La mar inquieta era su campo, que él araba con la quilla de sus naves, para extraer el fruto comercial, único verdadero y positivo. Según él, las bodegas de los barcos son como estómagos que reciben y dan toda la substancia de que se nutre el cuerpo de la Humanidad.

A Loja iba algunas tardes con su cuñado Matías y dos compadres de éste. La última vez que estuvo en la ciudad, pasó largo rato en el café, respirando espesa atmósfera de humo y rencores, y oyendo el mugido de las disputas, para él más pavoroso que el de las tempestades. Allí conoció á Rafael Pérez del Alamo, inventor y artífice principal de aquel tinglado de la organización democrática y socialista. Embobado le oía referir sus audacias, y tanto admiraba su agudeza como su indomable tesón. Aunque parezca extraño, Ansúrez sentía en sí mismo cierta semejanza con Rafael Pérez. Ambos luchaban con poderes superiores: el uno con los elementos naturales, el otro con los desafueros del orgullo humano. Y siendo en su interna estructura tan semejantes, diferían sensiblemente en la proyección de sus voluntades, llegando á ser ininteligibles el uno para el otro. Si Ansúrez no comprendía el heroico trajín de las revoluciones

políticas, Rafael Pérez desconocía en absoluto los heroísmos de la mar. Falta decir que el organizador del pueblo contra las demasías del poder constituído era un pobre albéitar, que se ganaba la vida herrando caballos y mulas.

En la última visita que hizo al café, conoció también Ansúrez á uno de los principales mantenedores del feudalismo narvaísta, don Carlos Marfori, joven vigoroso y resuelto, emparentado con la familia del General. Distinguíase por la temeraria llaneza con que descendía de su posición para discutir con los caudillos de la plebe, cara á cara, las candentes cuestiones que enloquecían á todos. Invitaba Marfori á Rafael Pérez á tomar café juntos. Alardeaba el albéitar de convidar á don Carlos y á los caballeros y genízaros que le acompañaban. Bebían disputando, juraban, y confundían sus voces airadas sin llegar á las manos. Por la noche era ella. La contenida saña con que debatían el villano y el noble, estallaba en las obscuras calles. Por un daca esas pajas se embestían los dos bandos. Palos, cuchilladas y muertes eran la serenata usual de las noches que, por ley de Naturaleza, debían ser plácidas en aquel delicioso rincón de Andalucía.

Recluído en el campo, el pobre navegante sobrellevaba sus añoranzas con la paz y los goces de la familia. Doña Esperanza no empeoraba, y su mortal inapetencia se iba remediando con los guisos y golosinas de la

tierra. La chiquilla era un portento de agudeza y precocidad, y el mayor alivio de las penas de su padre, que la amaba con delirio y no ponía freno á sus antojos. En Mara, el desarrollo espiritual y físico de la niña traía tempranamente las gracias de mujer hecha y bien plantada. El suelo y aire andaluz habían extremado la ligereza de sus pies, y la flexibilidad de su cuerpecillo en el baile, en los andares, hasta en el saludo. Habíase asimilado el ceceo de la tierra, el donaire anecdótico, el arte de las réplicas prontas, epigramáticas, chispeantes de sal y donosura. Mara reinaba en el corazón de todos, y era para sus padres el sol de la vida.

Pasaron días; avanzaba el verano; la familia de Ansúrez, invitada por el cura del Salar, fué á pasar un par de semanas en la casa de éste, que era de gran desahogo y abundancia. Mas no quiso Dios que los forasteros hallaran tranquilidad junto al generoso don Prisco, porque á los seis días de su llegada al Salar echó al campo la conjura democrática todas sus legiones, y la tierra de Loja fué como un volcán que por diferentes cráteres arroja su fuego. Ya sabía don Prisco que Rafael Pérez preparaba un alzamiento general; mas no pensaba que fuese para tan pronto. Diferentes rumores contradictorios llegaron al Salar. Según unos, el albéitar, preso y encarcelado por el Corregidor, se había escapado de la prisión, corriendo con sus leales amigos camino de Antequera; según otros, en Antequera pren-

dieron al herrador, metiéndole en un calabozo subterráneo, y hacia allá iban decididos á salvarle sus más ardientes partidarios. De la noche á la mañana, no quedaron en el Salar más que mujeres, chiquillos y algunos viejos. Salió don Prisco en averiguación de lo que pasaba; aproximóse á los arrabales de Loja; volvió á su casa sobrecogido y algo tembloroso, diciendo á su sobrina y á sus huéspedes que la insurrección no era cosa de broma, y que no tardarían en sobrevenir acontecimientos de padre y muy señor mío.

Aunque el reverendo Armijana era de los buenos amigos de Rafael Pérez del Alamo, y sentía por la Sociedad toda la simpatía compatible con la prudencia sacerdotal, viendo las cosas tan lanzadas á mayores y la revolución sacada de la obscuridad masonica á la luz de la realidad, echóse atrás el hombre, y no cesaba de pedir á Dios que devolviese la paz á los ciudadanos. “*Camará*—dijo á don Diego, refiriéndole lo que había visto,—esto no va por el camino natural, y para mí que al amigo Rafael se le ha metido algún diablo en el cuerpo... Arremado al ventorro de Lucas ví pasar *un porción* de hombres que gritaban como locos. Daban vivas calientes á la Libertad y al Democratismo, y muera fríos á doña Isabel, á los Narváez y al Corregidor. Cuando me vieron, soltaron el grito escandaloso de *¡muera el Papa!*... Por la sotana que llevo, que quise protestar... pero no me atreví. Las

turbas armadas empezaron á echar por aquellas bocas tacos y porquerías horripilantes, no sólo contra el Sumo Pontífice, sino contra la Virgen Nuestra Señora; y Curro *Tintín*, el vendedor de periódicos, me amenazó con la escopeta y me dijo que se chiflaba en San Torcuato, el santo de mi mayor devoción, como hijo de Guadix que soy. Esto, amigo Ansúrez, pasa de la raya, y yo digo que si no nos manda tropas el Gobierno de O'Donnell es porque el *gachó* quiere perdernos, envidioso del poder de Narváez... Tropas, vengan tropas, ó nos veremos muy mal, pero que muy mal.,,

Apenas enterado de lo que ocurría, Ansúrez no pensó más que en trasladarse á Granada con su familia; pero cuantas diligencias hizo aquella tarde para encontrar caballerías ó un carricoche, resultaron inútiles. A la mañana siguiente, se supo que toda la caterva de paisanos armados se encontraba en Iznájar, Aventino andaluz, donde la plebe se organizaría con marcial unidad y compostura para ir sobre Roma. Roma, ó sea Loja, era desalojada por los narvaístas, que escapaban medrosos, llevándose cuanto de valor poseían. Con ellos abandonaron la ciudad el Corregidor y las escasas fuerzas de Guardia civil y Carabineros que allí tenía el Gobierno. De éste dijeron los *moderados* que estaba en connivencia con los insurrectos, y que todo era obra del masonismo, del protestantismo y de la marullería de O'Donnell y Posada Herrera, en

quienes el orden no era más que una máscara hipócrita para engañar al Trono y al Altar. ¿Qué hacían que no mandaban tropas? Esto llegó á ser en don Prisco idea fija. El buen señor terminaba todas sus peroratas, como todos sus rezos, con la devota exclamación de “¡Soldados, soldados!,,

No cejaba el pobre Ansúrez en su afán de ausentarse con la familia, apretándole á ello el grave susto de doña Esperanza y su horror ante la tragedia. Al menor ruido temblaba la infeliz señora, creyendo escuchar cañonazos próximos; sus males se aceraban, y el sueño no quería cuentas con ella. Por el contrario, la inocente Mara gustaba de la trifulca, ansiaba ver sucesos extraordinarios y encuentros formidables de hombres con hombres. Su viva imaginación extraía de los hechos más vulgares la leyenda poemática. A pesar de esto, viendo á su madre tan empeorada de puro medrosa, no cesaba de decir: “Vámonos, padre, y que nos acompañe María Santísima.,, Y don Prisco, en vez de *ora pro nobis*, repetía: “¡Soldados, soldados!,,

Buscando medios de transporte, se encontró al fin el borrico de un salinero: esto por el pronto bastaba. Ansúrez y su hija irían á pie hasta llegar á la Venta de Lachar, donde esperaban encontrar mejor acomodo de viaje. Fué con ellos el cura don Prisco hasta el camino real, y allí los despidió con frase zalamera, deseándoles la protección de la Virgen, y agregando que ésta

sería más eficaz si el maldito Gobierno enviara tropas en apoyo de los altos designios. Siguió adelante la caravana, doña Esperanza en su borrico, mal encaramada en un sillín de tijera; la hija y el marido á pie, por un lado y otro, sosteniéndola para que no se cayese, y delante el vejete salinero, que marcaba el paso con un tristísimo cantorio entre dientes.

Diego Ansúrez, cuya mollera continuaba cerrada para las cosas de tierra adentro, no cesaba de meditar en ellas, buscando una clave de las absurdas contradicciones que veía. ¿Por qué se peleaban los hombres en aquel delicioso terreno, en aquellos risueños valles fecundísimos que á todos brindaban sustento y vida, con tanta abundancia que para los presentes sobraba, y aún se podía prevenir y almacenar riqueza para los de otras regiones? La sierra fragosa enviaba á las vegas lozanas el torrente de sus aguas cristalinas. Daba gloria ver la riqueza que descendía por aquellas encañadas, la cual asimismo prodigaba tesoros de sal, mármoles y ricos minerales. Las lomas de secano se cubrían de olivos, almendros y vides lozanas; en las vegas verdeaban los opulentos plantíos de trigo, cáñamo, y de cuanto Dios ha criado para la industria, así como para el sustento de hombres y animales... Si los que en aquella tierra nacieron podían decir que habitaban en un nuevo Paraíso terrenal, ¿para qué se peleaban por el mangoneo de Juan ó Pedro, ó por el reparto de los bienes

de la Naturaleza, que en tal abundancia concedían el suelo y el clima? ¿Quién demonios había traído aquel rifirrafe de la política, de las elecciones, y aquel furor porque salieran diputados ó concejales éstos ó los otros ciudadanos? Ansúrez no lo entendía, y razonando en términos más rudos de los que en esta relación histórica se indican, acababa por declarar que ó los españoles son locos sueltos en el manicomio de su propia casa, ó tontos *a nativitate*.

Rendidísimos llegaron todos á la Casa de Postas de Lachar, ya entrada la noche. Doña Esperanza no podía tenerse, y fué menester llevarla en brazos á un camastro que en el único aposento vividero de aquel caserón se le ofrecía. Lejos de restablecerse de su pánico, la fatiga y quebranto del viaje la pusieron en mayor desazón, la cual iba labrando la ruína en su ánimo más que en su cuerpo. El sueño no vino á calmarla, por más sugerencias que se hicieron para provocarlo; negábase á tomar alimento, que si los manjares eran malos, el asco invencible de la enferma los hacía peores. Ansúrez no sabía, en tal situación, á qué santo encomendarse. Discurrió enviar un propio al Tocón para que la familia acudiese en su auxilio: no pudo encontrar para tal servicio más que á una muchachuela jorobadita, y ésta fué y tardó diez horas en volver con la noticia de que don Matías estaba *en la faición*, y que las señoras no podían moverse de la casa. No había más remedio que

revestirse de paciencia y esperar lo que dispusiese la Divina Voluntad. El salinero se despidió, ansioso de agregar su burro á la Caballería ligera de Rafael; y como la Casa de Postas no podía proporcionar medios de transporte, pues todos los caballos y mulas se los habían llevado los señores de Loja en su retirada, resolvió don Diego quedarse allí en espera de cualquier contingencia favorable.

Tan abrumado, tan fuera de su equilibrio natural estaba el navegante celtíbero, que no se daba cuenta del tiempo que en aquella lúgubre y calmosa expectación transcurría. Doña Esperanza languidecía por falta de alimento, sin que á la soledad de aquel mechinal desamparado se le pudiera llevar el socorro de médico y medicinas. Mara no se apartaba de ella; Ansúrez hacía sus escapadas al corralón solitario, donde únicamente hallaba un par de vejestorios que le ponían al tanto de los acontecimientos. Los insurrectos, reunidos en Iznájar, descendían orillas abajo del Genil, y en orden y aparato de guerra caminaban hacia Loja, de cuyo desamparado recinto se apoderaban, poniendo allí su capital democrática y el asiento de su fuerza civil y militar. Ya eran dueños de Roma; ya ocupaban y guarnecían el alto castillo, que de los moros conserva el nombre de Alcazaba; ya fortificaban los robustos edificios que fueron conventos, y abrían trincheras en todos los puntos indefensos de la ciudad: Considerable número de com-

batientes, que en totalidad no bajaban de cinco mil, se alojaban en la iglesia Mayor, en San Gabriel, en Jesús Nazareno y en el santuario de la Caridad, donde residía la patrona del pueblo. Como no quitaba lo democrático á lo piadoso, casi todos los prosélitos del temerario Rafael Pérez confiaban en que Nuestra Señora de la Caridad les diese la victoria sobre la insufrible tiranía. Contaron á don Diego aquellos vejetes que al huir de Loja los *moderados* quisieron llevarse á la santa patrona de la ciudad; pero que no les fué posible arrancar la imagen de la peana que desde inmemorial tiempo la sostenía. Ni con palancas ni con ninguna suerte de artificios lograron despegarla. Peana y Virgen pesaban tanto, que ni con cien mil pares de bueyes habrían podido apartarla ni el canto de un duro, señal de que la Señora no quería cuentas con los narvaístas, y protegía resueltamente al democrático albéitar Rafael Pérez.

Como Ansúrez no diera crédito á esta conseja, la confirmó con juramentos y arreglos una gitana vieja que de Loja venía, agregando que Rafael tenía ya más poder que el santo ángel de su nombre.

IV

Las desgracias del valeroso navegante, que tan furioso temporal corría tierra adentro, no tenían término ni alivio. Confinado con su familia en una estrecha y miserable celda del piso alto de la Casa de Postas, no hallaba medio de proseguir adelante ni atrás en el viaje emprendido. Daba el aposento á un corredor que se extendía por dos lados del patio, y en el término de una de estas alas estaba la escalera. El blanqueo de las paredes dentro y fuera de la estancia no era reciente: la suciedad reinaba en todo el edificio, y los olores de cuadra y cubiles discurrían de un lado á otro como únicos inquilinos que allí sin estorbo moraban.

Lo peor fué que cuando doña Esperanza, en aparente mejoría, se prestaba á pasar algún alimento, anocheció sosegada y amaneció en completo desbarajuste de sus facultades mentales, que ya venían de días atrás algo descaecidas. Debilitado por el no dormir y el no comer el cerebro de la buena señora, dió ésta en el más extraño desvarío que puede imaginarse. Fué una retroacción de sus pensamientos, un salto atrás, un desandar de lo andado en las vías del tiempo. A la madrugada, habíase tendido Ansúrez en el suelo sobre unas enjalmas; despertóle Mara ya de día claro, diciéndole con

palabras angustiosas que algo insólito y de mucha gravedad ocurría. Lo primero que advirtió don Diego al abrir los ojos fué que su esposa no estaba en el camastro. Como dormían vestidos, no tardaron en salir del aposento hija y padre, y con espanto vieron á doña Esperanza que á lo largo del corredor venía parloteando en alta voz y gesticulando con demasiada viveza, como si disputara con seres invisibles. Corrieron á ella, y con gran dificultad la llevaron adentro.

Opuso la buena señora resistencia breve, que se revelaba en su voz más que en sus ademanes, diciendo: "Déjame, Diego, déjame, que esa tarascona insolente, Sor Emerilda del Descendimiento, quiere meterme en la leñera. ¿No has oído á mis enemigas las valencianas aullar contra mí? La Priora es de tierra de Jumilla y no me quiere mal; pero está impedida de ambas piernas y no puede salir á defenderme. ¡Que no entren, por Dios, que no entren en esta celda!... Es lo que llamamos el desván de la fruta, y aquí me recojo, aquí me refugio entre calabazas... Tú eres el hombre de los aires, que anda de chimenea en chimenea y horada los techos... Vienes manchado de hollín, porque pasas por los caminos del humo... Silencio, que las monjas vamos al coro... En el coro somos las monjas ángeles que rezan dormidos... Despertamos, y nos volvemos demonios... Estos y otros disparates que dijo la señora, pusieron á la hija

y al esposo en gran consternación. Con palabras dulces trataron de apartar su mente de aquel furioso desvarío; pero las ideas de la infeliz mujer se habían dispersado como pájaros, cuya jaula se abre por las cuatro caras, y no había manera de atraerlas de nuevo á su prisión.

Lejos de calmarse con halagos ni con esfuerzos de raciocinio la locura de doña Esperanza, se fué determinando más en el curso del día, hasta el punto de que Diego y Mara llegaron á creer que también ellos habían perdido el juicio. Terrible fué la tarde: la pobre señora persistía en la demencia de creerse monja, y de repetir en memoria y en voluntad los actos y sucesos que precedieron á su evasión del claustro. Ya no sabían el esposo y la hija qué pensar, ni qué hacer, ni qué decir. En vano pedían auxilio á los viejos y mujeres de la casa, que no acertaban de ningún modo á sacarles de tan doloroso conflicto. Por la noche, el delirio de la enferma fué más desatinado y violento. Desconociendo á su hija, la llamaba *negra, intrusa*, y mandábala salir de su presencia. También á su marido le trataba como á persona subida de color. Creyéndose monja y de inmaculada blancura, decía: "Quiero escaparme, quiero salir de esta triste cárcel; pero no me salvarán hombres tiznados... no me salvarás tú, que traes el rostro obscuro de andar con los negros de Indias."

Espantosa fué la noche, y más aún la ma-

drugada. Muertos de inanición, Ansúrez y su hija pidieron alimento á sus aposentadores, que les franquearon cuanto tenían. Una mujerona huesuda y desapacible, no por esto privada de sentimientos cristianos, se puso á las órdenes de los huéspedes; les sirvió sopas y una fritanga, y brindóse á velar á la enferma para que el señor y la niña pudieran descansar algunos ratos... ¡Buen descanso nos dé Dios! Cayó doña Esperanza en un sopor del que no podían sacarla con sacudidas de los brazos, ni con voces pronunciadas en los propios oídos de ella. Sudor copioso y frío brotaba de su frente, y de su boca se escapaba un áspero soplido cadencioso, que no traía ningún acento de locución humana.

Pensó Ansúrez que aquel singular estado podía ser un recalmón intenso de los alborotados nervios de su esposa; pero la mujerona de la casa, que era un tanto curandera y había presenciado bastantes casos como el que á la vista tenía, dió dictamen muy distinto, y sin nombrar la muerte, expresó el parecer de que no debían buscar remedios corporales, sino aplicarse todos, de prisa y corriendo, á encomendar el alma de la señora. Firme en esta intención edificante, bajó y trajo un cazolillo con aceite, en el cual sobrenadaban encendidas varias mechas de algodón, que eran como un holocausto á las benditas ánimas del Purgatorio, y el mejor socorro que se podía dar á una persona moribunda. Nada dijo An-

súrez, y comprendiendo que acertaba la mujer en su fúnebre pronóstico, echó todo su dolor del lado de la resignación, encastillándose en ésta con todo el rendimiento de su alma cristiana. Menos fuerte Mara en su espíritu, rompió en llanto; y entre lágrimas de la niña, oraciones de la huesuda, silencio torvo de Ansúrez, y un desaforado ladrar de perros que del campo venía, los alientos broncos que salían del pecho de doña Esperanza fueron menguando, hasta que con uno más suave y hondo terminó su existencia mortal.

La claridad del alba entró á deslucir el amarillo resplandor de las luces mortuorias. Hija y padre se vieron en plena esfera de la realidad, y de su propio dolor sacaron fuerzas para ocuparse en dar á la querida muerta la compostura y grave continente que debía llevar al sepulcro. Arregláronle el pelo, que se le había desordenado con las manotadas de su locura. Sin quitarle la ropa interior, pusieronle su mejor basquiña negra, y un manto, negro también, que con monjil recato le cubría la cabeza y busto. Formaba como un rostril ovalado, sujeto con alfileres, que sólo dejaba al descubierto la cara. En las manos le pusieron el Crucifijo que consigo solía llevar; hecho esto, se sentaron junto á la cama por uno y otro lado, esperando la ocasión del sepelio. El cansancio venció la voluntad de Ansúrez. La cabeza le pesaba más que su propósito de tenerla derecha, y se dejó caer entre los brazos

y sobre el lecho. Quedóse el hombre profundamente dormido, y en sueños le turbaba un ruido intenso y mugiente: creyó que era el oleaje del Mediterráneo rompiendo en las peñas de Cabo Palos ó en los cantiles de Porman. Soñó que estaba en aquella costa oyendo la voz iracunda del mar... Su hija le despertó sacudiéndole el brazo, y le dijo: "Padre, ¿oyes ese ruido?"

—Sí, oigo—respondió Ansúrez entre dormido y despierto.—Tenemos levante duro.

—No es eso, padre. Es ruido de soldados. Los soldados están aquí. No caben en el corral. Del corral han subido al corredor: algunos han abierto esta puerta, y al vernos han vuelto á cerrar.,,

Cercioróse Ansúrez por sus propios ojos de lo que Mara le decía; vió la inquieta turbamulta militar, que sin duda iba de camino hacia la ciudad insurrecta, y se le daba parada y rancho en la Casa de Postas. Como acontece en estas invasiones, no faltan muchachos alegres que se lanzan á una requisa indiscreta, en busca de las vituallas que comunmente se guardan en altos desvanes. Perseguían jamones ó cecina, y hallaron cosa muy distinta de lo que anhelaban. Algunos eran tan desahogados, que el hábito de la galantería se sobrepuso á los respetos debidos á la muerte; y ante Mara llorosa junto al cuerpo frío de su madre, repararon en la belleza picante de la *chavala*, y más prontos estuvieron para requebrarla que para compadecerla. Viendo que unos tras

otros entreabrían la puerta sin más objeto que curiosear, Ansúrez abrió de golpe y les dijo: "Pasen, si gustan de ver cosas tristes. Esta señora difunta es mi esposa, y esta muchacha mi hija. Si buscan comida, sepan que aquí no la hay, ni creo que puedan encontrarla en parte alguna de este caseretón desamparado. Aquí no hay más que soledad y lágrimas. Ibamos hacia Granada... Mi esposa enferma no pudo resistir el quebranto del viaje ni la falta de todo socorro de víveres y medicinas, y esta madrugada su alma se ha ido á la presencia de Dios. Mi hija y yo no saldremos de aquí sino para llevar á nuestra querida muerta á donde podamos darle sepultura cristiana. Si son ustedes piadosos, como parece, ayúdennos á cumplir esta santa faena, y les quedaremos muy agradecidos... Guardaremos en el corazón el recuerdo de estos buenos chicos, aunque no volvamos á vernos. Ustedes van á Loja; nosotros al puerto más cercano, que entiendo es Motril, pues yo no soy hombre de guerra, sino de mar.,,

Los soldados oyeron respetuosos estas razones tan sinceras como expresivas, y el más despabilado de ellos, en nombre de todos, dijo que de buen grado complacerían al señor viudo y á la niña huérfana, ayudándoles á la conducción y entierro de la señora finada; pero que habían de partir en cuanto se racionara la tropa, que ello sería obra de veinte minutos todo lo más. Detrás llegaría un batallón de Cazadores, y

éstos no habían de ser menos generosos y cristianos que los presentes. Con esto, y con dar á los atribulados hija y padre dos panes de munición de á dos libras, se despidieron.

Al son de tambor y cornetas se alejó la tropa, y Ansúrez, otra vez solo, trató con la mujerona y los vejetes de dar tierra á la pobre doña Esperanza. Convinieron todos, mediante *conquibus*, en facilitar la indispensable función mortuoria. El cementerio más próximo era el de Cijuela, distante una legua ó poco más. No faltarían cuatro hombres que, turnando, transportasen el cadáver, y delante iría un propio que previniese al cura para que no faltara un buen responso. Por fin, como en el curso del día habían de volver de Granada mozos, caballos y algún carricoche (que ya con la presencia de la tropa se iba restableciendo la vida normal), después del sepelio podrían tener el viudo y su hija un galerín en que molerse los huesos por el *camino de arreceife*, que así llamaban á las carreteras.

Pasaron al mediodía los Cazadores sin detenerse, y á la tarde se puso en camino con solemne tristeza y soledad la pobre comparsa que acompañaba los restos de doña Esperanza, encerrados en una caja tosca que á toda prisa carpintearon los viejos de la Casa de Postas. y que conducían en parihuela otros viejos y mendigos alquilones. Seguían don Diego y su hija en el coche llamado de San Francisco, y tras ellos luci-

do cortejo de chicos y gitanas que iban al reclamo de una limosna. Con lento andar llegó la procesión á su término, que era un camposanto humilde, sin mausoleos pomposos, poblado de cruces, las unas derechas, otras caídas ó inclinadas con dejadez, como si quisieran descender al reposo que gozaban los muertos. Un cura de mal pelaje, esmirriado y anémico, que apenas podía con la capa pluvial, y un monaguillo pitañoso y descalzo, aguardaban con puntualidad mendicante.

Breve y patética fué la ceremonia. Cuando la pobre doña Esperanza bajó á la tierra, prorrumpieron las gitanas en teatral llanto, que fué como un fondo coral en que vivamente se destacaba el verídico duelo de la huérfana y el viudo. Todo terminó al caer de la tarde, cuando sobre el rústico cementerio revoloteaban las golondrinas, que en próximos techos tenían sus nidos. Pagó don Diego los servicios funerarios con largueza de indiano. Moneda de oro puso en la mano negra y flaca del cura, que al recibirla y verla tan brillante, apretó el puño cual si temiese que se la quitaran. Quedó el hombre muy agradecido, y ofreciendo rogar por muertos y vivos, se fué á toda prisa, que cenar solía tempranito. A los portadores recompensó Ansúrez con buenas monedas de plata, que por más señas eran pesetas columnarias, y entre las gitanas y chiquillos repartió alguna plata y cobre en abundancia, con lo que todos quedaron muy satisfe-

chos, y al donante como á la niña desearon largos años de vida y aumento de sus caudales. Al regreso, las gitanas, ya con más ganas de canto que de llorera, propusieron á Mara decirle la buenaventura; pero la niña no quiso escucharlas, sintiéndose en tal ocasión lejos de todo consuelo.

A campo traviesa anduvieron, guiados por los viejos, dos ó tres horas, pasando por tierras del Soto de Roma, propiedad del inglés Duque de Wellington, y á las diez de la noche fueron á parar á un ventorro, donde les esperaba el birlocho dispuesto para proseguir su caminata. Todo lo que tenía de excelente la moneda de Ansúrez, tenía de perverso y desvencijado el armatoste que le alquilaron aquellos chalanes. Tiraban de él dos caballejos cansinos y llenos de mataduras, y lo guiaba un perillán tuerto y cojo, que, apenas tratado, daba el quién vive con su aliento de borrachín y sus trapacerías rateriles. Pero no habiendo cosa mejor, los viajeros pasaron por todo, que para eso traían grande acopio de resignación. Dando tumbos, oyendo sin cesar las groserías del cochero y los palos con que á los pobres animales arreaba, llegaron después de media noche á un parador de la ciudad de Santa Fe, donde hicieron alto para descansar algunas horas. Pero la fatiga y el sueño atraído que ambos traían les retuvieron en los duros colchones hasta más de las doce; y como el calor era sofocante, se acordó retrasar la salida hasta el anochecer, lo que agra-

decieron los caballos tanto como el gandul que los regía.

Anhelaba Diego recorrer con la mayor presteza posible la distancia que le separaba de Motril. Forzoso era pasar por Granada, donde despediría el carricoche de Lachar para tomar mejor vehículo. En Granada se detendría lo menos posible: le asustaba la idea de encontrar parientes ó amigos, que con halagos y cumplimientos dilatorios le indujeran á mayor tardanza. Tal como lo pensó, lo hizo: llegaron los viajeros á la ciudad morisca al filo de media noche, y en una posada del arrabal del Triunfo se alojaron, y de allí no salieron hasta saldar cuentas con el ladronzuelo que les trajo, y ajustar un galerín que debía llevarles hasta donde alcanzaba el camino de arrecife. Desde Beznar seguirían á caballo hasta el término de su ódisea terrestre. En estos tratos chalanescos se les fué un día entero y parte de otro. A ningún conocido vieron, ni hablaron más que con arrieros y trajinantes que en el mesón se alojaban... Partieron en alas, no diremos del viento, sino de la impaciencia y prisa que empujaban el alma de Ansúrez hacia el mar, y en los últimos ratos del parador, así como en el trayecto hasta Padul, tuvieron noticia del desastroso acabamiento de la revolución de Loja.

V

Razón tuvo el Cura don Prisco al poner en sus letanías la piadosa invocación al brazo militar: “¡Soldados, soldados!”, Oída fué por Dios y por el Gobierno esta devotísima plegaria. Soldados acudieron de Granada, de Málaga y de Jaén, y reunidos frente á Loja, bajo el mando de un valeroso General, saludaron á los insurrectos con la intimación de rendirse y poner fin al democrático juego. Pronto comprendieron los secuaces de Rafael Pérez que habían perdido su causa, metiéndose en una plaza que más tarde ó más temprano había de ser victoriosamente debelada por la tropa. La hueste revolucionaria no debió abandonar nunca la táctica de guerrillas: su fuerza estaba en la movilidad, en la rapidez de las sorpresas y embestidas parciales. Estacionarse en un punto, aun contando con defensas rocosas ó con trincheras abiertas sin conocimiento del arte de la castrametación, era ir á muerte segura. Un ejército disciplinado y regularmente dirigido debía dar cuenta, como aquél la dió, del tan entusiasta como aturdido ejército popular. Apretado el cerco con la idea de que no escapase ninguno de los cinco mil republicanos que en la plaza bullían, resultó que después de andar en tratos y par-

lamentos, se escabulleron todos por las mallas de la red.

Se dijo que Serrano había llegado á última hora con instrucciones de lenidad, que practicó á estilo masónico, haciéndose el ciegucecito y el sordo ante los grupos que huían de la plaza. Serrano era liberal, no debe esto olvidarse, y en Madrid mandaban un astuto y un escéptico que se llamaban O'Donnell y Posada Herrera. Si hubiera estado el mango de la sartén en manos de Narváez, de fijo no queda un republicano comunista para contarle. Don Prisco Armijana, espíritu que se balanceaba en los medios pidiendo mucha libertad y mucha religión, diría frente al Socialismo vencido: "Soldados, no matéis. Dios quiere que todos vivan... y que todos coman. Soldados y paisanos, comed juntos.,"

Venturosa fué la evaporación rápida de los insurrectos, tomando por éste ó el otro resquicio los caminos del aire, porque así se evitaron las duras represalias y castigos. Algunos cayeron, no obstante, para que quedasen en buen lugar los fueros del orden santísimo. La vista-gorda del General no fué tanta que dejase pasar á todos sin coger los racimos de prisioneros que debían justificar, llenando las cárceles, la autoridad del Gobierno. No faltaron infelices que con el holocausto de sus vidas proporcionaron á la misma autoridad el decoro y gravedad de que en todo caso debe revestirse. De Rafael Pérez nada se supo. Luego se

dijo que había ido á parar á Portugal. Hombre extraordinario fué realmente, dotado de facultades preciosas para organizar á la plebe, y llevarla por derecho á ocupar un puesto en la ciudadanía gobernante. Tosco y sin lo que llamamos ilustración, demostró natural agudeza y un sutil conocimiento del arte de las revoluciones; arte negativo si se quiere, pero que en realidad no va nunca solo, pues tiene por la otra cara las cualidades del hombre de gobierno. Representó una idea que en su tiempo se tuvo por delirio. Otros tiempos traerían la razón de aquella sinrazón.

Más que en estas cosas de la vida general pensaba Diego Ansúrez en las propias, corriendo en la galera por el camino que faldea las moles de Sierra Nevada en dirección á la fragosa Alpujarra. Pasó la divisoria que llaman *Suspiro del Moro*, sin duda porque allí suspiró y lloró el desconsolado Boabdil, y también el viudo de doña Esperanza lanzó de su pecho suspiros hondos recordando su amor perdido, y pesando las desventuras que su viudez le traía. Luego consideraba el enflaquecimiento de su bolsa, á la que, con las enfermedades de la mujer, los viajes, los obsequios y otras socaliñas, había tenido que dár innumerables tientos. En Granada y Loja habíanle tomado por indiano rico, y no faltaron parientes pobres, Castriles ó Armijanas, á quienes hubo de consolar gallardamente con algún socorro. Ello es que por el chorreo continuo de gas.

tos en tan largo período de inacción, al mar, su verdadera patria, volvía con sólo el dinero preciso para llegar á Cartagena.

Pasando por la memoria, como se pasan las cuentas de un rosario, sus desdichas en tierra granadina, pensaba el buen hombre que la causa de ellas no podía ser otra que el haber infringido y olvidado las leyes morales y religiosas. Su casamiento libre y sacrilego con Esperanza sin duda tenía muy incomodado al Padre Eterno, de donde resultaba que fueran siempre desfavorables los que llamamos designios de la Providencia. Pero luego, razonando con buen sentido, añadía: “Yo no fuí á sacar á Esperanza del convento de Consolación, sino que ella, descolgándose para coger la calle y la libertad, cayó sobre mí como si cayera del cielo. ¿Qué había yo de hacer con ella? ¿Restituirla al convento, á donde no quería volver ni á tiros? ¡*Ajos y cebolletas*, esto no podía ser! Después, mares adentro, el amor, fuero imperante sobre toda ley, nos casó. ¿Cómo lo habíamos de arreglar, si por el aquel de los malditos cánones no podíamos casarnos por la Iglesia? Yo no diré nunca, libreme Dios, como decían los de Loja ¡*mueran el Papa!*; pero sí diré á gritos: “¡mueran los cánones!”, ¿Y qué culpa tengo yo de que don Prisco no pudiera sacar la dispensa de votos, ni arreglar todas las demás zarandajas para echarnos las bendiciones?... Culpa mía no es esto, y porque la culpa es del Papa y no mía, siento mi conciencia muy aliviada, pues hay

cosas en que el deseo debe valer tanto como la ejecución „ A pesar de la relativa serenidad que le daban estos razonamientos, Ansúrez no se veía libre de inquietud: el temor religioso iba ganando su alma, y recordando la escena tristísima del cementerio de Cijuela, se proponía practicar el culto, cuidar de sus relaciones con Dios hasta desenojarle.

Siguieron su camino hacia la Alpujarra, bordeando abismos y salvando cuestras. En Padul descansaron, en Dúrcal comieron, y en Bernaz se les acabó la carretera, dejándoles á pie si no franqueaban á caballo las seis leguas que les separaban de Motril. Las maletas quedaron en Bernaz para ser transportadas en mulo durante la noche. Dos borricos llevaron á los viajeros á Tablate, y uno solo de Tablate á Vélez. No se crea que en un asno montaban los dos: Mara iba sentadita en el albardón de un alto pollino, y Ansúrez lo llevaba del diestro: era torpe jinete, y más á gusto andaba con sus pies que con los de la mejor cabalgadura.

Pasada la divisoria de Lújar, se ofreció á los ojos de ambos el sublime espectáculo del mar, grande espacio de azul, tan vago y misterioso en su inmensa lejanía, que no parecía mar, sino una prolongación del Cielo que se arqueaba hasta besar la costa. Tal fué la emoción de Ansúrez ante el grandioso elemento en quien veía su patria espiritual, que le faltó poco para ponerse de hinojos y entonar una devota oración sacada

de su cabeza en aquel sublime momento. Palabras de asombro, cariño y gratitud pronunció santiguándose, y no tuvo reparo en mostrar una infantil y ruidosa alegría, primer respiro del alma del marino después de su viudez reciente.

El camino que faltaba, no muy extenso y todo cuesta abajo, bien podían recorrerlo á pie. Así lo propuso el padre á la hija, y ambos se lanzaron intrépidos y gozosos á la pendiente por ásperos caminos bordeados de piteras, chumbos y otros ejemplares lozanos de la flora meridional. Sin novedad anduvieron largo trecho; pero el cansancio agotó las fuerzas de Mara, y cuando aún faltaban como tres cuartos de legua para llegar á Motril, la pobre niña, dolorida de los pies y cortado el aliento, dijo á su padre que le concediera un largo reposo, ó buscarse algún jumento en las casuchas que á un lado y otro se veían. “Hija del alma —replicó Ansúrez, á quien se hacían siglos los minutos que tardase en llegar al puerto, — no perdamos tiempo en buscar caballería, que aquí tienes á tu padre que te llevará con tanto cuidado y mimo como si te cargaran los ángeles.” Dicho esto, la cogió en sus brazos y siguió adelante con ella sin gran trabajo, pues la chica era de poco peso y él un gigante forzado.

Iban por un sendero pedregoso, flanqueado de pitas, cuando les alcanzó y se les puso al habla otro viajero andante que tras ellos venía. Era un muchachón de buena presen-

cia y estatura, muy desastrado de ropa, como si llevara largo tiempo de corretear por caminos ásperos y pueblos míseros. Visto de lejos, parecía negro: tan extremadamente habían tostado el sol y curtido el aire su tez morena. El polvo, además, lo jaspeaba con feísimos toques; pero ni la suciedad ni la negrura desfiguraban las varoniles facciones del sujeto. Las primeras palabras que dirigió á los Ansúrez fueron contestadas con desabrimiento. ¿Era mendigo, ladrón ó vagabundo? Hija y padre se detuvieron en estas dudas antes de responderle con urbanidad. “Bueno—dijo Ansúrez, vencido al fin de la cortesía del extraño individuo negruzco más bien que negro:—no nos enfadamos porque tú nos hables, ni tenemos á desdoro el hablar con un pobre. Nosotros vamos en demanda de Motril. Tú, á lo que parece, llevas el mismo camino.

—A Motril voy—respondió el hombre ennegrecido y empolvado;—y antes que el señor me lo pregunte, le diré que me trae á este puerto el mucho cansancio y ninguna utilidad que he sacado de trabajar tierra adentro, en el campo, en el monte, en las canteras de mármol; y ahora buscaré trabajo en la vida de mar, porque el mar es mi elemento, quiero decir, que me gusta sobre todas las cosas, y que en él está el hombre mejor que en tierra. Esto digo, esto sostengo, aunque usted lo lleve á mal.

—¿Qué he de llevarlo á mal, ajo?—exclamó Ansúrez parándose ante el hombre de

color obscuro y mirándole cara á cara.—¡Si yo, aquí donde me ves, soy del mismo parecer que tú, y después de los peces no hay nadie en el mundo que sea más hijo del mar que yo! De tierra adentro vengo sin timón ni compás, no sé si huyendo de mis desdichas ó trayéndolas conmigo. Al interior me fuí con mi esposa y mi hija. Sólo con la hija vuelvo. El corazón se me ha partido, y la mitad he dejado allá en un cementerio chico...,,

Ya con esta entrada vieron ambos abierto el camino para una conversación franca. El negro era listo: su lenguaje contrastaba rudamente con su bárbara facha y su vestir lastimoso. Por el acento reveló á las primeras frases su abolengo americano, y á la pregunta que sobre el particular le hizo Diego, contestó así: “Yo soy del Perú; me llamo Belisario, y en España estoy por locuras y calaveradas mías, que ahora pago con usura, pues han caído sobre mi cabeza más desdichas de las que merezco... Ya ve por mi facha lo rebajado que estoy de mi nacimiento y categoría... No le pido limosna, aunque bien la necesito, sino protección para poder embarcarme y salir á buscar el sustento, aunque sea con fatigas, que las pasadas en el mar han de consolarme de las que llevo sufridas en tierra...,,

Con esta ingenua manifestación, el americano empezó á ganarse la simpatía de An-súrez. En lo restante del camino, hija y padre le pidieron más noticias de su vida, y

él no se cortó para darlas. Había nacido al pie de los Andes; sus primeros pasos los dió sobre pavimento de barras de plata. Su padre era español, que cruzó los mares y se fué en busca de *la madre gallega*, que así llaman allí á la fortuna. Casó con una limeña muy guapa... Las limeñas son las mujeres más bonitas del mundo, y mejorando lo presente, á todas ganan en desenvoltura y malicia graciosa. La digresión que hizo el narrador hablando de las limeñas, no se copia en este relato por no agrandarlo más de lo debido. Habló luego del mal genio de su padre, que era *más adusto que un pleito*, y conservaba en su carácter el dejo de las fierezas inquisitoriales, que en toda alma española están adheridas, como se adhieren á la lengua los sonidos del idioma.

De la dureza del padre y de la propensión del hijo á la independencia, resultaron castigos, rebeldías y sucesos lamentables. No tenía veinte años cuando se emancipó de la autoridad paterna, retirándose al Callao, donde con otros chicos de su edad, como él indisciplinados y ociosos, cultivó su afición al mar. Todo el día se lo pasaba en botes ó chalanas, jugando á la navegación de vela y remo. El cariño de la madre le atrajo de nuevo á la casa de Lima. Pero la inflexibilidad del padre no tardó en reproducir las discordias. Escapó al fin, buscando la deseada libertad, y se fué á las islas Chinchas, donde halló medio de ser admitido en la tripulación de una fragata inglesa que le

trajo á Europa. Contar todo lo que en el viaje le pasó, desde su salida de las Chin-chas hasta su arribo á Valencia, sería historia larguísima y fastidiosa para el señor y señorita que le escuchaban... Terminó diciendo que el recuerdo de su madre y hermanos no se apartaba de él, y que ignoraba en absoluto lo que había ocurrido en su familia desde que su delirio de aventuras le separó de ella.

No sabía Diego si creer todo ó una parte no más de lo que el americano refería. Pero á su desconfianza se impuso su buen corazón, y dijo al vagabundo que él no era más que un pobre naviero de faluchos de costa, y en tan pobres barcos no podía ofrecerle empleo ventajoso. Pues buscaba trabajo de mar, le llevaría gustoso á Cartagena, donde hallaría medios de enrolarse en buenos buques mercantes, ó en los de guerra si le llamaba y era de su gusto la marina militar. A esto dijo Belisario que el ser llevado á Cartagena lo consideraba como la mayor caridad que podía recibir, y con grandes aspavientos y cierto lirismo en su dicción fácil, expresó su gratitud al generoso señor y á su bella hija.

VI

Horas no más estuvo Ansúrez en Motril, el tiempo preciso para fletar una hermosa lancha y disponerla para su viaje. Belisario le trajo las maletas desde la ciudad al varadero, media legua larga, y luego embarcó con el padre y la hija, cinco marineros y el dueño de la lancha. Largó ésta la vela, y al amor de un poniente frescachón que felizmente reinaba, se alejó rascando la costa. La nave era excelente, y á las dos horas de su salida pasaba frente á la Sierra de Adra. Toda la noche siguió navegando con gallardo andar; los tripulantes vieron de lejos la luz de Almería, y al amanecer montaron el Cabo de Gata, siguiendo después con menos marcha, al socaire de los altos montes y cantil, que también tienen nombre de Gata. A proa iban Belisario y los marineros, y Ansúrez á popa con su hija. Sobre las tablas de la sobrequilla habían arreglado, con petates y mantas, el mejor acomodo posible para que la señorita descansara, ya que dormir no pudiera.

La caída del viento fué causa de que emplearan casi todo el día en recorrer la costa hasta Cala Redonda. De aquí, con una fácil guiñada demoraron frente al puerto de Aguilas, y en él se metieron para pasar la noche. Al amanecer continuaron: reinaba

un lebeche suave que levantaba marejadilla. Alguna molestia sufrió Mara con las cabezadas de la embarcación; pero pasado Cabo Tiñoso se les presentó mar bella, y por fin, bien entrada la noche, gozosos y satisfechos del tiempo y de la nave, dieron fondo en la bahía de Cartagena. Saltó á tierra Ansúrez con su hija, y sin tomar respiro subieron á su habitual residencia, que era una vetusta casa no lejos de la Catedral Antigua, situada en punto culminante, desde donde se gozaba la vista del puerto y de los dos gigantes castillos que lo custodian: Galeras y San Julián.

Apenas instalado en su domicilio, se ocupó Diego en reanudar sus negocios, enterándose de la situación de los faluchos. La ausencia del amo había embarullado las cuentas, y para ponerlas en claro hacía falta paciencia y actividad. Dejaremos ahora en estos afanes al pobre naviero, para decir que la casa donde hija y padre vivían era la de un compadre y amigo llamado Roque Pinel, socio de Ansúrez en otro tiempo, y á la sazón ocupado en la compra y embarque de esparto. La cordialidad y buena armonía entre ambos mareantes no se alteró nunca. Habían sido compañeros en el servicio del Rey, y juntos corrieron, en la navegación y el comercio, aventuras borrascosas, con varia fortuna. Cuando Ansúrez vivía en Cartagena, llevaban á medias los gastos de la casa, y del gobierno de ésta cuidaban la esposa y hermana de Pinel, dos mujeres cin-

cuentonas, sentadas y de gran disposición para el caso. Bien podía confiarles Ansúrez la custodia de Mara en sus ausencias. Contaba con la docilidad de su hija, que aún ceñía falda de adolescente. Pero el padre recelaba que, en llegando á mujer hecha, no había de ser tan fácil retenerla en una disciplina rigurosa. Al propio tiempo, no estaba nada satisfecho de la educación de Mara, limitada, por aquellos días, al leer correcto, á un mediano escribir y deficientes nociones de Aritmética. Pensaba el celtíbero en un buen colegio de doncellas, ó en escuela regida por monjas aseñoradas, que la instruyeran y la pulimentaran en todo lo concerniente á dicción, etiqueta y modales.

Antes que me pregunten por Belisario, diré que Ansúrez le consiguió trabajo en la descarga de carbón, con lo que se puso el hombre más negro que lo estaba en el instante de su aparición en el camino. Después fué recomendado á una empresa de hornos y fundición en las Herrerías, y allí ganó dinero y se hizo querer de sus patronos. No se asombraron poco Ansúrez y Mara cuando le vieron entrar en su casa lavado y bien vestido, en tal guisa, que tardaron en conocerle, según venía de limpio y elegante. Sus trazas de caballero iban bien con el habla fina que usaba, y con los dejos líricos que del alma le salían á poco interés y calor que tomara el diálogo. Lo más substancial que dijo en aquella visita fué que había empezado estudios de pilotaje en la Escuela de

Cartagena, y que por necesidad continuaba en las Herrerías, sin otro objeto que ganar algún dinero con que emprender vida más de su gusto; ó en otros términos, para mayor claridad, que él pedía el auxilio de Vulcano para obtener los favores de Neptuno. Sonriendo miró Mara á su padre, como interrogándole acerca de aquellos señores Neptuno y Vulcano, que ella jamás había oído nombrar. Concluyó en aquella ocasión, como en otras, la visita de Belisario con las donosas burlas que hacía la chica del sutil lenguaje del americano, sin que por ello lograra enojarle, como sin duda se proponía; antes bien, llevábale á mayor admiración de ella y á más desenfrenado lirismo.

Bien entrado ya el 62, se supo que Belisario se había embarcado para Marsella en un buque francés que dejó en Cartagena cargamento de guano. Por Navidad del mismo año, le vió Ansúrez en Palma vendiendo azafrán y comprando almendra. El 63, reapareció en Cartagena, vestido con singularidad, el rostro demacrado y tristón, como si convaleciera de una enfermedad penosa. Sus operaciones mercantiles no salían entonces del terreno espiritual: comerciaba con las Musas, y sus remesas eran poesías, que más de una vez aparecieron en los periódicos locales. Los entendidos en estas cosas aseguraban que las odas, silvas, canciones y elegías del americano no carecían de mérito; y algunos vates cartageneros las ensalzaban hasta el cuerno de la luna. Sus

defectos eran sus cualidades prodigadas con hinchazón y superabundancia por una fantasía sin freno. Abusaba indiscretamente de los ángeles, de la espléndida flora tropical, y de las conversaciones tiradas que sostienen los astros del Cielo con los átomos de la Tierra. Todo esto pasó arrastrado por la corriente undosa de la literatura periodística, que lleva y derrama las ideas en el mar del olvido. Del mismo modo pasó Belisario, que desapareció de Cartagena sin despedirse de nadie, ni decir á dónde iba con sus estrofas y su acentuada personalidad.

En los comienzos del 64, volvió el peruano á dar señales de vida, y ello fué por una carta que de él recibió Ansúrez en Alicante. Decíale que acababa de salir del Hospital, no bien repuesto aún de una fiebre maligna. Movido de su buen corazón, hizo Diego por él lo que podía, y partió á Valencia, donde estaba la gentil Mara perfilando su educación bajo la férula de las Madres Ursulinas de aquella ciudad. Los quince años de Mara eran espléndidos: pasaba de la adolescencia á la juventud con arrogancia de conquistadora. Sus hechizos inspiraban miedo á las Madres, miedo también al padre, y sin dejarse ver fuera del convento, eran conocidos y celebrados por obra exclusiva de la fama. Ni el fuego ni la hermosura pueden estar ocultos.

En Septiembre del mismo año, dió Ansúrez por finiquitado el pulimento de la señorita, y se la llevó á Cartagena. Creía el buen

hombre que las Ursulinas habían puesto á su hija como nueva, y que ésta era un prodigio de ilustración y un lindo archivo de conocimientos. Grandemente se equivocaba, porque Mara, descontado el barniz leve de cultura que le dieran las monjas (nociones farragosas del arte gramatical y de la ciencia de la cantidad, un poquito de francés mascullado y un imperfectísimo tecleo de piano), salía del convento tan rasa y monda de saber como había entrado, con bastantes malicias y astucias de más, y su cándida ingenuidad de menos. Algo de ésta recobró al volver á su casa, porque no disimulaba el desafecto que en su corazón dejaron las Madres.

Ansúrez no se cansaba de admirar el ligero barniz, que pronto habría de deslucirse y perderse, y encantado con su hija, no veía en la sociedad de sus iguales hombre digno de ella. Y está de más decir que Mara tuvo en Cartagena, al presentarse áicalada y bruñida de lenguaje, un éxito loco. Muchachos de diferentes vitolas y abolengo la cortejaron, sin que ella saliera de su mónita constante: enloquecer á todos, y no dar esperanzas á ninguno. Cobró fama de ambiciosa y de picar demasiado alto. Con las gracias discretas nuevamente adquiridas se juntaban, en delicioso revoltijo, los donaires que se le pegaron en la tierra andaluza... No había criatura que exhibir pudiera mayor conjunto de seducciones mortíferas, ni que impusiese más terror á los que la

sitiaban con solicitudes amorosas. Su talle sutil, su gracioso andar, sus decires prontos, que tenían por manantial la boca más fresca y bonita que podría imaginarse, su rostro trigüeño á lo Virgen de Murillo, se grababan en la retina y en el corazón de infinitud de jóvenes que vivían desconsolados y como almas en pena.

Por aquellos días, que en buena cuenta eran los de Octubre del 64, resurgió Belisario en Cartagena bien vestido y con cierto mohín misterioso, dejando entrever que un magno asunto secreto y de universal importancia movía su voluntad. Algunos le creyeron conspirador, y en verdad lo parecía por la sutileza con que esquivaba su persona. Pronto le llevaron á Diego Ansúrez el soplo de que el peruano había venido en requerimiento de Mara, y que de noche rondaba la casa disfrazado de marinero. Acechó Ansúrez; tomó lenguas de los vecinos y de las mujeres de la casa, y si no pudo echarle la vista encima al caballero rondador, supo de un modo indudable que había cambio de cartitas, y que á las manos de Mara, por impenetrable conducto, llegaban voluminosos paquetes de prosa y verso.

Saber esto y volarse el honrado marino, fué todo uno, y en su furor corrió derecho al descubrimiento de la verdad, encerrándose con su hija, é interrogándola en forma ruda y pavorosa, que no era para menos la rabia que el celtíbero sentía. Atemorizada, negó al principio Mara; pero la verdad que

le llenaba el alma pudo en ella más que el disimulo, y al fin, con la fuerza de dicción que da un sentimiento poderoso, declaró de lleno que el peruano la quería, y que ella... le había hecho dueño de su corazón, con inquebrantable propósito de ser de él ó de nadie. Larga y penosa fué la escena, y en ella hubo de todo: gritos, amenazas, lamentos, truenos furibundos en la boca del padre, y un río de lágrimas en los ojos de la señorita. Repetido por la noche el sofión, presentes Pinel y las dos señoras, hablaron todos con tal vehemencia, afeando el amor de Mara, que la pobre muchacha quedó sobrecogida y muda. Creyeron que la habían convencido; pero no fué así: más fácilmente se apaga un volcán que el incendio de un corazón enamorado.

Dos días después, hallándose Ansúrez en la correduría que despachaba sus buques, se le presentó de improviso Belisario, y sin preámbulos ni retóricas baldías, en prosa categórica y llana, le dijo: "Vengo, amigo Diego, á pedirle á usted la mano de su hija.,, ¡María Santísima, qué cara puso el celtíbero al oír lo que juzgaba disparate, blasfemia ó cosa tal, qué relámpago de ira echó de sus ojos, qué sarta de vocablos feos y sacrílegos de su boca! Repitió el peruano friamente su demanda; mas antes de que concluyera, corrió hacia él como un león el enconado padre, y acudieron los allí presentes á sujetar á uno y otro, salvando de un grave estropicio al poeta mareante. Dueño éste de sí

mismo, y conservando la serenidad que había perdido su enemigo, declaró que Mara sería suya, quisiéralo ó no el señor Ansúrez, porque la ley de amor, más alta y fuerte que todos los respetos humanos, había de cumplirse. Amor es ley del universo, y la autoridad paterna es ley social. Amor es fuerza creadora que engendra la vida y perpetúa la Humanidad; las leyes sociales que contrarían el amor son esencialmente destructoras como instrumentos de muerte. Estos y otros desatinos y razones enfáticas dijo en un tono y cadencia que sonaron á verso en los oídos de los hombres de mar. Terminó la reyerta con groseras burlas de las retahilas del americano, y á empujones le lanzaron á la calle ignominiosamente. “Soy solo contra tantos—clamaba,—y no es bien que me traten así...”

Ansúrez, sin que sus amigos le soltaran de la mano, quedó en la correduría braceando como loco furioso, y repitiendo las maldiciones y amenazas con que desfogaba su ira. “¡Ajo, dar mi hija á un coplero!... ¡Ajo, maldito sea el instante en que los ojos de ese bigardo miraron á mi niña!... ¡Si no me lo quitan, lo estrangulo!... ¡Suéltanme, que quiero tirarlo al agua con una piedra trincada al pescuezo!...”, No se calmó hasta que regresaron los que se habían llevado á Belisario, y le dijeron: “No te sofiques, Diego, ni hagas caso de ese silbante. Hémosle metido en el bote del vapor sardo, donde está de mayordomo. Descuida, que á

tierra no ha de volver. Ya tienes al vapor desatracado y listo para salir á la mar „ A pesar de esta seguridad, no tuvo sosiego Ansúrez hasta que vió salir el vapor sardo... Aún rondaba su alma un recelo inquietante. Aguardó la vuelta del práctico que había sacado al vapor, y las referencias de éste diéronle la certidumbre de que el aventurero gandul navegaba con rumbo á Génova.

En los días siguientes observó Ansúrez en su hija tan serena placidez, que la irritación y suspicacia motivadas por el suceso de la correduría se desvanecieron completamente. Después, tuvo que ir á Mazarrón á tratar de un transporte de plomos, y regresó á los dos días en un vaporcito costero. Al saltar á tierra, le recibió su amigo Roque Pinel con la cara larga y afligida que suelen poner los que se ven obligados á dar una mala noticia... No sabía el buen hombre cómo empezar. Sus palabras balbucientes, el tono lacrimoso y fúnebre con que las pronunciaba, levantaron en el alma de Ansúrez una onda de terror, que le cortó el aliento. Desgracia inmensa y repentina había ocurrido en su casa. ¿Estaba Mara enferma?... ¿Se había muerto quizás? Echóle Pinel el brazo al cuello, y anduvieron juntos algunos pasos... Sacando fuerzas de flaqueza, pudo decirle, no que Mara se había muerto, ni aun que estaba enferma, sino que buena y sana se había escapado de la casa .. ¡Jesús!... fuga-da, sí, de la casa y de la ciudad... ¡Jesús, Jesús!... arrebatada por el gavilán americano.

VII

La terrible impresión de esta noticia no hizo estallar al buen Ansúrez en bravatas y denuestos sacrílegos. La recibió como una maldición de Dios, y su dolor tomó forma semejante á las sublimes quejas del santo patriarca Job. Creyó que Dios lanzaba sobre su cabeza rayos de ira, que debía revolcarse en un muladar, y convertirse en ceniza ó polvo miserable. Rompió á llorar como un niño. Ni Pinel ni otros amigos pudieron consolarle.

¿Pero cómo...? ¿Cuándo...? A estas interrogaciones ansiosas fueron contestando los amigos con discreta lentitud. Lleváronle á la correduría, y con él se encerraron: así evitaban el tener que contarle cosas tan delicadas en medio de la calle... ¿Pero cómo...? ¿Cuándo...? Pues la escapatoria fué la misma noche de la partida de Ansúrez á Mazarrón. Ninguno de los amigos podía explicarse que habiendo embarcado el ladrón en el vapor sardo, volviese á Cartagena tan pronto. O no eran ciertas las noticias dadas por el práctico, ó el americano tomó tierra en alguna playa ó puertecillo de la costa... Lo indudable, y esto se supo por una muchacha que en la casa servía cuando Mara volvió del convento, era que los amores de Belisario con la señorita databan de fecha relativa-

mente larga. Cuando Ansúrez le socorrió en Alicante, ya había logrado el americano que sus amorosas esquelas llegaran á la colegiala de las Ursulinas... Restituída la niña á su casa, continuó la correspondencia, que era por una y otra parte de lo más arrebatado y fogoso, á juzgar por una carta que, después de la évasión, encontraron en el neceser de Mara; papel que ésta se olvidó de quemar, como había hecho con otros... También era indudable que en Octubre, antes de la violenta escena en la correduría, estuvo el gavilán en Cartagena; los amantes se veían y charloteaban, asomada ella á una ventana que da al callejón del Cristo, él en la calle, arrimado á un doblez obscuro de la pared.

Para que nada quedara por decir, uno de los presentes declaró que, por confidencia que á una de sus amiguitas hizo Mara, se sabía que el amor de ésta era de los de condición irresistible y volcánica. Otro de los amigos expuso la idea de que el americano sería todo lo perdido y vagabundo que se quisiera; pero que alguna cualidad eminente había de tener para trastornar á una señorita que, con la pasada que le dieron en el convento, era sin duda muy sentada de cascos. No faltó quien dijese que la culpa de aquel desvarío la tenían los malditos versos, ó la poesía que, hablando en prosa neta, echaba de su boca el maligno americano. En resolución, éste había cautivado á la paloma de Ansúrez con el gancho de su palabrería poética, y el continuo hablar de ángeles, co-

rolas, crepúsculos, misterios de la tarde y de la noche, astros rutilantes, desmayos del amor, y otras mil sandeces que debieran ser prohibidas por la Iglesia, y perseguidas sin compasión por los jefes políticos, corregidores y alcaldes pedáneos.

Faltaba lo más importante de la información que al afligido Ansúrez dieron sus amigos. En cuanto se notó la falta de Mara en la casa, salió Pinel disparado en busca de la fugitiva. Requiriendo el auxilio de las autoridades, anduvo de mazo en calabazo toda la noche, sin encontrar ni á las personas buscadas ni rastro de ellas. Creyó que habían huído por tierra; pero al día siguiente, la vaga delación de un gabarrero le indujo á creer que Mara y su raptor habían escapado por los anchos caminos del mar. ¿Cómo y á dónde?... Noticias posteriores dieron la casi certidumbre de que navegaban con rumbo al Estrecho de Gibraltar en una goleta de tres palos, norte-americana, llamada *Lady Seymour*. “¿Para dónde, ajo?,”... “Para Río Janeiro, Montevideo y el Pacífico.” La goleta despachada en Barcelona con carga general, había hecho escala breve en Cartagena para tomar dos docenas de pasajeros, que iban sin blanca y con lo puesto, en busca de *la madre gallega*.

Por fin, el buen Pinel, no sabiendo cómo consolar á su amigo, díjole que unos señores, no sabía si peruanos ó chilenos, establecidos en Alicante y que de paso estaban en Cartagena, conocían á Belisario y dieron

de su familia las mejores referencias. El padre había muerto, dejando un fabuloso caudal, haciendas muchas y plata en barras, que, puestas en montón, subirían tanto como la torre de la Catedral de Murcia. De todo eran ya dueños la viuda y los hijos... Bien podía suceder que Belisario, al alzarse con la moza, tuviera la intención de ir por caminos malos á un fin excelente, que en esto de elegir caminos, el hombre es siempre un navegante, y no va por donde quiere, sino por donde le dejan las corrientes y el viento. Dentro de lo posible estaba que la pareja loca fuese navegando en demanda del Perú y de la herencia; que en el Perú se unieran Mara y Belisario en santo matrimonio, y que luego volvieran acá encasquillados en plata, para dar dentera á media España... Ansúrez le mandó callar; se angustiaba más con el desenlace de cuento infantil que los amigos querían poner á su infamia.

El suceso que referido queda hundió al celtíbero en negra tribulación. Ya no había para él contento ni paz. En pocos días se avejentaron sus cuarenta y dos años, tomando aspecto de hombre más que cincuentón. Llenósele de arrugas el rostro, la cabeza de canas; la sonrisa y todo concepto jovial huyeron de sus labios. Hablaba tan poco, que sus palabras se podían contar como los donativos del avaro. Para que su semejanza con el santo Patriarca Job fuera más visible, á los ocho días de la fuga de

Mara trajéronle la nueva de otra gran desdicha. El falucho *Esperanza*, que había salido de Torrevieja con cargamento de sal para Villanueva y Geltrú, fué sorprendido de un furioso ramalazo de Levante, que lo desarboló, y con graves averías en el casco, lo dejó sin gobierno, á merced del oleaje. De nada valieron los esfuerzos de una tripulación heroica: el pobre barquito fué á estrellarse en las peñas del faro de Santa Pola. Perecieron dos hombres, y la embarcación se deshizo como un bizcocho...

La noticia del tremendo desastre fué esenchada por Diego con resignación tétrica y sombría, como si antes que la temiese la esperase, persuadido de que las desgracias no vienen nunca solas. Considerando que el otro falucho que poseía, nombrado *Marina*, se encontraba en tan mal estado que su reparación había de costar casi tanto como hacerlo de nuevo, resolvió el humilde armador desprenderse de todas las granjerías fundadas sobre el inseguro cimiento de las agnas. Aprestóse, pues, á liquidar los restos de su negocio naviero y mercantil, con propósito de retirarse luego á vida solitaria, quizás eremística, lejos del mundo y de sus engañosas vanidades.

Con fría calma y estoicismo dedicóse An-súrez día tras día á soltar sus amarras con la industria marítima, y el tiempo que le quedaba libre pasábalo en el Arsenal, al calor de algunas fleles amistades que allí tenía. Anselmo Pinel, hermano de Roque y

maestro ajustador en los talleres, fué el primero que consiguió distraerle de sus murrias, interesándole en los trabajos de la ingeniería naval. A la sazón estaba en grada un fragatón de hélice con blindaje, que llevaba el glorioso nombre de *Zaragoza*; y terminada ya, esperaba su armamento junto á la machina otra gallarda nave, la *Gerona*, de cincuenta cañones y seiscientos caballos.

La inspección de obras, que suele ser el mejor esparcimiento de viejos aburridos, dió al alma de Ansúrez algún consuelo: al menos, mientras curioseaba de una parte á otra, descansaba su espíritu de la contemplación interna de sus desdichas. Viendo iniciada en él la tendencia reparadora, Anselmo Pinel, sin apartarle de la idea de retirarse á vida solitaria, le indujo mansamente á volver al servicio de la Marina de guerra, pues ésta, en su sentir, armonizaba muy bien con el santo propósito de abandonar los intereses mundanos. La vida del marino Real era toda abnegación y sacrificio, con la añadidura de la soledad, más completa en la extensión del Océano que en los áridos desiertos de tierra. En este sentido le habló, aunque con términos más llanos, haciéndole ver que si le llamaban las austeridades del yermo y el gusto del sacrificio, debía sin vacilación engancharse por tercera vez, pidiendo plaza de contra-maestre ú oficial de mar.

Aunque verbalmente rechazaba Diego esta proposición, bien comprendió Anselmo,

por los términos vagos de la negativa, que la idea penetraba en el ánimo del infeliz hombre, y allí labraba su nido. Insistía y machacaba Pinel en su exhortación, reforzándola con discretas razones. "Aquí tienes al Director de Ingenieros, don Hilario Nava, que se alegrará de que vuelvas al servicio, y pronto ha de venir el General Rubalcaba, que te estima, y no desea más que protegerte. No vaciles, Diego, y date á la mar, que será tu consuelo, tu familia, ya que ninguna tienes, y tu religión, que buena falta te hace.", Ayudaban al buen consejero en esta obra catequista dos amigos y compañeros de Ansúrez: el uno Cabo de mar, llamado José Binondo; el otro Cabo de cañón, por nombre Desiderio García. Ambos habían navegado con él largo tiempo en la goleta *Vencedora*.

Por fin, hallándose Diego en gran perplejidad, el ánimo indeciso, balanceándose entre la pereza, que le pintaba las dulzuras de la quietud, y el sentimiento religioso, que le pedía trabajos más duros en provecho de su alma y de la madre patria, alma y dueña de todas las vidas españolas, salió una mañana al muelle, y vió fondeada en el puerto la más gallarda, la más poderosa y bella nave de guerra que á su parecer existía en el mundo. Metióse en un bote, y se fué á ver de cerca la mole arrogante; la examinó y admiró por ambos costados y por proa y popa, embelesado de tanta maravilla. La estructura y proporciones del casco, que

así expresaba la robustez como la ligereza; el extraño y novísimo corte de la proa, rematada en forma tajante como un terrible ariete para partir en dos á la nave enemiga; la colocación airoso de los tres palos; la altísima guinda de éstos; el conjunto, en fin, de armonía, fuerza y hermosura, le dejaron asombrado y suspenso.

Vista por fuera la fragata, subió Diego á bordo, y acompañado de buenos amigos que allí encontró, hizo detenido examen de todo; vió el reducto blindado, el puente y alcázar, la extensa cubierta; en el primer sollado, las potentes baterías con todos los accesorios para su servicio; en la profunda caja central las máquinas; subió, bajó y recorrió los departamentos del inmenso recinto, que era barco, fortaleza, palacio y refugio de las almas valientes, y se sintió llamado por voz del Cielo á encerrar su vida en aquél que le pareció santuario de hierro, no menos grandioso que los de piedra. La *Numancia*, que así se llamaba el barco, venía de los astilleros de Tolón, nueva, flamante como un juguete construído para los dioses... Entusiasmado ante tanta belleza, pensó por un momento Ansúrez que su patria había recibido de la Divinidad aquel obsequio, y que éste no era obra de los hombres.

Y cuando la *Numancia* pasó al Arsenal para completar su armamento y arrancharse y proveerse de todo lo necesario á una larga navegación, se fué el hombre á bordo con Pinel; bajaron al segundo sollado, á proa,

donde están los dormitorios de los condes-
tables y contramaestres; se metieron en uno
de éstos, y Ansúrez dijo á su amigo: "De
aquí no salgo ya. Arréglame todo como pue-
das. En casa está mi uniforme guardado con
alcanfor para que no se apolille. Tráemelo,
y con él mis papeles. Véte á ver al Mayor
General ó al oficial de derrota, que es don
Celestino Lahera, mi amigo, y dile... lo que
quieras, Anselmo... En fin, que me voy; y
si no puede ser de contramaestre, iré de cabo
de mar, de marinero ordinario, ó aunque
sea en el oficio más bajo de la Maestranza.,

Pinel y los demás amigos se ocuparon
activamente en este negocio del honrado
navegante, consiguiéndole plaza de Segun-
do Contramaestre. (El Primero era otro ex-
celente amigo y gran marinero, llamado
Sacristá)... Y satisfecho de su empleo, el
celtíbero no salió más del barco, y en él se
sentía tan consolado de sus tristezas como
peregrino que, tras un largo divagar, en-
cuentra la magna basílica, y en ella el mis-
terioso encanto que apetece su alma dolo-
rida.

VIII

El 8 de Enero del 65 salió la *Numancia*
de Cartagena para Cádiz, llevando á bordo
una Comisión de primates de la Marina, que
debía informar de las condiciones de la fra-

gata. Toda la travesía fué una serie de probaturas. Dócilmente obedecía la nave, haciendo todo lo que se le mandaba, y vieron y apreciaron los señores su andar á máquina, variando el número de calderas encendidas y los grados de expansión, y el tiempo que tardaba en dar una vuelta en redondo. Probóse asimismo el andar á la vela, desplegando en los mástiles la enorme superficie de lona. Era un encanto ver cómo el coloso, sensible á las caricias del viento, hacía sus viradas por avance y en redondo con suprema elegancia y precisión.

Reventaba de gozo Ansúrez viendo estas pruebas, singularmente las de maniobras de vela, que eran su fuerte y su orgullo. En ellas ponía su brío y ardimiento, expresados por su potente voz; ponía también su corazón, pues solo ya en el mundo, privado de todos los amores que embellecen la vida, había encontrado en la fragata un amor nuevo que le salvaba de la tristeza y sequedad anímicas. En pocos días sé encendió en él la llama de aquel cariño nuevo: la fragata era su hija, su esposa y su madre, y en ella veía el lazo espiritual que al mundo le ligaba. La *Numancia*, personalizada en la mente del Oficial de mar, era el conjunto de todas las maravillas de la ciencia y del arte; un sér vivo, poderoso, bisexual, á un tiempo guerrero y coquetón. La bravura y la gracia componían su naturaleza sintética. No cesaba de alabar sus múltiples atractivos, y ya decía “¡qué valiente!”, ya “¡qué elegante!”.

Había recorrido, de sollado en sollado, los innumerables departamentos y divisiones de la interior arquitectura del barco, los cuales correspondían á las necesidades de la guerra, de la vida y de la navegación. Todo lo había visto y examinado con prolijidad, conservando en su mente los pormenores de tantas y tan diferentes partes, de cuya proporción y armonía resultaba la hermosura total. Las baterías le enamoraban, y la máquina y carboneras encendían en él entusiasmo tan hondo como el velamen gigantesco. Tenía la nave corazón, sangre, alas, pies, y un rostro bellísimo, que era la peregrina disposición de las viviendas donde tantos hombres según su categoría se albergaban, la opulencia de las cocinas y despensas, y todo lo concerniente al buen comer, indispensable función de los hombres de guerra.

El 4 de Febrero salió de Cádiz la soberbia fragata, con mar llana y Noroeste fresquito. En cuanto se zafó del puerto, puso rumbo á Canarias con cuatro calderas encendidas. Por la tarde se aprovechó la mayor frescura del viento, largando las gavias y algunas velas de cuchillo, con lo que se ayudó el andar á hélice. A la cuarta singladura vieron los navegantes el grandioso Teide, que desde las brumas del horizonte les daba el quién vive. Hacia él maniobraron, y á media tarde dejáronlo por estribor, pasando entre las islas de Gran Canaria y Tenerife. No fué tan bonancible la travesía de Cana-

rias á San Vicente, porque se les presentó mar tendida y gruesa del Noroeste, que les cogía de costado; y la señora fragata, que hasta entonces no había sufrido tal prueba, bailó graciosamente, con diez balances de 25 grados por minuto, demostrando que sigrande era su ligereza, no era menor su estabilidad... En San Vicente se detuvieron el tiempo preciso para reponer el carbón gastado desde Cádiz. Un calor pegajoso, un barullo de negros y mulatos, que como solícitas hormigas metían el combustible en las carboneras, incomodaron á los tripulantes en los tres días que permaneció el barco frente á la isla inhospitalaria, desnuda de toda vegetación.

En sitio tan desapacible reverdecieron las melancolías de Ansúrez, y se turbó la serenidad que desde el embarque en Cartagena traía en su alma. Una tarde, invitado á la mesa de los maquinistas por uno de éstos, que era su amigo, se entabló conversación sobre cosas y personas cartageneras, y el tercer maquinista, hombre simpático, mestizo de francés y catalán, hizo alusión muy transparente al rapto de la hermosa Mara. Saltó Diego con exclamación pronta y viva, como si avispa le picaran. Mediaron palabras de curiosidad, excusas, interrogaciones ardientes, y por fin, dijo el maquinista que nadie como él hablar podía de aquel suceso, porque era muy amigo de Belisario Chacón, y se sabía de memoria su carácter, sus cualidades y defectos. El estupor de Ansúrez

subió de punto. Nunca pensó que en medio de los mares, á tanta distancia del escenario de su drama de familia, viniese repentina luz á esclarecerlo. A las manifestaciones que antes hizo, agregó el maquinista que podía contar muchas cosas que el padre de Mara ignoraba. La curiosidad ansiosa de éste fué muy semejante á los balances que había dado la fragata en la última travesía... Pero como no era discreto hablar del caso entre tanta gente, en la confianza de la sobremesa, acordaron reunirse los dos á prima noche, después de picar las ocho. Bien podían charlar sin reserva cuando uno y otro estuviesen francos de guardia.

A la hora prescrita, arrimados al castillo de proa, hablaron largamente Ansúrez y el maquinista Fenelón, sin más testigo que el vientecillo terral, que una vez entrados los conceptos en el oído de Ansúrez, se los llevaba mar adentro. Si no fuera discreto el terral, podría repetir cláusulas de aquel coloquio en que el semi-extranjero refería sucesos reales y daba sinceras opiniones. Cogidos en la onda del viento se reproducen algunos trozos que no carecen de interés. Véase la muestra: "Ha de saber usted, amigo mío, que en aquellos días de Octubre tenía Belisario mucho dinero. Del bolsillo sacaba puñados de monedas de oro y fajos de billetes. ¿Piensa usted que éste dinero era mal adquirido? Yo creo que no. Belisario es una cabeza destornillada, como la de todo el que anda en tratos con la poesía; pero no

pone su mano en lo ajeno: esto me consta; he podido comprobar su honradez en las ocasiones de mayor pobreza. Dice usted bien que ese dinero no pudo ganarlo en su comercio de fruslerías... pura farsa romántica... Se disfrazaba de vendedor... ponía en verso los números... Me pregunta usted si sé la procedencia del dinero, y contesto que Belisario hacía también la farsa del guardador de secretos... Presumo que recibió fondos del Perú, enviados por su madre para que se restituyese á la patria.

—¿Y por qué—observó Ansúrez prontamente,—no me habló... *en plata*, para pedirme la hija? Aunque ni pobre ni rico me gustaba el peruano, con ese adorno de la riqueza... quiero decir... no viniendo el pretendiente á palo seco, mi contestación hubiera sido muy otra de lo que fué.

—Pues... Belisario no habló á usted de intereses—repuso Fenelón,—porque es lo que llamamos un romántico... ¿se entera usted, amigo?... porque llevando las cosas por derecho y obteniendo la mano de la niña según el estilo corriente, no resultaba poesía... Lo poético era meterse por el camino más largo y más difícil, manteniendo la ilusión, que es la salsa de que se alimentan las almas románticas. Palabra de honor, que es así.

—No lo entiendo, ni creo que tenga sentido común nada de lo que usted me dice...

—Pues añadiré que también su hija de usted es una romántica de marca mayor—

afirmó Fenelón riendo.—Romántica vino al mundo; el aire andaluz agravó lo que bien puede llamarse enfermedad, y las lecciones de las monjitas acabaron de rematarla... ¿Tampoco lo entiende?

—¿Conoció usted á mi hija?

—La ví una sola vez. Sus ojos y las pocas palabras que le oí, me revelaron su romanticismo agudo. Despues, la he conocido mejor por el reflejo de su alma en el alma de Belisario... Pues como decía, siendo los dos románticos furiosos, bien puede asegurarse que desecharon todo proceder antipoético, para lanzarse á los fines de amor por los espacios rosados y lindísimos de lo ideal... ¿Tampoco lo entiende?

—No, señor, y líbreme Dios de entender esas monsergas... Por lo que usted me dice, voy comprendiendo que también es usted de esa cuerda ó vitola... ¿Cómo llaman eso?

—Romanticismo... Pero sepa que yo no soy romántico, ni mis locuras, que también las tengo, son como las de Belisario y su hija de usted. Yo, así por el lado catalán como por el lado francés, soy esencialmente práctico y positivista. Si me hubiera encontrado en el caso de Belisario, habría ido derecho á la confianza de usted alargando la mano llena de dinero. Yo no desprecio el dinero, no lo llamo *vil*, no lo tengo por prosa, sino por la más alta poesía...

—Hombre, ni tanto ni tan poco —dijo Ansúrez con inflexión jovial:—quedémonos en un término medio... Pues ahora me ha

entrado curiosidad de usted... Dígame quién es, cómo ha venido á la vida de perros de los maquinistas de vapor, y dónde y cuándo aprendió lo que sabe, y el aquél que tiene para calar á las personas.

—Yo soy hijo de francés y española; me crié en Cataluña, y mi primera educación fué para mejor oficio que éste de maquinista. Mi padre ha sido Director de *Forges et Chantiers*, y aún desempeñaba el cargo cuando se puso la quilla de esta magnífica fragata. Hoy está retirado por su mucha edad, pero conserva en los talleres y en la Dirección tanta influencia como cuando todo estaba bajo su mano... Yo fuí muy aplicado en mis años primeros, como acreditan las certificaciones de mis estudios prácticos en el *Creuzot*, y los diplomas que gané en Lyon y en París... Ya que nombro á París, diré que en aquella ciudad tan grande y bella se inició mi perdición, al tiempo que me asimilaba la cultura y el saber ameno que allí flota en el aire y se le introduce á uno, como si dijéramos, por los poros. Yo me dí grandes chapuzones de lectura; me puse al corriente de todo lo antiguo y moderno, así en novela y poesía, como en las demás artes, sin olvidar por eso mi profesión científica. Pero mientras metía en mi entendimiento tanta y tanta luz, mi voluntad se la llevaban los demonios, y me lancé á una vida desarreglada y al delirio de los goces... Veo que me oye usted con la boca abierta, como si yo le contara un cuento

fantástico. Usted, hombre sencillo y patriarcal, no comprende nada de esto... Abrevio mi cuento, y vengo á parar en que mis escándalos tuvieron fin por intervención de mi familia. Mi padre me sentenció á trabajos duros para corregirme, y por imponerme más segura penitencia, me embarcó de tercer maquinista en la *Numancia*. Ya sabe usted que la Compañía *Forges et Chantiers* corre con el servicio de máquinas hasta que la fragata vuelva de su expedición.

—Viene usted, pues, como galeote—dijo Ansúrez,—que así llamaban á los criminales y perdidos que iban á remar en las galeas del Rey. Bien, señor Fenelón. Ya veo que es usted hombre de historia, muy corrido en trapisondas de tierra adentro, y sabedor de cosas de novela y poesía... que para mí son letra muerta, pues de ello no entiendo palotada. Y veo también que no sólo corrió usted las borrascas en aquella Babilonia de Francia, que llamamos París, sino que también debió andar por España como bala perdida, y en España fué amigo del sinvergüenza de Belisario. ¿Andaba usted por la costa de Levante en Septiembre y Octubre del año pasado? Sin que me responda, entiendo que sí. Cuando el maldito peruano me robaba la niña, estaba usted en Cartagena... y cuando el ladrón y la joya robada se embarcaban no sé para dónde, usted tomaba la vuelta de Tolón, donde su señor padre le trincó y le impuso el castigo de galeras en nuestra fragata.,,

Áfirmaba el francés, rechazando al propio tiempo toda complicidad en el robo de Mara.

“¿Y cómo me explica usted—preguntó Ansúrez, que se resistía bravamente á entrar en el terreno legendario,—cómo me explica que teniendo aquel pirata sus bolsillos estivados de buena moneda, sirviera de segundo mayordomo en un vapor de mala muerte?...

—Romanticismo, pura farsa romántica. El hombre satisfacía un irresistible anhelo de disfrazarse y hacerse pasar por lo que no era, siempre á la mira y asechanza de su propósito novelesco, tal como lo que había visto en dramas y leído en libros de imaginación. Hacía, *por ejemplo*, el *Montecristo*, y derramaba el oro para escribir en su vida una página sorprendente de interés y emoción.

—No lo entiendo, no lo entiendo—dijo Ansúrez llevándose las manos á la cabeza; —y como usted es también poeta, por su desgracia, no puede contarme las cosas como son, sino como las ve en el farol de poesía que tiene dentro de su cabeza. Y si esto no me entra en el magín, menos entrará que Belisario pudiera seducir y engañar á mi niña, sin emplear artes de brujería, bebedizos ó algún requilorio enseñado por los demonios. ¿Cómo pudo ser, Señor, que se dejara trastornar mi hija por un charlatán sin seso; ella, que era buena de su natural, y además traía fresca la enseñanza de las Madres, que la instruyeron de moral, y

me la pusieron tan modosita y tan recatada que daba gloria verla y oirla?

—Las Ursulinas, amigo Diego—afirmó el francés,—no enseñaron á la señorita nada, absolutamente nada. Salió del convento tan borriquita como entró en él. Lo único que aprendió fué el disimulo de su romanticismo... Y también digo á usted que el alma romántica tiene su mejor cultivo en el misterio y soledad del claustro, mi palabra de honor... El misticismo le pone luego el capuchón para que se disfrace y pueda engañar más fácilmente al mundo.,,

Enorme confusión llevó esta idea al pensamiento de Ansúrez. No sabiendo cómo contradecir al francés, calló... y ambos perdieron sus miradas en el mar sosegado y dormido que delante tenían. Pensó el contramaestre que su compañero de navegación había cargado la mano en las dosis de Jerez con que se confortaba después de las comidas, y que por esta causa, más que por su embriaguez de cultura literaria, estaba el hombre á medios pelos.

IX

La campana picó el *tan-tan* de las nueve, y aún charlaban maquinista y contramaestre arrimados á la borda, junto á la amura de estribor. Repitió Ansúrez sus conceptos de incredulidad; insistió en que nada com-

prendía de las explicaciones enrevesadas que daba Fenelón al suceso de autos, y por fin, buscó nueva luz con esta pregunta: "¿Y qué hacía Belisario con tanto dinero? Me figuro que emplearía buenos patacos en pagar á los traidores que le ayudaron en su robo.

—En esto fué tan liberal el hombre, que hay en Cartagena quien se *ha puesto las botas*, como suele decirse, con la fuga de la niña de Ansúrez. La criada, *por ejemplo*, que servía en la casa cuando usted trajo á Mara del convento, y que luego siguió visitando á la familia con pretexto de vender tortas y polvorones, se casó en Noviembre y puso una pastelería en la calle de la Caridad.

—¡Ah!... Venancia —exclamó Ansúrez apretando los puños;— ¡esa traidora, que á todos nos engañó!... Yo le haría pagar sus tercerías villanas si ahora la cogiera... ¡Indecente, hija de *tal*, y *tal* ella misma, gran perra...!

—Y no es esa la única que se ha redondeado con los dineros del amigo... Muchos estrenaron ropa y pusieron gallina en el puchero días y días y semanas. Y aquí mismo tiene usted al Cabo de mar, ese José Binondo, que también se guarneció el bolsillo... mi palabra... con la plata del americano. No me ponga esa cara de santo en éxtasis. Es usted un inocente, un buenazo, que se fía de cualquiera, y va por la calle diciendo: "¿No hay por ahí alguno que me engañe?,"

—Pues mire usted, señor Fenelón —declaró Ansúrez con franqueza candorosa:— yo sospechaba de Binondo, yo tenía la idea de que este amigo no era fiel... Y no me fundaba en rumores ni hablillas, sino en algo que notaba yo en él cuando hablábamos... una sombra, un mirar para otro lado, un tonillo dengoso que tiene la voz de los traidores... Ya puede andar con cuidado el hombre, porque esa cuenta tiene que pagármela... ¿Y cómo ganó Binondo los duros del peruano?

—Al sacar á la niña, la condujeron á una casa de pescadores en Santa Lucía. Binondo se encargó de llevarla en su lancha á bordo de la goleta; servicio arriesgado... que realizó al amanecer, después de untar de amarillo las manos de un cabo de la Comandancia. Cuando ésta pesquisaba con Roque Pinel, y revolvía el puerto y la ciudad, la niña y su amante se mecían tranquilamente en la goleta, contando los minutos que habían de tardar en salir á la mar...
—Salieron, ¡ajo! —clamó Ansúrez entre suspiros hondos, —sin que la autoridad de mar ni la de tierra supieran cumplir su obligación. El dolor de un padre no significa nada para los que mandan... La autoridad, como tal autoridad, no tiene hijas... Y dígame usted ahora, ya que todo lo sabe ó dice saberlo: ¿es cierto que la goleta llevaba la vuelta del Pacífico?... ¡Ajo! pongamos que lleva retraso de tres meses por malos tiempos y averías gordas... Tendría gracia

que la encontrásemos, desarbolada y sin gobierno, que nos pidiera auxilio, que se lo diéramos, y que al traernos á bordo á los náufragos viéramos entre ellos á mi querida hija y á mi aborrecido yerno. Sería como si los pescáramos en alta mar.

—No sueñe usted ni se nos vuelva también romántico. La goleta *Lady Seymour* habrá pasado por estas aguas... sabe Dios cuándo... Pero en ella no van Belisario y Mara: su plan era quedarse en Gibraltar, y tomar el vapor inglés que sale de allí el 15 de cada mes para Aspinwall, istmo de Panamá...

—Entendido... A fe que no son tontos. Esto sí lo entiendo; como que es de mi oficio de mareante, y aquí no hay romanticismo que valga. Vea por dónde nos fastidia el condenado istmo. Ya conocen esos pícaros el atajo... Vaya, que la juventud afina... sabe más que los viejos... Bien recuerdo que el americano de presa tenía grande afición desde chiquito á las cosas de mar, y debía conocer los caminos entre su tierra y Europa, que son caminos endemoniados por acá y por allá... Dios permite que la gente joven se nos adelante y nos tome las vueltas. Si es cierto lo que usted dice, ya estarán esos locos en el Perú.

—Por mi cuenta, habrán llegado en Diciembre... á no ser que se los haya tragado el mar... que todo podría ser...,

Ansúrez miró al francés como reconviniéndole por su pesimismo. Golpeando la

borda, dijo: “¡Ajo! no faltaba más sino que mi niña se ahogara con ese tunante. Santo y bueno que se haya dejado robar; pero irse al fondo con él... eso no puedo consentirlo... Dispense usted, señor de Fenelón: no sé lo que digo... Quiero tanto á esa criatura, que todo se lo paso, todo se lo perdono, con tal que viva. Si en mi mano tuviera yo el gobierno del mar y de los hombres que andan en él; si tocando mi pito de contramaestre pudiera echar á pique una embarcación y salvar á unos tripulantes y á otros no, yo sacaría del agua por los cabellos á mi querida Mara, y al negro ese lo dejaría para merienda ó almuerzo de los tiburones. Pero estamos soñando... que esto es *hablar de la mar*, ó sea hablar dormidos... ¡Quién sabe dónde estará mi hija, ni si vive ó muere, ni si volveré yo á verla!... Pongamos á Dios donde debe estar, por encima de todas las cosas, y no nos metamos en averiguaciones de las cosas distantes ni de las cosas venideras.

—Respetemos, sí... los caprichos del Aca-so—dijo Fenelón entornando sus ojos con vaga soñolencia, —y lo que sea... será y sonará... Yo pregunto: ¿vamos, *por ejemplo*, al Callao? ¿Vamos en son de paz, ó en son de guerra?

—Dios y nuestro Comandante don Casto dirán á dónde vamos, y lo que tenemos que hacer por allá.,,

Esto replicó Ansúrez, añadiendo á sus palabras un ademán ó intento de santiguar-

se. Pero la intención se quedó á medio camino entre la mano y la frente. El maquinista, soñoliento y *ajerezado*, manifestó deseos de embutir su persona en la litera, y en esto sonó la campana. *Tan-tan, tan-tan: las diez.*

“Usted se acuesta, yo no,—murmuró Ansúrez despidiéndose con una cabezada.—Aquí me quedo pensando...,”

Pensando estuvo largo tiempo de aquella noche estrellada y apacible. Por la mañana, entre la algarabía de pitos marineros y de militares cornetas, salió de San Vicente la fragata, bien arranchada de carbón, que gastaba con economía, aprovechando la brisa frescachona para navegar á un largo con todo su aparejo. Días hubo en que se retiraron los fuegos de las calderas para marchar en brazos del aire vago. Los pies, ó sea la hélice, reposaban, y sueltas al viento las alas daban un andar de cuatro á cinco millas. Así transcurrieron días, durante los cuales el buen Ansúrez no cesó de cavilar en su asunto; y revolviéndolo y mirándolo por todas sus caras, trataba de reconstruir el rapto de su hija para convertirlo de novela en historia. De la vaguedad iba saliendo el sentido real del suceso; y si á veces éste se anegaba en las tinieblas de su origen, de improviso resurgía iluminado por la verdad.

Con los preciosos datos aportados por el hispano-francés, llegó Diego á modificar su apreciación del hecho que había dejado hue-

lla tan honda en su alma. "Será muy raro —pensaba— que ahora salgamos con que no es el Belisario tan malo como pensé, y que la condenada poesía y los versos no le estorban para ser hombre honrado, caballero y buen cristiano. ¿Tendré yo la culpa, por mi brutalidad de aquella tarde en la corredu-ría; tendré yo la culpa, digo, de que mi niña se me escapara por el aire, viendo que yo le cortaba los caminos naturales de tierra? Pero él debió decirme: "Tengo posición; soy nacido de buenos padres, y quiero casarme por la ley de Dios y con toda la decencia del mundo." Si esto no dijo, por mor de la condenada *romantiquería*, no es mía la culpa, sino de él... O será culpa de los dos, y resultará que yo también soy lo que se dice román .. ¡Romántico yo! no puede ser. Un padre no es eso, diga lo que quiera ese borrachín de Fenelón... un padre no es poeta en lo tocante á nada de su hija... Cuando estas cosas discurría, la fragata cortaba la Línea Equinoccial.

El paso de la Línea fué, como es costumbre en la mar, festejado con alegría carnavalesca. Ansúrez estaba en todo, firme en sus funciones de contramaestre, sin dejar de hilar en su interior el pensamiento que le dominaba. Dos seres, uno dentro de otro, existían en él: el padre de Mara, y el hombre solitario que amansaba su pena con las obligaciones fielmente cumplidas, y con el cariño al barco, que era su casa y su templo...

Navegaban ya por el hemisferio Sur; ya no veían las amadas estrellas de la Osa Mayor; en el firmamento austral servíales de guía la espléndida Cruz. Ante ella, como en otros días ante la Osa, seguía el buen Ansúrez hilando su pensamiento; del copo salía la hebra, que nuevamente se deshacía, volviendo á la maraña de donde salió... A los 10 grados de latitud Sur, en el paralelo de Pernambuco, se hallaba Diego plenamente convencido de que toda la responsabilidad de su desdicha era de Belisario y de su arrastrada poesía... A los 24 grados, paralelo de Río Janeiro, creía firmemente que la culpa era suya, y que él también hacía versos sin saberlo. En los 30 grados, remachaba esta idea, llegando á sostener que cuanto dijo en la correduría contra el americano era pura poesía rabiosa, pues también la rabia es romántica, como se podía ver en el teatro, donde todo el interés consiste en que lloren las mujeres, y los hombres amenacen y griten como locos...

En esto llegaron á Montevideo, donde encontraban descanso, la alegría de víveres frescos, del bajar á tierra y tratar con españoles. Aunque políticamente no fueran aquellos nuestros hermanos, por el habla y los sentimientos no podían negar la casta. Prueba plena del parentesco daban los valientes americanos con su afición al juego de la guerra civil. Como nosotros, se dividían en furiosos bandos, y se perseguían y se fusilaban *por dar gusto al dedo*. Cuando

fondeó nuestra fragata en aguas del Uruguay, había terminado una guerra fratricida; pero como el abolengo hispánico no se avenía con el reposo de las armas, pronto los orientales declararon la guerra al Paraguay. El Brasil, que había sido enemigo, trocóse en aliado; la Argentina también sintió ganas de quimera. Aquellos pueblos, establecidos en las regiones más feraces del mundo, tenían horror, como su madre España, á la ociosidad militar, que es la paz. Allá, como aquí, la turbaban por un daca esas pajas, ó simplemente por esa ironía del tiempo que llamamos *pasar el rato*.

Por su mucho calado, la *Numancia* echó el ancla á seis millas de la ciudad. El carboneo se hacía difícilmente; el trabajo era rudo. En las clases de marinería y tropa, pocos individuos tuvieron permiso para saltar á tierra. Oficiales y Guardias Marinas gozaron algunos días de aquel esparcimiento, y más aún el personal de máquinas. Todos volvían diciendo que la ciudad parecía un campamento, y que en ella no se hablaba más que de aprestos militares. A pesar de esto, el amigo Fenelón, que en la mar se sentía por lo común fuera de su elemento, pasaba en tierra todo el tiempo que se le permitía, empalmando las tardes con las noches y éstas con las mañanas.

“Puede usted creerme, mi querido An-súrez—decía contándole á éste sus correrías urbanas,—que las mujeres de este país son preciosas, francas, sensibles, y más ins-

truiditas que las de allá... Bajo mi palabra de honor, afirmo que me han gustado veintitrés, que me he sentido enamorado bárbaramente de cinco, y locamente de dos. He vuelto á bordo con el corazón en pedazos y el cerebro como un volcán... Yo soy así... Mi naturaleza es la adoración de la mujer, y mi destino entregarle mi alma para que juegue con ella, aunque con estos juegos me deje alma y almario hechos trizas... No puedo remediarlo. Si en vez de tocar en esta ciudad hermosa y culta, hubiéramos arribado á un lugar de tribus salvajes, no habría faltado una negra bozal que me hiciera tilín, como ustedes dicen, ni yo habría dejado de enloquecer por ella, trayéndome acá su negra imagen estampada en mi corazón... Ya, ya sé lo que va usted á decirme: que soy romántico. No, amigo mío: soy clasicote, un poquito pagano y un muchito sensualista y experimental. Entiendo que este culto mío de la mujer es una pequeña filosofía, mi palabra de honor... Vámonos á mi camarote, y adormeceremos nuestras penas con unas copas de Jerez... Venga usted, acompáñeme... ¿Cuándo seguiremos nuestro viaje?... Ganas tengo ya de ver otras tierras. Usted, que ha pasado dos veces ese infernal Estrecho, dígame: ¿cuál es el tipo y cariz de la hembra patagona? ¿Es bravía, procerosa de talla, alta de pechos, de ojos flamígeros y boca hasta las orejas? ¿Se pinta, *por ejemplo*, rayas negras en la cara, y se cuelga de la nariz un arete?... Vamos, no sea re-

molón: nos espera el amigo Jerez, que es mi alegría y el descanso de mis penas... ¿Se ríe usted, camarada?... ¿Esa risita quiere decir que me admira ó que me compadece?... Sea lo que quiera, yo no me enfado, mi palabra de honor...»

Cogidos del brazo descendieron al segundo sollado, y en el camarote de Fenelón trincaron de lo lindo. Ansúrez era hombre de fabulosa resistencia contra la embriaguez; el otro, por la reiteración de su vicio, necesitaba dosis extremadas para perder el dominio de la palabra y del pensamiento. Ambos permanecieron en el punto fisiológico á que habitualmente les llevaba una ingestión, no excesiva, del precioso licor. El Jerez del mecánico solía ser alegre; el de Ansúrez era siempre triste y aplanante. “Mi estimado señor Fenelón—dijo á su amigo:—yo, la verdad, no me alegro mucho de haber conocido á usted... porque... también lo aseguro bajo mi palabra de honor... más me gustaba creer que Belisario era un pillo vagabundo, que no creerle honrado y caballero de posibles... Con odiarle me consolaba yo, y ahora resulta que... *por ejemplo*, como usted dice... debo quererle. Esto me pone triste, pero muy triste, señor de Fenelón... ¡Ajo! yo le juro por mi sangre, que á veces me dan ganas de arrojarme al agua. Ahogándome, no me atormentará la idea de que Belisario es un hombre de bien, y de que mi hija le querrá más que me quiso á mí. Esto me pone loco... He pedido á la Vir-

gen del Carmen el favor de que no me deje morir sin ver á mi hija... He llegado á creer que me lo concederá... pero ¡ajo! me carga una cosa, señor de Fenelón. En la cara de la señora Virgen del Carmen, cuando le rezo, he visto un cierto guiñar de ojos y un cierto mover de labios, como si se burlara de mí. También la Virgen cree que Belisario es bueno, y que mi Mara hizo bien en irse con él, dejando á su padre en esta soledad... Y cuando ella lo cree, cierto será que mi hija está contenta, que ha hecho una gran boda, y que yo debo consumirme de rabia, condenado á tocar un día y otro el pito de contramaestre para que los marineros entren en faena; y mientras yo doy mis pitidos, allá están mi morenita y el negro gozando de sus amores, quizás dándome nietos, que yo no he de ver... Dígame usted bajo su palabra de honor, ó por encima de ella, que esto es muy triste, pero muy triste, y que lo mejor que yo puedo hacer es tirarme al agua... Como estoy de buen año, ya usted lo ve, ¡vaya una meriendita que voy á dar á los tiburones!

X

—No te tires, Diego, no te tires—le dijo Fenelón, que en sus alegrías vónicas trataba de tú á todo el mundo.—El mar es muy frío... Comprendo todos los amores, menos

los amores de los peces... Yo me agarro á la vida, y no la suelto... ¡Se encuentra uno tan bien en este mundo, aun estando condenado á galeras!... El galeote rema y rema pensando en la mujer que ha dejado en tierra, ó en la que va á encontrar en el primer puerto de escala. ¿Cómo será esta mujer esperada? ¿Será morena ó rubia?... El galeote la ve en su imaginación, y sigue remando... Boga, boga, marinerito, que la bella te aguarda... Mi remo es la hélice; la máquina mi corazón, la hulla mi sangre... Yo te empujo, navecita mía: llévame pronto junto á mi morena, junto á mi rubia...,

Vencido de un sopor intenso, Ansúrez empezó á dar cabezadas; Fenelón le agarró del brazo, y con sacudidas quiso despabilarle. Irguiendo la cabeza, el contramaestre aprovechó aquel despejo para poner á salvo su dignidad. Dió á su amigo las buenas noches con palabra tartajosa, y palpando mámparos llegó á su dormitorio, y en el coy se arrojó, que fué como si se arrojara en el mar del sueño, porque al instante se quedó dormido... Y antes de amanecer le despertó el viento de la Pampa, que se inició con un silbar prolongado y lúgubre en el aparejo. Acudieron los de guardia y los de retén á las maniobras precisas para defender la nave de la cólera rapaz del pampero, que algo quería llevarse de arboladura ó de cubierta. Calaron masteleros, pusieron al filo las vergas, y largo tiempo emplearon en trincar todo lo que arriba ó abajo podía ser arreba-

tado por el huracán: botes, toldos, mangueras y el sin fin de objetos movibles que toda gran embarcación lleva consigo como y donde puede. El viento la obliga, cuando menos se piensa, á meterse sus chirimbolos en los bolsillos, ó á sujetarlos fuera con esos apretados nudos que sólo saben hacer los marineros.

Por fin, tras luengos días terminó el carboneo, y la *Numancia* zarpó acompañada del transporte *Marqués de la Victoria*, que le llevaba el combustible para la travesía del Estrecho y mares del Sur del Pacífico. No empezaba con bendición la nueva etapa, porque á las pocas horas de salida la máquina dijo que no daba una vuelta más, y no hubo más remedio que arribar á la boca del Plata y fondear en el Banco Inglés... ¿Qué ocurría? La recalentadura de un cojinete había inutilizado la máquina... En aquellos tiempos cualquier accidente de esta naturaleza llevaba la consternación y la ansiedad á las almas de los tripulantes.

Los maquinistas, franceses todos, diagnosticaron con pesimismo; por fortuna el Oficial de Ingenieros don Eduardo Iriondo, tan animoso como entendido, tomó á su cargo la cura del organismo enfermo, y á las veinticuatro horas, vencida la parálisis y recobrado el movimiento, salió la *Numancia* mares afuera, cortando las olas con su arrogante espolón. El transporte no podía seguirla en conserva; hubo de moderar la fragata su paso ligero, atizando fuego en só-

lo tres calderas. A los dos días de navegar en esta forma, repitiéronse los casos de mala suerte, y el más lastimoso fué que el Segundo Comandante, don Juan Bautista Antequera, resbaló bajando la escala del falso sollado, y en la violenta caída se rompió una pierna... Desgraciada y reincidente avería, pues la misma pierna por el mismo sitio se había roto meses antes en Nápoles, cayendo, no de la escala de un buque, sino de la silla de un caballo... Triste fué aquel día: el Segundo Comandante era muy querido de iguales é inferiores. Mientras en el camarote de popa los médicos reducían, entablillaban y bismaban la rotura del hueso, la fragata, insensible al accidente, se columpiaba sobre las olas con cabezadas y balances harto expresivos. Quería juego, y hacer alarde de arrogancia marinera.

La mala sombra seguía. Un pobre marinero llamado José López, que murió de fiebre de reabsorción, fué arrojado al agua al amanecer de un brumoso día. Las tristezas no querían abandonar á la *Numancia*, que bailando seguía, retozona y ligera de cascos, como adolescente que se estrena en la vida y no conoce los peligros del mundo... Luego vino mar gruesa tendida, con viento racheado y duro: la fragata, poseída de verdadero frenesí coreográfico, lucía su elegancia y poder, y ya se inclinaba hasta hundir el espolón en las turbulentas ondas, ya se erguía majestuosa, sacudiéndose el agua y despidiendo á un lado y otro cho-

rretazos de espuma. Menos airoso en su lucha con el viento y la mar, el caballero que á la dama escoltaba y servía, el buen *Marqués de la Victoria*, se encontró en gran apuro por la obligación de marchar en conserva. No tuvo más remedio el pobre galán que ponerse á la capa, con rumbo distinto del que su señora llevaba, y navegando de tal suerte, se perdió de vista. La *Numancia* siguió su camino, segura de que el caballero sirviente parecería mares adelante...

He dicho que sin interrupción se sucedían las desgracias, y una de ellas fué que el Cabo de mar José Binondo, que se hallaba en el palo mayor aferrando la gavia, sufrió un grave accidente. Apoyaba los pies en el tamborete, las manos en la verga, cuando un fuerte balance de la fragata le hizo perder el equilibrio, y cayó sobre el aro mismo de la cofa con fuerte golpe en el pecho. Tuvo bastante destreza en aquel crítico instante para engancharse de pies y manos en la burda del mastelero, y pudo deslizarse hasta coger la escala del obénque mayor. Allí no pudo tenerse, porque el tremendo porrazo en el pecho le privaba de respiración. Los compañeros subieron á socorrerle, y no sin dificultad le bajaron á cubierta, donde le recibió Sacristá, el cual, viéndole demudado y sin habla, le mandó á la enfermería. Allá quedó el infeliz en manos del médico don Luis Gutiérrez, que diagnosticó rotura de dos costillas y hundimiento del esternón... El pobre Binondo arrojaba sangre por

la boca, y en los intervalos de sus arcadas angustiosas pedía que le llevasen el Cura y los Sacramentos, pues ya se veía difunto y amortajado con las parrillas en los pies, para descender rápidamente al fondo de las aguas.

Seguía la *Numancia* su rumbo hacia la boca del temido Estrecho. En aquellos días y noches, Sacristá y Ansúrez no se daban punto de reposo, alternando en el servicio, ó haciéndolo mancomunadamente cuando la complejidad de maniobras en tan difícil navegación lo exigía. El pito marineró no cesaba de lanzar al aire su estridor agudísimo, rasgando el claro son de las cornetas, que llamaban á galleta y café, á zafarrancho de camas, á baldeo, á instrucción, á ejercicio... El Oficial de derrota no bajaba del puente, y don Casto Méndez Núñez, incansable en las observaciones y estudio del derrotero, no apartaba sus ojos, con catalejo ó sin él, de las brumas que por estribor ofuscaban la costa.

El 11 de Abril amaneció benigno: cayeron la mar y el viento; la fragata navegaba cen cuatro calderas encendidas, ayudándose de las mayores y foques; era su marcha arrogantísima; la proa potente saludaba con graves cortesías á las olas que hacia ella corrían de Sur á Norte, lentas, más ceremoniosas que hinchadas. En la amura de estribor, Sacristá y Ansúrez lanzaban sus miradas de aves de mar al paredón neblinoso del horizonte. Poco después de que el

vigía cantase *Tierra* desde la cofa, Ansúrez, conocedor de aquella región, anunció la recalada al Estrecho.

Llamado al puente por Méndez Núñez, el Segundo Contramaestre saludó como práctico al jefe. “Mi Comandante—le dijo,—la tierra alta que vemos es *Cabo Vírgenes*; sigue hacia el Sudeste una tierra más baja, *Punta Miera*, que los ingleses llaman *Pun-geness*... Hay un banco... el *Banco del Cabo*.” A una pregunta seca de Méndez Núñez, tan hombre de mar como el primero, y que buscaba un buen informe donde quiera que pudiesen dárselo, Ansúrez contestó con la misma sequedad y modestia que usar solía don Casto: “Mi Comandante, con cuatro millas de resguardo no puede haber peligro....”

Lahera ordenó la virada en el punto y ocasión convenientes. Al mediodía la fragata derivaba hacia el Oeste su proa; poco después tenía por estribor las alturas patagónicas, por babor las soledades de la Tierra del Fuego. Montada la Punta, se enmendó la marcha, arrimando á la costa Norte para precaverse de los bajos del Sur. A las cinco de la tarde fondeó la *Numancia* en la bahía de *Poseción*, para tomar respiro y aguardar á su extraviado caballero el *Marqués de la Victoria*, cuyo rumbo y suerte se desconocían. La dama, intranquila, no cesaba de preguntar á todos sus tripulantes si sabían ó sospechaban dónde había ido á parar el galante satélite.

A menudo se informaba Diego del estado de Binondo, pues aunque le cobró gran ojeriza por haber auxiliado al seductor de Mara, como buen cristiano le compadecía. En peligro de muerte estaba el Cabo de mar, y sus horas en la enfermería de paz eran de infinita tristeza, que si los dolores de la caja del cuerpo y las angustias de la respiración le abrumaban, no se sentía menos agobiado y enfermo del espíritu. Habló con Ansúrez el médico don Luis Gutiérrez, y después de explicarle el por qué de hallarse Binondo tan abocado á la muerte, le dijo: "Bien puedes bajar á verle, que está el hombre deseoso de hablar contigo; y si tardas en darle ese gusto, quizás no le encuentres vivo... Según entiendo, tiene contigo una deudilla de conciencia: no quiere irse al otro mundo sin quedar en regla con sus acreedores, y me parece que á tí ha de pagarte á toca-teja. Algo me ha dicho del caso... pero como es cuenta particular, allá los dos.,"

Bajó Ansúrez á la enfermería, y á la tris-tísima claridad de aquel recinto, que sólo recibía una limosna de luz solar por la escala de éntada, y el aire por una manguera de lona, vió al que fué su amigo postrado en la colchoneta colgante, cubierto de un oleaje de mantas, por entre las cuales sólo asomaba su cabeza, tocada de un pañolón á guisa de turbante, y el hombro y brazo derechos. El rostro de Binondo, modelo de fealdad malaya, era de los que no se alteran visiblemente, ni con las alegrías del vivir,

ni con las agonías mortales. Ansúrez no halló en él otra novedad que el cambio de color amarillo cobrizo en un verde sucio con arrebató febril en los pómulos. La débil claridad hacía más plano el rostro, como bajo-relieve tallado en una tabla con muy poco saliente de las anchas narices aplastadas y de la rasgada hendidura bucal... Los ojuelos negros y chicos, de brillantez canina, animaban aquella careta que sin el mirar no habría parecido cosa humana. Sentóse Diego frente á su amigo, y puso la mano sobre las mantas, en el bulto que hacían las rodillas; y cuando pensaba las primeras palabras que había de pronunciar en la visita, habló el enfermo, y dijo: "Ya ves, Diego... qué malo estoy... Se me ha roto el casco por la cuader-na mayor y el bao real... Quebrados tengo los palmajares y los trancaniles... En fin, que me voy de este mundo malo á otro mejor... ¡Y tú, Diego, como si no fuéramos amigos de toda la vida! Si no te mando llamar, no vienes á verme, perro, mal hombre, todo porque el francés maquinista te puso la bocina en la oreja para decirte que si yo, que si tal, que si tu niña... Oyeme á mí, Diego, que verdad como la que yo te diga no has de oír de nadie... Ya mis aljibes están llenos del agua limpia de la verdad... y para esto se vaciaron del agua corrompida de la mentira.,"

Esta figura, empleada ingenuamente por el rudo marinero, impresionó y enterneció

al amigo que le visitaba. “Ya sé, ya sé—le dijo con emoción,—que no has de ocultarme la verdad... Estás en franquía para vida mejor... ya has comulgado, *ya tienes el práctico á bordo*... No has de salirte con embustes, porque si lo hicieras, llevarías tu alma llena de contrabando... y el contrabando ya sabes que no pasa, no pasa en aquellas aduanas... En fin, José Binondo, si no quieres molestarte, nada me digas, que yo, sabedor de lo que has de decirme, te perdono de todo corazón, como cristiano que soy...

—Poco á poco...—dijo el enfermo extendiendo el brazo que tenía fuera de mantas. —No te des por enterado con las verdades que te soltó el francés, y escucha las mías, que son más de ley... El te habrá dicho que favorecí la escapada de tu niña, y que la llevé á la goleta con tanto cuidado como hubiera embarcado á mi propia hija, si viviera.

—Sí... Te portaste mal... Fué acción fea la tuya; olvidaste nuestra buena amistad...

—Poco á poco, Diego... Déjame que te diga... que te diga el por qué, pues no hay acción que no tenga su por qué.

—El por qué no me importa ya. Yo te perdono, y con perdonarte queda liquidada nuestra cuenta, Binondo.

—Déjame, déjame que sea yo quien liquide... Lo que dije y referí á don José Morón para que me absolviera de mis pecados, ¿no has de saberlo tú? Nuestro capellán me

encargó mucho que á tí te diera mis razones, y te las doy. Con el práctico á bordo, como dices, te llamo, y al despedirme de tí te dejo mis razones, Diego; óyelas: yo favorecí la fuga de tu Mara, porque yo también tuve una hija... ya sabes cuánto quería yo á mi Rosa... Era un ángel; feíta, eso sí; ¡pero qué mona de Dios!... Las narices tenía chatas, como yo; los ojos chiquitos, como los míos, pero con mucho aquél; la color quebrada; el cuerpo con una salazón que ya ya... Se parecía más á mí que á su madre, que era *Pepona la lagarta*, bien lo recuerdas, lavandera de la ropa de maquinistas en el Arsenal... Pues mi niña era una verdadera rosa sin espinas... Aunque por broma la llamaban la *Rosa amarilla* ó *Rosita la fea*, para mí era más guapa que los serafines... Bien sabes, Diego, cuánto la quería yo, y cómo me miraba en ella... Me muero con gusto, porque sé que voy á verla... Así me lo ha dicho nuestro capellán... Pues recordarás que mi adorada hija se enamoriscó de un fogonero italiano. No era mal chico; pero yo me indigné de que la niña pusiera en persona tan baja su voluntad. Pues la cogí un día, y con una estaca le dí tal paliza, que quedó mi ángel hecho una lástima. ¡Ay, ay, Diego, cuánto he llorado aquella brutalidad que hice...! Mi Rosa, mientras yo la pegaba, me decía: "Aunque usted me mate, padre, querré siempre á mi *Curtis*." Así llamaban al italiano... Un día la ví que derrengadita y paticoja salía en busca de Curtis, y yo, ¿qué

hice?... la cogí por un brazo y me la llevé á casa, donde le dí bofetadas y me parece que algún mordisco... ¡Oh, qué malvado fuí!... Pues desde aquel día la niña empezó á desmejorar... á caer y entristecerse... ¡Ay, qué pena tan grande! La llevé al médico, y el médico me dijo que la niña padecía mal del corazón... En fin, que una mañana la oí quejarse... Corrí á ella, y se me quedó muerta entre los brazos... ¡Ay de mí! yo no tenía consuelo... yo quería matarme para que me enterraran con aquella prenda querida. Los palos y bofetadas que le dí me dolían entonces en el corazón y en toda el alma. ¡Yo verdugo, y ella una mártir inocente! La enterramos al siguiente día al anocheecer... Curtis venía detrás cuando la llevábamos... Yo me moría de dolor... Curtis y yo la bajamos al hoyo... El italiano era un mar de lágrimas, y yo un mar de amargura...,

Vió Diego el llanto que corría por las mejillas verdes y por la cara plana del Cabo de mar. Contagiado por su duelo, pero sin comprender la relación que pudiera tener el caso de *Rosita la fea* con el de *Mara la bonita*, Ansúrez, transcurrida una larga pausa, le dijo: “Bien, José... tu hija se murió... Ni Mara ni yo teníamos la culpa de tu desgracia. Si Dios te quitó á tu hija, ¿qué adelantabas con quitarme la mía?”

—Poco á poco, Diego—replicó Binondo acopiando todo el aliento posible para expresar lo que faltaba.—No me has entendido... Sabrás que la muerte de mi niña, de aquel

cielo mío, fué una lección que Dios me daba... una lección terrible... Dios me decía esto, Ansúrez: "Padres, antes que dejar morir á vuestras hijas, dejad que se vayan con sus novios."

XI

No entraba fácilmente en el ánimo del celtíbero la explicación casuística que de su conducta daba el pobre Binondo. No era mala filosofía la de casar á las hijas á gusto de ellas antes que se murieran de desconuelo de matrimonio; pero este humanitario principio debía cada cual aplicarlo á su familia, no á las ajenas. Estas y otras objeciones á las ideas de Binondo se le ocurrían; pero viendo mojado de lágrimas el rostro chato y verde, se encerró en un buen callar: era impertinente ponerse á discutir con un moribundo, y turbar su conciencia con acusaciones y distingos. Quedárase cada cual con su tema, y Dios juzgaría con suprema equidad. Apagando más su voz, Binondo le dijo: "Vuelve por aquí cuando estés franco, y te lo explicaré mejor... Me darás la razón, Diego, cuando te cuente el paso... y sepas éstos y aquellos pormenores."

Prometiéndole volver, Ansúrez se despidió muy afectuoso. El Cabo de mar le retuvo, cogiéndole de la mano para preguntarle

dónde estaban y á qué punto de su derrota había llegado la fragata. “Estamos en la bahía de *Posesión*—contestó Ansúrez,—ya dentro del Estrecho de Magallanes, á los 52 grados de latitud Sur... Como en este maldito canal tira la marea lo menos, lo menos, tres millas por hora, hemos de ir mañana en busca de mejor fondeadero... Y á todas éstas, no parece el *Marqués*, que nos trae el carbón; y como no venga, lucidos estamos... El Estrecho es todo angosturas, vueltas, esquinas y canalizos. Métase usted á la vela en este laberinto, y podrá decir cuándo entra, pero no cuándo sale... ¡Y con barcos de este calado, válgame la Virgen...! Para desembocar sin tropiezo en el Pacífico, hemos de zafarnos de este callejón con buenas estrepadas de hélice.”

En esto llegó á la enfermería el castrense don José Moirón, hombre excelente, modoso y encogidito. Por su mezquina presencia y delgada voz, más parecía capellán de monjas que de marineros y oficiales de guerra. El hombre desempeñaba la cura de almas en la sociedad militar con celo y modestia, hablando poco y no traspasando jamás el límite de sus funciones espirituales. A los moribundos asistía con amor; á los enfermos acompañaba, amenizándoles con su conversación dulce las tristes horas de encierro en la enfermería de paz. “¿Qué tal, Binondo? Parece que te animas charlando con tu amigo Ansúrez... ¿Y tú, Diego, no encuentras á José más alentado? Los hom-

bres de mar tenéis siete vidas... Todavía, José, has de ver cómo se te remienda el arca del pecho... Volverás á tu oficio de pasear por las vergas como yo me paseo en el Perreuil de Cádiz... Animo, hijo... No llevo á mal que lloriquees un poco, porque así se te despeja el corazón de malos quereres.” Binondo contestó con mugidos blandos á estas cariñosas palabras. De la cuestión de conciencia nada dijo el capellán delante de Ansúrez: hablaron de Geografía y de la feísima pinta del paisaje que tenían por una y otra banda. “Dichoso tú, Binondo, que no ves el horror de estas tierras endemoniadas. Vegetación, Dios la dé... Y de animales, ¡qué pobreza! No he visto más que unos pájaros, que no sé si son nadantes ó volantes, que están parados y erguidos mirándonos desde tierra... Su forma es la de botijos con plumas.

—Esos son los *pingüinos*, que también llaman *pájaros bobos* —dijo Ansúrez.—Se empinan sobre las patas, y miran como si pidieran un tiro... Pero son mala carne... no valen el tiro.

—*Pájaros bobos*...—repitió Binondo con ligero extravío en su cerebro extenuado.—Como nunca ven gente, no huyen del hombre, creyendo que es, como ellos, un animal bobo... Y el hombre-lo es, porque se pasa la vida haciendo tontadas... Sólo tiene listeza y sabiduría á la hora de la muerte, única hora que no es hora boba.”

Sentóse el Capellán junto á Binondo, y

preguntó á Diego qué noticias había de los fines del viaje, y cómo estaban los asuntos de España en el Pacífico. “No sé más que lo que me ha dicho Sacristá—replicó Ansúrez.—En Montevideo recogió don Casto noticias buenas, no de oficio, sino particulares... Parece que está hecha la paz con el Perú, y allá vamos á proclamarla con salvas y festejos...”, A las demás preguntas de Moirón no supo contestar el Oficial de mar... Si pasaban con felicidad el Estrecho, llegarían en ocho singladuras á Valparaíso, donde no podía faltar conocimiento cierto de si iban al Pacífico en son de guerra, ó en son de *pingüinos*, por otro nombre *pájaros bobos*.

No pudo Ansúrez entretenerse más, y dejó á Binondo con el castrense, que sin duda le habló de lo buena que es la otra vida, y de la felicidad de los que van á ella limpios de pecados. La fragata partió de *Poseción* al día siguiente; pasó con felicidad la angostura de la *Esperanza*; una fuerte corriente contraria la obligó á detenerse y buscar abrigo en la ensenada de *San Gregorio*; siguió al otro día, embocando y recorriendo sin tropiezo la angostura de *San Simón*; penetró luego en el canal más ancho del Estrecho; dobló el *Cabo Negro*, resguardándose de los bajos y escollos que acechan traicioneros en aquellas aguas, y por fin dió fondo en el *Puerto del Hambre*, que acredita su fatídico nombre por el aspecto de miseria, desamparo y aridez lastimosa

que allí ofrece la tierra en todo lo que alcanza la vista.

Avidos de explorar la misteriosa región magallánica, la Oficialidad obtuvo permiso para saltar á tierra. En la mayor lancha de la fragata embarcaron oficiales y guardias marinas, el maquinista Fenelón y ocho remeros. Ansúrez cogió la caña del timón. No olvidaron las carabinas *Minié* por si ocurría un feliz encuentro de caza mayor, ó por si era menester defenderse de los bárbaros que habitaban en aquellas frías latitudes. Dirigióse la lancha á *Punta Santa Ana*, en la costa Norte de la bahía. Pisaron tierra los expedicionarios, y por aquellos pedregales discurrieron buscando huellas ó rastro de humanidad. No vieron más que unos pozos de agua dulce, con algún indicio, en sus bordes, de ser utilizados. A lo lejos se distinguían columnas de humo; mas no era fácil precisar si salían de algún techo, ó de hogueras encendidas en descampado. El humo subía lentamente hacia un cielo pesado y gris, que acariciaba con sus masas vaporosas las remotas alturas blanqueadas por la nieve. Todo el afán de los españoles era ver alguna muestra de la raza patagónica, caracterizada, según los geógrafos de más crédito, por su estatura gigantea y por la mansedumbre y nobleza de su barbarie. Pero aunque dispararon al aire sus fusiles con la idea de llamar y atraer á los indígenas, éstos no parecían por parte alguna. Llegaron á creer nuestros compatriotas que

los patagones eran seres fabulosos, engendrados por la imaginación heroica de los primitivos navegantes.

Del reino animal no se dejó ver tampoco ninguna muestra, y del vegetal sólo descubrieron unos matojos verdes de plantitas frescas y talludas, de la familia de las *umbelíferas*. Por su sabor, eran semejantes al *apio caballar* de nuestros climas. Corriéndose hacia la extremidad de *Santa Ana*, reconocieron ruínas que á la primera impresión diputaron por las de la *Colonia de Sarmiento*. Este Sarmiento fué un héroe loco, un explorador animoso y exaltado hasta el delirio, que hizo creer á Felipe II en la conveniencia de establecer, en medio de todas las desolaciones de la Naturaleza, una colonia fortificada. La expedición, que al mando de otro loco llamado Flórez envió el Rey con aquel fin aventurero y fantástico, acabó de la manera más desastrosa. Flórez y Sarmiento riñeron con escándalo y furia en las aguas y costas de América, disputándose la precedencia. Flórez se volvió á España. Sarmiento, más terco que la misma terquedad, se dirigió al Estrecho con las cinco naves que le quedaban, y aplicó toda su insana testarudez á la fundación de la plaza colonial. Innumerables hombres, que eran sin duda los más intrépidos orates de la Nación, perecieron allí. A muchos se los tragó el mar en las angosturas, ó en los esteros fangosos de la costa Sur; otros murieron en enconada lucha fratricida; á los que se obs-

tinaron en cimentar la absurda colonia, los aniquiló la desesperación, y, por fin, el hambre dió cuenta de los últimos...

Examinadas las ruínas, entendieron los españoles que no pisaban los restos de la obra insensata de Sarmiento, sino los de la *Penitenciaría chilena*, fundada en aquel sitio á principios del siglo XIX. Tal vez en los informes vestigios, paredones corroídos, pilares truncados, había trozos de diferente antigüedad. Eran ruínas yuxtapuestas, despojos sobre despojos, pavorosa osamenta de dos arquitecturas muertas y consumidas del sol y el viento. Sobre ellas rodarían indiferentes las edades. Lo que en la historia humana había sido completamente inútil, en la Naturaleza servía para que anidaran cómodamente los *pájaros bobos*.

Desconsolados volvieron á bordo los hombres de la *Numancia*. No habiendo visto los deseados indígenas, la excursión les parecía enteramente ociosa. La Patagonia sin patagones era una tierra insulsa y prosáica... En la mañana del día siguiente proyectaron nueva salida, con idea de emprenderla por un río llamado *San Juan*, que desemboca al Oeste de la bahía del *Hambre*. Sin duda, internándose aguas arriba, habían de encontrar á los hombres bárbaros y talludos dueños de aquellas tierras. En los preparativos de la segunda expedición estaban, cuando vieron venir por la boca del río una piragua tripulada por figuras al parecer humanas. La exclamación á bordo fué gene-

ral. “¡Hurra, ya están ahí los patagones, hurra!”

Hacia la fragata venía bogando la salvaje embarcación resuelta y presurosa. Al tenerla cerca, vieron con asombro los de á bordo que eran mujeres las que remaban, y no con remos, sino con *canaletes*, palitroques rematados en una tabla de forma elíptica. Las hembras daban impulso á la embarcación con aquellas espátulas, sin punto de apoyo en la borda, pues la piragua no tenía toletes. En pie venían tres bárbaros de fea catadura y no muy lucida talla, lo que fué gran desengaño de los españoles, que esperaban ver colosos formidables y coronados de plumas. Al llegar los salvajes al costado de la fragata, no expresaron admiración de la grandeza y hermosura de ésta. Con gestos y chillidos jímiosos, manifestaron su deseo de subir y de comer algo que les dieran. Sin esperar á que les echaran la escala, los tres hombres se encaramaron por los tojinos con agilidad cuadrumaná. Las dos mujeres remadoras se quedaron en la piragua, desoyendo las incitaciones de los españoles para que subieran. O ellas no querían seguir á los machos, ó éstos no se lo permitían, que tales etiquetas y reparos habrá sin duda en las costumbres del salvajismo patagón.

Gran rebullicio y algazara se movió en cubierta cuando pusieron su planta en ella los tres desgraciados seres en quienes se representaba la primitiva animalidad de nues-

tro linaje. Bien se podía decir ante ellos: "así fuimos.," Eran de mediana estatura y color cobrizo, sucios y sin gallardía estatua-ria. Cubrían parte de su cuerpo con pieles viejas y astrosas de un animal que llaman *guanaco*. Apestaban á grasa de pescado; sujetaban sus cabelleras ásperas con una co-rrera de cuero, y acentuaban la fealdad de sus rostros con rayas negras y coloradas. Su habla era una mezcla de la modulación y el léxico de las cotorras y de los ásperos au-llidos de los monos mayores. Fácilmente re-petían las voces españolas; pero las de ellos no había boca cristiana que las reproduje-ra. Invitados á comer, se les ofreció pan, que miraron con asombro antes de probarlo. Mayor estupefacción les causó el ver cucha-ras, y embobados contemplaron á los mari-neros que con ellas comían. Quisieron hacer lo mismo; mas no acertaban á meter la co-mida en la boca con aquel adminículo tan extraño para ellos. El vino los entusiasma-ba, y el aguardiente los transportó al cielo de las mayores alegrías. Si no sabían comer con cuchara, bebían cumplidamente en el vaso, empinándolo hasta que les caía la úl-tima gota. Los chupetazos que daban luego y el relamerse con sus lenguas sedientas, fueron diversión de los españoles, que nun-ca habían visto bárbaros de tan extremada inocencia y grosería... Lleváronlos luego á visitar todo el barco: manifestaban su asom-bro riendo como idiotas; pero su regocijo llegó al frenesí cuando se les invitó á poner-

se unos pantalones viejos que allí sacaron. A la primera lección que se les dió, aprendieron á enfundarse las piernas en los calzones. El que parecía principal de ellos, ostentando como insignia de su autoridad mayores chorretazos de rojo en sus mejillas, fué obsequiado además con una levita informe y un sombrero alto, chafado y roto. Luego que se atavió con estas prendas, lleváronle delante de un espejo, y al ver la reproducción de su elegante figura, quedóse fluctuando entre la risa y un asombro respetuoso.

En tanto que á bordo con estas bufonadas se divertía la gente joven y alegre, otros habían bajado por los tangones al bote de servicio, y en éste se pusieron al habla ó á la mira con las señoras salvajes. Fenelón era el más empeñado en obsequiarlas, y en honor de ellos escanció todo el Jerez de una botella. Eran las hembras remadoras más desmedradas que los hombres, feas y hurañas. Ninguna de las gracias del bello sexo se revelaba en ellas, y sólo Fenelón, como sacerdote de Venus, extremado en su culto, entrevió algún encanto en los amarillos rostros de las amazonas, en sus pechos flácidos y colgantes, en sus cuerpos desfigurados por haraposas pieles, que dejando al descubierto el ombligo y otras regiones poco bellas, tapaban las caderas y demás... Bajo los sucios pellejos asomaban las piernas cobrizas... con medias, es decir, con la canilla y pie pintados de color verdinegro,

señal de que las dos señoras habían chapoteado en el fango del río al lanzar la piragua. Nadie vió en sus descuidadas greñas adorno alguno que indicase el menor rudimento de coquetería ó de arte del tocador... Eran hembras animales más que mujeres. Trabajillo costaba excitar en ellas la risa, como prueba de ligereza ó agilidad de espíritu. La risa de aquellas fieras causaba más miedo que alegría, porque ostentaban en toda su extensión la formidable herramienta dental... Por fin, partieron todos en la piragua, borrachos perdidos los hombres. Uno de ellos, vestido ridículamente con los guñapos europeos, esgrimía con grotescos ademanes un sable viejo y tomado de orín que le regalaron los Oficiales. ¡Infeliz tribu patagona, buena te había caído!

XII

¡Albricias, llegó el *Marqués de la Victoria*!... Saludada con gran festejo fué su presencia en *Puerto del Hambre*. ¡Volvían los compañeros perdidos en el Océano! ¡La fragata tenía ya carbón para proseguir su viaje!... Sin tardanza, fondeado el caballero sirviente á estribor de la dama, se procedió á meter el combustible en las carboneras de ésta. Todo el domingo, que era Pascua de Resurrección, se empleó en esta faena,

sólo interrumpida en la hora de la Misa y lectura de Ordenanzas después del Oficio. Don José Moirón despachó la Misa con prontitud, y el sermón militar de las obligaciones del soldado fué también muy breve. Todo el tiempo era poco para trasbordar el combustible. La Oficialidad de ambos buques, no teniendo nada que hacer á bordo, realizó su expedición al río *San Juan*, sin ver nada de interés, ni hombres ni animales. Los salvajes no parecían. La Naturaleza misma se recluía tierra adentro, avara de sus tesoros de fauna y flora, si algunos tenía. Volvieron los españoles á los barcos con el alma á los pies, desengañados de toda pasión geográfica y exploratriz, y pasaron el tiempo de estadía en el *Puerto del Hambre*, desmintiendo este lúgubre nombre con los buenos víveres que una y otra nave traían. Los días acortaban ya tristemente, como días vecinos al polo en aquella estación, que era el otoño austral... A las cuatro de la tarde se iniciaba el crepúsculo, anunciando ya las prolongadas noches invernales. Espesa penumbra caía sobre la tierra; el cielo tomaba un tono plomizo: cielo y tierra se vestían de un luto angustioso que avivaba en los corazones el amor y el recuerdo de la patria lejana, radicante en la más risueña porción del globo.

Partió la fragata el 19 de Abril, despidiéndose con fraternal emoción de su caballero sirviente, que á Montevideo se volvía. La nave acorazada emprendió sola su mar-

cha por aquellos canalizos y desfiladeros, lo que fué temeridad grande; mas para tal empeño bastaba el esforzado corazón del soldado de mar que la mandaba. Día claro y sereno favoreció el paso de la *Numancia* frente al morro de *Santa Agueda*, donde el paisaje tomó las formas más imponentes y majestuosas. En aquel punto humillan los Andes sus moles ante la mordedura del mar, que las socava y desmorona. Por estribor veían los españoles, á lo lejos, el grandioso espectáculo de las cimas nevadas; de cerca, los cantiles abruptos, las masas rocosas cortadas como á pico, hurañas y resacas, con vagos toques de vegetación en algunas encañadas; por babor veían la *Tierra del Fuego*, merecedora de tal nombre si se le añadiera el calificativo de *apagado*. Era como un volcán, como un avispero de cráteres fríos, vestigio y estampa de los más terribles cataclismos geológicos. La vista de aquellas extrañas formaciones causaba espanto, sugiriendo la idea de un planeta muerto, perdido en los espacios siderales... Para que pudiera participar de la admiración general, sacaron de su camarote al Segundo, don Juan Bautista Antequera, obligado á quietud por la soldadura de la pierna, y muy bien acomodado en una colchoneta, le subieron al Alcázar. Allí estuvo largo rato, y sus ojos, desperezándose de la obscuridad del encierro, no se hartaban de ver tanta maravilla.

Hizo alto la fragata en el fondeadero de

Fortescue. Tras ella venía una corbeta de vapor, que resultó ser peruana, de guerra. *América* era su nombre, y había sido construída en Francia. Fué mirada con recelo; se pensó en disparar sobre ella; pero al fin nada sucedió. La corbeta dejó caer su ancla por estribor de la *Numancia*. Esta levó muy temprano, al día siguiente, y atravesó la más estrecha angostura de todo el paso de Magallanes. Viéronse aquel día más próximos los elevados montes patagónicos, coronados de nieve, y los hilos de agua que al derretirse la nieve venían saltando por innumerables cañadas y repliegues, juntándose luego para formar risueñas, espumosas cascadas. El paso llamado *Crooked-Reach* es tan angosto, que los navegantes creían tener al alcance de su mano los dos cantiles de izquierda y derecha. La fragata marchaba con cuatro calderas, gallarda como nunca, orgullosa de sí misma, mirándose en las claras aguas, mirando también su sombra en las rocas del Norte. Dijérase que todos los ánades y pingüinos de la región se habían dado cita en aquel paso, porque precedían á la nave como señalándole el camino, y luego levantaban el vuelo al ver de cerca el espolón y oír el golpetazo de la hélice batiendo el agua. También aparecieron cetáceos monstruosos, nadando delante y á los costados de la embarcación, y festejando á ésta con el surtidor que sus furiosos resoplidos lanzaban al aire. La fragata no parecía insensible á estas demostraciones de

la fauna marítima, y surcaba las ondas con mayor prepotencia y majestad. Era la diosa Anfítrite, esposa de Neptuno, que paseaba por su reino precedida y escoltada por la corte de sirenas, tritones y bestias marinas.

Al décimo día de entrar en el Estrecho, salió de él la *Numancia*. A las cinco de la tarde del 21, con mar sosegada y atmósfera densa que ofuscaba los términos lejanos, la fragata señaló á babor el *Cabo Pilares*. Era el extremo occidental del paso y la última tierra del Sur magallánico, la más desolada que podría imaginarse; tierra que parecía obra de maldiciones y engendro de pesadilla. Las conglomeraciones basálticas, de soñadas formas nunca vistas, hacían creer que aquel extremo del mundo era el osario en que los siglos, terminada la monda total del planeta, habían arrojado todos los esqueletos de animales paleontológicos.

Franqueado *Pilares*, entraron los españoles en mar libre y ancho. Fué para todos descanso y orgullo. Por un canal de más de cien leguas, erizado de peligros, habían conducido la mayor nave que hasta entonces se aventuró á pasar por allí. Bien podían envanecerse. aunque el caso no era milagroso, sino una feliz aplicación de la sintética proclama de Nelson. Todos, desde el Comandante al último marinero, habían cumplido su deber... Y adelante, adelante, en busca de la ocasión de nuevos deberes que cumplir... Sin contratiempo navegó á hélice la fragata, con rumbo Norte, hasta los 40 gra-

dos de latitud, en que hallando mejor mar y los vientos generales del Sur, apagó calderas y largó todo su aparejo. Nunca estuvo Anfitrite tan bella como cuando surcaba las aguas del Pacífico, con todo el flameante adorno de su ropaje aéreo. Sus airosas cabezadas expresaban el contento suyo y de todos los tripulantes, que con ella se identificaban y ponían los latidos de su corazón al compás de los pasos de ella en el ancho mar. La normalidad placentera de la navegación no se interrumpió en aquella etapa: todos vivían alegres, contemplando de día, por estribor, el gigantesco murallón de los Andes, y aun los menos instruídos sabían leer en aquellas moles alguna estrofa de la leyenda hispánica.

Visibles fueron los efectos del gradual ascenso de la temperatura: los pocos enfermos que á bordo había se restablecieron, y el mismo Binondo, que en el Estrecho estuvo á punto de liar el petate, mejoró notablemente, como si quisiera entrar en la séptima vida que, según el dicho popular, gozan los marinos. Aún no podía el hombre valerse; pero respiraba mejor, señal de que se le iban calafateando los deteriorados bofes, y todos los días, á la hora de más calor, le sacaban á cubierta en una silleta, y allí le dejaban parloteando con sus compañeros. En estos solaces de convaleciente habló de asuntos diversos con su amigo Ansúrez; pero de aquellos coloquios sólo se cuentan aquí los pertinentes al caso de Mara.

“Poco á poco, Diego—decía Binondo extendiendo el brazo:—no echés sobre mí más culpa de la que tuve en el latrocinio de tu hija... que bien mirado, no fué tal latrocinio, sino cumplimiento de la ley de Dios, que dice: “antes que dejar morir á vuestras hijas, dejad que se vayan con sus novios....” Esto ha dicho Dios, y á mis oídos llegó la voz divina, por la cual fuí movido á dar aquel paso... Que venga don José Moirón, que venga el santísimo Capellán, y él te dirá si este mandamiento que te digo no es tan de ley como otro cualquiera...

—Bueno; ley de Dios será... Pero no tenemos por qué llamar al Cura; que esta ropa sucia, José, en casa debemos lavarla... ¡Tú á encandilarme con tus leyes de Dios, ¡ajo! y yo á no dejarme encandilar!... Mi sentido natural me dice que no es ley de Dios, sino del diablo, tomar dinerales por favorecer la fuga de la niña con aquel bandido.

—Poco á poco, Diego, poco á poco. No te niego la verdad. Pero has de saber que no fueron dinerales lo que tomé, sino una triste onza de oro...

—¿Triste la llamas? ¿Pues no valía diez y seis duros?

—Los valía, sí... Llamo triste á la onza, porque fué poco estipendio para lo que hice. Toda la noche estuve en vela, fingiendo que pescaba... Los carabineros me habían echado el ojo encima; yo no hacía más que bogar hacia afuera, y volver y escurrirme á la

sombra de la batería de San Leandro. Pues tomé la onza... no quiero dejar de decirte toda la verdad... la tomé porque me hacía mucha falta... como que aún estaba debiendo las visitas del médico y el entierro de mi niña... ¡Ay, Diego de mi alma, no puedo nombrar á mi ángel sin que me salte el corazón y se me corte el resuello! ¿Ves? Ya estoy llorando... No hay consuelo para mí... Y ahora, con esto de que voy escapando de la muerte, mi pena es mayor, porque yo estaba muy satisfecho de morirme, por el gusto de ver pronto á mi niña, la mona de Dios... y recrearme en aquel rostro de clavellina parda, y en el habla bonita, y en el cuerpo salado, tan salado y gracioso, que me río yo de los ángeles...

—No llores, José... Como algún día has de morirte, y verás á tu Rosa entre los serafines, resígnate por hoy á seguir viviendo... ¡Ajo! no eches más babas ni mojes el pañuelo. Cuéntame cómo embarcó la niña en tu lancha; qué dijo...

—Antes tengo que repetir que la onza no fué más que una corta ofrenda para mi alcancía. La tomé por no desairar. Verdad que después, á bordo de la goleta, me dió don Belisario diez duros más... ¿Pero qué son diez duros para un servicio tan arriesgado?... Y el peligro fué tremendo... Los carabineros no me quitaban el ojo... Tu niña llegó á las piedras de Santa Lucía, único sitio donde podía embarcar de noche, acompañada de don Belisario y de la Venancia...

ya sabes, la Venancia... Esa sí cogió buen dinero... De aquí estoy viendo la pastelería que ha puesto esa ladrona en la calle de la Caridad... la veo, la veo, Diego... Y cuidado que hay distancia del Pacífico, 33 grados latitud Sur, á la pastelería de Venancia, 38 grados latitud Norte. Pues la veo: cree que la veo.

—Avante en popa, y no barloventees más.

—En brazos cogió á la niña el caballero, y de sus brazos pasó á los míos, que la pusieron en la lancha... De un brinco embarcó don Belisario. Despidiéronse de Venancia. Trinqué yo los remos, y me puse á bogar en silencio, arrimado á tierra, buscando la sombra del monte... Te diré, buen amigo, para tu satisfacción, que no había dado yo tres paladas de remo, cuando la niña rompió á llorar con tanto sentimiento, que me río yo de la Magdalena. El caballero quería consolarla: ya sacaba estas razones, ya las otras... que Dios, que el amor, que la felicidad... y luego unas retóricas ahiladas que no entendí, pues tales términos, comparanzas y sutilezas no había oído yo en mi vida. Mara, tan aferrada á su aflicción que no se quitaba de los ojos el pañuelo, decía: "Mi padre, ¡ay! mi padre.", Y él le echaba el brazo por los hombros, y apretándola con agasajo, respondía: "Tu padre será mi padre; pero él no quiere serlo... Pagará su soberbia... Después le perdonaremos.", En fin, Diego, no puedo repetirte su hablar finí-

simo, porque usaba expresiones que mi boca no sabe pronunciar. La sustancia de aquel relato era ésta, verbigracia: “El amor, que viene á ser el rey, emperador ó no sé qué de todito el mundo terrestre y universal, te condenaba por bruto y descastado á... Diante, á ver si me acuerdo... Pues te condenaba á la pena de perder á tu hija por tal ó cual tiempo...”, En fin, Diego, que te daban el trago de amargura para traerte luego los dulzores de volver á Cartagena casados y con guita... ¿Te vas enterando?... Yo no puedo referírtelo palabra por palabra. Sí te digo que á la niña se le aplacó el duelo con los abrazos que le daba el novio, echándole en la misma oreja este bálsamo: “Te juro por mi madre que volveremos... volveremos en tal condición, que tu padre se alegre de recibirnos „ Luego miraba para las estrellas, y moviendo el brazo con ellas hablaba... A la mar le echó también una gran bocanada de términos que sonaban muy bien, como una musiquilla de cantares... En esto, llegamos á la goleta: subieron ellos, yo detrás.

“Poco tiempo estuvo la niña sobre cubierta, porque don Belisario y el capitán la llevaron á un camarote, y en él la escondieron, por lo que pudiera tronar. Yo esperé al caballero, porque así me lo mandó. Al cuarto de hora le ví aparecer en cubierta; llevóme á la borda, desde donde se veía Cartagena, más que por sus casas, torres y murallas, por las luces del alumbrado pú-

blico; y señalando á la ciudad, dijo: “¡Ahí te quedas, Cartagena! ¡Ahí te quedas, Ansúrez!... Entré con paz, y me mirásteis como enemigo... Al padre me llegué con el corazón en la mano, y el padre me echó la zarpa para ahogarme. No hay paces con los bárbaros. Mara no es de su padre, sino mía. El le dió la vida corporal, yo le doy la vida del espíritu...”, No puedo explicártelo, porque las palabras que dijo en aquellas proclamaciones son de esas que no se quedan en la memoria. Lo que sí recuerdo bien es esta frase: “Pues quisiste guerra, guerra te doy, brutal Ansúrez. Ya puedes echarte á llorar hasta que volvamos...”, Luego que dijo lo que te cuento, nos despedimos. Me pidió juramento de no contarle á nadie lo que había pasado, y yo se lo dí... digo que juré, haciendo la cruz, porque así me lo mandaba mi conciencia. Y él también tuvo conciencia, porque al despedirme metió mano al bolsillo y dióme los diez duros, que... ahora recuerdo... no fueron diez, sino veinte, ó hablando con toda verdad, veinticinco, plata y dos monedas de oro, isabelinas... Ya ves que no te oculto nada. Cuando yo á tierra me volvía poco á poco, pensaba en mi pobre niña difunta, ¡ay! en aquel ángel. ¡Que no hubiera yo podido hacer con ella lo que hice con la tuya, Diego!... Dársela al novio, echarla en brazos del novio para que gozaran de su juventud... Para mí no había consuelo... yo bogaba con pereza, y mis pensamientos iban

al compás de los remos. En el cielo como en el agua oía la voz del Divino Jesús, diciéndome: "Que no mueran las hijas; que se vayan, que se vayan con sus novios."

XIII

El interesante episodio referido por Binondo inmergió al Oficial de mar en mayores cavilaciones y tristezas. Sus sentimientos, agitados por pavorosa crisis, no sabían si estacionarse en el amor ó en el odio. Sólo sus obligaciones rudas le distraían de estos internos afanes. El 28 por la mañana recaló la fragata en Valparaíso, y aproximándose al puerto, paró y se puso al habla con el Comandante de la goleta *Vencedora*. ¡Qué placer y qué descanso recibir noticias frescas, fidedignas! Los de la *Numanzia* oyeron confirmar la buena nueva de que nuestro Gobierno había concertado un arreglo con el Perú. La escuadra, al mando del Almirante Pareja, estaba en el Callao. Hacia el Callao hizo rumbo la *Numanzia* sin perder horas, navegando con cuatro calderas encendidas y ayuda del velamen. Serena mar y viento Norte fresquito facilitaron aquella etapa, por todos estilos venturosa. En temperatura iban ganando de día en día; la salud era excelente á bordo, y todos vivían en espera de sucesos pacíficos más que guerreros, aunque no fal-

taba quien se apenase de que no sobreviniesen hostilidades duras, que en la profesión militar nada repugna tanto á los corazones enteros como la ociosidad.

Aunque se reponía bajo la acción de la subida temperatura, Binondo no recobraba por entero su vigor y aptitud para el trabajo. O era que se hacía el remolón para que le dieran mimo y le llenaran la pandorga, dejándole las horas muertas sentadito al sol, ó á la sombra cuando el sol picaba más de la cuenta. En este período avanzado de su convalecencia, se hizo el hombre muy rezador: andaba siempre con el rosario entre las manos, y en sus pláticas con los compañeros, á éstos recomendaba que tuviesen el alma preparada para un buen morir, pues en las dudas de paz ó guerra, nadie podía decir "á tal hora viviré.."

"Aquí donde me ves, Diego querido, no estoy menos libre de la muerte que lo estaba en el Estrecho, porque las cuadernas del pecho no acaban de arreglarse, y el corazón me dice á cada momento que no cuente con él para una larga travesía. Pero yo no me apuro, Diego, y tan hecho estoy á la idea de morirme, que me digo: "Cuanto antes mejor, que de este mundo perverso no saca uno más que sofocos y berrinches que pudren el alma. Muérame yo pronto, que eso voy ganando, y así veré á mi querida Rosa en la Eternidad. Paréceme que ya la estoy viendo... Cuando tengo esta visión, el aliento se me corta, como si la máquina del res-

pirar quisiera pararse y decir: "hasta aquí llegué."

—¡Valiente marrullero estás tú!... Con tantos rezuqueos y visiones lo que busca mi amigo es que no le den de alta, para seguir en esta gandulería y pasarse el tiempo sentadito en cubierta.

—Poco á poco: yo no trabajo porque no puedo. Ya sabes que como bien, porque así me lo mandó don Luis. Por mi gusto no comería más que lo preciso para no desfallecer. Duermo toda la noche y parte del día, porque así me lo recomiendan los doctores, que el sueño es el estero donde el corazón se va carenando ... como te lo digo... Pero el dormir mío no es todo lo sosegado que fuera menester, porque el soñar me quebranta, y despierto tan molido como si me hubieran pasado de verdad las cosas que sueño... Es el corazón enfermo... que adivina... Y á cuento de esto, sabrás que anoche he soñado contigo y con tu hija... Y era lo que soñé tan conforme con la razón, que desperté creyéndolo cierto. Vas á oirlo... Pues soñé que entrábamos en puerto... ¿Sabes tú cuándo llegaremos al Callao?

—Mañana. Esta tarde hemos de señalar las islas Chinchas.

—Dime otra cosa: ¿hay mucha distancia del Callao á Lima?

—Media hora ó poco más en ferrocarril.

—Pues no te canses en ir á Lima, porque si vas no encontrarás á tu hija. Yo he soñado que Mara y don Belisario navegan

hacia Panamá, caminito de Europa. Van casados por la Iglesia y cargados de dinero hasta las escotillas... Llevan la idea de que los perdones Diego, y les echés tu bendición... Pero Dios, que ve tus muchos pecados, dispone que ni ellos ni tú tengáis la satisfacción de veros y perdonaros. También ellos son pecadores... Dios castiga sin palo ni piedra, y así, mientras tus hijos van, tú vienes... Equivocados navegáis todos... Dios, que gobierna con una mano los corazones y con otra los mares, te trae al Perú cuando tu hija no está aquí, y á ella la manda para España cuando tú andas por acá... ¿No ves bien claro los designios del patrón de todo el Universo?„

Al oír esto, trabajo le costó á Diego reprimirse. Impulsos tuvo de coger á Binondo por el cogote y darle un fuerte achuchón contra el cabrestante próximo, chafándole el rostro hasta dejárselo enteramente raso. “Tunante —le dijo,—guárdate tus sueños malditos, y no atormentes al hombre honrado y bueno, que no hace mal á nadie.

—Bueno eres —replicó Binondo con extrema mansedumbre, acariciando las cuentas de su rosario;—pero ya sabes que el justo peca siete veces al día. Que Dios quiera probarte, que Dios pruebe á los justos para ver su temple y fortaleza, es cosa corriente en nuestra religión; y si lo dudas, llama á nuestro Capellán y pregúntaselo.”

Ansúrez le volvió la espalda. En actitud de oración se mantuvo José, la cara plana

y verde caída sobre el pecho con expresión de recogimiento budista. El otro, echando sus miradas y sus pensamientos sobre el mar, también quedó en éxtasis de amarguísimas dudas, del cual le sacó el pito de Sacristá llamando á maniobra. Poco después se marcaron á barlovento las islas Chinchas. El terral fresquecito trajo al olfato de los marinos efluvios amoniacales... *T'an tan* cuatro veces. Se cambiaron las guardias... Y al día siguiente, cuando sólo distaban cinco ó seis millas del puerto del Callao, volvió Binondo á dar tormento á su amigo con el relato de sus estupendas soñaciones.

“Oyeme, Diego, y pásmate de que Dios se digne revelarme lo que ha de pasarnos á tí y á mí. Tú y yo somos buenos, y para que seamos mejores nos manda Dios tribulaciones grandes. He soñado, amigo, he soñado lo que voy á decirte para que te vacíes de orgullo y te llenes de resignación... Pues ello es que... No pongas cara fosca ni me hagas temblar con tus miradas... Yo digo lo que soñé, y tú lo crees ó no lo crees... Ello es que ya no verás á tu hija en la tierra, sino en el Cielo... Estamos iguales, amigo del alma, y hemos de morirnos para ver á las prendas de nuestro corazón... Para mí es esto tan cierto y verídico como el mar es mar, el cielo, cielo, y esta embarcación la *Nu-mancia* bendita... que Dios favorezca para que viva más que nosotros. Dúdalo si quieres; pero la realidad se encargará de convencerte... A tu hija verás en el Cielo; antes de

ir allá, si vas, no podrás verla... Créelo, Ansúrez, y disponte pronto, pronto para un morir cristiano... Debemos prepararnos, porque nunca sabemos si hemos de vivir estos momentos ó los otros. Podrá ser hoy, podrá ser mañana ó en mañanas que aún están lejos. Pero que no nos coja desprevenidos... ¡Qué gozo el tuyo y el mío cuando las veamos en la Gloria... mi Rosa tan linda, con aquella carita de marfil ahumado y aquellos ojuelos negros, como los de los ángeles que encienden los relámpagos y disparan los truenos en una noche de tempestad... tu Mara desmejoradilla y muy rebajada de su belleza... porque has de saber que muere ó morirá de parto....,

Ya no pudo tener Ansúrez el arrebató de su displicencia, y le dió un cosque más que regular, que humilló la cabeza budista y puso la cara plana á dos dedos de la borda, junto á la cual se hallaban. "Poco á poco—exclamó Binondo.—Esos no son saludos de los que se acostumbran entre amigos. Bárbaro estás, rebelde contra las verdades que Dios te anuncia por mi boca. De tus desdichas no tengo yo la culpa... ni de que Dios ame á nuestras dos hijas por igual, y se las lleve de este mundo nuestro tan malo, al suyo, que es la Gloria....,

No llegaron estas últimas razones al oído del Oficial de mar, que se alejó rezongando amenazas contra Binondo. La idea de la muerte de Mara, sugerida por el zorro malayo, le desconcertaba. A creerla se resistía;

pero la idea penetraba en su entendimiento, como la carcoma royendo y labrándose su casa... Aliviábase el buen hombre de esta confusión con la esperanza de que el sol de Lima despejara pronto sus dudas.

La entrada en el puerto del Callao fué de teatral efecto resonante. Allí estaba la escuadra española mandada por Pareja: la componían las fragatas de hélice *Villa de Madrid*, *Blanca*, *Berenguela* y *Resolución*, y la goleta *Covadonga*. El primer saludo fué para la insignia de Pareja; después se saludó á la plaza, que contestó al instante; y apenas disipado el humo de estas salvas, se cañoneó en honor de las escuadras extranjeras allí fondeadas, inglesa, francesa y americana. Devolvían todos la cortesía con igual número de estampidos, y aquello fué como una batalla naval con pólvora sola, espectáculo precioso, inmenso vocerío de guerreros en paz.

Presentaba el puerto en aquellos instantes un golpe de vista espléndido. Deleitaban los ojos la flotante población de barcos de guerra y paz, y el bosque de sus mástiles, así como los mezclados colorines de tantas banderas de diferentes Estados. Entre los buques mercantes, había los más hermosos tipos de vela entonces existentes en el mundo: fragatonas y corbetas *clipper*, de cascos elegantes y gallardísimas arboladuras. Todas estas naves esperaban vez para el embarque de guano en las Chinchas. Si es maravilla de la Naturaleza el almacenaje se-

cular del excremento de las aves atlánticas en aquellas ínsulas, no lo es menos el ingenio y artes del hombre para transportarlo por tan largos caminos de mar de un hemisferio á otro... El labrador piamontés ó valenciano no acababa de comprender que abonaran sus tierras las aves del Pacífico.

Terminados los saludos, empezaron las visitas. No era sólo el jubileo de amigos y parientes entre unos y otros barcos: era la curiosidad que en todas las tripulaciones de las fragatas de madera despertaba la *Numancia*, potente y airosa; era el prodigio de haber ésta navegado sin tropiezo desde Cádiz al Perú, desmintiendo la opinión de que un guerrero vestido de armadura no podía sin peligro arrostrar caminata tan penosa y larga. Pero el Comandante, hombre de arrestos indomables, la Oficialidad y marinería, orgullosos de su feliz empresa, decían como Segismundo: “¡Vive Dios que pudo ser!”

Tal invasión de visitas hubo en la fragata, que las escalas crujían del peso de los curiosos entrantes y salientes. Superiores y oficialidad, guardias marinas, marineros, en fin, y gente de maestranza, acudieron á saciar sus ojos, á explayar sus corazones en parabienes, que eran la expresión de la amistad y el orgullo, fundido todo en un tono general de patriotismo. La *Numancia* vió subir á su cubierta y penetrar en sus cámaras y sollados al Almirante Pareja, hombre de mediana estatura, delgado, con patillas blancas, de continente grave y maneras muy

cortesés; á don Miguel Lobo, Mayor General, gran náutico y geógrafo, hombre de ciencia y de voluntad; á don Claudio Alvar-gonzález, curtido y fosco, de barba erizada y ojos fulgurantes, el primer lobo de mar de España; á don Juan Topete, corazón fuerte, ávido de pelea y gloria; á don Manuel de la Pezuela, ducho en artes políticas y en el trato de gentes, que aplicar supo al arte de la guerra; á don Carlos Valcárcel, marino excelente y guerrero de tesón, y á otros muchos que ganaron después celebridad. La fragata les recibió con alegría, mostrándoles todas sus bellezas, así las exteriores como las más ocultas. Convites parciales y refrescos se improvisaron en los camarotes, y en tanto los grupos de marineros celebraban con modestas libaciones el feliz encuentro de amigos y hermanos, en latitudes tan distantes del solar paterno.

Fué por la mañana cuando Ansúrez distinguió entre los visitantes una cara conocida. “¿Será...? Si no fuera tan gordo, diría que es Mendáro.” A estas dudas fugaces siguió la exclamación de ambos amigos, que se abrazaron con júbilo después de una ausencia de cinco años. “Por el ranchero Ibarrola — dijo Mendáro — supe que estabas aquí. He venido á verte á tí primero, después á esta hermosa fragata que os traéis acá... ¿Sabes que estás viejo?... ¿Qué ha sido de tu vida? Cuéntame.” Con frase concisa notificó Ansúrez á su amigo la muerte de Esperanza, y de la pérdida de Mara hizo una

indicación vacilante, como los apuntes con que los pintores esbozan el intento de una figura. A continuación enseñó al forastero el interior del barco; le obsequió con Jerez y galletas, y despidiéronse con mutuos ofrecimientos y cariños.

Mendaro y Ansúrez, después de navegar juntos, habían vivido en Cartagena pared por medio. Su amistad era sólida, íntima, como fundada en las excelentes cualidades de uno y otro. Enviudó Mendaro el 59 y se embarcó para el Perú, donde contrajo segundas nupcias. El 65 era poseedor de una de las más frecuentadas pulperías del Callao de Lima, establecimiento que bien podía llamarse famoso, porque en él encontraban alivio de su sed y reparo de su hambre los marineros de diferentes banderas, cargadores y truchimanes, y allí solían congregarse también mujeres que al socorro de necesidades no espirituales acudían, buena gente toda, fermento y espuma de la humanidad afanosa que hierve en los puertos de mar. En la pulpería quedó citado Ansúrez para comer con su amigo, y charlar de los reinos de España y de las indianas repúblicas.

XIV

Ansiosos de admirar la ciudad de Lima, que en todas las imaginaciones españolas se representaba con formas y colores de un seductor romanticismo, iban á tierra oficiales y guardias marinas en correctísima y elegante apostura, con pantalón blanco, indumentaria impuesta por los 12 grados de latitud Sur. Del muelle corrían en grupos alegres á la estación, y media hora después divagaban por las calles y plazas de Lima. Esparciendo con avidez sus ojos de una parte á otra, aplicaban su observación á cosas y personas, juzgándolo todo con juvenil calor, así en el elogio como en la censura. Tras las abstinencias y soledades de la navegación, anhelaban la vida social, el trato y compañía de señoras discretas, finas y hermosas, de mujeres, en fin, sin reparar en su clase y condición. Por desgracia, encontraban retraída la sociedad. Las clases opulentas, así como las mediocres, se recluían en sus casas por estímulo de la gazmoñería política, no menos adusta que la religiosa. La cordialidad y el agasajo entre naturales y forasteros no éxistían en aquellos días de incertidumbre y desconfianza; días turbados, además, por interna enfermedad revolucionaria.

Los Oficiales españoles recorrían con acti-

vidad un poco melancólica la Ciudad de los Reyes. La sombra de Pizarro les acompañaba; las remembranzas de la patria salían á recibirles en las fachadas de los edificios de la época vice-real. A cada instante surgía la *Anagnórisis*, ó sea el descubrimiento y declaración de parentesco. *Anagnórisis* era el gozo con que los españoles contemplaban el barroquismo amable, risueño, consanguíneo, de la Catedral fundada por el conquistador. Nuestro, *de casa*, de familia, era el rostro de aquel monumento; nuestra también el alma, el interior, impregnado de dulce misterio y de místico encanto. Igual impresión de parentesco les daba el palacio de los Virreyes, hogaño presidencial.

De calle en calle, se fijaban en los balcones á la turquesca, en las rejas y celosías, por cuyos huequecitos veían ó creían ver los negros ojos de las limeñas. ¡Qué ilusión! ¿Pero estaban en la América del Sur, ó en Ronda, Tarifa ó Algeciras? La mujer limeña, sutilizada por la imaginación, era el tormento de aquellas pobres almas españolas, condenadas por un melindre internacional al desconsuelo de Tántalo. Cerrado el teatro, suspendidas las reuniones y tertulias, no se mostraban las limeñas más que en la calle, y para mayor desventura no eran entonces muy callejeras. Por lo poco que vieron los Oficiales al paso y de refilón, reconocían y declaraban que era la hija de Lima traslado fiel de la mujer de acá, más bien refinada que desmerecida en sus cua-

lidades. Por aquellos días no podían extenderse á más detalladas apreciaciones del tipo físico y moral de tan seductoras hembras. El famoso manto negro á estilo de Tarifa ya poco se usaba. Sólo por las mañanas, cuando iban á misa, se las veía entapujadas con exquisita gracia y travesura, sin dejar ver más que los ojos: el misterio, el juego de tapa y destapa, los hacía más ardientes y luminosos, más afilados de malicia ó recargados de amoroso fluido. Por junto al suelo se veían los pies chiquitos, y se apreciaba el andar ligero... andar de gacelas cuando van al paso.

Y vistas estas preciosidades, que parecían huir de las miradas del hombre antes que solicitarlas, iban los españoles á las partes excéntricas de la ciudad, donde percibían el rumor popular, nada benévolo ciertamente. Esquivando el trato con personas, hablaban con los edificios: vieron y examinaron exteriores ampulosos de parroquias y conventos, y á cada paso descubrían rastros del pasado, que confirmaban el parentesco entre los observadores y las cosas observadas. Clarísimo resultaba el rastro de la superabundancia frailuna, y el paso de la Inquisición había dejado huellas indelebles. La fiereza española, todo lo grande de la raza y todo lo violento y vicioso adherido á lo grande, permanecían escritos allí en cosas y personas, con más vivos caracteres que los que aún conserva en su propio rostro la madre común.

Pulpería de Mendaro.—Este y su amigo Ansúrez, sentados á los dos lados de una mesa sin manteles, en un patinillo interior de la casa, platican de los reinos de España y de los achaques de aquellas repúblicas, sus hijas.

“Todo este torbellino—decía Mendaro,—ha venido, ¿sabes de qué? Pues de añejos piques y desavenencias entre peruanos y españoles; del pleito viejo por si reconocemos ó no reconocemos la independendencia del Perú... del mal trato que aquí dieron á unos catalanes y valencianos... de bofetadas, palos y mojicones que han llovido en la tierra donde no llueve agua... de que España se metió en Santo Domingo y quiso meterse en Méjico... de una gravísima trapatiesta que hubo en Talambo, peruanos ofendidos, españoles muertos... de que en Chile atropellaron á unos vizcaínos... de las muchísimas desvergüenzas que escriben aquí los periódicos, y, en fin, de que los Gobiernos de una banda y otra están dejados de la mano de Dios... Allá se les subió á la cabeza el humo de la guerra de Africa, y acá tienen los humos de su republicanismo y el no ser menos que la vecina de abajo, Chile, y que las vecinas de arriba, Ecuador y Colombia.

—Bien se ve que hay humos. En España se dice que este furor de camorra nos lo ha pegado la Francia, nuestra vecina por el Pirineo, pues el imperio segundo que hay allí, obra de ese Luis Napoleón, nos da la moda de encender guerras con tal ó cual

país. La miaja de gloria que va sacando el ejército de mar y tierra, es el torniquete, como quien dice, con que los mandones trincan y aseguran á los que obedecen.

—Moda es que os viene de Francia. Aquí tenemos otra que recibimos de los Estados Unidos, y es el cansado estribillo de *América para los americanos*, que quita el seso á toda la gente de acá. Es moda, manía, aire natural de estos países, que se mete en el corazón y en la cabeza de cuantos aquí vivimos. Y así verás que los españoles, á los pocos años de llegar á estos climas, nos volvemos americanos, y tomamos á este terruño un amor tan grande como si en él hubiéramos nacido. Nada te quiero decir de los niños que de padre español nacen aquí, pues yo tengo uno de tres años, que apenas empezó á soltar la lengua, lo primero que aprendió fué llamarme *gachupín*, *gallego*, *patón*, *godo* y otras perrerías con que los naturales nos motejan... Pues volviendo al por qué de esta campaña, te diré que el Gobierno de la Isabel no supo lo que hacía cuando nos mandó á ese Almirante Pinzón con la *Resolución*, la *Triunfo* y la *Covadonga*. No es que yo le quite su mérito y circunstancias á ese buen General de Marina que nos mandásteis; pero... hablemos claro. ¡Por los pelos del diablo, que no era Pinzón hombre para estas incumbencias delicadas, porque tenía demasiado vapor en sus calderas, y no templaba, sino que metía más coraje en las almas peruanas! A cada

brindis que echaba en las comilonas, ceceando como buen majo andaluz, se armaba una gran tremolina. Cosas decía con la idea de meter miedo, para que temblaran todas estas Américas, como si aún se sintieran en el suelo, á la vera de los Andes, las patadas de aquel bárbaro y grande hombre que llamaron Francisco Pizarro.

—No toques, amigo—dijo Ansúrez,—no toques á esos caballeros, á quienes tengo yo por gigantes que no dejaron sucesión, ni con ellos compares á nuestra familia enana de estos tiempos.

—Dices bien, Diego, que al comparar modernos con antiguos, resulta que no levantamos más de media cuarta del suelo... Sigo mi cuento. Para echarlo á perder, nos mandaron también al señor Salazar y Mazarredo, que por las ínfulas y prepotencia que se traía, cayó muy mal aquí. Y lo que mayor enojo levantaba era el título de *Comisario Regio*, que en los oídos de esta gente sonó como el nombre de *Virrey* ó cosa tal. En fin, era corriente aquí que entre Pinzones y Salazares nos iban á quitar la bendita independendencia... ¿Y qué te diré de la ocupación de las islas Chinchas, que fué como quitarle al Perú el corazón y el estómago? Los españoles no querían ser la buena madre, sino la madrastra de América... Todo iba mal, y esta gente cada vez más encendida. Llegó un día fatal, mejor diré, la noche en que se quemó la *Triunfo*. Te aseguro que la fragata era como un volcán...

Las llamas pintaban de rojo todo el cielo.

—Aguárdate, Mendaro, y perdona que te interrumpa—dijo Ansúrez inquieto, poniendo la mano en el hombro de su amigo.—Mucho me interesa tu cuento; pero deja para otro día lo que falta, y hablemos de lo que á mí particularmente me coge toda el alma. ¿Podré saber hoy mismo si está mi Mara en Lima, si me será fácil verla y hablar con ella? Bien enterado estás ya de lo que me pasó ¡Jesús me valga!, y yo confío en que me ayudarás á encontrar á mi querida niña. Ya te dije que no vengo de malas; traigo el corazón dispuesto para perdonarlos y hacer las paces, siempre que ellos quieran hacerlas conmigo.

—Voy creyendo que más que distraído estás trastornado—replicó Mendaro,—pues ya te dije que nada podré saber de esa cuestión tuya, mientras no vuelva mi compadre Amador con respuesta al encargo que le dí de averiguarme esos puntos. Yo no conozco á los Chacones más que por la fama de su riqueza: sé que murió el padre, español bragado y de sangre en el ojo; que el hijo mayor, coplero, avisgado, loco por ver tierras, se fué y volvió... y no sé más. Amador, que conoce á esa familia, no tardará en traernos informes. No te impacientes, ni con el pensamiento te vayas á Lima volando por los aires, que luego iremos por el ferrocarril, y algo hemos de saber de tu hija Mara, que, por lo que recuerdo, es una morenita muy salada.

—La más salada y graciosa que ha echado Dios al mundo —dijo Ansúrez conteniéndose para no llorar.—Ella fué toda mi alegría, y después mi tormento y desesperación. No hablemos de esto; no quiero afligirte. Sigue tu cuento, y yo haré por escucharlo sin perder gota, digo, sílaba.

—Se fué Pinzón enhorabuena, y nos vino Pareja con las fragatas *Blanca*, *Berenguela* y *Villa de Madrid*. Este señor Pareja nos pareció más templado que el otro, y de buena mano para los arreglos de paz. Así fué: tuvimos paces, y en ellas descansaríamos sin el maldito suceso del Cabo Fradera, en Febrero de este año. ¡Ay, qué atroz barbarie! Y tengo que reconocer que esta vez la culpa fué del Perú, por el descuido y pachorra de estas autoridades... Aquí se armó el tumulto; aquí vimos la reunión de gente vaga, y oímos sus gritos contra los tripulantes de la *Resolución* que bajaron á tierra. Los españoles, advirtiéndolo que se armaba, cogieron las lanchas para volverse á bordo; quedó rezagado el pobre Fradera; trató de ganar á nado un bote, pero el botero no quiso recogerle; volvió el infeliz á tierra, y con los pies en el agua, en la mano un cuchillo, se defendía bravamente de los malos patriotas que le acosaban. En fin, que muerto cayó entre agua y arena, y estos perdidos y borrachos cantaron su hazaña con berridos espantosos. La justicia les metió mano; hubo prisiones y castigos; pero al mal efecto de aquel atropello bárbaro no se

pudo echar tierra, y por él quedaron las relaciones entre españoles y peruanos tan agrias y picajosas como las encuentra la *Numancia* al arribar al Callao..”

A este punto llegaba Mendaro de su cuento, cuando compareció en el patinillo una mujer alta, fornida, de solidez estatuaria, ojos negros, gruesa y bien formada boca, pecho sobresaliente. No era de abolengo incaico, ni su regia estampa provenía del imperio del Sol; era una cuarterona de las que llaman *zambas*, ejemplar excelente de la mezcla de sangres etiópica y ariana, que suele aunar el cuerpo admirable y las facciones bellas. Traía de la mano un chiquillo gracioso, que en cuanto vió á Mendaro corrió hacia él y se montó en sus piernas. El niño era el hijo, y la mujer la esposa del pulpero, y los tres se llamaban lo mismo: José, Josefa y Pepito. Con un gesto autoritario indicó la mujer á los dos varones que se apartaran de la mesa para poner los manteles y el servicio. Obedecieron. Tan pronto gastaba Josefa su saliva en reñir al chiquillo, que enredaba con los platos y cucharas, como en recomendar á su marido que vigilase la tienda mientras la familia se disponía para comer... Y entre col y col, ponía la señora vanidosos programas de la comida, que era extraordinaria en honor del amigo forastero.

Acudió Meñdaro á la tienda con una solicitud presurosa, que era como la medida de los pantalones que en el gobierno doméstico

gastaba su mujer; y ésta, entre tanto, hizo cumplido elogio de los platos que serviría y de su condimento. “Señor Diego, ¿le gusta á usted el arroz con -pato? ¿Sí? Pues como el que yo he guisado para usted no lo habrá comido nunca, ni lo comerá mejor la Reina de España... ¡Ay qué cosas dicen acá de su Reina de ustés, la Isabel!... Pues también le pondré un *tamal* que ha de saberle á gloria .. Los españoles no saben hacer buena comida... ¿Verdá que en España no hay maíz?... Por eso vienen acá ustés tan amarillos... por eso andan doblados por la cintura, como si se les cayeran los calzones... ¿Le gusta á usted el *sancochado*? ¿En España hay *sancochado*? ¿Qué dice? Ya; que allá tienen el cocido. Pues yo he comido cocido español, y no me gusta... ¿Es verdá que en España no da la tierra más que garbanzos y aceitunas?... Las aceitunas las como yo cuando el médico me manda *gomitivo*... Y esa Reina que allí tienen, ¿cuándo la *gomitan* ustés?.. Con éstos y otros dicharachos puso la mesa, y á punto volvió Mendaro de la tienda con una botella de *pisco* y dos de vino del país... “Este es el Valdepeñas de acá—dijo á su amigo.—No es malo; se sube hasta el primer piso, y de ahí no pasa. Si bebes mucho, te pondrás alegre y dirás lo que dice el nombre de Arequipa: *aquí me quedo*. Este aguardiente blanco que llamamos *pisco*, es de vino... cosa buena: los que empuñan mucho, ven á Dios en su trono..”

Sentáronse á comer, y con alegría y bue-

na conversación despacharon uno tras otro los platos que Josefa encarecía pomposamente antes y después de que fueran gustados. A la sopa de rabioso picante siguió el *sancochado*, que viene á ser como nuestro cocido; desfilaron luego el *pejerrey* (pescado chico) y la *corbina* en salsa (pescado grande); y por fin, con honores extraordinarios, el pato en arroz, que era más bien como una *morisqueta* con pato. Mendaro, en continua relación con las botellas del tinto de la tierra, se apimpló un poco; Josefa hablaba, no sólo por la boca, sino por los codos, manifestando en cada cláusula su ojeriza contra la Reina de España; el chiquillo amenizaba el banquete, ya con llantos y berridos, ya con risas y copiosa emisión de babas y mocos. Y cuando por postre comían alfajores y *chancaca*, la cuarterona, limpiándole la jeta á su criollito, dijo al convidado: "Señor Diego, lo que le digo ahora no quise decírselo antes, para que comiera tranquilo, que lo primero es comer, y lo segundo decir las cosas que han de decirse, aunque sean malas... Y es que no se canse usted en buscar á su hija, porque Amador vino y yo le pregunté: "Amador, ¿qué hay de eso?," y él me contestó: "Comadre, hay que los señores de Chacón no están en Lima., Con que ya lo sabe. Para verlos y enterarse, tiene usted que ir al Cuzco.

XV

—¿Y el Cuzco está cerca?—preguntó An-súrez, sintiendo dentro de sí al patriarca Job con toda su paciencia.—¿Podremos irnos allá y volver en una tarde?„

Rompió Josefa en carcajadas estrepitosas, que empalmaron con estas expresiones de su marido: “Sí, hombre, sí... Está cerquita... cerquita el Cuzco... ahí, á la vuelta del primer cerro... Poca distancia... Para que te hagas cargo... es como tres veces de Cartagena á Madrid... Caminito muy llano, como una sala... Subes los Andes... después los bajas... para volver á subirlos... Cuestión de diez y ocho días...”

—Para que vean ustés—dijo la hembra talluda sin dejar de reir,—que los caminos de América son caminos grandes, no como los de España, caminos de juguete. Aquí no gastamos distancias de broma. O vamos lejos, ó no vamos á ninguna parte.

—No te precipites, Diego, á coger la vuelta del Cuzco, que está donde Nuestro Señor Jesucristo perdió las sandalias... Antes de ir tan lejos, entérate por tí mismo de lo que ocurre. Bien podría suceder que mi compadre Amador, aficionadillo al *pisco*, haya empinado hoy más de lo regular... Vámonos, pues, á Lima, y preguntaremos en la propia casa de los Chacones.,

No necesitó Ansúrez que su amigo se lo dijera dos veces. Propuesto el paseo á Lima, quiso emprenderlo sin perder minutos. Requirió Mendaro la chaqueta y sombrero, empuñó un bastón nudoso, y pasando por la tienda, donde imperante quedaba la gallarda Josefa, salió con Ansúrez á la calle. Momentos después cogían el tren; á la media hora de traqueteo suave llegaban á la ciudad de los Reyes, y á buen paso tomaron la calle que conduce á la Plaza. Ni en personas ni edificios ponía su atención Diego, que llevaba dentro de sí los espectáculos de su personal interés. “Esta es la Catedral—decía Mendaro con inflexión encomiástica;—aquél el palacio de los Virreyes, hoy de la Presidencia y Gobierno de la República...” Contestaba el Oficial de mar con un mugido y una mirada de indiferencia, y seguían adelante. “Por aquí es—dijo Mendaro, guiando á una calle que de la esquina del palacio arzobispal arrancaba, extendiéndose recta en toda su longitud.—Al final, en la última cuadra, viven los tales Chacones. Repara en las buenas casas de gente noble que hay por aquí. Muchas son del tiempo de los señores Virreyes; otras, fabricadas después, tienen la misma traza y adorno de puertas y balcones.”

La única observación que hizo Ansúrez fué para indicar la semejanza del caserío de Lima con el de algunas ciudades andaluzas, y el tono claro de las fachadas, blancas las unas, otras de ocre ó azul muy bajo. Fijóse

también en que no había tejados, sino azoteas, observación que sugirió á Mendaro esta otra, pertinente á la meteorología: "Te diré que aquí no sabemos lo que es llover, ni se conocen los paraguas. No tenemos más que un rocío, que llaman *garúa*, el cual por las noches, así refresca la tierra como nos moja y cala hasta los huesos. Por este beneficio del cielo, no echamos de menos la lluvia, y no se gastan aquí canalones ni aljibes.

—Dímelo á mí—observó Ansúrez,—que todas las mañanas me encuentro la cubierta como acabada de baldear, y el velamen y toldos tan mojados, que se les podría torcer... No te diré yo que sea beneficio el caer el agua del cielo en esa forma de rocío; páreceme más bien maleficio, porque si lloviera de golpe, quedarían las calles más limpias de lo que están... ¿Tenéis por ventura río caudaloso?

—Río tenemos: se llama el *Rimac*, y es nombrado, más que por el caudal de sus aguas, por el magnífico puente de piedra, obra de los españoles, que luego veremos. Por allí se pasea la gente para tomar la fresca en las tardes de bochorno..."

Observó también Ansúrez el grandor y pintoresca hechura de los balcones de las casas principales, al modo de estancias voladas, con adorno exterior arabesco y celosías verdes. Eran la comunicación romántica de la casa con la calle y con el mundo; el conducto de las miradas, del suspirar y del

amoroso acecho; eran el rostro enmascarado de la pasión, y un emblema étnico más español que la propia España. Hallábase el celtíbero absorto en el examen de uno de aquellos balcones, el más historiado y holgón de la calle, al extremo de ésta, cuando Mendaro le puso la mano en el hombro y le dijo: "Esta casa que miras es la de los Chacones. Veo que está cerrada á piedra y barro, por lo que entiendo ser verdad lo que nos dijo el borrachín de Amador. Si te parece, llamaremos, que alguien habrá dentro que guarde el edificio.," Y antes que Ansúrez respondiera, llegóse á la puerta, y agarrando el pesado aldabón, dió golpes y más golpes, sin que de dentro viniera voz de quién vive ni respuesta alguna.

La emoción de Ansúrez ante la casa en que moraba la familia de Belisario fué tal, que no pudo tenerse en pie. Arrimóse á la pared frontera, y en el escalón de una puerta, cerrada también como puerta de inquilinos ausentes, se dejó caer: llanto amarguísimo vino á sus ojos, y para disimularlo y esconderlo, con ambas manos puso máscara en su rostro. Mendaro, dejando pasar medio minuto, volvió á empuñar el aldabón y repitió los furibundos porrazos... La casa hacía esquina, de la cual partía un callejón estrecho, y á lo largo de éste, como por el tubo de una bocina, vino una voz bronca que gritaba: "¡Quién... quién!," Asomóse Mendaro al callejón, y á su vez gritó: "Los quiénes somos nosotros, gandul, que esta-

mos aquí llamando hace dos horas, sin que nos responda nadie: ven aquí, y ven con respeto, y dinos dónde están tus amos.,,

Apareció doblando la esquina un hombre que por el color del hocicudo rostro y la largura de sus brazos y la corva inclinación de su cuerpo, más parecía cuadrumano amaestrado para racional que racional efectivo, y apenas le vió Mendaro, lo cogió por el cuello, y con voces descompuestas le dijo: "*Cholo*, sin vergüenza, ¿por qué no has abierto á la primera llamada? ¿Así cuidas la casa de tus señores? ¿Qué hacías, borracho? ¿Dormías el *pisco*?

—Suéltame, *gachupín*—gritó el hombre feísimo, queriendo desprenderse de la garrra de Mendaro. Pero en éste había estallado la fiereza un tanto insolente del español educado con el catecismo de los tiempos heróicos, y no soltaba su presa, ni suavizaba su duro acento.—Ven aquí, perro, y contesta sin mentir á lo que te preguntamos.

—Suélteme, ¡*carachitas!*... ¡Ay, ay!... Le diré la verdad, patrón; suélteme.,,

A los chillidos del infeliz *cholo* (así llaman á los últimos retoños degenerados de la raza india), víctima de la ingénita altanería de Mendaro, acudió Ansúrez enjugando sus lágrimas y con formas de lenguaje más benignas: "Déjale; no le trates con dureza... Vele ahí por qué no nos quieren en América... Por eso, José, por tus modos tiránicos... Oiga usted, buen hombre: que-

remos saber... Esperamos que usted nos diga con toda verdad...

—No esperes de él la verdad si le tratas con esas blanduras, Diego—dijo Mendaro. —No te fíes de estos ladinos y traidores. Verás cómo te sale con algún *despapucho*, con alguna sandez ó mentira gorda que te desoriente y te vuelva tarumba.

—No tendrá tan mal corazón—indicó An-súrez,—que engañe á un pobre padre... de quien no ha de recibir ningún daño, sino todo lo contrario, quiero decir, una buena recompensa.

—El caso es éste—declaró Mendaro algo amansado de su fiereza por el ejemplo del amigo:—sabemos que tus amos se han ausentado, y deseamos saber dónde están... pero sin engaño.,,

Fosco y sombrío, el indio no desmentía la condición suspicaz de su raza humillada y decadente. No miraba á la cara de los españoles, sino al suelo, como más digno de sus miradas, y al suelo arrojaba también la respuesta desdeñosa, que rebotó en pregunta: "No hay engaño... yo no tengo por qué engañar... ¿Pero á qué cuento quieren saber los *gachupines* dónde están mis amos?

—Este caballero—afirmó Mendaro,—es el padre de tu señora, quiero decir, de la *señorita esposa* que el hijo de tu ama, don Belisario, ha traído de España. ¿Te enteras, animal?... Levanta tus ojos del suelo, zorroco, y mírale, mira á este señor, que

es el padre, el padre... ¿Sabes lo que es padre, zopenco?„

Recogió del suelo sus miradas el *cholo*, y las paseó por el cuerpo de Ansúrez. Como éste vestía de uniforme, cada uno de los botones fué un punto en que el mirar del indio se detenía con asombro y una risa estúpida. Sacó Diego una monedita de oro, y se la mostró como una hostia, diciéndole: “Esto para tí si hablas con verdad.„ Pero á Mendaro le pareció excesiva la oferta, y quiso atajar el movimiento generoso de su amigo con estas palabras: “No, no, Diego. Con cuatro *soles* habría para comprar á todos los *cholos* que quedan en esta tierra. Ofrécele un *sol* (duro), y el hombre tendrá para comprarse unos calzones, que, ya lo ves, le hacen mucha falta.„

El pobre indio, que en su desmedrada catadura y cobrizo rostro cuarteado no revelaba claramente su edad, aunque ésta debía estar ya muy lejos de la juventud, quedóse como encandilado al ver la moneda, y alargando hacia ella sus manos, dió una zapateta en el aire, y soltó la respuesta que Ansúrez esperaba: “Mi patrón, démela y se lo digo. Me llamo Santos, y por todos los mis patronos de la Corte celestial, le juro que de mi boca no saldrá mentira: los amos míos, mi ama doña Celia; mi amo don Belisario y mi ama doña Marina, están en Jauja.„

Oyó Diego el nombre de Jauja como cosa de burleta ó de pasar el rato, pues aunque

no ignoraba la existencia del tal pueblo peruano, en aquel instante, hallándose en la plenitud de sus ideas españolas, Jauja era el cuento de los perros atados con longaniza y de los árboles que dan chorizos y jamones; se acordó de la *Pata de Cabra* y de los mil chistes jaujanos, y puso en cuarentena el dicho del indio. Pero Mendaro le sacó de este yerro, diciendo: "Puede ser, puede ser verdad, que allí tienen los Chacones haciendas muchas.

—Buen amigo—dijo Ansúrez á Santos, sin dejarse arrebatar la moneda que, éste quiso coger antes de tiempo,—necesito más referencias... y que me pongas en conocimiento de muchas cosas que ignoro. ¿Te gusta el *pisco*? Pues vente con nosotros, y en cualquier pulpería te convidaremos, para que sueltes la sin hueso y me resuelvas todas las dudas.,,

Cuando esto decía el Oficial de mar, ya se habían arrimado al grupo algunos zanganotes, mujeres y chicos. Ni Ansúrez ni su compañero se habían fijado en esta adherencia de público, que fué creciendo, creciendo, cuando los dos amigos y el *cholo* iban camino de la pulpería más cercana. Mendaro fué el primero en revolverse contra la molesta escolta que á los pocos pasos se desmandó, haciendo befa del uniforme de Ansúrez, y arrojando sobre los dos *gachupines* pelotadas de barro y algunas almendras de arroyo. Movido de su impetuoso genio, que en trances de peligro siempre se mostraba, Men-

daro se plantó en medio de la calle, y mirando á la chusma se dejó decir: “¿A que saco la navaja? ¿A que alguno de estos sinvergüenzas nos va á enseñar el mondongo?„ El prudente Ansúrez acudió á contenerle. Santos, en la expectativa de la moneda de oro, dirigió á la muchedumbre palabras conciliadoras. Con los dimes y diretes de una y otra parte, la cuestión fué tomando mal cariz, y en esto acertó á presentarse en escena, saliendo de una calle lateral, el maquinista Fenelón, vestido de paisano, con dos amigos suyos limeños de la mejor apariencia social. Aplacaron éstos el incipiente tumulto, declarándose defensores de los dos *gachupines*, y dispersando á los grupos plebeyos.

Mientras esto ocurría, informó Diego á Fenelón del motivo de su presencia en aquella parte de la ciudad, y de llevar consigo al indio Santos. El maquinista, con el aplomo y superioridad que en sus palabras sabía poner, le dijo: “¡Pobre Ansúrez, yo te habría sacado de dudas á bordo esta noche! Felizmente, he podido enterarme hoy de lo que pasa en tu familia, y te lo contaré. Nadie podrá informarte con más exactitud, mi palabra de honor... Este *cholo* te ha dicho que tu hija está en Jauja... Ha mentado sin mala intención... no le pegues... O no sabe la verdad, ó se le ha mandado que diga lo que has oído... Dale los cuatro *soles*, y que se vaya á la porra. No es ese el guardián de la casa de los Chacones; no es más que un galopín del verdadero guardián, Arístides

Canterac, francés, con quien he jugado al billar hace dos horas, mi palabra. Por él he sabido que tu hija no está en Jauja, sino en Arequipa.,,

Sosegados todos, incluso Mendaro, que aún daba resoplidos patrióticos; desaparecido el *cholo*, que partió con la chusma, guardando su moneda donde no pudiesen quitársela, los dos españoles, el maquinista y los peruanos se dirigieron á un *restaurant* francés, donde refrescarían charlando. Ansúrez les siguió, más que por querencia de charla y frescura, por calmar el ardor de su alma, sedienta de verdad. ¿Por qué no estaba su hija en Lima? ¿Huía de su padre, ó de quién huía? ¿Era dichosa...?

XVI

“No dudes que los Chacones están en Arequipa—dijo Fenelón al celtíbero, que permanecía como atontado mientras los demás bebían y charlaban.—Al partir dieron á su servidumbre esta consigna: “Vamos á Jauja., Querían despistar al Gobierno y escurrir el bulto... ¿No comprendes esto, pobre Ansúrez? Pues es raro, porque un español, criado entre el bullicio de los pronunciamientos, entiendo yo que oirá crecer la hierba. ¿No has conocido que la revolución late en el Perú? Late y colea; sólo que anda todavía por debajo de las sillas y de las me-

sas, por debajo de las camas, por debajo de los altares. Belisario y su mamá doña Celia son del partido revolucionario, como amigos y no sé si parientes del Gran Mariscal Castilla, gigantón de esta fiesta. ¿No caes en la cuenta de que la razón ó pretexto de los revolucionarios es el tratado de paces con España, que firmaron Pareja y el Presidente Pezet, arreglo que la gente levantisca considera como la mayor ignominia del Perú? Este patriotismo gordo y populachero es excelente cosa para ornamentar las banderas revolucionarias en los países de sangre española... Pues oye más, hombre inocente y sin hiel. Tu yerno Belisario y tu consuegra ilustre son los adeptos más rabiosos del bando antiespañol del Perú. Mira por dónde tu graciosa Mara, la morenita del tipo *Virgen de Murillo*, la de las sales granadinas, la discípula de las monjas, ha venido á ser una antiespañola furibunda.

—¡Ajo, eso no! —gritó Ansúrez dando una fuerte palmada en la mesa. El inmenso estupor con que oía los informes del francés, contuvo su protesta en esta brutal concisión.

—Yo no aseguro su antiespañolismo; pero lo presumo, porque el amor funde los sentimientos de marido y mujer. Mara siguió á Belisario deslumbrada por la poesía exuberante de América. América es ya su patria; España, clásica, rígida y enjuta, ya no lo es. ¿Qué significa esto, cándido Ansúrez? ¿Te acuerdas de nuestra primera con-

versación en la borda de la *Numancia*, cuando tomábamos carbón en San Vicente? Todo lo que tú no entendías entonces, te lo explicaba yo con una sola palabra: *romanticismo*. Romántico fué el amor de tu hija; románticamente te la robó Belisario; al Perú vinieron á realizar su ensueño; se han casado; son riquísimos... Todo esto quiere decir, *por ejemplo*, que cuando España arroja de sí el romanticismo, América lo recoge. Los ideales que desechan las madres maduras son recogidos por las hijas tiernas... España coge su rueca, y se pone á hilar el pasado; tu hija hila el porvenir... en rueca de oro.,

Diciendo esto, Fenelón se atizó de golpe una copa de coñac. Inquieto y sofocado, An-súrez no sabía qué pensar, no sabía qué decir. Llevábase las manos á la cabeza; luego, sobre la mesa las dejaba caer desplomadas; por fin, arrancóse con estos desordenados conceptos: "Me vuelvo loco... ¡Mi Mara antiespañola! ¡Ajo, eso no! ¡Vámonos á España con cien mil pares de ajos! Llénenme á mi casa, llénenme á mi fragata., Ya levantado para salir, los amigos trataron de aliviar su pena, y Fenelón terminó sus informes con estas advertencias adicionales: "Los Chacones, y tu hija con ellos, se han marchado al Sur por ponerse á salvo de las iras del Gobierno, y por vivir donde se guisa la revolución, que es el territorio entre Arequipa y el Cuzco...,

Era ya hora de volver á bordo; acudie-

ron al tren, y en todo el trayecto hasta el Callao no paró Fenelón en las amenas referencias de sus audacias amorosas. Lima era la Jauja del amor; él, vestido de paisano y hablando francés, burlaba la prevención reinante contra la Marina española. Todos reían de sus fabulosas conquistas, menos Ansúrez, que no le hacía ningún caso. Despedidos cariñosamente en el muelle, los dos vecinos de la *Numancia* volvieron á su vivienda, alegre el hispano-francés, sumido en profunda y negra melancolía el que llamamos celtíbero. Las emociones de aquella tarde le tenían medio trastornado: desconoció, por breves segundos, á su compañero Sacristá; desconoció también el departamento donde moraba, y en la turbación de su mente hubo de sacudir su dormida memoria, diciéndose: “¿Dónde estoy? ¿Qué casa es ésta?,”

En aquellos días, el Oficial de mar *pagó la chapetonada*, que así llamaban los peruanos, desde tiempos remotos, á la fiebre de aclimatación, tributo de que pocos europeos se eximían en la costa del Pacífico. Era una terciana comunmente benigna; pero en Ansúrez fué por excepción bastante intensa y dolorosa, quizás á causa de la tristeza y depresión del ánimo, que le predisponían á toda enfermedad. Atacado ya de la terciana, escribió á su hija, poniendo en ello la fiebre que ya le requemaba la sangre. Escribió también á Belisario y á doña Celia; mas no contento del sentido de las cartas, las rom-

pía, y así consumió gran copia de cuader-
nillos de papel. Tal carta en que con extre-
madas fórmulas de amor perdonaba y pedía
paces definitivas, le pareció humillante.
Los Chacones eran riquísimos, y él un pobre
marinero: lo que en dinero no poseía, debía
poseerlo en dignidad. Por fin, todo el fárrago
epistolar quedó reducido á una sola carta,
dirigida á la prenda de su corazón, dicién-
dole ternezas y pidiéndole vistas. "Estoy en
el Callao, soy contramaestre en la *Numan-
cia*... ¿No quieres ver á tu padre? Véate yo,
hija de mi alma, y muérame después de
verte. Tus riquezas no tienen valor para
mí. La luz de tus ojos es mi riqueza: dá-
mela, y guárdate lo demás...", Estos y otros
conceptos amorosos y sutiles enjaretó. Sa-
tisfecho de haber expresado sus sentimien-
tos con el mayor decoro y sin asomo de in-
terés, cerró su carta, y á tierra la llevó para
depositarla por su propia mano en el correo;
que de nadie podía fiarse en cosa que tan
vivamente á su corazón interesaba. Al re-
gresar á bordo, la fiebre ardiente le tumbó
en el coy, de donde no pudo levantarse en
muchos días.

Asistíale don Luis Gutiérrez con cuidado
y cariño; Sacristá, que como á hermano le
quería, visitábale con frecuencia, informán-
dose por sí mismo del curso de la traicionera
enfermedad. En los días de remisión fe-
bril, la enfermería de paz era muy frecuen-
tada de amigos y compañeros. Guardias
marinas y Oficiales bajaron al sollado, y el

mismo don Casto, que era un ángel, practicó las obras de misericordia, acercándose con piedad y afecto al lecho de su compañero en las fatigas de la mar... Y cuando la remisión era intensa, permitían á Binondo dar á su amigo conversación tirada, y aun leerle vidas de santos, que en aquellos días el *Año Cristiano* era la ocupación predilecta del Cabo de mar. No acababa el malayo de ponerse bueno, y cuantas veces intentó trabajar, sus esfuerzos le privaban de aliento. Relevado estaba, pues, de toda faena, y el pobre hombre empleaba su tiempo en exhortar á sus compañeros á la piedad, y en hacerles descripciones prolijas de la Bienaventuranza eterna. Unos se reían de esto, y otros no; pero entre burlas y veras, Binondo hacía el apóstol ó el misionero láico, no sin cierto desdén y escama del venerable capellán don José Moirón.

“Embelesado estoy ahora—dijo Binondo sentándose á la morisca junto al lecho de Ansúrez,—con la vida de Santa Rosa de Lima, la gran santa de América; y sobre lo que ya tengo leído de ella en mi *Año Cristiano*, tres veces he pasado un librito que me trajo de tierra Desiderio García, en el cual librito se trata de mil pormenores de la virtud angélica de la divina Rosa. Como mi hija lleva ese nombre, llego á figurarme que es ella, ella misma la santa... y aunque no lo sea, yo las igualo en la hermosura... Dice el librito que aquí tengo, que la santa nació en la casita de un corral, propiedad de su

padre Gaspar Flores, y en dicho corral, ya niña, plantaba clavellinas y mosquetas... Un día advirtió que brotaba un rosal en su jardinito. Patente era el milagro, pues los rosales no se conocían en el Perú... Y la planta milagrosa dió tantas, tantas flores, que toda la ciudad pudo gozar de ellas y de su hermosura y olor deleitoso... deleitoso dice el libro. Y así como el aroma, ó dígase fragancia, de las flores plantadas por Dios se extendió á toda la ciudad, y de la ciudad á todos los Perules altos y bajos, del mismo modo la fama de la santidad de aquella criatura voló por todo el orbe cristiano: así lo dice el libro... hasta Roma mismamente... Dios me tocó en el corazón para que á mi hija diera el nombre de Rosa. Mi hija está en el Cielo con los ángeles y serafines. Cada vez que pronuncio su nombre, me da en la nariz el olor, ó dígase fragancia, de aquella flor celestial... celestial dice el libro.

—A la hija mía puse yo nombre de Marina por la Santísima Virgen del Mar, y no hay nombre que mejor le cuadre, porque lleva en sí toda la sal del Océano; tiene también su oleaje, el vaivén de las aguas; y para que la semejanza sea completa, la mueven temporales duros.,

Con lúgubre y pausado acento dijo esto Ansúrez; y el otro, pegando su hebra en las últimas palabras del amigo, continuó así: “Tempestades tuve yo también, Diego; ciclón terrible me llevó á mi hija, dejándome

anegado de pena. Pero mi Rosa está en el Cielo; tu Mara también. Hagamos por morirnos tú y yo santamente, y las tendremos á nuestro lado por toda la eternidad.

—Mi hija no se ha muerto... no se ha muerto—replicó Diego inmóvil, triste, mirando á los baos del techo.—Pero la ausencia y la distancia son peores que la muerte. Si esta enfermedad acaba conmigo, no veré á mi hija, y seré más desgraciado que tú... porque tú la verás pronto... puesto que ya la tienes allá, José... Tú no tardarás en morirte, y en cuanto llegues, verás aquellos ojuelos negros y chiquitos, como los de los ratoncillos; la nariz chatuca y desdoblada; verás la color de aceituna, la boca reventona, con aquellos dientecillos que parecen nieve entre tomates.

—Poco á poco—dijo Binondo picado.—No tomes á chanza la cara linda de mi niña, que si fué preciosidad en la tierra, mayor lo es en el Cielo; que allá el jaramago se vuelve clavellina... clavellina: así lo dice el libro de Santa Rosa.

—Mi hija es bella, y no necesita que la lleven al Cielo para que se le aumente la hermosura—murmuró Diego con cierto desvarío, que indicaba el recargo febril.—En la vida de América se ha puesto más bonita... es más señora y apersonada, más suelta de lenguaje. No hay preciosidad como ella en todos los Perules del Sur ni del Norte... Mi hija vive en un palacio... la sirven quinientos criados negros, rojos ó amarillos...

come en vajilla de plata, y bebe en copas de oro. Todos los metales preciosos que dan las entrañas de los Andes, son para ella... ¡Y yo no puedo verla muriéndome, como verás tú á la tuya...! Para verla, tengo que vivir y navegar mucho tierras adentro. ¿Y cómo navego yo fuera de mi barco, si de aquí no puedo salir? Estoy en España; mi hija está en América, lejos, lejos, y ya no quiere ser española... ¡Válgame Dios, qué calor siento! Dame limón, José; me abraso...„

Así prosiguió divagando hasta que le cogió el sueño. Rosario en mano, Binondo rezaba entre dientes. La noche fué tranquila. Siguieron días de quietud vaga y letárgica, en los cuales, desde el amanecer de Dios hasta la hora de silencio, iba contando An-súrez todos los toques de corneta, campana, tambor y pito que marcaban las distintas faenas, maniobras y ejercicios que sucesivamente se practicaban á bordo.

La terciana fué más larga que intensa, y hasta Junio no pudo Diego llamarse convaleciente. La reparación orgánica se retrasaba por causa del hondo abatimiento en que el ánimo del pobre celtíbero se mantenía. Lo que mayormente le angustiaba era no recibir contestación á la carta que escribió á su hija, y todo era cavilar y hacer cómputos de distancia y tiempo para explicarse la tardanza. Por segunda y tercera vez escribió, y no habría dado paz á la pluma si el amigo Fenelón no calmara su ansiedad con razones de mucho peso.

“No seas chiquillo, Ansúrez—le dijo una tarde, sentaditos los dos en el cámarote de maquinistas;—no olvides la extensión de los caminos del Perú, siempre largos, ahora más, por el trastorno de estas revoluciones malditas. De lo que me ha dicho Canterac estos días, deduzco que la familia de Mara no está ya en Arequipa, sino en el Cuzco...

—Y ese Cuzco... entiendo que está en el propio riñón de los cansados Andes... La verdad, no sé para qué levantó Dios esa cordillera tan alta, de Norte á Sur. Es como un grandísimo pisa-papeles que puso á lo largo de estas tierras para que no se las lleve el viento ni las arrebate la mar... Dime otra cosa: ¿no fué en el Cuzco donde tenían la cabeza de su imperio aquellos indios que llamaron incas, y que eran como hijos del Sol?

—Así es. En el Cuzco tuvieron su capital. El imperio era grandísimo, y lo poblaba una raza industriosa y guerrera. Francisco Pizarro, que no sabía leer ni escribir, pero tenía, *por ejemplo*, un corazón más grande que esos montes que vemos, y en su voluntad volcanes de furor, y en su cabeza, vacía de letras, pensamientos altísimos, se apoderó en poco tiempo de aquellas salvajes grandezas y cargó con todo; después vino y fundó esta Lima hermosa, y en ella puso la simiente de las lindas limeñas...

—De seguro, en ese Cuzco tendrá la familia de Belisario algún palacio... Puede que sea el alcázar mismo de aquellos empe-

radores incas ó incáicos, como aquí dicen, restaurado y puesto á la moderna. Será todo de piedra mármol jaspeada, con tropezones de metales preciosos... Yo me lo figuro así, y en él veo á mi hija como á una reina... como á una emperadora... ¿Es así, Fenelón?

—Así puede ser, porque los Chacones son riquísimos. He podido informarme de su caudal; me han hecho la cuenta, al dedillo, de las rentas que disfrutaban. Es un escándalo, Diego; es un ultraje á la humanidad, que unos pocos posean tanto, y los más se pudran en la miseria, en un trabajo de animales...

—¿Y el cuánto, Fenelón? Dime el cuánto de esa riqueza... pero con verdad. Deja en tu cabeza las mentiras, y échame cifras... buenos números claritos.

—Pues entre doña Celia y sus hijos, que son tres, gozan una renta de... ello se aproxima á cuatrocientos mil soles...

—¿Al año?

—Naturalmente. Mi palabra de honor, que la cifra no es de fantasía.

—Pues lo parece, y yo me quedo atontado escuchándote... Me acuerdo ahora de lo que pasó en la correduría de Cartagena, cuando quise coger á Belisario por los cabezones para tirarlo al mar... me acuerdo también de cuando, caminito yo de Motril con mi niña en brazos, le encontramos vestido pobremente, negro del sol y del aire, con plastones de polvo encima de lo negro... en fin, que daba lástima verle... ¡Y ahora...!

Se vuelve uno loco. Estoy en América... ¿He dado la mitad de la vuelta al mundo, ó es el mundo el que ha dado media vuelta en derredor de mí? No sabe uno lo que le pasa. Esto es vivir dos veces, Fenelón; esto es haberse uno muerto, y resucitar... en otro mundo.,,

XVII

Pasados muchos días, sin que el historiador pueda precisar su número, volvió Fenelón á su amigo con nuevos y más preciosos informes. Al anochecer, en la batería para resguardarse de la *garúa*, arrimáronse á una porta y charlaron largamente, sentados en el suelo, sin más testigos que la formidable cureña, y el cañón que al mar apuntaba con su boca muda. “Hay grandes novedades —dijo el hispano-francés,—y la primera es que la revolución, que estaba en manos torpes, ha pasado á las del General Canseco, Vicepresidente de la República (entre paréntesis, primo hermano de doña Celia). ¿No sabes lo que ocurre? Ello parece mentira; pero es verdad, mi palabra... Pues se ha sublevado la escuadra peruana... La fragata *Amazonas*, mandada por el Almirante Panizo, navegaba días pasados llevando tropas al Sur... ¿Y qué hizo la tropa? Pues dar el grito, y con el grito, muerte á toda la oficialidad. Quedó dueña del barco,

y como soberana nombró jefe á don Lisardo Montero, capitán de navío... ¿Qué dices, inocente Ansúrez? (El celtíbero no decía nada.) Lo primero que hizo este señor fué poner rumbo á Pisco, á la vera de las islas del guano, y allí estaba la fragata *América*... ¿No te acuerdas? Es la que encontramos en Magallanes. ¿Qué tenía que hacer en Pisco esa otra fragata más que esperar á que la sublevaran? Montero se le atravesó por la proa, y enseñándole la andanada, la intimó á que se rindiera... lo que efectuó sin resistencia, porque resistir no podía... Después cayó de la misma manera el vapor *Túmbez*... Los sublevados confían que se les agregará la fragata *Unión*, hermana de la *América*, que ha de llegar muy pronto. ¿Qué te parece, amigo? ¿Qué opinas tú de esta trapisonada, que hoy es marítima, y mañana será terrestre?

—Como no entiendo yo nada de política, —dijo Ansúrez rascándose el cráneo,— de esta revolución no puedo pensar nada bueno ni malo, mientras no me digas si con ella estoy más cerca ó más lejos de ver á mi hija y gozar de su presencia.

—A eso voy... Tengo motivos para creer que tu hija y su marido y suegra partieron del Cuzco hace bastantes días.

—Yo he soñado, no sé si anoche ó anteanoche... que mi hija estaba, con séquito lucido de caballeros y damas, en una cacería... allá... qué sé yo... Ví un gran lago...

—Ya... El *Titicaca*. Habría más bien pes-

ca, ó cacería de patos. Puede ser que tu sueño fuera una visión de la realidad distante.

—¿Y ese lago es muy extenso?

—Calculo que es del tamaño de la isla de Puerto Rico. Ya ves qué charquito. Y no te diré yo que sus márgenes, ó gran parte de ellas, no sean propiedad de tu hija.

—¿Y qué distancia hay del Cuzco á ese pedazo de mar dulce?

—Como treinta leguañs, por caminos endemoniados... Pero no hay distancias para los ricos. Las damas y caballeros que en sueños has visto, irían montados en avestruces...

—No hay avestruces en este país, creo yo, Fenelón... Irían en llamas, en guanacos... ó sabe Dios cómo irían.

—En palanquines, tal vez, cargados por indios... Me parece, buen amigo, que no debemos referir tu sueño al lago *Titicaca*, sino á otro más pequeño que está en territorio muy distante de la zona del Cuzco. Para mí, tu hija y los Chacones están ahora en el *Cerro del Pasco*, donde tienen sus minas, y seguramente, á más de las minas, palacios, grandes cotos y montes para sus diversiones. Puede que hayan resucitado allí la antigua caza de cetrería: pájaros rapaces hay aquí muy para el caso. Como Belisario es poeta, habrá querido dar á su esposa, *por ejemplo*, el espectáculo de aquellas cacerías tan magníficas, de los tiempos en que no se conocía la pólvora... Lo que te digo: Belisario lo convierte todo en poesía. Después de

cazar con halcones y gerifaltes en la ribera del *Lago de Junín*, que así se llama, habrá inventado diversiones acuáticas, mandando construir un magnífico galerón, como el que tenía el Dux de Venecia para salir á casarse con la mar, y en él paseará Mara por el lago con sus damas, pajes y acompañamiento rico y aparatoso... Y desde la embarcación dispararán flechas contra los ánades ó cisnes, para que todo sea poético, conforme á los usos de la edad en que la vida era más bella que ahora.

—Dará gusto ver á mi hija—dijo Ansúrez en éxtasis,—tendiendo el arco... así, como una diosa, y disparando la flecha con tan buena puntería, que no habrá pato que se le escape... Y puede que también disparen flechazos contra los peces... aunque mejor lo harán con arpones, que para mí habrá en ese lago abundancia de peces de gran tamaño, así como toninos ó golfines.

—Mi palabra de honor, que también tú, querido, te nos vas volviendo poeta... En tí veo la influencia de América, y la inspiración que te da el amor á tu hija, porque el amor es el manantial de la poesía... Mira por dónde lo que fué tu desesperación ha venido á ser tu consuelo.

—¡Oh! no, Fenelón... dejemos estas tonterías—replicó Diego tornando á la realidad, como el aeronauta que da salida al gas para descender á tierra.—Tú eres quien me ha trastornado con tus invenciones románticas de la caza de cetrería y del pasear en gale-

rón por esos lagos de engañifa... Dime la verdad, Fenelón amigo: tú has bebido hoy más de la cuenta.

—Cuatro copas no más he tomado después de comer. Economizo mi Jerez, que se me concluye, y no sé cómo reponerlo. Tú eres el que ha bebido con exceso.

—Borracho estoy, sí; pero no me trastorran las copas, sino mis pensamientos tristes, la ansiedad en que vivo por no tener contestación á las cartas que escribí á la prenda de mi corazón.

—Sobre eso tengo que decirte que es locura pensar en la puntualidad de correos, mientras duren las circunstancias de revolución en tierra y mar, y la tirantez de nuestras relaciones con el Perú. ¿Quién asegura que tu hija recibió las cartas que le escribiste? Y si las recibió y te ha contestado, ten por cierto que su carta quedó en el camino. Ya sabes que nuestro correo nos llega por el Consulado inglés, y que lo recogemos en la capitana del Comodoro Harvey.

—Por ahí viene el correo de España; pero una carta del interior del Perú nunca pensé que nos llegara por mano inglesa.

—Pues no la esperes, Diego. Vuelve á escribir á tu hija...

—¿A dónde, ajo?

—Al Cerro del Pasco... Para mayor seguridad, yo iré mañana al Chorrillo; veré á Canterac, y le preguntaré á dónde debes escribir... Advierte á Mara que te dirija la carta *al cuidado* del Comodoro Harvey.

—¡Virgen del Carmen,—clamó Ansúrez levantándose presuroso y corriendo al camarote de Sacristá, donde comunmente tiraba de pluma,—escribiré al instante!... ¡Ajo, tanto tiempo perdido!... y ahora... vuelta á empezar... Dios no me quiere ya. Tiene razón Binondo... Estoy lleno de pecados.,,

Ved aquí al pobre hombre nuevamente inmerso en la faena epistolar, que era gozo y tormento de su alma. Pensamientos nuevos puso en el papel; su inspiración era inagotable. Con esto se entretenía, descendiendo al fondo de sus amarguras como un buzo que desea explorar y reconocer las cavernas recónditas del mar... Y en esto desfilaron unos tras otros los días de ociosidad, y llegó uno memorable por haber aparecido en el puerto del Callao la flota insurrecta ó *Restauradora*, compuesta de las fragatas *Amazonas*, *América* y *Unión*, al mando de Montero. Dirigió éste á los jefes de las escuadras extranjeras oficios en que manifestaba su propósito de intimar á la plaza la rendición; más no le hicieron caso, que era como negar la beligerancia que los revolucionarios solicitaban. Fondearon las fragatas junto á la isla de San Lorenzo, donde mataban el tiempo tirando al blanco; y al fin, desconsoladas, se fueron á las Chinchas.

Corrieron monotonos los días, y el 17 de Agosto entró en el Callao el *Marqués de la Victoria*, caballero sirviente que fué de la

Numancia en el viaje de Montevideo al Puerto del *Hambre*. No era joven el *Marqués*, y sus calderas y máquinas se resentían del largo servicio, sin las reparaciones debidas; así es que cojeaba en su lento andar de ocho millas. Pero si flaqueaba de los pies, no así del corazón, y dispuesto se le vió siempre á correr nuevas aventuras, bajo la rienda de su valeroso Comandante don Francisco Castellanos... Salió la escuadra el 31 á efectuar un crucero de instrucción. Convenía navegar para obtener mediana limpieza de los cascos, que en las prolongadas estadías en aguas tropicales se llenaban de broza y escaramujo. Trasladó Pareja á la *Numancia* accidentalmente su insignia; la escuadra hizo diferentes evoluciones, probando el andar á la vela de cada buque, y á los cuatro días regresó al Callao, donde á todos esperaban interesantes noticias traídas por el correo. Consecuencia de ellas fué que Pareja, con todas sus naves, á excepción de la *Numancia* y *Marqués de la Victoria*, saliera para Valparaíso. ¿Qué ocurría, qué determinaciones del Gobierno motivaban la prisa con que se alistaron las fragatas de hélice para marchar á los puertos de la República de Chile?

Camarote de Sacristá.—Han comido juntos Sacristá, Mendaro y Ansúrez, y de sobremesa charlan y *trincan*.

“SACRISTÁ.—Os lo explicaré yo si puedo. Sabéis que en Chile teníamos un embajador, ó legado... no sé cómo esto se llama... que

llevaba veinte años en aquella República, con vida ociosa y divertida. Fácilmente se van haciendo al vivir regalado los diplomáticos, y el nuestro acabó por ser más chileno que español.

MENDARO. — He oído que don Salvador Tavira, que así se llama nuestro Ministro en Santiago, estaba muy agarrado á los cariños chilenos. Si el Gobierno español lo sabía, ¿por qué no lo retiró del empleo y puso en su lugar á otro? Veo que aquí se cargan todas las culpas á la cuenta de los americanos, y esto no es justo. Yo, español, digo y sostengo que los políticos de allá tienen la mayor culpa de esta guerra, por haber mandado acá sus primeros mensajeros con tanta arrogancia, y ahora por el desacierto con que disponen todas las cosas. ¿No están conformes ustedes, españoles á rabiarse, con la opinión de este español tranquilo, que quiere vivir en paz con sus hermanos de América? Pues lo siento. He dicho. (*Bebe.*)

SACRISTÁ, *con solemnidad*. — Dejemos á un lado, amigos míos, esos pareceres de si ha sido prudente ó no el mover guerra con estos leoncitos de América. Lo hecho, hecho está, y ya no podemos volvernos atrás. Ese señor Tavira presentó al Gobierno chileno un pliego de quejas, pidiendo satisfacción de los insultos á nuestro Consulado, á nuestra bandera y á nuestra querida soberana doña Isabel II, que Dios guarde. El Gobierno chileno contestó de mala manera, pasándose las reclamaciones de nuestro Gobierno

por semejante parte. Ello era una guasa... Nuestro Ministro, señor Tavira, no admitió las explicaciones .. Pasó tiempo, y un día se levanta el hombre de buen humor, con el mejor humor chileno, ¿y qué hace? Acepta y da por buenas las explicaciones... Van y vienen correos... El Gobierno español se llama á engaño, ¿y qué hace? Desaprobar la conducta del Tavira y mandarle á su casa; y para llevar las cosas por derecho, nombra Plenipotenciario al señor Pareja, dándole facultades para reclamar y exigir las satisfacciones, primero por la buena, y si no entran por la buena, por la mala, esto es, á cañonazo limpio. España podrá estar loca; pero de tonta no tiene un pelo. O se le dan satisfacciones de tanto insulto y vejámenes tantos, ó sabrá sacar el pecho como corresponde á su nombre glorioso... He dicho. (*Bebe.*)

MENDARO, *tamboreando en la mesa con los dedos, después de beber.*—Tan... taran... tan. No me meto en si España desenvaina su espada con razón ó sin ella. Español trasplantado en América, no entiendo bien estas cosas, y lo que quiero y pido es que la envaine sin deshonor... El que viene de aquel hemisferio á éste, se va dejando en las aguas los puntillos de honra. Cuando uno se establece aquí para ganarse la vida, están muy pasados por agua los orgullos de allá... y esto debe España tenerlo en cuenta antes de sacar de la vaina el espadón... Estos países son hijos del nuestro emancipados, harto grandullones ya para vivir arrimado

á las faldas de la madre... y aunque sean algo calaveras, no debe la madre ponerse con ellos demasiado fosca. Son republicanos; han roto con la historia vieja, y se traen ellos su historia. España les dió con su sangre la picazón de las rebeldías... debe tratarlos con indulgencia, y no reparar tanto en lo que dicen, que de muchachos no debe esperarse mucho comedimiento en la palabra. En fin, éste es mi parecer. Tómenlo como quieran. Soy español trasplantado: lo que digo es mi pensamiento natural... y algo más que me entra por las raíces. (*Bebe.*)

SACRISTÁ. — Pronto hemos de ver grandes acontecimientos. Las fragatas van á Caldera á tomar carbón, y la *Villa de Madrid* sigue á marchas forzadas á Valparaíso, donde nuestro General echará su *ultimatum*, que es dar un plazo para las satisfacciones. Nosotros quedamos aquí en espera de lo que resulte de está trifulca peruana; pero no creo que durmamos mucho en estas aguas. Suceda lo que quiera, yo digo: ¡viva Isabel!., (*No beben: pensativos, miran al suelo.*)

ANSÚREZ, *después de larga pausa.* — Yo tengo mi corazón en América... Pero con el corazón en América, también digo: ¡viva la Reina! Mi bandera es muy grande. Coge medio mundo, desde España al Pacífico... ¿Qué me dice el nombre de este mar? Pues que brinde por Mara... verbigracia, por la paz.,

XVIII

El Chorrillo, la pintoresca playa que al Sur del Callao se extiende, era lugar de recreo y descanso para la sociedad limeña. Allí concurrían ricos y semi-ricos, pobres y semi-pobres en busca del trato expansivo y ameno, de la fresca brisa, de la vida placentera, factor principal de la vida saludable. En aquel campo de la ociosidad, donde crecían lozanas la paz, la higiene, la cortesía graciosa y alegre, no podía faltar la planta viciosa y viciada del juego. Formidables timbas actuaban en garitos elegantes, donde la juventud florida y la vejez verde exponían inmensos caudales de oro á la fatalidad del azar. Allí las fortunas improvisadas con la venta y embarque del guano, pasaban en horas al bolsón de los banqueros del envite. Como en aquel tiempo la riqueza principal del Perú procedía de los yacimientos de las Chinchas, podía decirse que en las mesas de juego del Chorrillo pasaba de unas manos á otras lo que las aves oceánicas habían depositado durante siglos y siglos. Allí dejó cuanto tenía, y hasta las plumas del tricornio, un altísimo personaje de aquel tiempo, culminante figura militar, política y revolucionaria, que ni en las postrimerías de su edad acha-

cosa pudo curarse del funesto vicio. Los años y su jerarquía social dábanle derecho á una sinceridad chistosa. Cuando le agradaba la suerte, decía: "hoy he ganado yo." Cuando venía la mala: "hoy ha perdido el Perú."

En ocasiones diferentes obtuvo Fenelón permiso de dos ó tres días, que se pasaba tranquilamente en el Chorrillo gozando de aquella excitante vida. Vestido con elegancia y hablando francés, mariposeaba en diferentes casas y familias, sin que nadie sospechara que estaba al servicio de la Marina española. Por vanidad tanto como por vicio dejábase caer en la timba, donde era comunmente desplumado. Un día que le sonrió la fortuna, se fué á Lima, y en la mejor fotografía de la ciudad compró una colección de retratos de mujeres, que era el más variado y sugestivo muestrario de las hermosuras limeñas. Debe advertirse que en Lima las señoras y señoritas gustaban de ostentar públicamente su belleza en las vitrinas de los fotógrafos. Esta liberal costumbre, que debieran imitar las beldades de otros países, no tenía nada de particular. Lo insólito y raro era que los fotógrafos vendiesen al público los retratos de todo el mujerío de la ciudad, y que nadie se ofendiese por esto. Nuestros Oficiales y Guardias marinas, privados del trato y contemplación viva del bello sexo, se consolaban adquiriendo las preciosas imágenes. Algunos hacían entre sí cambalaches de ellas, y

á fuerza de contemplarlas y de discutir y comparar los diferentes tipos de belleza, llegaban á darles personalidad y aun á ponerles nombres: María, Carmen, Gracia, Lolita, etc...

Las cartulinas que llevó Fenelón, como escogidas por su buen gusto, eran primorosas. En su esfera jerárquica, que era la de oficiales y cabos de mar, condestables y mayordomos, enseñó la preciosa colección de niñas bonitas, describiéndolas con acertado criterio estético, y agregando indicación de las cualidades morales, virtudes ó defectillos de cada una. De este modo, sin declarar que eran sus conquistas; dejábalo entender; y cuando sobre esto se le interrogaba, se hacía el modesto y el delicado, y á sus amigos pedía que no pusieran á prueba su extremada discreción.

De su tercera visita á las timbas del Chorrillo volvió Fenelón con la bolsa limpia como patena; mas del percance se consolaba con su filosofía parda y la gramática del mismo color, asegurando que era rico con la ilusión de un próximo desquite. Días antes de la catástrofe había hecho corta provisión de vino blanco, parecido á Jerez de poco cuerpo, con lo que podría remediarse hasta que vinieran tiempos mejores. Convidó á Sacristá y á Diego á que lo probasen, y estando en ello se dejó caer por allí Binondo, encorvado y tétrico. Antes de que rompiera en místicas declamaciones y en el elogio de los santos, le taparon sus ami-

gos la boca. Invitáronle á probar el vino; defendió con remilgos sus propósitos de abstinencia; al fin cedió á los ruegos insistentes, y copa tras copa, llegó á la cuarta, donde hizo punto con extremado escándalo de su conciencia. Fenelón y Sacristá le tranquilizaron, diciéndole que porque llegase borracho al Cielo, no habrían de recibirle con menos agasajo del que merecía.

Ansúrez bebió doble que Binondo, y cuando estaba en la cuarta copa, le dijo Fenelón poniéndose muy serio y tomando una actitud parlamentaria: "Tengo que comunicarte un suceso de los que deben ser celebrados entre amigos con toda solemnidad... He querido haceros beber antes de la noticia, para que con lo que después se beba quede la noticia entre dos luces espléndidas... Veo á todos con la boca abierta, y á Diego con los ojos saltones y cortada la respiración. Lo diré de una vez... Bebamos á la salud del Oficial de mar y de su ilustre parentela incáica... Ansúrez, abrázame: ya eres abuelo... Tu hija..

—¡Ajo!... ¿pero es verdad?

—Mara ha dado sucesión á la regia familia de los Chacones... ¿No te alegras?

—¡Sí me alegro, ajo!—exclamó Ansúrez con llanto y risa que se peleaban en su rostro.—Es que la sorpresa me ha dejado lelo... Me vuelvo criatura, como si fuera yo nieto de mí mismo. ¿Con que un hijo... y varón? ¡Jesús, qué lindo será... y además poeta por parte de padre!... ¿Y mi hija, está bien?

En el trance apretado, se portó como buena española. Me atrevo á sostener que apretó los dientes para no chillar... ¡Valiente como ella sola! ¡Hija del alma!... ¿Qué dices á esto, Binondo?

—Digo que no es verdad—replicó el malayo.—Yo lo he soñado de otro modo, al modo triste, que siempre es el más verdadero. Verdaderas son siempre en sueños las visiones del morir; las del nacer no lo son. No creas, Diego, el cuento de este señor, y ten por seguro que no tienes hija, ni tampoco nieto, porque antes que ella pudiera dar el sér al sér del chiquitín, ambos seres dejaron de ser.,

Montó en cólera el buen celtíbero al oír esta disparatada sutileza, y sin poder reprimirse cerró el puño y alzó el brazo con tal violencia y furia, que si los amigos no atajaran el movimiento, aplastado quedaría el cráneo de Binondo. “Repórtate—dijo éste;—sé buen cristiano, Diego; aprende la humildad, la resignación, y hazte más amigo de la tristeza que de la alegría, más del padecer que del gozar.

—Cállate, fealdad; vete con tus músicas negras á otra parte—gritó Diego,—y déjanos á los que consolamos nuestras almas con algún rayito de alegría que Dios manda... En fin, no quiero incomodarme... hoy es día de paz, de bailar de gusto y de echar la casa por la ventana. Venga otra copa. Bebe á mi salud, José, y que Dios te conceda pronto la muerte que desees.,

Bebió Binondo, limpiándose con la mano la boca en toda su longitud monstruosa; dijo *amén*, y agarrándose á los manparos salió con la lentitud que le imponía su dolencia cardiaca. Apenas desapareció el malayo, Ansúrez, que no cabía en sí de gozo, pidió á Fenelón pormenores del fausto suceso. Díjole el francés que la noticia era tan cierta, *por ejemplo*, como la luz del sol; que el alumbramiento había sido felicísimo; que el chiquillo era una preciosidad, la madre un portento, y que doña Celia y don Belisario estaban á punto de enloquecer de júbilo.

Para que Diego se persuadiera de la verdad del caso, y se disiparan las últimas sombras de su duda, aseguró Fenelón que le presentaría dentro de poco una prueba documental irrecusable. ¿Qué prueba, Señor? Pues... Belisario había compuesto una larga y sonora poesía, titulada *Al nacimiento de mi primer hijo*. Imprimiéndola estaban en Jauja, pues en el Cerro del Pasco no había buenas imprentas. Con la poesía del feliz padre recibiría Fenelón otras muchas en variados metros y estrofas, escritas por los poetas y poetisas de aquella localidad y sus contornos, y dedicadas al venturoso natalicio del nene de Chacón. ¡Extraño y nunca visto caso! Los versos, hijos de la fantasía, venían en auxilio de la razón, y daban testimonio y fianza del hecho real. Los tres amigos alzaron de nuevo las copas; Sacristá puso su mano cariñosa en el hombro de Ansúrez, y en su oído estas nobles palabras: "Lo

que tú dices: nuestras bocas gritan *guerra*, y nuestros corazones gritan *paz*..”

En esto llegó al camarote el Capellán don José Moirón, y antes de tomar la copa que le ofrecían, desembuchó estas graves noticias: “Ya hemos declarado á Chile la guerra... Ya la revolución del Perú está en camino del triunfo..” Queriendo poner un comentario á la primera de estas interesantes nuevas, el buen castrense, modico y enco-gidito como un Capellán de monjas, echó de su boca esta exclamación pagana: “Séanos propicio el Dios de las batallas..” Y An-súrez, comentando la segunda noticia, dijo: “Pues si como hay Dios de las batallas, hay Dios de las revoluciones, no le arriendo la ganancia al Presidente Pezet..”

El caso era que no habiendo podido obtener del Gobierno chileno las satisfacciones pedidas en el *ultimatum*, Pareja declaró que las pediría con el lenguaje de las armas: Metiéronse por medio los diplomáticos, buscando arreglo; pero la obstinación de los chilenos cerró el camino á toda solución pacífica. El primer acto militar de Pareja fué disponer el bloqueo de los puertos de Chile. A los buques de banderas neutrales se les concedía plazo de diez días para que salieran cargados ó en lastre de los puertos de la República. Las fragatas *Villa de Madrid*, *Resolución* y la goleta *Vencedora*, sostenían el bloqueo en Valparaíso; la *Berenguela* en Coquimbo, y la *Blanca* en Caldera. Apre-saron cuantos buques chilenos andaban por

aquellas aguas, casi todos de cabotaje, pues el comercio de altura se hacía principalmente en buques extranjeros.

Llegaron estas noticias por el correo del Sur, y con ellas innumerables periódicos que ponían á los españoles cual no digan dueñas. Con la prosa furibunda se mezclaban los versos: las musas que en aquellos países florecen, reventaban de tanto soplar la bélica trompa. Todo esto era muy natural, y nuestro Almirante y Plenipotenciario no debió incomodarse por tal efervescencia del patriotismo y de la versificación, cosas ambas que compiten en lozanía con la flora americana.

“Señores — dijo Ansúrez, en cuyo sér celíbero resplandecía la equidad, —yo pienso, con perdón, que el señor Pareja no estuvo discreto al mandar á los chilenos el memorial de agravios el mismo día en que celebraban el aniversario de su independencia. Señores, cada país tiene sus cariños y sus memorias alegres ó tristes de sucesos pasados. El Jefe de Escuadra... lo digo con todo respeto, en cuanto oyó ruidillo de cohetes y escandalera de patriotismo, debió echarse mar afuera con todos sus barcos, y cruzar un par de días, para volver luego cuando estuvieran ya roncas y cansadas las voces patrioterías... Y entonces era la ocasión de decirles: “Ea, caballeros, ya ven que les he dejado desahogar los corazones. Ahora vamos á tratar de nuestro asunto, poniéndolo en los términos de la razón. Y esto y lo otro,

y vengan explicaciones, y vaya indulgencia para pedir las, sin exigir demasiado, con cierto tira y afloja, como hace la madre cariñosa que reprende al hijo calavera, sin olvidar nunca que es madre... Esto me parece á mí que debió hacer nuestro General; y si es disparate, no hagan caso... que yo no soy quién para tratar de estas cosas; pero digo todo lo que me sale del cacumen de mi sentido natural...”

Ni Sacristá ni el Cura apreciaron en lo que valía esta opinión sesuda, que sólo fué apoyada por el francés maquinista. Ello es que los españoles necesitaban de una fuerza grande de virtud para no dejarse inflamar por el rencoroso fuego que contra ellos enviaban los americanos. El correo del Sur traía, con las noticias de la declaración de guerra y el fárrago de versos patrióticos, un clamor inmenso y unánime que pedía la coalición del Perú y Chile contra el maldito *godo*; clamor que más bien iba buscando el convencimiento fácil del partido revolucionario que el del Gobierno del Presidente Pezet. Casi juntamente con las noticias del furor chileno; llegó á bordo de la *Numancia* la del desembarco de cinco mil insurrectos en Pisco, al mando del Vicepresidente y General Canseco, y del Coronel Prado. Se situaron en Paracas, disponiéndose á marchar sobre Lima, distante cuarenta leguas. Pronto se supo que Pezet reunía un ejército de diez mil hombres, y salía de la capital y tomaba posiciones en los llanos de

Lurín. Arrojados quedaban ya los dados.

Mala la hubísteis, españoles, con aquellas trifulcas de vuestros parientes americanos, y malísima la hubo también el bonísimo Ansúrez, que apenas acarició las dulces esperanzas de comunicarse con su hija, vióse nuevamente defraudado y á punto de volverse loco, porque el Comandante no permitía bajar á tierra, temeroso de conflictos y choques, provocados por la turbamulta de Lima y el Callao. Valiéndose de los rancheiros y de su amigo Mendaro, envió Diego á tierra una carta que debía confiarse á los buenos oficios del señor Canterac, para quien dió el maquinista una esquila de recomendación. Pero la epístola volvió á bordo con el recado triste de que el señor Canterac no estaba en Lima: había ido al bateo del herederito de los Chacones, y se ignoraba cuándo volvería.

Y ya tenemos otra vez á nuestro buen amigo dedicado á la imitación santa del Patriarca Job, de quien se creía discípulo en paciencia, aunque casi casi iba ya para maestro. Sirvióle de solaz y consuelo en aquellos tristes días la mediana carga de versos que le dió Fenelón, y fué remitida por una amiga de éste. Era el Florilegio del Natalicio, y en él figuraba como pieza mayor la composición de Belisario, en silva; seguían innumerables octavas, décimas, quintillas, romances, cantatas y otras formas de poesía, que ensalzaban con entusiasmo ardiente el familiar suceso, subiéndolo

hasta las mismas barbas de la Historia. Aunque Ansúrez no entendía ni palotada de poesía, ni en su vida las había visto más gordas, todo lo leyó y releyó sin perder sílaba, gozando en la frase sutil, en el número y cadencia, en el sonsonete de las rimas. La exuberancia de los ripios, á gloria le supo. Admiraba los privilegiados caletres que daban de sí tan bellos pensamientos, y los reducían á un lenguaje que era sin duda el idioma vulgar de los serafines. Los renglones largos y cortos de Belisario, en combinación musical, le sonaban como una orquesta que imitara el rumor de la marejada, los golpetazos de la hélice y las caricias de un Nordeste frescachón. Los otros versos también eran bonitos. ¡Qué comparaciones, qué galanas frases y qué melindres cariñosos!... ¡Y qué cosas le decían á la hermosa Mara! ¡Ajo, vaya una lluvia de flores!... *La perla española... la flor de Castilla... la paloma emigrante, que en alas del amor...* En fin, que había hecho su nido á la sombra de los Andes.

XIX

Las revoluciones americanas se parecían á las nuestras como una castaña nueva á una castaña pilonga. Sus incidentes y desarrollo, su desenlace infeliz ó venturoso,

eran casi siempre los mismos; sus héroes, ya coronados del éxito, ya hundidos en la derrota, llevaban en su conducta y lenguaje los propios caracteres. Resulta, pues, para nosotros el relato de la revolución peruana en 1865 como un amaneramiento histórico... Clío se ve obligada á contar, con formas gastadísimas, sucesos ya conocidos por su lamentable repetición. Será preciso referir con trazo nervioso y rápido los acontecimientos que arrojaron de la Presidencia al General Pezet, para poner en su lugar al General Canseco. Fuera de la escaramuza naval en aguas de Pisco, la revolución no presentó ninguna originalidad, ni dejó de amoldarse á los precedentes que para uso de los pueblos ibéricos archiva la Historia de esta Península.

Mientras los dos caudillos se iban acercando con parsimonia, y alzaban las cortadoras espadas queriendo renovar la pelea entre don Quijote y el Vizcaíno, los pueblos se amotinaban aprovechando la debilidad de las guarniciones y el desequilibrio de aquellas autoridades tambaleantes, que tenían un pie en la legalidad, y pie y medio en la rebeldía. La República chilena, interesada en celebrar con el Perú pacto de odio contra España, atizaba candela en favor de Canseco, y valiéndose de hábiles agentes, laboraba en la capital y en su puerto, así como en las ciudades del Norte. Lima era un campo de continuos desórdenes, y en el Callao saltó un motín seguido de saqueo,

que fué la página más movida de aquel drama de escaso interés.

En esto, el bueno de Pezet y el arrogante Canseco renunciaban á toda semejanza con don Quijote y el Vizcaíno; y poniendo hielo en la furia de sus primeras amenazas, envainaron los aceros. No tiene explicación la conducta de Pezet, que, dueño de excelentes posiciones, primero en Lurín, después en Bella Vista, dió media vuelta á la izquierda y acudió á embarcarse en una corbeta inglesa. En tanto, Canseco daba media vuelta á la derecha y caía sobre Lima, donde hubo de luchar con dos militares tercios que sabían su obligación: era uno el Ministro Gómez Sánchez, y otro el Coronel Sevilla. Pero, al fin, la fuerza y el número imperaron. Quedó Canseco dueño de Lima, con el nombre de *libertador*, entre el delirio y espasmos patrióticos de la muchedumbre; y para completar el amaneramiento del desenlace, siguieron las fiestas, los escándalos, las libaciones y atropellos, que en esta clase de cambios políticos suelen ser el fin de las alegrías y el comienzo de las dificultades.

Desde la *Numancia* pudieron los españoles echar un vistazo fugaz á la revolución, que por sí y por sus hechos interiores sólo debía moverles á curiosidad. Por sus consecuencias internacionales les movía quizás á mayores inquietudes. La situación á bordo era de incertidumbre y zozobra. Gran número de familias se habían refugiado en barcos mercantes españoles. Con éstos se

comunicó Méndez Núñez, ofreciendo á los prófugos amparo más seguro si fuera menester. La hostilidad entre la plaza y la fragata era cada día y á cada hora más ostensible. De tierra venía un aire de cólera que daba en el rostro á los tripulantes de la fragata. Habrían sido rostros de mármol si no respondieran á las demostraciones airadas con fruncimiento de cejas por lo menos. Cada cual tiene su alma en su almarío.

Una profecía de Fenelón, hecha por aquellos días en círculo de camaradas, daba la medida de su mundología y agudeza. Dijo el hispano-francés que una vez exaltado Canseco á la Presidencia, se había de ver entre la espada y la pared, entre la realidad del gobierno y los compromisos que había contraído para encender y arrastrar á las muchedumbres. El revolucionario tenía que darse de cachetes con el hombre de Estado, porque aquél lanzó á la populachería la idea de anular el arreglo con España, calificándolo de ignominioso, y éste se veía forzado, por ley de conservación, á librar á su país de los azares y quebrantos de la guerra. Así sucedió, en efecto: Canseco inauguró su presidencia con ejercicios de consumado equilibrista en la cuerda floja. Había predicado la guerra. ¿Cómo predicar ahora la paz? Largos días emplearon en negociaciones el Ministro de Estado y nuestro Representante, señor Albistur, repitiendo los equilibrios del Presidente. Este inventaba fórmulas, obras maestras de pastelería... Pero no

hubo manera de oponerse á la efervescencia popular, atizada por los agentes chilenos, de prodigiosa actividad y travesura. Tanto empujó la ola del partido belicoso, formado casi exclusivamente de militares, que al fin Canseco hubo de comprender cuán expuesta es á quebrantos la pastelería política, y obligado se vió á resignar el mando y Presidencia. En su lugar, los revolucionarios, asistidos de los agentes chilenos, elevaron al Poder supremo al Coronel Prado, con el nombre de *Dictador*. El nombre no más tenía y la estampa corpórea, que la verdadera cabeza dictatorial era Gálvez, hombre impetuoso y sugestivo, que con la brillantez de sus ideas y la exaltación de su antiespañolismo circunstancial, se llevaba consigo á toda la juventud peruana.

Desvanecidas con la dictadura las esperanzas de concordia, la situación de la *Numancia* era bastante crítica. En aguas del Callao la retenía el cuidado de nuestros compatriotas, guarecidos en barcos mercantes, el acopio de provisiones para sí y para los demás buques, y la observación de los movimientos y planes del pueblo, que ya se mostraba como resuelto enemigo. Evidente era ya que el Callao quería fortificarse. A los oídos españoles llegaban los proyectos de baterías formidables, de cañones potentes... Más que estas amenazas, ofendían á los españoles las demostraciones de hostilidad negativa. Los peruanos no querían dar víveres, regateaban el agua... La

incertidumbre y el recelo entristecían la vida de todos los tripulantes. Se doblaron las guardias; se extremó la vigilancia; se temía, no sin fundamento, el acecho de las naves americanas. Lanzadas las imaginaciones al campo de las conjeturas, se hablaba de unos artificios llamados *torpedos*, imitación del pez de este nombre, que, dirigidos sin ruido á larga distancia, explotaban dentro del agua y podrían destruir traidoramente el barco más poderoso. Por esto, y por creer que era conveniente acudir á reforzar el bloqueo de los puertos de Chile, la *Numancia* levó anclas el 5 de Diciembre y puso proa al Sur, llevando á remolque á su galán *Marqués de la Victoria*, que dolorido de los pies y quebrantado de las coyunturas, no podía dar un paso. Delante salieron cargados de carbón y provisiones, los dos transportes *Vascongada* y *Valenzuela*. ¡Adiós, Callao; adiós, Lima hermosa; adiós, ingratas limeñas! Un hado maligno y burión nos hizo enemigos. Maldito sea.

Navegó hacia Chile la fragata con mar bellísima y sosiego delicioso del viento. El Pacífico parecía inmenso lago, ó un estanque sin fin; la atmósfera, limpia y transparente, permitía contemplar la majestad de los Andes. Tanta serenidad contrastaba con la expectación de los navegantes, que por secreteo misterioso del alma presagiaban alguna desdicha escondida en el fondo de aquella mansedumbre soberana del cielo y la mar. Seis días duró el navegar calmoso,

con placidez acompasada y rítmica, marcada por las vueltas de la hélice.

Dos hombres no más había en la fragata que, recogidos en su vida interior, se aislaban de las preocupaciones comunes á toda la tripulación. Eran Binondo y Ansúrez. El primero, bajo la acción deprimente de sus achaques, é incapaz de todo trabajo corporal, zambullía su espíritu en la lectura, y ya llevaba medio devorada, aunque no digerida, la biblioteca del Capellán, compuesta de dos ó tres docenas de libros. Después de consagrar dos horas al *Año Cristiano*, picaba en el *Sermonario* y en un tratado de Teología; por fin, le metía el diente al *Genio del Cristianismo*, al *Perfume de Roma*, á las *Ruínas de mi Convento*, y á otros volúmenes tan entretenidos como piosos... El continuo leer y el meditar en lo que leía, le iba poniendo en comunicación familiar con lo infinito, y su cara plana y cadavérica revelaba un desprendimiento gradual de las cosas terrenas. La vida interior de Ansúrez era de un orden muy distinto y puramente imaginativa. Su pasión paternal, llevada al último grado de exaltación por el nacimiento del nietecillo, de que daban testimonio los retumbantes versos, tomaba en la soledad formas de delirio, y á sí propio se engañaba, construyéndose interiormente un simulacro de la realidad. Era la imitación á veces tan perfecta, que Ansúrez no dudaba de la autenticidad de lo soñado. Sin desatender á sus obliga-

ciones, entregábase el hombre á una solitaria labor de vida imaginada, trajín muy propio de mareantes, apartados del mundo en largas travesías.

Desde que supo la existencia del pequeño, en él puso el celtíbero todos los ardientes de su corazón, tan dispuesto al amor de familia. Su familia era Mara; mas un destino cruel le vedaba su presencia. El amor conyugal y los afectos de su nueva parentela la retenían como prisionera en regiones distantes. Del chiquillo, en cambio, pensaba Ansúrez que le pertenecía más que la madre. Viéndole con el poderoso cristal de su imaginación, llegó á construir caprichosamente sus lindas facciones, su angelica sonrisa y sus donosas travesuras. Por misteriosa ley divina, aquel niño amaba á su abuelo más que á sus padres: con esto se creía compensado de tantas fatigas y tristezas. Así, cuando se aproximaba al puerto de Caldera, ya llevaba Diego varias noches con el niño á su lado, y aun de día imaginaba intensamente la presencia de la criatura llevándola en brazos de un lado para otro. Si se pudiera dar forma visible á tan extraordinaria ficción de la realidad, resultaría el buen Ansúrez la perfecta imagen de San José, suprimida la vara de azucenas y cambiado el traje bíblico por el uniforme de diario de un Contramaestre.

Y en este imaginar ardoroso, Ansúrez no hacía caso del tiempo, ni lo tenía en cuenta para nada. El día anterior había llevado en

sus brazos al nieto, figurándoselo en una edad como de año y medio, ya destetado, avispadillo y juguetón. Pues bastó un lapso de veinticuatro horas para que lo tuviera consigo en edad de más de tres años, con gorrita de marinero, ya muy parlanchín, sin dar paz á su media lengua deliciosa. ¿Dormía el hombre? ¿soñaba despierto? Esto era lo más aproximado á la verdad. Ignorante del nombre que pusieran al chiquillo, él se había permitido dárselo á su gusto. Llamóse, pues, *Carmelo*, como traído al mundo bajo la protección de la Virgen del Carmen. El delirio del Contramaestre llegó á suponer que su hija le enviaba el chiquillo con estas cariñosas expresiones trazadas en una carta: "Ahí lo tienes, padre; llévatelo, para que navegando te entretengas con él., Nada más decía; pero era bastante.

En brazos lo cogía, y su primer cuidado era enseñarle la soberbia embarcación: le mostraba todo, como le mostraría un fabuloso y complicado juguete que acababa de comprarle. "Vamos, hijo, por aquí, y verás qué bonito es esto. Te gustará mucho. Pues todo es para tí, para que juegues, para que juguemos los dos y nos divirtamos mucho... Vamos... pasemos bajo el puente... Esto es el Alcázar... Entremos por esta puerta. ¿Ves qué bonita cámara?... Aquí viven los principales del barco... Entremos más: allí está el camarote del Comandante, que se llama don Casto... No podemos pasar: el Comandante nos reñiría... á tí no, á mí sí...

porque aunque nos quiere mucho, por encima de su cariño está la ordenanza. Salgamos ya... Vamos... Por esta escala bajaremos á la batería... ¿Ves qué preciosa es la batería? Mira cuántos cañones: aquí uno, y siguen otro y otro, asomados á las portas para ver la mar y los peces... Estos cañoncitos los dispararás tú cuando quieras... Mi niño no se asustará del ruido. Vamos hacia proa... ¿Qué te parecen estas cadenas? Son las de las anclas... Puedes echar y recoger el ancla cuando quieras... Vamos ahora á ver la máquina. Nos asomaremos por aquel agujero... Verás, verás qué cosa tan bonita. Mira cómo relucen las piezas de acero, y cómo suben y bajan aquellos vástagos, y qué ruido hace todo, como si estuvieran aquí dando patadas contra la quilla cuatrocientos mil caballos de tierra ó de mar. Aunque sé que no te dará miedo bajar á la máquina, no bajaremos, porque nos pondríamos perdidos... Sigamos... allí tienes, á popa, el comedor de Oficiales... Vámonos ahora al otro sollado... Por esta escalera bajaremos... Ya estamos abajo. Allí... á proa tienes nuestro dormitorio; más allá tenemos un pañol, donde guardamos nuestra comidita. Aquí, á los costados de babor y estribor, duerme la tropa... se arman y se desarman las camas... Sigamos: comedor de maquinistas... y á popa dormitorio de oficiales... Bajemos ahora al otro sollado, que tú no tienes miedo... Está un poquito obscuro... Detrás de este mamparo ¿qué hay? las carboneras... Aquí

tienes la enfermería de guerra... Esto que pisamos es la cubierta de los aljibes... más allá, despensa, pañoles... ¿Quieres que bajemos más? Pues vamos, que el nene no se asusta, y quiere verlo todo... Ea, ya estamos en lo más profundo... Por aquí, por aquí... Estamos ahora en el pañol de la pólvora, que llamamos Santa Bárbara... Hacia aquel lado, cartuchos, balas... Aquí podrás jugar todo lo que quieras, y pegar fuego á la Santa Bárbara... con lo que brincaremos todos hasta el cielo... Ea, volvamos arriba, que aquí hace calor... ¡Arriba, upa!... Ya estamos otra vez sobre cubierta... ¡ajajá! ¡Qué hermoso el cielo... qué soberbia la embarcación! Allí tienes á nuestro amigo Sacristá, que nos mira y se ríe... ¡Ah, pillo! ya iremos á tirarte de una oreja... Vaya, niño mío, ¿quieres que te suba á la cofa de trinquete? ¿No te asustarás?... Pues si te atreves, subamos. Conmigo vas tan seguro como si el mismo San José te llevara. Arriba por la escala del obenque... Ajajá... Ya estamos arriba. De aquí sí que se ve bien tu juguete y la mar... ¿Ves qué grande, qué grande? ¿Qué te parece este sin fin de cabos y la largura de las vergas? Puedes desde aquí jugar todo lo que quieras, y largar y aferrar las gavias y juanetes á tu satisfacción... Mira para el otro lado, niño mío... Allí tienes los Andes... ¿Verdad que son altísimos?... Algunos montes de esos son volcanes... y tienen dentro mares de fuego... Yo te llevaría con gusto hasta el pico más alto para que

vieras toda la América de la otra banda, y los ríos que llevan sus aguas al Paraná y al Uruguay y al Plata... Todo eso es España, otra España, ¿te vas enterando?... Háblale, salúdala con tu manecita, y con tu media lengua dile que la quieres mucho, que estás aquí con tu abuelito, y que también tu abuelito la quiere... Bueno: pues ahora mira para el cielo, niño querido. ¿Ves esa nube que tapa el sol? No es nube: es una inmensa bandada de pájaros. Míralos bien, verás que son miles de miles de aves. Vienen de alta mar, donde han comido peces, y ahora se retiran á las peñas de tierra... Se llaman *piqueros*, *sarcillos*, *gaviotas*, *alcatraces*... Traen en sus estómagos mucho dinero, pues el guano lo es... es oro y plata... Mira, mira cómo la bandada, al aproximarse á tierra, se divide en escuadrones, en compañías... Cada familia se va á su casa, y cada pareja busca su nido... Ea, bajemos, que hace ya demasiado fresco....” Terminada esta visión, empezaba otra; y á medida que las iba produciendo, el celtíbero celebraba con sonrisa del alma sus propios disparates.

XX

Al aproximarse á la ensenada de Caldera, Méndez Núñez, en el puente con el Oficial de derrota, reconoció con su anteojo las fragatas *Villa de Madrid* y *Berenguela*; luego vió los mástiles de los mercantones apresados... No le sorprendió encontrar la *Berenguela*, que había relevado á la *Blanca* en el bloqueo de aquella zona; pero sí ver á la *Villa de Madrid*, y aún fué mayor su sorpresa cuando advirtió que ésta no arbolaba la insignia de Jefe de Escuadra, y en cambio, en la *Berenguela* flameaba el gallardetón de Capitán de Navío. ¿Qué había ocurrido? Diferentes conjeturas pasaron rápidas por la mente del Comandante de la *Numancia*, y las visiones de desdichas se sucedieron con la fecundidad pesimista de nuestra imaginación, que á veces las exagera y abulta con la idea de que resulte menos fuerte la desdicha real, al ser conocida... Pronto saldría de dudas... Era don Casto Méndez Núñez de estatura mediana tirando á corta, recio y bien plantado. Sobre su rostro moreno vagaba siempre, en ocasiones ordinarias, un mirar dulce y una vaga sonrisa. Su voluntad de hierro no era de las que tienen por muestra al exterior un entrecejo duro, ni su voz, robustecida en las

conversaciones con el viento y la mar, llegó á perder las blandas inflexiones gallegas... Quedó, como se ha dicho, con el alma suspensa de un enigma cuya solución esperaba, y la atención presa en los topes de las dos fragatas. Los de la una, por arbolar insignia, algo le decían; los de la otra, por no tenerla, le decían más.

El Segundo, don Juan Bautista Antequer, ocupaba su puesto á proa, atento á la maniobra de dar fondo. Saludó la fragata con siete cañonazos la insignia de Capitán de Navío; contestó la *Berenguela*; y apenas disipado en vagos jirones el humo, se vió desde el puente que del buque insignia venía un bote hacia la *Numancia*. Echóse á la cara Méndez Núñez los anteojos, y al ver que el bote traía la visita del Capitán de Navío, don Manuel de la Pezuela, su asombro fué extraordinario. Con toda su curiosidad y todo su asombro á cuestras, Méndez Núñez bajó al portalón para recibir al visitante... La clave del estupor de don Casto nos la da un hecho, de éstos que sin estar consignados en los libros de Historia, á ella pertenecen por el tributo que la vida particular paga á la vida pública cuando menos se piensa. Antes de que la *Numancia* saliera de Tolón, era su Comandante Pezuela, amigo y protegido del Ministro de Marina, General Armero. Lista la fragata blindada para prestar servicio, y destinada á la campaña del Pacífico, elegido fué inopinadamente don Casto Méndez Núñez para

mandarla y conducirla en tan larga navegación, nunca intentada por naves de tal porte y pesadumbre. Las razones que tuvo el Ministro para este nombramiento no debían deprimir á Pezuela, que gozaba de buen crédito como navegante y militar; pero le amargaron enormemente. Debemos considerar que el enojo de Pezuela se fundaba en un noble sentimiento, la emulación, alma de los cuerpos armados de estructura aristocrática.

El caso fué que desde el día en que la *Numancia* cambió, como si dijéramos, de galán ó de novio, Pezuela y Méndez Núñez no volvieron á dirigirse la palabra. Al primero se le dió el mando de la *Berenguela*, novia que ni por su edad ni por su belleza podía competir con la que le quitaron en Tolón, y fué al Pacífico en la escuadra de Pareja; el segundo emprendió después su viaje de leyenda con *la niña bonita*. Cuando ésta llegó al Callao victoriosa, desmintiendo los augurios pesimistas de los técnicos, los dos rivales no cambiaron ninguna demostración de amistad en todo el tiempo que permanecieron en aguas peruanas. Si Pezuela visitó en la *Numancia* al Segundo de ésta, don Juan Antequera, fué en ocasión de estar en tierra Méndez Núñez pagando la visita oficial... Por la feliz realización del viaje, ascendió Méndez Núñez á Brigadier de la Armada; Pezuela seguía en su empleo de Capitán de Navío... Todo esto que brevemente aquí se cuenta, pesó en la mente

de don Casto cuando hacia el portalón bajaba. Era hombre tímido, y la situación que se le presentaba después del largo eclipse de amistad con Pezuela, le ponía nervioso y cohibido. Viéndole subir por la escala, pensó que su rival despejaría el nublado con breves palabras. Así fué.

“Mi General—dijo Pezuela con grave cortesía, estrechando la mano de Méndez Núñez,—vengo á saludarle y á resignar en usted el mando de la escuadra que accidentalmente he tomado, y que á usted por su graduación corresponde. Ha muerto Pareja....”

A la interrogación de pena y asombro, expresada por don Casto con la mirada y el gesto, más que con la palabra, contestó así Pezuela: “Tengo mucho que contarle, mi General. Por de pronto, acepte usted para esta empresa, que se nos presenta obscura y difícil, la cooperación de todos mis compañeros y la mía particularmente. Estamos á tres mil leguas de España, con su honor y su bandera entre las manos... Miremos tan sólo á sacar adelante estos grandes intereses, y olvidemos todo lo demás....” Con estas caballerescas expresiones, puso Pezuela á los pies de Méndez Núñez todos sus piques y agravios; lo mismo hizo el otro. Se abrazaron como buenos compañeros que en aquel instante se veían más que nunca subyugados por la religión del deber, y dirigiéronse á la cámara. Antes de llegar á ella, la impaciente curiosidad de Méndez Núñez

iba soltando interrogaciones ansiosas. “Se ha pegado un tiro,,” dijo Pezuela ya dentro de la cámara; y lo decía con cierta sequedad, como si más que lástima sintiera desdén del pobre suicida, General Pareja... Sin dejar espacio al asombro de don Casto, soltó la segunda parte de la trágica noticia, que más bien debía ser primera: “¡Lemos tenido una desgracia... Nos han apresado la *Covadonga*.,”

Solos en la cámara, hablaron de las causas del suicidio del General, que habían de ser algo más que la pérdida de la goleta. “Yo me lo explico ó quiero explicármelo—dijo Pezuela,—por la depresión de su ánimo ante el mal cariz de la campaña. El bloqueo nos resulta un fracaso. Los Comandantes de las escuadras extranjeras no cesan de ponernos mil obstáculos; nadie nos ayuda; nadie nos da una noticia, como no sea mala. Vivimos en el mayor aislamiento, rodeados del odio de todo el género humano. Hasta se ha dado el caso, aquí, en este mismo puerto, de entrar una fragata inglesa, y pasar junto á la *Blanca* sin hacer saludo. Luego saltó á tierra su Comandante sin pedir permiso á Topete, y á los dos días volvió á bordo, trayendo á un personaje chileno: era el Intendente del departamento. Empavesó la fragata para recibirlo, le saludaron con *hurras*, y le hicieron extremados honores. Que le cuente á usted Topete el berrinche que esto le costó y las ganas que le quedaron de cañonear al inglés... No sa-

bía qué hacer. ¿Quién podía prever un caso tal de descortesía, más bien de burla?... Presumo yo que Pareja se sentía hundido bajo el peso de su responsabilidad por haber propuesto al Gobierno las actitudes belicosas á todo trance... Exageró quizás la debilidad de Tavira. Hizo creer al Gobierno en una victoria fácil... no sé, no sé.

—¿Y últimamente, qué instrucciones recibió Pareja de Madrid?

—¿Lo sabemos acaso? Yo presumo que después de recibir órdenes para llevar la cuestión por la tremenda, han venido órdenes de templanza y de transacción. ¡Vaya usted á saber...! Habíamos acusado á Tavira de traidor y desleal, y Tavira enseñaba una carta de Narváez, en que éste le decía: "No haga usted caso del Gobierno, y negocie la paz.", Esto es inicuo... Nos mandan al cabo del mundo, como si el venir acá y emprender una guerra en estas latitudes fuera cosa de juego... y todo ello sin criterio fijo... ¿Saben allí dónde estamos, y el modo de ser de estas repúblicas? Y verá usted cómo nos faltan recursos cuando sean más necesarios, y cómo nos veremos el mejor día sin una galleta, sin un quintal de carbón y sin un real.."

Luego contó Pezuela el triste caso de la *Covadonga*. Carecía esta goleta en absoluto de poder militar y de agilidad marinera... Cojeaba de la hélice; asma padecía en sus calderas; manca estaba de tripulación, y el arma que llevaba (dos cañones en colisa) no

servía más que para matar pájaros... Mandar estos inválidos á una guerra lejana, era un verdadero crimen... En Coquimbo estaba la pobre veterana, con pata de palo y ambos brazos en cabestrillo... Servía para llevar y traer recados... La infeliz navegaba por mares enemigos, y á la vuelta de cada esquina ó de cada cabo, acechábanla embarcaciones de más poder... En Coquimbo mismo entró á su bordo la traición con pretexto de pedir informe referente á una presa norte americana... Los extranjeros, llamándose neutrales, ayudaban con ardor á los chilenos, haciéndoles el servicio de espías. Los españoles no tenían espionaje, ni podían tenerlo como no acudieran á las aves ó á los peces...

Partió la pobre *Covadonga* de Coquimbo para Valparaíso, cumpliendo órdenes de Pareja, que ya estaba con el alma en un hilo recelando el mal fin de la pobre mensajera... El domingo 26 de Noviembre pasaba la goleta frente á un puerto llamado *El Papudo*: amaneció con neblina; del seno de ésta salió como fantasma una corbeta, que izó bandera inglesa... No se dió por engañada la *Covadonga*, y preparó sus inútiles armas y avivó su andar premioso, renqueando por aquellos mares de Dios, más bien del diablo... Navegaba la corbeta de vuelta encontrada por estribor... Cuando se halló á popa, orzó rápidamente y descargó su andanada sobre la goleta... En seguida izó el pabellón chileno. La goleta no tenía defensa... El combate no podía ser

brillante por ninguna de las partes; mas por la parte española, que era la suma debilidad, resultó de un heroísmo obscuro. La impotencia hizo más de lo que humanamente podía. Los hombres se multiplicaron para defenderse y para dejarse morir. Los de la *Esmeralda* podían dividirse, pues su barco valía por diez del nuestro.

Descansado fué para los chilenos el apresamiento de la *Covadonga*, después de matar y herir á muchos de sus tripulantes. Cogida la nave inválida, á remolque la llevaron al Papudo con algazara triunfal. El Comandante Fery había sucumbido por falta de medios materiales que dieran á su entereza la debida eficacia. Con mal sino fué á la guerra: le tocó la china de tener que combatir con hombres bien armados, y para esto no llevaba más que una caña y armadura de papel... Los prisioneros fueron llevados á tierra é internados hasta Santiago, donde se les trató con rigor y crueldades que no merecía su glorioso vencimiento.

A una interrogación inquieta de Méndez Núñez, contestó Pezuela que el Jefe de Escuadra no había tenido conocimiento del desastre de la *Covadonga* hasta que fué á notificárselo el Cónsul americano Nicholson, que, dándoselas de amigo de España, favorecía con toda clase de manejos y soplos la causa chilena. Y añadió el Comandante de la *Berenguela*: "Ya he dicho á usted que estamos aquí en un aislamiento horrible... No tenemos la simpatía de ninguna na-

ción... Nadie nos ayuda, nadie da calor á nuestra causa, como no sea un grupo de españoles fanáticos, unidos á unos cuantos franceses mercachifles, que no sabemos qué fines se traen ni á qué móviles obedecen...

—Estamos bien—dijo don Casto triste y ceñudo,—y en estas condiciones bloquee usted con cinco barcos un frente de mil quinientas millas... En Madrid no tienen idea de lo que es esto. Comprendo la desesperación del pobre Pareja... Sin base de operaciones, teniendo que llevar á cuestras la comida y el carbón, estamos á nueve mil millas de la patria. ¿Dónde podríamos reparar una avería de importancia? *En el cementerio*, como dijo el General Alvarez; en el mar... Eso sí: por cementerio no podremos llorar, que el que aquí tenemos es bastante ancho.,

En este punto del coloquio, llegaron don Claudio Alvargonzález y don Miguel Lobo, Comandante y Mayor General de la *Villa de Madrid*, y hablando todos de los graves sucesos, no añadieron nueva luz á las causas del suicidio de Pareja. Resultaba como causa única y bastante poderosa la convicción del fracaso de su política en el Pacífico. Se sentía responsable de haber llevado las cosas al camino escabroso por donde iban á la sazón. Contaron asimismo los jefes de la *Villa de Madrid* que después de la visita de Nicholson, observaron en el General Pareja una tranquilidad melancólica, que en otra persona no podía ser alarman-

te; en un militar, sí lo era. Hablando con Lobo, le preguntó con flemática frialdad: “¿Cree usted que nos habrán apresado también la *Vencedora*?”, Y Lobo respondió: “Mi General, lo creo posible y probable; que estos pobres barcos, indefensos y que andan con muletas, llegan de milagro á donde se les manda..”, Por la tarde, el General comió con mediano apetito; después paseó un rato en la toldilla, fumando un cigarro. Bajó á su cámara... Tenía costumbre de tirar desde el balcón con revólver á los pájaros marinos. Así lo hizo aquella tarde... Tres veces disparó... Pasó tiempo... El cuarto disparo sonó en los oídos del Comandante y del Mayor General con mayor estruendo que los anteriores. Pero apenas se fijaron en la intensidad del ruido... De pronto salió de la cámara dando gritos el asistente italiano del General. Acudieron, y hallaron á Pareja tendido en la cama, sangrando de la cabeza. Aún tenía en su mano derecha el revólver... En la mesa vieron un papel, en que había trazado el suicida con firme pulso sus últimos pensamientos, dirigidos á Pastor y Landero, su sobrino y secretario. Tres pensamientos eran: *Te estoy agradecido... Que no me sepulsen en aguas de Chile... Que todos se conduzcan con honor.*

Oído todo esto, y algo más que por no incurrir en prolijidad aquí no se cuenta, Méndez Núñez suspiró fuerte, y dejó ver en sus ojos cierta luz que anuncio parecía de resolución firme... Era Jefe de la Escuadra;

la autoridad, así como la responsabilidad de Pareja, habían pasado á ser suyas... ¿Cómo continuar la empresa trágicamente interrumpida? Al abandonar el mundo y la vida, arrojó Pareja sobre un papel una idea sentimental: *que no me sepulsen en aguas chilenas*; y tras esto, una generalidad de las que vulgarmente llamamos de clavo pasado. ¡Conducirse con honor! Esto ya lo sabían todos, y no había la menor duda de que así se cumpliera... Pareja pudo legar á su sucesor una idea militar, un plan, un criterio... Pero nada de esto dejó, sin duda porque no lo tenía... La Historia se continuaba; al caudillo muerto reemplazaba el caudillo vivo. Quizás lo que no dijo el papel fúnebre de Pareja, decíanlo los ojos de Méndez Núñez: *Concentración de fuerzas... Tomar la ofensiva*.

Aquella misma tarde trasladó Méndez Núñez su persona y su insignia á la *Villa de Madrid*, y salió para Valparaíso.

XXI

La *Numancia* permanecería en Caldera hasta que llegasen los transportes de vela *Valenzuela Castillo* y *Vascongada*, que del Callao salieron con víveres y carbón. Aún había para rato, por causa de las calmas de aquellos días. Aburridos quedaron los tri-

pulantes de la fragata y como desengañados, pues muchos de ellos creían, al partir del Callao, que iban á una función militar de importancia. Otros veían en la ausencia de su General un vacío melancólico, cual si Méndez Núñez se hubiera llevado consigo toda la grandeza y ardor guerrero del primer barco de la Nación. Mientras allí estuvieran las fragatas, debían custodiar el enorme rebaño de buques apresados que con los transportes formaban una impedimenta fastidiosa y pesadísima. No teniendo España, en la inmensa extensión de la costa debelada, ningún puerto, ni siquiera un islote, para refugio y abrigo de sus operaciones, veíase forzada á conducir consigo la reata de barcos viejos que le servían de carboneras, de almacenes, de talleres, y de enfermería en algún caso. Se comprenderá cuán molesta y embarazosa era esta mochila para el guerrero que allí necesitaba toda su agilidad y desenvoltura.

Las dos fragatas y todas las embarcaciones de vapor tenían siempre encendidas sus calderas; la vigilancia era minuciosa; en la lancha de hélice, ó en botes, los Guardias marinas bordeaban de día y de noche. Dos tercios de los tripulantes velaban desde la puesta del sol hasta su salida. En la plenitud del verano austral, eran las noches claras, estrelladas, de solemne hermosura. Marineros y oficiales de mar, oficialidad y jefes armaban sus tertulias nocturnas en los sitios correspondientes á cada jerarquía...

Los mentideros más animados eran los populares, á proa. Junto al cabrestante formaban un rueda animadísimo Sacristá, Fenelón, Ansúrez y otros amigos de Máquina y Maestranza. Binondo, que también hociaba en aquel rueda, se apartó bruscamente de él y se fué hacia un grupo de marineros que charlaban junto á la borda. “Me vengo aquí—dijo,—huyendo de las conversaciones indecentes de esos perdidos... Me escandalizo de oír los cuentos asquerosos que refiere el francés de las mujeres que ha conocido en Lima, Callao y el Chorrillo. Ningún hombre de buenos principios puede oír tales porquerías. De una dice que tiene el cuerpo blanco como la leche; de otra, que es morenita tostada, y encendida de su fuego natural... Y como el hombre ve que le ríen y alaban estas suciedades, no se para en barras... ni en pechos, y ahora decía que los tiene muy bonitos una que llaman Susana, sobrina de no sé qué General, y prima del señor Arzobispo... Aquí me vengo, porque ese condenado le hace pecar á uno de intención, y en estos casos yo corto por lo sano, quiero decir, corto por las intenciones..” Oído esto por los muchachos, dejaron solo á Binondo y se fueron al rueda.

Las aventuras amorosas acometidas con singular audacia por Fenelón, y consumadas triunfalmente, embelesaban á los pobres mareantes, tan rudos como crédulos. Los más de ellos se tragaban sin chistar las enormes bolas que de su boca fecunda iba sol-

tando el maquinista. El cual, henchido de fatuidad ante el éxito de sus embustes, lanzábase á los mayores atrevimientos de la inspiración y de la fantasía. Terminó su mujeril relato con esta síntesis gallarda: "Yo, que he recorrido las Américas divirtiéndome cuanto he podido, y cursando, *por ejemplo*, toda la carrera del amor hasta el doctorado, aseguro á ustedes que las mujeres más hermosas de este continente son las costarriqueñas: diosas, estatuas vivas las llamo yo. Las más graciosas y apasionadas, las más seductoras y las más tiranas del hombre, son las del Perú; y en ilustración, á todas ganan las de este país en que ahora estamos, las chilenas, señores, que no por sabias y discretas dejan de ser bonitas... mi palabra. Ocurre que en Valparaíso ó en Santiago está usted haciendo el amor á una señorita, y á lo mejor la señorita, contestando con gracia, le habla á usted de Kant ó de otro filósofo muy nombrado..., Los contramaestres y cabos de mar oían estas cosas con la boca abierta; y aunque no sabían quién fuese aquel Kant, celebraban la ocurrencia y enaltecían al orador.

Derivó luego la conversación á un asunto distinto. Desiderio García, Cabo de mar andaluz, muy amigo de Ansúrez, excelente hombre, un poco dado á la taciturnidad, fué instigado por sus compañeros á tratar de un tema que á él le trastornaba y á muchos divertía. Debe indicarse que había navegado por el Pacífico en buques mercantes y de

guerra, y conocía no pocos lugares de la costa y algunos del interior. Contaba (sin que pueda garantizarse su veracidad) que había vivido en una tribu de indios bravos, y recorrido largas extensiones del continente, al otro lado de los Andes. "Pues queréis que hable, hablaré—dijo.—Oiganme y aprendan. Yo sé lo que sé, y de mi saber de este negocio no me arranca nadie. Estamos en Caldera... El monte altísimo que allí vemos, por encima de la ciudad, lejos, lejos, ¿cómo se llama?

—Es el *Bonete*—dijo Sacristá:—seis mil metros de altura.

—Más al Sur. ¿Pero no lo sabéis? Tendré yo que deciros que esa altura es *Come caballos*, y que allí hay una garganta ó puerto por donde pasamos á la otra banda y á un río que llaman Bermejo, el cual lleva sus aguas al Paraná. Todos esos territorios he corrido yo, y sé que entre un pueblo que se llama *Tinogastá* y otro que nombran *Capocavana*, hay unas peñas en lugar descampado y yermo... y en esas peñas abertura estrecha por donde se entra á una cueva tan grande como cuatro veces la catedral de mi pueblo, que es Córdoba. Pues en esa cueva, guardada en unas al modo de arcas de piedra, hay tal cantidad de plata en barras, que puede calcularse en seis ó siete millones de quintales de ese metal..."

Pausa, en la cual se oyó un grave murmullo: de asombro era, ó de burla mal contenida. Acallado el rumor, prosiguió Desi-

derio, y dijo que él había visto el tesoro; que conocía su existencia por un indio viejo, patriarca en la tribu, llamado *Zapiranguí*, padre del famoso *Cuarapelendi*, indio guerrero. El tesoro allí estaba muerto de risa, como quien dice, y no faltaba más que ir á cogerlo y transportarlo á un puerto de mar, empresa que requería grande y costoso convoy de acémilas y un mediano ejército para custodiarlo. Declaraba el Cabo de mar, con la más pura convicción y seriedad, que ofrecía la mitad del tesoro á quien concudiese con él á extraerlo del escondido antro en que yacía desde el tiempo de los señores Incas. No quería comunicar el secreto al Gobierno de Chile. Como buen español aguardaba las victorias de España y la ocupación de toda la América del Sur por los españoles, para tratar con el Jefe de la Escuadra de la forma y modo de traer la plata á la costa, llevándola después á España en dos mitades: una para el descubridor, y otra para Isabel II.

Refería estos disparates el Cabo de mar con tanto aplomo, que los incrédulos y guasones, que eran los menos, no se atrevían á contradecirle. Temían su furor, pues era hombre que súbitamente se encendía cuando alguien negaba ó tomaba en solfa el depósito de plata. Como no le tocaran este asunto, no había hombre más pacífico y razonable. Ansúrez, que al principio había tenido con su compañero agarradas tremendas por el tesoro de *Copacavana*, ya empe-

zaba á creer en él, como primer paciente del mal de soñación, que suele atacar á los navegantes en las travesías dilatadas. “Mayor simpleza que lo del tesoro—se decía el buen Ansúrez con sinceridad candorosa,—es creer que tengo aquí á mi adorado nietecillo Carmelo, y que le acuesto en mi coy, le visto y le arreglo, y le saco en brazos á pasearle por la cubierta. Cierto que esto es una sinrazón, lo reconozco... pero momentos hay en que á ojos cerrados lo creo, por el consuelo que me da la mentira... En esta soledad chicha, sin ningún cariño á nuestro lado, nos moriríamos de pena si no encendiéramos las calderas del pensar, y no navegáramos á un largo por el mundo de la ilusión... En fin, me voy abajo, quiero estar solo... Solo, piensa uno lo que quiere, y se divierte con su propio engaño..”

Todos iban cayendo, como he dicho, en la soñación endémica, y el más atacado era Binondo, que en la ociosidad física cultivaba más que los otros la vida espiritual. Una noche, viendo á Desiderio García asomado á la borda, mirando á tierra con atención alelada, llegóse á él y le dijo: “Yo creo en tu tesoro; Dios me da vista bastante larga para ver el lejos de las cosas, y para conocer que el hombre espiritado, como tú lo estás, sabe dónde moran los bienes escondidos... Fíjate, Desiderio, fíjate en la estrella que ahora está sobre *Come caballos*. ¿La ves? Pues esa estrella tan bonita no sigue la marcha que llevan las otras en el cielo, sino

que va dejándose caer, dejándose resbalar por detrás del horizonte... Estas noches me las he pasado observando la rareza de su movimiento, pues cuando todo el cielo deriva, como sabes, de Oriente á Occidente, ella va de vuelta encontrada. No podía yo comprender ni explicarme esta cosa nunca vista... pero al oírte decir lo del tesoro guardado entre peñas montunas á la otra banda de los Andes, he caído, Desiderio, he caído en la verdad... Pienso que será esa estrella un sino con que el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, ó verbigracia los tres, nos marcan el lugar del tesoro para que vayamos á cogerlo y regalárselo á nuestra España querida..”

Echó Desiderio al malayo una mirada fulgurante, acompañada de temblor de mandíbula, que en el Cabo de mar anunciaba siempre un acceso de cólera. Sobrecogido, Binondo puso en juego toda su astucia y labia persuasiva para despertar confianza en el espíritu del maniático. Entre otras extravagancias, le dijo: “Fíjate bien en la estrella, y verás que tiene rabo, un rabito que apenas ahora se distingue y que va creciendo, creciendo hasta media noche. La estrella baja y se pone á contra-cielo; aún se verá la punta del rabo cuando el alba empiece á comerse las constelaciones. Si no crees en la maravilla, y en que el Eterno, que así decimos, por medio de luces celestes y angélicas con corona ó con rabo, y de otras señales y avisos, guía los pasos del hombre, no llegarás á recoger tu tesoro..” Tanto y

tanto le dijo y arguyó, y tan sutilmente supo enlazar las ideas religiosas con la superstición, que á la media noche Desiderio veía la estrella, su cola y movimiento, tal como el malayo lo describía. Y ambos, en ardiente coloquio, determinando la relación entre los tesoros de la tierra y los del cielo, convinieron en que la fe vivísima es el medio más seguro para llegar á poseer unos y otros.

Todos soñaban; el delirio descendía del cielo transparente y estrellado, para introducirse en las cabezas de los pobres mareantes, que ya llevaban casi un año ausentes de su familia en países enemigos, empeñados en empresa guerrera que hasta entonces les ofrecía más fatigas que gloria, privados de todo cariño y del trato de mujeres, sin pisar tierra ó pisándola hostil, resentidos ya de la poca variedad y frescura de los alimentos, esperando la solución bélica que nunca venía, y preguntándola, sin obtener respuesta, al Pacífico inmenso y á la muda esfinge de los Andes.

Todos desvariaban, todos padecían la nostalgia que impele á la construcción de una vida ilusoria para llenar con ella los vacíos del alma. Fenelón evocaba la persona de una dama limeña, á quien había visto en el Chorrillo sin poder cambiar con ella más que cuatro palabras de saludo ceremonioso; á su lado la traía; paseaba con ella del brazo por la cubierta, por el alcázar y la batería; llevábala á su camarote; platicaban de amo-

res, reían, se ponían serios, eran dichosos... Ansúrez se persuadió una noche de que su hija Mara, deslumbrante de hermosura y elegancia, entraba en la fragata por el portalón: hablaban hija y padre tranquilamente, como si nada hubiera pasado, como si se hubieran visto el día anterior; el chiquillo tenía ya seis años; Belisario regalaba á su suegro una vajilla de plata; doña Celia era una señora con muchos moños y lacitos en el pelo gris, cargada de esmeraldas y rubíes, de habla graciosa y dulce, como la de las gaditanas... Sacristá vió á su mujer de cuerpo presente en su casa de Cartagena: las luces macilentas que alumbraban á los mayordomos en el pañol de proa, le dieron esta impresión fúnebre que desechar no pudo en tres ó cuatro noches sucesivas... Binondo y Desiderio reducían á formas reales sus teorías de la intervención divina en el descubrimiento de tesoros; y el Cabo de mar, en un minuto de sinceridad efusiva, vació sus pensamientos más recónditos en el oído del malayo, diciéndole: "A tí solo, José, confiaré lo que aún no he querido confiar á nadie, lo más reservado, lo más secreto, y es... escúchame sin miedo: debajo de la cueva de *Capocavana*, donde están, en arcas de piedra, los miles de millones de barras de plata, hay otro covachón más hondo, con bajada secreta, y en ese segundo sollado subterráneo, no tiembles..., hay como unos doscientos bocoyes llenos de pepitas de oro... y no te digo más.,,

Y por este estilo soñaban todos los demás, en las jerarquías nobles, de Guardias marinas para arriba; sólo que sus delirios tomaban otras formas y caracteres. Eran sueños de guerra, de acciones heroicas. Quién soñaba con el engrandecimiento personal, quién con sacrificios y extremadas virtudes. Unos veían entre brumas gloriosos triunfos de la patria; otros, grandes desventuras y catástrofes.

XXII

Al Sur de Caldera está Calderilla, que también llaman *Puerto inglés*, y allí cambiaron por primera vez los españoles sus disparos con disparos de tierra. Se supo que en Calderilla preparaban los chilenos un torpedo, montándolo en un vaporcito de ruedas. A quitarle al enemigo ambas cosas, vaporcito y torpedo, fueron dos animosos oficiales: Alonso, en la lancha de vapor de la *Numancia*, y Garralda, en un bote á remolque. Arriesgadilla era la empresa, porque la guarnición de Caldera se corrió á Calderilla y tomaba posiciones en las rocas que protegen el puerto. Llegaron los oficiales á donde se proponían, y á la vista de los chilenos se hicieron dueños del vapor. Ya salían con él á remolque, cuando se vieron obligados á sostener vivo fuego con los ene-

migos, apostados en la orilla Norte. Heridos fueron Garralda y un marinero, y en gran compromiso se vió la pequeña expedición al querer salvar la boca del puerto, de unos ochocientos metros de anchura. La suerte de los españoles fué que los chilenos no acertaron á ocupar más que el costado Norte de la barra, desamparando el lado Sur, llamado la *Caldereta*. A ésta se arrimaron Garralda y Alonso, sosteniendo el fuego con las tropas de la otra banda. Su arrojo y serenidad, así como el auxilio que les prestó la *Berenguela*, acercándose á la entrada del puerto y cañoneando á los de tierra, les salvaron de un copo seguro. No pudiendo sacar el vapor aguas afuera por lo que tiraba la marea, lo echaron á pique, y allí se quedó con su torpedo, si es que lo tenía.

Llegaron por fin la *Vascongada* y la *Valenzuela Castillo*. A ésta podía llamársela el buque milagro, pues de milagro se sostenía sobre las aguas y milagrosamente llegó á Caldera, gobernada por el Alférez de Navío don Antonio Armero. Su viaje desde el Callao había sido un naufragio constante. La vieja fragata, de inmemorial edad, se descosía, se desarmaba, y sus tripulantes no tuvieron en la travesía momento seguro. Toda la navegación fué un perenne picar de bombas, un remendar infatigable de averías y una horrible lucha de la vida con la muerte. De los quebrantados palos se caían los marineros, y al caer se mataban y herían

á sus camaradas. Héroe fueron aquellos infelices, y el Oficial que los mandaba mereció más premio que si hubiera ganado una batalla. A toda prisa se procedió á descargar á la veterana *Valenzuela*, que no deseaba más que quedarse vacía para tumbar sus pobres huesos en un playazo. Todos los víveres y municiones fueron trasladados á los pocos barcos útiles, y se acordó pegar fuego á las presas, que no servían más que de estorbo, sentencia que fué rigurosamente ejecutada cuando la *Numancia* y *Berenguela*, obedeciendo á órdenes del Superior, zarpaban para Valparaíso. Fué un espectáculo espléndido, un simulacro de volcanes marítimos. Los viejos barcarrones tenían una muerte más brillante que la que les habrían dado las tormentas deshaciéndolos en las soledades oceánicas. Sus exequias eran fiesta extraordinaria de las aves y los peces.

Concentrada en Valparaíso toda la escuadra, tuvo eficacia el bloqueo, reducido al puerto principal de la República. Y ahora, hablando nuevamente de los españoles que soñaban, designamos á Topete y Alvar-gonzález, Comandantes de la *Villa de Madrid* y de la *Blanca*, como los que en mayor grado padecieron hasta entonces el desvarío heroico, pues afrontaron una de las empresas más temerarias que cabe imaginar. Deseando Méndez Núñez buscar al enemigo en los lugares inaccesibles donde tenía su refugio, los esteros y canalizos del archipiélago de Chiloe, preguntó á los dos marine-

ros Alvargonzález y Topete si se atreverían á penetrar en aquel dédalo para sorprender en su escondrijo á las naves aliadas.

Pudieron responder los dos guerreros de mar que tal empresa era imposible, mortal de necesidad para barcos y hombres; mas no dijeron esto, sino que, antes que fueran otros, deseaban ir ellos sin pensar en el peligro, ni medir los inconvenientes náuticos y militares de aventura tan descomunal. Salieron las dos fragatas. Justo es declarar que al verlas partir, casi todos los soñadores que en Valparaíso quedaban, pensaron que no volverían á verlas... Pero se engañaban, porque á las dos semanas ó poco más reaparecieron con su casco y aparejo intactos, ó con no visibles averías. Habían consumado proeza semejante á las de los argonautas, penetrando en laberintos habitados por monstruos que devoraban al que osaba llegar hasta ellos. El monstruo era una Naturaleza hostil, armada de toda clase de asechanzas y peligros, que para el enemigo de los españoles era refugio y defensa. Alvargonzález y Topete entraron con esforzado corazón en el laberinto por el golfo de *Guaytecas*, boca Sur del Archipiélago; navegaron por un angosto mar, parecido á estanque de recortadas orillas, y dieron fondo en *Puerto Oscuro*. Indígenas de mal pelaje les dieron noticia de la madriguera en que se agazapaban las naves chilenas y peruanas.

Prodigiosa fué la marcha por angosturas y desfiladeros, sin más auxilio que imper-

fectas cartas, obra de navegantes que habían recorrido aquellas aguas en cachuchos de corto calado. La *Blanca* y *Villa de Madrid* andaban al paso, sin dejar de la mano la sonda, temiendo á cada instante dar en un bajo. Hallábanse á los 42 grados de latitud Sur; la marea entrante y saliente tiraba con fuerza de seis ó siete millas. Tal ó cual paso, donde por la mañana había un fondo de quince á veinte pies, á la tarde estaba seco. Angulos y dobleces aparecían, que apenas daban espacio á las viradas... Navegaban las fragatas como los ciegos, tanteando el suelo con su palo, y palpando las paredes cercanas... La *Blanca*, de menor calado, iba delante reconociendo el terreno; seguía la *Villa de Madrid*, obediente á las indicaciones de su compañera... ¡Qué tales serían las calles y callejones de aquella Venecia desconocida, que los peruanos y chileños, guiados por gentes del país, perdieron allí dos fragatas! ¡Cuando los de casa perdían allí las botas, qué no perderían los forasteros!

Pero una deidad ó encantador benigno miraba por aquellos temerarios hombres, Alvargonzález y Topete, cuando no se dejaron allí las fragatas y las vidas y hasta el nombre de España. Por noticias más ciertas que las recibidas en *Puerto Oscuro* supieron que los barcos enemigos estaban en un estero de la isla de Abtao, y allá se fueron. La temeridad rayaba en locura. Había que encomendarse á Dios ó al diablo para penetrar en el tortuoso callejón que separa

del Continente la recortada isla... Entraron, y en un ángulo recto que forma la ratonera vieron los españoles el cadáver de la fragata *Amazonas*, tumbado en el arrecife. Debieron la *Blanca* y *Villa de Madrid* mirarse en aquel espejo y volverse atrás; pero la calentura heroica pudo más que la razón. ¡Avante, que el enemigo no podía estar lejos! En efecto, á la salida del callejón, las fragatas vieron los mástiles de los buques enemigos; aún navegaron largo trecho para divisar los cascos.

Chilenos y peruanos hallábanse resguardados por arrecifes, que eran como una valla imposible de salvar desde fuera. Apenas se echaron la vista encima, empezaron unos y otros á cañonearse. La distancia no podía ser acortada por las naves españolas. Habían de darse por satisfechas con causar algunas averías á los barcos enemigos y matarles ó herirles algunos hombres... Y allí terminó la hazaña, porque el monstruo de la Naturaleza, que en aquellos laberintos habita, sacó del légamo la cabeza y dijo á los atrevidos argonautas: "Retiraos, locos, ilusos, y no abuséis de mi paciencia y de la benignidad con que os he dejado llegar aquí. ¿Qué pensáis, qué queréis, hombres ó niños grandes, que habéis entrado en mi reino con sólo vuestros corazones, dejándoos fuera la razón? Salid pronto, que á poco que os detengáis, retiro las aguas y quedaréis en seco... De vuestros barcos haré leña para mis hogueras, y de vosotros no que-

dará uno solo para contar al mundo vuestra locura..”

¿Qué habían de hacer los infelices más que obedecer á tan imperiosa conminación? Unas horas más en los canalizos, y seguramente no podrían contarlos. Se volvieron, en busca de la salida del laberinto, no sin que Topete, con terquedad maniática, se parara en un sitio más despejado que los anteriores, y con la voz tonante de sus cañones, llamase á los contrarios, diciéndoles: “Venid aquí, enemigos y compañeros; dejad el enrejado de peñas en que os guarecéis... Salid á este campo, y nos veremos las andanadas...” Pero los otros no salían. Estaban muy á gusto en sus cómodas huroneras. Las fragatas se desenvolvieron de la madeja intrincada de Chiloe, y tornaron á Valparaíso. Contado lo que habían hecho, nadie quería creerlos. El Almirante inglés Denman, que visitó la *Villa de Madrid*, oyó de boca de don Miguel Lobo el relato de la expedición, y á creerla no se determinaba. “La empresa marinera que usted cuenta—dijo,—cae dentro de la esfera de lo fabuloso, y no le daré crédito si usted no la garantiza con su palabra de honor..”

Verdaderamente, la entrada en Chiloe, el cañoneo en Abtao y la salida del Archipiélago, no menos admirable que la entrada, eran un prodigio de habilidad y audacia marineras. Bien podían contarse Alvargonzález y Topete entre los más heroicos argonautas del mundo. De la eficacia militar de la ex-

pedición no podría decirse lo mismo: las naves americanas no abandonaban su resguardo, ni admitían combate en aguas abiertas.

El relato que hicieron los expedicionarios, avivó más el fuego de las imaginaciones soñadoras, y el propio Méndez Núñez quiso repetir por sí mismo la expedición, llevando de guía ó práctico á Topete, que ya conocía el oscuro dédalo de Chiloe. Salieron la *Nu-mancia* y la *Blanca* con gran entusiasmo y alegría de sus tripulantes, y cuando al Archipiélago se aproximaban, les salió viento duro del Sudeste y mar tan gruesa, que la blindada causó alguna inquietud por la violencia y amplitud de sus balances. La terrible deidad que imperaba en el laberinto, salió al encuentro de don Casto y le dijo: “¿También tú vienes acá, Capitán de estos locos y el primero en las vanas locuras? Vuélvete, y no esperes que sea contigo menos riguroso que lo fuí con tus atrevidos compañeros. Más te perjudica que te favorece traer contigo ese armatoste blindado, que por su peso y corpulencia estará expuesto á quedarse en mis dominios, y yo te aseguro que si no viras en redondo y te vuelves á donde estabas, haré por merendarme tu fragata, que es bocado exquisito...” Esto oyó Méndez Núñez; mas no hizo caso, y se metió en Chiloe por las *Guaytecas*, que era la puerta más expedita y franca.

Viendo el fantasma del Archipiélago que los locos persistían en su desvarío, desplegó contra ellos una niebla que en sus velos

densísimos los envolvió, cegándolos para que no pudieran andar un paso. Las hélices daban unas cuantas estrepadas lentas, y en seguida tenían que parar. Aun en estas condiciones, persistieron en su temeridad, y aprovechando las claras de la niebla llegaron hasta el mismísimo Abtao, que era llegar al interno cubículo donde el monstruo habitaba. Pero éste salió á manifestarles con más burla que ira la inutilidad de su expedición, porque el enemigo se había retirado á un recoveco más inabordable y escondido, al cual no podrían llegar los barcos españoles si no se trocaban en anguilas.

Nuevamente les conminó el monstruo á que se largaran, y se dispusieron á obedecerle; repetía las amenazas otra deidad marina, la bajamar, diciéndoles que se quedarían en seco si no tomaban el portante. Luchando con las dificultades del poco fondo, de los arrecifes, de la niebla, salieron al ancho mar, y á Valparaíso volvieron sin otra novedad que haber hecho en el camino tres presas: un vapor con pasajeros, que resultaron reclutas del ejército chileno, y dos fragatas con carbón del país, que era contrabando de guerra. En Valparaíso encontraron la escuadra norte americana, recién llegada con cuatro magníficos barcos de hélice y un monitor llamado *Monadnoch*, que al decir de la gente se comía los niños crudos.

La flota yanqui, así como la inglesa y los barcos italianos y franceses, venían al apo-

yo moral de Chile por la simpatía, y á quebrantar á los españoles por el despego y la callada hostilidad que en toda ocasión les mostraban. Así, la incauta y soñadora España llegó á encontrarse sola frente á dos repúblicas que ante ella desplegaban un frente de costa casi de mil leguas; y contra aquel frente tenía que combatir sin ayuda de nadie, sin amparo de ningún pedazo de tierra, llevando consigo las armas, la comida, el carbón y la bandera. Pocas manos eran para tantas cosas.

XXIII

El 23 de Marzo saludó el fuerte de Valparaíso con vivo cañoneo á las banderas de las aliadas de Chile, que á más del Perú eran Bolivia y Ecuador; sorpresa histórica, pues ningún agravio ni cuestión pendiente con la madre tenían estas dos repúblicas. En tanto la madre, llevada por lastimosos errores de toda la familia á los extremos del coraje, no tenía más remedio que saludar á Chile con algo más que ruido y humo de pólvora. Los enojos no aplacados y los ultrajes no satisfechos, forzosamente conducían á la violencia; que las naciones, cuanto más viejas, más aferradas viven á la rutina caballeresca del honor. El honor no existe sin valentía. La valentía puede salvar las situa-

ciones de hostilidad entre dos países, y es á veces más eficaz que el derecho y que la razón misma. El apocamiento del ánimo no resuelve nada, ni aun cuando le asiste la razón. Así lo comprendió Méndez Núñez cuando dispuso el bombardeo de Valparaíso, acto inevitable ya, derivación lógica y fatal de los hechos pasados.

No lo comprendían así los Jefes de las escuadras inglesa y americana, que protestaron del bombardeo, y aun se pusieron los moños de que lo impedirían... Para no llegar á la extremidad de tirotearse con los españoles, el Contralmirante Denman (inglés) y el Comodoro Rodgers (yanqui) llevaron á tierra sus buenos oficios para conseguir del Gobierno chileno las tan disputadas satisfacciones que España pedía. Pero Chile no quiso darlas por no parecer pusilánime. Las cosas habían llegado al punto delicado en que se pasa por todo antes de dejar salir al rostro la menor sombra de miedo. Verdaderamente, las hijas no mostraban ningún respeto á la madre, olvidando que de ella habían recibido sus virtudes guerreras, así como sus flaquezas políticas. Debieron ser las primeras en ceder de su rigurosa tirantez, y seguramente la madre no se habría quedado atrás en las concesiones para llegar á las paces. Pero, en fin, el acto de fuerza era inexcusable; don Casto no podía envainar la espada, y cuando los Comandantes de las flotas extranjeras daban á entender que se interpondrían entre los españoles y la plaza,

les decía con arrogante concisión que no le importaba perder sus barcos si conservaba su honra.

Dados los correspondientes avisos al Comandante militar de la plaza para que señalara con bandera blanca los puntos que debían ser invulnerables, hospitales, casas de asilo, iglesias, etc., y para que se retirasen los no combatientes, se señaló el bombardeo para el 31, Sábado Santo. Amaneció este día con inquietud grande de los españoles. ¿Se decidirían los extranjeros á proteger la plaza, obligando á Méndez Núñez á desistir de su propósito? Este recelo se dispó bien pronto, porque apenas iniciado el movimiento de las fragatas para situarse en los puntos de ataque, ingleses y americanos levaron anclas y se retiraron mar afuera, dejando libre el campo... *Resolución, Blanca y Villa de Madrid* fueron las designadas para cañonear la ciudad. La *Berenguela* se retiró al fondeadero de Viña del Mar, al cuidado del convoy. La *Numancia*, después de aproximarse á la población para dar, con dos cañonazos sin bala, la señal de que empezaba la función, se volvió á retaguardia de las tres naves combatientes.

A las nueve se rompió el fuego, dirigido exclusivamente contra los edificios del Estado más próximos: Ferrocarril, almacenes de la Aduana, Intendencia y Bolsa. Al Fuerte se lanzaron también gran número de proyectiles sin obtener respuesta, pues los cañones estaban desmontados, y los artille-

ros no tenían allí nada que hacer. Un disparo certero de la *Villa de Madrid* partió el asta de la bandera chilena, que ondeaba en el Fuerte. Los edificios condenados á sufrir el bombardeo dieron pronto señales del estrago que causaban nuestros proyectiles. La Aduana y almacenes caían á pedazos; columnas de negro humo señalaban el incendio en diferentes puntos de la ciudad. Era un espectáculo deslucido y triste. Faltaba la excitación y armonía del combate, la acción ofensiva de una parte y otra. Los españoles no celebraban ciertamente la indefensión de la plaza, y habrían visto con gusto que el Fuerte respondiera al fuego con el fuego. No les satisfacía la forma de escarmiento que tomaba en aquella ocasión la guerra, ni se sentían airosos manejando los instrumentos de castigo. Sus arreos eran las armas, no las disciplinas.

Todo terminó á las doce menos cuarto. El cañoneo no llegó á durar tres horas: ya era bastante; aun era quizás demasiado para simple castigo ó reprimenda de una madre austera, harto pagada de su carácter venerable y de sus históricos blasones. La hija, herida y maltrecha de los crueles disciplinazos de la madre, miraba á ésta desde tierra con el más agrio cariz que puede suponerse. Hasta entonces, sólo íbamos ganando en el Pacífico la malquerencia de las Repúblicas. España, al fin y al cabo, pagaba las culpas de sus diplomáticos y de sus gobernantes. Toda guerra tiene ó debe tener una

finalidad militar ó mercantil: los fines de la nuestra en el Pacífico no se veían claros, como no fueran el fin sin fin de abandonar los principios de la historia nueva para reanudar una historia concluída.

Tres mil hombres mal contados constituían la dotación de las cinco naves de combate y de las embarcaciones auxiliares y de convoy que representaban á España en las aguas del Pacífico. Aquellas tres mil voluntades, de diferentes categorías, eran ó creían ser la voluntad integral de la Nación; las tablas ó las planchas de hierro en que los hombres se sostenían, eran el suelo mismo de la Patria flotando sobre las olas; la bandera que flameaba en los aires era el nombre, la historia, el *qué dirán* de los países extranjeros, el *primero soy yo*, que así gobierna las almas de los individuos como las de los pueblos... Bien merecían alabanzas los tres mil hombres de mar comprometidos en aquella singular aventura inconsciente, más que empresa meditada. No habían alcanzado aún, ni probablemente alcanzarían, esa gloria brillante y ruidosa que traen consigo los hechos eficaces de finalidad clara y bien comprensible. No se les podía disputar la gloria oscura y pasiva, alcanzada por el valor silencioso y la paciencia, por el cumplimiento del deber, sin más recompensa que la conciencia de haberlo cumplido. Dignos eran de alabanza, y también de lástima, porque sin ver ni aun de lejos los frutos de la campaña, se sentían

agobiados de privaciones y sufrimientos. Fueron penitentes en el desierto sin fin de un mar enemigo.

Después de la dura lección á Valparaíso, la penitencia de los españoles se acentuaba, sin que se agotara ni mucho menos el caudal de abnegación que las almas llevaban consigo. Incomunicados con tierra, se alimentaban de substancias secas, de carnes y tocinos en mediana conservación. El tabaco, que hace llevadera la soledad y el exceso de trabajo, escaseaba de tal modo, que cualquier porción de hierba fumable adquiría fabulosos precios. Pero la falta de buena comida y de estimulantes no quebrantaba la salud de los tres mil hombres tanto como la vida de continua ansiedad y alarma en que todos vivían, obligados á una vigilancia minuciosa y sin respiro. Fatigosos eran los días, cruelísimas las noches. Entre los barcos de combate y los del convoy no se interrumpía el ir y venir de lanchas, faena de hormigas presurosas, que acarreaban víveres, utensilios de maquinaria. Era la escuadra como una ciudad que tenía todos sus arrabales sobre el agua, y no precisamente en aguas tranquilas, que algunos días la fuerte marejada dispersaba la procesión hormiguera.

De noche, los hombres se consagraban á la silenciosa operación de reconocimiento y patrulla, voltijeando en derredor de la ciudad flotante, bien al remo, bien en la lancha vaporea. Felices eran los que por turno po-

dían descabezar un sueño de media hora, sin manta, bajo la acción de la humedad y el sereno. Y no había esperanza de descansar á bordo, porque las primeras luces del alba traían imprevistas obligaciones, á más de las tareas ordinarias. Ni los cuerpos se rendían, ni las voluntades desmayaban. La rutina del deber en pie les mantenía, esperando un reposo que bien podía ser el de la muerte.

Las sombras de tristeza que dejó en todas las almas el vapuleo de una plaza inermes, cruzada de brazos ante el fiero castigo, no podían disiparse sino repitiendo el ataque contra un enemigo armado de todas armas, como era el Callao. ¿Qué hacían, que no iban corriendo allá? El Perú les provocaba con la jactancia de sus baluartes novísimos y el montaje de cañones potentes. Para acudir á la cita del furioso enemigo, se esperaba el refuerzo de la fragata *Almansa*. Felizmente, ésta se incorporó á la Escuadra el 9 de Abril, que fué día de gran regocijo y algazara, porque todos echaron su cana al aire, recibiendo con aclamaciones á los que venían de España de refresco, y traían, con las memorias de la Patria, algo de comer, y de beber y de fumar. Mandaba la *Almansa* el Capitán de navío Sánchez Barcáiztegui, y venía muy airoso y envalentonada: había hecho la travesía desde Montevideo á la vela, por el Cabo de Hornos, con tan buena fortuna, que no se podía pedir prueba más decisiva de su poder marineró... Sin perder

tiempo, se dispuso la salida para el Callao en dos divisiones. ¡Otra vez hacia el Norte, á lo largo de la costa, dilatada con prolongaciones de pesadilla! ¡Otra vez la visión ensoñadora de los Andes, que parecían más altos, más ceñudos, más enemigos de los que venían á turbar la juvenil alegría de las repúblicas!

Hacia el Perú navegaban los tres mil con la ilusión de un acto decisivo que pusiera fin á la campaña; ya era tiempo de tomar tierra en alguna parte, aunque fuera en el más desolado rincón del mundo. Sobre esto sostenían en la *Numancia* largos coloquios Ansúrez y Fenelón, el cual aseguró que sin mujeres no nos ofrece la vida ningún bienestar, y que las guerras y revoluciones no son ni han sido nunca más que movimientos instintivos de los pueblos para ir en busca de nuevo surtido de mujeres, ó para cambiar las conocidas por otras de ignorados encantos. Al propio tiempo, á sus amigos repartía tabaco, obsequio recibido del maquinista del transporte *Uncle Sam*, que antes del bombardeo de Valparaíso había llegado de San Francisco de California con víveres. El tabaco era *virginio*, de la clase fuerte, capaz de tumbar la cabeza más firme y de volcar los estómagos más equilibrados; pero por sus cualidades mortíferas lo estimaban y preferían los marineros de blindadas fauces. Aceptaron éstos muy agradecidos las cortas raciones que Fenelón les daba, y hacían de ellas partijas para obsequiar á

otros amigos. Binondo tomó cuanto pudo, ocultando las porciones recibidas para que le dieran otras, y así juntaba en previsión de futuras escaseces.

Trabajaba el pobre malayo en ayuda de los mayordomos y rancheros, llevándoles las cuentas, y en sus ratos de ocio se engolfaba en la lectura, prefiriendo la del *Sermonario*, á su parecer la más devota, la más apropiada á la ruindad de los tiempos y á las calamidades previstas. Muchos trozos de aquel libro, compuesto para socorro y guía de predicadores, se le quedaron en la memoria, y vinieran ó no á cuento, á los compañeros los endilgaba. “Dame, hijo mío, limosna de tabaco, que si no acudes á mi pobreza, no acudirá Dios á la tuya, que será el desamparo en que te veas á la hora de la muerte si antes no te limpias de tus pecados... En verdad os digo que si no miráis por el pobre, el pobre no mirará por vosotros, y os pondré el caso de un mendigo que recibía zoquetes de pan, y era tan santo y bueno, que Dios le dió la facultad milagrosa de multiplicar los mendrugos que recibía. Y sucedió, pues, que en la ciudad donde aquel pobre moraba, llamada Gangópolis, si no me falla la memoria, sobrevino una gran hambre desoladora, por el aquél de un cerco que le pusieron los del reino vecino de Capadocia; y hallándose todo el pueblo moribundo del no comer, presentóse el mendigo y mostró almacenes de pan, que era la milagrosa multiplicación

de los mendrugos, con otro milagro encima, á saber: que la dura masa se había enter necido, y parecía recién sacada del horno... Pues bien, hijos míos: lo que hizo con los mendrugos aquel venturado de Dios, puedo hacerlo yo con las hojitas de tabaco que me dais, y bien podrá suceder que os las multiplique cuando llegue la gran carencia de todo lo comible, bebible y fumable....”

En éstas y otras accidentales conversaciones y sucesos, indignos de la historia, transcurrió el viaje. Si el mar y el viento fueron bonancibles en toda la travesía, la inquietud de las almas crecía conforme se aproximaban al Callao. En el momento solemnísimos de reconocer el puerto peruano, Ansúrez no pensó en el duelo empeñado entre España y la plaza, ni en la artillería y baluartes de ésta. Mirando hacia tierra, veía tan sólo los ardientes ojos de Mara, fulminando ira contra los barcos españoles. ¡Ingrata, ingrata! ¡Y él, mísero padre, obligado á disparar contra ella!

XXIV

Apenas llegaron al Callao las asendeadas naves españolas, los tres mil (ó los que fueran) que las montaban, no pensaron más que en acometer, sin perder días, la militar empresa, apretándoles á ello la noticia de la

fortísima resistencia que habían de encontrar y del grave daño que les harían los cañones de monstruoso calibre traídos del viejo continente... La Escuadra echó sus anclas en el fondeadero de la isla de San Lorenzo. No se le cocía el pan á Méndez Núñez hasta poder enterarse por propio conocimiento de la fuerza y defensas de su contrario; con esta idea montó en la *Vencedora*, que por su poco puntal podía ceñirse fácilmente á tierra, y recorrió todo el frente fortificado y artillado, examinando las obras á que innumerables trabajadores daban la última mano.

Al Norte de la ciudad vió don Casto dos baterías rasantes, con veinte cañones la una, la otra con doce, y en medio de ellas una torre blindada con dos piezas *Armstrong*. En los extremos de la batería había cañones del sistema *Blakely*. Las baterías al Sur de la población eran tres, y se extendían hacia la punta en cuyo término está el *Boquerón*, entrada del puerto para embarcaciones menores. En aquella parte contó el General unas treinta piezas, entre ellas algunas de los poderosos tipos antes citados, y vió otra torre blindada, como la del lado Norte. Frente al muelle vió los monitores *Loa* y *Victoria*, armados de cañones, y un *Blakely* campaba en mitad del muelle. Las viejas fortificaciones del tiempo del virreinato estaban desartilladas, como indignas de desempeñar en las epopeyas modernas otro papel que el de espectadoras. El *Castillo del*

Sol parecía decoración de teatro, arrumbada por inútil. En él no había piedra que no hablase del último *ayacucho*, el heróico Rodil... Las defensas nuevas revelaban en su disposición y estructura manos muy expertas y una dirección inteligentísima.

Mientras los peruanos no se daban punto de reposo para rematar sus imponentes aprestos de guerra, los españoles, en el fondeadero de San Lorenzo, no se descuidaban. Todos los barcos desmontaron sus vergas y calaron los masteleros, dejando no más que los palos machos á la exposición de los tiros enemigos. Algunas de las fragatas de madera blindaron con cadenas la parte central de sus costados, correspondiente á la caja de la máquina, y todas pintaron de negro las fajas blancas de las portas. Interiormente se previno lo necesario y lo accesorio para acudir á las eventualidades del combate, y las enfermerías de guerra quedaron listas para recibir á cuantos heridos quisiera enviarles la suerte adversa. Desde los cañones hasta los botiquines, todo fué puesto en punto de servicio eficaz. No faltaba más que la acción, el fuego, el ardor de las almas, y la divina sentencia que había de dar ó negar la victoria.

Falta decir que los diplomáticos extranjeros se presentaron al General, apenas fondeó la Escuadra, con la súplica de que aplazara el ataque por unos días para dar tiempo á la salvación de los neutrales. Méndez Núñez concedió cuatro días, y en esto su ge-

nerosidad de caballero fué más allá que su precaución de caudillo, pues en media semana podía el Perú perfeccionar sus medios ofensivos. La guerra había llegado á concretarse en el trámite decisivo de un duelo personal entre los dos combatientes. Incapaz la torpe diplomacia para dirimir las cuestiones pendientes entre España y las Repúblicas; ciegos los Gobiernos de acá y de allá, y encastillados en ridículos puntos de amor propio, quedó la Marina sola, con toda la responsabilidad sobre sí, á tres mil leguas de la Patria, y obligada á proceder con acción tanto diplomática como militar, hasta dar por liquidada y conclusa una empresa cuya finalidad era tan obscura en el terreno comercial como en el político.

Hizo don Casto cuanto pudo por sacar á su país de aquel atolladero dispendioso. No hallando ocasión de batirse con las escuadras chilena y peruana, fué á buscarlas á los caños y esteros de Chiloe. A esta expedición ardua, que era un reto para que los enemigos salieran á mar abierto, respondieron ellos encerrándose más en sus inabordable refugios. Obligado se vió entonces al castigo de Valparaíso, acto de penosa y desigual lucha, que á su corazón de soldado repugnaba; y sabedor de que el Callao se pertrechaba de armas, allá corrió, anhelando el duelo final y decisivo entre el viejo y el nuevo hispanismo, entre el hemisferio Norte y el hemisferio Sur del planeta, que ya desde las edades heróicas se conocían.

Al duelo final iban los españoles sin reparar en que el contrario se había provisto de mayor fuerza que la de los barcos, con la ventaja de combatir en tierra, en la cabecera de una Nación, de la cual obtendría todo lo que perdiese, mientras los españoles no tenían tras sí más que el Pacífico inmenso, y en él los peces que se los habían de comer en caso de un desastre... En esto pasaron los cuatro días de plazo que había dado el General para la retirada de los neutrales... Gran número de españoles que se habían refugiado en una fragata francesa, trasbordaron á la Escuadra, entre ellos el simpático Mendaro, que fué á embarcar en uno de los transportes del convoy... Serena y recamada de estrellas habladoras fué en sus primeras horas la noche última del plazo fatal; luego se enturbió de celajes, y en cerrada neblina amaneció el día, más fatal que la noche, 2 de Mayo de 1866.

El mal de soñación se hizo epidémico, con gravísimos caracteres de fiebre patriótica, al amanecer de aquel día que todos creyeron había de ser glorioso. La embriaguez del martirio enardece á los cuerpos armados en vísperas de batalla. Aún no han bebido la primera pólvora, y ya están borrachos. Acabó de trastornar á marineros y tropa la proclama que á las nueve de la mañana fué leída en todos los barcos, y era conforme al patrón consagrado por la costumbre en casos tales. Con más laconismo del que suelen usar los caudillos españoles, Méndez Núñez

fijó los tópicos imprescindibles, la perfidia del enemigo, la urgencia de castigarlo, la recomendación de que todos se aplicaran al castigo con decisión y entusiasmo, y, por fin, la seguridad de añadir una página á las glorias de la Nación, etc...

Terminada la lectura, todos aquellos infelices, quebrantados ya de la navegación larguísima, mal comidos y sufriendo mil privaciones, prorrumpieron en exclamaciones delirantes, declarando el gusto que les causaba morir por una Reina que no habían visto nunca, y por una Patria que á tres mil leguas de distancia no pedía otra cosa que la terminación de la guerra insensata. Roncos quedaron del furioso entusiasmo... En el Callao, á la misma hora, pasaría lo propio, y se oirían exclamaciones semejantes proferidas en la misma lengua. En tierra y en el mar se invocaba el fantasma de la gloria, y allá como aquí se pediría el auxilio de Dios y los Santos, que se habían de ver bien perplejos para contentar á todos. Por de pronto, los peruanos habían puesto su mejor batería bajo la tutela y patrocinio de Santa Rosa de Lima, suponiéndola muy enojada con los españoles. Difícil era, no obstante, que la santa, con ser de ideal hermosura mística, tuviese bastante valimiento para lograr que quedase desairada la Virgen del Carmen, á quien casi todos los marinos nuestros, verbal ó silenciosamente, se encomendaban.

Levaron anclas todos los barcos, y acudie-

ron á las posiciones que les designaba el telégrafo de banderas en el mesana de la *Numancia*. Esta y la *Blanca* y *Resolución* habían de batir las fortificaciones del Sur; las del Norte corrían de cuenta de la *Berenguela* y *Villa de Madrid*; la *Almansa* con la *Vencedora* se encargaban de los monitores fondeados en el muelle, así como de causar todo el estrago posible en el interior de la población. La Capitana, á la cabeza de la división del Sur, llegó la primera frente á las baterías enemigas. Claramente distinguían los españoles las piezas peruanas y sus servidores, en pie junto á ellas con rigidez marcial. Y apenas las vieron, disparó la *Numancia* sus primeros tiros, colocándolos en la batería que llevaba el nombre de *Santa Rosa*. Contestó sin tardanza el Perú. Tronaron luego las demás fragatas, conforme iban llegando frente á las baterías, y bien pronto el humo denso envolvió la tragedia, y un estruendo pavoroso arrojó de los aires todo el silencio de la Naturaleza. El tiempo era absolutamente olvidado. Sólo los sabían los cronómetros, que al empezar la función marcaban poco más de las once y media

Desde la *Numancia* no se podía saber con exactitud lo que pasaba en el ala del Norte. El humo tapaba las partes lejanas, y no podía la atención distraerse del cuidado próximo. No obstante, en una clara, se vió que la *Villa de Madrid* pedía remolque. Había quedado sin gobierno por avería con-

siderable. Acudió la *Vencedora* con prontitud á sacarla fuera, y la *Berenguela* quedó sola cañoneando las baterías y la torre blindada, cuyas piezas de gran calibre inutilizó al poco tiempo. En el ala Sur, la *Numancia* requería la mayor eficacia de sus disparos aproximándose á tierra... Pasó muy cerca de los artificios que los peruanos habían dispuesto para inutilizar las hélices; llegó á tocar en el fondo; tuvo que dar atrás precipitadamente... En aquel instante, la batería de *Santa Rosa* y la torre multiplicaban sus disparos contra la fragata. Méndez Núñez, en el puente, acompañado de Antequera y un Oficial, en todo ponía sus ojos vivos, y con ellos el alma.

Sereno casi siempre, risueño cuando veía el torbellino de humo y de polvo que levantaban los parapetos de la batería llamada de *Abtao* al recibir los proyectiles de la *Resolución*, iracundo al sentir que su barco tocaba en el fondo, don Casto no perdía un instante la majestad que sus graves funciones le imponían en medio de sus subordinados y frente al enemigo. Al gritar ¡*Cia!* su voz dominaba la voz de los cañones... La fragata salió al fin del mal paso, removiendo con su hélice el fango de la bahía, y continuó la función sin que la maniobra marinera interrumpiese el fuego. Méndez Núñez hablaba con las dos fragatas de su división, como si ellas pudieran entenderle. Era un acto instintivo, de que él mismo no se daba cuenta en momentos tan críticos... y no les

hablaba por el nombre de ellas, sino por el de sus Comandantes. “¿Qué haces, Topete? No te acerques tanto... Valcárcel, firme contra esa batería de *Abtao*, que con *Santa Rosa* me entenderé yo... Y los tres á una tiremos contra la torre blindada...”, Cuando esto decía, un proyectil pasó entre el brazo derecho y el costado del General, rozándole... Los astillazos que el mismo proyectil despidió del pasamanos del puente y de la bitácora, causaron en las piernas de don Casto heridas de menos importancia que la recibida en el brazo.

Que no era nada dijo, y lo mismo creyeron los que estaban á su lado. El fuego arreciaba por una parte y otra; las baterías peruanas redoblaban su furor. Pasaron minutos. Méndez Núñez, por la pérdida de la sangre que del interior de la manga descendía enrojeciendo la mano, sufrió un desvanecimiento; le sostuvieron los más próximos á su persona... Se le bajó al Alcázar... Tomó el mando el Mayor General don Miguel Lobo, sin decir palabra, pues la ocasión no permitía el rigor de los trámites... En el Alcázar acudieron en auxilio del General los médicos Oliva y Gutiérrez, y cuatro marineros que le bajaron á la enfermería. Tendiéronle en la cama... Viendo que corría la sangre por distintas partes de su cuerpo, palpaban los médicos aquí y allí para reconocer los sitios lesionados; y cuando empezaban á desabotonarle levita y chaleco, un marinero atrevido tiró de navaja, y cortando de cuatro tajos la

ropa, facilitó la operación de apartar las telas y descubrir el cuerpo herido.

Al punto procedieron los facultativos á contener la hemorragia... En aquel punto llegaron á la enfermería vivas exclamaciones de la gente de batería y cubierta. Había volado la torre blindada de los peruanos, con terrible estruendo y espantoso escupitazo de humo, que por largo rato impidió distinguir los efectos de la explosión. Fué que una granada española penetró en aquel recinto, incendiando las grandes masas de pólvora allí depositadas. Al disiparse el humo, se advirtió que la torre estaba hundida, y en completa inutilidad sus terribles cañones. Luego se supo que habían perecido los defensores de la torre, y con ellos el popular Gálvez, Ministro de la Guerra, el Coronel Zabala, hermano de nuestro General del mismo nombre, y otros militares de graduación. Cada una de las tres fragatas que contra la torre disparaban se atribuía la gloria de haber mandado el proyectil que tan tremendo daño causó al enemigo; pero Topena, que era el más próximo á tierra, sostenía su derecho con razones que difícilmente podían ser debatidas. Cuando voló la torre blindada, los cronómetros marcaban las doce y diez minutos.

XXV

Al poco tiempo de estar don Casto vengado y quieto en la enfermería, recobró todo el esplendor de sus facultades. Quieto estaba, pero no tranquilo. Llamó al Oficial de la tercera división de la batería. “¿Qué hay, Garralda? ¿Cómo va el fuego?”

—Muy bien, mi General. La torre de *La Merced* ha volado. Ya no hacen fuego más que cuatro ó cinco cañones de *Santa Rosa*.

—Animo, hijos míos. No desmayar. Yo estoy bien... esto no es nada. ¡Volada la torre! Es más de lo que podíamos desear... ¿De cuál de los tres barcos sería la granada que causó ese desastre al enemigo?... Difícil será saberlo... Pero yo juraría que la mandó ese diablo de Topete....”

Díjole después Garralda que la *Almansa* había inutilizado el cañón *Blakely* montado en el muelle. Luego preguntó Méndez Núñez si había vuelto la lancha de vapor que, al mando de Lazaga, corría las órdenes de un punto á otro. Poco antes de caer herido, el General había ordenado que se le llevasen informes seguros de lo ocurrido en la *Villa de Madrid*. Antes de que se retirase Garralda entró Lazaga, que así dió cuenta de su comisión: “Pocos disparos había hecho la fragata contra la batería del Norte, cuando

recibió por el costado de babor una granada *Armstrong*, que al estallar dentro de la batería mató trece hombres; veintidós quedaron heridos por la metralla y cascos que despidió el proyectil en su explosión. No paró aquí el desastre, porque la misma granada, al chocar en el cabrestante, lanzó un molinete, que fué á parar á la caja de calderas, destrozando el tubo conductor del vapor. Esta avería no es grave; pero se necesita tiempo para repararla. En todo el día de hoy la *Villa* estará privada de movimiento. La he dejado fondeada en la isla. Cuando me retiré, don Claudio, poseído de furor, no paraba de maldecir su suerte.

—Ha quedado sola la *Berenguela* frente á las baterías del Norte—dijo Méndez Núñez desobedeciendo al médico, que le recomendaba tranquilidad.—Corra usted á la *Almansa*, y dígale á Barcáiztegui que inmediatamente vaya en apoyo de Pezuela.,

Salió Lazaga más pronto que la vista... Continuaba el cañoneo, y su fragor indecible retumbaba de un modo pavoroso en el hospital de sangre. El techo de éste era por la cara superior suelo de la batería. El estruendo de los disparos, las pisadas de los que servían las piezas, los gritos de los oficiales que mandaban las cuatro divisiones, los alaridos y voces de guerra de tantos hombres iracundos, sonaban dentro de las cabezas de los infelices que allí yacían malparados. La batería era el Infierno, y la enfermería su catacumba, encierro de los con-

denados á la duda de vivir ó morir. En el fondo del lúgubre sollado, á proa, se distinguía, entre faroles, la figura triste del Capellán con sotana y roquete, dispuesto para dar los Santos Oleos á quien los hubiese menester. A su lado, como acólito, estaba Binondo de rodillas, esperando, quizás deseando entrar en funciones.

El amigo Ansúrez tenía su puesto en el más profundo sollado, rigiendo á los que conducían la pólvora y municiones desde los pañoles á la batería. Hallábase, pues, debajo del agua, en un punto en que no podía ver el espectáculo del combate, y sólo lo apreciaba por el ruido. A cada instante creía que el cielo se desgajaba sobre la tierra y el mar, ó que las profundidades del barco eran el interior de un volcán. A ratos trepaba por la escala llegando hasta la enfermería, y echaba un vistazo á los heridos, deteniéndose con singular lástima y atención en el General, que fué de los primeros en quedar fuera de combate. Y era, sin duda, el herido de más consideración. Los demás no eran muchos ni graves. Ningún proyectil había hasta entonces entrado por las portas: todos habían perdido su fuerza en la coraza.

Pero llegó al fin, cuando Dios quiso, una granada *Armstrong*, que habría causado inmenso daño, quizás la inmersión violenta de la fragata, si no la protegiera la robusta armadura que llevaba sobre sus lomos. Eran las dos y media de la tarde, cuando

un topetazo monstruoso hizo retemblar la embarcación, como si fuera de hojalata. An-súrez, que en aquel momento bajaba al tercer sollado, sintió el golpe por estribor, en un punto á su parecer correspondiente á la línea de flotación, debajo de la batería, entre la cuarta y quinta porta contando desde popa. Al punto creyó que su fragata se rompía en mil pedazos, y que todos bajarían sin pérdida de tiempo á los profundos abismos... Sacristá, que se hallaba en el tercer sollado, fué el primero en determinar el sitio del tremendo choque, y como los duelistas de esgrima gritó: "¡Tocado!," Fácilmente se apreciaba por dentro la caricia del proyectil. La cuaderna presentaba una sensible alteración de su curva; un tornillo de los que sujetan el blindaje había horadado la plancha, abriendo una vía de agua de escasa importancia. Acudieron los oficiales de mar á reparar el desperfecto y restañar el agua, que poquito á poco se colaba dentro. Para ello emplearon cemento y ladrillos, que son la cura quirúrgica que en estos casos se emplea, añadiendo limadura de hierro para mayor eficacia. El emplasto quedó hecho en poco tiempo, y la *Numancia*, que apenas sentía el escozor de la herida, gracias al peto y espaldar de su armadura, invocó á Nuestra Señora del Carmen y siguió tan fresca disparando balas, granadas y demonios coronados contra *Santa Rosa*.

"Gracias á la Virgen del Carmen—dijo Sacristá,—esto no ha sido nada.

—La Santísima Señora—observó. Ansúrez—ha sido la salvación del barco, poniéndose á nuestro lado en forma y substancia de blindaje. Bendita sea la Virgen y los que inventaron estas vestiduras de hierro.,,

Subió Ansúrez, llamado por el General, á informarle de la reparación de la avería, y antes de que concluyese, llegó por segunda vez Lazaga con la noticia del casi milagroso caso de la *Berenguela*, que fué de este modo: “Sola frente á las baterías del Norte, después de la retirada de la *Villa*, siguió cañoneando la veterana *Berenguela*, y logró inutilizar los cañones *Armstrong* de la torre blindada. Pero luego le tocó una china de las gordas, un proyectil *Blakely*, que entró por la porta como en su casa, destrozó á muchos hombres, y corriendo en dirección oblicua, fué á salir por el costado opuesto debajo del agua. Al salir se llevó una tabla, abriendo brecha enorme, por la cual se precipitó una cascada que en minutos habría inundado el barco, si la Providencia y la tripulación no acudieran con prontitud al único remedio posible en tales casos. Antes de que se les diera la orden, los marineros llevaron los cañones á brazo... ¡á brazo, parece mentira! de la banda de babor á la de estribor, para escorar la embarcación, sacando así del agua la brecha... Y estando en esta faena, entró en el sollado otra bomba que al reventar hirió á mucha gente y pegó fuego á las carboneras... La enfermería, llena de víctimas, se vió asaltada del agua

y del fuego... los pobres heridos gritaban con espanto entre los dos horrores: morir ahogados ó morir quemados... Por momentos estuvo la fragata á dos dedos de irse á pique... Gracias á la rapidez con que los cañones pasaron de un costado á otro, se salvaron el barco y sus hombres de una muerte segura. Escorada se retiró de la acción, y apagó con el trajín de bombas su propio fuego. Fondeada y segura está ya en la isla, tapándose el boquete con lonas hasta encontrar maderas, para echarse unas buenas tapas y medias suelas. Las bajas son muchas: no he visto propiamente muertos, pero sí hombres muriéndose..”

— Esto va bien, hijo mío — dijo don Casto estrechando la mano de su subalterno. — Yo me encuentro regular. Me pone nervioso el verme preso en este camastro... Pero estoy contento... Adiós, hijo; vamos bien....”

Las ironías de la guerra revoloteaban como avecillas negras y doradas en torno al lecho del General. Con su canto seductor infundían alegría en el relato de los hechos luctuosos, y matizaban de gloria la cruel muerte y los sufrimientos humanos. Quedó solo el General con Pastor y Landero, que le dió cuenta de cuanto arriba, en el Estado Mayor, ocurría. Lobo y Antequera permanecían en el castillo de popa con los Tenientes de Navío Lahera y Basáñez. Alonso mandaba la batería; Barrera continuaba en funciones de Segundo; Pardo Figueroa estaba en cubierta. Las cuatro divisiones de

batería seguían á las órdenes de los Alféreces de Navío Liaño, Garralda, Silva y Armero, con los Guardias marinas. Todo el personal se encontraba ileso. Ibamos bien, muy bien. Entró después Lahera, y con él el ingeniero don Eduardo Iriondo; ambos ponderaron las condiciones inmejorables de la fragata. Era un barco invencible; el combate, aún no concluído, daba la mejor prueba de la eficacia del blindaje. Con otras dos *Numancias* sobre la que teníamos, la destrucción de las defensas del Callao habría sido obra de minutos... Los barcos de madera ya no podían entrar en fuego con fortificaciones modernas, sin llevar dentro de sus tablas mayor grado de heroísmo del que debe exigirse á los hombres de guerra: eran héroes de vocación y mártires á sabiendas. No debemos ir desabrighados contra el frío, ni desnudos contra el fuego. La realidad nos demostraba que sin una escuadra compuesta totalmente de *Numancias*, no iríamos á ninguna parte. Las consideraciones y las ideas técnicas no podían seguir adelante, que era ocasión de aplicar todo el entendimiento al empirismo inmediato. Lahera trajo al General la noticia de que la *Blanca* se retiraba por habérsele acabado las municiones. Topete estaba herido, no de gravedad... De la *Almansa* se tenían noticias ciertas. En su batería reventó una granada, matando trece hombres. El Guardia marina Rull quedó hecho pedazos, y al instante le substituyó otro Guardia marina,

Hediger, que antes sirvió en la *Villa de Madrid* y en la *Numancia*. Al estrago de la explosión siguió el incendio de la pólvora de los guarda·cartuchos; los que conducían las cajas quedaron abrasados; el fuego se extendió rápidamente hasta el antepañol de la *Santa Bárbara*... El fuego no se apaga sino con agua... Urgía inundar el sollado, abriendo los grifos... Prodújose entonces una terrible situación dramática. ¿Qué era preferible? ¿El peligro evidente de volar, ó el desaire de suspender la lucha? Esta duda fatídica inspiró al animoso Barcáiztegui una frase que había de ser célebre: *Hoy no mojo la pólvora*... Así fué: retiróse la fragata; fué extinguido el incendio sin mojar la pólvora, y antes de media hora ya estaba otra vez frente á las baterías del Norte vomitando contra ellas todo su coraje.

Las cuatro y media marcaban los cronómetros, cuando ya sólo tres cañones peruanos tenían voz y balas. La noche estaba próxima. Enterado de todo, Méndez Núñez dijo á Lahera y á Pastor: "Mi opinión es que se dé por concluído el combate.", Poco después, Lobo mandó hacer la señal de que cesara el fuego. Subió á las jarcias la marinería, y dió tres vivas á la Reina, que fueron el último aliento del furioso Marte en aquel terrible día. Los barcos españoles se retiraron tranquilamente al fondeadero de San Lorenzo. Durante la corta travesía de la *Numancia*, Méndez Núñez fué llevado de la enfermería á su cámara, donde el Mayor Ge-

neral le dió cuenta del resultado total de la acción. Ambos lo conceptuaron lisonjero, pues sólo el hecho de no haber perdido ningún barco significaba una indudable victoria. Declaró Lobo que los peruanos se habían conducido con bravura y tesón. Calculaba que sus bajas habían de ser superiores á las nuestras, y sólo con la torre de la *Merced* tenían para llorar un rato y para hacer cuenta larga de desdichas. Pero á pesar de esto, no podían negar que en el duelo de aquel día todas las ventajas fueron suyas, y nuestras las mayores desventajas. Combatían en tierra, alentados por la opinión próxima, en un ambiente de entusiasmo, con todo un pueblo por reserva. Sus artilleros podían hacer buena puntería. Los combatientes tenían retirada segura hasta los Andes, y aún más allá. En cambio, los barcos españoles no veían más retirada que la mar, sin recursos de vida, sin medios de reparación para los hombres extenuados y los buques maltrechos, faltos de todo.

Mientras navegaban hacia la isla, Ansúrez no apartaba sus ojos de la plaza y sus baterías, en las cuales era visible el estrago causado por las balas de los españoles. Con inmensa piedad miró hacia tierra, como si entre los muros rotos y entre las ruínas humeantes viese despojos de seres amados, ó algún sér vivo ligado á él con vínculos estrechos. Como estaba el hombre con los codos apoyados en la batayola y el rostro vuelto hacia la tierra que á cada instante se

alejaba más, por la neblina y la distancia, nadie pudo ver las lágrimas que resbalaban por sus curtidas mejillas. Lloraba de remordimiento de haber cañoneado á los suyos, á su hija, á su nieto, á los demás de la familia, que también se habían hecho suyos. ¿Quién le aseguraba que alguno de ellos, tal vez la propia Mara, hallándose por casualidad ó de intento en el Callao, no había sido cogido por las balas que mandó con tanto furor la *Almansa* contra las casas del pueblo?... Y sobre todo, Señor, ¿quién había inventado aquella maldita guerra, y quién dispuso las cosas de modo que él no pudiese odiar al Perú, ni tenerlo por enemigo? ¿A qué venía tanta furia contra el pobre Perú, delicioso país sin duda, por el hecho de estar en él la hermosa Mara?...

Momentos después de estas tristezas y reflexiones, vió á Fenelón, que de la máquina salía jadeante, pintado el rostro de grasienta negrura. Había hecho servicio durante todo el combate... Más fatigado de la suciedad que del trabajo, buscaba un cubo de agua con que baldearse y recobrar su sér ordinariamente limpio. “¿Qué cuentas, Fenelón—le dijo el celtíbero.—¿Qué opinas tú de esto?

—Que por una parte y otra, todo ha sido una función de... romanticismo... ¿Consecuencias, dices? Ninguna, como no sea ésta: que se retrasará un cuarto de siglo, lo menos, la reconciliación de España con las que fueron sus colonias. El combate de hoy ha sido, *por ejemplo*, el acto final de una guerra

en verso... No pongas esa cara de asombro. Acá nos han mandado para que cantemos una oda en el Pacífico. Los americanos han respondido con otra canción... *y he aquí todo...* Ahora España envaina sus versos, y se va por esos mares á la casa paterna, donde también habrá, cuando lleguemos, poesía á todo pasto., Dicho esto, el francés dió con un cubo de agua, y requiriendo un pedazo de jabón, empezó á fregotearse con furor de limpieza.

XXVI

No cesaba el cuitado Ansúrez de voltear en su mente la idea sugerida por Fenelón de que toda la guerra y el combate final eran cosa romántica, como la fuga de Mara con Belisario, como el trasplante al Perú de la prenda de su corazón, y como la fabulosa riqueza y felicidad indudable de la niña en América. Hay, sin duda, romanticismo público y nacional, como lo hay privado y doméstico. Las naciones hacen versos lo mismo que esos vagos que llaman poetas... En la siguiente mañana, las obligaciones de su cargo le llevaron á un acto tristísimo, por su propia tristeza y desolación empapado en idealidad romántica. Encargado del transporte de muertos á la isla de San Lorenzo, donde se les daría cristiana sepultura, salió

Diego de la *Numancia* en la lancha vaporea, y fué de barco en barco recogiendo los botes en que ya estaban depositados los cadáveres, y dándoles remolque hasta el desembarcadero.

La solemnidad de dar tierra á las cuarenta y tres víctimas del combate del Callao, dejó en el alma del contramaestre una impresión angustiosa. Desde el amanecer ya estaban en tierra unos veinte hombres cavando las sepulturas de sus compañeros. A los dos guardias marinas, Godínez, muerto en la *Villa de Madrid*, y Rull, en la *Almansa*, se les enterró envueltos en la bandera nacional. Los cabos de cañón, condestables y marineros, fueron al hoyo con la misma vestidura, pero ideal, porque para tantos no había banderas. Asistían á la ceremonia un Oficial y un Guardia marina de cada barco, y presidía el Segundo accidental de la *Numancia*, Teniente de Navío don Emilio Barreda. Los capellanes de todas las fragatas, arrimados á las sepulturas, daban al viento el tristísimo latín de los responsos, más fúnebre cuanto menos entendido. José Binondo, que fué de los primeros en la cava de los hoyos, y en el apañar y soterrar á los pobres difuntos, se multiplicaba como si le nacieran muchos brazos para las operaciones mecánicas y bocas muchas para los rezos en castellano y latín macarrónico que á cada muerto dedicaba. Para rematar dignamente el acto religioso, se puso en mitad del terreno de las sepulturas una cruz de madera

pintada de negro, que á toda prisa carpintearon un calafate de la *Numancia*. Ansúrez había-la llevado en la vaporea. Binondo ayudó á clavarla en tierra, afirmando su base con pedruscos.

“Yo te aseguro—dijo á su amigo mientras le ayudaba en la colocación de piedras,—que al llorar á nuestros queridos compañeros difuntos, debemos también envidiarlos, porque ellos están ya gozando de Dios, y nosotros aquí quedamos como pobres desterrados, navegando y muriendo, sin morir... Porque ya ves; nuestra vida no es vida, sino más bien muerte, y nuestro comer es ayunar, y nuestras alegrías penas y quebrantos. ¿No valdría más que nos echaran al agua de una vez para que, ya que nosotros no comemos, comieran los pobres peces?... Dios cuida, ya lo sabes, de dar su diario sustento al pajarillo y también al pececillo... y quien dice pececillos, dice ballenas, tiburones y tintoreras... En verdad te digo que debemos envidiar á los muertos, porque al morir por la bandera, quedaron absueltos de sus culpas, y en la gloria están todos ya, salvo algún renegado á quien echen cuarentena en el lazareto del Purgatorio.

—Si ellos están absueltos y mondos de pecados—dijo Ansúrez,—también nosotros, que sobre lo ya sufrido tenemos lo que aún nos espera en estos malditos mares. Tierra firme paréceme á mí que ya no pisaremos. Y viviendo en el mar, trashijados de hambre, nuestros víveres son las ilusiones y

nuestra bebida la poesía, que más emborracha que alimenta.

—Verdad. ¿Pero qué te importa si así eres feliz? Has llegado á creerte que tu hija vive, cuando está más muerta que mi abuela; crees también que nada en plata y oro, cuando ya no puede nadar en cosa alguna, como no sea en la divina misericordia... En verdad te digo que no te salvarás si no te haces amigo de la muerte. Aquí me tienes á mí deseando siempre que me llegue la hora... Vivo muriendo... ó como dijo la otra, muero porque no muero.

—Déjame en paz, farsante, y guárdate tus sermones—replicó Diego cogiéndole por el pescuezo,—que entre poesía y poesía, prefiero yo la que me alegra el alma... Y dime ahora: ¿todavía rezarás á Santa Rosa, que nos estuvo abrasando con los cañones de su batería, hasta que Topete y la Virgen del Carmen le metieron en la torre una granada?

—Yo le rezo á la Santa, pero con reservas. Rosa se llamó en el mundo mi querida hija... Yo les rezo á las dos Rosas, y hago mi separación de cañonazos y santidad. A este lado la guerra, al otro las ganas que tengo de salvarme. Nada tiene que ver el Credo con las témporas... Si la Virgen del Carmen mira por los españoles y Santa Rosa por los peruanos, allá ellas. Yo, Pepe Binondo, me pongo todo en mi alma, y al cuerpo mío, que es témpora, le doy un puntapié y le digo: “Muérete, cuerpo asqueroso. Cómate peces ó meriéndente gu-

sanos, lo mismo me da. ¡Viva mi alma, y *amén!*„

— Buen tuno estás tú... Acaba pronto y vámonos á bordo, —le dijo Ansúrez tirando de él. Embarcados en la lancha vaporea, siguieron charlando. Binondo no soltaba el hilo de sus estrafalarias teologías; pero Ansúrez le llevó á un tema más positivo, anunciándole que si se concertaba un armisticio con el Perú, podrían los españoles hacer provisión de comida fresca y abundante; á lo que respondió el malayo, con verdoso fulgor en su mirada de santo budista: “Buena falta hace... En verdad te digo que el comer es necesario hasta para la devoción, pues un estómago vacío trastorna el entendimiento, y si la cabeza no gobierna como es debido, puede uno llegar encandilado á la muerte, y no ver la puerta de la salvación..”

Para que no tuvieran aquellos infelices ni un momento de descanso, las reparaciones de los barcos descalabrados en el combate les ocupaba día y noche, sin desatender el trajín de aprovisionamiento de carbón y víveres. Por ser la comida escasa y mala, el repartirla daba mucho que hacer. Lo menos malo era para los heridos, que no bajaban de ochenta, con añadidura de sesenta y tantos contusos. En uno de los barcos del convoy, llamado *Matáura*, tuvo Ansúrez el gozo de encontrar á su amigo Mendaro. Las desdichas por ambos sufridas les desbordaron en una conversación calurosa, interminable, sobre lo divino y lo humano, sobre lo priva-

do y lo público. Refirió Mendaro que sus parroquianos habían dado en llamarle espía, y su misma esposa, Josefa, le quemaba la sangre á toda hora, hablando pestes de la Reina doña Isabel. Por más que él guardaba la mayor compostura, y no se permitía públicamente decir palabra que sonase mal en oídos peruanos, á cada paso le injuriaban, azuzándole con dicterios soeces. Antes de que le expulsaran se expulsó él á sí mismo, con propósito de regresar á su casa en cuanto los barcos españoles volvieran la espalda, dígame las popas. El hervor del patriotismo peruano pasaría pronto, que en aquella tierra, como en España, no había constancia en el odio, lo que es signo de buen natural.

De éstos y otros temas particulares pasaron Mendaro y Diego á los de interés colectivo: se habló largamente del combate del día 2, del coraje y valentía que unos y otros desplegaron, de la catástrofe en la torre de la Merced, del brío y agilidad de las fragatas, terminando en consideraciones y barruntos de lo que sobrevendría. ¿Duraría más tiempo la guerra ó se hallaba ya en su conclusión y finiquito? Esto era lo más probable y la opinión corriente en la Escuadra, donde todos sentían la imposibilidad de mayor resistencia. La comida escaseaba y era de la peor calidad. ¿A dónde irían en busca de víveres frescos? Dijo á esto Mendaro que en el tiempo que llevaba en el convoy su constante pensamiento era comer algo más

nutritivo y grato; dormía mal, con ensueños de oler y gustar un buen *sancochado* y un platito de *seviche*, que es pescado crudo con zumo de limón.

“Pues yo—dijo Ansúrez,—sueño que estoy en Cartagena, comiendo pimientos y *aladroque*, y al despertar pareceme que conservo en la boca el gusto de aquellos comistrajes tan sabrosos... Yo creo que la guerra se ha concluído, y que vendrán pronto las paces.”

Opinó Mendaro que la paz no podían hacerla los españoles allí presentes, sino otros que mandaría después el Gobierno con más papeles que cañones... A este propósito, repitieron lo que en la Escuadra se daba como hecho corriente, divulgado de boca en boca. En sociedad tan estrecha y cordialmente unida como las tripulaciones de los barcos, no había nada secreto, y las disposiciones del Gobierno de Madrid, apenas llegaban al Pacífico, eran conocidas y comentadas en la España flotante y en su vecindario de tres mil almas, algo mermado ya por las bajas de la guerra. El hecho que debe ser puesto aquí, como guión de los que marcan el paso de la Historia, fué el siguiente: Nuestro Gobierno de entonces, ni más cauto ni más animoso que los que le precedieron y después le heredaron, se sintió de súbito aterrado de la prolongación dispendiosa de la campaña del Pacífico. Quizás vió, tarde ya, la locura de haberla emprendido por un impulso de pueril fiereza, ce-

diendo á los estímulos de la moda imperia-
lista (segundo Imperio francés) que á la sa-
zón reinaba, moda que imponía con los mi-
riñaques otras cosas vanas, como la hinchaz-
ón de guerras sin sentido común, para
deslumbrar y dominar más fácilmente á los
pueblos. Conocidos el error y la tontería,
no vió el Gobierno más camino de arreglar-
lo que decretar la terminación de la cam-
paña; y al efecto, mandó al Pacífico al señor
Alvarez de Toledo, Alférez de Navío, con
pliegos para Méndez Núñez, ordenándole el
inmediato regreso de la Escuadra.

Defectuoso y precipitado era este modo de
concluir, como fué impensado y calaveresco
el modo de empezar. El Enviado español
tomó el camino más corto, que era el de Pa-
namá, y en el Callao apareció el 1.º de Mayo,
cuando ya la Escuadra española estaba ha-
ciendo puntería, como si dijéramos, contra
las defensas de la plaza. Y véase aquí cómo
procede un caudillo valiente que tiene en
su mano la bandera de su país y el honor de
las armas. Méndez Núñez leyó el papel, y
devolviéndolo al mensajero le dijo: "Maña-
na 2 bombardeo al Callao. Usted no ha lle-
gado todavía; llegará pasado mañana, y en
cuanto me comunique la orden del Gobier-
no, me apresuraré á obedecerla., Así se hi-
zo. ¡Honor á los hombres que, en circunstan-
cias tan solemnes y críticas, saben desobede-
cer obedeciendo!

XXVII

De este suceso, del grande ánimo del General y de su heroica marrullería, hablaron los dos amigos extensamente, tratando luego de los medios de proporcionarse algún alimento de mediana calidad y frescura. Pero la requisa escrupulosa que hicieron de despesa en despesa no dió resultado alguno. Separáronse, y cada cual fué á entretener y amodorrar su hambre con las obligaciones. Ansúrez se aplicó á la faena de la reparación de averías en los barcos de madera.

En la agitación de estos trabajos les sorprendió la noche del 5, que fué de gran alarma y ansiedad, porque vieron confirmado el temor de que les atacaran con torpedos ú otros aparatos infernales y traicioneros. Gracias á la vigilancia con que á estos riesgos atendían, pues aquella pobre gente no descansaba en las noches claras ni en las obscuras, pudieron librarse de una catástrofe. La *Berenguela* fué la primera en anunciar con cañonazos el peligro. A favor de las tinieblas se aproximaba un remolcador conduciendo una barcaza en que venía el torpedo, diabólico artefacto lleno de fulminante, que por medio de un sutil mecanismo, al chocar con un cuerpo duro se inflamaba y hacía terrible explosión, pudien-

do así destruir la nave más poderosa. La Providencia, que á los españoles favorecía en aquellos angustiosos días de trabajar duro y apenas comer, deshizo el plan siniestro de los que habían armado el bárbaro artificio. Una bala de la *Berenguela* rompió la palanca que debía transmitir al depósito de explosivos los efectos del choque, y el torpedo quedó ineficaz. A la mañana siguiente pudieron desmontarlo con minuciosas precauciones, y salieron al fin ganando, porque el vaporcito que traía la muerte quedó con vida incorporado á la Escuadra. ¡Lástima que en vez de enviar vaporcitos portadores de fulminante, no los mandaran cargados de jamones, pavos, manteca fresca y demás pólvoras alimenticias.

Deseaban Sacristá y Ansúrez visitar al General para felicitarle por su mejoría y recibir sus órdenes, y antes de que pusieran en ejecución este noble pensamiento, Méndez Núñez les mandó llamar. Ello debió de ser el 7 ó el 8 de Mayo. Halláronle levantado, el brazo en cabestrillo, pálido y decaído de fuerzas físicas, ya que no de ánimos. Con su bondad ingénita, que en el trato de los inferiores generosamente se mostraba, les recomendó que se previnieran para un viaje larguísimo y tal vez de contingencias desfavorables. “Al retirarnos de estas aguas—les dijo,—no podemos seguir juntos... Yo me voy en la *Villa de Madrid*, con la *Blanca*, *Resolución* y *Almansa*, á Río Janeiro; vosotros, con la *Berenguela*, emprenderéis la de-

rrota de Filipinas, para seguir luego hasta España por el Cabo de Buena Esperanza. Ya veis: ocasión se os presenta de mostrar otra vez que sois excelentes marineros. Lo que hicísteis para ayudarme á traer acá esta fragata, repetidlo ahora... No me arriesgo á llevar la *Numancia* conmigo, porque ha de ser muy difícil embocar en esta estación la entrada occidental del Estrecho. Hemos de ir por el Cabo de Hornos y á la vela. ¿Quién nos dará carbón de aquí á Montevideo? Vosotros llevaréis mejor camino, y antes de llegar á Filipinas, haréis escala en alguna isla del Archipiélago de la *Sociedad*... Menester será emplear la vela el mayor tiempo posible, porque no llevaréis carbón más que para algunos días. Viento de popa y corriente favorable tendréis al salir de aquí; navegaréis con rumbo Sudoeste hasta los 17 grados; luego, al Oeste: la corriente os ayudará á llegar á las islas. Ocupaos hoy mismo en guindar todo el aparejo, asegurando los estais y poniendo al corriente todo el juego de brazas de los tres palos, que si os cogen calmas, habréis de largar todo el trapo y las arrastraderas. Repasad bien el velamen, y si hay que hacer reparación en las gavias, no os descuidéis: lona tenéis de sobra... Me figuro que habréis de dar algunas puntadas en las mayores y en los foques, que bastante trabajaron para traernos acá... Y nada más os digo, porque os conozco, y sé que sabéis cumplir con vuestro deber... Deseo que podamos volver á vernos allá. Ello no es fácil,

porque como de esta hecha hemos quedado todos, cuál más cuál menos, bastante estropeaditos, y heridos del corazón tanto como de los remos, no será extraño que algunos vayan cayendo al agua por el camino. Sea lo que Dios quiera. Amigos, hasta Cádiz... ó hasta el Valle de Josafat.,,

Con emoción y gratitud salieron de la cámara del General los dos contramaestres. La llaneza bondadosa de don Casto les afianzaba en el cariño que por él sentían, y era el mejor estímulo para el cumplimiento de cuanto les mandaba. Sin perder tiempo se consagraron á guindar toda la arboladura, y á disponer el velamen, que pronto había de ser entregado á las caricias del viento. Después de trabajar como negros en estas operaciones, cayó el buen Ansúrez en hondas melancolías. La idea de abandonar las aguas peruanas sin poder saltar á tierra, le abrumaba. ¿Qué razón había para que el General no hiciese paz honrosa con el Perú, echando pelillos á la mar, sin pensar más que en la reconciliación de dos pueblos hermanos? ¡Ajo! ¿Para cuándo dejaban el tierno abrazo de americanos y españoles? Retirarse á España dejando las cosas como estaban, era una mala partida, un pastel indecente... ¡una traición, con cien mil pares de ajos! No había consuelo para el infeliz padre cuando pensaba que tenía que volverse á Europa dando al mundo la vuelta grande sin ver á su hija y abrazarla. ¡Ni siquiera le permitía Dios el mezquino placer de comu-

nicarse con ella, de recibir cuatro renglones trazaditos en un papel por su linda mano! ¿Qué crímenes había él cometido para estar condenado á dar vueltas alrededor del globo sin ninguna pausa ni alivio de su inmenso pesar? Esto era horrible, Señor; esto traspasaba los límites del dolor humano. Mejor que esto era el Infierno; mejor el Limbo, con su privación eterna de bienes y males.

Para mayor tortura del pobre celtíbero, hasta la consoladora visión del niño Carmelo había desaparecido. Por más que se esforzaba en traer á su imaginación la angelical persona del nietecillo, no podía disfrutar de aquel consuelo. La imagen alada y sutil se escapaba, se escabullía, perdiéndose en los espacios más remotos del ensueño. “¡Señor, Virgen del Carmen — decía clavándose los dedos en el cráneo, — si será todo mentira!... ¡si me habrá engañado el maldito francés y los que declararon que mi hija estaba en Jauja, en el Cuzco, en Arequipa, ó en las Batuecas de los Andes! ¿Serán también una farsa los versos con que quisieron darme fe del alumbramiento de la niña? ¡Ajos! no me falta más sino que tenga razón ese puerco mogigato de Binondo, que me asegura la muerte de Mara y su viaje al otro mundo para no volver de él. Sáque-me Dios de estas dudas, ó me entregaré á los demonios para que me cojan, me zarandeen, y me zambullan en sus calderas de plomo derretido..”

En esta consternación y turbulencia de

su espíritu estaba el hombre sin ventura, cuando llegóse á él Mendaro que á despedirse iba. Llorando á moco y baba se echó Ansúrez en brazos de su amigo, y le dijo: “Pepe de mi alma, por lo que más quieras; por tu mujer guapetona, que parece una reina, por el príncipe tu hijo, ten compasión de este padre desgraciado, y en cuanto vuelvas á tu casa, busca el medio de ponerte al habla con Mara ó con su familia; revuelve á Lima, á Jauja y al piñatero Cuzco hasta dar con ella. Si para esto necesitas gastar algún dinero, aquí tienes todo el que guardo de mis pagas... No dudo que me harás este favor, hijo: yo te lo agradeceré mientras viva... Y si logras ver á esa ingrata, cuéntale mis amarguras, y hazle ver lo que he penado por ella, y lo que aún me falta ¡ajo!, que es mucho dolor éste de volver á España por la vuelta de Filipinas y el Cabo de Buena Esperanza sin ver á mi hija, sabiendo que está en el Perú... No sé, no sé cómo consiente Dios este desavío tan grande... ¡Y para esto ha hecho el hemisferio Sur y el hemisferio Norte, y los caminos de la mar! Navegue usted nueve mil millas, fondee delante del Perú, y resígnese á navegar ahora veinte mil millas sin ver logrado un deseo tan natural y tan santo como es el abrazar un padre á su hija... Yo le digo á Binondo que no hay Dios, y que si lo hay está trastornado de su eterno caletre... Y si no lo estuviera, ¿cómo había de permitir estas guerras estúpidas, que no son más que bambolla y

quijotismo? ¿Qué ventajas nos da el sin fin de bombas y granadas que hemos tirado contra esos infelices?... Pero, en fin, no nos entretengamos, Pepe, que tú tienes prisa, y nosotros aguardamos la pitada que nos mandè levar anclas. Toma las diez y siete cartas que en estos días escribí á mi ingrata: se las das todas para que se entretenga leyéndolas. En la última le digo que en cuanto lleguemos á Cádiz, me quedaré franco de servicio, y me vendré al Perú por Panamá, y veré á mi adorada, si es que vive... y á Dios le digo que si no me arregla el venir acá, y el encontrarla buena y sana, y el hacer mis paces con ella y con su familia, me volveré ateo... Ateo seré, como hay Dios; te lo juro... Con que ya sabes: en tí confío; guarda las cartas... De lo que averigües me escribirás á Filipinas, donde haremos escala... Y si recibiera carta de ella, me volvería loco, y se me quitaría el ateísmo... Adiós, hijo: á tí me encomiendo. Que te vaya bien. Ya suena el pito de Sacristá... A levar se ha dicho... Adiós, adiós.,,

Prometió Mendaro cumplir con toda solitud el encargo de su amigo, y resistiéndose á tomar el dinero que éste le ofrecía, se abrazaron... “¡Adiós, América! —dijo el uno, y el otro:— ¡Adiós, España!...”, Media hora después, la *Numancia*, andando á máquina, doblaba majestuosa la punta de San Lorenzo, y al entrar en el ancho mar tendía las alas de su velamen, abandonándose en brazos del viento suave y amoroso. Toda la Es-

cuadra navegó en conserva el día 10 con rumbo SO., y á la puesta del sol se separaron las dos divisiones. La despedida, con los silbatos de vapor y el sube y baja de banderas, fué patética, y dejó tristísima impresión en todas las almas. Pusieron las proas al Sur los que iban por el Cabo de Hornos, y la *Numancia*, *Berenguela* y *Vencedora*, con el *Marqués de la Victoria* y los mercantones *Uncle Sam* y fragata *Matáura*, enmendaron su rumbo, poniéndolo al Oeste con cuarto al Sur.

El descanso de los tripulantes en aquella expedición era tedioso y lúgubre. Enfermos de excitación anímica y de rudos trabajos, ingresaban en vida de hospital, donde el malestar ó las lesiones que cada uno llevaba salían á la superficie estimuladas por el reposo. Sobre todos los males imperaba el mal comer, contra el cual no había remedio mientras no llegasen á tierra de abundancia. Carne salada, tocino en mal estado y galleta mohosa, eran el alimento corriente para todos, altos y bajos. El hambre se juntaba con la inapetencia, y la repugnancia cortaba el paso al apetito. Y para colmo de desventuras, la carencia de tabaco llegó á ser absoluta. Hombres había que se dolían más del no fumar que del no comer. Llegó un día en que el mismo Binondo, almacenista en pequeña escala de hoja *virginia*, no suministraba ni una hebra. Hombres industriosos hubo, tan ávidos del vicio, que discurrieron fingir el tabaco con raspaduras

de maderas dadas de sebo rancio. Las virutillas que así sacaban eran liadas en papel, como picadura, y venga chupar y escupir, engañando el gusto y rodeándose de humareda pestífera.

La tristeza era general: nadie cantaba ni reía. El aplanamiento físico y moral sobrevino con verdadera difusión epidémica. La pereza embotaba la voluntad: nadie trabajaba; fatigábanse algunos del menor esfuerzo, y todos caían en tétricas modorras. Para sacudir los cuerpos enmohecidos, se discutió darles gazpacho dos veces al día, pues no faltaba vinagre á bordo; y para mover las almas, se ordenó que se pusieran en práctica todos los medios de regocijo. El que supiera cantar, que cantase, y lucieran sus habilidades los tañedores de guitarra, bandurria, flauta, ó siquiera del güiro. Dióse permiso para bailar y recitar romances y jácaras. Mientras los marineros organizaban un festival de zapateado, ó de las danzas peruanas la *Zamacueca* y la *Zanguaraña*, que algunos sabían, los Guardias marinas repartían y ensayaban el socorrido *Puñal del godo*, para dar una representación solemne y pública en el Alcázar. Hasta se quiso incluir en el programa un número de prestidigitación y otro de volatines, que había en la Maestranza dos muchachos muy fuertes en estas divertidas profesiones.

De nada valían tales artificios para atraer la alegría cuando ésta no se dejaba coger. Si por momentos resplandecía sobre algu-

nas extravagancias, pronto se iba, difundiéndose en el aire calmoso. Lo que al barco llegaba y en él ponía su alojamiento era el escorbuto, el mal marinero que destruye las tripulaciones cansadas, mal comidas y agobiadas de tristeza en las grandes soledades oceánicas. En la *Berenguela* y *Vencedora* menudeaban los casos; en la *Numancia* empezaron las manifestaciones del mal á los tres días de salir del Callao. Los médicos vieron venir la terrible infección, y sin poder aplicar más que paliativos, suspiraban por llegar á cualquier isla donde hubiera limones. El primer atacado fué Desiderio García, que además tenía una herida de casco de metralla en el muslo, aún no cicatrizada; cayeron después un marinero vizcaíno llamado Ansótegui, y dos fogoneros gaditanos. Empezaban con un recrudecimiento de la general tristeza, y con extremada flojedad, abatimiento y fatiga; seguía la hinchazón de encías, síntoma determinante del mal; luego la reapertura de las heridas, el que las tuviera, las manchas equimóticas que degeneran en úlceras, la emisión de sangre negruzca, la caída de los dientes, y, por fin, el marasmo, la muerte...

En el pobre Desiderio García, no ofrecieron gravedad los primeros síntomas escorbúticos; pero el recrudecimiento de las heridas trajo complicaciones alarmantes, y el enfermo se vió acometido por dos males que encarnizadamente se lo disputaban. Al mismo tiempo que aparecieron las *petequias*,

forma incipiente de la equímosis, y la hinchazón de encías, se presentó una fiebre intensa, fatiga, dolores que indicaban graves alteraciones viscerales. En dos días cayó el infeliz en postración hondísima. Cruelles hemorragias anunciaban su acabamiento; las encías tumefactas no le cabían en la boca; su respiración no era más que el ansia de respirar. Una tarde, entre dos síncope, disfrutó de breve descanso, y pudo emitir sonidos, palabras y aun conceptos. Llamó á sus amigos, y una vez que los tuvo junto á su lecho, les cogió las manos, y con pausado acento les dijo: "Ansúrez, Sacristá, Binondo, quiero que sepáis que aquella sinfinidad y catálogo de millones de plata y oro que os conté, y el escondimiento del tesoro en una cueva de Capocavana, son mentiras y embaucaciones que no sé si saqué yo de mi cabeza, ó me las asopló un diablo que quería perderme. Si creísteis aquellas trolas, descreedlas ahora, y decid que os engañé por estar yo engañado... Ya confesé al Capellán mi falsedad, y á vosotros ahora la confieso... Perdón les pido, y que recen algo por mi ánima."

Alentáronle los amigos con frases cariñosas, y Binondo dijo que no siendo esta vida más que una ensoñación, soñar con tesoros es un barrunto y vislumbre de la gloria eterna. Media hora después, reconciliado por el Capellán y *con el práctico á bordo* para emprender su viaje á la Eternidad, tuvo otro momento lúcido, en el cual pidió el úl-

timo favor á su amigo Ansúrez. “Me pondrás en los pies—le dijo,—dos balas del mayor calibre, en la cintura una parrilla, y en el pescuezo... aquí... un par de lingotes, para que cuando me arrojéis, pueda yo irme derecho al fondo. ¿Sabes por qué te digo esto? Pues anda por aquí una tintorera que viene dando convoy á la fragata desde que montamos la punta de San Lorenzo. Tú la has visto, la han visto todos. Te aseguro que cuando yo la miraba desde la borda, la condenada no me quitaba los ojos... Con sus ojos me decía: “Te como, te como.” Créelo: como hay Dios que nos viene siguiendo, porque sabe que me arrojaréis... Estos animales son muy listos, y todo lo entienden. Pero si tú haces lo que te pido, ponerme mucho hierro, mucho peso, yo me reiré de la tintorera, y á escape bajaré á lo profundo, diciéndole: “Fastídiate, tintorera. No me comes, no me comes.”

Al poco rato expiró, y fué en busca de los tesoros eternos. Era un buen hombre, de imaginación poemática... Sus amigos le lloraron; y para cumplir su última voluntad, Binondo cuidó de arrojarlo al agua con oraciones y hierros de extraordinaria pesadumbre.

XXVIII

El cabo de cañón Ansótegui y los dos fogoneros se sostenían en los medios del sufrimiento, con esperanza de mejorar en cuanto llegaran á un país bien surtido de limones y naranjas. Era el viaje de una lentitud desesperante, por lo apacible del viento y el poco tirar de la corriente. La *Numancia* con todo su aparejo al aire no daba más de cuatro ó cinco millas por hora. Como arreciara el mal escorbútico en los otros barcos, se les dió orden de abandonar la navegación en conserva, adelantándose cada cual todo lo que pudiese. *Berenguela* y *Vencedora* y los transportes se perdieron de vista; quedó sola la blindada, arrastrándose como podía por las aguas quietas, con sus tripulantes medio muertos de inanición y de quietismo tedioso. Lentos, monorrítmicos, transcurrieron días de Mayo, días de Junio... El tiempo navegaba por las aguas dormidas de la laguna Estigia... Y los hombres, como atontadas moscas, caían del aburrimiento á la enfermedad, unos con síntomas de escorbuto, otros de fiebre maligna, no pocos atacados de mal desconocido, cuyo síntoma visible era la mortal tristeza. En la enfermería no cabían ya tantos hombres. Era un dolor verlos caer y humillarse á

la pereza, y requerir el olvido de lo que fueron.

El mismo Sacristá, fuerte como un roble, sucumbió á un acerbo quebranto y dolor de sus cansados huesos; otros estaban como atacados de locura: padecían el terror del escorbuto, y apretaban los dientes creyendo que se les caían. Los fumadores sufrían el aplanamiento agudo de la privación de tabaco... Oficiales y Guardias marinas desaparecieron del servicio y vivían confinados en sus camarotes, pidiendo limonadas que no se les podían dar. Había pescadores maniáticos que se pasaban el día y la noche en la borda, echando al mar aparejos que no enganchaban bicho viviente. Maniáticos había de ver tierra, que en cada nube del horizonte señalaban montañas, volcanes, á veces casas con blancas torres y chapiteles que brillaban al sol.

A mitad de Junio no bajaba de ciento el número de hombres atacados de diferentes dolencias. El único que se conservaba fuerte, activo y hablador era Binondo: á todos quería consolar con ideas del galardón que reserva Dios á los justos, y á los *padecientes* y *llorantes* en esta cárcel de la vida terrenal. Aseguraba el malayo que él no necesitaba comer para sostenerse, y que su gran piedad y la fortaleza de su espíritu hacían las veces de alimento, dígame carne, pescado, y las demás materias nutritivas de que se forma nuestra sangre.

El 16 de Junio, cuando el vigía de cofa

señaló el monte de *Fatu-Hiva*, salieron todos á verlo, y aquel recreo de los ojos difundió en las almas una ráfaga de alegría... Aún distaban cuatro ó cinco días de la isla de Otaiti... La esperanza levantó los corazones... Por fin, el 22 al anochecer vieron las luces de la ciudad de *Papeeté*, capital de la ínsula; mas desconociendo el puerto, siguieron por un ancho canal hasta la bahía de Toanoa, donde echaron el ancla. Un día más, y se encontraron frente á *Papeeté* rodeados de una felicidad y abundancia superiores á cuanto habían soñado los hambrientos, sedientos y maniáticos. ¿Era ilusión lo que veían? ¿Y aquellos botes y cayucos que rodeaban á la fragata, cargados de pan, de frutas, de tabaco, eran reales, ó fantástica hechura de los cerebros enfermos? La hermosura del cielo, la tibieza del ambiente, la juvenil alegría que de todas partes emanaba, las voces de los indígenas ofreciendo alimentos tan apetitosos, habían trastornado á los sanos, y á los enfermos devolvían la razón, la confianza, el amor á la vida... Para mayor gozo, vieron fondeados, á pocas brazas de la ciudad, los demás buques de la segunda división. Participaban todos del delicioso descanso y festín riquísimo que Dios les enviaba en compensación de sus horribles trabajos y miserias. “¡Hosanna, loor eterno al Omnipotente!—clamaba el pío Binondo alzando al cielo las manos, cuando llegaron á cubierta las primeras cestas de naranjas y limones, subi-

das por los indígenas, que eran, dígase con histórica imparcialidad, los seres más amables de la creación, los más ágiles y risueños...

¡Oh incomparable país; oh civilización silvestre, rozagante y desnuda; oh tierra de bendición y de libertad, coronada de flores y ceñida de espumas! Tu suelo fecundo y tu temple benigno redimen á los hombres de la dura ley del trabajo. Aquí la espléndida vegetación, sin las artes de cultivo, ofrece al hombre cuanto necesita para su sustento; aquí la dulzura del clima le exime de la complicada cargazón de ropa, no imponiendo más que el preciso y elemental resguardo del pudor; aquí las costumbres son proyección fiel de las benignidades de Naturaleza; no existe ni el rigor de castas, ni el apartamiento receloso entre los sexos; la ley es suave, el matrimonio facilísimo, la religión alegre, la virtud generosa, la moral amable, la muerte un dulce tránsito... Tal pensaban y sentían los españoles ante la hermosura de *Papeeté*, capital de *Otaiti*.

Las primeras cargas de víveres fueron materialmente devoradas por la tripulación. Arrastrándose subieron algunos enfermos á cubierta; arrebatában las naranjas y limones, y se los comían con cáscara. A enfermos y sanos exhortaba Binondo á la moderación, y pegando bocados á un tierno pan, les decía: "Poco á poco, hermanos y amigos; refrenad el apetito de golosinas, que si dais demasiado al gusto, os quedará poco para

la salud. Guardad templanza y observad comedimiento, que las hambres que habéis pasado no os dan licencia para entregaros á la gula, feísimo pecado.,, Estas y otras frases, aprendidas en el libro de Sermones, iba soltando de grupo en grupo, sin perjuicio de tomar aquí y allí todo lo que le daban, plátanos, limones, guayabos y otras peregrinas frutas.

No escatimó el Comandante en aquel día y los siguientes las licencias para bajar á tierra. Deseaba que su gente se esparciera y refocilara en aquel edén, buscando su salud en la libertad, el movimiento y la alegría. Su primer cuidado fué gestionar de las autoridades otaitana y francesa la cesión de un edificio amplio y ventilado donde colocar á los enfermos. Concedida para este fin una isla entera, se dispuso trasladar á tierra á los infelices que penaban en los oscuros sollados. Todo era bienandanzas en la venturosa isla que, rodeada de arrecifes de coral, ciñe su contorno de un cinturón de blanca espuma. Por esto fué llamada *La Cuna de Venus*.

Fondeada la *Numancia* muy cerca de tierra, en aguas quietas y cristalinas, creíanse los españoles transportados milagrosamente de la muerte á la vida, y del reino de las amarguras á la morada de todas las delicias. Iban y venían los botes, surcando aquel mar de juguete suizo, con agua, casitas, figurillas de movimiento y caja de música, y pisaron tierra en diferentes grupos

oficiales y guardias marinas, cabos de mar, marineros, condestables, soldados... Lanzáronse á recorrer la ciudad y sus inmediaciones, apreciando cada cual según su criterio y cultura las maravillas naturales que contemplaban. Tiraron unos desde luego hacia el campo, atraídos por la opulencia de la vegetación, que á mayor altura que las chozas y edificios mostraba sus verdes cúpulas y cimeras ondeantes. Fueron á parar á un espeso bosque de naranjos y limoneros, silvestre, libre; se admiraron de pisar alfombra de azahares caídos, y de coger cuanto fruto quisieran con sólo alargar la mano. No vieron señal ninguna de propiedad personal. Todo era de todos, del pueblo, que en la enramada frondosa tenía sus bien provistas despensas... El propio comunismo vieron y comprobaron en los espesos matorrales de guayabas, en las plataneras de luegas hojas... No había cercas, no daban el quién vive guardas adustos ni perros mordedores. Mujeres y chicos, vestidos de amplias y flotantes túnicas, andaban por aquellos verjeles cogiendo cuanto anhelaban, y ofreciéndolo á los extranjeros con risueña cortesía, para que ni la molestia tuvieran de cosechar lo que les pedía su necesidad y su gusto.

Adelante siguieron por alegres campos: vieron aldeas escondidas entre palmas de coco y otras especies vegetales rarísimas... Las casas de cañas con singular arte tejidas parecían jaulas ó cestas. ¡Qué bien se vivi-

ría en aquellos aposentos cuyos frágiles muros tamizaban el aire, la luz y las miradas humanas! ¡Feliz *Otaiti*, que no conociendo la gazmoñería, también desconocía la indiscreción!

Andando incansables entre tantos motivos de regocijo y asombro, dieron vista á un río que por aquí saltaba gozoso entre peñas con sonoras risas y espumas, y por allá se remansaba en curvas perezosas hasta llegar á un punto en que parecía dormirse á la sombra de árboles corpulentos que sobre él tejían bóveda de ramaje. En aquel remanso vieron los españoles turba de mujeres que gozosas y picoteras se bañaban. Las que en la orilla se disponían al baño y natación no se vestían del verde lampazo, sino que habían soltado la vestidura, quedándose como vinieron al mundo. Escondidos miraron los curiosos este lindo espectáculo, y oyeron la algazara que unas con otras hacían. Las que salían del agua empleaban para secarse el procedimiento más primitivo, que era revolverse en el verde césped, y dar al aire sus extremidades con vigorosas zapatetas y cabriolas. Llegó un momento en que las alegres mozas se percataron de que eran miradas por los extranjeros, y no hicieron aspavientos de susto ni chillaron con remilgado pudor. Cambió de tono su griterío y algazara, y abandonando las aguas transparentes, se vistieron con prisa; operación fácil y que sólo consistía en encapillarse un ropón largo y holgón, única vestimenta de su cons-

tante uso, prenda única de su elegancia y adorno mujeril.

Sin secarse ni alinear las sueltas cabelle-
ras mojadas, corrieron en alegre bandada las
morenitas nereidas, y tras ellas iban, con
paso y ojeo de cazadores, los europeos. Las al-
canzaron en un prado verde rodeado de ar-
bustos, y allí, sin entender ni jota de la len-
gua que hablaban las ninfas, se metieron en
franca conversación con ellas. Lo que no ex-
presaban los idiomas desconocidos, decíanlo
las risas, los gestos amables, las miradas
alegres, y el tono general harto elocuente,
mas no exento de cortesía. Algunas mucha-
chas corrían con graciosa ligereza de pier-
nas, y parándose de improviso, disparaban
contra los españoles guayabos y naranjas, ó
los apedreaban con una frutilla menuda
parecida á nuestras almendras; otras, admi-
tiendo palique á media comprensión de vo-
cablos, se dejaban abrazar. El idioma pri-
mitivo recobraba sus fueros. Luego que eran
abrazadas, se escabullían brincando como
gacelas, y á perderse iban en las enramadas
circundantes de las casas de caña... Desde
el interior de aquellas jaulas continuaban
disparando contra sus perseguidores risota-
das y voces incomprensibles, que ellos no
sabían si eran burlas ó amistoso reclamo...
¿Estaban en *Otaiti* ó en el Paraíso terrenal?

Los grupos de españoles, que, en vez de
tirar hacia el campo y el monte, tiraron ha-
cia las calles de *Papeeté*, eran la gente ilus-
trada que iba en busca de las señales de

civilización. No es menester decirlo: se divirtieron menos que los incultos y casi analfabetos que lanzándose tras de la Naturaleza y en seguimiento de la raza indígena, sorprendieron á ésta en su pristina sencillez y alegría de costumbres. Los ilustrados reconocían y admiraban las casas construídas cerca del muelle por los comerciantes europeos, el palacio de la Reina, y otros edificios de carácter administrativo y judicial. ¡Qué hermosura! ¡En *Otaiti* había Administración, había Justicia! Vieron también con admiración, en las calles, señoras y cabañeros indígenas ataviados á la europea... Gracias al protectorado de Francia, que se había metido en aquel edén para echarlo á perder y privarlo de sus seculares encantos, en *Papeeté* había zapateros, sastres y hasta sombrereros, bárbaros correctores de la estirpe humana, que han hecho una industria de la fealdad, y de la embarazosa sujeción del andar y los ademanes.

A consecuencia de no sabemos qué rebeldías y trapisondas, cayó la feliz *Otaiti* en el protectorado francés. Un funcionario del Imperio ejercía la autoridad con el nombre de *Comisario Gobernador*. Conservaba la soberanía de figurón una señora Reina, llamada *Pomaré IV*, morenita y bella, del mejor tipo de la raza. En la época del arribo de la *Numancia*, ya no era joven Su Majestad *canaca*; pero conservaba su aire gracioso y cierta distinción adquirida en el viaje que hizo á París. Fundaba su orgullo en

vestir á la francesa, cuidando de acarrear trajes de última moda, ó de imitarlos con auxilio de figurines. Dígase con todo el respeto que merecía la bondadosa Pomaré, que enjaezada á la europea estaba para pegarle un tiro. ¡Cuánto más bonita y seductora sería su facha conservando como única vestimenta el ropón ó camisolín amplio y suelto con que se ataviaban y cubrían las mujeres del pueblo! El Rey consorte, llamado *Arii Faité*, era un bigardo glotón y borrachín, que no se dejaba ver más que en comilonas y francachelas. Vestía ridículamente casa-cón bordado, y las plumas que debía llevar en su cabeza, según el uso salvaje, llevábalas en un sombrero tricornio, como los que usan los suizos de las iglesias parisienses. Era, sin duda, el hombre más bárbaro de *Otaiti* y el más feliz de los *canacas* que este nombre se daba á los indígenas del Archipiélago de coral.

XXIX

Los felices españoles de clase humilde que visitaban la isla un día y otro, contaban á Binondo las maravillas que habían visto, la frondosidad silvestre de los naranjales y cocoteros, la sencillez y gracia de las mujeres vestidas de un simple camisón, y tan amablemente abiertas de voluntad á los obsequios del hombre; y al oír una y otra

vez estas extraordinarias cosas, el malayo se encerraba en grave silencio, que era sin duda la cavidad mental en que guardaba sus profundísimas abstracciones. De aquellas honduras no sacaba su pensamiento más que para mostrarlo al Capellán don José Moirón. Una tarde, cogiéndole solo, le dijo: "Por lo que cuentan estos perdidos, señor don José, los habitantes de *Otaiti* no conocen la vergüenza ni ninguna ley divina ni humana. El nombre de *canacas* me dice que estos naturales son los *cananeos* de que nos habla Nuestro Señor Jesucristo en su Biblia, ó dígase Moisés, que es lo mismo. Por donde saco que esta isla es aquella tierra de *Canaam* de que habla no sé si el Evangelio ó la Epístola.."

Contestóle el Capellán tapándole la boca, para que no salieran de ella más desatinos; pero el malayo prosiguió imperturbable: "Desde que llegamos aquí, me paso las horas pensando qué religión profesarán estos bárbaros, cómo serán sus templos y qué vitola tendrán sus sacerdotes. Nada han dicho los muchachos de la religión *canaca* ó *cananea*, por lo que pienso será una indecente idolatría, como el adorar á la serpiente con pechos de mujer, ó á un hombre desnudo con cabeza de cocodrilo. Por todo lo cual, señor don José, usted y yo no haríamos nada de más yéndonos á tierra para ver qué casta de religión profesan estos salvajes... y si resulta que es alguna secta idólatra y gentílica, de esas en que se adora la materia y el vicio,

bien podríamos hacer algo por las almas de estos infelices, instruyéndolos y catequizándolos para sacarlos de sus errores lascivos y pestilentes, y traerlos á la verdad de nuestra fe cristiana y sacratísima. Habrá usted oído que andan las mujeres por esos campos pisando azahares, sin más vestido que un ropón para cubrir la desnudez de pechos y caderas. Tales costumbres disolutas y desvergonzadas significan que aquí no se mira más que al deleite, en el comer, en el emborracharse y en el danzar deshonesto... Bienaventurado sería usted si consiguiera iluminar con su predicación á esas almas descarriadas. Yo iría con usted de misionero coadjutor ó suplente, y no haríamos pocos méritos para nuestra salvación particular.,,

Tímido y desconcertado, contestó el Capellán que él no tenía otra misión que la cura de almas de los tripulantes de la fragata, y que no quería meterse á convertir salvajes más ó menos desnudos. Además, la Francia, protectora de *Otaiti*, cuidaría de cristianizar á los *canacas*, que para ello tenía personal nutrido de frailes y curas. Hecha esta declaración, aconsejó á Binondo que pues sentía en sí fervor de catequista, fuese él solo á enseñar el Evangelio á los otaitanos. No desoyó el malayo este sabio consejo; aquella misma tarde se acicaló y compuso de rostro y vestido, y agarrando un grueso bastón en figura de báculo, se fué á tierra y se internó en la campiña de *Pa-*

peeté. Divagando de un lado para otro, fué á parar al remanso del río en que se bañaban las *canacas* (de que tenía noticia por relación de sus amigos) y vió venir á las ninfas con sus holgadas túnicas, sueltas las cabelleras mojadas. Llegóse á ellas risueño y meliflúo, echándoles almibarados requiebros. Debieron las mozas tomarlo por un mico vestido de marino español, y con risotadas lo cogieron, lo zarandearon y se lo llevaron á una de las aldeas próximas... Se perdió de vista el pío Binondo... desapareció sin duda en el interior de una de aquellas frágiles casas de caña que parecían cestas.

Al anochecer, volvió el malayo á bordo hecho una lástima; su chaquetón de cabo de mar había perdido los dorados botones, y mayores averías que en la ropa tenía en su rostro plano, lleno de horribles arañazos y chichones... Entró en cubierta procurando ocultar con una mano su desventura; pero no le valió el tapujo. Sus amigos hicieron gran befa y chacota. La explicación que dió fué que, habiendo entrado en una casa de infieles *canacas* con idea de predicarles el Evangelio, al principio fué oído con atención y recogimiento. Mas de pronto aparecieron unos diablos negros y deformes que le clavaron sus garras en semejante parte (el rostro), y le estrujaron y le hicieron mil estropicios hasta dejarle en aquel estado lastimoso... Buscó el santo varón su bálsamo y consuelo en la piadosa lectura, principalmente en el *Sermonario*, cantera riquí-

simas de donde extraía todas sus ideas y sus persuasivas formas de lenguaje.

Desde el feliz arribo á *Otaïti* túvose Fernelón por el hombre más dichoso del mundo. Su nacionalidad francesa le dió vara alta en aquel país sometido al protectorado imperial. A tierra bajaba diariamente vestido con rebuscada elegancia, luciendo llamativos chalecos y corbatas. No tardó en cautivar al Gobernador Comisario, dándose á conocer con el título y modales de calavera de buena familia, sometido á expiación por diversos amorosos, y á esto debió mayor prestigio y metimiento en la buena sociedad *papeetana*, compuesta del Comisario francés Conde de Roncière, del Ordenador de la Marina, del Cónsul inglés, y de media docena de comerciantes ingleses y americanos. De esta sociedad le fué muy fácil subir el único escalón que le faltaba para llegar al Real Palacio. La aspiración del francés se vió pronto satisfecha, y tuvo el honor de ser recibido y obsequiado por Su Majestad *canaca*, de quien mereció tan exquisitos agasajos, que sólo podía referirlos bajo palabra de secreto á los amigos de mayor confianza.

Solía el buen Ansúrez acompañarle á tierra; pero en las primeras calles de *Papeeté* se separaban, pues era el celtíbero más gustoso del libre campo que de la ciudad. En los espectáculos de la silvestre Naturaleza espaciaba sus melancolías, y el trato del pueblo sencillo y afable le resarcía de la desolación de su árida existencia sin afectos.

Por las noches, de regreso á bordo, contábase Fenelón sus particulares sucesos del día, y el inocente Ansúrez se lo tragaba todo con crédula voracidad. “Hoy—decía el francés,—me ha dado Pomaré un rato malísimo... Es en extremo celosa... Figúrate que paseando solos, vimos pasar una *canaca* lindísima: yo la miré... no hice más que mirarla... Pomaré furibunda... creí que me arañaba... Hermosa y terrible es la mujer apasionada; yo adoro la pasión; pero la pasión salvaje puede ponerte, *por ejemplo*, entre las garras de una leona, y esto descompone un poco las más bellas aventuras...”, Otro día contaba incidentes más gratos: “Hoy me ha dicho Pomaré que no se separará de mí. Pretende que me quede en *Otaiti* de director de las Reales Máquinas... que son una lanchita de vapor, varios relojes y cajas de música, y un aparato por el estilo de lo que llamáis *Tío Vivo*, para solazarse en el jardín...”, Y alguna vez no faltaban regias gacetas: “Hoy se ha puesto tan pesado ese gandul de *Arii Faité*, que he tenido que darle veinte francos para que fuese á emborracharse, mi palabra... Con unos gritos de la Reina y un empujón mío le echamos á la calle... Yo leo el pensamiento de Pomaré... Si *Arii Faité* reventara de *delirium tremens*, ya sé yo quién ocuparía su lugar en el trono...”

La oficialidad apenas tenía tiempo para acudir á tantas invitaciones y festejos. En la casa del Comisario, Conde de Roncière, y

en las del Cónsul inglés y de los opulentos ingleses Brander y Hort, menudeaban los banquetes, las *soirées*, *asaltos*, meriendas y conciertos. Para corresponder á tan amables agasajos, determinó el Comandante de la División dar un baile á bordo de la *Numancia*, y al punto se puso mano en los preparativos de la fiesta. Destinado el Alcázar á salón de baile, se le adornó con vaporosas gasas, percalinas vistosas y terciopelos ricos, añadiendo á los trapos las galas de la Naturaleza que mayormente habían de contribuir al bello conjunto, el ramaje verde, las palmas y palmitos, y profusión de flores de tropical fragancia y hermosura. Completaron el ornamento los pabellones y trofeos de guerra y mar, las banderas de *Otaiti*, Francia y España en fraternal enlace y combinación. La batería fué convertida en comedor para la espléndida cena, la toldilla de popa en salón de juego y descanso, y las cámaras de los Jefes en tocador para las señoras. La última mano de esta obra suntuaria fué un soberbio plan de iluminación interna y externa del barco. ¿Qué faltaba? Orquesta ó banda militar. Como nada de esto tenía la fragata, se acudió al remedio de un piano traído de *Papeeté*.

Con tantas previsiones y el esmero en cuidar del conjunto y perfiles, resultó el baile tan original como fastuoso. En la fantástica nave, Marte y Neptuno se dieron cita con Venus, que llevaba de la mano á Terpsícore, tras de la cual entró también

Baco, representado en la crasa persona augusta del Rey ó Príncipe (que de ambos modos se le llamaba) *Arii Faité*. Concurrió toda la aristocracia europea y *canaca*, las hermosas señoras y señoritas de las familias francesas y británicas, las princesas reales *Aimatá* y *Borabora*, y por último, Su Majestad *Pomaré IV*, para la cual se arregló una espléndida falúa. Está de más decir que la Reina de *Otaiti* y sus damas, vestidas á la europea con huecos miriñaques, ostentando además cuantos faralaes y ringorran-gos imponía la moda, dieron á la fiesta su mayor grandeza y hermosura. Amabilísima estuvo Su Majestad con todos, mostrando en su exquisito trato la dignidad afable de los soberanos europeos. Era una excelente Reina, un poco fondona ya, en el ocaso de su belleza morenita. Hablaba un francés aplatanado y ceceoso que hacía mucha gracia... Honró *Arii Faité* la cena, repitiendo cuatro veces de todos los manjares succulentos, y tanto él como el anciano Príncipe *Paraitá*, que había sido Regente en la menor edad de *Pomaré IV*, no se contuvieron en las libaciones alegres y copiosas. Al Rey consorte le retiró Fénelón oportunamente, llevándole á la falúa poco menos que á rastras. No se pudo hacer lo mismo con el respetable *Paraitá*, que desplegó hasta el amanecer su elocuencia en diferentes tonos, desde el sentimental al heróico. Discursos y brindis sin fin pronunció, primero en pie sobre las mesas, al fin debajo de ellas. El baile terminó

con la noche. A la luz del alba se retiraron los invitados, tras de la Reina vagorosa, indo-europea y fantástica. Aquella fiesta entre civilizada y salvaje fué el último ensueño de los españoles en el Paraíso de *Otaíti*.

XXX

De las delicias de la isla, llamada con razón *Cuna de Venus*, se ausentaron los españoles con vivo desconsuelo. ¿Cuándo y dónde encontrarían un oasis, un paraíso semejante? El día de la salida, dijo Fenelón á su amigo Ansúrez: “No subo á cubierta; no quiero que me vean los espías de *Pomaré*. Me voy á escondidas... Prometí quedarme de director de las Reales Máquinas... Los ruegos, el llanto de *Pomaré*, me arrancaron una promesa que no puedo cumplir, mi palabra de honor...”, De las inauditas hazañas amorosas que contó á su amigo, dedujo éste que habían sucumbido á los encantos del francés la Reina y todas sus damas, no pocas señoritas de las colonias inglesa y francesa, y dos tercios ó poco menos del sexo femenino de clase popular... Todo se lo creía el buen Ansúrez, que se hallaba en un estado psicológico propicio á la ingestión de mentiras. Sus facultades pendían de la esperanza de encontrar en Filipinas cartas de Mendaro y de Mara... Pero Dios había

dejado de su mano al pobre celtíbero, porque la *Numancia* llegó á Manila después de un viaje de mil leguas, y en todo el mes que allí permaneció, no parecieron cartas, ni de ninguna parte llegaron noticias. Grande es el mundo, y en recorrerlo y darle la vuelta agota el hombre toda su paciencia; mas la de Ansúrez era un filón sin término, yacénte en un profundo pozo. Cuando á sacar paciencia se ponía, sacaba esperanza. Si en Filipinas no habían parecido las cartas, en Java parecerían...

Pues llegaron á Batavia, capital de la bien regida colonia holandesa, y nada dijo el correo, por más que Ansúrez con maniática pesadez diariamente le interrogaba... ¡A la mar otra vez! Y la paciencia y la esperanza unidas se tragarón mil ochocientas leguas mal contadas entre Java y El Cabo, sin que tampoco en aquella extremidad procelosa del continente africano se encontrase ningún papel venido del Perú. Lo extraño era que Ansúrez alimentaba sin ningún fundamento la ilusión postal, pues no había dicho á Mendaro que escribiese á las más excéntricas regiones del globo.

¡Animo, y venga del fondo del pozo más paciencia, venga más esperanza! Ya estaban, como si dijéramos, á la puerta de casa, pues ¿qué suponían diez mil leguas después de lo que habían andado desde que salieron de Cadiz el 4 de Febrero de 1865? Al mar otra vez, *Numancia*, y no te arredres. Si cartas no hubo en Manila, ni en Batavia, ni

en El Cabo, las habría en Río Janeiro... La distancia no era gran cosa: un agradable paseo de mil doscientas leguas mal contadas... Sucedió que al término de esta luenga travesía quedaron igualmente fallidas las esperanzas, aunque no agotada la paciencia que del hondísimo pozo sacaba el hombre desconsolado. ¿Pero en qué estaba Dios pensando? “Como lleguemos á Cádiz—se decía Ansúrez,—y no encuentre allí la escritura de mi hija, juro á Dios que no habrá quien me saque del ateísmo...”, Lo que en Río hallaron fué el Cólera, amén de otras calamidades, entre ellas el peligro en que estuvo la *Numancia* de volver á Montevideo. Pero todo se arregló, y al fin la blindada salió para Cádiz con lento andar y resuello fatigoso, como caballero que á su castillo vuelve rendido del peso de sus armas. Del mismo modo Ansúrez se quebrantó de la fortaleza espiritual que le había sostenido en el viaje de regreso, y si no se le agotó el pozo de la paciencia, ya sacaba de él tan sólo heces turbias y corrompidas. A ratos no más le asistía la esperanza, y paralelamente á este descenso moral, se iba marcando en su constitución hercúlea la dolorosa ruína.

Al pasar la línea ecuatorial, sintió como un terror que á su nostalgia se unía, haciéndola más negra y pavorosa... Navegando hacia San Vicente, todos los afectos secundarios que endulzaban su existencia se debilitaban gradualmente, hasta llegar á extinguirse. A unos amigos apartó de su

corazón con indiferencia, á otros con aborrecimiento... Y más allá de Puerto Grande, la ruína física y moral del buen celtíbero se cristalizó en un estado neurótico agudo, con depresión considerable de fuerzas que le obligó á encerrarse en la enfermería. A duras penas podía pasar algún alimento; repugnaba la compañía de los que fueron sus amigos... A la altura de las Islas Canarias, su pensamiento se descomponía en imágines y ensueños, que se manifestaban sobre un fondo de blancura opalina. Soñó que, arrebatado de este mundo por la muerte, tomaba la vía del Cielo, donde creía se le deparaba su perdurable residencia. Pero en el Cielo no quisieron admitirle... Ibase luego caminito del Infierno, donde sin ninguna explicación le dieron con la puerta en los hocicos. "Pues no estoy poco tonto—decía;—á donde tengo que ir es al Purgatorio.", Hacia allá tiraba, y le acontecía lo propio que en el Cielo y el Infierno: que ni por un Dios querían admitirle. Bien claro estaba que en el Limbo le tenían preparado su descanso. Pues, señor, en aquel lugar bobo encontraba la misma repulsa. "¡Ajo! —clamaba el hombre con desesperación en medio del espacio.—¿Dónde meto yo mi pobre alma?,"

Soñó esto muchas veces, en igual forma que aquí se cuenta. Añadíase luego al sueño descrito este otro no menos extravagante: Hallándose el alma de Ansúrez en medio del espacio sin saber dónde meterse, se le

presentaba un fantasma de rostro macilento y plano, muy parecido al de Binondo, y le decía: “¿No me conoces? Soy el Ateísmo. Dame la mano; ven conmigo, y yo te llevaré á mi asilo de eterno descanso.” No se determinaba Diego á seguir al fantasma. Solo en medio del vago espacio, sentía inmenso frío... creía ver á un ángel que á soplos iba apagando todas las estrellas.

XXXI

Un día antes de llegar á Cádiz, dió Binondo al Oficial de mar esta enfadosa tabarra: “Sabrás, Diego querido, que en cuanto yo ponga el pie en tierra, me voy derecho á la casa de los santísimos Padres Franciscanos de las Misiones de Africa. Llegar y pedir al reverendo Prior que me admita de lego, será todo uno. Recibiré la santa instrucción frailesca, y acabaré mis días en la paz y santidad de la Orden seráfica, que me abrirá de par en par las puertas de la Gloria... Imítame, Diego; tómame por modelo, ya que no tienes familia ni nadie que mire por tí; decídete, y serás conmigo en el Paraíso.” Nada le contestó Ansúrez: las ideas se le dispersaban, y las palabras no afluían á su boca.

Un día más. Ya estaban á la vista de Cádiz cuando Fenelón fué á buscarle á la en-

fermería, y casi á viva fuerza le subió á cubierta para que participara del general regocijo, y viese el espectáculo sorprendente de la ciudad que sobre las aguas aparecía como ringlera de diamantes montados en plata. A medida que avanzaba la embarcación, los diamantes eran casas y torres, aquéllas con cristales, éstas con cimera de azulejos, en cuyas superficies jugueteaban los rayos del sol... ¡Cádiz! Para gran parte de los tripulantes de la *Numancia* era el hogar, el nido donde piaban la pájara y los polluelos... La emoción á todos embargaba, demudando el color de sus rostros y cortándoles el aliento... Pasadas las *Puercas*, se mandó empavesar... Los barcos fondeados en la bahía echaron al viento todas sus banderas. Acudieron multitud de lanchas y botes. La *Numancia* acortó el paso, como el festejado viajero que, recibido por entusiasta gentío, tiene que apretar infinidad de manos y contestar á innúmeras saluciones. Del mar circundante subía un clamor estruendoso de vítores; de la borda del barco descendía lluvia de voces alegres y de alaridos roncós. Empezó al instante, en forma de tiroteo nutrido entre la fragata y las embarcaciones menores, el reconocimiento y saludo de parientes. Sonaban en el aire como graneado fuego los nombres de padre, hijo, hermano... En medio de esta algazara, subió la Sanidad á bordo. ¡Oh rigor de una ley inhumana! Como la fragata venía de Río Janeiro, no hubo más remedio que im-

ponerle cuarentena. La multitud de dentro y fuera del barco chisporroteó como las ascuas de un brasero cuando se vacía sobre ellas un jarro de agua.

En esto, Sacristá se acercó al buen Ansúrez que en la borda estaba mirando á los botes, sin ver nada en ellos, y echándole un brazo por encima del hombro, vertió en su oído este chorro de fuego: “Diego, ahí la tienes... ¿ves aquel bote que ahora se acerca por la popa de la falúa de Sanidad?... En él viene tu hija Mara: fíjate, majadero... Ahora está el bote abarloado con la lancha de Pepe... ¡Eh, dejad paso á ese bote!... Si no lo ves, es que te has quedado ciego..”

Ciego estaba el hombre; pero no de ceguera propiamente dicha, sino de emoción, de algo más que emoción, de una turbulentísima sacudida y revuelo de su alma que quería salirse por los ojos. El bote avanzó con dificultad por entre la escuadrilla de embarcaciones. En él venía, en pie, una mujer arrogantísima que en su mano agitaba un pañuelo... Tan pronto hacía señas con el blanco lienzo, tan pronto se lo llevaba á los ojos... “Es Mara—dijo Ansúrez con una voz tan baja que sólo pudo escucharla el cuello de su camisa.—Ella es; pero no verdadera, sino fi... sino figurada, como fan... como fantasma...”, “Mara—gritó Sacristá,—aquí tienes á tu papaíto asustado de verte. Está bueno, aunque no lo parezca. Padece mal de tu ausencia... Acércate más;

que te vea bien., Mara tenía un nudo en la garganta, y de sus labios no quería salir ninguna voz. Por fin, Ansúrez la reconoció por su hija corpórea y no fantástica. Pasaron segundos, y reconoció también á Belisario, que se puso en pie para saludarle con esta sencilla y familiar fórmula: "Diego, ¿qué tal? ¿Buen viaje?," El celtíbero recobró su aliento, y en el primer suspiro que lanzó se escaparon de su cuerpo todas las complejas enfermedades que traía. Estalló un vivo y cortado diálogo.

—Yo bueno... cansado no más de viaje tan largo. ¿Habéis venido por Panamá?

—Sí, padre... Hace tres meses que estamos aquí esperándole á usted.

—Yo esperaba encontrar cartas, no vuestras personas.

—Escribimos á usted diez cartas,—dijo Belisario.

—Y las mandamos á puntos diferentes, padre: una á las islas *Marquesas*, otra á Manila.

—Otra fué mandada á Zanzíbar, otra á Santa Elena, y qué sé yo... Cartas fueron á medio mundo.

—¿Os ha visto Mendaro?

—Sí: por él supimos que volvía usted á España. Nosotros pensábamos venir acá. Hemos anticipado el viaje.

—¿Y tu niño, Mara...?

—Está bueno... Verá usted qué gracioso... Ya le quiere á usted sin conocerle.

—¡Pues no le quiero yo poco!... Mara,

¿vendréis á verme, desde un bote, mientras dure la cuarentena?„

Afirmó Belisario que irían á visitarle diariamente. La cuarentena no sería larga, pues no tenían á bordo ningún caso de cólera... Mara se sentó. Sosegados los tres, hablaron largo rato de cosas pasadas y presentes; y en el curso de la entrañable conversación, repitió el celtíbero más de una vez este sagaz concepto: “Lo que yo he visto y aprendido es que cuando á uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla..”

FIN DE LA VUELTA AL MUNDO

EN LA NUMANCIA

Madrid, Enero -Febrero-Marzo de 1906.

En Septiembre próximo

P R I M

En Marzo de 1907

ÚLTIMO TOMO

LA DE LOS TRISTES DESTINOS

[illegible]

38-297

TRENT UNIVERSITY



0 1164 0311599 5

